

LUIS DELGADO

El queche Hiena

EL QUECHE HIENA



Lectulandia

En el decimosexto volumen de su colección de novela histórica naval, Una Saga Marinera Española, Luis Delgado narra los años de 1812 a 1814, momentos cruciales para la presencia española en el maravilloso escenario del Río de la Plata. Por primera vez en la colección de novela histórica naval no es un Leñanza el protagonista de la obra. En este volumen, el capitán de fragata Adalberto Pignatti, cuñado de Santiago Leñanza, es el encargado de narrarnos sus venturas y desventuras como comandante del queche Hiena en el Río de la Plata. Nuestro personaje deberá afrontar situaciones de alto riesgo. Unos luchan por su independencia, otros por mantener la legalidad hispánica en las Indias. Pero no sólo en la mar se producen importantes sucesos. Beto también deberá encarar situaciones personales en tierra, que pueden repercutir en su propia vida y en los acontecimientos bélicos que se suceden a su alrededor.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañón

El queche «Hiena»

Una saga marinera española - 16

ePub r1.0

Titivillus 10.08.2019

Luis M. Delgado Bañón, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Marcial Gamboa Delgado, ahijado del gran escritor
Ludwig von Diinn

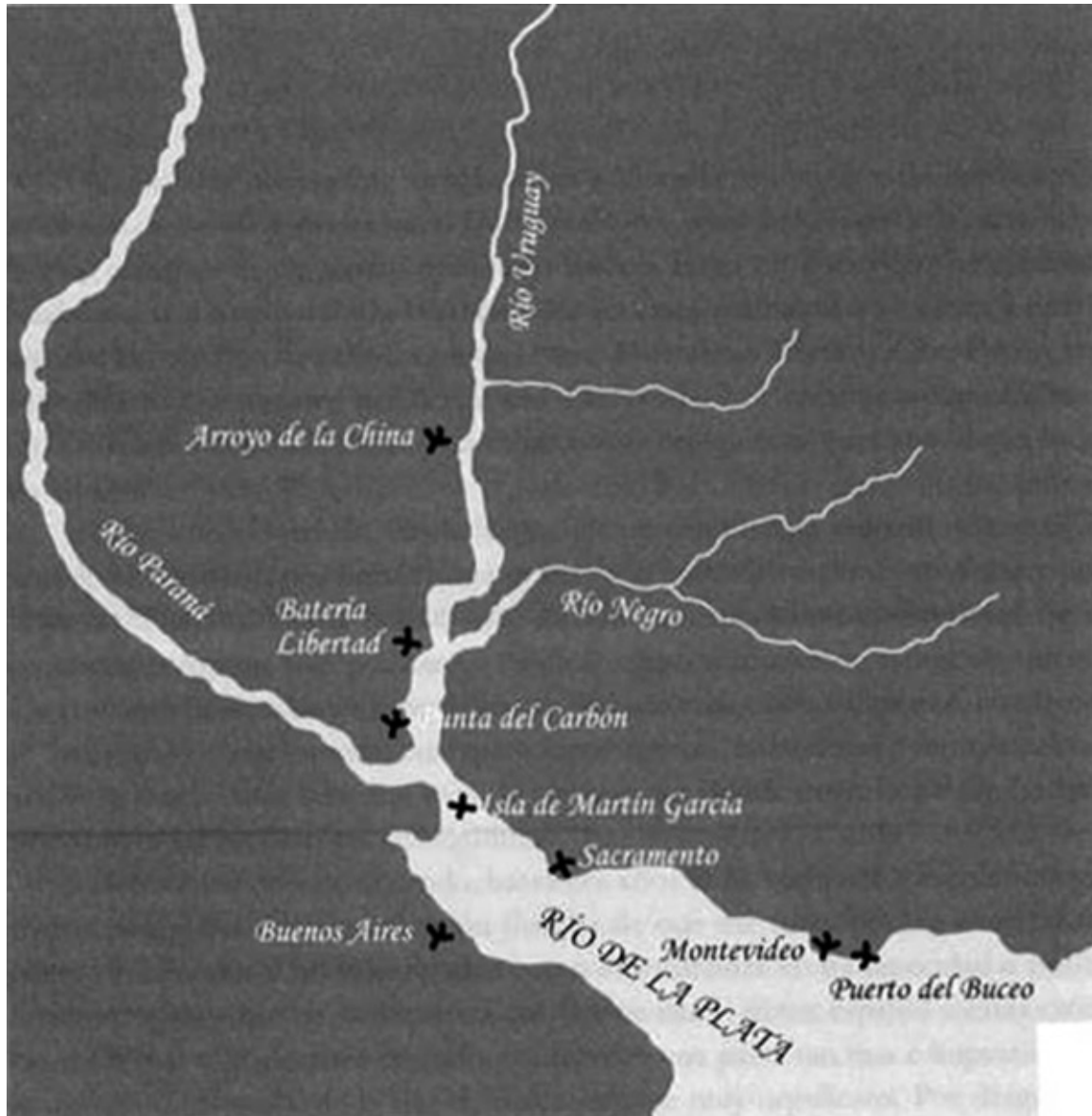
Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan solo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos son fruto absoluto de mi imaginación.

Mar del Sur, por la muy alta e muy esclarecida reina Doña Juana e por el muy alto católico rey Don Carlos su hijo, nuestros señores, e después dellos por sus subcesores, e la mar del Sur es e pertenece para siempre a la Corona Real de Castilla.

Acta de posesión del mar del Sur por Pedrarias Dávila en 1519.

*Nueve eran los argentinos
que estaban en Trafalgar,
nueve los guardiamarinas
en el combate inmortal.
Allá estaban todos ellos,
todos estaban allá,
de Nelson las andanadas
llenaban de humo la mar,
y las naves españolas
se ungían de eternidad.*

Homenaje de H. P. Blomberg a los guardiamarinas españoles nacidos en Argentina, que tomaron parte en el combate de Trafalgar.



Prólogo

Con esta nueva obra se alarga hasta dieciséis volúmenes, de momento, la colección de novela histórica naval Una saga marinera española. Se trata de la primera colección española de un género dominado hasta la fecha sin discusión por escritores británicos, que interpretan la Historia y las acciones marineras a su gusto y conveniencia. En opinión de grandes autores como Forrester, O'Brian, Kent, Pope y tantos otros, todo navegante que no proceda de las islas británicas es un descerebrado en la mar, sin sangre suficiente para echar avante cualquier empresa naval con fuego en las venas.

Tales autores olvidan, desde luego, que un elevadísimo número de costas del mundo se avistaron por primera vez gracias a la gesta de marinos españoles y portugueses, una avanzadilla heroica que facilitó las expediciones posteriores de las potencias europeas, que podríamos calificar como misiones de redescubrimiento. Un conjunto de accidentes geográficos ya descubiertos y conocidos que, no obstante, se bautizaron nuevamente con apelaciones inglesas, holandesas o francesas. Unas acciones mucho más sencillas, esas de navegar por donde otros lo habían hecho y dejar marcadas las derrotas de seguridad.

Debo reconocer que cuando, bastantes años atrás, comencé a escribir los primeros ejemplares de esta colección dudaba de que me fuera posible alcanzar tan generoso número. Y no lo entiendan como desconfianza en mi tenacidad o posibilidades propias, sino en la respuesta que podría dar el lector español a estas crónicas de la mar que, después de todo, conforman una parte tan rica e importante de la historia de España, de la que deberían sentirse muy orgullosos. Por desgracia y como norma general, en la mayor parte de nuestros tratados históricos se soslaya de forma absurda y a veces torticera el hecho naval, condición solamente achacable al desconocimiento o a la dejadez de los autores.

Hace bastantes años escuché por boca del historiador alemán Dieter Harwig que España era, posiblemente, el país que menos rendimiento moral, económico y propagandístico había obtenido de su propia historia, a la que calificaba como fabulosa, aunque los propios españoles no fueran conscientes de tan gloriosa condición. Si llegamos a ser la primera potencia del orbe, si dominamos más de medio mundo, si en las tierras de España no se ponía el sol, se debió al esfuerzo de nuestros hombres de mar, que ampliaron horizontes con sobrehumano esfuerzo en repetidas ocasiones y sin aceptar jamás ningún límite geográfico, moral o académico impuesto. Porque a través de la mar descubrimos, conquistamos y poblamos islas, tierras, mares, océanos y continentes, hasta formar un colosal imperio ultramarino nunca igualado. Mirando hacia la mar nos hicimos grandes y poderosos. Pero cuando volvimos la vista hacia tierra, nos empequeñecemos como personas, como nación y como pueblo.

Sabe quien haya leído alguno de los volúmenes de esta colección que, para recorrer dos siglos de la historia de la Real Armada, utilizo como hilo conductor a las diferentes generaciones de una familia entroncada en la Marina, una condición bastante habitual en esa gloriosa institución a la que pertenezco con orgullo desde hace más de cuarenta años. El tercer personaje de la saga, el brigadier Santiago de Leñanza, ha protagonizado los seis últimos volúmenes con sus vivencias propias, desde que sentara plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas. Ahora cambio el tercio con decisión. Porque será el esposo de su hermana, el capitán de fragata Adalberto Pignatti, más conocido como Beto, quien tomará la palabra. El gran amigo y compañero de Santiago conducirá los relatos acaecidos en el escenario de los movimientos independentistas americanos, así como los particulares del buque bajo su mando, el queche Hiena.

De esta forma, regreso al momento en el que Beto se mantenía en ese maravilloso escenario marítimo del Río de la Plata, una vez la fragata Proserpina abandonaba aquellas aguas e iniciaba el definitivo tornaviaje hacia la Península. Nuestro protagonista atravesará momentos dulces y dolorosos, asistirá a triunfos de exaltación patriótica, pero también a amargas derrotas, pues nunca debemos esconder la verdad histórica aunque mucho nos duela. Y como aderezo final de cierta relevancia, amadrino a sus vivencias propias una leyenda corrida pero no documentada, aunque se asegure como cierta en un buen número de publicaciones por historiadores argentinos.

Como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos pero

de trascendental importancia en nuestra historia naval y, por lo tanto, en la de España.

Siguiendo la línea marcada desde un principio para toda la colección, a esos retazos significativos de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, incorporo los necesarios hechos novelescos de mis personajes. La saga familiar de los Leñanza en la que baso estas narraciones históricas, donde incluyo al capitán de fragata Adalberto Pignatti por simple necesidad narrativa, ofrece el condimento imprescindible en toda obra para hacerla amena y atractiva al lector. Y como un último deseo, espero que la utilización de nuestra riquísima parla marinera, esa importante sección del idioma español, perturbe poco su lectura.

Luis Delgado Bañón

1. Una excepción a la regla

Dirigí la mirada a través de la balconada de mi cámara, mientras secaba las gotas que me resbalaban por la cara, una vez aligerados los ojos de nieblas en la jofaina. Como cada mañana al despertar a un nuevo día, mantenía el ritual particular sin desviarme una sola pulgada, que no se deben mudar las costumbres propias, declaradas como positivas para el cuerpo o el alma. Si ya la visión de las aguas eleva el espíritu de todo ser humano muy por alto, cuando se hace desde tablas propias, la satisfacción acaba por abrir ronchas de placer en los cueros. Un sentimiento de propiedad moral no asistida, que brotaba por los poros de mi piel en reguero.

Aunque hubiesen transcurrido escasas semanas desde que tomara el mando del queche Hiena, único buque de su clase en la Real Armada, y la primera a flote tras las necesarias reparaciones llevadas a cabo en el dique de carenar del apostadero, todavía la inicial sensación de encontrarme sumido entre nubes blancas se dejaba sentir muy dentro. Y no es escasa la rosca cuando se manda buque en la mar, y acabas por convertirte en el dios particular de los cuerpos y almas estibados a bordo, para bien o para mal de sus vidas. En la ocasión no era la incomparable mar infinita la que se divisaba a través del cristal, sino la recogida ciudad de Montevideo, sede de nuestro apostadero y comandancia naval en el Río de la Plata, frente a la que me encontraba fondeado con dos anclas firmes y al abrigo de los vientos.

Una vez finalizadas las obras necesarias y algunas imprescindibles en el dique de carenar, especialmente la correcta instalación de las piezas artilleras, la comandancia acababa de embarcarme la dotación, el caballo de batalla que más sufrimientos producía en el apostadero por aquellos días. De forma general, podía asegurar que se trataba de un abigarrado conjunto donde escaseaban los profesionales, un grupo de hombres con mayor o menor ánimo, que debíamos convertir en una dotación marinera, dispuesta a darlo todo por el pabellón que ondeaba a popa con orgullo. Y no era cuestión de

despreciar lo que se nos avecinaba por la proa, si deseaba que el buque bajo mi mando pudiera llevar a cabo las misiones de mar y guerra que de él se esperaban.

Absorto en mis dulces pensamientos, no había escuchado la entrada de Miguelillo, quien ejercía las funciones de criado particular a mi cargo. Se trataba de un rapaz despierto, valiente y leal, que tan brillante papel desempeñara cuando debimos rescatar las familias propias en la hacienda murciana donde se enseñoreaban los gabachos. Y no dudó un segundo el jovenzuelo en rebanar gazzates franceses, fiel a su repetida frase de que era capaz de acertar con su puñal en el morro de un cochino a veinte pasos. No exageraba una mota el joven, que bien lo pude comprobar con mis ojos. Había naufragado conmigo a bordo de la corbeta Mosca frente a las islas Berlingas y del bergantín Palomo en la ría de Vivero, salvando la vida por intercesión divina, al no ser capaz de dar una sola brazada en la mar. Quiso abandonar su tierra y seguir en mi compañía, lo que acepté una vez concedida la petición por su padre. El buen hombre comprendió que a su hijo se le abría un futuro más ambicioso a mi lado.

—Debe atacar el desayuno antes de que se enfríe, don Beto. Aproveche la ocasión, que no será fácil encontrar más huevos de gallina en tierra, con la penuria que se sufre en la plaza. Y en la ocasión, los he acompañado con cecina pasada a las brazas y generoso chorro de vinagre, como le gusta. Bueno, sin olvidar su jarra de café, ese líquido negro y amargo que bebe en demasiada cantidad. Acabará con las tripas en tinte de betún, lo que no puede ser buena condición para el cuerpo.

—Qué sabrás tú de las condiciones deseables para el cuerpo. Por cierto, ¿nos queda café en abundancia? A pesar de tus vaticinios, ya sabes que no puedo pasar un solo día sin beberlo.

—Lo que se dice en abundancia, de nada resta a bordo ni en la sitiada plaza, señor. En cuanto a esos granos, solamente disponemos de unos cinco saquetes. Se espera que la flotilla del capitán de fragata Romarate, en su incursión de requisa y abastecimiento estuario adentro, regrese a puerto con suficientes viandas para tanta boca necesitada.

—También nosotros entraremos en esa ronda de avituallamiento, ahora que el Hiena ha quedado listo para salir a la mar en condiciones.

—Mucha falta nos hace, señor. No son pocas las voces en reclamo de que el mejor de los buques del apostadero se entregue a la faena.

—Ya lo sé. También yo deseo entrar en vereda cuanto antes. Pero no son buenas las prisas en la guerra. Y más todavía cuando ni siquiera hemos

acoplado al personal a bordo.

—Si me permite decirlo, señor, muchos de los hombres embarcados no parecen haber posado las plantas negras de sus pies sobre la mar un solo día.

—Ojalá fueran todos como tú, que has naufragado dos veces y sabes cómo muerde la mar —sonreía al rapaz, que ya se creía un lobo de mar.

—Desde luego, señor.

Me dediqué con afán a la comida que Miguelillo había depositado sobre la mesa, mientras bebía la primera taza de café del día, esa que ofrece un especial sabor y fuerza suficiente para encarar la nueva jornada. Y por todos los cristos que la mano del rapaz en los fogones era digna de alabanza. No había desperdiciado las lecciones aprendidas de su maestro Okumé, el inseparable criado-secretario de mi cuñado.

Pero antes de continuar adelante con mis venturas y desventuras a bordo de aquel inolvidable buque, debo aclarar un importante aspecto. Estoy seguro de que les llamaré la atención comprobar que no es Santiago de Leñanza quien toma la palabra en estos cuadernillos familiares, norma habitual de tanto legajo escrito con mayor o menor sentido. Son muchos los pliegos cubiertos hasta la fecha por tres de los miembros de esa familia entroncada en la Real Armada, los Leñanza, que, como norma impuesta, intentan exponer sus propias vivencias personales y marineras, que tanto se ajustan a los momentos principales de la historia de nuestra Marina. Y así ha de continuar por muchos años, si Dios a bien lo tiene. De esa forma, las futuras generaciones podrán comprobar al punto y con cierto detalle la labor llevada a cabo con extrema abnegación por los miembros de esa gloriosa Institución a lo largo de los siglos, siempre con la única meta impuesta del mejor servicio a España.

La razón a esta excepción tan manifiesta no es otra que el encargo personal de mi buen amigo y compañero el capitán de navío Santiago de Leñanza al considerarme miembro íntimo de la familia, desde que matrimoniara con su hermana Rosalía. Cuando nuestras vidas se separaban por un buen número de millas de distancia, entró en ruegos para que también mis experiencias personales en escenario tan particular quedaran ensambladas en el compendio general. Y aunque poco me agrade tomar la pluma, hábito escasamente extendido en mi persona, cumplo con la obligación impuesta por una persona a la que tanto debo y tanto estimo.

Quienes hayan seguido las aventuras de la familia Leñanza en sus diferentes escritos, que ya conforman una particular Biblia de sangre propia, recordarán que, a bordo de la fragata Proserpina de la Real Armada, arribamos al Río de la Plata en comisión de guerra allá por el mes de marzo

del año del Señor de 1812. La misión principal se cifraba en el transporte de armas y personal para el apostadero de Montevideo, que se mantenía aislado y en permanente lucha con los revolucionarios bonaerenses. Quienes se denominaban a sí mismos como independentistas o patriotas no eran más que un puñado de traidores criollos o españoles que aspiraban al Gobierno propio. Y por beneficio personal o ambiciones soterradas olvidaban patria, raza y sagrados compromisos de juramento, condiciones convenientemente embadurnadas con otras proclamas que el pueblo llano suele aceptar, cuando la fuerza se impone bajo cualquier bandera.

Pocas semanas antes de nuestra arribada al Río de la Plata y por causa de un temporal corrido, que nos hizo derivar demasiadas millas hacia el sur, habíamos tomado en presa el queche Hiena a la nombrada en falso como Marina de la República Argentina. No reconocíamos tan indecorosa Institución por un principio básico de legalidad, con lo que sus unidades eran catalogadas sin dudarlas como de mezquina piratería. Las acciones necesarias para tomar el buque fueron posibles gracias al arrojo y decisión de unos pocos valientes bajo mi mando, al atacar con engaño el queche fondeado en el río Negro, con una dotación cercana a los cien hombres. Y como era norma habitual, fui nombrado comandante de presa del buque tomado a los rebeldes. Con gran placer debí marinar el Hiena-presa en conserva^[1] de la fragata Proserpina hasta la plaza de Montevideo, donde entramos en loor de gloria y orgullo con la bandera de la Real Armada izada a popa en el pico de la cangreja.

Como había sufrido penosa suerte en los mandos concedidos hasta el momento, especialmente cuando debía tomar el del bergantín Palomo y se hundía ante mis ojos en la ría de Vivero, con salvamento milagroso para mi cuerpo, convencí a mi cuñado para que abogara en favor ante el comandante naval del apostadero de Montevideo, el jefe de escuadra José María Salazar. Intentaba que me nombrara como comandante efectivo del queche, una vez laborado en firme para su captura y cuadrar a mi empleo de capitán de fragata. Conseguida la empresa con facilidad, dada la escasez de oficiales de guerra^[2] presentes bajo su mando, tal hecho significaba mi definitiva separación de Santiago. Porque mi hermano de amistad y sangre debía regresar a bordo de la fragata Proserpina a la Península. Y a estas alturas, supongo que habrá entregado el mando de tan maravillosa fragata y conseguido el prometido ascenso al empleo de brigadier.

Por mi parte, quedé en el empleo de capitán de fragata como comandante del queche Hiena, incluido en las fuerzas navales del apostadero bajo el

mando del jefe de escuadra Salazar. El Hiena se mantenía encuadrado como una unidad más en la división naval comandada por el capitán de navío Jacinto de Romarate, un bizarro vizcaíno recientemente ascendido por su extraordinaria y valerosa acción en el río Paraná, donde en singular combate había rendido tres unidades de las llamadas patriotas, así como tomado artillería rebelde emplazada en tierra. No obstante, al queche, por sus especiales condiciones veleras y mayor calado, se le preveían acciones independientes por aguas libres. Entre ellas se contemplaban, en principio, el transporte de tropas, ataques a posiciones enemigas exteriores y el abastecimiento de la población de Montevideo en operaciones por fuera del estuario. No obstante, toda la madeja se mantenía en el aire de momento y a verla venir con cierto detalle.

Como es fácil imaginar, sentía la lógica tristeza por la separación familiar que producía la concesión del mando. Se trataba de un alejamiento de mi querido hogar gaditano, que se alargaría en el tiempo sin medida conocida. Pero también es cierto que disfrutaba de una especial y única sensación, al comprobar que mandaría en la mar un buque con tan especiales y gloriosas características. Sin olvidar que debería moverme en unas aguas de discordia permanente y donde tanto se jugaba nuestra patria por aquellos días, nada menos que el mantenimiento bajo la corona de su majestad católica de las provincias indianas en el cono sur americano. Pero antes de entrar en materia por derecho, creo que debería exponer las características de aquel extraño buque, que así puedo denominarlo sin ningún ánimo peyorativo, y la situación que se vivía en las dos bandas del Río de la Plata por aquellos meses, que condicionaban mi vida y la de mis hombres en grado alto.

Quienes lean estos cuadernillos pueden creer que cuando hablo del Hiena me refiero al clásico queche, ese tipo de buque conocido en líneas generales por todo hombre de mar. Nada más lejos de la realidad. En nuestra Armada entendíamos como queche a una embarcación de origen holandés, con formas similares a proa y popa, y de escaso lanzamiento, panzudo como vaca urcana y un porte habitual sobre las trescientas toneladas. Su aparejo variaba con respecto al porte, aunque por lo general utilizaran un palo a proa con cangreja y diversos foques, mientras a popa envergaban una pequeña cangreja en lo que se podía denominar como mesanilla^[3]. Como es lógico, tal embarcación era de escaso andar, especialmente de bolina^[4]. Y, para que no sotaventeara en exceso, llegaba a utilizar orzas de deriva.

De todas formas, tales embarcaciones de carga se habían desarrollado con profusión en las marinas ribereñas de los mares del Norte y Baldeo, dadas sus

especiales características para manejarse con habilidad en los escasos fondos de sus aguas. Habían aumentado el porte en ocasiones, así como sus aparejos, hasta mostrar dos palos con cangreja, alguna vela redonda, foques y estáis de ribera, incluso envergando alguna vela alta en la ocasión con diferentes formas, habituales para navegar con vientos muy bonancibles.

Una vez explicado el queche habitual o clásico, debo anunciarles que en poco se parecía al nombrado Hiena de mis amores. Es lógico que cada uno se pregunte por qué se lo denominaba así si no se ajustaba una mota a las características descritas. Con el paso del tiempo comprobé que era condición habitual en las aguas del Río de la Plata nombrar como queche a los buques cuyas formas no se veían normalmente por aquellas aguas. Aunque algunos insistieran en que se le llamara como bergantín, lo que tampoco se ajustaba en perfecto a sus líneas, el buque quedó para siempre bautizado como «el queche» a secas, incluso como «el famoso queche», dadas las múltiples vicisitudes que vivió en su trayectoria. Y aunque nadie se extrañaría por el nombre acoplado de ese animal carroñero, dada la norma en nuestra Armada de utilizar en el bautizo de mar apelaciones de todo tipo, bien fueran santas, reales, profanas o animales, el hecho cierto se debía a la traducción llevada a cabo de su inicial apelativo.

El buque se encontraba en el Río de la Plata en el mes de agosto de 1810, procedente de Francia y con bandera de conveniencia. Se dedicaba al transporte de mercancías en general y, posiblemente, a algún que otro contrabando de armas y pertrechos para los sediciosos bonaerenses. Según parece, el nombre gabacho que aparecía en su coronamiento era el de L'Hyène. Por tal razón, cuando se adquirió para la nascente Marina revolucionaria como su unidad más preciada, se le adjudicó la traducción directa, Hiena, con la que permaneció para siempre. Fue don Juan Larrea en persona, quien compró el queche con dinero de su propio bolsillo en septiembre de 1810, por cuenta de lo que comenzaba a denominarse como Estado argentino. Pero no estimen a este maligno personaje como un apasionado y enraizado criollo independentista, sino un ciudadano español nacido en la villa de Mataró durante una noche de truenos y ánimas perdidas. Fue este indigno traidor quien aportó los 25.000 pesos que costó el buque. Y para colmo de bondades con los rebeldes, no solicitó el reintegro del importe hasta meses después, al considerar el mal estado de sus finanzas.

El tal Larrea, traidor a su patria que solo buscaba importantes beneficios personales a largo plazo, aunque presumiera como tantos otros de ideas afrancesadas y progresistas, fue nombrado posteriormente ministro de

Hacienda del naciente Estado. Se trataba, sin duda, de un hombre de elevada fortuna personal. Tomó a su cargo adquirir los bajeles que, en su opinión, eran necesarios para vencer a los españoles, sus hermanos de sangre, en el Río de la Plata. Aseguraba con bastante lucidez que desde España no se enviarían suficientes refuerzos navales, dada la maltrecha situación de su Armada y las necesidades abiertas en la guerra contra el francés. Para la naciente Marina argentina, además de las unidades que, según estimaban, serían entregadas por gobiernos interesados en la lucha de liberación, como la llamaban esos rebeldes, Larrea apalabró con cantidades anticipadas dos bergantines británicos, una fragata rusa, una goleta angloamericana, una corbeta y diversas balandras.

Las primeras embarcaciones de las descritas en arribar al escenario del Río de la Plata fueron la goleta de doce cañones, Invencible, el bergantín Veinticinco de Mayo de dieciocho y la balandra La Americana de tres. Y por todos los dioses de la mar que no comenzaron bien las empresas navales de la naciente Marina. Porque las tres unidades nombradas fueron rendidas en atrevida incursión por la división del entonces capitán de fragata don Jacinto de Romarate en el combate del río Paraná, frente a la estación de San Nicolás de los Arroyos. A dicha acción asistimos como voluntarios mi cuñado Santiago y yo, tomando en presa las embarcaciones piratas, que pasaron a engrosar nuestras escasas fuerzas. Por aquellos días, el queche bajo mi mando se encontraba varado en el dique seco del apostadero, con objeto de acondicionar su estructura a la necesaria artillería y revisar su carena.

A pesar de los éxitos iniciales, éramos conscientes de que la Marina rebelde continuaría engrosando sus fuerzas a un ritmo muy superior al de unidades disponibles en el apostadero. Y con la Real Armada bajo mínimos, no se podía pensar en recibir el oportuno auxilio de material desde la Península, ni personal para cubrir en grado mínimo las dotaciones de las nuevas unidades incorporadas. Aparecían en la escena muchos intereses creados, de forma especial naciones que veían con agrado controlar en el futuro el comercio de las provincias españolas, mientras la propia España no disponía de fuerzas suficientes para luchar contra el francés. Entre los amigos de los sediciosos se encontraba a la cabeza el joven estado norteamericano, que pronto olvidaba la ayuda prestada por España en su guerra de independencia. Pero aunque parezca un manifiesto contrasentido, también los británicos apoyaban de tapado la causa rebelde, a pesar de haber signado tratado de alianza con España. Parecía que esos indignos seres isleños entendían la alianza como particular a sus intereses y solamente para guerrear

contra el francés en Europa, mientras el comercio indiano se abría a sus ojos como un extraordinario botín imposible de rechazar. También cooperaban en la empresa independentista algunos particulares, que pensaban hacer su agosto con las nuevas autoridades, incluidas promesas de generosas haciendas y abundantes rentas. Entre ellos destacaba un infame banquero de Boston llamado William White, dispuesto a financiar la compra de buques para los sediciosos de Buenos Aires sin aval específico.

Para el mando de toda esa Marina en formación, se ofreció el cargo de teniente coronel y comodoro a William Brown, un irlandés emigrado a los Estados Unidos, quien aparecía en nuestras listas de contrabandistas en el Río de la Plata como uno de los más afamados. Aunque propietario de la fragata mercante Industria, con la que negociaba por blanco y negro, en una ocasión le fueron apresadas dos embarcaciones menores cargadas de cueros nobles, momento en el que abrazó con efusión la causa independentista. Sin embargo, debo reconocer de entrada que se trataba de un excelente hombre de mar, que no solo se hizo cargo del mando, sino de reclutar las dotaciones necesarias para sus buques. De acuerdo con sus jefes, prometió generosas mesadas a quienes se incorporaran a sus equipajes^[5]. Y como es fácil imaginar, las tripulaciones pasaron a ser formadas no por patriotas independentistas, sino por un conjunto de aventureros de Europa, así como por la peor calaña emigrada de los puertos del norte americano y el Caribe. En su conjunto, gente de cualquier procedencia, condición o nacionalidad, siempre que fueran capaces de efectuar su oficio de mar con garantías.

Regresando a la necesaria misión de explicar con cierto detalle la unidad bajo mi mando, el queche Hiena era un buque de finas líneas y con una razón^[6] muy elevada, como jamás había observado en la mar hasta el momento. Creo que se trataba de la condición que más lo distinguía y diferenciaba del resto, al comprobar su eslora de 162 pies y una manga de 30^[7], con un porte^[8] superior a las 800 toneladas. Tal condición hacía posible que se le instalara una artillería de veinte piezas o superior en su única batería. No obstante, formaba el coronamiento con cierto empaque, suficiente para abrigar balconada de orden en la cámara del comandante.

En cuanto a su aparejo, disponía de dos palos con enjundia de fuste, con el mayor al centro y una guinda^[9] ligeramente menor que el trinquete. En su alargado y casi horizontal bauprés^[10] afirmaba foque, fofoque y contrafoque^[11], quedando a su plan una trinquetilla pequeña, esa que los viejos hombres de mar denominan como malos vientos y que se podía utilizar en capa^[12] con responsabilidad. El palo trinquete disponía de una cangreja de

forma, razón por la que muchos denominaban erróneamente al buque como bergantín, y una escandalosa con fuerza y tamaño muy superior al habitual. La misma disposición se utilizaba en el palo mayor, aunque su cangreja, con mayores dimensiones, cuadraba por fuera del coronamiento a tachón de capuchina. Por último, disponía de tres estáis^[13] entre palos en disminución hacia las alturas, llamados a bordo como mayor, volante y de cabeza, aunque no cuadrara al ciento con las disposiciones de los tratados oficiales.

Como resumen general, puedo declarar con sinceridad que se trataba de un buque velero como jamás había observado en unidad de tal porte, una maravillosa condición que recibía posiblemente por su forma, razón y aparejo. Además, se trataba del buque ideal para navegar en los bajos fondos del Río de la Plata, aunque su calado cercano a los once pies^[14] lo inhabilitara para adentrarse en algunos ríos, donde las operaciones contra los rebeldes eran muy importantes. No obstante, debo exponer algún reparo, que todo buque los ampara tarde o temprano. Aunque no hubiera navegado con él por mares largas y en temporal abierto, suponía que al queche, con tan ardientes movimientos como los comprobados en la navegación hasta Montevideo, le sería complicado utilizar las piezas de su artillería si la mar se elevaba a marejada gruesa, especialmente los cañones de la banda de sotavento. Y era muy posible que acertara al estimarlo como poco fuerte en mares alzadas si el levantamiento de su proa continuaba proporcional a la altura de las olas. No obstante, la estampa al observarlo navegando de bolina producía un especial gozo, dada su extrema belleza.

Hasta el momento de ser apresado, el queche disponía de una pequeña historia propia. En principio y una vez adquirido por compra al armador francés Dalesson, había sido enviado a la localidad de Barracas con escasos marineros. Se debían reparar algunos desperfectos en el casco, así como modificar su estructura para que le fuese posible instalar la artillería de 20 cañones de a 12 que le asignaron, procedentes del fuerte de Buenos Aires. Y no era ligera badana aquel conjunto de piezas con tal calibre, para buque de sus características. Una vez finalizadas las obras e instalada parte de dicha artillería, quedó fondeado en balizas interiores y allí permaneció en espera, bajo el mando del norteamericano Thomas Taylor y con Thomas F. Jones como segundo comandante, dos contrabandistas con marca propia de piratas, reconocidos en laurel alzado por los revoltosos. Cuando se produjo el bombardeo por buques españoles sobre la ciudad de Buenos Aires, bajo el mando del capitán de navío Michelena, y para que no cayera en manos de los realistas, fue varado en la costa, cerca del Retiro.

Semanas después fue sacado de la varada para finalizar su necesario alistamiento. Durante el primer sitio al que fue sometida la costa bonaerense, con el Hiena rompieron los rebeldes el bloqueo, transportando pertrechos al ejército de Buenos Aires, condición fácil de creer dadas sus características marineras. Para ello desembarcaron en la playa del Buceo de la Luz^[15], en la banda oriental. Después del ligero periodo de paz establecido, se armó el queche al completo. Taylor continuaba al mando, Jones de segundo comandante, mientras destacaban como oficiales de guerra Diego Robinson, Tomás Wilson y Cornelio Tobin. Todos ellos mercenarios a los que se les obligaba a utilizar nombres de pila españoles, por un mínimo sentido de vergüenza propia.

Por fin, el queche Hiena fue comisionado por los rebeldes a la localidad de Carmen de Patagones, con Thomas Jones al mando, para reforzar la plaza y su presidio ante un posible ataque realista desde Montevideo. Y allí, en el río Negro, lo tomamos a la brava y por derecho con armas blancas, emotivos momentos en los que el joven Miguelillo clavaba uno de sus puñales en el pecho de un pirata, a más de quince pasos. Supuso una jornada gloriosa y vibrante para nuestras armas, aunque sea una más de las que quedan envueltas en nubes para la historia particular de la Real Armada.

Una vez con el queche en Montevideo y tras la necesaria inspección, deduje que era necesario reformar a fondo la instalación de su artillería. Al tomarlo incorporaba veinte piezas de a 12, que debían de ser las únicas disponibles en el momento de su armado, procedentes del fuerte de Buenos Aires. Decidí, en acuerdo con el ingeniero Ramírez Conde y el jefe de escuadra Salazar, que sería preferible disponer de un par de cañones de a 18, una docena de a 12 y el resto de a 6, dada su ubicación en cubierta. Pero el principal defecto consistía en la mala instalación de las piezas, de forma que, en su situación actual, no podrían efectuar más de dos o tres disparos consecutivos, posiblemente con algún destrozo aparejado. Las troneras presentaban unos batiportes con los que sería imposible meter el cañón en batería correctamente. Asimismo, los aparejos de trinca y retenida eran deficientes, más propios para cañones a utilizar en baterías de tierra. En resumen, que si no se llevaban a cabo las necesarias variaciones, sería imposible mantener un combate ni siquiera de escasa duración.

Como al mismo tiempo se consideraba conveniente comprobar el estado de su obra viva y la posible necesidad de carena, quedó varado el Hiena cuando se sacó del dique a la fragata Proserpina, que, una vez reparada, emprendía el tornaviaje hacia España. Fue entonces cuando traté a fondo al

ingeniero Eugenio Ramírez Conde, retirado del servicio y vuelto a él por deseo propio, ante la urgente necesidad de brazos patriotas. Acabó por sonreírme la suerte de lleno, al descubrir a una persona de ejemplar conducta, inteligente, muy bueno en su parcela profesional y, para colmo de bienes, rebosante de bondad por los cuatro costados. Tras una ligera carena y la reforma del sistema artillero, el queche quedaba listo, ahora armado con dieciocho cañones; dos de a 18^[16], ocho de a 10 y ocho más de a 6. Pero todos ellos en situación de garantía, pendientes de comprobarlo en la mar con ejercicios de fuego real.

No obstante y a pesar de la buena disposición general del queche, se presentaba la urgente necesidad de incorporarle una dotación, para marinarlo con cierta seguridad. Y aunque, según los reglamentos de Tripulaciones y Guarniciones de la Real Armada, un buque de su porte debería superar los doscientos hombres, eran pocos los que embarcaron durante los siguientes días. De ellos, tan solo los transportados desde España a bordo de la Proserpina ofrecían alguna garantía, no mucha. Pero el resto parecía haber abandonado los aperos de labranza, para abrazar su nueva condición de marineros y grumetes, sin haber salpicado las aguas su cuerpo en una sola singladura^[17]. Y ahí se centraba el gran problema si continuaban las prisas impuestas para que el queche navegara en comisión de guerra por aquellas aguas.

—Parece que cada día le gusta más la cecina avinagrada entre yemas blandas, señor —Miguelillo me sonreía con su habitual descaro, cortando mis pensamientos.

—En efecto y hemos de conseguir más huevos como sea. Todavía me quedan algunas monedas de oro en la bolsa particular, de las que me entregó don Santiago antes de su partida. Así que mueve el culo entre esos indignos marchantes que se manejan por la plaza y especulan con el hambre abierta en la ciudad. Son capaces de entregar su pescuezo por una onza de metal dorado.

—En ese caso, señor, no deberíamos tratar con ellos en ningún momento, salvo peligro de contagiarnos de sus malas artes.

—Deja las gracias camperas a la banda contraria, Miguelillo, cuando se trata de cuestiones de alimentos y bebidas. De paso, a ver si eres capaz de conseguir algunas paletillas adobadas, aunque sean de corderos centenarios. Y sin olvidar uno de los aspectos más importantes.

—¿Algunas frascas de aguardiente por casualidad, señor?

—Aciertas de lleno.

—Así la haré, don Beto, no se preocupe. Conozco bien a esos mangantes desalmados que pululan por la ciudad. Les tengo tomada la medida y regateo con ellos hasta el suspiro. Si me permite una pregunta, señor —el rapaz parecía dudar—, ¿cuándo nos haremos a la mar? Si continuamos algunas semanas más mano sobre mano, acabarán mis entrañas secas como la retama.

—Esta misma mañana debo dar al jefe de escuadra Salazar la novedad de listo para salir a la mar. Bueno, seamos sinceros. Le ofreceré el listo de maderas, que no de las almas que a bordo se arranchan. Por tal razón, me gustaría disponer de algunas singladuras para navegar con libertad por el Plata. Así podríamos acoplar al personal recién embarcado. Sin olvidar que debemos probar la artillería.

—Hemos bajado mucho en calidad, señor —Miguelillo musitaba a la baja con tristeza—. Esta dotación no es comparable a la de la Proserpina y más se asemeja a un grupo de labradores.

—¡Qué cojones tienes, rapaz! ¡Vaya un descubrimiento! Recuerda que la fragata Proserpina había sido alistada en Cádiz con lo mejor de cada casa. Por desgracia, a bordo deberemos trasegar con bastante carne de cañón y manos blandas. Pero hemos de convertirlos en gente de mar, aunque deban dejar la piel a tiras por la cubierta. Y no disponemos de mucho tiempo para la faena.

—Tampoco el enemigo maneja buenos hombres, señor. Cuando tomamos el queche en el río Negro, no mostraron los piratas ardor a las bravas, ni mucho menos.

—Pero presentan la infinita ventaja de que son hombres de mar. Contrabandistas, bucaneros, piratas y buscavidas sin patria, pero hombres con sal en las venas y callos verdes en las manos. Esa condición es la que más echo en falta a bordo. Y aunque nos aseguren que, de momento, nuestro teatro de operaciones se centrará en el Río de la Plata y aguas casi cerradas, deberemos salir tarde o temprano a mar abierta si hemos de conseguir aumentos para tanta alma. Eso sin olvidar que puede presentarse la ocasión de combatir contra los rebeldes. Necesitamos ejercicios de mar y de guerra, que algunos grumetes y artilleros lo son solamente de nombre. Pero basta de charla, rapaz. Es mucha la faena que se nos abre a proa. En cuanto adectes mi cámara, que te lleve el bote a tierra y gestiona los víveres. Bueno, puedes esperar, que también yo he de pasar para visitar al jefe de escuadra Salazar y comprobar sus intenciones respecto al queche en estos días. Prepara el uniforme sin pérdida de tiempo.

—Lo que diga, señor.

Me mantuve en silencio, con la mirada perdida hacia la mar y los pensamientos anclados en la distancia. Miguelillo había dado en la diana, porque de todas las preocupaciones que se abrían por mi cabeza en el momento actual, el de la dotación era la fundamental sin lugar a dudas. Nadie mejor que yo comprendía que disponía de un equipaje escaso y flojo en todos sus apartados, por mucho que hubiese peregrinado en rogatoria de faldas por todos los rincones del apostadero, mientras mi buque se mantenía en el dique. Como segundo comandante había aceptado el ofrecimiento del teniente de fragata Martín Quijano, cuarentón procedente del cuerpo de pilotos. Al menos, se trataba de hombre con mucha mar a la espalda y profundo conocimiento de aquellas aguas, un factor de la mayor importancia. En cuanto a oficiales de guerra, tan solo se añadían el alférez de navío Benigno Armentía, regresado al servicio tras varios años dedicados a sus asuntos personales, y el alférez de fragata Joaquín Tosquilla, que se encontraba al mando del falucho San Martín, necesitado de reparaciones importantes si a ello se decidía. Era el único oficial joven y había demostrado por largo su valor a bordo de su buque en el combate del Paraná.

De nuevo las palabras de Miguelillo me devolvieron a la realidad.

—Supongo que, fiel a sus costumbres de vestir como modelo de grabado, deseará la casaca de relumbrón bien desempolvada. ¿No es así, don Beto?

—Nada de eso, rapaz, que he de guardarla entre sedas para ocasiones especiales. Y no andan los haberes al día como para mostrarse en alardes.

—Como le entendí que debía visitar al jefe de escuadra Salazar...

—Es mi jefe directo y deberé hablar con él en muchas ocasiones a partir de ahora.

—En ese caso, le sentará bien la casaca de paño grueso, señor, que este viento del sudoeste parece más propio de helada nortea. —Me miró con gesto de sorpresa y ligera desconfianza—. La verdad, don Beto, que se hace muy raro al cuerpo sentir tanto frío, una vez entrados en el mes de mayo. Esa condición de cambiar las primaveras por otoños parece producida por el mismísimo Satanás o alguno de sus subalternos.

—Ya te dije que en el hemisferio sur, el cuajo inferior de la tierra para que me entiendas, la vida se mueve al revés en cuanto a las estaciones del año. Pero no se trata de efectos producidos por Satanás y sus secuaces, puedes estar seguro, sino adecuado a las lecciones que la ciencia nos ofrece.

—Nada sé de esa ciencia, señor, pero para mí siempre será cosa del Maligno sufrir escalofríos de muerte en el mes de agosto.

Me hizo gracia la observación de Miguelillo, un joven campero tan alejado de su propia tierra y de sus habituales costumbres. Pero mi mente regresaba al bulto propio con rapidez, porque cifraba algunas esperanzas en la audiencia que debía rendir aquella mañana con el comandante naval del apostadero, al que pensaba elevar un buen número de peticiones. Bien es cierto que desconfiaba de poder conseguir las en alto grado. En cuanto al aspecto fundamental, deseaba salir con el queche a la mar y comprobar con mis propios ojos cómo se movía el equipaje. Debía contrastar sobre las aguas las posibilidades reales que se nos abrían, pensando en probables enfrentamientos con las unidades rebeldes. Y, sin dudar un solo segundo, comenzar los ejercicios doctrinales en alargados periodos, aunque protestaran con escasa sordina todas las bocas de a bordo.

2. Problemas y proyectos

Una vez en el edificio de la comandancia naval, me dirigí por derecho y sin dudas hacia el antedespacho del general, como en ocasiones anteriores. Y allí se mantenía apoltronado entre expedientes, legajos y pliegos de polvo el alférez de navío Julián Malgraf, ayudante del jefe de escuadra Salazar. Aunque retirado por decisión propia y enlace matrimonial hartamente beneficioso, según se comentaba en corrillos por la plaza, se había reincorporado al servicio activo de forma voluntaria. No era más que una repetida variante por aquellos días, ante la penuria de personal que se sufría en el apostadero. Se trataba de un hombre de gran bondad, amable sin reparos y con una sempiterna sonrisa en la boca. Gracias a su vieja amistad personal con el general, parecía disfrutar de su destino como pocos habitantes de la plaza en aquellos difíciles días. Nada más comprobar mi presencia en la puerta, abandonó su asiento al salto para acudir a saludarme con su habitual afabilidad.

—Me alegro mucho de verle con tan buen aspecto, comandante Pignatti. ¿Cómo se mueve el famoso queche de nuestros amores, tras las reparaciones llevadas a cabo en el dique?

—Bueno, la verdad es que todavía no lo he comprobado en movimiento, tras salir de la carena y fondear a escasas varas de los muelles. Pero no creo que se haya deteriorado una onza en la varada, antes al contrario, por lo que debe continuar siendo capaz de beber las aguas al gusto. Espero que ahora pueda disponer de su artillería a plena satisfacción.

—Ya oí que esos malditos rebeldes ni siquiera saben instalar un cañón a bordo.

—No era tarea sencilla alistar sin troneras de grada veinte piezas, y de cierto calibre. Por fortuna, nuestro ingeniero es un profesional magnífico y con plena dedicación. —Como bien conocía que Malgraf podía mantenerse en charla sin fin, me decidí a entrar en vereda para no perder demasiado tiempo

—. ¿Se encuentra el general en su gabinete? Desearía hablar con él si es posible.

—Supongo que sí porque nada le acucia esta mañana, aunque se haya despertado con la pierna floja y no ande con el humor para peticiones de vuelo. —Me guiñó un ojo en señal de complicidad—. Espere un momento.

Pocos segundos después, el ayudante me invitaba a atravesar la puerta y entrar en el despacho del comandante naval. Una vez más, comprobé que se trataba de una sala amplia con escaso mobiliario, un detalle que me llamara la atención en la primera ocasión. Porque aparte de unos sillones de piel gastada que formaban rinconera, solamente aparecía en la estancia una mesa de trabajo de bella talla, situada a chaflán en la esquina norte. Parecía más un salón de recibo que una estancia de trabajo, condición que confirmé posteriormente al tener conocimiento de la necesaria cesión de su gabinete personal al virrey aposentado, y debía de utilizar uno de los salones de su residencia para el diario trabajo. La razón se debía a las obras que se llevaban a cabo en el fuerte, el edificio de la gobernación de Montevideo.

—Buenos días, señor general.

—Buenos días, Pignatti, aunque se trate de una mera frase protocolaria. Acérquese y tome asiento, que debemos lidiar asuntos de importancia con rapidez. —Me señalaba el sillón situado al otro lado de su mesa.

El jefe de escuadra Salazar mostraba la figura de un hombre ya en la cincuentena, de cabellera abundante pero casi blanca, escasa estatura, entrado en carnes, con aspecto paternal y bonachón. Bien es cierto que esta última condición se alejaba bastante de la cruda realidad. Y no me refiero a mis experiencias en el trato personal, muy escaso hasta el momento, sino a los comentarios expuestos por sus habituales colaboradores. Como pude comprobar con el paso del tiempo, se trataba de un hombre de humor cambiante y carácter explosivo, condiciones que sufrían los que andaban bajo su bota cada día. En cuanto a su labor como comandante naval y aunque hubiera asistido solamente a un par de reuniones con él, una de ellas cuando se decidió realizar el ataque contra las unidades rebeldes en el río Paraná, me pareció demasiado dubitativo y vacilante en sus decisiones. Con el transcurso de las semanas, comprobé que, además, evidenciaba la falta de osadía que todo mando debía presentar en aquel especial escenario de guerra, que se sufría día a día.

—Supongo que acude para ofrecirme la novedad del queche Hiena. Adivino por su rostro que se encuentra listo para salir a la mar en comisión de guerra. Bastante nos ha costado su paso por el dique, unos caudales y

pertrechos que escasean en esta depauperada plaza de norte a sur. Y por todos los cristos, Pignatti, que necesitamos de su concurso. Espero que comprenda que pasa a ser el buque más importante bajo mi mando y ha de emprender misiones acordes a su categoría.

—Lo comprendo perfectamente, señor. El queche Hiena bajo mi mando se encuentra listo para desempeñar comisión de mar y guerra en cuanto a casco, aparejo y artillería, aunque este último aspecto deberé comprobarlo. Ya sabe que, no obstante, el principal lunar a bordo es el de la dotación, que no...

—¡Por los huevos del sultán negrero! ¡Todos mis subalternos llorando día a día por la poca profesionalidad y escasez de sus dotaciones! —El jefe de escuadra golpeó la mesa con su puño en una reacción que no esperaba, mientras sus mofletes se hinchaban como vela mayor—. Ahora pasará a comunicarme que le faltan hombres de mar y esa retahíla que escucho cada jornada.

—Tan solo me limito a responder su pregunta, señor general. —Por mi parte comenzaba a sentir comezón de duendes por el estómago—. Supongo que no deseará que le falte a la verdad. Con sinceridad, todavía no sé a ciencia cierta si podré navegar con ciertas garantías, con el equipaje del que dispongo a bordo. Acabamos de acoplar los hombres recién embarcados en el plan de combate, pero necesitan muchos ejercicios doctrinales. De todas formas, le repito que me encuentro listo para salir a la mar con esas limitaciones.

—Debe tener en cuenta que, en las mismas condiciones, se mueven las demás unidades bajo mi mando. Y son muchos los oficiales que luchan en tierra, que también claman por más hombres. Según tengo entendido, ha cubierto el cupo de oficiales.

—Dispongo de tres oficiales de guerra, mínimo número para cumplir las guardias de mar. Solamente he podido observar en acción al joven alférez de fragata, Joaquín Tosquilla. En cuanto a los oficiales mayores, se me ha cubierto la plaza del piloto con un imberbe pilotín. De tal forma, me faltan todos los demás.

—Su segundo, Quijano, es hombre flojo de espíritu, pero uno de los mejores pilotos del Plata que he conocido. Deberá formar al pilotín en sus ratos libres. En cuanto a los oficiales mayores, supongo que no exigirá que se le embarque un contador, un cirujano con experiencia de sangre y un capellán de panza bautismal. —Me miró con una sonrisa burlona que poco agradaba—. Le recuerdo, comandante Pignatti, que no se encuentra al mando una fragata en aguas de la Península.

—No exijo nada, señor. Le aseguro que no me preocupa disponer de un solo oficial mayor, aunque sin cirujano sería conveniente el embarque de un sangrador para mantener la enfermería. Sin embargo, poco me agrada el cuadro de los oficiales de mar. El primer contraamaestre parece con experiencia, aunque todavía no lo he podido corroborar en la mar.

—Ya es suerte disponer de un contraamaestre con años de mar a la espalda.

—Desde luego, señor, pero es el único en su clase a bordo. Ni siquiera dispongo de un segundo guardián^[18] para aligerar el palo de proa, condición mínima deseable. Además, necesito un carpintero y, de forma especial, un cocinero de equipaje. En caso contrario, la dotación ganará a nado la costa enemiga en cuanto le sea posible y se pasará al enemigo. Sin una menestra ligeramente aderezada, se resienten las venas más patriotas.

Intentaba seguir una línea chancera, hasta que llegué a la conclusión de que el general apenas cazaba las ironías.

—No diga barbaridades. Casi todos sus hombres son voluntarios y con ganas de batir al enemigo.

—Que no han sufrido una leve marejada desde su nacimiento, salvo los que arribaron en la fragata Proserpina procedentes de Cádiz. El asunto de la manduca es media vida a bordo, y lo digo en serio, señor. Como aseguraba el general Barceló, sin comida y bebida a disposición, mal puede hacerse la guerra. El apartado de marineros y grumetes se encuentra muy por bajo del mínimo y con casi nula experiencia. Por último y pensando en combatir a los rebeldes, el número de artilleros es insuficiente para cubrir las 18 piezas. Ahora mismo, la dotación al completo alcanza los 142 hombres, aproximadamente la mitad de lo que correspondería por reglamento.

—Esa fue la orden de la Secretaría de Marina y de su apreciado general Escaño, Pignatti. —Exhibió una sonrisa de triunfo, como si debieran de dolerme las críticas al general Escaño—. Dotaciones al cincuenta por cierto.

—Pero para unidades de cierto porte, señor. De todas formas, si se tratara de profesionales, no le elevaría una sola queja. La mayor parte de mis hombres exponen como única experiencia a su favor algún combate mantenido en tierra. Necesitan días de mar y olas a los ojos durante bastantes horas.

—Pues salga a la mar y exprima a esos mozos, hasta convertirlos en verdaderos hombres de mar. Nadie nace con los brazos verdes. En estos días, los rebeldes se mantienen tranquilos sobre las aguas, tras haber quedado trasquilados en el Paraná y perdido tres de sus buques, sin contar con el apresamiento del famoso queche bajo su mando. Unos éxitos que también nos

amparan quebraderos de cabeza. Se trata de más unidades, sin duda, pero cuyas dotaciones hemos de cubrir, una misión imposible.

—Lo comprendo, señor.

—Bien, Pignatti, debe saber que todos los males que me relata vuelan por encima de las cejas sin moverlas una pulgada. Sufro otras preocupaciones más severas. Tan solo intentaré cubrirle la vacante del cocinero. Todo lo demás deberá buscarlo por sus propios medios. Hable con el capitán de fragata Tomás Parejo, a quien acabo de nombrar mayor general^[19], a ver si le cae alguna manzana en la cesta, cosa que dudo.

—Pensaba dar la novedad al capitán de navío don Jacinto Romarate, señor, si voy a formar parte de la división naval bajo su mando.

—Aunque, en efecto, el queche Hiena forme parte de la división bajo el mando del capitán de navío Romarate, por las características de su buque lo emplearemos en otro tipo de operaciones y, normalmente, con independencia del resto. Desde luego, salvo cuando se decida alguna acción conjunta. Romarate y sus buques ligeros continuarán con las operaciones de requisa y apoyo por ríos y aguas someras, en las que se mueve muy bien y con excelente rendimiento. De esta forma, recibirá las órdenes por medio del mayor general.

—Quedo enterado, señor.

—Lo que de verdad preocupa en el apostadero es la escasez de víveres. Vivimos en una plaza casi sitiada y con demasiadas bocas que alimentar. El hambre puede cambiar la fiabilidad de las personas. Ese es el auténtico peligro que sufrimos en Montevideo, porque los rebeldes presumen de disponer de todo, y así sucede por desgracia. Aunque no debemos propalarlo, nos encontramos casi bloqueados por tierra. Ni siquiera desde el Brasil nos llegan auxilios, sino alguna amenaza velada, que hasta los monos desean morder del pastel. Lo más importante nos ha de llegar a través de las aguas. Por esa razón, su misión primera será salir en requisa de alimentos cuanto antes. Así podrá comprobar el alistamiento de su buque y adiestrar al personal. De esa forma, todos acabarán siendo buenos hombres de mar en escaso tiempo.

Sentí cómo la sangre se movía por las venas en reguero de pólvora, mientras el general acariciaba sus profusas cejas, abiertas en espolón. Me pareció que hablaba con un mariscal de campo del Ejército, en lugar de un jefe de escuadra que había mandado buque en la mar. Apreté los puños para tranquilizar las aguas y no saltarle al cuello en deseada dentellada.

—En ese caso, señor, ¿quedo en libertad de salir a la mar? Necesitaría algunos días para acoplar al personal, antes de acometer la primera comisión. Entiendo que, de momento, operaré en solitario, sin quedar integrado en la división del capitán de fragata Romarate.

—De momento funcionará por libre y bajo las órdenes directas de mi mayoría general. Ya le digo que los acoplos de personal y ejercicios doctrinales los lleve a cabo en la mar, la mejor de las escuelas. De esa forma, en la primera misión comenzará a comprobar cómo funcionan sus hombres. El capitán de fragata Parejo ha estudiado algunos puntos de la costa, donde podrá intentar el acopio de alimentos. No olvide que dispone de bastantes soldados a bordo, por si entra en fuegos con los rebeldes por tierra. No son del Cuerpo de Batallones^[20], desde luego, pero se trata de hombres bragados.

—Muy bien, señor.

—Tan solo cuando se intente alguna operación de envergadura, que alguna manejamos en la cabeza, se le integrará en la división del capitán de fragata Romarate. Sus barcos son de escaso calado, capaces de moverse por los ríos con soltura y sin peligro de varadas profundas, lo que no es su caso. Debemos aprovechar la artillería y velocidad del queche para otros menesteres, como podría ser el ataque a determinados puntos de la ribera occidental del estuario. Y ya le digo que, en estos momentos, hasta que podamos cortar las líneas de los rebeldes, la adquisición de alimentos es primordial. Por cierto, ¿cómo anda de víveres a bordo?

—En el estado de fuerza^[21] que rendí ayer al salir de dique, exponía que no alcanzaba a cubrir víveres para dos semanas, al no haber recibido ni una sola saca desde que arribé a esta plaza. Todavía consumimos lo que almacenaba el queche en el momento de ser apresado. Se trata de una extraordinaria y penosa situación, que jamás había sufrido. Y de galleta^[22] solamente disponemos para cuatro o cinco días, un estado tan difícil de creer como cierto.

—Vivirá muchas situaciones desconocidas hasta el momento, Pignatti. Su situación es penosa, por supuesto, razón de más para llevar a cabo esas requisas.

—Cuando habla de requisas, señor, entiendo que se refiere a poblaciones que se hayan alzado contra don Fernando. Pero si se trata de localidades bajo nuestro control, deberé intentar la compra.

—Nada de compra, que los caudales a disposición son casi inexistentes. Debemos apartarlos para adquirir armamento y pagar las entregas de víveres procedentes del Brasil, cuando aparecen. La mayor parte de las localidades

costeras hacia el sur se encuentran en manos de los independentistas, por lo que puede entrar a saco, como hizo Romarate en San Nicolás de los Arroyos.

—¿Y se pueden incluir en esas operaciones de requisita o abastecimiento de víveres la posibilidad de apresar buques sospechosos?

—Ya sabe que si muestran pabellón británico a popa, deben ser considerados como intocables. Le hablo muy en serio, Pignatti. Se trata de órdenes del virrey, refrendadas por el Gobierno de la Regencia. La fragata inglesa Nereus, que navega al gusto por el estuario, se mantiene ojo avizor en tal sentido, con órdenes muy severas.

—Perdimos una magnífica ocasión, señor. No debimos aceptar que nos hicieran levantar el bloqueo de Buenos Aires. Ahí se habría acabado el levantamiento de esos rebeldes en unos pocos días.

—Pero lord Strangford, ministro britano acreditado en Brasil, se opuso a reconocer la validez del bloqueo y envió nota al almirante Courcy, mando naval inglés en el Plata, para actuar contra cualquier procedimiento contrario al comercio lícito de sus compatriotas.

—Pero los británicos entienden como comercio lícito el más puro contrabando de armas y pertrechos con destino a los rebeldes.

—Por favor, Pignatti. —Realizó un gesto de desdén con sus manos—. Ya lo sabemos y lo hemos comprobado mil veces con todo detalle. Me llega la información puntual del armamento que reciben los rebeldes cada semana. Somos conscientes de que la postura británica es inadmisibles entre aliados, pero no podemos desobedecer las órdenes del virrey y del mismísimo Gobierno español. Por cierto, que me llegaron noticias desde el Brasil. Parece ser que su cuñado, el capitán de navío Leñanza, en su tornaviaje hacia España a bordo de la fragata Proserpina, las incumplió y apresó un paquebote con bandera inglesa. Y acabó por hundirlo ante los ojos de la fragata inglesa Defiance. Por lo visto, el comandante britano no elevó el parte a malas y se ha librado de una severa reconvención. Las órdenes de la superioridad deben cumplirse.

—¿Ha dicho la fragata Defiance, señor? Esa fue la que salvamos de caer apresada por dos fragatas francesas, cuando nos dirigíamos con la fragata Proserpina hacia estas aguas.

—Ya lo sé. Por esa razón su comandante no habrá cursado a sus superiores la verdad de lo sucedido. Ha tenido suerte. Por lo visto, Leñanza tomó el cargamento y hundió el paquebote.

—Llevaba instrucciones del comandante general de la escuadra, el teniente general don Cayetano Valdés, en ese sentido, señor.

—Pero conocía las elevadas por el virrey.

—La fragata Proserpina se encontraba a las órdenes directas del general Valdés, señor. De todas formas, es buena medida, la de tomar el cargamento y hundir la presa, para que no queden vestigios. Así no podrían protestar las autoridades britanas.

—¿Y su dotación? ¿Pretende abandonar a su suerte a todos esos hombres? Para colmo, su cuñado los dejó en el agua para que fueran recogidos por la fragata Defiance. Pero en las aguas del Plata sería imposible llevar a cabo una acción parecida, así que olvide tamaña locura. Todo buque con pabellón inglés, aunque porte armamento para los rebeldes a la vista y en cubierta, será intocable. Espero que me comprenda y no cometa locuras, que le pueden salir muy caras.

—Por supuesto, señor.

—Bien, hable con Tomás Parejo y salga a la mar en cuanto le sea posible, de acuerdo con sus instrucciones. Le repito que, de momento, su misión principal será la de acopiar víveres para la población. Bueno, si se encuentra con alguna unidad rebelde que ices la bandera de esa Marina argentina, haga por ella si se considera en superioridad manifiesta. En tal caso acabe con sus maderas en fuegos o aprésela si le es posible. No deberá asumir riesgos. No podemos perder un solo hombre ni un solo buque en nuestra precaria situación.

—Algún riesgo se debe asumir siempre en la mar, al entablar combate, señor —intentaba que mis palabras fluyeras con normalidad y sin acritud, condición difícil de conseguir.

—No sea impertinente, comandante Pignatti. Entiende perfectamente a lo que me refiero.

Por mi cabeza cruzaban pensamientos negros sin pausa. Como resumen, el general me pedía que consiguiera víveres sin dotación, sin caudales y sin perder un solo hombre. Pero eran tantas las estupideces que escuchaba que preferí cerrar la boca a la banda. Ya llegaría el momento, cuando me encontrara a solas con la mar y nadie pudiera gritar una orden en mi oreja.

—Entendido, señor. En ese caso, si no manda nada más, hablaré con el capitán de fragata Parejo.

—Vaya, vaya. Pero recuerde —dirigió el dedo índice de su mano derecha hacia mí en señal amenazante— que no debe cometer ninguna locura ni intentar hazañas gloriosas. Los rebeldes aumentarán buques, armamento y hombres poco a poco, con las ayudas que reciben. Por el contrario, en nuestro

caso hemos de mantener lo existente. No deberá exponer su buque ni sus hombres.

—Si no hubiéramos expuesto nuestras vidas, señor general, jamás habríamos apresado el queche Hiena en el río Negro.

—¡Por todos los sodomitas de Inglaterra! —De nuevo se hinchaba la vena de su cuello en rojo—. Le repito que bordea la postura permitida ante el mando, Pignatti. Ya sabe lo que quiero decir.

—Comprendido, señor.

Abandoné el gabinete del general con grillos en la cabeza. Comprendí que eran ciertas todas las opiniones expuestas por otros oficiales sobre el comandante naval, especialmente por Jacinto Romarate. Quedaba al mando de un hermoso buque en aguas comprometidas con un futuro difícil, pero la peor condición era la de no sentirse respaldado por el mando adecuado a aquella dura etapa que debíamos afrontar. De esta forma, me dirigí como un autómatas hacia la planta baja del edificio, donde me indicara Malgraf que habían instalado la mayoría general y sus escasas dependencias. Decidí borrar de un plumazo la audiencia mantenida con el jefe de escuadra Salazar si quería mantener el ánimo elevado una mínima cuarta.

3. El mayor general del apostadero

Me extrañó comprobar la avanzada edad del capitán de fragata Tomás Parejo, condición que parecía ser habitual entre los oficiales del apostadero. Pero en este caso no se trataba de un oficial recuperado para el servicio por la situación de guerra y bloqueo, sino sencillamente uno de los que, normalmente, denominábamos como de carrera lenta o atrasada, concepto injusto en la mayor parte de las ocasiones. Su alargada permanencia en el apostadero, por más de diez años, se debía al hecho de haber casado con una dama española arraigada en el Plata y enamorado de esa tierra que ahora litigaba con la madre patria. Pequeño de cuerpo, magro de carnes y barba espesa, me cayó la suerte a troneras al comprobar que se trataba de una excelente persona y bastante inteligente. Digo esto porque sería con quien habría de tratar en el día a día, respecto a las necesidades y misiones que debía desempeñar el queche Hiena, una vez apartado como unidad independiente por sus especiales características. Sin conocimiento de su verdadera antigüedad en el empleo, pensaba quedar a sus órdenes con el debido respeto, dada la diferencia de edad entre ambos. Sin embargo, nada más entrar en su despacho, me tomó por el brazo con entera camaradería, al comprobar mi presencia.

—Nada de protocolos cortesanos o militares con mi persona, Pignatti. Creo que podemos hablarnos en confianza. Somos dos capitanes de fragata destinados en este precioso agujero, que se va pudriendo poco a poco como la carne gangrenada. Y acabará por estofarse en la perola si no se enmienda la maniobra desde España, lo que parece difícil. Además, deberemos trabajar codo con codo, bajo la bota de nuestro querido jefe. —Señalaba con el dedo hacia el piso superior, al tiempo que su gesto era elocuente por más—. Así que llámame por mi nombre, Tomás. Creo que el tuyo es Adalberto.

—Todos los amigos me llaman Beto.

—De acuerdo, Beto. Supongo que habrás hablado con el general y no es necesario que me repitas la conversación, porque la imagino perfectamente. Esta misma mañana me recomendó repetirme los mismos conceptos que has escuchado, lo que no pienso hacer, desde luego. Nada de locuras ni exponer lo que tenemos. —Imitaba a la perfección el tono de voz del jefe de escuadra—. Necesidad de acopiar víveres cuanto antes y otras mandangas. Ahora puedes exponerme con sinceridad la situación del queche Hiena y sus posibilidades reales.

—No sabes cómo me alegra escuchar tus palabras. —Respiraba a pulmón, tranquilizado—. Te informaré de mil amores.

Fue magnífico comprobar que debería trabajar con persona tan agradable e inteligente. Porque Tomás las cazaba todas al vuelo, conforme desgranaba punto por punto las deficiencias del Hiena y las necesidades que estimaba perentorias. Asentía con la cabeza conforme entraba en materia, al tiempo que tomaba nota de algunos detalles en una pequeña libreta. Me dejó correr la madeja hasta cerrar el cuadro, preguntando aspectos concretos solamente. Mantuve alguna duda sobre su posible reacción, pero ya sus primeras palabras me tranquilizaron.

—Más o menos esperaba una situación parecida, tras haber leído tu estado de fuerza al salir del dique. Como puedes suponer, estimábamos que el personal solicitado a la Secretaría de Marina con urgencia y en repetidas ocasiones, que debía transportar la fragata Proserpina hasta aquí, sería en mayor cantidad y calidad. Tú mismo lo pudiste comprobar con los ojos. Por fortuna, decidisteis adiestrarlos durante la travesía, que se alargó con todo tipo de incidentes, lo que resultó muy positivo para su formación. Pero la puchera está servida y hemos de tomarla en caliente. Concuero contigo en que necesitas de forma perentoria un guardián para la maniobra del trinquete, no me cabe duda. También es imprescindible un sangrador, aunque ahí tocamos en hueso duro. Porque los pocos que se encuentran a tiro se pueden contar con los dedos de una mano y, al igual que los cirujanos, han sido encuadrados con las tropas de tierra. Pero creo que puedo ofrecerte una solución por pura y reciente casualidad —mostró una sonrisa de triunfo.

—Acepto la que sea.

—Ya lo supongo. Resulta que un sobrino de mi mujer acaba de regresar de Lima, donde cursaba estudios en el Real Colegio de Cirugía y Medicina. No los ha finalizado, pero algo debe de saber del cuerpo humano y sus flaquezas. Es un criollo verdaderamente leal a España y a nuestro señor don Fernando. El joven quiere luchar por su patria. Creo que debe de poseer

suficientes conocimientos como para desempeñar el papel de sangrador, aunque sea una incógnita su experiencia en maniobras de sangre.

—No pronuncies una palabra más. Aceptado con mis mejores parabienes.

—Muy bien. Ya puedes tratarlo con aprecio, si no quieres sufrir las iras de mi querida esposa. —Soltó una ruidosa carcajada, al tiempo que batía palmas—. Y no te hablo en broma, que doña Rosario de Alcázar manda más que un comandante de buque en la mar. Pero prosigamos con la triste letanía. Te conseguiré un guardián, de los que llegaron a bordo de tu antigua fragata, así como un cocinero. No puedo asegurarte que este último sea capaz de aderezar una sencilla menestra marinera, pero aparece cualificado como tal. De pilotos nada podemos hacer, porque hay buques que emplean algunos rescatados del retiro. Pero en confianza, vas bien servido con Martín Quijano, tu segundo comandante, siempre que no enferme. El pilotín lo es de nombre solamente, pero podrá aprender con tal maestro. Quijano es muy bueno en la materia y se conoce estas aguas como la palma de su mano, con más de veinte años de servicio en el Plata. Otro concierto bien distinto aparecerá si has de navegar de altura, porque es inútil con el sextante y el cronómetro, razón por la que nunca fue calificado para navegación de estrellas. Por cierto, ¿dispones de algún cronómetro fiable?

—El Hiena incorporaba uno a bordo cuando lo tomamos. Creo que pertenecía a su comandante, un tal Thomas Taylor. Se trata de un aparato británico y parece de suficiente calidad.

—Tienes suerte porque no disponemos de ejemplar alguno sobrante en el apostadero. En cuanto a marineros, nada podemos hacer. La mitad de los de su clase y los grumetes embarcados en el queche proceden de los transportados en la Proserpina, con mucha carne de cañón entre ellos pero alguna experiencia. Del resto, qué puedo decirte. —Abrió las manos en gesto de impotencia—. La verdad, gente de tierra adentro sin un solo día de mar, que habrás de adiestrar por las buenas o las malas. Por fortuna, estas semanas son de tranquilidad y te ofreceré comisiones de escasa dificultad. Porque el general quiere que salgas a la mar sin dilación y mostrar el queche en las aguas del Plata. Bien es cierto que en la mar salta la china contra los ojos en cualquier momento, y lo pasarías mal si has de capear algún pampero o temporal de cuerdas altas. Pero cada problema en su momento.

—¿Y en cuanto a los oficiales de mar?

—Ya veremos qué puedo hacer. Un carpintero es posible, aunque se lo debemos requisar al ingeniero de su grupo de trabajo. Es buena persona y lo aceptará. Patrones de bote y lancha no aparecen ni a mil millas, por lo que

deberás escoger algún marinero con práctica en manejo de embarcaciones menores. Creo que te enlisté dos o tres pescadores, que podrían cumplir la misión. En cuanto a los artilleros, deberías mantener a bordo el número mínimo para poder utilizar las dieciocho piezas. Si por fin disponemos de un buque con excelentes características, sería absurdo que no pueda desplegar toda su potencia artillera. Buscaremos cinco preferentes como sea, aunque se trate de artilleros del Ejército. Tampoco puedo recomendarte que los adiestres mucho en la mar con fuego real, porque la escasez de pólvora es uno de nuestros principales problemas.

—Por fortuna, almaceno un cargo completo a bordo. El queche andaba muy bien pertrechado.

—Ya lo comprobé en tu estado de fuerza y vida. Te recomiendo mucho ejercicio simulado y algún cañonazo suelto, para que comprueben la maniobra a bordo y el retumbo del disparo. Pero cuida la pólvora para los momentos duros, que llegarán tarde o temprano. Bueno, y nos resta lo más peliagudo.

—¿Viveres?

—En efecto. La Secretaría de Marina asegura que comprende nuestra precaria situación, lo que es tan falso como la actitud de Judas ante Jesucristo. Parece que solo les preocupa la guerra contra el francés en la Península. Y se olvidan de que estas tierras también forman parte de España y pueden perderlas, un detalle que no son capaces de comprender. ¿Cuándo ha salido un buque a la mar, aun en las peores situaciones de nuestra historia, con viveres para la dotación que no cubra el periodo de tres meses como mínimo? ¡Es una vergüenza intolerable! Nos saben casi bloqueados y sin suficientes alimentos para la población. Y pretenden que envíe a un buque de comisión a la mar con viveres para un par de semanas, como es tu caso en estos momentos. Y gracias que has vivido hasta ahora con lo que habían adquirido los piratas de la anterior dotación. Además, te encuentras casi a cero de galleta, condición impensable. Por fortuna, hemos conseguido hace un par de semanas una buena remesa de trigo procedente del Brasil, de la que hemos apartado suficiente cantidad para fabricar galleta. Espero que pueda embarcarte algunas sacas.

—Es un alivio.

—Pero ahí se cierran las posibilidades y será necesario que entres en faena con los cuernos a proa. Como el general me ha dado luz verde para tu primera comisión, recomendándome que se tratara de cuestión sencilla pero de acopio de alimentos, así lo haremos o me colgará del peñol más cercano.

—Me gustaría navegar por libre durante dos o tres días, para comprobar cómo se mueven mis hombres. Ni siquiera sé si seremos capaces de virar en redondo o navegar con todo el aparejo largado a los cielos. También me gustaría comprobar la calidad del contra maestre, aunque parece de buenas trazas.

—¿Don Agustín Cifuentes? No es un nostramo de los antiguos ni flor de primavera, pero cumplirá su papel a ras y plena satisfacción. Lo conozco bien porque lo tuve a mis órdenes en un bergantín. Maneja en orden a los hombres, aunque le falte un poco de sangre en algunos momentos. Además, ya te digo que ha navegado en bergantines, con aparejos parecidos al Hiena. Por cierto, ¿cómo se mueve el queche en la mar? Ni siquiera pude observarlo el día de vuestra triunfal y gloriosa entrada. Pero con esas líneas y aparejo, debe de dar gusto verlo volar sobre las olas a un largo.

—Y de bolina también. Es velero como ninguno, y no exagero una mota. No creo que nadie pueda correr la milla como él. Tan solo me aparecen dudas en caso de que deba encarar mala mar. Me parece que es poco fuerte y no gustará de correr temporales de proa.

—Una incógnita más. Pero, bueno, continuando con tus problemas, no debemos olvidar el apartado de los fusileros. Ante la falta casi absoluta de soldados de nuestro Cuerpo de Batallones, te embarqué una docena de soldados de las milicias voluntarias, con bastante experiencia. Pero no es suficiente si has de llevar a cabo operaciones en tierra. Habrás comprobado que el general no quiere gastar un solo peso de las arcas, razón por la que prefiere llevar a cabo incursiones contra localidades rebeldes y desplumarlos de todo alimento, o en busca de ricos hacendados patriotas que nos alivien en gratis. Es un poco absurdo, porque acabarán por odiarnos en toda la costa. Menos mal que muchos rebeldes siguen la misma táctica, con lo que los odios se reparten en parecido porcentaje. Hay suficientes caudales para comprar alimentos y no solamente los que recibimos del Brasil, aunque algunos lo nieguen. Bueno, esa es otra badana más sin solución, de momento. Ahora mismo dominamos estas aguas y debemos aprovechar tal condición, mientras se mantenga.

—¿No han adquirido ningún buque más los sediciosos? Se hablaba de una generosa lista, financiada por el banquero de Boston, donde destacaba una fragata de porte.

—De momento, no. Al menos que lo sepamos. De todas formas, no podremos impedirlo si cumplimos las órdenes recibidas. Porque si esa fragata que, según se comenta, tienen intención de comprar arriba al Plata con

pabellón británico, nos será imposible apresarla. Solamente cuando icen a popa la bandera rebelde se abrirá la ocasión de atacarlos. Será el momento en el que el Hiena demuestre sus habilidades, dependiendo del número de cañones que emplee. Pero regresando al tema de la dotación, antes de tu salida en primera comisión, te embarcaré una docena más de soldados con alguna experiencia.

—Más bocas a bordo —dije entre sonrisas.

—Lo comprendo, pero pueden serte necesarios. Porque deberás mantenerte con cien ojos abiertos, aunque fondees a escasas varas del apostadero. El queche es su principal objetivo en estos días.

—¿Objetivo? No te comprendo.

—El apresamiento del Hiena les hizo mucho daño a los rebeldes, especialmente en los aspectos de moral y propaganda. Habían depositado en él muchas esperanzas. Lo proclamaban como el buque más poderoso de los que surcaban el Río de la Plata. Pasó a ser su buque insignia. Declaraban que ninguna unidad española podría darle alcance. Y era cierto, por lo que me dices. Por tal razón, el hecho de que fuese apresado por unos pocos hombres cayó como una bomba negra en Buenos Aires. Esa es la causa de que, según nos comentaron algunos informadores de confianza, planeen recuperarlo con acciones arriesgadas, posiblemente nocturnas.

—¿Informadores de confianza? ¿Disponemos de espías en las zonas rebeldes?

—Bastantes, incluso en los círculos de mando en Buenos Aires. Pero a la contra sucede lo mismo, porque desconfiamos de muchos instalados en el apostadero. Los independentistas ofrecen generosas rentas a muchos personajes, considerados como leales a don Fernando. Según parece, ambos bandos estamos bien informados de los planes y situaciones del enemigo. Ya sabes, incluso fondeado en aguas seguras, deberás mantener cañones listos para disparar durante la noche.

—Aumentaremos la seguridad al máximo con guardias reforzadas. Razón de más para que cuente con el número de artilleros necesarios.

—Lo intentaremos.

—Mantengo todavía una duda que me gustaría aclarar. ¿En qué situación quedo en realidad respecto al capitán de fragata Romarate?

—Capitán de navío. Por fin ha sido ascendido, tras su clamoroso éxito en el Paraná. Y ya era hora, por Dios. En la Península llevaría ya las vueltas de brigadier. De todas formas y como sabes, deberá ser certificado el ascenso por

la Dirección General de la Armada. Pero a todos los efectos, para nosotros es el capitán de navío Jacinto de Romarate.

—Mucho me alegro y bien que lo merece. Precisamente lo traté en la operación sobre el Paraná. Pero te lo preguntaba porque no quiero quedar mal con él o que considere que me tomo demasiadas libertades. Me parece un oficial magnífico.

—Jacinto es un oficial extraordinario. Uno de esos vizcaínos con pelo en pecho y patriotismo sin fisuras a la verdadera bandera. Aunque formes parte de su división, tal dependencia es más teórica que otra cosa. Como te ha dicho el jefe, volarás como ave independiente casi siempre, dadas las características del Hiena. Romarate se mueve como los ángeles por ríos y veredas con escasa sonda, por donde tú no podrás navegar, y hace mucho daño a los patriotas. Incluso es el mayor abastecedor de víveres, armamento y pertrechos, normalmente acopiados de los enemigos o de las facciones disidentes entre ellos, que también aparecen. Y no sabes lo que me costó que el general firmara de una putañera vez su merecido ascenso. Te repito que se trata de una recompensa, que se le debía haber concedido hace bastante tiempo.

—Me dijo que había coincidido con el padre de mi cuñado Leñanza en las operaciones de Tolón y la posterior evacuación de Rosas, en la guerra contra la Convención francesa de 1793.

—Ha participado en casi todos los fregados desde que sentó plaza de guardiamarina en 1792. Aquí en el Plata cooperó con Liniers en las dos defensas contra los britanos, jugándose el pellejo. Desde el primer momento se unió a los que defendían la verdadera patria. Cooperó en el bloqueo de Buenos Aires, pero también mandó un batallón compuesto por gente de mar, que se batió en tierra como un coloso. Es la peor pesadilla de los rebeldes. Y como última demostración, a la que asististe, el combate mantenido en el Paraná, donde les escamoteó a los patriotas las tres unidades recién adquiridas. Pero no tendrás problemas con él porque se trata de un hombre llano y sin vueltas. Ya sabe cómo queda el Hiena y, de momento, no podrás hablar con él. Una vez más y con escaso descanso, ha salido a la mar con dos de sus bergantines y un falucho.

—Es una tranquilidad. Me alegro de servir junto a un hombre así.

—Bueno, ahora debemos hablar de tu primera salida a la mar. La misión será intentar neutralizar a las pocas unidades rebeldes si topas con ellas en sus misiones de transporte de tropas y pertrechos. No será sencillo ni probable, porque suelen utilizar las aguas interiores. También deberás informar de los

buques con bandera inglesa, pero claramente contrabandistas, que arriben a Buenos Aires, aunque no puedas apresarlos.

—Perdona que te lo diga con franqueza, pero parece función ridícula. Comprobar cómo un buque arriba a Buenos Aires con armamento para los rebeldes y que nada sea posible hacer. Ya sabes la que organizó mi cuñado, el capitán de navío Santiago Leñanza, con el paquebote apresado.

—Se jugó los bigotes y le salió bien la maniobra. Ya sé que el comandante de la *Defiance* se encontraba en deuda con él.

—También se encontraba protegido por las órdenes secretas del comandante general de la escuadra, aunque no pensaba utilizar esa defensa. El general Valdés no es partidario de aceptar ese estado de cosas por indigno, aunque le costara el puesto.

—Ni Valdés ni nadie. Aceptar las condiciones de los britanos ha sido vergonzoso. Pero aquí no tienes más remedio que tragar estopa.

—A no ser que utilicemos el mismo método empleado por mi cuñado. Tomar la carga, hundir el buque y dejar su dotación allí donde sea posible. Después de todo, será la palabra de un miserable contrabandista contra la del comandante de un buque de la Real Armada.

—Le darán crédito al contrabandista, no te quepa duda. Y no serás apoyado por el comandante naval ni por el virrey en ningún momento. Olvídalo si deseas una vida medianamente tranquila. Puedes regresar a la Península con grillos en manos y pies.

—Era una opinión solamente. Volvamos al tema de la primera comisión.

—De acuerdo. Con objeto de que puedas acoplar y adiestrar a tus hombres, debe ser sencilla. El jefe de escuadra Salazar proponía una incursión al río Negro, que conoces bien. Parece que la localidad de Viedma se ha convertido en un centro regulador de abastecimientos para los sediciosos. Pero entiendo que se encuentra a demasiadas millas de Montevideo y puedes sufrir algún pampero indeseado. Le propuse que navegaras hacia el norte. Por esa zona existen algunas haciendas con muchas reses y se encuentran en manos de patriotas españoles, que apoyan nuestra causa sin fisuras. Puedes conseguir bastante carne, sin exponer una onza.

—Lo que me ordenéis. Pero si hay que navegar hasta el río Negro, también me las arreglaría.

—Dejemos la ciudad de Viedma para otra ocasión. Ven a que te informe sobre la carta.

Nos movimos en su despacho hacia un planero de grandes dimensiones, donde se encontraban expuestas diferentes cartas náuticas. Tomó una de ellas,

la que mostraba la ribera septentrional del estuario.

—Saliendo del Plata doblarás la punta del Este y el cabo de Santa María, momento en el que la costa comienza a derivar hacia el nordeste. A la altura de la laguna de Castillos, deberás dar el suficiente resguardo al banco del Polonio y la Piedra Negra, aunque tu segundo los conoce bien. Más hacia el norte —Parejo corría su dedo por la carta—, una vez traspuesta la laguna del Palmar, también llamada de Difuntos, así como la punta de la Coronilla, se encuentra la localidad de La Aguada. Hacia dentro se extiende un territorio al que llaman Bañados de la India Muerta. A unas cuatro leguas de La Aguada en dirección oeste, se encuentra la hacienda de Los Danos, propiedad de don Enrique de Monturbio. No es la primera vez que se le solicita auxilio de víveres y lo concede sin remilgos. Solamente deberás destacar al alférez de fragata Tosquilla, con una nota que firmará el jefe de escuadra Salazar. Suele entregar carne en abundancia, trigo y un buen número de alimentos. Como te digo, pocas millas y misión sencilla. Podrás aprovechar para usar el látigo con tus hombres y darles badana dura. En cuanto a la fecha de salida, puedes establecerla tú mismo. Pero no la demores mucho o el jefe comenzará a sufrir de los nervios.

—Por mi parte, encantado. Como hoy es viernes, puedo salir a la mar el próximo lunes.

—Deja el lunes en puerto para que pueda embarcarte el personal prometido, así como alguna saca de galleta. El martes será un buen día para comenzar la faena.

—De acuerdo. La verdad es que estoy deseando volar con el Hiena. Ya lo hice desde el río Negro hasta aquí, aunque con la garantía de los hombres de la Proserpina. Pero ya entrarán en cuerdas los que me habéis entregado. Cumpliremos al tiro.

—No me cabe duda.

—Por último, Tomás, me gustaría preguntarte algo que no comprendo.

—Tú dirás.

—¿Cómo hemos llegado a esta situación? Quiero decir que, si dominamos las aguas, por qué sufrimos un estado cercano al bloqueo.

—Bueno, lo que llamamos situación de bloqueo es relativa y se refiere más a la parte de avituallamiento. Sin alimentos suficientes, el pueblo comienza a ariscarse y es más voluble a los cantos de sirena que les llegan de los rebeldes. De forma especial, es el Cabildo de Montevideo el que más protestas eleva, aunque nada positivo haya emprendido para rebajar la tensión. Debes tener en cuenta que casi todos los alimentos de producción

propia en el virreinato acaban por llegar a Buenos Aires, porque la riqueza de estas tierras se extiende hacia el sur y poniente. Y en cuanto a la adquisición del exterior, son los rebeldes quienes manejan la plata con alegría. Disponen de mucho crédito y compran a cualquier precio. Por desgracia, todo arranca de la maldita y secular rivalidad portuaria entre las ciudades de Montevideo y Buenos Aires, una pugna que acabó por reventar al situarse ambas localidades en bandos opuestos. Pero se trata de una historia larga de contar. Para que lo entiendas, debería retrotraerme al mes de mayo de 1808, cuando comenzó nuestra guerra contra el francés.

—Me gustaría estar al día de esos sucesos, para comprender la situación. En otra ocasión me lo contarás con detalle.

—Eso tiene fácil arreglo. Como mañana es sábado, te invito a comer en casa, conoces a mi familia y podremos charlar por largo durante la sobremesa.

—No quiero que tu mujer me tome con mal ojo desde el primer momento.

—No digas majaderías. En casa somos bastantes las bocas a nutrir entre los propios y aquellos parientes llegados en refugio. No se hable más.

—De acuerdo y agradecido. Pero debes dejarme que me ocupe del vino.

—Nada de eso. Aunque no sobren los artículos en la preciosa ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo, me restan dos buenas barricas de un caldo tinto que puede quitar las penas.

—Mira Tomás, te lo propongo si vamos a movernos con entera confianza. Todavía mantengo a bordo gran parte del que utilizaba el pirata Jones para su uso particular, un vino extraordinario. Y como puedes suponer, lo omití en el parte de llegada tal detalle.

—Te lo acepto por la confianza impuesta y la posibilidad de cerrar esa irregularidad cometida en el parte. —Volvió a reír, divertido—. En ese caso, te espero a mediodía.

—Muy bien, allí estaré. Y una vez más, te agradezco la invitación y el trato.

—Paparruchas.

Abandoné la comandancia naval con sentimientos en contraposición. Para bien de mi alma había encontrado a un personaje como Sebastián Parejo, que me había devuelto la sonrisa y las esperanzas. Pero en dos días debería salir a la mar, todavía sin conocimiento cierto de si mis hombres serían capaces de tomar una simple faja a la cangreja o caer a la banda con resolución. Decidí que era mejor elevar algunos rezos de coro a la Patrona y dejar correr los ríos por su cauce sin torcerlos, que todos acaban por desaguar en la mar.

4. Manos duras y blandas

Regresé al queche con el ánimo más elevado, aunque el nivel general no se presentara para entrar en festejos de corte con castillos de luces. Tomé la lancha en el embarcadero, para comprobar con decepción, una vez más, que el marinero alistado como patrón a la caña no rendía al nivel mínimo exigido. Pero debía tomar la costa por su ribera y templar ánimos con vistas al futuro, que no se puede enderezar la percha doblada en escasos segundos y sin suficiente calor. Por fortuna, cubrimos las escasas varas de distancia y nos acoderamos al portalón del Hiena sin mayores problemas, aunque los hombres armados al remo no fueran capaces de arbolar sus picas a la voz.

Una vez a bordo, fui recibido en ordenanza por el segundo comandante. Quijano mostraba rostro de nerviosa expectación, como si esperara importantes noticias de la audiencia mantenida con el comandante naval. Como no disponíamos de mucho tiempo, decidí entrarle al grano gordo.

—Segundo, acuda a mi cámara con el alférez de navío Armentía y el de fragata Tosquilla. Debemos hablar a fondo sobre el futuro cercano.

—Muy bien, señor.

Pocos minutos después, los tres oficiales de guerra tomaban asiento frente a mí en la cámara. Tras una ligera mirada, me repetí que poco o nada conocía a aquellos hombres, en los que debería depositar toda mi confianza en pocos días, una situación que me desazonaba por no haberla sufrido con anterioridad. No dudaba un pelo del joven Tosquilla, a quien había podido comprobar como oficial ardoroso, con deseos de navegar y cumplir cualquier orden por arriesgada que fuese. Por el contrario, Armentía era una incógnita absoluta. De buena planta y modales correctos, aunque ligeramente nervioso de movimientos, tan solo sabía que se había mantenido en una hacienda durante bastantes años y, regresado al servicio por propia iniciativa, había cumplido más de nueve meses en la flotilla de Romarate, sin informes a la contra.

Por el contrario, Martín Quijano representaba la serenidad y placidez de espíritu por excelencia. Lento de pensamiento y movimientos, en parte a causa de sus excesivas carnes en rondo, jamás parecía perder la paciencia ni los nervios. Y no es mala condición para el oficial en la mar, siempre que acabe por brotar la sangre por los ojos en situación comprometida. Les entré al fuego sin pérdida de tiempo.

—Como saben, señores, acabo de mantener audiencia con el jefe de escuadra Salazar. Posteriormente me he entrevistado con el capitán de fragata Tomás Parejo, nombrado mayor general de la comandancia naval. Por cierto, que se trata de una excelente persona. Como pueden imaginar, les he expuesto la real situación que atravesamos y elevado algunas peticiones.

—Supongo, señor —intervino el segundo con tono bonachón—, que las relativas al personal y los víveres habrán caído en saco roto.

—No sea cenizo, segundo, que han surgido bolas blancas y negras en el reparto. —Intenté forzar un tono de cordialidad y camaradería—. Debemos salir a la mar el próximo martes. —Quijano y Armentía mostraron cierta inquietud—. Ya veo por sus rostros que pueden considerarlo un tanto precipitado. Si se mantienen estas favorables condiciones de viento y mar actuales, es posible que sea la mejor solución para nuestros hombres y que, de esa forma, todos vayan entrando en la senda roja. También es cierto que me habría gustado disponer de algunas jornadas más al ancla, y contemplar de forma repetida que el plan de combate elaborado se ajusta en firme a nuestras necesidades. Pero el general Salazar exige acción inmediata y no hay más que obedecer. Se trata de una operación sencilla y podremos tomar previamente un par de días en navegación por el Plata, con los ejercicios que estimemos adecuados. Después hemos de progresar hacia una localidad en la costa norte llamada La Aguada, que conocerán mejor que yo. Nuestra misión es solicitar víveres a un hacendado patriota.

—Seguro que se trata de la hacienda de Los Llanos, señor comandante —intervino Armentía con seguridad—. Una finca extensa y muy rica. Su dueño, don Enrique de Monturbio, es un patriota generoso. Conseguiremos buena carne y alimentos variados.

—Ese es el personaje que me nombró el mayor general. Según tengo entendido, no deben de llegar a las doscientas millas de navegación directa.

—En efecto, señor. Debemos navegar por la costa septentrional hacia el norte, hasta quedar cerca del primer marco del dominio español —confirmó Quijano con seguridad—. Si se mantienen estos vientos habituales del

sudoeste, se tratará de un agradable paseo, aunque en el tornaviaje se añada algún necesario bordo.

—Buena escuela para nuestros hombres.

—De todas formas, señor, lo más apremiante en estos momentos es la falta de galleta, merma que no podremos cubrir con abastecimientos del exterior. Y un buque de la Armada sin galleta es como...

—¿Como un jardín sin flores? —sonreí al joven Tosquilla, mientras remataba su frase—. El lunes nos concederán algunas sacas de bizcocho. Parece que se fabrica de nuevo a buen ritmo en el apostadero. En cuanto al personal, nos embarcarán un guardián, un cocinero de equipaje, artilleros para cubrir el total de las piezas y algunos soldados más en cupo de seguridad. Incluso un estudiante de Cirugía y Medicina, que hará las funciones de sangrador.

—¿Con experiencia?

—Vamos, segundo, no creará que nos van a entregar una eminencia de la Medicina para navegar en el queche Hiena en estos días. No existe cirujano o sangrador disponible en la plaza. Esta perla que nos cae de los cielos es el sobrino del capitán de fragata Parejo, y embarca como voluntario. No sé cuántos años habrá cursado en el Real Colegio limeño, ni si será capaz de coser una herida o entablillar un hueso partido. Espero por el bien de todos que no se vea obligado a amputar una pierna. Pero vale más que nada.

—Tiene razón, señor.

—Por cierto, en la visita que giré por todo el buque, comprobé que la enfermería se encontraba bien asistida de ungüentos y medicinas. Esos piratas se mostraban cubiertos en todos los apartados. Pero me preocupa otro aspecto. ¿Disponemos de láudano?

—Dos pequeño frascos solamente —confirmó Quijano—. Y podemos catalogarlo como un lujo, porque se trata de un material inexistente en la plaza.

—Esperemos que no sea necesario su uso. Por otra parte, he recibido una noticia importante. Parece ser que los rebeldes andan con los ojos puestos en el Hiena y desean tomarlo a la brava, aunque arriesguen mucho en la empresa. Intentan recobrar la moral perdida de sus hombres y el queche ha sido considerado como la pieza ideal que recobrar.

—Perdone, señor —argumentaba Armentía—, pero esos espías que tan bien remunera el general suelen elevar informes que no siempre cuadran con la realidad.

—En este asunto particular y según el capitán de fragata Parejo, parece que el informador es de confianza. Por tal razón, debemos andar con mil ojos abiertos a las bandas. Será necesario establecer guardias reforzadas en todo momento, especialmente durante las noches, aunque nos mantengamos varados en el dique.

—En tal caso, señor, nos vendrán bien esos soldados de los que hablaba, aunque pertenezcan a los Blandengues —musitó Tosquilla.

—Los soldados de ese cuerpo forman cuerpo de categoría y han dado la cara en esta guerra —entró Armentía a la contra.

—¿Qué es eso de Blandengues? ¿Algún adjetivo peyorativo para determinada fuerza?

—No, señor. —Era Quijano quien entraba en explicaciones—. Se trata de un cuerpo especial de caballería, formado por españoles y gente del país, creado en Buenos Aires en el siglo pasado. Era su misión la vigilancia y control de la frontera, así como perseguir el contrabando y el bandolerismo, especialmente en esta parte de la banda oriental. Con los Dragones, formaban la caballería de línea del Ejército. Cuando comenzaron las hostilidades, al igual que otros cuerpos, quedaron repartidos entre rebeldes y realistas o empecinados, como también nos llaman. Gran parte de ellos eran orientales, por lo que se han mantenido fieles a nuestra causa, y muchos de ellos se han incorporado como simples soldados. Pero no tome el significado de blandengue como cobardía o debilidad, que se trata de cuerpo orgulloso.

—¡Menos mal que me han informado al punto, porque el nombre invita a chanza ligera! Bien, ahora quiero que hablemos con seriedad sobre nuestros hombres. Ya sé que apenas llevamos tres días con ejercicios doctrinales, pero deseo saber si estiman que será posible maniobrar con ciertas garantías.

—En mi opinión, señor —argumentaba Quijano—, nos encontramos en situación pareja a cuando han sido armados otros buques en el apostadero, como la goleta o el bergantín apresados a los rebeldes en el Paraná. Atravesaremos duros momentos, hasta que consigamos que entren en vereda de mar. En la parte de maniobra, de la docena larga de marineros y un número similar de grumetes a disposición, solamente cinco o seis podemos catalogarlos con alguna experiencia. Llegaron a bordo de la Proserpina y no son de calidad, ni mucho menos, pero llevan bastantes días de mar en la mochila. Tan solo los que hemos nombrado como gavieros, esos dos gaditanos, parecen de cierta confianza. En cuanto a los embarcados desde la plaza, presentan buena voluntad pero poco más. Con buena mar y vientos bonancibles, no sufriremos graves problemas. Deberá apretarles las cuerdas

don Agustín, el contra maestre. Y mucho me alegro del embarque del guardián, que deberá acompañarme en las maniobras a proa.

—Bien, recemos para que, en la primera comisión, no se abra la mar por alto y con barbas. Ni siquiera sabemos cómo se comportará el Hiena en circunstancias duras. Pasando a otro tema, deberemos racionar los víveres en previsión, por si acaso se abre la situación a malas. Es una práctica que nada me complace e intento evitar, pero no queda más remedio. Al menos, hasta que alcancemos esa rica hacienda. ¿Y la aguada, segundo?

—Rellenos a tope y sin novedad, señor. Toneletes y pipas de reciente fabricación, buena calidad y sin pérdidas a la vista. Andamos escasos de vino, aunque sea la tónica oficial en todo el apostadero. De aguardiente, casi a cero. Menos mal que todavía resta ron en abundancia, que pertenecía a la dotación rebelde. Se lo aguaremos a nuestros hombres, como hacen los ingleses.

—Como premio, si cumplen en la medida. Por cierto, ¿nada se obtiene de la mar por estas latitudes? ¿Suelen autorizar la pesca para la dotación? Cuando los víveres escasean, es una medida muy habitual y positiva en nuestros buques.

—Aquí en el Plata no merece la pena, señor. Pero se autoriza la pesca, incluso se programa con pequeñas redes y nasas, en determinados parajes. Entre los caladeros de presas más abundantes podemos citar la desembocadura del río Negro o cerca de la punta de la Coronilla, donde deberemos fondear, frente a esa localidad de La Aguada.

—Pues se autorizará. La verdad es que jamás sufrí tal escasez de víveres, y me refiero a encontrarme fondeado en propia plaza. La puchera de pescado con restos de menestra o picos de galleta suele aliviar el hambre por las noches, momento de mayor dolor.

—Cuando el estómago ruge, cualquier alimento se emboca con dulzura —dijo Armentía.

—Bien, segundo, que preparen el buque para salir a la mar el martes. Hoy continuaremos con los ejercicios doctrinales de mar redoblados, incluida esta tarde aunque se muestren protestas calladas. Y si es necesario, tomaremos algún artillero para las faenas de braza, un sistema que ya utilizamos en la corbeta Mosca con bastante éxito. Los ejercicios de artillería los llevaremos a cabo en la mar, incluso con fuego real. Pero ahora entiendo como más urgentes los de maniobra. ¿Se les ofrece alguna pregunta o duda?

—¿Le comentó el jefe de escuadra Salazar alguna posibilidad de recibir auxilio desde España? —era Armentía quien preguntaba.

—Según tengo entendido, esa petición se tiende de continuo desde hace bastantes meses. Como un ejemplo más, en la fragata Proserpina se envió correo oficial en tal sentido para el Gobierno de la Regencia y la Secretaría de Marina. Pero todo dependerá de cómo se desarrolle la guerra contra el francés en la Península. Si consiguiéramos la derrota de los gabachos y el regreso de nuestro señor don Fernando, podríamos pensar en socorros importantes, tanto de personal como en armamento. Y posiblemente el destacamento de alguna unidad de la Armada con suficiente porte. Pero de momento, me temo que nada de eso aparezca por el horizonte. Es posible que arriben pequeñas entregas, como llevó a cabo la Proserpina, pero nada importante. Debemos apechugar en estas penosas condiciones durante algunos meses.

—No será fácil desmontar este tinglado —sentenció el segundo con tristeza—. Una vez que los independentistas han comprobado su fortaleza y capacidad militar, nadie los parará hasta que consigan sus propósitos. La situación en España les ofreció la gran oportunidad. Aunque derrotemos a los franceses, España se encontrará en la más absoluta ruina. Y todos los movimientos sediciosos, desde Nueva España al cabo de Hornos, cuentan con generosa financiación de naciones y empresas particulares. Es triste decirlo, señor, pero no será tarea fácil mantener nuestras posesiones americanas en dominio.

—No le veo hoy con el ánimo elevado en cresta, segundo. —Intenté sonreír, aunque estaba de acuerdo con sus palabras una a una—. España se ha levantado de sus cenizas en muchas ocasiones. Debemos confiar en que don Fernando comprenda la necesidad de disponer de una Armada fuerte, si desea mantener nuestro imperio ultramarino bajo la Corona. En caso contrario, lo perderemos sin remedio, desde luego. Pero bebamos una copa de vino para elevar el espíritu. Miguelillo, sírvenos una frasca, que debemos alegrar los pajarillos.

Charlamos de temas poco trascendentes durante unos minutos, hasta que decidí cerrar la conversación con mis oficiales de guerra, que todo el grano estaba servido. Por desgracia, no se abrió el ambiente a bordo del Hiena con las necesarias alegrías, sino bastante a la baja y con marcado pesimismo, una condición que se debe evitar o acaba por descalabrar el espíritu más bragado. Echaba de menos alguna voz pajarera, bromista y divertida, de esas que suelen desterrar las nieblas aunque sea en falsete. Pero no aparecía ni de lejos.

Decidí salir a cubierta, justo en el momento en el que la corneta daba por finalizados los ejercicios doctrinales de la mañana. Los hombres se retiraban hacia la cubierta baja porque el viento entraba con fría humedad y los

variados ropajes en poco guarnecían las carnes. El contramaestre se dirigía con voz recia al gaviero Broquetas, un gaditano renegrado con suficiente mar en las venas, que asentía con parsimonia a las órdenes. Pensé que aquel hombre, cuarentón fuerte y de bigotes alzados, debía ser mi mano derecha en la mar. Y todavía dudaba en firme de sus reales posibilidades. Una vez a solas en el alcázar, me dirigí a él con confianza.

—¿Cómo marcha la sinfonía, nostramo?

—Pues como corre casi todo en estos penosos días, señor comandante. Pocos hombres de mar y mucha sangre de secano.

—El próximo martes salimos a la mar. Espero que podamos largar el aparejo con garantía.

—Ya me lo comunicó el segundo comandante. El aparejo lo largaremos por alto, señor, no lo dude. Pero no espere virar por avante sin pérdida en los primeros días.

—Ni siquiera lo soñaba. Pero confío en que acabarán por hacerlo.

—Desde luego, señor. La mar acaba por entrar a través de los poros más pronto que tarde. Solo necesitamos un poco de paciencia y zurrar la manteca a fondo.

—Me alegro de escuchar sus palabras, don Agustín. Confío plenamente en su profesionalidad y espero que no me defraude.

—No se preocupe, señor, que echaré el resto por los ojos si es necesario. Saldremos avante, como siempre ha ocurrido en los buques de la Real Armada, aunque debamos volar sobre los riscos.

—Volaremos si es necesario y con todo el aparejo por las nubes.

—Desde luego, señor.

Quedé más satisfecho al escuchar las primeras palabras dictadas con cierto optimismo en aquel alargado día. Aunque no fuera alabado en altura por quienes lo habían tenido a sus órdenes, en una primera impresión me gustaba aquel hombre. Un contramaestre de escasas palabras, condición poco habitual en los de su clase, que tienden en exceso hacia las viejas historias de la mar. No obstante, debería ser en la mar donde me demostrara su verdadera calidad.

Almorcé con cierta frugalidad, porque el comandante debe siempre ofrecer ejemplo. Y tras una ligera siesta, asistí a los ejercicios doctrinales de la tarde, dedicados a las faenas de mar. De esa forma, se repitió una y cien veces la maniobra de dar y cargar el aparejo, viradas simuladas por avante y en redondo, adoptar situación de capa, apagado de velas en emergencia y las muchas situaciones que un buque suele atravesar en la mar. En el ambiente se

mascaba la protesta de nuestros hombres, aunque ninguna cara se mostrara al bies o atravesara acciones negras de bulto. Alargamos la faena una hora, ante los fallos reiterados de aquellos que mostraban manos blandas, situación que forzaba los reproches de quienes se consideraban marineros de fuste.

Por fin, tomé el jergón aquella noche cansado de músculos y pensamientos, como si hubiera caminado por el monte un par de leguas a ritmo de caballerizas. Había sido un largo recorrido por pasillos y cubiertas con roscas de diferentes colores, casi todos con tendencia al negro. Pero puedo reconocer que en los fondos batía la felicidad a espuestas, como si el espíritu deseara alejar las cortinas de la realidad. Porque en nada me asustaba el incierto futuro y el necesario adiestramiento de la dotación. Estaba convencido de que acabaríamos por formar un buen equipo de hombres, con los que fuera posible cumplir nuestro cometido.

5. Puesta al día

Amaneció aquel primer sábado del mes de mayo revuelto de cruces, rumazón plena en concha y achubascado, con un viento rasposo del sudoeste que no llegaba a levantar una mínima cresta. A bordo del queche Hiena se continuaban todavía los ejercicios doctrinales de mar y guerra a tumba abierta, con blasfemias cerradas en alguna garganta, cuando lo abandonaba en la lancha para tomar la escala real del apostadero. Los habíamos programado también por la tarde, aunque en escala reducida, que ya el personal tronaba por sus tripas en demasía, y no era cosa de cargar la mano a tinta negra en quien poca culpa tenía de la desidia general.

Poco después, mientras caminaba por las calles de la plaza, dirigía la mirada frecuentemente hacia los cielos, con los pensamientos prendidos en la próxima salida a la mar y las condiciones que podría encarar con el queche Hiena. Y aunque dudara de las verdaderas posibilidades de todo bicho viviente a bordo, me sentía inundado por un profundo sentimiento de placer, como si por fin los cielos me concedieran el preciado don de ser dueño y señor de un buque sobre las aguas, esa condición de cuerpo y alma a la que todo oficial de guerra aspira desde que sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas. Por tal razón, la separación familiar arrimaba nubes de tristeza que, no obstante, se eclipsaban con rapidez al contemplar el queche en la distancia y soñar con volar con él en dominio sobre las olas.

A pesar de las duras condiciones que se vivían en el apostadero, pude comprobar que Montevideo era una ciudad con una belleza muy especial. Me movía por una capital indiana a tanta distancia de España y, sin embargo, respiraba el mismo aroma que se podía dejar sentir en cualquier ciudad portuaria de la Península. Circulaba a paso lento por calles bien trazadas y con bellos edificios, entre los que destacaban la casa Capitular en una recogida Plaza Mayor, así como las plazoletas del Fuerte, de San Francisco y de la Magdalena, todas ellas con un sabor muy español. Se trataba de una

condición que me hacía sentir añoranza y, al mismo tiempo, cercanía al hogar familiar, como si me encontrara próximo a la gaditana calle de la Amargura.

A la hora convenida, me presenté en la posada del capitán de fragata Parejo. Con anterioridad, había enviado a través de Miguelillo unas frascas de vino, con unas flores engarzadas para la señora de la casa. Y quedé gratamente impresionado al comprobar que la vivienda, situada en la céntrica plazuela de San Francisco, era grande y con evidentes pretensiones, muebles antiguos indianos, porcelanas orientales y un conjunto de tallas labradas en maderas olorosas, más propias de nuestras islas Filipinas. Cuando Parejo comprobó la sorpresa en mi rostro, conforme progresábamos por alargados pasillos, se sintió obligado a ofrecer una explicación.

—Te parecerá extraño este mobiliario y tan especiales decoraciones chinescas para morada habitual en el Río de la Plata. Todos saben que del Extremo Oriente arriban los productos hasta los puertos de Nueva España con el buque de Acapulco, para proseguir en parte su traslado hasta la Península. No suelen llegar en generosa cantidad hasta estas latitudes. Pero debes tener en cuenta que el padre de mi esposa Rosario, brigadier del Ejército, se mantuvo destinado en Manila durante bastantes años. Por fin, mudó plaza y vivienda directamente a esta orilla del Plata, en la que detentó el destino de gobernador interino durante un par de años. Y hecho a la vida en este maravilloso entorno, decidió permanecer aquí para siempre, una vez retirado del servicio.

—Parece ser una condición bastante habitual en estas tierras. Deben de producir una especial atracción, porque muchos deciden establecerse de forma definitiva.

—Puede que tenga razón, aunque aparece de todo en la viña. Creo que a mi suegro poco o nada le tiraba su terruño asturiano, solar de procedencia familiar, de donde no debía de guardar buenos recuerdos. Bueno, se trata de teoría propia no demostrada. Precisamente, el hecho de que Rosario ostente tan hermoso nombre se debe al viaje que llevaron a cabo cuando se trasladaban desde las islas Filipinas hacia aquí. La fragata en la que viajaban sufrió un temporal terrible y se sintieron cerca del fin definitivo. Rezaron tanto a la patrona de los mares, Nuestra Señora del Rosario, que cuando pocos meses después su madre dio a luz la bautizaron bajo su advocación.

—De Manila al Río de la Plata por derecho. Una alargada navegación para los poco habituados a la mar. Y en su conjunto, supone una larga etapa indiana para la familia.

—Y tanto. Debes saber que Rosario no ha pisado todavía tierra peninsular. Siempre planeamos pasar destinados a la preciosa ciudad de Cádiz, donde nací y poseo un buen número de parientes, pero lo dilatamos una y otra vez, de forma que aquí nos mantenemos todavía. Mucho queremos estos pagos, como aquí se dice, aunque Rosario se siente más española que la Reina Católica. Pero continuemos, que debo presentarte a la familia.

Esa fue la segunda sorpresa del día, al comprobar que en la vivienda moraban almas suficientes para nutrir una pequeña compañía. Además del matrimonio Parejo y sus siete hijos, se habían instalado a bordo, como anunciaba Sebastián entre risas, las dos hermanas de Rosario con sus esposos, José María y Eusebio, hacendados sin hacienda, como proclamaba Sebastián en chanza. Pero no acababa ahí la lista, porque también pululaban los nueve vástagos de ambos matrimonios recogidos. De los jóvenes pertenecientes a la siguiente generación, uno de ellos me fue presentado como Plácido Muñiz, un mozo de buena planta cercano a la veintena, que había cursado los estudios de Medicina en la Universidad de Lima hasta pocas semanas atrás. Y sin perder un segundo, me entraba el aspirante a galeno con preguntas de urgencia sobre su próximo trabajo.

—Le agradezco mucho que me admita a bordo de su buque, señor. ¿Cuándo deberé embarcar?

—Sería conveniente que lo hiciera mañana mismo, porque el martes saldremos a la mar. Así podrá ambientarse a bordo el tiempo necesario y comprobar el estado real de la enfermería, que quedará a su cargo. Y deberá comunicarme si estima que adolece de algún elemento indispensable para su facultad profesional. Pero si lo considera muy precipitado, podría retrasarlo hasta mi regreso a...

—No es necesario, señor. —El joven parecía temer una exclusión—. Estoy deseando entrar en acción y cumplir con la patria cuanto antes. Y si entramos en combate, mejor que mejor. Debemos exterminar a esos cobardes, que se han levantado contra los de su propia sangre.

—Pues no se hable más, Plácido. Mañana por la mañana le espero a bordo del Hiena. Como salimos a la mar el martes con las primeras luces, sería conveniente que llevara a cabo esa inspección de la enfermería lo antes posible, por si debemos solicitar algún elemento a la mayoría general. No obstante y a ojo de ignorancia, parece bien surtida de ungüentos y pomadas. Pero debe saber que no acometerá trabajo de placer cuando entremos en fuegos con el enemigo. En ausencia del cirujano, como será el caso, la labor

del sangrador a bordo es de vital importancia. A su cargo quedará la salud de la dotación.

—No me importa, señor. He diseccionado muchos cadáveres y poco me asusta la visión de las heridas o la sangre. Mañana mismo inspeccionaré la enfermería y le elevaré un informe.

—Me parece muy bien.

—Le pido de corazón que trate bien al muchacho, Adalberto —terció Rosario de buen humor, su condición habitual—. No solo es un joven de cristianos principios, sino que se trata del hijo de mi hermana Manuela y mi querido ahijado. Y por los santos del cielo qué poco me gusta el nombre de su nuevo oficio. Eso de titularse como sangrador es un tanto macabro.

—Así se denomina en la Armada al oficial de mar que asiste en sus funciones al cirujano. Pero no se preocupe, Rosario, que lo cuidaré como a un hijo. No obstante, ya sabe por experiencia propia que las comodidades a bordo de un buque de la Real Armada son más bien escasas y muy limitadas.

—Eso decía mi madre, después de aquella terrible experiencia a bordo de la fragata Santa Águeda. No quiso navegar nunca más, ni para regresar a España.

—Lo comprendo.

Una sorpresa más se produjo pocos minutos después, cuando arribaba a la vivienda una nueva pareja, invitada al almuerzo. Se trataba de un capitán de Dragones, Francisco Destels, primo de Rosario. Pero lo que en verdad llamaba la atención y muy por alto era su esposa, Alicia, mujer de una belleza extraordinaria. Y era tal su atractivo que debía realizar un notable esfuerzo para no detener la mirada de continuo en su rostro así como recorrer su esplendorosa figura con detalle. Una mujer de las que hacen saltar fuegos a su alrededor. Durante la comida quedé empernado en la mesa entre ella y la señora de la casa. Posiblemente debido a los meses sin haber probado las caricias femeninas o un mínimo contacto con mujer, me sentí azorado durante casi todo el almuerzo. Porque la voz de Alicia era un permanente susurro sensual, capaz de despertar todos los apetitos dormidos en el cuerpo de un hombre.

Tras haber degustado de unas viandas con extraordinario sabor, muchas de ellas desconocidas para mí y que poco demostraban el desabastecimiento que se proclamaba en la ciudad, los caballeros pasamos a una pequeña pero confortable sala que denominaban como fumador. Sebastián nos ofreció cigarros habanos y licores, que aceptamos de buen grado. Y no perdió tiempo el anfitrión para entrar en el tema que más me interesaba.

—Aunque se trate de un asunto más que trillado en nuestras conversaciones, debo pedir un favor. Resulta que mi amigo y compañero Beto desea que le expliquemos las razones que nos han llevado a la desgraciada situación en que nos encontramos. Pero no solamente a la guerra de emancipación que persiguen esos rebeldes facinerosos, sino a las causas iniciales desencadenantes y a los dos bandos establecidos en el Plata. Aunque nos parezca difícil de creer, no llegan a la Península las noticias con el debido detalle.

—Poco se ocupan en España de la suerte que podamos correr en estas tierras —alegó Eusebio con tristeza.

—La rivalidad entre las dos grandes ciudades portuarias españolas en el Río de la Plata, o entre las dos márgenes del estuario —entraba José María, el segundo de los cuñados de Sebastián, con decisión y autoridad—, viene de muy lejos. Buenos Aires se convirtió, como sede del virreinato, en ciudad populosa y de vida regalada, mientras aquí en la Banda Oriental formábamos la frontera y debíamos defendernos de las incursiones portuguesas con los cuernos por delante. Ya sabes que no siempre nuestros primos peninsulares aceptaron las demarcaciones de la división entre Portugal y España.

—De esa condición y sus detalles sí que estoy al tanto —repuse con rapidez.

—Bueno, tampoco debemos retroceder tanto en el tiempo —medió Parejo, que recelaba de la extensa parla de su cuñado—. Para comprender el problema podemos retrotraernos solamente a los meses de 1808, cuando se cuece la situación en España con la invasión francesa, se producen las penosas actuaciones en Bayona y los sangrientos sucesos del dos de mayo en Madrid. También influyen de forma notable la bajada hacia las Andalucías en fulgurante éxito de los ejércitos franceses, con dominio posterior absoluto salvo en la ciudad de Cádiz, y las posturas políticas que los propios españoles adoptaron en la Península. Debemos tener bien presente que tanto el teniente general don José de Mazarredo, el oficial más brillante de la Armada, como otros compañeros, juraron obediencia al rey impuesto. Sin olvidar que las noticias de tales acaecimientos arribaban a esta zona hispana con semanas o meses de retraso, y alguna vez con intereses creados.

—Tampoco debemos obviar a los dos personajes que aquí se encontraban en jerarquía, a banda y banda del Plata —afirmó el capitán Destels.

—En efecto. Un detalle fundamental, que fue determinante en las posteriores actuaciones. Hablamos, nada menos, que del jefe de escuadra don Santiago de Liniers, entonces virrey en Buenos Aires. El personaje más

famoso y admirado en aquellos días, como héroe de la defensa contra los ingleses en dos ocasiones.

También es de tener en cuenta su origen francés. Pero creo que todos concuerdan en que se trataba de un patriota español, muy vinculado a estas tierras. Por otra parte, el entonces brigadier don Francisco Javier de Elío, patriota apasionado y muy valiente, pero de escasas luces y muy dado a entrar en calores, sin haber meditado la situación de forma conveniente. Tras haber luchado contra los ingleses en 1807, había sido nombrado gobernador interino de Montevideo y jefe de los Voluntarios del Río de la Plata. Esos dos personajes cuajaron el futuro sin posible retorno.

—¿Estamos hablando del actual virrey? —pregunté para confirmar mis datos.

—En efecto. Regresado a la Península en 1809, fue ascendido en la guerra contra el francés al empleo de mariscal de campo y regresado con ese alto cargo en momento demasiado complicado para sus entendederas, que no son muchas. Y quede esta opinión en lacre y a puerta cerrada —se excusaba Eusebio—. Pero no saltemos hacia delante, que lo más importante se desarrolló en 1808.

—¿Por qué se da tanta importancia al origen francés de Liniers? —pregunté con rapidez—. Quiero decir que en nuestra Armada han militado y militan oficiales procedentes de Italia, Irlanda, Reino Unido, Prusia y otras naciones, pero todos ellos pasan a defender nuestro pabellón con su sangre y como verdaderos patriotas. Y se sienten muy españoles. No sé por qué se duda de Liniers, que bien había demostrado su españolismo meses atrás en la defensa de estas tierras.

—Debes tener en cuenta una cuestión primordial, Beto —entraba Parejo—. Los avatares que aquí se producen siguen una línea paralela a los que se desarrollan en la Península en el mismo tiempo, aunque ligeramente retrasados. Y esa rivalidad portuaria que se traduce en un germen de discordia cantonalista, tan habitual en nuestras costumbres hispanas, los multiplica. También influye la presencia en el Brasil de la Casa Real portuguesa, una dinastía, la de los Braganza, que en aquellos momentos son aliados fervientes de los británicos.

—Por tales razones, no se pueden comparar los movimientos secesionistas producidos en el Plata con otros llevados a cabo en Tierra Firme^[23] o Nueva España —subrayaba Destels.

—Para complicar todavía más el escenario, en la frontera norte se encuentra situado un experimentado ejército portugués con claros signos de

amenaza —ahora era José María, quien solía exponer sus teorías con tono académico—. Porque al haber abdicado Carlos IV y don Fernando, la princesa Carlota Joaquina de Borbón, como esposa del regente luso, invocaba sus derechos a la Corona española.

—Un buen lío —musité en voz baja.

—La influencia brasileña procede de meses antes —insistía Parejo—, desde que la corte portuguesa arriba a Brasil. Porque poco después y ante el desconcierto abierto en España con las penosas actuaciones de Bayona, el Gobierno luso envía una nota oficial al virrey, en la que avisa de que al virreinato del Río de la Plata no le queda más opción que quedar bajo el amparo de don Juan de Portugal. Y en la misma misiva indica que se envía hacia aquí al brigadier Francisco Curado para negociar la instauración de un protectorado.

—¡Vaya por Dios! —exclamé, extrañado—. Nada sabía de esos detalles.

—Y otros más que te llamarán la atención. —Parejo sonreía con benevolencia—. Como era de esperar, Liniers se opone de frente a lo que considera como una peregrina e indeseable idea. Tal postura del virrey, aprobada y defendida con júbilo por todos. No debes olvidar la inquina secular de estas tierras contra los portugueses, tras muchos años de guerras por sus deseos de expansión hasta alcanzar las riberas del Plata.

—Pero antes de que arribe el enviado portugués y cuando el virrey ordena tomar medidas para oponerse al Ejército portugués, llegan las terribles noticias desde la Península con la entrada de los franceses en España, el motín de Aranjuez, la caída del odiado Godoy y la abdicación de don Carlos IV en su hijo. Y no creas que tales nuevas nos alcanzan por la vía marítima sino desde Lima, a través de los desastrosos caminos del Alto Perú. Naturalmente, a la capital del virreinato peruano les alcanzan provenientes de Tierra Firme y el Caribe. La magnífica carrera de postas establecida desde Buenos Aires, vía Córdoba, Tucumán, Jujuy y Humahuaca, hasta los caminos peruanos resultó un verdadero portento.

—Por fin, el brigadier Curado arriba a Montevideo en esos momentos de desconcierto absoluto rioplatense, donde todos son rumores y cabalas abiertas en mil caminos —retomaba la palabra Parejo—. El brigadier portugués se entrevista con el brigadier Elío en el Fuerte y lo pone al corriente de la situación que se padece en la Península con todo detalle. Nuestro gobernador apenas cree lo que escucha, aunque toma conciencia de la gravedad de la situación española. Pero no es tonto este Curado porque, según parece, azuza

los recelos de Elío contra Liniers, con lo que esparce leña seca sobre un fuego que comienza a arder por alto.

—¿Por qué esos recelos? —volví a preguntar para no perder el hilo—. No lo comprendo.

—Porque a Elío le exponen los detalles sobre las posturas adoptadas en España. Una, la de los afrancesados, y otra, la de los partidarios a ultranza de don Fernando VII. No olvides que aparecen generales o políticos importantes en ambos bandos. Y como se corría la voz de que Liniers se carteaba con el mismísimo Bonaparte, ya puedes imaginar los pensamientos de un brigadier con escaso cerebro. Los personajes cortos de sesera son más propicios a las influencias interesadas. Rápidamente, Elío califica a Liniers en sus pensamientos como furibundo afrancesado, aunque todavía no se atreva a tomar acción alguna contra el virrey, su superior jerárquico. Para calentar el ambiente, en los primeros días de agosto, el Cabildo de Montevideo exige al gobernador Elío que se proceda a jurar lealtad a don Fernando VII, con todas las prerrogativas y solemnidades que se prescriben para tal hecho. Y por todo lo grande, como si de jura real se tratara, se comienzan a instalar tres tablados con blasones y sus respectivos reyes de armas.

—Pero apenas iniciados los preparativos de la magna solemnidad —ahora entraba Eusebio en la brecha y se producía una pugna entre los presentes, que se quitaban la palabra con rapidez uno a otro, impacientes por participar en la narración—, en la que pensaban desfilar las autoridades, Liniers recaba de Elío la conveniencia de retrasar la jura. Alega, con bastante razón por cierto, que siguen llegando noticias de España en las que Carlos IV ha denunciado la abdicación en su hijo, por haberse visto sometido a ella por la fuerza de las armas. Insiste en que llevar a efecto la jura puede ser considerado como partidismo interesado entre dos miembros de la misma dinastía. Y también alude al caos que se vive en la Península, que no es menos cierto. Porque, para muchos españoles, Francia todavía era nuestra fiel aliada.

—Como verás, el lío era monumental, pero todavía en mantillas —aseguraba Parejo entre sonrisas—. Porque la madeja se enreda más y más, cuando Elío tiene conocimiento de que el bergantín francés *Le Consolateur* acaba de fondear en la bahía de San Fernando de Maldonado. Aparece en escena un nuevo personaje, como emisario personal del emperador Bonaparte. Se trata del marqués de Sassenay, elegido para la misión gracias a su amistad personal con los hermanos Liniers. El marqués conduce importantes despachos e informes sobre la situación española, las abdicaciones de los reyes, el nombramiento del rey José, su aceptación en las Cortes de Bayona,

así como órdenes de los ministros afrancesados O'Farrill, Azanza y Mazarredo a los virreyes de América, para que se acate el estado de la nueva situación creada en la Península. Vamos, lo que se llamó como la ofensiva del rey José para someter a las Indias españolas.

—No le fue muy propicia la maniobra al buque francés —terció Eusebio.

—En efecto. La verdad es que su arribada a San Fernando se debió a haber sufrido un terrible pampero, de los que asolan estas aguas con demasiada periodicidad. Pero una vez fondeado y con el dominio que los britanos ejercen en esta zona, divisa a dos buques ingleses, que debían de navegar tras él. El comandante, teniente de navío Dauriac, da la vela inmediatamente, tras picar los cables, e intenta tomar la plaza de Montevideo. Para su desgracia, el estado de la mar y el viento obran a la contra y se lo impiden. Lleva a cabo excelentes maniobras, que todo debe aclararse, pero no lo consigue. Por tal razón y tras un ligero cañoneo contra los dos buques enemigos, estima como inminente su apresamiento. En correcta sentencia, Dauriac decide varar en la costa de la Banda Oriental, salvando la dotación y dando fuego a su buque.

Intentaba asimilar el cúmulo de noticias que me taladraban el cerebro a gran velocidad. Y no era cuestión sencilla, porque a veces mis interlocutores saltaban de un tema a otro, a los que todavía no encontraba conexión. Pero ya continuaba José María, que tomaba un segundo cigarro de la caja.

—Por fin, Sassenay, que ha debido de correr una larga posta a caballo y en carruaje, arriba a Montevideo, donde se entrevista con el gobernador Elío. El francés informa de la situación española y los tristes sucesos acaecidos en Bayona, pero sin entrar en detalles, según parece. Aunque muy inteligente, comete el desliz de preguntar al gobernador por la causa del revuelo que se vive en la ciudad. Elío le responde con rotundidad que se va a jurar lealtad a don Fernando. Como respuesta, el francés le sugiere con delicadeza la conveniencia de detener el acto, al menos de momento, teniendo en cuenta la posibilidad de que en esos días se encuentre otro soberano aposentado en el Palacio Real de Madrid.

—Caramba, estos episodios parecen conformar una obra de intriga —contesté asombrado.

—Y todavía nos resta la guinda del pastel, amigo mío. Porque ahora entra en acción un personaje deleznable donde los haya, el brigadier Goyeneche. —Parejo mostraba rostro de evidente repulsa—. Pero no adelantemos acontecimientos. Cuando Elío escucha esas palabras de Sassenay, revienta de vísceras por alto, una de sus personales características. El gobernador grita

como un poseso, insulta al francés con los peores epítetos y se muestra con su habitual y poco diplomático proceder. En principio piensa en arrestar con grillos al enviado del emperador. Pero por una vez parece que un rayo de luz lo ilumina y comprende que no le beneficiaría una onza tal acción. De esta forma, permite que Sassenay continúe su viaje hasta Buenos Aires, para entrevistarse con el virrey. En un momento de lucidez, entiende que, de esa forma, podrá comprobar la reacción de Liniers y descubrir sus verdaderas intenciones. Pero, no obstante, una vez el francés ha partido hacia la capital del virreinato, decide por las buenas y según su propio criterio continuar con la preparación de la jura de Fernando VII. Desde luego, no tiene en cuenta lo que el pueblo puede pensar al conocer que un intruso ocupa el trono católico, ni las directrices de Liniers.

—Parece que voy comprendiendo el camino que toman las acciones — dije en voz baja, mintiendo por ligero para tomar un pequeño respiro. Sorbí de mi copa, pero ya Parejo continuaba.

—Sassenay y su escolta salen de Montevideo con destino a la Colonia de Sacramento. Allí son recibidos por el teniente de navío Luis de Liniers, hijo mayor del virrey. Y tras unas pocas horas, embarcan en la zumaca^[24] *Belén*, para pasar a Buenos Aires.

—Y Sassenay se entrevista con el jefe de escuadra Liniers —aseguré en tono dubitativo.

—En efecto. Y aquí entramos en noticias de corrillos y comentarios de todo tipo, algunos contrapuestos y posiblemente interesados, pero que presentaron una decisiva importancia en los hechos posteriores. En mi opinión personal, Liniers duda ante el maremágnum social y oficial que reina en la Península, como dudaron tantos españoles por aquellos días, entre los que se cuentan algunos generales de nuestra Armada. Pero en conjunto y aunque sea falsa, se aprecia una postura ambigua y de espera, que genera una sombra de sospecha, condición que acabó por convencer a Elío de que debía tomar las riendas de la situación, aun en el caso de una abierta rebelión. Porque no debemos olvidar que el brigadier navarro se debía mantener bajo las órdenes del virrey. Aquí se comprueban con claridad las dos personalidades tan diferentes. Por un lado, Liniers es inteligente, reflexivo y poco dado a lanzarse sin haber meditado a fondo los datos. Por otro, Elío, capaz de liarse la manta a la cabeza en escasos segundos, muchas veces de forma equivocada o sin información suficiente.

—¿Se declaró el brigadier Elío abiertamente en contra del virrey? —volví a preguntar, interesado en el resultado final.

—De momento y una vez Sassenay abandona Buenos Aires, Liniers hace pública una convocatoria para llevar a cabo la proyectada jura a Fernando VII. Esa proclama, dictada precisamente el 15 de agosto, deja sin embargo un resquicio abierto al asegurar que se deberán tener en cuenta los hechos que sucedan en la Península, porque aún no estaba enteramente decidida la suerte de la monarquía en España. Y aunque estas palabras fueran interpretadas de diversas formas, debemos constatar que no marraba el virrey una mota en su sentencia.

—Es entonces cuando aparece en escena ese nefasto personaje del que le hablábamos —volvía a entrar al tajo narrativo el joven Destels—. Porque cuatro días después, fondea frente a Montevideo la goleta Carmen bajo el mando del alférez de navío Cortés. Y sin pérdida de tiempo, desembarca el brigadier José Manuel Goyeneche, enviado por la Junta Suprema de Sevilla, que en aquellos momentos se creía la llave del mundo hispano, como saben. Este personaje comienza a propalar a voz en grito las últimas noticias de la Península, especificando el sacrificio madrileño del 2 de mayo, el tratado firmado con la Gran Bretaña, así como las victorias españolas en Cádiz por mar, al rendir a la escuadra del almirante Rosily, y la exitosa batalla de Bailen. A continuación, se entrevista con Elío. Goyeneche le informa de que la Junta de Sevilla aconseja constituir en el Plata un poder político semejante a las juntas provinciales de la Península. Pero lo que es peor, con estas palabras parece traslucir que la Junta sevillana desconfía de la posición política de Liniers y de su patriotismo.

—He dicho que ese personaje era un truhán indecente y avieso —aclaraba Parejo en tono desdeñoso—, porque, como después supimos, toda la información suministrada procedía de su truculenta imaginación. Ese Goyeneche no era más que un sacamantecas, buscador de fortuna. En principio, había sido comisionado por el monstruo de Murat para pasar a América y levantar al pueblo a favor de Bonaparte y que se aceptara al rey José. Pero al pasar por Sevilla, juega sus bazas con extrema habilidad y la Junta lo asciende de modesto capitán de milicias a brigadier, al tiempo que le encarga la nueva misión de pasar a América con instrucciones distintas, que pocos conocen con detalle. Vamos, que juega a las dos cartas de la baraja a un mismo tiempo. Por fortuna, todo eso lo sabía el alférez de navío Cortés, comandante de la goleta española, que lo mantiene en secreto durante demasiado tiempo. La verdad es que el pobre hombre estima que no lo habrían creído, ante el entusiasmo popular que ha generado el bastardo de Goyeneche.

—Vaya un personaje. ¿No fue descubierto su juego? —pregunté a Parejo.

—Goyeneche parece tomar el control de la situación, aconsejando a Elío que se jurase a Fernando VII de forma inmediata. Pero también comunicó al gobernador su deseo de pasar a Buenos Aires para entrevistarse con Liniers y hacerle renunciar de su mando. Y si no lo conseguía, hablaría con el Cabildo y la Audiencia para que fuese destituido por la fuerza. El muy imbécil declaraba una y otra vez que Liniers no debía continuar en el ejercicio del virreinato un solo segundo, por el simple hecho de ser francés, aunque no mediasen otros motivos.

—Liniers era de procedencia francesa, pero español hasta los tuétanos — declaré en tono indignado—. Siguiendo esa peregrina teoría, jamás se le habría concedido el mando de la fragata Sabina al capitán de navío don Jacobo Stuart, que no solo pertenecía a la muy noble casa de los duques de Berwick, sino que entre sus antepasados se encontraban los Estuardo, que detentaron la Corona de Inglaterra. A pesar del mencionado detalle de su origen británico, siempre demostró un elevado patriotismo y lealtad a la Corona española, incluso en combates de sangre contra buques ingleses. Y son muchos los casos parecidos que podríamos exponer.

—Tienes toda la razón, Beto. Pero por desgracia, así se movían las piezas del ajedrez en aquellos días convulsos por el Río de la Plata. Y te repito que nunca debes olvidar esa vieja rivalidad entre las ciudades portuarias de Montevideo y Buenos Aires, que subyace en todo momento. Pero para coincidir en negativo con los acontecimientos expuestos, cuando Goyeneche exponía tan duras palabras al gobernador, regresaba Sassenay desde Buenos Aires, con buenas recomendaciones de Liniers para que se le tratara en forma correcta a su rango y condición. Sin embargo, Elío lo recibió de forma violenta, comunicándole que pasaba a ser su prisionero, ya que la guerra entre Francia y España se había declarado, y todos los franceses residentes en la Península habían sido pasados a cuchillo. Sin dudarle un segundo y con su habitual forma de proceder, lo mandó encerrar con grillos en la antigua panadería de La Aguada, donde el diplomático francés se encuentra con Dauriac, comandante del Consolateur, y prisionero como él. Pocos días después, trasladan a Sassenay a un calabozo de la Ciudadela sin un mínimo miramiento, donde sufrió en un inmundo zulo una y mil penalidades, hasta que consigue pasar a Cádiz en diciembre de 1809. Sassenay protesta una y otra vez en nombre del virrey, palabras que rebotan en la pared de su celda. Pero no se contenta el gobernador Elío con esa medida, sino que toma a Sassenay todos sus documentos, entre los que se incluyen las comunicaciones

remitidas por Liniers a Europa, entre ellas una minuta personal para Bonaparte.

—Eso es una flagrante violación de la correspondencia de un superior —alegué, ofendido.

—Desde luego. Pero a renglón seguido y lanzado rodera abajo sin freno, Elío ordena incoar un sumario de cuya instrucción encarga al sargento mayor de la plaza, el teniente de navío Diego Ponce de León, y al capitán de fragata José de Posadas. Aunque es posible que Elío no lo comprendiera en aquel momento, desataba un gravísimo conflicto interno entre las autoridades de la Real Armada. Porque no debemos olvidar que el apostadero de Montevideo se encontraba bajo el mando del virrey Liniers. Creo que ese fue el comienzo de los tristes conflictos, que sacudirían al Río de la Plata y nos llevaron hasta el día de hoy.

—Parece que voy comprendiendo. Después de todo, es una repetición de lo que sucedió en algunas capitales españolas.

—Tienes razón —afirmó Parejo—. Pero aquí con peores consecuencias o menos reparables. Elío, que todavía no se atreve a romper claramente con Liniers, se encuentra atenazado entre los consejos de Goyeneche y la presencia de Curado, el portugués, que sigue atento a los acontecimientos. Es el momento decisivo porque, aunque Elío duda, acaba convencido de que el virreinato del Plata no podía continuar bajo el control de lo que él mismo estima como un traidor francés. Y si alguna duda le resta en su descerebrada mollera, especialmente desde un punto de vista jerárquico militar, el Cabildo montevideano le achucha en tal sentido, a causa de esa vieja rencilla de puertos que ya te hemos comentado.

Parejo parecía haber finalizado su exposición que, sin embargo, no rellenaba mis lagunas al copo. Por tal razón inquirí de nuevo, ahora en dirección a José María.

—¿Y eso es todo?

—Nada de eso, amigo mío. Dos días después, se manejaba por esta plaza una circular del gobernador, en la que declaraba no existir otro camino honroso que la guerra contra los franceses. Alegaba que era necesario combatir el monstruo de Napoleón Bonaparte que, según sus propias palabras, había quebrantado las leyes de los hombres. De esta forma, lo que queda para la posterioridad es que frente al estilo ambiguo de la proclama del virrey y el apocamiento de su nota reservada, que ahora hace pública Elío en otro detalle poco honesto, el gobernador aparecía lleno de fe en la causa española y decidido a guerrear contra Napoleón hasta la última gota de su sangre. Ese

hombre no mide las consecuencias de sus actos con vistas al futuro, lo que, por el contrario, tiene muy presente Santiago de Liniers. Porque el virrey comprende bien desde el primer momento cómo puede degenerar la situación en el Plata. De esta forma, las dos posiciones se encontraban claramente definidas, con lo que Elío rompía para siempre con Liniers. El partido netamente español de ambas orillas del Plata, al que se le llamaba «empecinado», recibió la noticia con júbilo. Pero no así los criollos de Buenos Aires, quienes adeptos a su héroe Liniers encontraban la postura de Elío irresponsable y punible. Pero otros más avezados estiman que ese litigio aparece como especial donación para sus fines secesionistas. Y para colmar el vaso a la mala, por aquellos días, Goyeneche, en ese incomprensible cambalache mental de sus propias ideas, apoya al virrey.

—Es aquí donde entran en liza de mano oculta otros intereses, que nos han llevado a la situación actual —ahora Parejo entonaba con tintes de abierta tristeza—. Porque más que otras regiones americanas, era Buenos Aires la que se encontraba mejor dispuesta y preparada para la revolución. Debes tener en cuenta que desde 1805 se conspiraba por la independencia, de acuerdo con las ideas del caraqueño Miranda y los centros de propaganda instalados en Londres y París. La defensa que se hizo contra los ingleses bajo el mando de Liniers en 1806 y 1807, una proeza que alabar en nuestra historia, presentó el negativo papel de darles conciencia de su valer. Y poco después, la rivalidad que se produce entre las propias autoridades españolas les hace comprender que no podrán contrarrestar la voluntad de los criollos unidos. Porque en esta disputa entre Liniers y Elío, los criollos bonaerenses se pusieron al lado del virrey de forma astuta, pensando en sus propios intereses y propósitos.

—Pero regresando a los meses que te narrábamos, a principios de septiembre los acontecimientos tomaron un camino irreversible —Eusebio conseguía entrar en la conversación—. El brigadier Curado, que no ve su seguridad confirmada, decide regresar a Brasil, tras enviar una nota reservada a Liniers. Elío, enterado de su marcha, lo persigue en son de guerra a reventar cueros, y consigue darle alcance a la altura de la guardia de Pando.

—¿Lo apresó también? —pregunté.

—Cerca estuvo. Fiel a su conducta, Elío mantiene con Curado un careo en tono elevado. El portugués le contesta que ya ha transmitido al virrey del Río de la Plata como máxima autoridad, siguiendo las instrucciones de la Corte lusa, que a causa de las circunstancias que se viven en España y el cautiverio de la familia real en Francia, don Juan de Braganza consideraba como un

deber ineludible proceder a la defensa del Plata contra los franceses. Y como era de esperar, solicitaba en compensación que se le entregara la Banda Oriental a Portugal, el sueño largamente perseguido. Elío entiende encontrarse entre dos frentes al considerar a Linier proclive a los franceses. Su situación, merecida tal vez, es triste. Porque se halla en guerra con Napoleón, enfrentado a muerte con el virrey y amenazado por una invasión portuguesa. Por tal razón, decide que se debe alejar a don Santiago Liniers del virreinato lo antes posible. Y es en esos días cuando el Cabildo de Montevideo solicita en duros términos a su homólogo bonaerense que se exija la renuncia inmediata del virrey. Hay quien ve en esta petición la mano de Elío en la trastienda.

Se hizo un dulce silencio por primera vez, condición que necesitaba como el aire para no entrar en mareo de ideas. Había sido extensa la perorata de aquellos cuatro hombres que luchaban por transmitirme todos sus conocimientos, una serie de datos extensos y con todo lujo de detalles. Conseguí que se rellenara mi copa de aguardiente y encender el cigarro nuevamente apagado. Pero si esperaba un respiro alargado, estaba confundido. Parejo entraba de nuevo en escena.

—Como no podía ser de otra forma y en norma de ley, el día 17 el virrey Liniers ordena la inmediata destitución de Elío. Para conseguirlo, envía en su nombre al capitán de navío Michelena, quien debe ejecutar la orden y ponerse al frente de la gobernación de forma interina. Michelena se entrevista con Elío, una conversación en la que se elevan las palabras y las amenazas. Nada consigue el enviado de Liniers, salvo una memorable algarada nocturna de la casi totalidad de la ciudad en defensa de su gobernador, sabiamente dirigida, y la separación definitiva de ambas autoridades rioplatenses. Al mismo tiempo, es el detonante para que se instaure en Montevideo la primera junta legitimista que se forma en la América española. Lo que no consiguió comprender el brigadier Elío con su habitual torpeza es que con tal medida y aunque fuera de forma inconsciente preparaba el terreno de la revolución. Al autorizar y fomentar el nombramiento de la Junta de Gobierno y la celebración del Cabildo abierto, provocaba unos actos que tuvieron inmensa resonancia y abonaron la causa secesionista.

—Así las cosas, el brigadier Elío envía recado urgente a la Junta Suprema Central, en el sentido de que se debe relevar de inmediato al jefe de escuadra Liniers. Y no son exactas ni ciertas muchas de las apreciaciones que expone en su escrito, las más de ellas simples conjeturas o voces propaladas por bocas interesadas, que no ha sabido distinguir. Por el contrario, Liniers, más

caballeroso y correcto, expone a la Junta Central con enorme claridad y visión de futuro la situación creada en el Plata, así como la manifiesta insubordinación de Elío a su autoridad. Y fiel a su correcto proceder e hidalguía, alude a que si el hecho de ser descendiente de franceses es óbice para continuar en el cargo, solicita su relevo inmediato y retirarse a la vida particular, aunque hubiera demostrado de sobra su españolidad con las armas. Recordaba que había sido ascendido por su majestad don Carlos IV en dos ocasiones por su valor y acciones en defensa de su patria, incluso recibido el alto honor de un título nobiliario de Castilla.

—Debe ser el momento en el que se nombra un nuevo virrey —apunté porque ya se entraba en datos que conocía y había vivido en primera persona, cuando trabajaba como ayudante del general Escaño, nombrado ministro de Marina por la Junta Central.

—En efecto. Informada la Junta Suprema y Gubernativa del Reino de ambas posturas, se decide por una solución salomónica, que no solo no beneficia la paz en el virreinato, sino que parece encender la mecha definitiva de la sedición. Al tiempo que se ordena a Elío regresar a la Península, se concede que Liniers pase a la vida particular. Vamos, que se le expulsa del virreinato por las buenas. En un principio se nombra para el cargo de virrey al teniente general de la Armada don Antonio de Escaño, ministro de Marina de la Junta. No debió de ver clara la situación el general cartagenero, que rehúsa...

—Ahí discrepo por completo, señores —entré con decisión—. En aquellos momentos me mantenía como ayudante del general Escaño y puedo asegurarles que, si rehusó tan importante cargo, fue por diferentes causas. Decidió no abandonar España mientras se mantuviera un solo soldado francés en su patria. Jamás don Antonio ha rehusado un puesto de peligro, allá donde se le nombrara. Y menos mal que no mudó al Plata, porque gracias a su concurso se mantiene la bandera de la España libre izada en la ciudad de Cádiz.

—Desconocía ese detalle, que le honra —Parejo parecía disculparse—. El caso es que el nombramiento de virrey acaba produciéndose en la persona del teniente general de la Armada don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Este personaje merecería especial estudio, que alargaría esta charla demasiado. Pero con toda sinceridad, estimo que se erró al escogerlo para tan difícil puesto en tan complicado momento, una misión que no supo resolver. Y aunque muchos pensarán lo contrario, Liniers le hace entrega del cargo de forma impecable, poniéndolo al día con todo detalle de los problemas

embastados en la zona. También le comunica con extrema honradez que los llamados poco después como independentistas, rebeldes, sediciosos o patriotas le habían ofrecido su apoyo para que se negara a entregar el bastón y situarlo a la cabeza de sus fuerzas. Llegaron a proponerlo de forma más o menos velada, como cabeza de ese nuevo Gobierno independiente por el que aspiraban. Liniers se niega en redondo, alegando que su única lealtad es a don Fernando y a su patria, España, y se retira a vivir en el interior. Y acata al punto las órdenes del Gobierno provisional instalado en la Península.

—El nuevo virrey se encontró con muchos y evidentes problemas —ahora José María bajaba el tono de su intervención—. Destacaba por encima de todos la falta de recursos, al encontrarse cerradas las comunicaciones con el Perú. Siguiendo el último de los consejos de Liniers, decretó libertad de comercio para conseguir fondos y los obtuvo con las rentas de aduanas, abundantes cantidades que dieron para sostener sus necesidades y posibilitar el futuro envío de caudales a España, que los solicitaba con urgencia.

—¿Por qué se descalabró la situación con tal rapidez? —volví a preguntar, aunque ya conocía algunos detalles llegados a la Península.

—Los rebeldes necesitaban una excusa y, al igual que había sucedido en Tierra Firme, la entrada de los franceses en Andalucía y la disolución de la Junta Central les ofreció la prenda deseada. Convenientemente organizados los insurgentes, un error de cálculo en Hidalgo de Cisneros, en un inesperado golpe de mano, desalojaron con rapidez a las autoridades en Buenos Aires y nombraron una Junta Soberana el 25 de mayo de 1809.

—¿Así, por las buenas? —pregunté, intentando comprender la situación—. ¿Nadie se opuso?

—No disponía Cisneros de suficiente apoyo en Buenos Aires, con deserción de muchas fuerzas. Ahí entra la parte más censurable de su actuación. Porque pudo haber previsto los acontecimientos y adoptar algunas medidas que se le ofrecieron, incluso desde el apostadero. No creyó en los verdaderos informes que le llegaban cada día, algunos de inmediata alarma, y fracasó. De esta forma, a los pocos días eran embarcados el virrey y los oidores en una balandra contrabandista con destino a las islas Canarias. Al mismo tiempo, los insurgentes se hacían con cuatro millones de pesos del rey, mientras los muy ladinos organizaban las tropas en nombre de don Fernando VII, condición en la que nadie creyó, desde luego. Y se dedicaron a propagar la revolución, si puede llamarse así, por todo el territorio.

—¿No salió Liniers en defensa de su patria, como en las dos ocasiones anteriores?

—El jefe de escuadra don Santiago de Liniers y Bremond se portó como lo que siempre fue, un verdadero patriota español y valiente hasta elevar cruces. —Parejo parecía emocionarse al pronunciar aquellas palabras, de lo que se deducía una gran admiración por el personaje—. Había apoyado las iniciales medidas de Cisneros, mientras se retiraba a vivir en el interior del virreinato. Enterado en Córdoba de lo sucedido, en compañía de su buen amigo y antiguo colaborador el capitán de navío Gutiérrez de la Concha, otro de los héroes en la defensa del Plata contra los ingleses, se decidió a levantar la bandera del orden, la legalidad y reponer el poder español que había sido derribado por la fuerza. Organizó una pequeña junta con su compañero, con el obispo de Córdoba y algunos españoles preeminentes, entre los que se contaban varios oficiales retirados. Pero no eran estúpidos los miembros de la Junta de Buenos Aires, ante el peligro que podía suponer un personaje de tanta categoría en su contra. Por tal razón, enviaron tropas contra él, antes de que pudiera hacerse fuerte. Cuando Liniers con los comprometidos bajo su voz se dirigían hacia el Perú para unirse al ejército realista, fueron abandonados en el camino, vendidos de forma indigna por los guías traidores y alcanzados por la caballería insurgente.

—Supongo que no se les formaría un sumario justo y cabal —musité con tristeza.

—Nada de eso. Presos en el camino Liniers y sus acompañantes, saqueados sus equipajes y medio desnudos, fueron obligados a desandar cerca de doscientas leguas, en dirección a la capital. Liniers confiaba en su prestigio personal, una vez alcanzaran Buenos Aires. Pero no andaban los revoltosos con las mismas ideas en su cabeza, sabedores del peligro que suponía un Liniers desfilando por la capital con grillos en manos y pies. Una vez alcanzada una pampa llamada monte de los Papagayos, cerca de la posta de Cabeza del Tigre, se encontraron con los emisarios de la Junta revolucionaria que cabalgaban en su busca. Y sin más diligencias o proceso, que dictar a voz en grito una inmerecida sentencia de muerte, fueron fusilados por un pelotón. Y para mayor escarnio de los asesinos, los miembros de la Junta autorizaron a que sometieran los cadáveres a la grosera rapacidad de los ajusticiadores. Tan solo se libró de la ejecución el obispo, don Rodrigo Antonio de Orellana, que les concedió los últimos sacramentos. Y si no fue ejecutado el prelado comprometido, fue por el temor de la Junta a que se escandalizara el pueblo. Todo esto nos lo narró don Pedro Alcántara, capellán y confesor del prelado, y testigo directo de la infamia.

—¡Vergüenza y oprobio deberían sentir por el resto de sus días esos infames! —exclamé con pasión—. Y lo veneraban como un héroe pocos días antes.

—Espero que hayan sido comidos por los gusanos bajo tierra —clamó Parejo.

—Tras estas actuaciones, ¿cómo quedó la situación? —pregunté una vez más, en aquel alargado interrogatorio al que los sometía.

—Bueno, una vez resuelto el problema de Buenos Aires, los sediciosos giraron la vista hacia lo que estimaban más peligroso y vital para su futuro, la plaza fuerte de Montevideo, punto de estación de la Real Armada. Era importante porque además de ser residencia del comandante de Marina del apostadero, jefe de escuadra José María Salazar, allí se encontraban las fuerzas navales que podían dominar el estuario, e incluso cerrar el puerto bonaerense. Y entendían con sabiduría que habría sido condición desastrosa para sus intereses, por verse reducidos al hambre en escaso tiempo. Aunque intentaron correr pasquines para ganarse a la tropa, y que con sus milicias sometieran a la guarnición, les salió el tiro por la culata. Los hombres de la Armada se impusieron con facilidad a la cuadrilla sediciosa. Y no solo los desarmaron, sino que fueron embarcados en una fragata, para conducirlos fuera del puerto y mantenerlos engrilletados. En Montevideo se proclamó el debido reconocimiento al Consejo Supremo de la Regencia en nombre de don Fernando, que se acababa de formar en Cádiz tras el fracaso de la Junta, y se concentró el poder naval. Al mismo tiempo, se notificó a España que se abandonaban las islas Malvinas.

—¿Abandonamos las Malvinas? —pregunté.

—Fue una pena pero necesitábamos todas las fuerzas a disposición. Una vez concentrados los esfuerzos en Montevideo, se consiguió restablecer el orden, al tiempo que se solicitaban refuerzos a España para acudir con soldados y caudales a Venezuela, Nueva España, Santa Marta, Maracaibo, Cuba, Puerto Rico y Perú.

—Poco se enviaría desde la Península por aquellos días, que bien recuerdo.

—Se envió lo que fue posible en aquel momento, aunque no alcanzara a las necesidades, como es fácil suponer. Con los refuerzos llegó de nuevo al Plata el mariscal de campo Francisco Javier Elío, que ahora fue nombrado virrey por la Regencia. No sé cual fue la genial cabeza que lo decidió, pero podía haberse dedicado a otro trabajo. Se concedía un premio a quien había enmarañado la situación en el Plata, fruto de su absoluta incompetencia.

—¿Fue aceptado Elío en Buenos Aires por los insurgentes? —pregunté.

—En absoluto —contestó Destels veloz—, razón por la que, en reunión con el jefe de escuadra Salazar, se decretó lo que más podían temer los sediciosos, el bloqueo del puerto. Y con extrema rapidez, lo desplegó a rajatabla el capitán de navío Juan Ángel Michelena.

—¿Disponía de unidades suficientes para llevarlo a cabo? —inquirí.

—Pocas pero suficientes, dada la escasez de fuerzas navales de los sediciosos, que consistían en unas pocas zumacas solamente. Y con toda legalidad se notificó el bloqueo a las potencias neutrales. Pero, en fin, como ya debes saber, ahí saltó la liebre de patas negras. Porque si todas las potencias comprendieron la medida como necesaria y en justa ley para defender nuestros intereses, elevó enérgica e inmediata protesta el representante de la Gran Bretaña.

—Ya lo sabía. Pandilla de mamones.

—Lord Strangford, ministro britano acreditado en Brasil y de acuerdo con las directrices de Londres, se opuso a reconocer la validez del bloqueo y envió nota al almirante Courcy, mando naval inglés en el Plata, para actuar contra cualquier procedimiento contrario al comercio lícito de sus compatriotas. Desde luego, estos britanos del demonio entienden como comercio lícito el más puro contrabando de armas y pertrechos con destino a los rebeldes. Elío y Strangford discutieron una larga mañana, pero las órdenes del Consejo Supremo de la Regencia no admitían dudas.

—Se bajaron las calzas hasta el piso, dejando el culo al aire —entró Eusebio con tono agrio—. No se debió consentir tal villanía y debería avergonzarnos como pueblo. ¿No se había alcanzado acuerdo para el Tratado Definitivo de Paz, Amistad y Alianza entre los reinos de España y la Gran Bretaña? Según tengo entendido, fue firmado en Londres el 14 de enero de 1809 por lord Jorge Canning, secretario de Estado de Su Majestad británica, y el jefe de escuadra de la Real Armada don Juan Ruiz de Apodaca, enviado extraordinario de la Junta Suprema Central en nombre de su majestad don Fernando. He leído dicho acuerdo punto por punto, y la verdad es que en ninguno de sus apartados se estipula que dicha alianza se concrete solamente para los asuntos de Europa, o la guerra contra el francés que libramos en España. No comprendo cómo el Consejo de Regencia pudo admitir un atropello como al que asistimos en estas aguas.

—El caso es que de aquellos lejanos polvos arrastrarnos estos malditos y purulentos lodos. Y la situación camina poco a poco a peor, aunque muchos no quieran reconocerlo. Los rebeldes aumentan en fuerzas, caudales y buques,

pero especialmente en moral, al comprender que su causa es posible. Aunque les propinamos la derrota en San Nicolás de los Arroyos, donde les tomamos tres buques, los bonaerenses pasaron fuerzas a la otra banda del río, y consiguieron alzar para su causa a gentes de los campos y comenzaron a estrechar el cerco sobre Montevideo.

—Fue el momento —explicaba Destels— en el que ellos nos bloqueaban por tierra, mientras nuestras fuerzas navales corrían en dominio por sus costas, especialmente las fluviales, impidiendo el tráfico interior. Esa fue la causa de que se alcanzara una tregua el 24 de octubre, firmada por el virrey Elío en nombre de la legalidad, mientras el triunvirato formado por Chiclana, Sarratea y Passo lo hacía por parte de la gobernación llamada patriota. Pero Elío exigió, y los traidores aceptaron, el reconocimiento de soberanía a don Fernando VII y la integridad del territorio. Claro que se trataba de pliego firmado sobre las aguas por esos corifeos del demonio. Porque lo único que buscaban los rebeldes era tiempo para buscar armamento y unidades navales, impedir el auxilio del Gobierno del Brasil y preparar alimentos.

—Poco a poco —remataba Parejo—, la Banda Oriental se fue encontrando más y más aislada, excepto por el norte con el Brasil, desde donde tampoco nos socorren con la debida generosidad. Y desde la Península, tan solo nos alcanzan limosnas de escasa monta. Así que el futuro se presenta más negro que el infierno, a no ser que el famoso queche Hiena nos redima de los pecados.

Todos rieron la salida de José María, que daba fin a aquella lección histórica a la que había asistido embobado, como si me narraran una época de la historia de España interesante y desconocida. A partir de ahí, la conversación derivó hacia asuntos intrascendentes. Aparecieron los rumores cerrados de faldas, con lo que se consiguió elevar el ánimo, al tiempo que el aguardiente de caña brasileño corría al gusto de cada boca.

Era bien entrada la tarde cuando, ligeramente abotargado de mente, conseguí despedirme de los generosos anfitriones. Y no fue tarea sencilla, porque la familia Parejo era tan obsequiosa que deseaban continuar la velada con una cena. Agradecí a Rosario y Tomás sus múltiples atenciones, para saludar posteriormente al resto de los presentes. Todo se desarrollaba con normalidad hasta que debí besar la mano de Alicia, la mujer del capitán Destels. El suave roce de su mano en mis labios, su especial aroma y la sonrisa labrada en su rostro consiguieron que mi sangre corriera por las venas en reguero de fuegos. Y aquel rostro se mantuvo durante algunas horas grabado en mi cabeza. Llegué al convencimiento de que necesitaba el

contacto con alguna mujer o acabaría por perder el poco seso que restaba en mi cabeza.

6. Pruebas de mar

Dedicamos la jornada dominical al descanso de miembros y preparación del aliento necesario para encarar los futuros eventos, que se perfilaban con dureza en el cercano horizonte. De acuerdo a la normativa en vigor, no olvidamos el necesario precepto religioso. Pero como no disponíamos de capellán a bordo, fuimos auxiliados por uno de los asignados al apostadero, un jovenzuelo parco en palabras e ideas, que cubrió a la rápida su cometido pastoral. Mejoramos en lo posible el rancho para la dotación, como marcan los hábitos de mar, aunque no se encontraran las existencias en bodega para alharacas festeras. Al menos, el tiempo se mantenía en las mismas cuerdas bonancibles, aunque el viento alzara su cabeza sin desprenderse una cuarta del sudoeste y levantara alguna cabrilla en las aguas a la vista.

Tal y como esperaba en adelantado sufrimiento por mis carnes, el día siguiente, lunes, cuadró la jornada de lomos duros y sin posible tregua, un tajo abierto de sol a sol, de los que dejan secuelas de sangre por cuerpo y alma. Aunque me encontraba preparado de espíritu para la faena, puedo declarar que jamás me vi tan absorbido por una y mil preocupaciones a bordo de un buque de la Real Armada, con difícil o imposible solución a la vista. Pero deben comprender que la situación a bordo era anormal como ninguna, aquello de formar una unidad de combate partiendo casi de cero.

Para bien del queche Hiena, las promesas del capitán de fragata Parejo se cumplieron con precisión y en beneficio. Porque no solo nos embarcó el personal prometido, sino dos artilleros y cuatro soldados más de los previstos en nuestra conversación. De esta forma, la dotación del *Hiena* se alargaba hasta los 167 hombres. Y estoy seguro de que muchos estimarán dicha cifra como adecuada, teniendo en cuenta los momentos de penurias que se vivían en cualquier escenario naval español. Pero no deben entrar en tamaño error. Aunque en el reglamento general de guarniciones y tripulaciones no se especificaba el número preciso del personal necesario para un queche con tan

elevada artillería, por equiparación a otros buques de su porte quedaba claro que no se alcanzaba la cifra adecuada ni en aproximación.

De todas formas, habría batido palmas de alegría con las orejas si aquellos 167 hombres que cuadraban a bordo hubiesen sido profesionales del puesto que se debía cubrir. Pero con absoluta sinceridad, puedo aclarar que ni siquiera la cuarta parte del personal era capaz de cumplir con su obligación en nivel mediocre. Y entristecía pensar que no se debía a desidia, indiferencia o desgana de los embarcados, sino al desconocimiento más absoluto de quien se mueve en un medio tan alejado de su vida habitual. Bien es cierto que un mal de tal índole nunca se remedia con un número mayor de personal. Porque tal solución solamente conduce a una mayor necesidad de víveres y aguada, así como un superior desplazamiento del buque, situación que ya vivimos en el combate de Trafalgar, con navíos sobredimensionados en personal, que poco rindieron en efectividad.

La sorpresa de última hora en cuanto a incorporación de personal apareció a mediodía del lunes en la figura de don Gonzalo Verdaguer. Se trataba de un hombre con noble apostura, entrado en la veintena, que se postulaba a sí mismo como caballero aventurero^[25]. Y embarcaba con tal condición aunque no aspirara a entrar como meritorio en la Armada, ni se le conociera conducta deshonrosa o descrédito propio que desfacer con valor demostrado en combate. Hijo de un rico hacendado, parecía que solamente deseaba luchar por su patria en un escalón adecuado a su situación social y nobleza de sangre. Aunque normalmente esta clase de individuos arranchaban con los guardiamarinas, le procuré digno asentamiento a bordo. Porque, desde el primer momento, sentí una gran simpatía y atracción por su persona, uno de esos arranques particulares a los que era tan aficionado desde mi más tierna juventud. Además y en innegable prueba de caballero, se incorporaba a bordo con armas propias y criado particular. Acepté ambas cualidades como clara excepción a su favor, al no corresponderé en su situación más que espadín corto de paseo, pistola reglamentaria para el combate y sin posibilidad de servicio propio.

No obstante, apechamos con la burra parda y establecimos un plan de combate ajustado por mínimos a las prendas que aparecían en la bolsa. Asimismo, aceleramos la formación de los novatos al mayor ritmo posible, al menos para que cada hombre tuviese conocimiento del puesto que debía cubrir en maniobra o combate, aunque sus manos clamaran a herramientas de labranza en tantos casos. La obsesión del contra maestre y la mía propia era conseguir que, de momento, en cada uno de los palos y velas que se debían

desplegar, se encontrara un hombre de mar con suficiente experiencia para impartir las órdenes y explicarlas al tiempo, misión que pesaba sobre mi cabeza como bala de a 36 libras.

De esta forma y como había sido aliviado por la mayoría general de la formal despedida, tan solo me limité a enviar el preceptivo estado de fuerza y vida por medio del alférez de fragata Tosquilla, por lo que quedaba listo para salir a la mar. Y cuando ya el sol se acolchaba en su retiro estuario adentro, volví a reunir a mis tres oficiales de guerra en el alcázar, acompañados por el contra maestre y guardián, este último un gallego llegado al Plata a bordo de la fragata Proserpina y con escasa arrancada de brazos. Y por todos los cristos que entregaba la mitad de mi alma en manos del contra maestre, don Agustín, rezando a la Patrona para que aquel hombre pudiera desplegar la energía necesaria.

—Bien, señores, la puchera está servida sin mayor remedio ni posibles condimentos añadidos. Mañana, a la hora que estime conveniente, posiblemente a mediodía, levaremos las anclas para tomar derrota estuario adentro.

—¿Piensa arrumbar directamente hacia la punta del Este, señor, y continuar derrota hacia nuestro destino? —preguntó el segundo comandante.

—En absoluto. Me autorizó el mayor general para tomar un par de días en adiestramiento propio por las aguas que elijamos, antes de comenzar la comisión propiamente dicha. De esta forma, si el viento se mantiene en este sudoeste fresquito, que en mucho colabora a la función, es mi intención navegar por libre y en aguas no comprometidas de bajos u otros obstáculos. Teniendo en cuenta estos detalles, segundo, ¿qué zona me recomienda?

—Con objeto de evitar las aguas peligrosas que se nos abren al sudeste de esta plaza, especialmente el banco Inglés que llega a romper espuma en bajamar, proaría al sur hasta librar el bajo del Astrolabio, que marca tres brazas en bajamar y no ofrece problemas. En dicha posición podemos arrumbar al nordeste. A la altura de la punta del Este y hacia el sur, disponemos de una excelente cancha, superior a las noventa millas, para maniobrar al gusto y sin quebraderos de cabeza.

—Coincido con su opinión, tras haber observado la carta con cierto detalle. De entrada, arrumbaremos al sur con aparejo largado sobre tientos y sin rumores de agenda. Después, los dioses de los cielos y de la mar alumbrarán los pasos en cada momento, según se corra la madeja. ¿Qué espera de nuestros hombres, y me refiero a maniobra pura? —ahora me dirigía al contra maestre.

—Dispongo de cinco marineros buenos tan solo, señor, en los que confío plenamente. Quiero decir cinco verdaderos hombres de mar. Como es de suponer, ocuparán los puestos vitales, dos de ellos con don Pedro Mendoza a proa —señalaba al guardián—, y tres conmigo. Escotas, contras y brazas aseguradas por ciento, al menos de tirón y escape. A partir de ahí, necesitaremos días de mar. Cuantos más, mejor. Hay muchos hombres de seco con buenas intenciones y ganas de aprender, buena condición para el futuro. Si en esta comisión hacia La Aguada y regreso nos sopla la mar a favor, podemos ganar muchos enteros. En su conjunto, nos será posible navegar unas quinientas o seiscientas millas con mucho ejercicio, aunque reviente alguna tripa tibia. Pero le sugeriría, si me lo permite, dar y recoger el aparejo con los dedos encogidos en los primeros momentos, y a verlas venir. Todo ello si no se siente comprometido por las fechas.

—Ningún compromiso en ese sentido. Concuero con sus palabras al ciento porque no pensaba otra cosa. En cuanto a la artillería, ¿seríamos capaces de abrir fuego con las dieciocho piezas? —me dirigía a Tosquilla, a quien había nombrado oficial de la batería.

—Disponemos de cabos de cañón con suficiente habilidad, al menos teórica, para unas doce piezas, señor. Bueno, muchos de ellos solamente han disparado cañones en tierra, una severa limitación. Pero han comprendido con rapidez las diferencias que se sufren a bordo, con buque en movimiento y balances, que complican tanto la puntería como el momento de fuego. Para las seis piezas restantes he habilitado a artilleros preferentes de mar, más verdes que una manzana de erial. Dedicaremos bastantes horas en la mar a los ejercicios pertinentes si así lo autoriza. Y aunque sé de la escasez de pólvora, será necesario efectuar un par de andanadas en fuego real.

—Las haremos sin dudar. En el caso de que entráramos en alguna ocasión con fuegos por las dos bandas contra el enemigo, el alférez de navío Armentía abandonará el alcázar y tomará a su cargo la batería de estribor. Como pueden imaginar, espero evitar tal situación, al menos hasta que decidamos que podemos encararla con alguna probabilidad de éxito.

—En ese caso, señor, quedaría solamente con un oficial de guerra a su servicio —pronunciaba Armentía con solemnidad.

—Soy consciente de ello. Es una verdadera lástima que no dispongamos de algún guardiamarina para el trabajo de códigos y señales, traspaso de órdenes y demás funciones menores. Y como hemos de tomar la marea como nos alcanza, he designado para dicha función al aventurero don Gonzalo Verdaguer. —Comprobé la sorpresa en sus rostros—. Pensarán con toda

razón que este hombre solamente ha visto la mar en los grabados, pero se encuentra dispuesto y con ganas de dar adelante. Espero que le haya puesto al día de tales menesteres, aunque sea a la ligera —me dirigía al alférez de fragata Tosquilla.

—Por supuesto, señor. Es un hombre muy despierto y con ganas de aprender. Lo comprendió en firme a la primera. Creo que podrá desempeñar su papel a gusto de todos, en cuanto haya cumplido algunas singladuras a bordo, teniendo en cuenta que, en principio, navegaremos con independencia y en soledad.

—Ha sido una suerte su inesperada incorporación. Por tal razón y aunque bordee el reglamento, a partir de ahora deberá sumarse cuando celebre consejo con los oficiales de guerra. Hágaselo saber, segundo.

—Así lo haré, señor.

—Bueno, elevemos el ánimo, que poco hemos de ganar bajando los ojos hacia el precipicio. No olviden que navegaremos en un magnífico buque, al que nadie será capaz de dar alcance, aunque alguna vela llame a la mala. Y si la suerte nos sonríe en cuanto a viento y mar, estos días pueden ser fundamentales para el adiestramiento del equipaje.

—También la mar en ampollas serán necesarias, señor —argumentó don Agustín—. No vayan a creer esa pandilla de labradores que la gran señora se mueve solamente con cabrillas en superficie.

—Estoy de acuerdo, nostramo, pero esa situación puede esperar algunos días, para el bien de nuestras almas. —Ofrecí una sonrisa de complicidad—. No me agradaría adoptar aparejo de capa^[26] en las primeras singladuras. Por cierto, como el día de hoy ha sido de extrema fatiga, que se les proporcione doble cantidad de ron a los hombres. Ya que de condumio ningún extra podemos realizar, al menos que se les alegren los pajarillos en felices sueños. Hay que ofrecer alguna prebenda cuando lo merecen.

—Menos mal que los piratas que marinaban el queche antes de su apresamiento almacenaban bastante cantidad de ron —medió Quijano entre sonrisas.

—En efecto. Y gusta a los hombres, aunque prefieran el vino avivado con aguardiente.

Esa noche tomé el jergón con sentimientos de ida y regreso. Por una parte, gozaba al pensar en salir a la mar con el queche y observarlo con todo el aparejo largado a los vientos y dotación propia. Sin embargo, también me temía algún desaguisado de los que muerden el trapo sin posible remedio.

Pero debía descansar y una frasca de aguardiente me produjo la somnolencia que deseaba para entrar en sueños dulces.

* * *

Desperté cuando la campana acababa de picar la hora sexta, aunque no me acuciara prisa alguna, porque no pensaba ordenar la leva de las anclas hasta bien entrada la mañana. Pero aquella primera salida a la mar con el queche Hiena, la primera en un buque bajo mi mando, me removía la piel en ligero y dulce trémolo. Mientras bebía una taza de café, la que suele alistar el cuerpo en danza, y Miguelillo se afanaba en el fogón con el desayuno, salí a cubierta. Comenzaba a clarear el crepúsculo, que se abría de regular cariz, con cielos tomados y escasa visibilidad, esa boria matinal costera, que acaba por despeñarse con las primeras luces. Por su parte, el viento se encontraba caído al ras y la mar se mecía en plata, sin una mínima cáscara en alza. No obstante, el frío se dejaba sentir, aunque no se hiciera necesario el uso del casacón.

Tras recibir la novedad del joven Tosquilla, de guardia en cubierta, me dediqué a pasear por la toldilla con la mirada y los pensamientos perdidos en el más allá, esos sueños que siempre atacan al hombre de mar antes de enfrentarse a la señora de las aguas. A aquellas horas todavía la cubierta aparecía casi desierta, con unos pocos marineros o grumetes en recorrida de inspección. Por tal razón, me extrañó observar la figura del aventurero, apoyado en la regala, ajeno a la vida de a bordo. Me dirigí a él, tomándolo por sorpresa.

—¿No puede dormir, caballero^[27]?

—Buenos días, señor comandante. Perdone que no haya escuchado sus pasos. —Parecía haber sido tomado en pecado—. La verdad es que no sé si está permitido a bordo mantenerse en cubierta...

—No tiene que disculparse. Cuando se encuentre libre de guardia, puede permanecer allí donde desee, siempre que no estorbe al personal de maniobra o el dedicado a otros trabajos.

—Le agradezco sus consejos, señor. La verdad es que me mantenía con los pensamientos perdidos en el infinito o más allá. La visión de la mar en calma propicia ese estado de somnolencia querenciosa.

—Es norma habitual antes de salir a la mar pensar en todo aquello que dejamos en tierra.

—Razón le sobra, señor. Son muchos los..., quiero decir... —Se encontraba nervioso y cohibido, pero pareció decidirse a hablar con claridad

—. Estoy seguro de que le será difícil comprender la causa de mi embarco, sin aviso previo. Un hombre de tierra adentro que desea combatir en la mar a los enemigos de nuestra patria. Y mucho le agradezco que me haya aceptado a bordo.

—En esta vida que atravesamos, cada uno posee sus propias razones. Y a nadie más interesan, a no ser que necesite ayuda o consejo. Tengo entendido que no se ha alistado como aventurero para desfacer conductas impropias o poco decorosas en el servicio de las armas, o particulares de nobleza, condición habitual. Eso al menos me comentó el segundo comandante y lo creo. Tampoco parece que desee progresar en los cuadros profesionales de la Armada, aunque pueda acuciarle dicha pretensión en el futuro. Por tal razón, le rodea a bordo una aureola de enigmático misterio. Y ya sabe lo que las voces en corrillo pueden amparar, aunque sea en caminos de suposición y falsedad.

—Tal situación también se sufre en tierra como norma habitual, señor. Y a veces con peores intenciones.

—Desde luego. Pero no tema, que por mi parte jamás doy crédito a tales velos. Asumo su patriotismo, aunque no sea condición normal para quien jamás ha embarcado empeñarse en acciones navales. También es necesaria la presencia de voluntarios en las fuerzas que luchan por tierra. Pero no tome mis palabras como rechazo, más bien al contrario. Creo que podrá hacer un papel a bordo del queche que mucho puede beneficiarnos. Ejercerá el trabajo que se asigna normalmente a los guardiamarinas, sin las limitaciones que por su juventud y necesidad de formación marinera se les imponen. Lo quiero a mi lado en el alcázar para las funciones que ya le habrá explicado al punto el oficial Tosquilla.

—Ya me puso al día y con detalle el alférez de fragata. Le agradezco su confianza, señor. Puede estar seguro de que no le fallaré.

—Confío en vos, caballero. Espero que no le afecte mucho el mal de la mar, ese mareo que acaba con las voluntades más bragadas.

—Soy fuerte y espero que Dios me alargue una mano en auxilio, señor. Creo que, después de todo, bien la merezco. En cuanto a mi decisión de embarcar como aventurero a bordo del buque bajo su mando, sería una historia larga de narrar. Mi...

—No entienda que deseo sonsacarle datos personales, ni me conduce un especial interés en conocer esas razones, que son suyas y de nadie más.

—Lo entiendo y se lo agradezco, señor. Pero me gustaría, si a bien lo tiene y dispone de suficiente tiempo, resumirle las razones que me llevaron a

presentarme al capitán de fragata Parejo para alistarme como caballero aventurero en el queche Hiena. Y también agradezco al mayor general del apostadero, que me lo concediera con extrema rapidez, extendiéndome la oportuna orden de embarco.

—También yo me alegro.

—Prefiero que sepa la verdad por mi boca y no a través de comentarios, que acaban por deformar la figura en redondo. Y le ofrezco mi palabra en honor que jamás le mentiré, señor.

—Se lo agradezco.

—Soy el hijo mayor de los tres habidos por don Melquíades Verdaguer, huérfanos de madre desde que alumbrara al último de mis hermanos. Mi padre poseía una fabulosa y muy renombrada hacienda en lo que por aquí denominan como Pampa Húmeda, a unas sesenta leguas de Buenos Aires. Por mi parte vivía en plena felicidad y placidez, tanto así que parecía tocado por el dedo celestial. Como poseedor del mayorazgo, debía estudiar Leyes en España, norma habitual en la familia. El siguiente de los hijos, cojo de nacimiento y con otras limitaciones físicas, se mantenía pegado a mi padre. El tercero ingresó como cadete en el Cuerpo de Dragones. No obstante, la felicidad que reinaba en mi pecho se debía, en un altísimo porcentaje, al noviazgo que mantenía desde los quince años con la mujer más maravillosa que depositó la creación sobre la tierra. Me encontraba loco por ella y solamente en su rostro pensaba noche y día. Soñaba, embelesado, en el momento de contraer matrimonio, planeado para cuando regresara al Plata desde la Península. Pero todo se torció a horca de maza de la noche al día — ahora bajaba el tono de su voz, al tiempo que aparecía un deje de tristeza—. Se torció el mundo y mi vida.

—Supongo que entrarían en negra función la revolución y la guerra.

—Esa fue una de las razones, señor, pero solamente una de ellas y no la más importante. Mi padre, criollo nieto de aragoneses, se sentía profundamente español y se opuso desde el primer momento a esa locura independentista. Como resumen puedo declararle que tanto mi padre como el hermano tullido murieron en defensa de su tierra, al formar una pequeña sección armada de vecinos, que acabaron por dejarlos solos. Ante tales noticias, regresé de España en el primer buque disponible. Ni siquiera pude dar un último adiós a los seres queridos, un inmenso dolor difícil de explicar con palabras.

—Una circunstancia lamentable, que también yo he vivido y puedo comprender.

—Me refugié en el amor por Alicia, al tiempo que intentaba alistarme en el Cuerpo de Voluntarios. No se trataba de buscar venganza, señor, puede estar seguro. Porque me siento tan español como el que más. Pero todo sucedió con extrema rapidez, tanta que todavía me cuesta creerlo. Una vez perdida la hacienda y requisados todos los bienes por los rebeldes, Alicia decidió romper su relación conmigo de forma inmediata y tajante. Me lo comunicó cara a cara y sin emoción alguna, como si se tratara de un compromiso comercial que decide romper una de las partes. Comprendí con harto dolor que lo único que verdaderamente le interesara de mi persona eran las tierras y la posición social que debía haber heredado. Intenté rebelarme y creer que todo podría regresar a su cauce, que se trataba de una ofuscación momentánea. Pero al tiempo que me comunicaban la muerte en combate de mi hermano menor, un nuevo dolor a la espalda, también me alcanzaba la noticia de que Alicia contraía matrimonio con un capitán de Dragones, compañero de mi hermano fallecido. Un hombre con extraordinaria fortuna y bien almacenada en Europa, sin peligro de que le fuera arrebatada por los sediciosos.

Mientras escuchaba las últimas palabras, mi cerebro trabajaba a ritmo. Podía ser una coincidencia, pero eran demasiadas las notas de la sinfonía acopladas en la misma línea. Sin embargo, debía continuar la conversación sin aparejar rastros en mi cara.

—Una deplorable actitud que, para desgracia de muchos, suele repetirse.

—Una forma muy generosa de declararlo, señor. Me sentí como un cuerpo errante al que le falta la vida. Deambulé como enajenado durante un par de semanas. Algunos compañeros me buscaron, hasta dar conmigo, borracho y sucio como mendigo. Con permiso del jefe de mi cuerpo, me dirigí a Brasil, donde reside la única hermana de mi padre. Allí pasé un año largo e interminable, que siempre recordaré con terror. A pesar de los consejos de tíos y primos, apenas pisaba la calle. El rostro de Alicia se aparecía en cada momento del día y de la noche. Aunque parezca una monstruosidad, tan solo deseaba acabar con su vida y con quien ejercía como su marido.

—Espero que consiguiera superarlo.

—Por gracia de los cielos, todo en esta vida presenta su propio rubicón, señor. Un día desperté cambiado en redondo, como si una bruja me hubiera suministrado durante la noche el bálsamo que podía ahuyentar todos los miasmas cerebrales enhebrados. El rostro de la mujer amada se había evaporado como por encanto y, aunque le cueste creerlo, tan solo sentía por ella una triste compasión. Porque estoy convencido de que Alicia será

siempre una mujer desgraciada, en esa insensata búsqueda de la riqueza que se ha impuesto como única meta en su vida.

—Me alegro de que traspasara el umbral. Espero que no retornen los tormentos al quicio de la puerta. Porque aquí en Montevideo podrá encontrarla de nuevo. Y esos sentimientos perdidos en la distancia pueden regresar con mayor fuerza y dolor.

—Salvé esa prueba, señor. Mi curación era absoluta. Regresé del Brasil hace un par de semanas, dispuesto a luchar por España. Y en el primer día que deambulaba por las calles de la plaza, crucé camino con ella y su esposo. La sorpresa fue grande, pero me acerqué a ellos para saludarlos en cortesía y desearles la mayor de las suertes. Me sentí feliz al despedirme y comprender que no regresaría el sufrimiento. Fue entonces cuando un buen amigo, hijo de un capitán de navío retirado, me narró que su padre había servido como voluntario en los jabeques del rey. La goleta en la que servía había sido apresada por los ingleses, sin que el mando presentara el valor necesario. El comandante fue separado del servicio y él, como segundo comandante, condenado a servir como aventurero durante dos años en esos buques que, según comentan, aparejaban peligro de sangre día a día.

—Así es. Los jabeques presentaban la mejor de las escuelas y buena ocasión para redimir conductas medianas. No eran desarmados y se manejaban en comisión de guerra día a día.

—Aunque pensaba regresar al Cuerpo de Voluntarios, entendí que se trataba de agua pasada. Siempre sería el teniente que había abandonado a sus compañeros. De esta forma y sin pensarlo dos veces, acudí a la mayoría general del apostadero.

El capitán de fragata don Tomás Parejo, una excelente persona, lo comprendió todo en pocas palabras. Bien es cierto que conocía mi historia con detalle porque el capitán desposado con Alicia, Jorge Destels, es primo carnal de su mujer. De esta forma, aquí me tiene, señor comandante. Me encuentro listo para servir a bordo bajo su mando y entregar hasta la última gota de mi sangre por la causa, si así se me reclama.

Comprobé una vez más la pequeñez del mundo. Porque la mujer amada por el caballero aventurero era la llamativa y real hembra que había conocido en el almuerzo disfrutado en la posada de Parejo. Y entrado en sinceros, me creí obligado a exponerlo.

—Parecen difíciles de creer los caminos que la vida nos ofrece, caballero. Precisamente, conocí al capitán Francisco Destels y a su esposa Alicia el pasado sábado. Fui invitado a un almuerzo en casa del capitán de fragata

Parejo, al que asistieron ambos. Y concuerdo plenamente en su análisis sobre la señora de Destels. Una mujer de una belleza incomparable.

—Y con un tono de voz capaz de atraer al mismísimo Satanás y convencerle de que entre en pila bautismal. —Ofreció una desmayada sonrisa—. Sin embargo y entrado en sinceros, no creo que pueda hacer feliz a ningún hombre, al menos con la necesaria continuidad. Bueno, señor, siento que escuche estas palabras, una vez que es amigo personal...

—No tiene que disculparse, caballero. El capitán Destels es simplemente un conocido con el que enhebré escasa conversación. Pero, de forma reservada, creo que puede encontrarse en posesión de la verdad al enjuiciar a tan maravillosa hembra. Una mujer capaz de hacer perder el sentido a cualquier hombre. Y como dice, aparte de su extraordinaria belleza, posee un tono de voz que le concede la posibilidad de seducir a todos los dioses de la mar en coro cerrado.

Se hizo el silencio. Comprendí que había acertado una vez más al catalogar en positivo al aventurero desde el primer momento. Estaba convencido de que se trataba de un caballero en el más amplio sentido de la palabra, noble de sentimientos y con acendrado patriotismo. Y me sentía feliz al comprobar que se encontraría a mi lado en servicio porque no dudaba una mota de su fidelidad. Pero ya picaba la campana a relevo de guardia y era momento de calzar el rebenque y abrir surcos.

—Bien, caballero, regresemos a la faena, que no es poca. A mediodía saldremos a la mar.

—Le agradezco su personal deferencia, señor comandante. Creo que me ha hecho mucho bien narrarle mi situación personal.

—Puede estar seguro de que mantendré a puerta cerrada y en lacre todo lo que me acaba de exponer. No me gustan los corrillos y chismes mujeriles. Y debe saber que me tiene a su disposición para lo que se le ofrezca. Espero que, una vez superada esta guerra, encuentre la mujer y la vida que merece.

—Le agradezco sus palabras, señor.

Regresamos a la faena sin perder un solo segundo. Accedí a las protestas de Miguelillo, que deambulaba a mi alrededor mientras charlaba con don Gonzalo Verdaguer. Sabía que deseaba comunicarme que el desayuno se enfriaba sobre la mesa de mi cámara, y acabé por seguir sus consejos. Me apliqué a la faena, hambriento como un toro encelado. Necesitaba almacenar fuerzas, que el futuro se presentaba de ronza y era consciente de que dormiría muy pocas horas en las siguientes jornadas. Debíamos sacar el queche del fondeadero y aproar hacia la mar infinita. Y aunque eran muchas las manos

blandas a disposición, en aquellos momentos me convencí de que daríamos la nota por alto.

* * *

Dedicamos la mañana en el fondeadero para llevar a cabo los últimos retoques en el plan de combate, así como a realizar ejercicios prácticos de maniobra. De forma especial, nuestros hombres debieron ocupar los puestos de maniobra y combate asignados en innumerables ocasiones, hasta que fueran capaces de memorizar sin dudarlo y a ciegas el último cabo del que se debería cobrar o lascar llegado el momento.

Por fin, una vez traspuesta la meridiana, con la marea por alto y servido el almuerzo para la dotación por los rancheros, ordené que las dos guardias ocuparan sus puestos de maniobra^[28]. Me encontraba situado a popa del alcázar, la poza del honor, como era denominado de forma grandilocuente por algunos vates marineros. Sin embargo, no era el caso exacto en el queche Hiena, porque podía considerarse al alcázar casi como continuación de la toldilla, elevada su cubierta solamente unos siete pies sobre la timonera. Plantado de forma orgullosa e impasible con mi uniforme pequeño de faena, quedaba el contramaestre simado a mi derecha y el aventurero a la izquierda, nombrado como oficial de órdenes y señales.

Para beneficio del queche y tranquilidad de mi alma, el viento se había alzado a fresquito^[29] de fuerza y entablado del sudoeste, como aseguraran los expertos de la zona en repetición. La mar se mostraba de uñas blancas, con pequeñas cabrillas de alas cortas, lo que producía una agradable visión. Tan solo una llovizna fría e intermitente marcaba el cuadro al negro. Como me encontraba fondeado entre la punta de la Caleta y la punta del Cerro, aunque por fuera de la ensenada en prevención, nos sería posible aproar al sudeste hasta quedar en franquía, si los brazos se movían con una mínima profesionalidad. Y como las condiciones eran muy bonancibles, una hora antes habíamos levado el ancla de babor al paño, quedando solamente enganchados al tenedero con la del ayuste por la banda de estribor.

Aunque la sensación de placer se mantenía prendida en los forros, no crean que fue un dulce momento cuando me disponía a mandar levar el ancla definitiva y, sin pérdida de tiempo, izar el mínimo aparejo. Porque el viento nos derivaría inicialmente hacia tierra si no éramos capaces de dar avance con la suficiente prontitud. Por tal razón había fondeado a suficiente distancia, al sudeste de la punta del Cerro, y, de esta forma, poder corregir cualquier fallo

inicial sin entrar en veredas negras. Pero ninguno de estos pensamientos se mostraba hacia el exterior, porque mi cara ofrecía rastros de absoluta seguridad que, sin embargo, no se amadrinaban al ciento. Con voz segura, me dirigí al contraamaestre.

—¿Preparados, don Agustín?

—Cuando lo ordene, señor comandante.

—¡Leva!

Don Agustín hizo sonar su silbato con fuerza, un tono más que repetido en los ejercicios doctrinales. Fue respondido por el guardián, que al tiempo ordenaba levar el ancla con los viradores y el esfuerzo de nuestros hombres, enganchados a las barras del cabrestante como burros en la noria, sin murmullos a la contra. Tan solo de tanto en tanto oía desde proa la voz dura del guardián, largando la habitual y repetida orden de «enmendar los mójeles»^[30]. Y aunque debe ser la única voz a coro, pronto comenzó a sonar la sinfonía de grillos, que el contraamaestre intentaba sofocar con el silbato y el guardián con sus brazos en molinete, por lo que resultó algún ojo amoratado en conveniencia.

El tiempo parecía haberse detenido y comenzaba a sentir comezón de espuma en la sangre ante el deterioro y lentitud de la maniobra a la vista. Demasiados rumores y hasta imprecaciones se corrían de banda a banda, justamente lo contrario de lo correcto. Porque ya se sabe que a bordo, durante las maniobras, mucho pito y poca voz, velas al viento y honor. Comprobé que la proa comenzaba a desplazarse hacia sotavento, en el momento en que, por fin, se oyó con claridad el grito de «arriba y clara»^[31], dictado a pulmón por el segundo comandante. El soplo nos entraba de frente y sin rebufos de tontoneo, por lo que mandé izar mayor, foque y fofoque, suficiente trapo que nos concediera la arrancada inicial que necesitábamos. Como simple precaución, que nunca sobra en la mar, habíamos dado la lancha al agua, por si fuera necesario su concurso y enmendar la proa en algún momento de apuro.

Puedo jurar por todos mis antepasados que fueron segundos de gloria y el aldabonazo definitivo para cuadrar al contraamaestre en el podio de honor, una de las dudas que más torrenteras formaba en mis tripas. Aunque todavía mantenía ligeras dudas sobre la elevada profesionalidad de don Agustín, el gallego rondón de escasas palabras, con sinfonía de pito, grito aislado y algún brazo en función de rebenque, consiguió que mis órdenes se cumplieran sin fallo largo a la vista, aunque corrieran demasiados rumores por la cubierta.

De esta forma se produjo el milagro, que así lo contemplé siempre en la mar, cuando conseguimos que un buque se mueva sobre las aguas a favor o en contra del viento, y gracias a nuestra experiencia. El queche comenzó a avanzar a la vista, con la cangreja mayor bien nutrida, los foques al tinte y algún gualdrapeo indeseado. Conforme nos separábamos de la costa, el soplo aumentaba de fuerza a fresco bajo, situación también prevista en nuestros pensamientos. Navegábamos casi a un largo de momento, hasta que alcanzamos la posición norte-sur con la punta Brava, momento en el que ordené orzar^[32] para entrar en bolina^[33] suave, proa al banco de la Medusa. No mostraba peligro alguno porque, a pesar de su nombre, se encontraba marcado con tres brazas^[34] de profundidad en la bajamar.

Aunque se mantenían algunas voces destempladas, el Hiena navegaba ya con mayores y foques a buen andar, deslizando espuma sin escora de marca. No obstante, comprobaba demasiado esfuerzo en muchos hombres para llevar a cabo acciones que suelen ser de rutina y paso dulce. Don Agustín se multiplicaba, una vez recibido permiso para moverse de banda a banda y zarandear a tirios y tróvanos, que pocas espaldas quedaban sin recibir alguna de sus caricias.

En la mencionada situación navegamos unas treinta millas hacia el sur hasta que, una vez tanto avante con el banco Narciso, caímos con proa clara a babor. De esta forma, quedamos arrumbados al levante puro, con lo que conseguía dejar a estribor y con claridad el banco del Astrolabio. Entrábamos en zona libre de fondos para maniobrar al gusto y con entera libertad. Porque deseaba llevar a cabo más ejercicios de maniobra, aspecto que más me preocupaba en aquellos momentos.

Ahora el queche navegaba a un largo como señora cortesana en juegos de alcoba, momento en el que ordené largar todo el aparejo a los cielos. Y como era de esperar, la maniobra se llevó a cabo con extrema lentitud. Marcaba sonora dificultad al desplegar los estáis altos y la escandalosa del mesana. Especialmente con esta última vela debió moverse el gaviero Broquetas como mono por árbol con extrema agilidad para desenredar el turbio forzado por un par de inexpertos grumetes.

Navegamos con proa al gusto y plena libertad. Todo el trapo bebía los vientos, esa sensación que abre ronchas de enorme felicidad. Una de las dudas quedaba allanada, porque el queche se movía como una falúa de orden, aunque alguna vela llamara a desmadre con demasiada frecuencia. Fue el momento en el que observamos una fragata por nuestra amura de babor, mantenida al paio y con movimiento de botes. La estimé de un porte superior

a los 40 cañones, situada al sudoeste de la punta del Este y unas treinta millas de distancia. Fue cantada por el vigiador con algún retraso. Y no necesité elevar pregunta, porque ya el segundo me informaba al punto.

—Ahí se encuentra nuestra querida amiga, señor. Se trata de la fragata de Su Majestad británica Nereus. Con un porte de 44 cañones.

—Ya lo imaginaba. —Dirigía mi anteojo en su dirección, repasándola con detalle—. De modo que esa es la hija de la gran puta, que permite a los contrabandistas de armas entrar en Buenos Aires. Quiera el dios Neptuno que una ballena negra le entre a la lumbre del agua y la envíe a las profundidades.

—Más de uno ha elevado un rezo parecido o de peores condiciones, señor —comentó Armentía—. Pero no responden los cielos en orden.

—¿Quiere darle una pasada en caliente, señor? No le gusta mucho a su encorsetado comandante —preguntaba Quijano—. Don Jacinto de Romarate le entra de proa, para virar a escasas varas de su combés.

—Ya me gustaría, pero no es el momento oportuno. No deseo que compruebe nuestra escasa pericia en maniobra. Ya lo haremos, una vez las manos se hayan encallecido, y rascaremos sus penoles. Cuando alcanzamos el Plata con la Proserpina y el queche Hiena en presa, nuestra fragata le raspó los bigotes sin saludar al comandante con el debido ceremonial. Que se pudra en el infierno ese bujarrón de mierda, con un bauprés bien entrado en su trasero. Mantengamos de momento esta proa y que se continúen los ejercicios.

—Muy bien, señor.

Con poca alegría en nuestros hombres, lo que se reflejaba con claridad en sus rostros, retomamos los ejercicios de mar, ahora en directo y entrando de verdad. Las condiciones meteorológicas se mantenían en dulce y tan solo la mar comenzaba a llamar en marea larga, aunque de poca alzada y sin calzar huellas. No me podía quejar una mota porque se trataba de la situación ideal para que los de tierra adentro comenzaran a sudar sal desde la frente hasta los tobillos, y crecieran los callos en su correcta posición.

Me moví hacia popa hasta alcanzar el coronamiento del Hiena. En esa posición pude observar el buque en su completa eslora, con todo el aparejo largado a los cielos. Y puedo jurar que la felicidad se multiplicó en alas al comprobar la belleza de sus líneas y la forma de tomar las pequeñas olas de marea. No sabíamos dónde o por quién había sido construida tan magnífica embarcación, pero no me cabía duda de que debían ser manos mágicas las capaces de producir tan maravilloso animal.

7. Proa libre

Las anécdotas sufridas durante las dos primeras singladuras corridas a bordo del queche Hiena con entera libertad por el estuario del Plata podrían conformar un amplio volumen de anecdotario marítimo, con todo tipo de extraños, chocantes y hasta peregrinos acontecimientos. Se trataba de sucedidos u ocurrencias poco o nada frecuentes en buques de la Real Armada, así como en cualquier otra embarcación que surcara las aguas del globo con la necesaria profesionalidad. Y di crédito a algunas de ellas porque las comprobé con mi propios ojos, que, en caso contrario, las habría tomado como una más de las clásicas chanzas de mar batidas en tabla de rancheros o narraciones de nostramos. Todo ello sin olvidar que las jornadas serían recordadas por la mayot parte de nuestros hombres durante largos años. Porque les exigimos hasta el último suspiro del alma y un poco más en aquel acelerado periodo de ambientación marítima y adiestramiento de mar y guerra al que los sometimos sin piedad. Nadie debía olvidar que nos encontrábamos en periodo de guerra y que, en cualquier momento, podía aparecer alguna unidad enemiga con la que entrar en fuegos sin remisión, con sangre aparejada en cubierta.

No obstante y con gran felicidad puedo adelantar que en poco se asemejaba la situación encarada por aquellos días con otras anteriores sufridas en buques de la Real Armada. Y digo esto porque, en gran parte, no se trataba de adaptar a personal pendenciero o rufianesco tomados en leva de orden con soldados de Marina por tabernas o lupanares de charcos, así como carne de presidio que en tantas ocasiones poco deseadas habían nutrido nuestras dotaciones por escasez en la matrícula de mar, aquel milagro casi desaparecido. A bordo del queche disponíamos de bastantes hombres honrados, gente de bien cuyo único pecado consistía en desconocer casi por completo la vida en la mar y el oficio que se les exigía noche y día. A tales desconocimientos y nuevos hábitos, había que sumar el sufrimiento conocido

como mal de la mar, ese mareo mental que en elevada proporción ataca a quienes poco o nada se han movido sobre las aguas. Y como condición negativa para el servicio, acaba por dejarlos en un estado de postración del que ni el más duro de los rebenques podía hacerlos salir.

Por el contrario y como bendición, la parte positiva se abría al comprobar que, conforme se sentían capaces de acometer las labores exigidas con mayor o menor fortuna, exponían rostros de asombro y felicidad. Y no solo por esa satisfacción que produce en los hombres de honor el deber cumplido, sino por llegar a creerse auténticos lobos de mar por haber sido capaces de cazar una simple escota, cobrar de un aparejo real, comprender los pitidos del contramaestre en maniobra de orden o separar los vertellos de la cangreja con la pica sin disturbios mayores. Por fortuna para todos, la mar se mantenía en una bendita marejada suelta y limpia, mientras el viento fresco del sudoeste no variaba una mínima cuarta en su benéfica dirección.

En cuanto a la parte negativa de aquella extraña situación, que siempre aparece, las protestas tomaban cuerpo en aumento, especialmente por los que, en teoría, debían ser o se consideraban como verdaderos hombres de mar. Se trataba de aquellos llegados a bordo de la fragata Proserpina desde Cádiz, carne de cañón en elevada proporción, o tomados al quite entre el personal del apostadero perteneciente a los cuadros de la Real Armada. Y no les amparaba la razón salvo en contadas excepciones, porque de forma general componían un conjunto de personal falto de experiencia y, en algunos casos, de una mínima moral patria. Se cortaban de cuajo tales reproches cuando se elevaban a la vista, sin permitir que el ambiente bajara en tonos excesivos. Y como la desertión entre aquel cuadro se estimaba como bastante posible, un mal endémico sufrido durante siglos en nuestros buques, debían andar los soldados en guardia por cubierta con cuatro ojos y armas prestas en la mano, cuando la condición podía estimarse como propicia a sus intentos.

Por desgracia, no disponíamos de víveres suficientes para animar los cuerpos estragados por el esfuerzo con ranchos extraordinarios, al tiempo que el ron, aunque se aguara en cantidad, era un bien que disminuía a límites de preocupación. Porque el vino, batido en vinagre sin sales ni especias, quedaba para ser entregado en lágrimas de consuelo. Se trataba, sin duda, de una de mis principales preocupaciones, aunque sea difícil de creer. Y más todavía pensando en posibles combates de ronza, cuando al toque de zafarrancho el cacillo de aguardiente se reparte entre el personal en avance, para aplacar los nervios y elevar la temperatura de la sangre.

Por las razones expuestas y la necesidad de acometer la comisión ordenada por el mando cuanto antes, con la atractiva perspectiva de que se embarcaran carnes, caldos generosos y otras regabas de boca en la ocasión, en la tarde del octavo día del mes de marzo decidí emprender navegación con derrota^[35] marcada por derecho. Y como nos encontrábamos al sur-sudeste de la punta del Este y unas cuarenta millas de distancia, embocando las primeras guindas del bajo del Cabezón, ordené arrumbar a tiro fijo hacia el cabo de Santa María, del que nos separaban unas sesenta millas, con proa al nordeste cuarta al norte. De esta forma, pensaba recalar y reconocer el cabo que se abre en lanza hacia el sudeste, en las primeras horas del día siguiente.

Como decía el nostramo y podemos certificar como ley cierta de mar, con gente de seco a bordo puede acaecer cualquier desastre apocalíptico en las maderas propias. Durante los ejercicios doctrinales que se llevaban a cabo por brigadas, se había remachado a martinete una y mil veces la necesidad de seguir las normas de seguridad en todo momento. Debían comprender que el hecho de infringirlas, aunque fuera en grado mínimo, podía dar con el buque en llamas, el peor de los castigos a bordo, entrar a los fondos por vías de agua, pérdidas notables en el aparejo, accidentes mortales en las maniobras y una alargada lista de penalidades. De todas formas, era el peligro del incendio lo que más solía preocupar a los mandos de cualquier buque, en todo momento y ocasión. Por tal razón, obligaba que se repitiera a menudo, tanto a novatos como a veteranos, las palabras del teniente general don Antonio de Escaño, cuando se refería a tal eventualidad a bordo en sus Reflexiones: «Entre los peligros que cercan constantemente al marino, con muchos de los cuales llega a familiarizarse en el ejercicio de su penosa profesión, ninguno es tan temible como el fuego. El combate no le infunde temor; excitado con sus preparativos y confiando en las propiedades de su buque, a quien afecciona; en la serenidad de su comandante y en el valor que reconoce de sus compañeros, rompe el fuego alegremente, convirtiendo en materia de chanza los más serios incidentes. Los temporales no le afectan tampoco; oye la voz que manda tomar rizos, y aunque el viento brama en las jarcias, azota el rostro la lluvia y la oscuridad no permite distinguir los palos, voluntariamente trepa a la verga, sin cuidarse de que otro en la guardia está destinado al puesto de más peligro que va a ocupar en el peñol. Tal es el marinero español; pero si la voz de ¡fuego! interrumpe su corto sueño, no se extrañe verle subir aturdido y en confusión sobre cubierta. Harto conoce el horrible significado de esa palabra en la mar, donde no puede esperarse humano auxilio».

Eran varias las prohibiciones que se establecían a bordo en tal sentido, sin concesión alguna y bajo graves amenazas. Una de las principales se refería al hábito, extendido cada día más entre nuestros hombres, de tomar la planta americana del tabaco. Ya sabrán que tal producto se podía obtener en onza para masticar, costumbre extendida en los campos, pero también en cigarros liados que se consumían al chupete o con humo, un peligro este último que se debía tener en cuenta noche y día. Y no me refiero a los motivos que su injerencia pudiera ejercer sobre la salud de cada uno. Porque mientras algunos galenos lo calificaban en sus tratados como excelente tonificador de nervios y útil en perlesías severas, otros destacaban sus perniciosos efectos para los enfermos del pecho. Pero lo que al mando preocupaba por encima de tales disquisiciones era la posibilidad de provocar fuegos con sus brasas. Por tal razón, se prohibía bajo severa pena de dar cañón^[36], tomarlo antes de la salida del sol y después de la puesta. A bordo de los buques de la Armada solamente se permitía en alguna zona de la cubierta del castillo, determinada por el mando. Y en mi caso personal a bordo del Hiena, decidí aceptarlo en las proximidades del palo de proa, junto a un tonelete lleno de agua y embridado al árbol. No obstante, era conocida la habilidad de algunos marineros para encenderlos a escondidas cubiertas abajo, circunstancia que podía desencadenar un terrible siniestro.

También era importante el control de las luces durante las navegaciones o fondeos nocturnos, otro de los focos capaces de provocar incendios fortuitos. Salvo restricciones de guerra, a bordo solamente quedaban iluminadas de forma permanente la cámara del comandante, la entrada a la santabárbara y la proa con su tarro de luz que indicara la situación de fondeo. Se trataba de un factor de la máxima importancia apagar los fogones de las cocinas con agua y su comprobación una vez repartido el rancho de la tarde. También se prohibía transportar aparatos de fuego por el buque sin autorización expresa. Pero de forma especial se ejercía vigilancia nocturna sobre los tarros de luz, todavía más en nuestro caso, una vez avisados de que los rebeldes bonaerenses deseaban tomar el queche a cualquier precio y por sorpresa.

Ahondando en las obligaciones principales, durante los ejercicios doctrinales y en los momentos de descanso, se leían determinados artículos de las ordenanzas, en especial aquellos que gravitaban sobre la seguridad del buque. Y para los no habituados, consideraba de capital importancia insistir en la importancia de mantenerse atento y en tensión permanente durante las guardias, aunque estimaran que se tratara de una pérdida de tiempo. También en este caso torcían el gesto al escuchar que en las Advertencias para caso de

combate se especificaba, que a quien abandonara su puesto de guardia se le aplicaría la pena de muerte al instante. Y a tal efecto, llevándolo al puesto, un soldado de la ronda u otra facción con orden del oficial de guerra, y en su presencia, le cortaría la cabeza. Con estas instrucciones intentábamos que todos, los de secano, los de mar y los malparidos, comprendieran que la disciplina a bordo no se relajaría una mota y que en ello se jugaban el propio pellejo.

Me he extendido sobre el peligro que podían producir los poco habituados a la mar, especialmente el que supone el fuego a bordo, porque en aquella noche en la que navegábamos como galán de corte, con proa al nordeste cuarta al norte en dirección al cabo de Santa María, saltó la primera de las liebres negras. Por fortuna, uno de los soldados de Marina de guardia en ronda por cubierta, posiblemente enviado por la Patrona en nuestro auxilio, comprobó efectos de luz en la cocina. Con rapidez pasó a comprobar que uno de los fogones se encontraba en llamas y cuajaba el fuego en unos tarros de sebo de carnero cercanos. La voz de ¡fuego! nos hizo clavar picas por llano y ordenar la línea de baldeo para intentar el sofoco. Pero a no ser por la valiente actuación del soldado, un catalán llamado Antón Busquets, que se lanzó a por los tarros de sebo para apartarlos hacia fuera y arrojarlos al agua, podríamos haber sufrido un grave e irreparable revés. No obstante, tan valerosa acción hizo que saltara uno de los frascos en llamas contra su pecho, inflamando telas y carnes.

Se consiguió apagar las llamas y rescoldos con rapidez. Tan solo el soldado sufrió graves quemaduras en pecho y brazos, por lo que debió pasar a la enfermería en volandas, una vez empapadas sus ropas calcinadas. Y como no era cosa de tomar el accidente a gaitas, emprendí el único camino que podía seguir.

—Segundo, quiero saber quién era el responsable del apagado de los fogones a la hora de retreta.

—Asegura el cocinero de equipaje que, en esta tarde, correspondía la faena al rancho Ledesma, que debía mantener la guardia en tal sentido. Se trata de un joven voluntario de Montevideo, señor.

—Hasta los hombres buenos pueden conseguir que se pierda un buque de Su Majestad. Y no podemos consentirlo. Que se le dé cañón en la próxima ceremonia sabatina^[37]. Veinte rebencazos de orden. Anularemos la vergüenza aparejada por su condición de voluntariado. Y ordene al guardián que los aplique con mojel de medio grosor, para que no marque en exceso sus costillares.

—Quedo enterado, señor comandante.

—Si me permite intervenir, señor, no es mal chico ese Ledesma —intercedía don Agustín—. Es posible que no vertiera suficiente agua sobre las brasas. Utilizamos madera muy seca y hay que saber...

—¡Por todos los cristos, nostramo, que no tiene perdón su pecado! Y ya sabe que soy magnánimo en la pena, por ser la primera vez. Si no llega a encontrarse cerca el soldado de ronda y se juega los higadillos con extremo riesgo, las llamas podían haber lamido los palos cielo arriba en escasos minutos. Todos sabemos que los incendios se propagan con extrema rapidez. Hasta el último putón de a bordo debe comprender la necesidad de cumplir a rajatabla las medidas de seguridad y no podemos admitir una mota en su relajación.

Todos a mi alrededor se mantuvieron en un respetuoso silencio, mientras las cabezas asentían. Aunque no era de los que se entregaban por completo al cumplimiento de los castigos estipulados en el Tratado V de las Ordenanzas de la Real Armada, con las últimas variaciones establecidas pocos años atrás, en ocasiones no había más remedio que aplicar la mano con cierta contundencia. Ya habíamos sufrido a bordo de la fragata Proserpina meses atrás un intento de amotinamiento que, tras el pertinente consejo de guerra a bordo, se remató con un grumete colgado en la horca desde la verga de la mayor y sus compadres penados a diez años de presidio. No era el caso del Hiena, desde luego, pero la marea debe cortarse cuando comienza a entrar, que luego llega a cubrir la cabeza y nos ahoga sin remisión.

Tras el susto que produjo el incendio, con toque de generala incluido y ruidoso alboroto de proa a popa, la vida regresó a la aparente normalidad. Pero era en aquellas situaciones cuando se comprobaba la escasa profesionalidad de nuestros hombres. Porque incluso los empeñados de guardia en maniobra se habían desentendido de sus faenas propias, por lo que acabó el queche sin gobierno y en torno de peonza, una inadmisibile vergüenza. También largamos la mano con diferentes penas para aquellos descuidados, aunque quedaran reducidas al habitual racionamiento de galleta y agua. Sabía que sufriría una alargada noche con los nervios en alerta, consciente de que en cualquier momento podía saltar una nueva liebre y con menor fortuna que en el caso anterior. Por tal razón, creo que en las tres primeras singladuras a bordo apenas dormí unas pocas horas y con los oídos abiertos en corredera.

Preocupado por la salud del valiente soldado herido, una vez con el barco a rumbo y la tranquilidad recobrada en las cubiertas, descendí hacia la

enfermería. Aunque de menores dimensiones a la de la fragata Proserpina, su simple visión me hizo recordar momentos tenebrosos. Observé la mesa de operaciones y la reducida estancia, todo embadurnado en color rojo para que no se reconociera la sangre, que soba correr en importante reguero cuando el cirujano actuaba en combate, mientras el aire se hace casi imposible de respirar. Bajo la mesa aparecía un cesto de mimbre con generosas proporciones, también repintado en el mismo color bermejo, un recipiente que en combate acaba por llenarse de vísceras y extremidades, hasta ser abocado a la mar cuando ya no disponía de capacidad para albergar ni una sencilla oreja.

Allí se encontraba el joven estudiante de Medicina, Plácido Muñiz, en funciones de cirujano o sangrador, que daba lo mismo para el caso. Y trabajaba el improvisado galeno con experta mano, tranquilidad y sangre fría, lo que me ofrecía cierta seguridad. En aquellos momentos acababa de levantar los trozos de ropa calcinada y observaba con atención las quemaduras del herido. Por su parte, el heroico soldado se mantenía firme, aunque debiera de sentir profundos dolores. Me dirigí a él.

—Te has portado como un jabato y mereces una recompensa por tus actos. Has salvado al queche de las llamas. ¿Duelen mucho las quemaduras?

—Bastante, señor comandante. Pero todo se soporta en esta vida — forzaba el tono de su voz para no hacer visible el dolor.

—No te preocupes, que el cirujano te curará.

Aparté a Plácido hacia proa, para que el soldado no escuchara nuestra conversación.

—¿Cómo se encuentra en realidad?

—Las quemaduras son graves en el pecho y brazo derecho, señor comandante, mientras las del otro brazo y cara parecen de menor profundidad.

—¿Qué se puede hacer? ¿Peligra su vida?

—Deberíamos extender sobre las quemaduras un emplaste compuesto por aceite vegetal, especialmente de almendras dulces, y manteca, corteza de canela de China, goma arábiga...

—Para el carro, por los clavos de Cristo. Recuerda que no te encuentras cursando en un Real Colegio de Medicina sino a bordo de un buque de la Armada, con una enfermería escasa de elementos. ¿Posees alguno de esos productos que has mencionado?

—La verdad es que no, señor.

—Joder, pues vayamos al grano y haz lo que sea posible.

—Tiene razón, señor. De momento debo dejar toda la zona dañada a la vista. A continuación y sin pérdida de tiempo, mantendré las quemaduras bien

tapadas con vendas empapadas en aceite. Eso es todo lo que puedo hacer con los elementos a disposición. En cuanto al peligro de su vida, dependerá de que se produzcan malos humores en el pecho, fáciles de adquirir en zonas de piel quemada.

—No quiero que sufra. Por gracia de los cielos y de los piratas que ocupaban el queche, disponemos de algunos frascos de láudano. Y aunque debiéramos reservados para amputaciones y ocasiones parecidas, si el dolor sube muchos enteros, aplícaselo.

—Así lo haré, señor.

—Recuerda que deberás ofrecer el parte de la salud de los enfermos cada día al segundo comandante.

—Comprendido, señor.

Volví a repasar con la vista la estancia, para recordar una vez más una escena imposible de olvidar. Había sido durante el combate mantenido frente al cabo Trafalgar, a bordo del navío San Agustín, cuando todavía me mantenía en el empleo de alférez de navío. Había recibido una herida por astillazo en la cabeza, que a punto estuvo de costarme la vida. Pero mientras me curaba el sangrador sentado en una pequeña silla, pude observar cómo a mi gran amigo y compañero, el alférez de fragata Malfondo, le era amputada su pierna izquierda, destrozada por una bala, sobre la mesa de operaciones. Era una imagen difícil de erradicar porque recordaba con claridad al cirujano con la sierra de arco en la mano, cortando carne y huesos mientras mi querido amigo apretaba los dientes sobre la mordaza de cuero, al no restar una gota de láudano a bordo. Por fortuna, perdió con rapidez el sentido, para no volver a despertar, desangrado sin remedio. Pero me repuse de aquellos pensamientos con rapidez, antes de despedirme del soldado.

—Don Plácido te cuidará como a su propio hermano. Espero verte pronto por cubierta. Y una vez más, te felicito por tu valentía.

—Le agradezco sus palabras, señor comandante.

Me dirigí hacia mi cámara para probar algún alimento, que ya jalaba Miguelillo de mi brazo en tal sentido. Daba gracias a los dioses por la suerte corrida, aunque todavía se erizaba mi piel en aristas al pensar lo que podía haber sucedido de no haberse dado la voz de alarma a tiempo y aparecer en gloria la acción del soldado Busquets. Por mi mente se abría la terrible escena del queche con las llamas subidas hasta los picos de las cangrejas, dispuesto a perderlo al primer envite. Y aunque intenté descabezar un ligero sueño en la silla empernada junto a la mesa, se trataba de tarea imposible, por lo que decidí regresar a cubierta.

En la siguiente amanecida y aunque esperaba recalcar en el cabo de Santa María con las primeras luces del alba, tan solo se avistaba a proa la mar infinita, cuando ya el crepúsculo sucumbía y acababa por aparecer el disco solar en color tibio. Aunque disponía del pilotín a mano, prefería entrar en consulta de navegación a Quijano como norma habitual, debido a su experiencia.

—Posiblemente hemos corrido menos millas a las marcadas por la corredera. ¿No debíamos haber recalado ya, segundo?

—Cerca le andaremos, señor. Con el revuelo producido anoche, perdimos unas dos o tres horas. Y para nuestra desgracia, disponemos solamente de un marinero capaz de mantener la proa a la cuarta^[38].

—No podemos continuar con un solo timonel de garantía, segundo. Doblaremos las guardias y ejercicios para los ajustados a ese cometido, hasta que sean capaces de mover la rueda con suficiente destreza.

—Así se hará. Pero si me permite un comentario, señor, estimo que cargamos la badana en demasía sobre algunos hombros. No podemos convertir labradores en marineros en unos pocos días.

—Pero en los puestos fundamentales no es posible regatear esfuerzos. Ya sé que se trata de hombres afanados en su tarea, pero es desastroso perder cien millas en cada navegación.

—Lo comprendo, señor.

Por fin, cercano el sol a cruzar la meridiana, el vigiador cantó tierra abierta dos cuartas a babor. Y poco después reconocíamos sin dudarlo el espolón del cabo de Santa María, así como la playa aplacerada que se extendía bastantes millas hacia poniente. Por tal razón habíamos dejado por el través de babor la laguna de José Ignacio y la de Garzón sin avistar. No obstante, sí pudimos comprobar con los anteojos la laguna de Rocha, que alcanza a besar la orilla a tres millas de la punta. Y una vez ofrecido el necesario resguardo al cabo, que abriga un excelente tenedero por su zona norte contra los vientos del sudoeste, enmendamos la proa hacia el bajo del Polonio, a unas veinticinco millas de distancia, que ofrece nombre a su ensenada y alberga la laguna de Castillos, cinco millas tierra adentro. Como norma general, eran numerosas las aves que migraban hacia las lagunas, a veces en bandadas que oscurecían los cielos. Y como los estómagos corrían en penas, el alférez de fragata Tosquilla alertó de las posibilidades culinarias.

—Esas aves también rinden para la puchera en conveniencia, señor.

—Supongo que se tratará de carne dura pero, desde luego, posible para una buena perola. Las he comido de todo tipo, incluso los alcatraces salados.

Cuando las tripas suenan, todo se aprecia.

—Si me lo permite, señor —era el aventurero quien metía cuña—, son más interesantes los cutíes.

—¿Ha dicho cutíes, caballero? —pregunté, interesado—. ¿Se trata de aves?

—No, señor. Unos cerdos pequeños, rayados y con extraños dibujos en la piel, de ahí su nombre. Pero su carne ofrece un excelente sabor. Aparentan el tamaño de lechones, pero se trata de una especie que no crece más. Precisamente, cerca de la localidad de La Aguada, hacia donde nos dirigimos, aparece una marisma donde se pueden cazar en elevado número.

—Esa marisma se encuentra en tierras de don Enrique de Monturbio, señor —alegó con rapidez Armentía—. Deberíamos recabar su permiso. Pero tiene razón el caballero Verdaguer, porque esos lechones son de excelente sabor, como carne de chanco ordinario. Recuerdo que en una ocasión, hace más de un año, abatimos un centenar y quedamos hartos a bordo durante bastantes días. Sueño con solo pensarlo.

—Pues no se hable más. Si la carne es buena, entrará en dulce aunque proceda del mismísimo infierno. —Masajeaba mis manos en señal de euforia—. Solicitaremos permiso del hacendado para abatir un buen número. ¿Son animales huidizos o escamosos?

—Aunque no se hayan domesticado, son dóciles como borregos y apenas huyen de los hombres, incluso cuando se hace fuego sobre ellos. —Era el aventurero, quien parecía docto en la materia—. Y en épocas de penuria, como nuestra situación actual, se les puede atacar en parrilla como a los cochinos y comerlos de morro a rabo. Tan solo disminuirá el cargo de disparos de fusil a bordo, porque los malos cazadores marran sus tiros a menudo. Esos bichos se mueven en forma nerviosa. Por cierto, señor, que si me lo permite... —parecía dudar.

—Adelante, caballero.

—Creo que el alférez de fragata Tosquilla será el encargado de llevar el aviso en petición de víveres a don Enrique. Si a bien lo tiene, me gustaría acompañarlo. Era un buen amigo de mi padre y me ofreció su ayuda en..., en los momentos difíciles.

—Queda autorizado, desde luego. Entiendo que entre la pesca, el auxilio del hacendado y esa partida de caza que llevaremos a cabo, si así se nos autoriza, podemos hacer buen acopio de víveres. Y en primer lugar un rancho extraordinario para la dotación, que anda con galleta y salazón al suspiro durante demasiados días. Es de sobra conocido que el comandante de un

buque debe luchar en primer lugar por sus hombres. Por cierto, caballero — me dirigía a Verdaguer de nuevo—, ¿no fabrican por aquí aguardientes o bebidas fuertes? Andamos casi a cero en ese importante apartado.

—Por aquí se fabrica un aguardiente de caña magnífico, señor. Si le parece adecuado, se lo comunicaré a don Enrique, que lo toma con asiduidad y es generoso sin límite. Por el contrario, el vino que produce es malo y escaso, aunque presuma de él.

—Puede indicarle, como comentario propio, que el aguardiente es elemento necesario antes de entrar en combate.

—Así lo haré, señor. Pero ya le digo que don Enrique es muy generoso y patriota de verdad. Nos concederá mucho más de lo necesario.

Mientras conversábamos, el sol se abría con fuerza y ofrecía una temperatura agradable. La marejada parecía abrirse en lomos, mientras el viento se mantenía en fresco de fuerza, lo que nos hacía andar a una buena velocidad. De esta forma, aquella misma tarde doblamos el bajo del Polonio y la Piedra Negra, mientras por el costado de babor aparecía el cerro de Buenavista. Fue el momento de enmendar de nuevo la proa a tientos en demanda de la punta del Palomar, a unas veinte millas y escasa distancia de nuestro destino. El teniente de fragata Quijano era un libro abierto sobre aquellas aguas, porque no cesaba un segundo en sus comentarios.

—Debe saber, señor, que ese bajo del Polonio se descubrió gracias a la varada y pérdida de una fragata inglesa, la Diadem, en los primeros años del siglo pasado. Es zona complicada si no se conoce bien. A partir de la punta se abre la ensenada del Castillo Grande, aplacerada y arenosa por millas.

—¿Dónde me recomienda el fondeo definitivo, segundo, cuando alcancemos las proximidades de La Aguada? Tenga en cuenta que deberemos mantenernos al ancla durante algunos días y me gustaría descansar sin sobresaltos.

—Poco antes del Castillo Chico, ajustado a la punta de la Coronilla, disponemos de un fondeadero magnífico. Se trata de un excelente tenedero con una sonda de cuatro brazas, siempre que el sudeste no se alce en crestas blancas, aunque siempre se dispone de salida franca. Además, es buena zona para largar redes o guías porque abunda el pescado de calidad.

—Pues ahí largaremos las dos anclas. De esa forma, esa localidad de La Aguada debe de quedar a una milla. Será duro el barqueo para nuestros hombres si la remesa de víveres es elevada, como espero.

—En transporte de carnes para uso propio se aplacan las protestas de los encargados al remo, señor. De acuerdo con nuestra posición actual, si lo desea

podemos fondear cuando las luces se encuentren en el linde, o dejar la faena para mañana por la mañana.

—Prefiero la segunda opción. No me gusta moverme entre piedras desconocidas sin suficiente claridad, aunque confíe plenamente en sus conocimientos, segundo.

—Lo comprendo perfectamente, señor. En su caso haría lo mismo.

De acuerdo a la decisión tomada, abrimos el rumbo a estribor, al tiempo que apagábamos parte del aparejo para quedar con cangreja mayor, foque y fofoque solamente, disfrutando del sudoeste fresco y marejada emparejada. Se percibía un maretón largo que no molestaba en exceso pero que, estaba seguro, forzaría a muchos de los novatos a asistir a los beques con asiduidad, unos orificios realizados en los maderos entre la roda y el tajamar, que servían de excusados a la dotación. Y se trataba de positiva ventaja porque, al mismo tiempo, facilitaban el vómito tan característico en los no iniciados y largar sus primeras papillas.

Continuamos con los ejercicios de banda a banda. Y aquella misma tarde hicimos fuego con dos cañones de estribor por primera vez. Era necesario que los alistados como artilleros comprobaran el sonido real del estampido, así como el movimiento del cañón en retroceso tras el disparo, la recarga de la pieza y correcta utilización de los aparejos. Pude comprobar en los rostros de algunos una verdadera emoción, al escuchar el retumbo del infierno, como lo señalaban. Por desgracia, descubrimos que varios pistoletos de fuego no funcionaban a la perfección, por lo que ordené su revisión absoluta, con especial dedicación a los pedernales que, por causa de la mar y la humedad, acaban por ser inutilizados. No obstante y debido al escaso número de botafuegos^[39] a disposición, una extraña condición a bordo de cualquier buque, encargué al carpintero y artillero preferente Escámez que toda pieza dispudiese de uno a mano. Todos sabemos que, en un momento determinado, como sucedió en algunos buques durante un combate, se acaba por dar una patada de fuerza al pistolete para regresar al seguro y antiguo método de la mecha en caña.

Aquella última noche antes de acometer la misión para la que habíamos sido destacados, conseguí conciliar el sueño en el jergón durante un par de horas. Sin embargo, no entré en sueños de paz y bendición, ni mucho menos. La estampa del queche Hiena entrado en fuegos hasta la galleta de los palos había quedado prendida con pernos de fuerza en mi cerebro.

8. Don Enrique de Monturbio

En la siguiente mañana se abrió el crepúsculo de extraordinario cariz, con cielos despejados, visibilidad infinita, viento del sudoeste rebajado a fresquito y marejadilla de cabrillas sueltas. Bien sabe Dios que no se podían quejar los corderos de secano en sus primeras experiencias de mar, con buena disposición para acomodar cuerpos y almas a los movimientos de las aguas y sus especiales peculiaridades. Deseando entrar en faena y sin dudarle un segundo, ordené aproar al fondeadero elegido previamente. Y una vez en posición, largamos dos ferros con escaso intervalo, para quedar anclados en seguro con una profundidad de cuatro brazas bajo la quilla en bajamar y fondo algo que bien retiene las uñas. De esta forma, daba fin a la primera navegación enfrentada con el buque bajo mi mando, aunque todavía restara conseguir y embarcar los alimentos, así como llevar a cabo el tornaviaje hacia el apostadero.

Era momento de entrar por la vereda marcada y a ella nos lanzamos sin pérdida de tiempo. De acuerdo al plan previsto, tanto el alférez de fragata Tosquilla como el aventurero Verdaguer salieron en la lancha hacia la localidad de La Aguada, un pequeño caserío con escasas edificaciones de paredes desconchadas y aspecto ruinoso. Y era de extrañar que no desembocara ningún riachuelo entre sus vertientes a la vista, porque normalmente y a lo largo de las costas del mundo reciben tal denominación una generosa multitud de aldeas donde, en alguna época de su historia particular, era posible que los buques hicieran aguada o la refrescaran. Pero como se trataba de trabajo trillado, Tosquilla me había explicado con rapidez el sistema utilizado.

—Normalmente, señor, tomamos las necesarias monturas en una antigua cortijada venida a menos, que llaman La Retamera. Según parece, fue el edificio primitivo y único de la localidad, que ha vivido tiempos mejores.

Desde ahí nos dirigimos a la hacienda de don Enrique Monturbio, que solemos alcanzar en unas pocas horas.

—¿Toman monturas? ¿Cómo pagan o compensan el servicio de los animales? Si lo considera necesario, disponemos a bordo de...

—Nunca se nos cobra un solo peso, señor. Aunque el dueño es un vejete de escasos recursos, al que llaman don Alquímedes, siempre nos concede sus mejores animales para la faena sin recabar un centavo, desde que lo llevamos a cabo por primera vez hace un par de años. Es un patriota leal, que vive en soledad con sus dos hijas. Los tres varones andan enlistados con las milicias en las proximidades de Montevideo.

—En ese caso, no perdamos tiempo, que la mar puede voltearse al gusto cuando menos lo esperemos y dificultar el barqueo. Este fondeadero es bueno, pero si salta el soplo de componente norte, deberemos enmendar.

—Sería extraña condición la que menciona, señor, tal y como se encuentran trazadas las variantes.

—Ya sabe que la mar es caprichosa y poco sabe de normas. Con la fragata Proserpina sufrimos un temporal del nordeste por estas mismas aguas, además de un penoso abordaje con un ballenero britano. Pero regresando a nuestro tema, recuerde que ha de solicitar el permiso de caza en esas marismas, si a bien lo tiene el hacendado, señor de Monturbio. Ya veo esos lechones tiernos entre las brasas.

—También yo, señor —sonreía el joven oficial con alegría—. En cuanto al permiso, lo dará con seguridad. Pero muy posiblemente no regresaremos hasta última hora del día. Es imposible rechazar los ofrecimientos de don Enrique, entre los que destacan un abundante almuerzo y mucha conversación, a no ser que dispongáis lo contrario. Siempre desea que le narren las últimas noticias de la guerra y condiciones en las que se mueve el apostadero, aunque a veces dispone de ellas con mayor fidelidad y actualidad que las nuestras. El transporte de los víveres lo llevaremos a cabo mañana.

—¿Con carretones a su cargo?

—Desde luego, señor. Y es variable la carga de la que nos hace entrega, según la época del año y sus propias posibilidades. Normalmente, embarcamos animales en canal, otros en vivo, legumbres, cereales, embutidos, salazones, vinos y licores. Deberemos preparar el barqueo para mañana en las primeras horas. Pero ya lo sabe el segundo comandante.

—De acuerdo. Salude al señor de Monturbio de mi parte e indíquele que mucho gustaría de poder saludarlo en persona y agradecer sus servicios en

defensa de nuestro señor don Fernando. Pero no debe el comandante de un buque empeñarse tierra adentro.

—Lo comprenderá, señor.

Pocos minutos después, Tosquilla y Verdaguer abandonaban el Hiena a bordo de la lancha. Ambos presentaban impecable estampa, especialmente el aventurero, alistado como verdadero caballero. Y no fiaban una mota a la ventura, que los dos portaban armas de honor a la vista. Aunque se trataba de una zona tranquila y sin peligros de rebeldes o bandoleros, siempre ofrecía seguridad portar armamento propio.

La vida a bordo del queche varió por completo. En aquella jornada de fondeo abandonamos los ejercicios de mar y guerra, con extremo placer de la dotación, para pasar al ejercicio de la pesca en su mayor amplitud. Y se trataba de faena conocida, que dirigió con especial destreza el alférez de navío Armentía. Me asombró comprobar la rapidez con la que se desplegaron los útiles, como si el queche fuera una embarcación dedicada a la pesca de bajura, en lugar de un buque preparado para el combate. Porque entre el bote y la lancha no solamente se lanzaban las redes de cono estrecho y tulipa, como así las denominaban, con sus boyas de señal, sino que junto a la punta de la Coronilla se fondeaban un elevado número de cestas de regular tamaño, que andaban estibadas en la bodega al plano. Pregunté a Quijano por su utilidad.

—¿Cuál es el objetivo de esas cestas, segundo? Parecen nasas pero se componen de trenzada blanda.

—Por aquí las llaman nasas de encaje y son ideales para pescar las piezas elegidas. Junto a las piedras de la Coronilla abundan en generosa cantidad cangrejos de extraordinario tamaño y langostas gigantescas. Aunque muchos marineros hagan ascos a la vista de tales elementos, incluso algunos con especial superstición, se suelen cocer por largo con hierbas. Una vez colado el caldo, se le agregan trozos de su carne, solamente la de las garras de los cangrejos, que sus cuerpos deben despreciarse, así como los lomos de las langostas desmenuzadas. Mezclado todo en las perolas, se les añade para rematar el cuadro restos de menestra a la mano y picos de galleta desmigada. En conjunto se conforma una succulenta puchera a la que llaman en el apostadero torra de mar. Y como se reparte sin medida, acaba por quitar el hambre acumulada y sienta bien a los bajos. Solamente protestan los de siempre, aunque también rellenan la panza.

—Pues avante con la maniobra, segundo, que sin el buche lleno mal puede maniobrar un buque o meter los cañones en batería. Todo sea por esa torra de mar o los bichos más asquerosos.

—Por fortuna, señor, disponemos a bordo de bastantes hombres que se dedicaban habitualmente a las artes de la pesca. Y por bendición de los cielos, el cocinero de equipaje es experto en tales menesteres. Aunque se intentó en alguna ocasión, no llegamos a entrar en maniobras de salazones para el pescado porque no disponemos de sal en abundancia ni tiempo suficiente. Se recomienda atacarlos por fresco y brasearlos al tinte como espetones, para tomar a la mano.

—Una idea que aplaudo.

Entrado en norma general, el conjunto de la dotación se tomó aquel día como si se tratara de fiesta nacional. Aunque se produjera algún que otro desbarajuste en los relevos y riñas de competencias, que eran severamente corregidas, los productos de la mar comenzaron a embarcarse con rapidez y abundancia. Por mi parte, podía descansar el cuerpo tras unas jornadas de extrema dedicación y escaso sueño. Miguelillo me preparó una sopa gorda y pescado a la brasa que no negué, aunque se considerara un alimento poco adecuado para el comandante. Y puedo asegurar que esos peces colorados de espina ancha en cresta, a los que denominaban cabrachos o escorpinas, pero especialmente otros de banda plateada a lo largo de su flanco y tamaño más reducido, el llamado pejerrey, presentaban un sabor exquisito. Lo cierto y positivo es que saqué el apetito al tope de tripas y rematé la faena con una frasca de vino agrio que, no obstante, encontré muy agradable al paladar.

Pensaba dormir una siesta alargada y sin término fijado, que así lo pedía el cuerpo. Sin embargo, una inesperada sorpresa cortó de cuajo mis sueños, cuando estos navegaban en altura por cerros verdes de encanto. Debía de ser la hora cuarta o quinta de la tarde, cuando fui despertado por Miguelillo al salto. Y como ya conocía los gestos de su cara como la piel de mi mano, comprendí que se necesitaba de mi persona en cubierta con cierta urgencia.

—¿Qué sucede, rapaz? Me has cortado un dulce sueño. ¿Se levantó el viento o la mar a malas?

—Nada de eso, señor, que todo se mantiene en cuerdas de bendición. Me comunica el segundo comandante que el alférez de fragata Tosquilla y el caballero Verdaguer se encuentran en el pequeño pantalán de La Aguada, preparados para tomar la lancha. Pero no llegan solos, sino acompañados de otros paisanos. Y estima que uno de ellos es el señor de Monturbio en persona.

—¿Don Enrique de Monturbio acude en visita a este buque? Parece que se aleja de la norma establecida. Por Satanás y sus crías que no puedo perder un

segundo. Ándale, Miguelillo, llena la jofaina y prepara mi casaca de orden a la carrera.

Cuando salí a cubierta, enjaretado a la rápida con mis mejores galas, ya el segundo comandante preparaba el portalón para recibir la lancha y al personal embarcado. Me entraba en aclaraciones, sin necesidad de elevar una sola pregunta.

—Parece que nos conceden un alto e inesperado honor, señor. No es habitual que don Enrique de Monturbio en persona, acompañado por sus dos hijas, haya tomado la lancha con Tosquilla y el caballero aventurero. Al menos, jamás se produjo de esta forma durante los anteriores viajes en los que tomé parte.

—¿A qué se deberá esta excepción? ¿Acaso peligrarán sus vidas si los rebeldes...?

—Eso es imposible, señor. Esta zona es tranquila por muchas leguas a la redonda. La hacienda linda al nordeste con la frontera del Brasil, aunque no quede muy clara dónde empieza una y acaba la otra. Me barrunto que la fama del queche y su épico apresamiento en el río Negro hayan llegado hasta sus tierras y desee comprobarlo con sus propios ojos. Le agradecerá porque se trata de un señor muy entero y noble hasta la galleta.

—Nada debo oponer a su cordial visita, más bien al contrario. No obstante, me preocupa la respuesta de cortesía por nuestra parte. ¿Qué podemos ofrecerles? No disponemos ni de un sencillo clarete en condiciones. Y sería conveniente invitarles a cenar, dada la hora. Por todas las barraganas de la costa inglesa que jamás sufrí de tan vergonzosa penuria.

—No debe preocuparse una mota, señor. Don Enrique es persona llana y sabe bien de nuestras limitaciones. Me barrunto que esas cajas que han embarcado en la lancha deben de ser bebidas generosas. En cuanto a la manduca, podemos preparar los restos de tocino a las brasas y una sopa de caldo gordo.

—No son de recibo tales elementos para unos invitados de categoría. Más vale entrarle por verdades, que es el mejor de los caminos que se pueden seguir. Que se preparen las frascas de vino que restan en mi despensa, aderezadas con algunas especias para matar el amargor. Y para las señoras, limonada. Del resto, las olas darán su voz.

Pocos minutos después, recibía en el portalón a un hombre sesentón y corpulento, de tamaño parejo al de mi cuñado *Gigante*. Su estatura debía de rondar los seis pies largos, aunque destacaba la anchura de sus hombros, la enormidad de su cabeza redonda y unas manos fuertes capaces de tomar la

cintura de cualquier matrona en una ceñida. Con pelo en abundantes madejas y casi blanco, los mostachos se abrían en guías horizontales con largura sin fin. Pero mostraba un rostro bonachón, sin rastro alguno de doblez o maldad, al tiempo que se movía en confianza y sin amagos cortesanos, a los que tan habituados se muestran los que pregonan riqueza propia. Incluso vestía una chupa campera, de las que llamaban chombas, así como unas calzas amplias en bulto. Tan solo unas botas cordobesas de esmerada confección resaltaban en su atuendo. Me adelanté hacia él, destocándome en orden.

—Quedo encantado de recibiros a bordo del queche Hiena de la Real Armada, señor de Monturbio. Capitán de fragata Adalberto Pignatti a su servicio. Y vaya por delante nuestro impagable agradecimiento por su generosidad.

—Nunca se debe agradecer que se ayude a la causa de España, porque lo considero una obligación de leal patriota. Pero debe disculpar mi escasa caballerosidad, comandante Pignattí, al presentarme sin una mínima petición de recibo o aviso de llegada. Pero ya sabe que en el campo somos bastantes llanos en el trato y dejamos los mantos de corte a distancia.

—No ha de disculparse quien en tanto nos beneficia, señor de Monturbio. Considere el queche Hiena como una prolongación de su morada.

Tras las presentaciones reglamentarias, en las que destacaban sus dos hijas, grandes, desgarbadas y con escasos dones de belleza a la vista, paseamos por la cubierta mientras los visitantes no cesaban de observar el queche con todo detalle. Monturbio palpaba las maderas mientras sonreía, feliz.

—De modo que este es el famoso queche Hiena, cantado en alabanzas, la mejor unidad de esos malnacidos independentistas, pandilla de traidores, que tomaron seis valientes españoles con cuchillos entre los dientes. Y mientras tanto, los cien piratas con los huevos a rastras, bien encamados en su bodega. Claro que poco más se podía esperar de ese conjunto de bucaneros caribeños, al servicio de perjuros y sacramantecas.

—No crea que fue tan sencilla la maniobra de apresamiento. Nos favoreció la suerte al tomarlos por sorpresa, aunque es cierto que rematamos la faena con armas blancas. Ese tal Jones, que andaba al mando, no parecía dispuesto a arriesgar una gota de su sangre. El resto de la dotación, salvo algún britano, francés o norteamericano con cierta solvencia, no era más que una canalla bien surtida con lo peor de las tabernas jamaicanas.

—Gocé como un enano culebrón al leer la poesía compuesta por el vate platense don Gervasio Algarate publicada sobre su captura en el diario de

Montevideo. Sin alcanzar las sublimes cotas de Lope de Vega, cuadraba como ninfas de oro. Y lo comentamos tantas veces en casa que mis hijas acabaron por ponerle música en compás de dos por cuatro. —Se giró hacia una de ellas, que ya escondía la sonrisa tras el abanico de encaje—. Anda, Gabrielita, recítalo de largo y por tablas.

—Papá, si ni siquiera disponemos de guitarra —protestó la aludida en falsete—. Además, no creo que a los señores oficiales les...

—Vamos, niña, no te hagas de rogar. Tu hermana Perlita puede acompañar la copla con las palmas.

Para sorpresa de todos, la joven con nariz alargada en interminable percha, piel picada y papada de ganso entonó con gracia y voz templada, al tiempo que taconeaba en concurso:

*El Queche, el famoso Queche,
Blanco de sus atenciones,
¿Dónde lo ha llevado Jones?
A ponerlo en escabeche.
Y por más que se aproveche
La República Argentina
De la plata macuquina
Que al pueblo tiene robada,
No ha de comprar otra Armada,
Ni puede tener Marina.*

—Este poeta merece el mayor de los elogios —dijo Monturbio, al tiempo que chascaba palmas entre risas—. Tanto así, que le hice llegar unas frascas de aguardiente en merecida recompensa. La verdad es que se trata de un buque hermoso de líneas como pocos. —Dirigía la mirada en su derredor, sin dejar chaza sin comprobar—. Y con el pabellón de la Real Armada bien a la vista. ¡Qué orgullo me hace sentir!

—Me gustaría ofrecerle un refrigerio en mi cámara, señor, aunque no disponga de los elementos que una visita como la vuestra merece.

—Deje las formalidades y protocolos a un lado, comandante. —Monturbio me tomaba por el hombro con entera confianza—. Soy consciente de la injusta penuria que sufren. Por tal razón y si no lo encuentra ofensivo, nada más lejos de mi intención, hemos traído con nosotros unas cestas bien rellenas con embutidos, pan recién horneado, vino espeso y buen aguardiente. Una merienda campestre al estilo de corte, aunque más modesta en sus formas. Como si nos encontráramos en mi hacienda. Me gustaría que lo

tomara como una reunión de amigos. Y conste que es un gran honor el que nos concede por el simple hecho de poder pisar la cubierta de este heroico buque, apresado a los piratas rebeldes.

Tras las protestas de rigor, acepté la propuesta de tan generoso caballero. Y no me arrepentí una onza de la decisión tomada, porque la velada se desarrolló con abierta camaradería, chanzas por alto y voces corridas sobre sucesos más o menos presentables en las localidades alzadas en armas contra la legalidad hispana. Don Enrique incluía rumores en tono jacarandoso y subido de colores sobre los amores de algunos extranjeros llegados al Plata para luchar por esa libertad que tanto se proclamaba de forma interesada.

Para mi sorpresa, también pudimos ofrecer una guinda a favor, gracias a la previsión de Miguelillo. Porque en escaso tiempo aderezó las dos ultimas paletillas de mi cargo particular, que estimaba extinguidas. Y fueron alabadas por nuestros comensales, que las atacaron con gusto. Pero, sin duda, aquel ligero refrigerio se transformó en un ágape donde de nada faltaba. Porque las cestas a las que se refiriera Monturbio como de ligera comida campestre ofrecían viandas suficientes como para convertir la liviana merienda en una verdadera bacanal. Y recuerdo como gota mágica unos jamones adobados a la malagueña, según palabras de De Monturbio, oriundo por segunda generación de tan bella provincia española, para rematar con un aguardiente de caña de inolvidable aroma. El único lunar, previsto por el segundo, se rajaba en el vino. Aunque don Enrique se mostrara orgulloso de sus propias cepas y bodega, aquel bebedizo entraba espeso y ramplón, de los que se trasegaban cual rascamoños en garganta, aunque lo alabáramos como de los mejores de Castilla.

—También debo solicitaros licencia para cazar en vuestras tierras, don Enrique, si no considera que nos excedemos de vuestra generosidad —avancé el tema que tanto me interesaba.

—Ya me lo comentó el joven Gonzalo Verdaguer. Pueden matar en mis tierras todo bicho que se les apareje. Además de esas marismas donde se mueven los cutíes en manadas, que ya conocen de anteriores ocasiones, si se corren un par de leguas más al norte pueden encontrar chanchos grandes, parecidos a los jabalíes de España pero menos rayados. También es buena carne en épocas de carestía. Ya sé que en Montevideo la población padece verdadera hambruna y hemos de remediarlo entre todos.

—Se lo agradecemos una vez más.

—En esas marismas de Fájala, padre —intervenía Gabriela con decisión—, también los camperos cazan esos bichos a los que llaman carpinchos. Y

dicen que su carne, aunque de fuerte sabor, es buena.

—Tiene razón mi hija. Aunque las crías de esos animales se asemejen a lechones en la distancia, con cabeza cuadrada y hocico romo, en realidad son roedores que llegan a alcanzar vara y media de longitud y elevadas onzas de peso. Se mueven normalmente en el agua, especialmente en las partes más profundas de las marismas, y también llegan a confundirse con las nutrias. Pero como dice mi hija, se comen bien a las brasas y con su piel, de gran dureza, se fabrican bolsas, abarcas y cestas.

—Pues también daré instrucciones para su caza. Como decís con toda razón, en época de hambruna todo entra al gusto.

La velada se extendió por largo. Las dos hijas, aunque feas como urracas despavoridas, se manejaban bien en las bromas, comentarios y corridos de lenguas, con lo que la conversación general se hizo amena y divertida. Mientras tanto, mis oficiales atacaban las ristras de chorizos al largo tendido, sin hacer ascos al vino peleón. Y cuando la sesión entró en el aguardiente que fabricaban en la hacienda, los colores comenzaron a elevarse hasta las nubes.

Don Enrique entendió que debían entrar en retirada, cuando ya el sol comenzaba a ocultarse. Preocupado, le pregunté por sus intenciones.

—¿No es muy tarde para que emprendan el regreso a su hacienda? Si lo estima conveniente, puedo ofrecerle escolta armada con nuestros soldados.

—Nada de eso, amigo mío. Los animales están acostumbrados y toman el camino sin tocar las riendas. No existe peligro de bandoleros por estas tierras.

—Lo que prefiera.

—Debo declarar, comandante Pignatti, que hemos disfrutado de una velada inolvidable. Espero que regresen pronto por estas aguas y podamos departir una vez más. Lástima que la hacienda se encuentre a demasiadas leguas y no pueda acercarse hasta ella. Pero comprendo que, como mando supremo a bordo, no debe abandonar este hermoso queche.

—También yo lo siento, señor. En otra ocasión lo intentaré, si las condiciones lo permiten. Debe tener en cuenta que es la primera navegación que acometo a bordo del Hiena, y prefiero mantenerme a bordo.

Cuando salíamos hacia cubierta, Monturbio me asió por el brazo en confianza, como si deseara hacer un aparte de conversación privada.

—Le agradezco que haya tomado al joven Verdaguer en su buque como un caballero.

—Estimo que se lo merece. Se trata de un muchacho excelente. ¿Lo conocía bien?

—Era un gran amigo de su padre. Mucho sentí lo que le sucedió a la familia. Y especialmente sufrí por la actitud mostrada por esa..., bueno, no debo entrar en descalificaciones groseras contra señoras. Pero esa mujer de arrebatadores encantos será la perdición de todo aquel que entre sus redes quede amparado. También creo que no debió aceptar el capitán Destels tan rápido compromiso, tras haber roto el anterior con un amigo. Pero ya le digo que esa mujer es el demonio embozado.

—Conocí al matrimonio Destels durante un almuerzo en la posada del capitán de fragata Parejo, nombrado mayor general del apostadero. Resulta que es primo de su esposa. Concuero con vos en que Alicia es una mujer de incomparable belleza y atractivo. Pero no conozco a fondo sus especiales...

—Perdone si he entrado en detalles inapropiados. Pero suelo ser sincero por encima de cualquier formalidad. Mujer que solamente busca la fortuna en el hombre suele acabar perdida en el reguero sin remedio. Y si a esta de la que hablamos le falla el blanco, buscará nuevos horizontes de riqueza con rapidez. Por otra parte, también es razón conocida que la familia Destels mostró escaso patriotismo al vender sus propiedades cuando comenzaron a aparecer las nubes grises y emplazar su fortuna a buen recaudo en bancos ingleses. De poco le sirvió al viejo Fabián, que murió pocos meses después. Bueno, al menos el capitán, a pesar de su mayorazgo, se mantiene en lucha por la patria, mientras los dos hermanos menores holgazanean por ciudades europeas. Una vergüenza.

—Estoy de acuerdo.

—Bien, no le entretengo más. Cacen todo lo que quieran y puedan. Mañana llegarán los carretones de la hacienda con los alimentos que he podido apartar. Y una vez más, cuide de su aventurero, como creo que se le nombra a bordo, al que quiero como un hijo. Es un buen hombre, valiente y honrado, que no ha merecido la suerte corrida.

—Concuero con vos.

Mientras despedía a la familia Monturbio en el portalón, sentía cierta desazón en las tripas por las últimas noticias pronunciadas por el hacendado. Observé a Verdaguer mientras se abrazaba a don Enrique y sentí pena por él. No obstante, era posible que la suerte le hubiese sido concedida, al ser abandonado por la dama en cuestión si eran ciertas las palabras de don Enrique.

* * *

Dormí a pierna suelta aquella noche, confortado por los vapores del aguardiente y la placidez del queche en el fondeadero, aunque el tercer ojo del comandante se mantuviera con media pestaña alzada en permanencia. Habíamos concertado la partida de caza para la mañana siguiente con las primeras luces, acción que dirigiría Verdaguer, experto en lances cinegéticos y buen conocedor de la zona que se debía batir. Sería acompañado en la faena por los oficiales Tosquilla y Armentía, así como por los mejores tiradores de la guarnición, en un número cercano a la docena.

A lo largo de la mañana, no perdimos un solo minuto a bordo, porque se mantenía la faena pesquera aunque ya comenzaran a largar protestas algunos hombres de manos sueltas. Dimos especial atención a las nasas y al buceo directo al descubrir que aquellos cangrejos y langostas se mantenían con vida y listos para la puchera durante mucho tiempo, especialmente si se los refrescaba periódicamente con agua de mar. En cuanto a mi persona, decidí tomar en el almuerzo pejerrey a la brasa en generosas cantidades porque lo encontraba de un sabor exquisito, aunque ni siquiera Miguelillo comprendiera aquella inclinación repentina por pescados de escaso fuste, según sus propias palabras.

Pero una vez más, como en mágica repetición, recibí una agradable sorpresa a la puesta de sol, cuando la partida de caza regresaba a bordo con un carretón tirado por dos animales. El rostro de mis oficiales era de rosas sin tercios de ronda. Supuse con escasa tendencia al error que la faena se había desarrollado con el mayor de los éxitos. Y cuando depositaron en la cubierta el conjunto de piezas cobradas, sentí admiración y contento al contemplar aquella cantidad de carne. Porque en total habían abatido más de ciento cincuenta lechones, que a mí me costaba pronunciar el nombre original, así como una docena de chanchos rayados muy parecidos a nuestros jabalíes, y un buen número de conejos con patas tan alargadas que más se asemejaban a liebres de Castilla. Siguiendo mis instrucciones, también habían abatido una docena de carpinchos que, en verdad, presentaban un aspecto más repugnante. En conjunto, una espléndida remesa de carne para mantener a bordo. Tan solo los matarifes torcían el gesto, al comprender que se les presentaba trabajo a fondo en los próximos días.

Aquella misma tarde recibimos aviso desde la hacienda de Los Llanos en la persona de quien aparentaba cargo de mayoral. Aseguraba con cierta desazón y en tono de excusa, que a lo largo del día siguiente llegarían a La Aguada los carretones con el envío de don Enrique. Por lo visto, había sido imposible llevar a cabo el trasiego previsto hasta el momento por causas

inesperadas. Y fue de agradecer el retraso en una jornada, para no acumular el trabajo a bordo en demasía.

Por fin, mediada la mañana siguiente se produjo la culminación de la faena, hasta coronar la banderola. En palabras de Quijano, la generosidad del señor de Monturbio se había agrandado hasta la guinda, porque hicimos una carga que necesitó de unos treinta barqueos de la lancha y el bote a plena carga. Y de todo llegaba en la ocasión, entre costillares de vaca, corderos, aves, huevos, legumbres, cereales, miel, azúcar, café en abundancia, vino, aguardiente y cualquier elemento que se necesita en una cocina bien servida para el señor. Mucho se alegrarían en la plaza montevideana de nuestra carga, pero al mismo tiempo calculábamos las remesas para retener a bordo algunas lindezas especiales, que enviaba don Enrique para el comandante y sus oficiales.

Como nada nos retenía en La Aguada, tras un día de descanso dominical más que merecido por mis hombres en el que dicté una breve lectura del precepto religioso elevado en el tambucho de la timonera, levamos las anclas para regresar a Montevideo. Y eran buenas las condiciones, mantenidas en las mismas cuerdas en cuanto a estado de la mar, así como fuerza y dirección del soplo. Lo digo porque ahora, obligados a navegar contra el viento, deberíamos rifar en bordo sobre bordo para establecer derrota hacia el sudoeste. Y aunque el segundo me recomendara un bordo largo para ganar barlovento y regresar en vuelta con viento de través, entendí como una beneficiosa lección navegar con una bordada cada dos horas, virada arriba y abajo, por avante y en redondo, que es una de las mejores escuelas para los hombres de mar.

Además de la satisfacción que suponía haber cumplido con creces la misión impuesta, elevaba el espíritu comprobar que las almas de seco cobraban sal en la piel poco a poco. Porque conforme acumulaban días de mar en sus higadillos, disminuía el vocerío en las maniobras y bajaban en escala las fallas a la vista. Incluso los hombres destinados a la rueda del timón parecían tomar el pulso con mayor gracia y soltura, aunque en ceñidas de orden o bolina dura aumentara la presión de los brazos y se produjeran algunas guiñadas indeseables, que embolsaban las velas a desmadre. Pero ya entraba don Agustín con pito y brazos, sin dejar laguna con agua.

Por el contrario, la única nota amarga se producía en quien nada lo merecía. La salud del valiente soldado Busquets, que evitara la propagación del incendio, empeoraba por momentos, al aparecer procesos de purulencias y malos humores por todo su pecho quemado. Al mismo tiempo, comenzaba a

entrar en periodos de delirio con fiebre elevada, que poco bien auguraba en futuros. Intentaba por mi parte animar al joven Plácido, que dedicada noche y día al herido, rindiendo una vigilia como jamás había observado en un galeno profesional. Posiblemente, sería el primer hombre que moría bajo su directa responsabilidad y también quien abría el círculo negro de las bajas a bordo del queche Hiena.

El tornaviaje hacia el apostadero, con una apreciable carga de víveres a bordo, se mantenía de forma placentera y sin novedades dignas de señalar. Nos encontrábamos a levante del cabo de Santa María y unas veinte millas de distancia, con el cielo cuajado de rumazón negra, cuando el vigiador cantó por primera vez. La sorpresa fue grande, porque hasta el momento habíamos navegado por mares aisladas del mundo, sin un mísero falucho a la vista.

—¡Una vela! ¡Tres cuartas a estribor!

Aunque se trate de una voz que, en situación de guerra, suele acelerar el pulso de todo el personal a bordo, en aquella ocasión la recibí como una bendición. Porque ya deseaba cruzar derrota con algún buque y entrar en la norma general de la mar. Como no disponía de guardiamarina, ni la guinda del trinquete merecía la pena con su aumento en distancia, confié en la información del grumete Lampiño, un pequeño ferrolano que se encontraba de guardia.

—¡Aparejo de bergantín!

Como ya había ordenado aproar en la dirección señalada sin dudarle, poco después comenzábamos a distinguir los perfiles del buque que, en efecto, se trataba de un bergantín mercante, panzudo, con unos cuatro cañones de escaso calibre por banda y borda al ras, lo que indicaba su elevada carga. Navegaba con todo su aparejo largado a los cielos con proa hacia el sur, al límite de la bolina, amurado a estribor. Fue Quijano el primero en lanzar una sentencia.

—Apuesto mi soldada de seis meses, si es que algún día llego a recibirla, a que se trata de ese putorrón bergantín Blue Ribbon. Es una pieza bastante conocida en este escenario.

—¿Blue Ribbon? ¿Británico? —pregunté, aunque eran escasas las dudas que albergaba.

—Iza pabellón britano a popa, desde luego, pero de pura conveniencia, señor. Quién sabe cual será su auténtica nacionalidad. Lo tenemos anotado como uno de los que cruzan con víveres, armas y pertrechos para los rebeldes con cierta asiduidad. En cuanto le sea posible, cruzará bordo a estribor para tomar el Plata con dirección hacia el puerto de Buenos Aires. Según nos informaron en la mayoría general, carga en Boston u otro puerto del norte

americano para rellenar con alimentos en las islas caribeñas, normalmente en Puerto España.

—¿La de la isla Trinidad? —Eso parece, señor.

—Lástima que perdiéramos esa hermosa isla en el pasado siglo. De modo que el bergantín Blue Ribbon. Así se pudran sus maderas y alcance los fondos por derecho —exclamé, indignado—. Y nosotros debemos contemplarlo sin mover un solo dedo.

—Ya se acostumbrará, señor —señaló Armentía—, que esa es la función de cada día.

—¿Y si realizamos visita de inspección?

—Será severamente reprendido por el virrey, señor —argumentó Quijano con rapidez—. Aunque encontremos a bordo cañones de campaña de a 24 y lo tomemos en presa, una vez en el apostadero declararán que pensaban descargar en Buenos Aires el comercio lícito, para proseguir hacia las islas britanas del mar del Sur o donde se les ocurra con el armamento. Poco después aparecería la fragata britana Nereus, para exigir que se le dé libertad. No hay nada que hacer si se mantienen las directrices proclamadas por nuestro Gobierno.

—¡Por los cojones del sultán! ¡Qué vergüenza! Nos bajamos las calzas hasta mostrar el trasero al aire sin un mínimo de dignidad. Bien que me gustaría entrarle con el bauprés a su capitán por el trasero. Por este maldito camino será imposible que ganemos la guerra a los rebeldes.

—A no ser que desde la Península nos envíen algunas unidades de porte y suficientes hombres —terció Tosquilla—. En ese caso, descalabraríamos a esos traidores en un santiamén. Un bombardeo en regla sobre Buenos Aires y a correrlos hasta la Patagonia.

—Mientras se mantenga la guerra contra el francés, lo veo complicado.

—Lo peor del caso, señor, es que si algún día conseguimos echar a los gabachos, puede ser demasiado tarde. Estos independentistas cobran fuerza poco a poco, así como claridad de sus verdaderas posibilidades, que aumentan día a día.

Tenía razón Quijano porque se trataba de tema trillado y declarado por todas las voces sensatas. Por tal razón, a la vista el buque contrabandista sentía hervir la sangre a borbotones. No obstante, deseaba llevar a cabo algún gesto, por lo que ordené arrumbar dos cuartas avante de su proa, ciñendo al límite. El segundo pareció comprender mis intenciones.

—Supongo que desea ofrecerle una pasada en caliente. ¿No es así, señor?

—En efecto, segundo, y con agua chorreando en borbotones.

Cerramos distancias con rapidez porque con el viento fresco y todo el aparejo largado el Hiena tragaba millas con barbas a proa. Enmendé el rumbo a babor, pensando en tomarlo por la popa y caer de rumbo al encontrarme a escasa distancia. Ya se divisaba con todo detalle y no se trataba de tablas viejas, que el bergantín relucía en oros, sin mermas a la vista. Incluso su personal en circulación por cubierta aparecía con prendas de decencia y cierta formalidad.

De acuerdo con la maniobra trazada, cuando cruzábamos su estela, viramos con toda la caña hasta quedar situados por su aleta a rumbos paralelos. Tras situar a la rueda a los dos mejores hombres, fui cerrando distancias conforme avanteábamos, gracias a nuestra mayor velocidad. Y juro por el dios Neptuno que le entré a rascar maderas, tanto así que el Blue Ribbon, un tanto atemorizado, intentó caer una cuarta a estribor, condición casi imposible por navegar al límite de su ceñida. Cuando me encontraba a su altura, quien debía ejercer el mando, un hombre moreno de cabello y piel pulcramente vestido con casaca de capitán, se destocó en corrección, cortesía a la que no respondí. Y me pareció observar claros signos de desconfianza o temor en su rostro.

Recorté vela para mantenernos durante algún tiempo más por su costado de babor a escasas pulgadas. No se apreciaba carga en cubierta, salvo algunos fardos de colores inciertos que nada concreto indicaban. La verdad es que lo manteníamos cercado en cepo, porque el viento le impedía caer una sola cuarta a estribor y la posición del Hiena a la banda contraria. Y no debía de gustar el juego a su malparido patrón, que acabó por ordenar largar escotas para entrar en facha. Fue el momento en el que dirigí la mirada por última vez al capitán, con todo el odio que un rostro puede ofrecer.

Mientras dejábamos atrás al bergantín contrabandista, la sangre se mantenía a borbotón y en corrida alocada por las venas. Fue el momento en el que una voz interior intentó avisarme de que ya aparecería una nueva y más favorable ocasión. Y como devoto de los duendes negros, me aferré a aquellas palabras, jurándome que volvería a cruzar derrotas con el bergantín Blue Ribbon y podría hincarle el diente al gusto propio.

9. Novedades

Una vez superada la primera comisión de mar con aquella heterogénea y primeriza dotación, el Hiena comenzó a realizar misiones más propias de un buque de la Real Armada. Porque aunque exitosa, nadie podría negar que un sencillo transporte de víveres es empresa asequible para cualquier tartana del comercio, aunque la presencia del queche en La Aguada y la visita del señor de Monturbio hubiera facilitado por largo el embarque de provisiones. Y como no deseaba que mis hombres perdieran los gestos aprendidos con tanto esfuerzo, solicité al capitán de fragata Parejo salidas a la mar de continuo, al menos durante los primeros meses, ya fuera en patrulla, transporte o cualquier otra medida que se considerara aceptable. De esta forma, hasta el comienzo del mes de julio, entrados en el invierno austral, llevé a cabo sencillas misiones de transporte de armamento y tropas, así como de vigilancia en el estuario, unas veces en apoyo de la división del capitán de fragata Romarate y otras en solitario.

Como ya los víveres se movían en cuerdas de normalidad y almacenábamos a bordo suficiente cantidad para tres meses sin limitaciones, incluido el aguardiente de don Enrique, que sabía a gloria celestial, no sufríamos las penalidades de los primeros días y la dotación se mantenía al gusto. Incluso esos roedores llamados carpinchos, apartados de primera mano por su poco agradable aspecto, llegaron a tomarse con placer, aunque se tratara, como nos indicara Gabriela Monturbio con razón, de una carne con fuerte sabor. Pero sabiamente tratada con especias por Miguelillo, atacaba sus tajadas estofadas como si se tratara de la mejor de las paletillas. Y también comprobamos las muchas utilidades de sus recias pieles, curtidas por marineros y grumetes para uso propio.

Poco a poco me fui haciendo con la navegación por las aguas del Plata, que no son fáciles de tomar para los no iniciados en su complicada hidrografía. Eran muchos los bajos peligrosos, con testigos a la vista de

buques despanzurrados en pecios de vela. Pero, en ese particular aspecto, llamaba la atención la profesionalidad del segundo comandante, un maestro en tal asignatura, capaz de moverse de noche y sin balizas de luz a la vista. Aunque un tanto flojo de venas y blando de espíritu, me cupo la enorme suerte de contar con su experiencia, una habilidad personal que, poco a poco, transmitía al joven pilotín, un montevideano llamado Andrés Falquillo.

Como norma general de aquellas primeras semanas, nuestras operaciones se ciñeron en casi su totalidad a la banda septentrional del estuario del Plata. Por tal razón, a veces entrábamos en aguas cuyas sondas andaban cerca de rascar la quilla del queche, con escasa tranquilidad para mi espíritu. Solamente en una ocasión llevamos a cabo una ligera acción de castigo sobre la capital bonaerense, feudo central de los llamados republicanos, a finales del mes de junio. Bombardeamos durante una hora la ciudad en compañía de la división del capitán de fragata Romarate, compuesta por dos bergantines y un falucho, sin objetivos concretos y al bulto. La verdad es que se desarrolló sin mayor oposición desde tierra y ninguna presencia naval enemiga, una empresa más testimonial que otra cosa, aunque me doliera disparar los cañones del queche sobre tan hermosa ciudad. Y se trataba de una lección diaria navegar bajo el mando de Romarate en aquella primera acción de conjunto. Porque el vizcaíno bordeaba los lindes como lebrato de orejas planas.

La primera acción con tintes de peligro y sangre en cubierta la llevamos a cabo entrados en un mes de julio lluvioso, frío cortante y con viento del sur. Debíamos escoltar dos viejas zumacas^[40] cargadas hasta la regala de soldados y artillería hasta la ciudad de Colonia, como se denominaba en coloquio a la famosa del Sacramento, que tantas batallas había sufrido en sus propias carnes entre portugueses y españoles a lo largo del siglo anterior. Como habíamos obrado en ocasiones previas, nos ceñimos para barajar la costa septentrional en lo posible. Una vez librado el banco de Santa Lucía, hicimos por la punta de San Gregorio con objeto de tomar el banco del Norte, intentando mantener el queche en el veril de las tres brazas. Y como la noche se nos echaba encima, fondeamos a escasa distancia de la punta del Sauce. Debo reconocer que no andaba muy contenta mi alma al comprobar en carta y derrotero una sonda de dos brazas, por mucho que Quijano me asegurara que sobraba agua bajo la quilla, lo que fue corroborado al lanzar el escandallo.

Deben tener en cuenta que los levantamientos hidrográficos llevados a cabo hasta el momento en el Río de la Plata no ofrecían las garantías necesarias en aguas de intenso tráfico. Tanto así que, de tiempo en tiempo,

varaba algún barco en bajo desconocido hasta entonces, ocasión en la que se marcaba correctamente en las cartas y derroteros, y su pecio quedaba con las cuadernas al aire en visible recuerdo. Por tal razón se utilizaba lo que los pilotos llamaban de forma coloquial como corredores de seguridad, aquellos que con certeza casi absoluta quedaban libres de sorpresas o así se estimaba.

En la mañana siguiente continuamos nuestra navegación hacia Colonia, manteniendo en conserva a las dos zumacas. Por desgracia, nos retrasamos más de lo debido, al tener que ofrecer remolque a una de ellas, La Carretera, mientras reparaba su deteriorado aparejo con una cangreja en puro desbarate. Era opinión general que portaban excesiva carga, aunque el estado de la mar lo permitiera si no se alzaban las olas una pulgada más. Aunque observamos alguna embarcación en la distancia sin llegar a ser reconocida, las informaciones nos hablaban de nuevas unidades alistadas para lo que los traidores denominaban como Marina republicana, una acepción que no aceptábamos en ninguna forma. A la altura de la punta de los Artilleros cruzamos derrota con un buque desconocido, que arboló pabellón español hasta ser registrado como falucho propio de carga. Y sin más contratiempos, arribamos a la altura de Colonia, donde se comenzaron las operaciones de barqueo y desembarco de hombres y armas.

Debo aquí señalar que uno de los oficiales, embarcado a bordo del queche en situación de transporte, había sido el capitán Francisco Destels. Y por todos los cielos que sufrí momentos de angustia al pensar en la posibilidad de que se topara de frente con el aventurero y pudiera rifarse algún lance de violencia. No obstante y para mi sorpresa, comprobé que se saludaban amigablemente, como dos viejos amigos. Fue entonces cuando nos explicó las operaciones de castigo que pensaban llevar a cabo en los cerros de San Juan, donde se tenían noticias de que los rebeldes intentaban levantar a paisanos y camperos por su causa. Quedé tranquilo, aunque en mis adentros reconocía como verdaderas las opiniones vertidas por Monturbio sobre este oficial, uno de esos hombres que no se ven llegar por derecho y en sinceros.

Como el resguardo tomado sobre las islas cercanas a Colonia había sido generoso, con objeto de comprobar los detalles de aquella costa hicimos hacia el norte, para quedar fondeados a escasas varas de la isla de los Hornos, cuando ya las luces comenzaban a declinar. La faena de las zumacas se demoró en demasía, por lo que decidí largar los ferros junto a la isla, en un buen tenedero marcado por Quijano. Al mismo tiempo, el bergantín Cisne, con la insignia de Romarate en su pico, que regresaba de navegación en el Paraná hacia el apostadero, tomaba a su cargo la conserva de las dos zumacas

en el tornaviaje. De esta forma, quedaba el queche en libertad para llevar a cabo la vigilancia ordenada hacia la Gran Rada de Buenos Aires, antes de regresar al apostadero.

La noche era negra como pozo de diablo, cerrada de nubes a tenazón, ventosa y fría. Como de costumbre, alistamos guardia redoblada, de acuerdo a las instrucciones recibidas sobre los planes de los republicanos para tomar el queche en la primera oportunidad posible. También quedaban entrados en batería, cargados y listos para disparar, la mitad de las piezas, con sus servidores a mano. Pero es verdad de ley que la rutina abre surcos de seguridad nunca ofrecidos y los hombres en ronda acaban por decidir que nada anormal ha de suceder en su periodo de guardia.

Por tales razones, decidí mantenerme en cubierta hasta que se aclararan las luces, aunque como norma habitual seguía las indicaciones del general Escaño, cuando declaraba que, en la mar, sobre la cama del comandante solamente debían descansar sus aparatos de navegación. En esta ocasión, debimos agradecer la profesionalidad del grumete Piernas, un joven espigado y voluntarioso natural de Montevideo, que se había hecho pronto a las condiciones de mar. Me encontraba en el alcázar cuando picaba la primera hora del nuevo día, momento en el que el joven se acercaba al alférez de fragata Tosquilla, oficial de guardia.

—Perdone, señor, pero me ha parecido observar una chispa sobre un bulto negro.

—¿Qué carajo entiendes tú por una chispa y por un bulto negro, muchacho? —preguntó Tosquilla—. ¿Por dónde lo has avistado?

—Por la aleta de babor, señor.

En pocos segundos, éramos seis o siete los pares de ojos afanados en recorrer con la vista la dirección señalada por el grumete. Y por todos los santos que nada se observaba por fuera de una negritud infernal. No obstante, aproveché la presencia del contraamaestre para entrar en órdenes de seguridad.

—Don Agustín, personal de maniobra listos para llevar las anclas a la orden. Avise al segundo comandante para que todos los hombres ocupen los puestos de combate, pero a la callada, sin toque de corneta ni redoble de tambor. Y que un cabo de ronda compruebe a la carrera que no aparece un solo tarro de luz a bordo.

—Quedo enterado, señor comandante.

—Puede que solamente se deba a la imaginación del grumete, señor —apuntó Tosquilla.

—Es más que posible, pero nada perdemos y se trata de una buena escuela, pensando en acciones venideras de parecida índole.

—Se ve el bulto, señor —insistía el grumete, que parecía dotado por los cielos con una especial visión nocturna.

—¿Por donde, Piernas?

Mientras se ocupaban los puestos de combate con susurros de protesta, que pensaba cortar en la primera ocasión con el rebenque a la mano, ordené alistar a doce fusileros en la banda de babor desde el combés hasta el alcázar. Porque ahora estaba convencido de la veracidad en las informaciones del grumete, aunque se tratara de impresiones nacidas del alma. Poco después, también yo creí entrever el efecto de la fosforescencia en las aguas, normalmente producidas por su movimiento. Teniendo en cuenta que, en mi personal opinión, el método más adecuado para atacar al queche sería la utilización de lanchones con fuerza armada a bordo, apoyados por algún buque mayor hasta llegar a escasas varas del objetivo, no lo dudé un segundo.

—Cañones de babor cargados con metralla y apuntando a la superficie de las aguas. Que abran puntería con los espeques^[41] para cubrir dos cuartas a banda y banda de la aleta. Fusileros con las armas cargadas y listos para disparar a la orden.

Un nuevo reflejo se dejó ver en la superficie de las aguas, que entendí producido por los remos de un lanchón en su movimiento. Y ya me quedaban escasas dudas en la mollera, aunque todo se manejara, por ahora, en imaginaciones. Y como entendí llegado el momento, porque más vale asegurar en falso que llorar la pérdida, lancé la orden esperada.

—¡Fuego a la batería de babor con las punterías indicadas!

Aunque no se llevó a cabo la descarga en su conjunto, con un par de cañones retrasados en obedecer la orden del jefe de la batería, el infernal estruendo se producía por primera vez a bordo, al disparar nueve piezas de forma casi simultánea. Se abrieron luces con las explosiones, al tiempo que la noche parecía cobrar vida propia. Y pronto comprendimos el éxito del grumete Piernas en sus primeras observaciones. A nuestros cañonazos se respondió desde las sombras con cerrado tiro de fusilería. Por el chasquido y luminaria de sus disparos, estimé que no debían de encontrarse los atacantes a mayor distancia de unas cien varas. Por tal motivo, también ordené fuego de fusilería en dirección a los fogonazos, así como la rápida carga de la batería de babor, para disparar nuevamente con bala de metralla, apuntando cada cabo de cañón de acuerdo con sus propios avistamientos.

Deduje que se trataba de dos lanchones de eslora generosa, porque los chispazos de su fusilería se alargaban de popa a proa en bastante distancia. De todas formas y por precaución, ya había ordenado al contramaestre llevar las anclas, por si era necesario salir de estrepada. Desconocía el volumen total de la fuerza atacante y no era cuestión de quedar rodeados con posibilidades de abordaje. No había previsto mal Quijano la situación, porque el fondeo nos permitía salida franca hacia el sudeste y, de esa forma, tomar el banco Grande de Ortiz y progresar después al placer propio.

Mientras el fuego de fusilería se generalizaba de forma nutrida y escuchaba los primeros lamentos de heridos a bordo del queche, la segunda de las andanadas de nuestra artillería, ahora con blancos a la vista y cargada con metralla de cortadillo, fue decisiva. Los gritos y órdenes de agonía se repetían en la distancia, señal de que acertábamos al bulto con suficiente efectividad. Y para tranquilidad propia, la acción se ceñía únicamente a la banda inicial de avistamiento, la de babor, una condición de la mayor importancia. Lo entendí como un error de los atacantes, que habrían rendido mejor su osadía si hubiesen dividido sus fuerzas a las dos bandas.

Ya las anclas se encontraban aclaradas por encima de la superficie cuando nos dejamos caer a babor con fofoque y fofoque en alto, que chupaban suficiente bolsa. Aproé de inicio hacia los lanchones, por si me llevaba alguno prendido en los bigotes. Y una vez cuadraba el viento en tres cuartas, izábamos la mayor para progresar con proa al sudoeste cuarta al oeste, precisamente la dirección aproximada desde la que nos habían atacado. Pero ya los lanchones o desconocidas embarcaciones similares, que la oscuridad se mantenía al cierre de espuestas, debían bogar a ritmo de galeotes en escapada, porque la secuencia de sus disparos decrecía con rapidez. Y unos minutos más tarde también yo ordenaba cesar en el fuego, que no era cosa de desperdiciar la pólvora del rey en falso, como habría dicho el general don Antonio Barceló.

Navegamos sin mayores incidentes y con escaso trapo durante un par de horas. Y debíamos de haber avanteado unas cinco millas desde la posición inicial cuando ordené virar por avante y quedar aproados al sudeste, con intención de progresar en dirección al canal del Medio. Pero también me alcanzaba el momento negro de escuchar las bajas sufridas a bordo, cuestión difícil con aquella oscuridad que parecía quererse tragar las almas de todos, aunque Quijano recomendara rumbos como si se encontrara con el sol en altura.

En principio, el buque no mostraba secuelas, salvo alguna bala encastrada en la madera, que marcaría una reliquia para siempre. Por el contrario, se habían producido siete bajas entre fusileros y marineros, dos de ellos con bala en el pecho y escaso futuro. Y como si se tratara de funesta coincidencia del destino, tanto el soldado de Batallones como un marinero malagueño entregan su vida con escasos segundos de intervalo.

Volví a alabar la profesionalidad de Plácido, el estudiante que cubría puesto de sangrador y cirujano. Mucho aprendería el joven con aquellas prácticas improvisadas, pues debía curar a los cinco heridos que entraban bajo su responsabilidad con la única luz de un vacilante y pequeño farol. Eran ya tres en total los hombres perdidos desde que tomara el mando del Hiena, condición que mucho entristece el alma. Y ataca de forma especial cuando intentas recordar sus rostros, un detalle que no siempre se consigue.

Aunque se encontraba previsto el regreso del queche al apostadero escasos días después, no deseaba interrumpir la patrulla ordenada. Por tal razón, decidí entregar los cuerpos de los dos últimos caídos a la mar en la mañana del día siguiente. Después de todo, no hay mejor camposanto para el hombre de mar que los reinos del dios Neptuno. Como dice la coplilla marinera en plena razón, no crecen las flores en la tumba del marino.

De acuerdo a las instrucciones recibidas, continuamos nuestra patrulla durante cinco días más. Atravesamos el canal del Medio, dejando el banco Chico a estribor, donde el palo de un buque todavía recordaba un penoso naufragio. Continuamos hacia el pontón del Indio, momento en el que dudé sobre la derrota que debía escoger. Quijano entró en recomendaciones.

—Si le parece bien, señor, podríamos barajar la ensenada de San Borombón.

—¿Ha dicho la ensenada de San Brandan? —pregunté, extrañado.

—No, señor, que no se trata de esa isla mágica que navegaba a la deriva en la antigüedad —Quijano reía, una facultad que utilizaba escasas veces.

—¿Una isla navegando a la deriva, señor? —preguntó el aventurero, interesado.

—Se trata de una antigua leyenda —dije para aclarar mi error—. En ese conjunto de islario mágico que aparece en la Edad Media, se nombraban islas como Satanaxio, Brazil, Royllo, Tammar, Mayda, Stocafixa y tantas otras que solamente existían en las perdidas cabezas de los antiguos navegantes. De ellas, San Brandan era bastante famosa porque, según aseguraban, navegaba permanentemente a la deriva, huyendo de los marinos que a ella intentaban acercarse. Pero regresando a la realidad, segundo, de qué isla me hablaba.

—Ninguna isla, señor. Me refiero a la ensenada de San Borombón, en el fondo meridional del estuario. Dispone de unas sesenta millas de abertura entre la punta de Piedras y el cabo de San Antonio. Pero se trata de una zona bastante limpia, aunque se le estimen corrientes de fuerza que, personalmente, nunca he comprobado. Podemos barajarla casi al palmo. Además, el fondeadero de San Clemente, en su extremo oriental, suele ser utilizado por los rebeldes para barqueo de unidades menores.

—Pues tomemos esa ensenada de tan rimbombante nombre, que desconozco. ¿Disponen los rebeldes de baterías en esa zona? —Parece que no, de momento.

—Bueno, si observamos movimiento de tropas o el establecimiento de alguna batería, podemos darles un disgusto.

—Será reconvenido por el jefe de escuadra Salazar si gasta pólvora en exceso —Quijano entraba por bajo y con retranca.

—Pero no sabe que en el estado de fuerza rendido aparece menos pólvora que la verdaderamente dispuesta a bordo. Por cierto, señores, que se rumorea su relevo. Bueno, dicen que ha solicitado el pase a la Península por motivos de salud.

—Así se comenta, señor —aseguraba Quijano, que parecía encontrarse siempre al tanto de toda noticia montevideana—. Se comenta que ocupará su puesto el capitán de navío don Miguel de la Sierra.

—No lo conozco.

—No obstante, parece ser que el general Vigodet se mantiene en el puesto de gobernador. Porque también se oyen lenguas en el sentido de que el general Elío regresa a la guerra peninsular.

—Desde España llegan órdenes, relevos y demasiadas instrucciones —dije con tono agrio—. Muchos cambios pero pocos hombres y pertrechos, que es lo verdaderamente necesario. ¿No comprenden lo que nos jugamos en esta zona? Ahora que, según parece, andan los franceses con problemas por toda Europa y se ha levantado el sitio de Cádiz, que luce el lord británico con sus hombres de una putañera vez. Deberían enviar algún navío de dos puentes al Río de la Plata, bien repleto de compañías del Ejército y un buen número de gente de mar.

—Tal situación sería considerada como un milagro santero, señor —dijo Armentía—. Y sería excelente medida, porque estoy seguro de que desmoralizaría a esos rebeldes del demonio.

—Esperemos que las cabezas pensantes de la Regencia así lo entiendan.

Barajamos toda la ensenada de San Borombón, hasta avanzar el cabo de San Antonio. Fue el momento de aproar al levante puro, hasta alcanzar el meridiano de Montevideo. Ahora disponíamos de cancha con entera libertad para progresar al gusto y retomar los ejercicios de mar y guerra, que no era cuestión de abandonar los buenos preceptos.

Regresamos al apostadero sin mayor novedad en el tiempo previsto. Tan solo la ceremonia del funeral marítimo se mantenía grabada en negro por mi cerebro. Bien sabe Dios que mucho duele observar cómo los cuerpos abandonan el buque para entrar en el agua enlazados en cois cosidos y lastrados con bala. Más hombres que entregaban su vida por una causa, un ideal que no parecían comprender como importante quienes a ello obligados estaban.

* * *

De acuerdo con las instrucciones establecidas en un principio por la mayoría general, una vez rematada las misiones de escolta y patrulla ordenadas, largué las dos anclas frente al apostadero. Si no surgían noticias de urgencia a la contra, se preveía un periodo de dos semanas sin operaciones a la vista, unos días de merecido descanso para mi dotación, tras cuatro meses de intensa faena. También debíamos acometer algunos trabajos a bordo, especialmente en la relinga del foque, con bretes reincidentes que se debían reparar, así como en el sistema de izado de la cangreja mesana, que no corría por el árbol al gusto y sin entronques. Pero en el aspecto personal, no me alcanzó dicha relajación ni una pobre onza, porque aparecieron diversas noticias que me afectaron por derecho y en altura, aunque entonces no pudiera ni siquiera imaginarlo.

En la mañana siguiente a nuestro arribo, me dirigí a la mayoría general para ofrecer la novedad de la última comisión. Encontré al capitán de fragata Parejo a solas en su despacho, una inusual condición que mucho me alegró. Debía exponerle con detalle los acaecimientos sufridos durante la comisión, lo que prefería efectuar a solas y en tranquilidad, sin el habitual batiburrillo de personal en continuo requerimiento a su alrededor. Pero como las noticias en aquel escenario corrían a postas desbocadas, antes siquiera de saludarlo me espetó con una ligera sonrisa mientras tomaba asiento frente a él.

—Quisieron cazar al queche de tus amores, por la noche y a la brava, esos jenízaros del demonio. Menos mal que reaccionaste con rapidez.

—Vaya por Dios. Resulta que te encuentras al día y con todo detalle de mis andanzas diurnas y nocturnas por el Plata. Acabará por ser innecesario, acudir a rendir la novedad o redactar el parte de campaña.

—Las voces corren por la ribera al salto. —Parejo reía de buen humor—. No olvides que te encontrabas fondeado a dos o tres millas de Colonia, y desde allí se escucharon los alborotos nocturnos y los fuegos artificiales. Según nuestras informaciones, dos lanchones de peso y con unos ochenta hombres en cada uno fueron remolcados por el bergantín Nancy, hasta dejarlos a escasa distancia del queche.

—¿Bergantín Nancy? ¿Una nueva unidad para los rebeldes?

—Eso parece ser. Y con un porte de quince cañones. Creyeron que al encontrarse en noche cerrada sería suficiente con el asalto y abordaje de los lanchones. Si te hubiera atacado al mismo tiempo el bergantín por la banda contraria, se os habría complicado la maniobra de defensa. Y según me llegaron las noticias, les hiciste a esos bribones un elevado número de bajas.

—Me alegra saberlo. A bordo del Hiena perdimos dos hombres solamente, un soldado y un marinero, que lanzamos a las aguas del Plata con las debidas atenciones. Además, unos pocos heridos que ya se recuperan bajo los cuidados de tu sobrino, un joven magnífico, con plena dedicación y buenas manos.

—Me alegro. Se lo diré a Rosario.

—Pero tienes razón. Nos sonrió la suerte en troneras, porque el fuego de fusilería enemigo era nutrido. Como dices, si me llegan a tomar por las dos bandas, habría corrido la sangre a manguerotes. Y escogieron bien el momento porque, la verdad, no se veía un carajo a media vara de distancia en aquella noche cerrada.

—Pues ya sabes la solución. Debemos cuidar a partir de ahora tus fondeos nocturnos, especialmente en noches cerradas. A no ser que te encuentres fuera de las aguas del Plata, el único fondeadero seguro va a ser aquí, frente a la plaza.

—Eso parece. Pero, dime, ¿se ha producido alguna noticia interesante?

—Varias, a pesar del escaso tiempo transcurrido desde que abandonaste este fondeadero. Por un lado, nos encontramos a la espera de que arribe el capitán de navío don Miguel de la Sierra, que ha de sustituir al jefe de escuadra Salazar.

—Eso me habían comentado, aunque ni siquiera he oído hablar de él. ¿Lo conoces?

—Ligeramente. —Parejo intentaba evitar el tema—. Ya sabrás de él con mayor detalle.

—No me gustan tus palabras, Tomás.

—Otra noticia es que el general Elío regresa a España, aunque no se conoce la fecha exacta de su partida. En ese caso, el general Vigodet, como gobernador de la plaza, quedará al mando general de la situación, aunque no asuma el cargo de virrey. Y ya sabes mi opinión sobre este caballero. Vamos, que no son nueces de colores las que rinden en la bolsa.

—Ya veo.

—Pero me falta otra importante noticia.

Me mantuve a la espera, sin responder, por si en este caso se decidía Parejo a entrar con claridad y por sinceros de una vez.

—Ha muerto, tras ser herido en combate, el capitán Francisco Destels.

—¿Destels? Pero si embarcó en el queche hace escasos días, de transporte a Colonia.

—Ya lo sé. A los dos días de arribar a Colonia, se formó un destacamento para inspeccionar la ladera oriental de los cerros de San Juan. Parece ser que se confiaron en exceso y formaron un grupo poco numeroso. Lo cierto es que los rebeldes se encontraban bien informados y los esperaban. Fueron batidos y regresaron menos de la mitad de sus hombres. Destels consiguió hacerlo con un tiro en una pierna y otro en su costado. Las heridas debían de ser de gravedad, porque murió un par de días después. Precisamente, se ha previsto para esta tarde a las cinco su inhumación, tras una misa colegial en la parroquia de San Francisco. Si quieres, puedes acompañarnos a Rosario y a mí. Pero de forma voluntaria, aunque en esta plaza se tomen nota puntual de las faltas de asistencia.

—Por supuesto que os acompaño. Según tengo entendido, sus dos hermanos se encontraban por Europa. Eso me explicó don Enrique de Monturbio.

—No es exacta del todo esa noticia. El siguiente en la línea familiar, Eduardo, pasaba unos días en la hacienda de un amigo, metido en tierras del Brasil. Parece ser que ya ha aparecido en Montevideo. El pequeño, Miguel, es quien todavía se mueve de viaje por Europa. No parecen estos dos pájaros de alas blancas tan patriotas como el hermano mayor.

—Supongo que Alicia estará destrozada.

—Pues eso parece.

Creí entrever cierto tono en la voz de Parejo, que no llegaba a comprender. Y como era mucha la curiosidad que el tema presentaba, insistí

en formas.

—No sé si debo preguntarte, por no entrar en inconveniencias. Después de todo, Destels era primo de tu mujer y...

—Tenemos suficiente confianza, Beto. Además, se trata de un tema corrido y trillado por las dos bandas. No sé si el joven Verdaguer te habrá narrado sus propias penalidades o te llegaron noticias sobre el asunto por algún otro camino. Pero no es Alicia mujer muy querida en la plaza por las familias antiguas.

—Fue Enrique de Monturbio quien se explayó a fondo sobre Alicia, sus amores y sistema de vida. Bueno, al menos su opinión al respecto. —No quise entrar en las confidencias personales del aventurero, que debían quedar selladas en mi pecho—. Y, en efecto, no parecía dispensarle especial aprecio.

—Todos opinan, incluida Rosario, que esa mujer solo buscaba la fortuna de la familia Destels, una vez arruinado su anterior prometido. Personalmente, la creo capaz de llevar a la ruina al mismísimo Satanás. Ejerce una especial atracción sobre los hombres, de la que pocos pueden escapar. Nadie puede negar que se trata de una real hembra, de las que aparecen en escaso número.

—Ya lo comprobé con mis propios ojos en tu casa. Una mujer de bandera.

—Lo recuerdo. Pero ahora ha recibido la peor de las medicinas. Porque al no haber engendrado, la mayoría de la casa pasa a Eduardo Destels, con todos los bienes de la familia. Y como las relaciones entre ambos se mantenían desde la boda con extrema tirantez, la hermosa hembra queda sin un solo peso a disposición. Incluso ha debido abandonar el palacete familiar con tremenda rapidez.

—¿No disponía Alicia de fortuna propia?

—Casi nada. Su padre era hombre de gran categoría y elevada fortuna. Pero desde que quedara viudo, se dio al juego y otros lances pecaminosos, hasta largar pesos y haciendas por los caminos. Vamos, que lo dejaron con los cueros al aire. Tanto así que acabó por suicidarse, aunque se guardaran las formas y se achacara el lance a un accidente de caza. Extraño accidente con un tiro de pistola en la sien. —Parejo se permitió una sonrisa—. Alicia, muy joven, quedaba en la puñetera calle. Solamente posee una modesta vivienda en las afueras de Montevideo, en la carretera del Cerrito, con escasas tierras que poca renta generan. Vivió al cuidado de una tía, hasta que también unas tercianas de muerte la llevaron a la tumba. Fue entonces cuando rompió con Verdaguer, para matrimoniar en pocas semanas con Francisco Destels.

—La pobre queda en mala situación.

—Sin duda. Espero que, al menos, Eduardo tenga la decencia de pasarle una pensión, aunque sea mínima. Después de todo, se trata de la viuda de su hermano. No obstante, llego a dudarlo, conociendo a ese malaje.

—Una mujer desgraciada. Pero estoy seguro de que encontrará otro hombre con rapidez. Solo ha de posar los ojos en una nueva víctima.

—Estoy de acuerdo contigo. Ya comprobé durante el almuerzo que no le apartabas la vista —Parejo volvía a sonreír.

—Quedé deslumbrado por su belleza.

El rostro y la figura de Alicia se hicieron visibles en mi cerebro con todo detalle. Recordaba a la perfección los gestos de su cara, el sinuoso contorno de su cuerpo y, por encima de cualquier detalle, el tono sensual y arrullador de su voz.

—Por cierto —Parejo deseaba cambiar el tema—, nunca te agradeceré lo suficiente esas frascas de aguardiente. Muy bien le debiste entrar a Enrique de Monturbio para que te regalara unos caldos de tal calidad.

—Ya te dije que quedé impresionado con la visita al queche. Todo fueron facilidades.

—Como ya los bebí, una de estas tardes me acercaré por el Hiena para que me invites. Porque supongo que algo quedará todavía a bordo, granuja.

—No creerás que he falseado ni una coma el estado de vida, rendido tras la comisión a La Aguada —entonaba con sorna—. En ese pliego aparece todo lo que embarqué a bordo del Hiena.

—Y yo te cantaré esta noche una milonga pampera, amigo mío. Bueno, seamos sinceros. En tu caso, habría hecho lo mismo.

—Pues como llevo varios meses intentando devolver el exquisito almuerzo que me brindaste en tu posada, creo llegado el momento. Ahora que el buque bajo mi mando debe sestear fondeado durante un par de semanas, se presenta la ocasión propicia. Díselo también a las hermanas de Rosario y a tus cuñados, si...

—Nada de eso. Bastante gorronean esos culebrones en mi casa. Acudiremos Rosario y yo, si es que en este estado de penuria todavía almacenas alguna...

—No te adelantaré detalles, pero estoy seguro de que ambos quedaréis contentos.

—Bueno, regresando a la milicia, el jefe de escuadra Salazar desea llevar a cabo una acción de castigo a cierta distancia. Y ha pensado en tu buque.

—¿Operación de castigo? Encantado.

—Regresarás a los primeros pasos.

—No te comprendo.

—Quiero decir que has de volver a las aguas donde apresaste el queche.

—¿Al río Negro?

—En efecto. Como sabrás, el fuerte del Carmen ha sido un foco de tensión en la guerra desde que comenzó a actuar la Junta revolucionaria en 1810. Ese fuerte o establecimiento se ha convertido en un símbolo, aunque no merezca en mi opinión tal prebenda. La verdad es que de aquella zona solamente se puede considerar de importancia la producción de sal, así como la de jamones y cueros. Las dos localidades situadas a banda y banda del río, tanto Carmen de Patagones como Viedma, han variado la bandera en diversas ocasiones. Y parece que el general Vigodet comentaba con el jefe de escuadra Salazar la posibilidad de embarcar una compañía del Ejército en el Hiena y dar un golpe de mano por aquella zona. Además, Viedma parece haberse convertido en un centro regulador de pertrechos y alimentos para los rebeldes, que se mueven por la Patagonia. Y según nuestros fieles informadores, tan solo se encuentra defendido por unos pocos soldados en el fuerte.

—El único peligro es, precisamente, ese fuerte, si ha sido convenientemente artillado.

—Parece que no han concedido la debida importancia a ese fuerte maragato al considerarlo como posición segura dentro de sus líneas. Pero esto que te digo me sale de corrido y sin detalles. Porque se trata de operación conjunta entre los dos privilegiados cerebros de nuestros jefes, y deberemos esperar a que la luz divina ilumine sus cabezas, si tal condición es posible.

Ahora reímos los dos con ganas. La verdad es que era una suerte mi compenetración con Parejo, lo que en mucho facilitaba mi labor.

—¿No ha llegado buque alguno de España? ¿Ni siquiera una mínima correspondencia?

—Según nos comunicó el virrey, debe arribar en pocos días un apoyo de dos mil hombres desde España. Con ellos cuenta para la acción sobre Viedma. De esa forma, es posible que recibas noticias de tu familia.

—¿Dos mil hombres? Cuesta trabajo creerlo como posible. Deben de haber mejorado de forma notable las acciones contra los franceses para que se cumpla ese esperado obsequio. Bueno, poco antes de abandonar Cádiz con la fragata Proserpina, escuché una conversación en la que el comandante general de la escuadra, general Valdés, hablaba de trasladar el regimiento de Castilla, así como los batallones de Asturias, Lobera, Zamora y compañías de artillería hacia las Indias. Para ello debían poner a punto los navíos San Pedro Alcántara, Miño, Algeciras y Asia, cuestión nada sencilla por aquellos días,

como es fácil comprender. Es posible que mejoraran las condiciones en el arsenal y hayan sido carenados.

—También es posible que regrese a estas aguas tu querida Proserpina, con alguna urca o fragata de carga en conserva. En fin, ya veremos cómo se cuece la paloma, si es que alguna vez llega a la perola. Pero estoy de acuerdo en que me parecen demasiados hombres. Espero que, al mismo tiempo, nos envíen gente de mar, que en ese aspecto sufrimos muy a fondo.

—Puedo garantizarlo.

—Por cierto, Beto, ¿cómo se mueve tu dotación? ¿Mejora la situación?

—Gracias a Dios mejoramos día a día, pero le cortaré la mano a quien intente quitarme uno solo de mis hombres. Ahora lo que necesito es cubrir las tres bajas sufridas, especialmente la del marinero.

—A ver si encuentro alguno, aunque se trate de diácono expulsado. Lo arreglaremos. El pobre de Romarate anda en las mismas cuerdas y no para de correr estuario adentro, con bastante pelea de fusil. Porque los rebeldes han aumentado sus fuerzas, pero no sacan la nariz aguas afuera. Nos tememos que se encuentren preparando alguna traca gorda, aunque son muchos los informadores. Bueno, según parece, también los rebeldes reciben noticias exactas de nuestros movimientos y proyectos, como ocurrió en la empresa sobre los cerros de San Juan.

—¿Espías entre nosotros?

—Muchos, para nuestra desgracia. Cualquiera hombre o mujer de la calle puede acabar enterado de casi todo en esta plaza. Ya sabes la extrema dificultad que supone a nuestros compatriotas mantener la boca cerrada un par de minutos.

—No había caído en ese detalle.

—Bueno, querido amigo, tu conversación es muy amena, pero no soy comandante de buque, y se me abre una faena de grano gordo por la proa. Nos vemos esta tarde en el entierro del pobre Destels.

—Allí estaré. Y ofreceremos el debido pésame a la hermosa viuda.

—No te acerques demasiado. —En esta ocasión hablaba en serio—. Pude comprobar en casa sus miradas hacia ti, y una acción así es tan peligrosa como las balas rojas del inglés.

—No exageres, Tomás.

—Llevas demasiados meses sin mujer a la vista y tal situación desata las tripas sin medida. Si la necesidad llega a ahogar, puedo recomendarte un par de salones que te aligerarán el peso.

—Me parece una idea excelente, que pensaba consultarte. Soy bastante permisivo en cuanto a esas discusiones del adulterio, infidelidades y otras mandangas parecidas. Estoy muy enamorado de mi mujer, desde luego, pero a veces no queda más remedio que largar las anclas en fondeaderos alternativos, que ninguna huella dejan en el espíritu.

—Estoy de acuerdo contigo. También solucionaremos ese problema desde la mayoría general. —Ahora batía palmas de alegría—. Pero nada de criollas empiringadas ni damas en polvos, que te acaban por desplumar o generan escándalo de cruces altas.

—Por supuesto.

—Déjalo de mi mano.

Regresé a bordo con los pensamientos cruzados. Como de costumbre y tras visitar al mayor general, las noticias se acumulaban en demasía, de forma que se hacía tarea difícil o casi imposible analizarlas al golpe. Pero por encima de todas, incluso de la operación de castigo prevista hacia el río Negro, se elevaba la viudedad de Alicia y la posible reacción del aventurero. Me creí en la obligación de ponerlo al corriente, razón por la que lo hice venir a mi cámara.

10. Negro absoluto

Tras un ligero rodeo sobre temas intrascendentes, entré por derecho en el asunto que deseaba exponer al aventurero. Dudaba de su posible reacción, lo que me hizo marear la perdiz durante un tiempo excesivo. Sin embargo, no dejó de sorprenderme su actitud. Porque si esperaba una reacción de mayor enjundia, tristeza o esperanza, Gonzalo Verdaguer no pareció especialmente sacudido cuando le expuse la muerte en combate del capitán Destels. Movi6 la cabeza de forma pesarosa, como quien pierde a un compa6ero de armas sin demasiado contacto o afecto personal, una p6rdida m6s de la alargada guerra que se mantenía en el territorio, en la que una elevada proporci6n de los oficiales eran parientes o conocidos. Debi6 de comprender los pensamientos que rondaban por mi cabeza porque, como era norma habitual en su conducta, entr6 de lleno en explicaciones con rapidez.

—Creo entender al observar su semblante, se6or comandante, que considera mi reacci6n ante la triste noticia poco..., poco adecuada en normas de conducta. Creo que le debo una explicaci6n, o así lo entiendo. Es necesario aclararle que mi amistad con el capitán Destels se mantenía en un tono bastante superfluo, y jam6s lo consider6 como perteneciente al c6rculo de mis verdaderos amigos. Y no estime que influye en tal consideraci6n el hecho de que Francisco matrimoniara con Alicia, aunque, es cierto, lo maldije en bastos durante algunos meses, aquel pasaje loco de mi vida que prefiero no recordar. Pero ya le dije que super6 ese asunto al ciento y raya para beneficio de mi alma. Puede estar seguro de que no queda herida alguna por cicatrizar. Siento la muerte del capitán, pero como la de otros muchos que van cayendo poco a poco en esta sangrienta contienda.

—Lo comprendo perfectamente, caballero. Y me alegro por vos, que no se levanten rescoldos. En fin, como dice, se trata de una desgracia m6s de la guerra, a la que nos encontramos habituados.

—Por otra parte y aunque le parezcan demasiado duras mis palabras, e incluso inapropiadas, entiendo que Alicia ha recibido una merecida lección. —Abrió las manos, como si necesitara explicar su razonamiento—. Dice sabiamente el refrán castellano que la vida da y quita a cada uno los dones merecidos. Pero no lo estime como alegría por mi parte ante tan desgraciado suceso, nada más lejos de la realidad. Le repito que me entristece la muerte de Francisco, como la de todos aquellos compañeros que luchan por nuestra causa. Aprecio a Alicia, no crea, pero como si se tratara de una vieja amiga de la lejana juventud, cuyos recuerdos se pierden poco a poco en la distancia. No le guardo el menor rencor, aunque a muchos les pueda costar comprenderlo. Y no gozo una pulgada de su tristeza o desgracia. No obstante, es público y notorio su afán por mantenerse en elevada posición social y económica, aunque se deje jirones de sangre en el camino. Por tal razón, serán muchas las doñas montevidéanas que sonreirán con siniestro placer en sus adentros ante la desgraciada posición en que ha quedado la pobre. Pero yerran al copo quienes entiendan que se trata del fin de Alicia Montalvos. Nada de eso.

—¿Qué quiere decir?

—Si me permite entrar con entera sinceridad, señor, estoy plenamente convencido de que, antes de tres meses, algún hombre habrá enloquecido ante sus encantos. De esa forma, la doña regresará a la cresta de las olas con rapidez. Las mujeres como Alicia acaban por dominar la situación a su antojo. Bueno, sería más exacto decir que dominan a los hombres con facilidad.

—Puedo declararle que esa opinión es compartida por más de uno, entre los que me incluyo. ¿Piensa acudir a la ceremonia de difuntos?

—Desde luego, señor, si me concede el necesario permiso. Lo considero una obligación. Puede apostar a que allí se encontrará en teórico duelo toda la sociedad montevidéana, un conjunto de cotorras incapaces en su mayoría de perderse tamaño espectáculo —largaba sus palabras con un deje de tristeza y desprecio—. En esta ciudad se vive de escenas parecidas día a día, como las especias que necesitan los alimentos.

—No solo en esta ciudad, caballero. Se trata de costumbre corrida en el mundo entero. Encontraría tal actitud en cualquier población española.

—Es posible que tenga razón, señor. Pero en mi opinión, se trata de un cuadro bastante triste de nuestra sociedad.

—Muestro mi acuerdo con tales palabras.

Tras la conversación mantenida con el aventurero Vergaguer, quedé con el ánimo ligeramente abatido. Al menos, ahora sí que estaba convencido de que el joven había superado la crisis sufrida por el abandono de Alicia, sin

mantener en su alma herida alguna por restañar. Pero también había comprendido su ligero desprecio hacia la sociedad a la que, por cuna e historia, pertenecía. Tan solo dudaba de su reacción cuando llegara el momento de encarar a Alicia y observarla de cerca. Y tales dudas me entraban a revuelta porque yo mismo estimaba que pocos hombres pasarían a su lado sin sentir un fuerte ramalazo emocional.

Comenzamos un periodo en el queche de tranquila normalidad. Concedíamos permisos para bajar a tierra por cupos reducidos, especialmente para aquellos que mantenían familias en la ciudad o en sus proximidades. En cuanto a los llegados de fuera, tales prebendas se entregaban con cuentagotas y tras un profundo análisis de sus posibilidades de desertión. Por fortuna, el hecho de que la plaza se encontrara casi bloqueada ofrecía una benéfica ventaja en dicho aspecto, salvo aquellos que soñaban en alcanzar las tierras del Brasil, donde buscar riquezas a la rápida, ese sueño que pocos acaban por conseguir. Por fortuna, algunos marineros y soldados de confianza nos mantenían al día de los planes encubiertos que se manejaban en la cubierta baja, con lo que pudimos deshacer un proyecto de desertión de nueve hombres, preparado al detalle para pocos días después.

A la hora convenida y acompañado por mis oficiales uniformados en grande, con la excepción del alférez de fragata Tosquilla, mantenido a bordo como oficial de guardia, nos encontramos en los alrededores de la iglesia de San Francisco, donde disponía de capilla propia la familia Destels. Aunque se había decidido construir una importante catedral e iniciadas las obras en 1803, con planos realizados en la Real Academia de San Fernando de España, todavía se consideraba necesario el transcurso de un alargado tiempo hasta su inauguración, especialmente con los tiempos de incertidumbre y escasez que se vivían.

Nada más acceder al templo, observé al matrimonio Parejo, al que me dirigí de acuerdo al plan trazado. Tras saludar a Rosario, recibí la primera de sus habituales y cariñosas reprimendas.

—Hace muchas semanas que no le vemos por nuestro hogar, Beto. Como buen amigo, debemos cuidarlo con el debido esmero, al encontrarse separado de los suyos. Ya le dije con entera sinceridad que pasábamos a considerarlo como uno más de la familia.

—Rosario quiere decir que pasas a ser considerado como uno más de mis queridos cuñados —medió Tomás en chanza, debiendo explicarse con rapidez, al observar el gesto de su mujer—. Perdona, querida, se trataba solamente de una broma.

—Mira, Tomás, esas bromitas cuarteleras debes guardarlas en el fondo de uno de los cajones de tu mesa de trabajo en la mayoría general. Y como vuelvas a chancear con mis cuñados, te sacaré los ojos.

—Agradezco sus palabras, Rosario. Ha sido mucho el trabajo en la mar en los últimos meses, lo que puede corroborar su esposo.

—Pero ahora se encuentra con un par de semanas de descanso a la vista, que yo me entero de todo lo que sucede en esta plaza.

—No te quepa la menor duda, amigo mío —insistió Tomás para alargar la broma.

De acuerdo con los vaticinios en pleno acierto del caballero Verdaguer, todo el Montevideo profundo, como lo catalogaba Parejo a medias rejas, se encontraba en el templo convenientemente enlutado para la ocasión del duelo. Los rumores de boca estrecha se alargaban conforme transcurrían los minutos, sin que se diera comienzo a la ceremonia. El matrimonio Parejo y yo ocupábamos plaza en una de las primeras filas, porque Rosario no estaba dispuesta a perder detalle alguno de los acontecimientos. Compactados en escaso espacio, quedé ubicado en el extremo de la bancada, casi salido del asiento hacia el pasillo central.

De pronto, se hizo el más profundo silencio. Comprendí que el cortejo fúnebre hacia su entrada en el templo, aunque todavía no me fuera posible divisarlo. Y, en efecto, poco después desfilaba por el amplio pasillo el féretro en primer lugar, transportado por seis soldados del regimiento de Blandengues, convenientemente engalanados para la ocasión. Las cintas en crespón quedaban amparadas a la mano por cuatro caballeros embutidos en uniforme de la orden de Santiago, a la que pertenecía por derecho de familia el fallecido. Uno de ellos, el delantero de la derecha, según me informaba Rosario, era Eduardo Destels. Por último, encuadrada entre seis caballeros con farol de pérdida, cerraba el cortejo la más esperada por todos, Alicia Montalvos, viuda de Destels, enlutada en velos negros desde el moño hasta los pies. No obstante, al pasar a escasas pulgadas de mí, pude percibir sus grandes ojos verdes y el perfume que despedía, embriagador como todo lo que rodeaba a aquella mujer.

La ceremonia se alargó más de lo esperado, siendo oficiada por un ejército de monseñores y sacerdotes en coros y cantos catedralicios. La humedad se hacía notar en el ambiente, aunque la muchedumbre alumbrara en cierto sentido una agradable temperatura. Y cuando ya los cuerpos llamaban a desbarate de piernas y rodillas, se dio por culminada la misa de *corpore*

insepulto. Fue el esperado momento de pasar al obligado besamanos, para lo que se formó una línea sin fin.

Una vez llegado a la mesa de honor, expresé en primer lugar mis condolencias a Eduardo Destels, aunque no lo conociera. Pero a continuación debí cuadrar ante Alicia, que había alzado el velo en norma del debido agradecimiento. Y puedo jurar por todos los dioses de la mar que jamás había sentido un ramalazo de pasión tan inesperado y abrupto, especialmente en morada sacra. Si aseguran que el negro de luto envejece a las mujeres como norma general, erraban en el caso particular de aquella tarde. Porque la viuda mostraba su belleza a chorros, como caudal sin fin. Y si ya los nervios me atacaban como viento cascarrón, fue al besar su mano cuando la rifada se descalabró al ciento. Aunque me costara creerlo como cierto, no solo sus ojos se clavaron en mi cerebro como martinete, sino que sentí una especial presión de su mano sobre la mía, como si deseara retenerla junto a ella por un alargado tiempo. Balbucí unas pocas palabras en nerviosa expresión de condolencia, para escuchar con claridad sus palabras.

—Muchas gracias, Beto.

El tono de su voz, suave y remiso, me hizo estremecer, como si un viento helado hubiera atravesado mis carnes. Tres únicas palabras, capaces de desbaratar el acero mejor templado en la fragua. Y allí hubiera quedado clavado al suelo en pernos de fuerza si Tomás no me hubiera apretado el paso con su cuerpo desde atrás. Y ya declaro por derecho que jamás me vi tan estragado y disminuido ante una mujer como en aquellos momentos. Sufría la impresión de que su mirada y el simple susurro de su voz eran capaces de desnudarme en cuerpo y alma.

Tras un ligero paseo por el centro de la ciudad al amparo del matrimonio Parejo, durante el que debimos saludar a bastantes de sus conocidos, a los que era presentado de forma invariable, mis pensamientos se mantuvieron en vuelo de una sola dirección. Y como ya atardecía, decidí llegado el momento de regresar a mi buque. Así se lo expresé a Tomás. Pero fue Rosario quien entró de nuevo en requerimientos de apremio.

—No se despida tan rápido, Beto, que debo rematar mis intenciones con todo detalle. Pasado mañana, domingo, le esperamos en casa para el almuerzo. Y no admito excusa alguna de su parte.

—Soy consciente de que jamás se debe rechazar invitación de una señora, y menos todavía siendo la esposa del mayor general bajo cuyas órdenes me muevo. —Con cierta confianza, entraba en media broma—. Pero en este caso concreto he de contradecirle, Rosario, si así me lo permite. Aunque Tomás no

se lo haya advertido como debía, era mi intención recibirles a bordo del Hiena para ofrecerles un almuerzo. Y precisamente había pensado en ese día, el próximo domingo.

—¿El próximo domingo? Por los santos más queridos que este hombre mantiene la boca demasiado cerrada en su hogar. —Señalaba a Parejo—. Por lo visto, gasta toda su saliva en el trabajo. Mucho se lo agradezco, Beto, pero sé de la escasez que se sufre en los...

—Nada de escasez, querida —terció Tomás por alto—. Beto es hábil con los embarques de víveres y su mantenimiento a buen recaudo. Además, lo que dice es cierto. Ya me había comprometido.

—Pues debías habérmelo transmitido sin demora, esposo mío. Bueno, en ese caso...

—Por cierto, Rosario —insistí al comprender que había ganado el pulso —, me gustaría que se lo comunicara a sus hermanas y cuñados, por si les apetece almorzar a bordo en nuestra compañía.

—No es necesario, Beto. Mis cuñados son hombres camperos y de secano. No creo que les apetezca embarcar —entró Tomás con rapidez, al tiempo que me fulminaba con su mirada.

—No digas tonterías, querido esposo. Estoy segura de que mucho lo agradecerán mis hermanas, así como José María y Eusebio. Un almuerzo a bordo de un buque de la Real Armada siempre es apetecible.

—Pues no se hable más —cerré con una sonrisa—. Les espero pasado mañana a mediodía. Si no les importa, invitaré a mi cámara a los oficiales y al caballero aventurero, don Gonzalo Verdaguer.

—Me parece fantástico. —Rosario parecía haber recibido la mejor de las noticias—. Hace mucho tiempo que no veo al desgraciado joven.

—No lo tenga por desgraciado, Rosario, se lo aseguro. Si se refiere a la pérdida de Alicia y su posterior matrimonio, se trata de una pena que superó por alto hace bastante tiempo.

—Después de todo, estoy segura de que lo iluminó su difunto padre desde los cielos al no caer en las garras de esa terrible mujer.

Por fin nos despedimos, momento que aproveché para dirigir los pasos hacia la escala real y embarcar con rapidez en la lancha, como urgido por una enfermiza prisa. De esta forma, llegué al Hiena con una extraña sensación en recorrida de venas. Porque todavía el rostro de Alicia, cabello negro, ojos verdes y negros velos, se paseaban en rondo por el cerebro a ritmo de descalzador. Y con más intensidad todavía, recordaba la presión de su mano sobre la mía y el especial tono de su voz, detalles que se mantenían presentes

como si acabara de tomar parte en el inolvidable besamanos. Y poco gustaba de aquellas sensaciones, que movían la sangre en dirección escasamente adecuada. Sin esperar un segundo más, y aunque Miguelillo deseara prepararme alguna vianda, le pedí una frasca de aguardiente, que ataqué como náufrago al alcanzar la primera pipa de agua. Bebí a fondo, aunque no se rebajara la marea establecida en el alma una miserable pulgada, más bien al contrario. Porque aunque me costara reconocerlo, deseaba a aquella mujer con toda la fuerza que la pasión puede generar en un ser humano.

* * *

El almuerzo a bordo del queche Hiena con la familia Parejo y sus añadidos permanentes, como denominaba Tomás a sus cuñados, resultó muy agradable. Miguelillo disfrutaba como chambelán regio al comprobar que sus habilidades culinarias eran alabadas una y otra vez por hombres y mujeres. Bien es cierto que servimos un magnífico costillar, acompañado por costras a las brasas, así como unas paletillas al estilo campero de su tierra. El vino de don Enrique se dejaba tomar, una vez rebajado a tientos por su dureza, para triunfar en clamor a los postres con las natillas empiñonadas y el aguardiente de caña. Por fortuna y aunque lo temiera, Rosario se mantuvo en límites de cordura y no sacó en ningún momento el tema de la muerte de su primo, ni la tristeza de la viuda. No obstante, le dedicó bastante atención al caballero aventurero. Como resumen, una velada de disfrute general.

A partir del siguiente día, me dediqué al queche durante todas las horas que la jornada ofrecía. Y aunque me costara reconocerlo, intentaba trazar una senda que apartara del cerebro determinados pensamientos prohibidos. Y tal fue mi dedicación que, en respetuoso tono, el segundo comandante se vio obligado a recordarme que nos encontrábamos en periodo de descanso para la dotación, a lo que debí concederle razón. Pero también comencé a achuchar al mayor general sobre la prometida comisión de transporte de tropas a las aguas del río Negro. E insistí tanto que Tomás entró en protesta firme.

—Por los cojones del Sultán malparido, Beto. Te juro que no hay quien te comprenda. Después de un buen número de meses con situaciones de estrago a causa de una dotación escasa y primeriza, incluido el ataque de los lanchones rebeldes y las bajas producidas a bordo del queche, se te conceden dos semanas de merecido descanso. Pero en lugar de aprovecharlas a fondo y disfrutar de los muchos encantos que esta preciosa ciudad ofrece, te mueves como un zorro acosado por jauría de perros. Tampoco el transporte de dos

compañías del Ejército se presenta como una misión de urgencias y glorias. No comprendo esa inquietud, como si fueras comisionado en travesía científica hacia las Altas Californias. Además, me hablabas de la necesidad de llevar a cabo algunos retoques en el aparejo de tu buque. ¿Qué carajo te sucede?

En verdad que aquellas palabras de mi compañero, dictadas con energía, me dejaron sin posible reacción. Porque reconocía que a Tomás le asistía toda la razón sin error ni réplica de mi parte. Y aunque era consciente de la realidad, no podía de ninguna forma dejar entrever las verdaderas causas de mi inestabilidad emocional. Estimé necesario salir por veredas falsas, en un intento de justificarme.

—Pues si te soy sincero, Tomás, no podría contestarte. Me encuentro aburrido, destemplado y nervioso durante toda la jornada. Por otra parte, los pequeños desperfectos a bordo del Hiena se encuentran prácticamente abordados. También soy consciente de que esas operaciones con tropas que debemos embarcar se ralentizan hasta el martirio.

—No me vengas con milongas de guano, que son muchos los quinquenios corridos a la espalda. —Me miró a la cara con seriedad durante alargados segundos—. Creo que sé lo que te sucede.

—¿A mí?

Temí que Tomás soltara la badana auténtica por haber sido capaz de leer en mis pensamientos. Por fortuna, se movía por líneas parejas, aunque no coincidentes.

—Vamos a atacar el meollo de una jodida vez o acabarás por desatar los nervios en todo el apostadero. Te facilitaré el remedio con rapidez. Deberías visitar a una señora llamada Carmelita Albornoz, viuda de Bruen. Se trata de una viudita apenas traspasada la treintena, que se dedica, con la debida discreción y compostura, a calmar las apetencias de algunos señores. Es de probada hermosura y con un cuerpo difícil de olvidar, así como muy hábil en su especialidad. No serás el primer oficial destacado en las Indias que acude a solicitar sus primorosos servicios. Y como nos movemos en momentos de penurias, si le haces llegar una frasca de aguardiente y alguna cañita de cecina, todo quedará solucionado. A ver si, de esta forma, descansas el cerebro algunas horas y nos dejas trabajar a los demás, por los huevos del dios Neptuno.

—Es posible que tengas toda la razón. —Me sentí feliz al comprobar que Tomás disparaba la pieza en otra dirección—. Son demasiados meses sin recibir una sola mirada de mujer.

—Bueno, bueno, miradas sí que recibiste alguna y a escasa distancia. — Me señalaba con su mano, mientras sonreía con picardía—. Porque recuerdo que durante el besamanos, tras el funeral del capitán Destels, quedaste subido a las nubes y petrificado de alma ante su viuda. Si no te llego a empujar por las aletas, todavía anclarías enganchado a sus ojos. Y conste que no repetiría estas palabras ni ante el tribunal de la Santa Inquisición.

—Vamos, Tomás. Cualquier hombre cuerdo quedaría enganchado a los ojos y al cuerpo de esa mujer, salvo que flote en esta vida en olor de santidad —intenté que mi voz se deslizara con entera normalidad y en tono de ligero alarde.

—Desde luego, pero a los hombres sedientos de carne femenina como tú les llama más la atención y se divisa el aroma a distancia. Anda, visita a doña Carmelita y aligera presiones. —Tomás escribía en un pequeño papel—. Aquí tienes su dirección. Envía a tu criado para solicitar el pertinente recibo. Te advierto que se trata de una verdadera señora, a la que la situación y su sangre caliente, que todo debe decirse, la inclinaron a estos..., a estos servicios caritativos especiales. Y no creas que los acepta todos, ni mucho menos. Es de las que escoge con especial cuidado a sus clientes. Le haré llegar las recomendaciones de rigor, alabando tu persona. Debía habértela señalado la tarde del funeral, para que comprobaras los detalles con tus ojos.

—¿Se encontraba allí?

—Desde luego. Ya te digo que es una señora de buena familia y pocos saben de sus especiales habilidades. Como se ha dispuesto un carruaje de forma permanente para servicio de tu buque, no tienes más que tomarlo y rebajar la presión de la sangre.

—Te lo agradezco, Tomás.

—En cuanto a ese puto transporte de tropas al río Negro, creo que podremos encararlo en diez o doce días, si son ciertas las noticias ofrecidas por el general Vigodet, lo que también podemos enmarcar en cuarentena. Porque en confianza, no sé de dónde cojones van a sacar a esos hombres, a no ser que el gran señor espere un milagro de los cielos.

—Es posible que se haya alistado algún centenar más de voluntarios.

—También es posible que cuente con esos miles de soldados que, según asegura, han de arribar desde la Península.

Dispuesto a recuperar la normalidad personal, tres días después de mi entrevista con Parejo, envié a Miguelillo hacia la dirección apuntada, en petición de recibo a la señora viuda de Bruen. Y poco necesitaba el rapaz para regresar con la aceptación de la dama para las siete de la tarde del día

siguiente. La verdad es que quedé maravillado de la sencillez del procedimiento, aunque en las Indias todo se mueva de forma distinta y, a veces, con mejores rendimientos que en las ciudades de la Península. Al mismo tiempo, me invadía un nuevo nerviosismo, ante el completo desconocimiento de la señora y el sistema que se debía seguir, aunque, después de todo, en ese milenarismo oficio cada menestra se remata de la misma forma, ya sea entre sedas blancas o esteras negras.

En la mañana siguiente, creí encontrarme más tranquilo y hasta eufórico de espíritu. Ya saben quienes me conocen de otros cuadernillos trazados por *Gigante* que en esos aspectos y manejos de la carne era muy distinto a mi cuñado. Porque Santiago de Leñanza era fiel por nacimiento, aunque mucho lo duden quienes hayan seguido sus locas aventuras con la joven de sangre escocesa. Pero aun así, la fidelidad era su norte permanente. Y estoy convencido de que aquella ocasión con la joven Audrey fue la primera y única vez en la que consiguió saltar sus inalterables normas y cruces, aunque en la ocasión se elevara hasta la misma galleta. Por mi parte, siempre había sido muy comprensible y permisivo en ese especial apartado de las necesidades carnales, que atacan a los hombres a menudo. Y no solo en cuanto a mi persona, como algunos hipócritas reconocidos, sino como norma general de conducta. Por tal razón, jamás había llamado la atención a oficiales bajo mi mando por acudir en Cádiz de tapado a ciertas casas reconocidas, siempre que se manejaran las bridas en orden y sin clamar a escándalo.

Sin embargo, todo en esta vida rueda al son de las olas. Ya saben que los hombres de mar aseguramos una y otra vez el carácter cambiante y caprichoso de la gran señora de las aguas, que te ofrece un tierno beso por la mañana y coque de espuma blanca a la puesta del sol. Pero así se abre también la vida en tierra que, después de todo, no es más que una prolongación de la mar, anclada de firme y sin olas por batir. Digo esto porque dos horas antes de partir hacia la casa de doña Carmelita, recibí a bordo, a través de uno de los lanchones del puerto, un recado plegado a cuartos y sin remitente. Tan solo presentaba un golpe de lacre en el cierre, pero sin el necesario sello.

Lo observé con detenimiento e intriga, comprobando un cierto temblor en mis manos. Porque aunque peque de ser experto en predecir lances con antelación al estilo santero, un rumorcillo se corría por mis duendes conforme descalcaba el lacre. Como habría dicho un moro notable a quien apresé a bordo de un jabeque, debía de ser que el destino se había enganchado en aquella dirección sin posible enmienda. Y nada más desplegar el papel, sin necesidad de leer su contenido, supe quien era el autor de aquellas escuetas

líneas, unas pocas palabras que, estoy seguro, recordaría durante muchos años:

Estimado Beto.

Desearía encontrarme con vos para comunicaros un asunto de mucha importancia para mí. Comprendo que podéis considerar esta petición poco adecuada e incluso inconveniente, pero así os lo ruego. Si decidís aceptar mi solicitud, os espero esta tarde a las siete, con la necesaria discreción. Tan solo deberéis indicar al cochero que os lleve al caserón del Cerrito. De todas formas, comprenderé vuestra ausencia, y no necesitáis enviarme recado en ningún sentido. Os saluda afectuosamente.

Alicia

Con el pliego entre las manos, me dirigí hacia la cámara, donde tomé asiento. Me repetí una vez más que debía de ser una jugada del destino. Porque a la misma hora del mismo día se me presentaban dos compromisos, aunque se trataran de signo muy diferente. Doña Carmelita y Alicia. Alicia y doña Carmelita. Disponía de una hora solamente para decidir, una decisión tan importante o más que ponerse en capa de fuerza durante un temporal con barbas. Pero aunque pueda parecer absurdo, los nervios entablados en uno u otro sentido se apaciguaron como las aguas de una dársena cerrada. En aquellos momentos y como jugarreta del probado destino, se apareció el rostro de Rosalía, mi mujer, como un relámpago en el cerebro, una inesperada visión que me hizo cerrar los ojos con fuerza, como si de esa forma consiguiera apartarla de la cabeza. Me separaban miles de millas de distancia de Cádiz y quién sabe cuántos meses en el tiempo. Pero no lo entiendan mal, porque amaba a mi esposa sin mengua. Lo que apretaba las costuras de mi cuerpo era un sentimiento bien distinto y más propio del animal humano. Por tal razón, me recosté en el sillón empernado, mientras dejaba volar los pensamientos en plena libertad.

* * *

A las seis de la tarde tomaba la lancha con Miguelillo a mi lado. Vestía ropa civil, engalanado en excelsa pulcritud como era mi costumbre. El rapaz campero, que cazaba las liebres al aire, sonreía al bies, cuando dictaba la orden al cochero.

—Lléveme a la calle de la Asunción, frente al Prado Oriental, en...

—Conozco al dedillo dónde se encuentra la posada de doña Carmelita, señor —contestó con seguridad un marinero reviejo al que llamaban Colange, hombre de toda confianza de Parejo.

—Pues en ese caso, no se hable más y apresure el tiro. He de encontrarme allí a las siete.

—Nos sobra tiempo, señor.

Atravesamos la plaza en dirección norte, ocasión en la que pude comprobar la cantidad de nobles edificios que se levantaban en la ciudad, muy al estilo español, que comenzaban a denominar como colonial. Cuando ya escaseaban las edificaciones de porte, atravesamos un parque frondoso, por el que cabalgaban algunos señores en trote de paseo y mirada. Poco después, Colange torcía hacia la derecha para chascar los frenos cien varas más adelante, y detener el carruaje ante una pequeña posada, rodeada de un hermoso jardín.

—En este hotelito vive doña Carmelita, señor. Y le recomiendo que no haga sonar la aldaba con fuerza, costumbre que mucho irrita a la doña.

Parecía el cochero muy al tanto de las costumbres de la casa, lo que hacía suponer buena serie de servicios anteriores. Aunque Miguelillo descendía del pescante al salto y abría la portezuela con diligencia, me mantenía ensimismado en mis propios pensamientos. Sin saber por qué, seguía con la mirada el vuelo de un ave fría, que trazaba escorzos a baja altura. Como si se tratara de la lectura de un oficio secreto marcado en el cerebro, sentí la necesidad de vivir lo no vivido, de conocer lo desconocido, de surcar aguas jamás navegadas, como si mi vida hasta el momento hubiera corrido por lindes de una rutina mortuoria e inaceptable. Pero por encima de todo, escuchaba el susurro de esa voz, grabada a pernos de fuego en la mollera. Cabello negro, ojos verdes, piel de porcelana. Cuando comenzaba a imaginar con precisión el cuerpo bajo los velos negros, me dirigí al cochero.

—¡Colange!

—Mande, señor.

—¿Sabría conducirme al caserón del Cerrito?

—¿Al caserón del Cerrito, señor? —Me dirigió la mirada de quien no comprende lo que se le ordena—. Pero la posada de doña Carmelita...

—Por favor, lléveme a ese caserón. ¡Miguelillo, cierra la portezuela y sube al pescante de una vez!

También el rapaz campero me dirigió la mirada, como si se encontrara ante un duende enajenado. Y en poco se equivocaba el joven. Había tomado

una repentina decisión, aunque es posible que hubiese sido amparada por el destino desde el mismo día de mi nacimiento. Pero ya el carruaje se movía a ritmo, mientras la voz en susurro parecía acolchar mis oídos con extrema dulzura.

11. El caserón del Cerrito

Necesitamos media hora más, treinta minutos que se alargaron como maroma vieja en el cerebro, para alcanzar nuestro nuevo destino, esa fatídica palabra que parecía haberse amadrinado a mi vida por costuras de fuerza en las últimas jornadas. Aunque la zona denominada como El Cerrito se encontraba a escasa distancia hacia levante, no se conectaba por derecho, con lo que debimos regresar en dirección a la ciudad para tomar su salida norte. Mientras escuchaba en la distancia las voces de Colange, exigiendo con dureza a los animales, dirigía la mirada a través de la ventanilla. Pero nada veía o mis ojos se cerraban ante el paisaje que desfilaba a banda y banda del carruaje. La verdad es que intentaba no pensar en nada, mantener la mente en blanco, como si asistiese cual desinteresado espectador a una función teatral, que poco me interesaba. Uno más de esos falsos juicios en los que intentamos creer cuando sufrimos momentos de intenso trance.

Los pensamientos giraban alrededor de mi cerebro sin dejar marca ni huella de necesario análisis. A pesar del frío que penetraba por los mil resquicios del vetusto carruaje, unas gotas de sudor resbalaban por el centro de mi espalda, hasta embadurnar la parte baja de la camisola y producir una desagradable sensación, que no intentaba evitar. No obstante, allá a lo lejos se mantenía el impenitente susurro, como los silbidos de las sirenas del cabo Picón, vigías de fortuna que alertan a los buques con atractivos cantos de sus peligrosos rompientes en noches cerradas con mar de espuma. Pero sabía que de nada servían los avisos, las recomendaciones, advertencias del duende blanco o atractivas sugerencias del alma negra. Posiblemente, la línea de la derrota había sido trazada en la carta de mi vida tiempo atrás, y era imposible apartarse una sola yarda de ella.

El carruaje disminuía su marcha, mientras desfilábamos entre un conjunto de árboles frondosos de diferentes especies, alineados de forma caprichosa, o eso entendí en los primeros momentos. Debimos haber atravesado las

edificaciones del Cerrito hasta salir por su avenida principal y encarar una estrecha vereda de arena brava y piedras en falso. Poco después, Colange hacía girar al tiro con energía hacia la izquierda, para atravesar un portón de hierro. El labrado de la fundición debía de haber gozado de mejores épocas en su alargada vida, ligeramente enjaretado ahora de herrumbre y con marcas de espuelas. Pocas varas después, descubrí los perfiles de una vieja edificación, abierta a una pequeña rotonda donde lo que debieron de ser parterres de flores mostraban hojarasca y alguna retama seca. Había llegado a mi destino, un pensamiento que me hizo sonreír.

Ahora Miguelillo no saltaba del pescante al salto, sino que lo hacía con cierta parsimonia y prudencia. Abría de nuevo la portezuela, para mirarme con una clara interrogación en su mirada.

—Dice el cochero, señor, que este es el caserón del Cerrito. Según parece, aquí mora...

—Sé muy bien quién vive aquí, rapaz.

Mientras un viento helado parecía empujarme con furia hacia el portón, permanecía sentado en el carruaje, como si un cable de fuerza me mantuviera afirmado al pesebrón. Se trataba de una lucha absurda, porque conocía el resultado parcial y final con minuciosidad, sin posible reajuste. Me dije que habría sido capaz de escribir al detalle y letra a letra lo que sucedería en las siguientes horas, con escaso margen de error. Y bien saben los dioses de la mar que no me quejaba una mota de lo que mostraban aquellos gozosos pensamientos, más bien al contrario, aunque el filo negro rasgara en sangre, que siempre la voz blanca clama en alerta.

Golpeé el portón con la aldaba en forma de león sin demasiada fuerza, como si me mantuviera alertado por la advertencia de Colange en la anterior parada. Al mismo tiempo, parecía que, de esa forma, intentaba evitar que el sonido se oyese en su interior. Pero no se pude apartar el viento generoso del rostro sin la debida protección. Escasos segundos después, un rumor de pasos cansinos y arrastrados aumentaban de volumen poco a poco. Por fin, se producía el ruido característico del cerrojo y la puerta se abría con extraordinaria lentitud, como si se tratara del trabajo llevado a cabo por un moribundo en su último esfuerzo. Entre una oscuridad dominante, apareció el rostro de una anciana. No supe en un principio cómo considerarla. Podía ser la dueña, esa mujer, normalmente viuda y entrada en edad, de las que existen de forma habitual en las casas principales para forzar autoridad y respeto, así como guarda de las demás mozas del servicio. Pero no cuadraba tal definición con el estado exterior del edificio y sus alrededores. Supuse que se trataría de

una antigua doncella de la familia. Y tras alargados segundos, escuché su voz cascada.

—A vuestro servicio, señor. ¿Qué deseáis?

—Me ha citado la señora viuda de Destels. Por favor, hágale saber que ha llegado el capitán de fragata Adalberto Pignatti.

La vejarruca de rostro arrugado en mil pistas de sombra repasó mi figura con lentitud. No parecía mostrar especial contento ante mi presencia, aunque también podía ser una actitud de simple indiferencia. Con su habitual lentitud, se apartó para concederme paso, al tiempo que forzaba sus anquilosados huesos en corta pero respetuosa reverencia.

—Pase el señor, por favor.

En el recibidor se percibía un ligero tufo a humedad y calor de leña recobrado. En un rápido repaso visual, comprobé que los muebles aparentaban categoría y nobleza, aunque su estado mereciera de plumeros y manos profesionales. Siguiendo los pasos de la anciana, supuse que me dirigía a algún salón de recibo, hasta que diera noticia de mi llegada a su señora. Sin embargo, el camino se alargó por pasillos sin fin, hasta arribar a un amplio salón, donde una chimenea refulgía en su extremo frontal con llamas de altura. Fue en aquel momento cuando me sentí perdido, como quien cae al agua durante un temporal, sabiendo que nada se puede hacer por su salvación a bordo del buque. Porque allí se encontraba la señora de los velos negros y la voz de sirena, sentada en un butacón junto a la chimenea.

Alicia giró su cabeza hacia mí con dejada lentitud, al escuchar los pasos cercanos. Volví a sentir la misma impresión que en ocasiones anteriores al observar su rostro, un relámpago de luces en recorrida por todo el cuerpo, capaz de abrir en rueda los mil poros de la piel. Mantenía el luto absoluto, prendida en negro de pies a cabeza. Un vestido de generosos y acolchados velos, recogidos con primor en el asiento. Pero a pesar de los amplios flecos del ropaje en comba, imaginaba con precisión los perfiles de su cuerpo desnudo, al tiempo que el mío llamaba a rifada de lance. Y para mantener el cuadro, sus ojos se clavaban en los míos de nuevo, como si deseara traspasarme con daga al rojo en profundidad infinita. Y por Satanás y sus malditos ayudantes que lo conseguía sin dificultad.

Una vez llegado a su altura, me detuve en silencio. En verdad que no era capaz de enhebrar un solo pensamiento ni frase por declarar. Fue entonces cuando oí su voz, el canto de la sirena.

—Puedes retirarte, Francisca. Ya te avisaré si necesitamos algo.

—Lo que la señora mande.

Escuché los pasos arrastrados de la sirvienta perdiéndose poco a poco en la distancia. Por mi parte me mantenía en pie, clavados los zapatos en el suelo con cadenas y bujalones de bronce. Tan solo me dedicaba a observar su rostro, de forma especial ojos y boca, como si me encontrara ante una revelación celestial. Volví a oír su voz.

—Muchas gracias por acudir a mi llamada, Beto, aunque se la haya solicitado con tan escaso tiempo. —Alicia no mostraba signos de nerviosismo sino, por el contrario, una clara decisión—. La verdad es que dudaba de su respuesta, por lo inapropiado que consideraría mi recado. Supongo que, en estos momentos, debe de tener un concepto de mi persona muy poco alentador y...

—Poco o nada significan los conceptos en determinados momentos, Alicia —atajé sus palabras, sin conciencia exacta de las mías, que brotaban con entera libertad y sin dominio.

—Creo que merece de sobra una explicación. —En esa mutación permanente de sus gestos y su postura, a los que pronto me acostumbré, ahora masajeaba las manos con cierto nerviosismo—. Os aseguro que no me importa poner en juego mi reputación. Bueno, si es que resta una pulgada de dicha prenda en esta desgraciada persona que se presenta ante vos. Por favor, no intente dulcificar la situación con palabras de recibo. —Intentaba contener mi posible excusa con el suave movimiento de sus manos—. Pero no deseo involucraros a vos en una situación que pueda...

Como por encanto, los nervios que me atenazaban en los primeros momentos pasaron de largo sin dejar restos. De pronto, creí encontrarme ante una mujer aterrada por una pavorosa pesadilla, que pasa a comprender su traslado en verdadera realidad. Aunque deseara con fuerza encarar otro derrotero, marqué los pasos con una mínima deferencia y obligada cortesía.

—Dejemos las vueltas sin sentido, que a ningún puerto llevan. ¿Por qué me ha hecho venir, Alicia?

Antes de contestar, volvió a clavar sus ojos sobre los míos en profundo silencio. Tan solo los gemidos de las maderas al quemarse ofrecían una lejana sinfonía. Pareció recordar un inexcusable olvido.

—Deberá de creer que he perdido los restos de mi escasa educación. Son los nervios, sin duda. Tome asiento, por favor. —Me señaló el sillón enfrente al suyo—. ¿Desea tomar algún refrigerio ligero? ¿Vino fresco? ¿Algo más fuerte tal vez?

Aunque habría ofrecido el alma en aquellos momentos por una frasca de aguardiente y bebería a morro sin descanso, negué en silencio con la cabeza.

Mientras me dejaba caer sobre un mullido almohadón, no apartaba una pulgada la mirada de su rostro.

—Debe saber que he sido una mujer muy desgraciada a lo largo de toda mi vida. —Nuevo silencio mientras miraba sus manos con atención—. Se preguntará a qué viene esta confesión y puede considerarla absurda, pero deseo que conozca la verdad. Seré absolutamente sincera, puede estar seguro, aunque muchos me crean incapaz de protagonizar tal virtud. Nací en el seno de una de las más nobles y acaudaladas familias de esta tierra. Bueno, viví feliz unos pocos años, aunque se borraron con rapidez de mis recuerdos. Porque todo se torció cuando despertaba a la vida, como si el mismo Satanás hubiera tomado a su cargo forzar mi mayor desventura. Murió mi madre, mi padre..., mi padre se suicidó de dolor, caí en manos de una tía severa, que también me dejó pronto...

—¿Y su relación con Gonzalo Verdaguer? Parece ser que se amaron durante bastantes años.

La pregunta podía ser considerada como inapropiada, pero así estaba lanzado el guante y decidí tomarlo sin una duda en mi pecho.

—Ya veo que sois directo y me gusta, incluso lo agradezco. Odio los formalismos y las frases de ritual, que poca verdad encierran. Aunque le extrañe, lo de Gonzalo se trataba de amor en una sola vía, obviamente en la suya. Pero me dejaba llevar por la corriente, esa incapacidad de andar contra el viento que marcara mi vida desde que cruzara el linde. Eso sucedió cuando vivía con la tía Mercedes, durante cuatro años. Sentí el daño que le hice porque es un buen hombre, sincero y abierto, que no lo merecía. No es fácil comprenderme, lo sé. Pero padecía verdadero terror a la pobreza, un sentimiento que solamente se puede conocer a fondo cuando se han padecido las situaciones que debí vivir. Todo sucedió con demasiada rapidez. Murió mi tía, la familia Verdaguer caía en la más espantosa ruina y Gonzalo regresaba de Europa. Justo en esos momentos, el destino me sitúa junto a Francisco Destels, que se interesa por mí con decisión. Y me lancé sin pensarlo dos veces hacia la seguridad, o lo que como tal entendía.

—¿Tampoco amaba a Destels? —Me arrepentí de lanzar aquella pregunta, como si traspasara una línea prohibida—. Perdone mis palabras, han salido...

—No tiene por qué excusarse, Beto. Toda esta conversación es improcedente, pero he sido yo quien la ha abordado. No debe preocuparse. Pero contestando a su pregunta, puedo asegurarle que tampoco quise a mi marido, ni un solo día. Ya ve que, en verdad, le soy sincera. Y para mi desgracia, Francisco Destels no era comparable a Gonzalo, ni le llegaba a la

suela de las botas. No solamente no lo amaba, sino que llegué a despreciarlo con toda la fuerza de mi alma, sin poder soportar una sola de sus caricias. — Hizo un gesto de rechazo con su boca—. Bueno, era voz corrida entre los mentideros de esta sociedad, que tanto aborrezco.

—Y con su inesperada muerte, esa seguridad o posición de privilegio que buscaba se esfumó como el humo de una chimenea.

—No me crea tan estúpida, Beto. La fortuna de mi marido era fabulosa y supe apartar..., bueno, tuve la afortunada visión de comprender que Francisco podía morir en esta guerra en cualquier momento. Y el precio de engendrar varón era demasiado caro para tomarlo en cuenta. Al menos, mi marido era una persona generosa y que no miraba el gasto. Pero no crea que le he llamado para solicitar su ayuda.

—Ni siquiera lo he pensado por un segundo. Le supongo en conocimiento de que no soy un hombre de elevada fortuna, sino un oficial de la Armada casado con una mujer fabulosa, de elevada posición económica y social. Y son dos vías completamente distintas.

—Ya sé que se encuentra felizmente casado y con hijos, razón que hace esta visita todavía más impropia y hasta escandalosa, podríamos decir. Arriesga mucho porque en esta ciudad todo acaba por saberse, hasta los movimientos propios en la alcoba durante la noche. —Creí entrever la primera sonrisa en sus labios.

—Más arriesgáis vos, como señora viuda recién entrada en duelos de luto.

—Ya le dije que poco me importa la opinión de esas urracas con velo. Lo que se podría considerar como prestigio personal lo perdí hace bastante tiempo.

Para mi sorpresa, Alicia abandonó su sillón con ligereza, para dirigirse hacia un velador cercano, donde se encontraban tres botellas de cristal con líquidos de colores inciertos.

—¿Os gusta el coñac?

—Sí.

—A mí también. A veces, la soledad nos conduce a tomar ciertos hábitos alejados de la costumbre.

Escanció el líquido de forma generosa en dos copas con pasmosa naturalidad, como si se tratara de una función normal y cotidiana. Regresó para ofrecerme una de ellas. Pero mientras se encontraba de espaldas para tomar asiento, lanzó la primera granada.

—Cuando os conocí en casa de Tomás Parejo, sentí una sacudida desconocida para mí. —Bebió de su copa con intensidad, al tiempo que

acoplaba los vuelos de su vestido al asiento—. Como partimos de la base de que no soy una dama a la usanza, puedo decirlo con entera libertad que me sentí atraída por vos de forma inmediata, posiblemente la primera vez que he sufrido tal sentimiento en mi vida. Nunca un hombre ha despertado en mí tales..., tales deseos. —Bajó ligeramente la cabeza, para levantada con rapidez y clavar su mirada en mí, mientras bebía de mi copa a tranco largo—. Y al mismo tiempo, vuestros ojos me aseguraban sin posible error que sufríais parecidas o similares sensaciones. Siempre he sabido cuándo un hombre me observa con extremo deseo, un arma que Dios puso a mi disposición para bien o para mal desde que era muy joven. Por esa razón os he llamado. No busco matrimonios ventajosos porque conozco vuestro estado. Tampoco busco fortuna. Solamente deseo...

La frase quedó suspendida en el aire, flotando entre las olas como mi desesperada alma. La primera descarga, esa que marca el inicio del combate, había sido disparada y ya no era posible abrir distancias. Rematé mi copa al tercer sorbo, para depositarla sobre un velador cercano. Me levanté despacio, como un autómatas, hasta llegar a su altura. Tan solo bajé las manos para tomar sus mejillas, que acaricié con ternura. Ojos con ojos y manos contra manos en dulce tensión, mientras repasaba con lentitud los detalles de su rostro. A partir de ahí, todo se tiñó en colores brillantes con fogonazos intermitentes. Porque la sangre se movía a su capricho y el deseo se elevaba hasta coronar picos de nieve. Escuché el susurro de su voz a escasa distancia, aunque parecía proceder de las profundidades.

—Te deseo como jamás deseé a ningún hombre. Bésame, Beto. Por favor, bésame con fuerza.

La mar en cuenco de plata dejó paso a una marejada gruesa en escasos segundos. Toda convención quedaba aplastada por los sentimientos animales en su estado más puro, esos que anidan en el ser humano a mayor o menor profundidad. Porque ni un solo rastro de verdadero amor brotaba en mi corazón, desplazado por un monstruoso deseo de poseer a aquella mujer que, en perfecto acoplo del conjuro, deseaba ser poseída por mí. Marcamos rastros de aquella incontenible pasión por los pasillos, hasta acabar entrelazados a muerte en su alcoba, como dos jóvenes que descubren los placeres de la carne por primera vez en su vida. Aunque debía saber que pisaba terreno peligroso y con futuro incierto, en ningún momento tales prejuicios aparecieron en escena. Me dejé llevar por el maravilloso torrente con decisión, hasta alcanzar estallidos de gozo jamás soñados.

* * *

Picaba la campana a bordo del Hiena la hora cuarta cuando la lancha se atracaba a su portalón. Y por fin, pisaba la cubierta en regreso del Cerrito con el ánimo elevado hasta la galleta y el cuerpo rendido como si hubiera entrado en combate de sangre. El alférez de navío Armentía me recibía en la meseta para ofrecer la pertinente novedad, unas palabras que apenas escuché, para dirigirme a continuación con prisa contenida hacia la cámara. Y mientras Miguelillo preparaba el jergón en absoluto silencio, dirigía la mirada a través de la balconada, desde donde todavía se percibían algunas luces vacilantes en la ciudad.

Por mi cabeza desfilaban escenas en pugna por desplazarse unas a otras, aunque predominaba por encima de todas una de difícil olvido. El rostro de Alicia, sus gestos mientras nos uníamos en un solo cuerpo y los gemidos ahogados de pasión componían una escena imposible de borrar de mi memoria y que recreaba con dulce placer. Pero no entiendan que intentara desterrar unos análisis más serios de mis actos, que llevaba a cabo con absoluta frialdad. Deben recordar que la mitad de mi sangre provenía de la Lombardia italiana, allí donde durante tantos años las pasiones, los amores tomados en cualquier vereda y la vida recta de las familias se fundían con el arte y la música en una sola dirección. No obstante, a continuación se abrían en corrientes propias, exentas de cualquier prejuicio o consideración de moral quebrada. En nada me escandalizaba la pasión sentida por Alicia, una mujer en cuyas redes habrían caído los más insignes moralizadores si les hubieran ofrecido la manzana en adecuado momento. Por el contrario, entendía como una inesperada suerte que aquel regalo hubiese caído entre mis manos, una especial prebenda que todavía me sorprendía.

También era consciente del posible escándalo, aunque sabía bien que, en las Indias, tales actuaciones quedaban grabadas entre las nubes, para desaparecer con las primeras lluvias. Sería repudiado por voces de urracas empaladas, incluso algunas de cuervos carroñeros entrados en cinismo envidioso, que resbalarían por las cuestas de la ciudad como el agua por sus vertientes. Y sería en Cádiz, con los míos, donde recuperaría esa otra vida que llenaba mis sentimientos por completo. Es posible que entiendan tal actitud como ajena a la moral debida y poco aconsejable en las normas escritas para todo caballero. Sin embargo, entiendo que eran precisamente los caballeros quienes obraban con doble manta y triple rasero, aunque entraran en suerte

por estancias de puerta corrediza y al amparo de las noches. Poco a poco el rumor se iría extendiendo por la ciudad y tan solo me preguntaba por la posible reacción de Tomás Parejo quien, con toda seguridad, quedaría al tanto de mis visitas al Cerrito por el cochero, un hombre de su confianza. Pero creía conocerlo bien y no dudaba de su comprensión.

Desperté pronto en la siguiente mañana, aunque había dormido solamente unas pocas horas. Y me dediqué de lleno a la faena, aunque todavía manteníamos el arco separado y vida relajada a bordo, pero ante la posibilidad de emprender la acción de transporte de tropas hacia el río Negro, así lo comuniqué a mis oficiales, con objeto de preparar aquellos detalles que estimasen necesarios. El segundo, con su voz de bajo tenor, expresó las primeras dudas.

—No lo comprendo, señor. ¿De dónde van a conseguir esas dos compañías que hemos de transportar? Según tengo entendido por buenos conductos, no sobra un solo hombre en la guarnición de la plaza. Y el resto, que no cubre las necesidades, se encuentra desplegado con puestos firmes y sin posible relevo a la vista.

—Estoy de acuerdo con su opinión, segundo. Por tal razón, eso mismo le comenté al mayor general, que mantiene parecidas dudas. Pero así lo asegura de firme el general Vigodet.

—Pueden aparecer otras soluciones, señor. Es posible que se espere el arribo a la plaza de tropas procedentes de la Península, ese rumor que se corre de norte a sur desde hace algunas semanas —comentó Tosquilla con tintes de esperanza.

—También es posible que los cielos nos larguen maná en forma de paletillas bien curadas. Nadie sabe cuándo llegará un nuevo buque desde la Península, si es que lo hace alguna puñetera vez. —Al observar los rostros de desánimo en mis hombres, intenté rebajar tensiones—. Bueno, deben comprender que se trata de una exageración por mi parte. Tarde o temprano aparecerá en el Plata un navío o una fragata con los auxilios solicitados, a no ser que hayan perdido la cabeza nuestras autoridades.

—Regresando a nuestra próxima misión, señor, en caso de que hayan artillado en conveniencia el fuerte del Carmen, será empresa temeraria entrar en el Negro —comentó Armentía—. Desde su altura pueden batirnos con precisión y eficacia.

—Parece ser que no han dedicado sus esfuerzos en ese sentido, al menos tales son las noticias recibidas de los informadores. Pero si así fuese, deberíamos desembarcar las fuerzas más hacia fuera, posiblemente donde

fondeamos con la fragata Proserpina y planeamos el apresamiento al queche. Me llamó la atención la generosa desembocadura de río Negro. No abarca tanto como la del Tajo, pero le anda cerca. Creo recordar que ofrecía buenos fondos en su entrada.

—Muy buenos, señor. Nada menos que ocho brazas en la primera tenida con pleamar, hasta el islote de arena que queda medio anegado en dicha situación de marea —entraba Quijano con su habitual seguridad en temas de pilotaje—. A estribor y distancia media entre la hoya Grande de San Pedro y punta Redonda, disfrutaríamos de un tenedero de arena y cuatro brazas de profundidad en bajamar. Quedaríamos fondeados a unas trece millas largas del puerto del Carmen de Patagones. Y con excelente seguridad, protegidos a todos los vientos, especialmente a los del cuarto y primer cuadrante, por el cerro de Vigía y sus estribaciones. Para un posible desembarco de las fuerzas, dispondríamos de buenas riveras para barquear a las tropas con la lancha.

—Pues ahí deberíamos desembarcar a las compañías del Ejército si el fuerte ha sido artillado con fuerza. Cambiando el tema, ¿cómo llevan las obras a bordo, especialmente las del mesana?

—El izado de la mesana cangreja y los piques de las tablas se encuentran en orden y sin novedad, señor. Por el contrario, como no veía muy clara la relingada del foque por el velero a bordo, hice que don Eustaquio lo transportara a tierra, para ser ayudado por los maestros veleros del apostadero en su taller. Creo que en un par de días quedará el problema resuelto, aunque ya sabe que cuando comienzan a despuntar filos es un problema recurrente.

—No debería. El trapo es de excelente calidad y se encuentra en perfectas condiciones. De todas formas, disponemos de un foque de respeto. Si se encuentra en trinca, podemos reemplazarlo.

—Así lo haremos, señor.

Aquel mismo día regresé al caserón del Cerrito, aunque, de acuerdo con Alicia, tomé el carruaje cuando ya las luces caían a plomo en la plaza. Y como era de esperar, se repitieron las mismas escenas vividas en la primera experiencia, alargadas si cabe en todos sus detalles, evitando los preliminares de cortesía. Porque allí el único juego que se mantenía calzado era el de la pasión desenfrenada, como califican los sempiternos mojigatos a lo que no es más que el curso normal entre varón y hembra, que se desean mutuamente, sin floripondios de lenguas estrechas.

Ya sé que quienes lean estos cuadernillos, amparados en vivencias de la familia Leñanza, podrán considerar escandalosos mis pensamientos, pero se me pidió sinceridad y así ha de quedar escrito para que se comprendan las

diferentes mentalidades que se cursaban entre los oficiales de la Real Armada. Y si me acusan de utilizar diferente rasero por haber recomendado a mi cuñado una y mil veces que olvidará sus amores con la joven escocesa, deben comprender que se debía a su formalismo amoroso visceral. Santiago pretendía tirar por la borda su carrera en la Armada, familia y situación social, algo que considero una locura sin medida.

Las visitas al que ya consideraba como maravilloso caserón del Cerrito se lucieron cotidianas, salvo excepción de regla en fuerza. Y revitalizaban mi cuerpo a tono de maderas limpias, recuperando ese apartado del hombre escondido a veces durante demasiado tiempo. Suponía que mis escarceos amorosos serían conocidos por más de un alma entre la sociedad montevideana, condición que poco me preocupaba. Incluso comencé a atisbar ciertas miradas escondidas entre los oficiales, al corriente de mis regresos a bordo bien entrada la madrugada, pero no pensaba entrar en detalle alguno. Tan solo me producía cierto desasosiego mantener conversación con el aventurero Verdaguer, por si todavía le restara algún mínimo sentimiento por la dama.

Entrado en aquella vida que consideraba regalada y pendiente de que se me asignara la definitiva misión hacia el río Negro, dos semanas después de mi comienzo amoroso se produjo una inesperada sorpresa. Precisamente me encontraba en el alcázar conversando con el caballero aventurero sobre nuestra próxima comisión de transporte cuando llegó hasta mi altura el alférez de navío Armentía con ciertas prisas y sonrisa aparejada.

—Aunque nos cueste creerlo como cierto, señor, una fragata de la Real Armada se dirige hacia aquí. Parece dispuesta a fondear.

—¿Una fragata de la Armada en dirección al apostadero? Por todos los cristos, qué buena e inesperada noticia. Y como dice, difícil de creer —exclamaba alborozado y feliz—. Hasta es posible que se trate de la Proserpina, que repite comisión de transporte desde la Península. Y es posible que mi cuñado se mantenga al mando, si todavía no le alcanzó el merecido ascenso al empleo de brigadier.

Nos dirigimos con rapidez hacia el castillo, porque el viento se mantenía entablado del tercer cuadrante y nos dejaba a proa hacia fuera. Y aunque se divisaba el buque con cierta claridad, tomé entre mis manos el antejo solicitado a Miguelillo para enfocar la vista con detalle. Intentaba descubrir la identidad de aquella hermosa fragata, que izaba con orgullo la bandera de la Real Armada en el pico de la cangreja. Después de barrerla de proa a popa

con insistencia, me dirigí con seguridad a mis oficiales, que ya se agolpaban a mi alrededor con expresiones de júbilo.

—Es una de las mahonesas, sin duda, aunque por desgracia no se trate de la fragata Proserpina, cuyas tablas podría reconocer con extremo detalle a una milla de distancia. Juraría que debe ser la Esmeralda o la Venganza. Lo digo porque dichas fragatas se encontraban preparadas para su inmediato alistamiento en el arsenal de La Carraca, precisamente para llevar a cabo misiones hacia las Indias o de cierta importancia, como se había hecho con la Proserpina anteriormente.

—¿Qué significa eso de mahonesas, señor? —preguntó Verdaguer con cierto temor en sus palabras—. Bueno, es posible que debiera estar al corriente de ciertas informaciones que no...

—No se preocupe, caballero, que nunca es malo preguntar y aprender. Incluso es posible que alguno de mis oficiales no se encuentre al día de ese detalle. En los últimos años del siglo pasado, se ordenó construir seis fragatas de 34 cañones en el Arsenal de Mahón. La primera se bautizó como Mahonesa, razón de que se conocieran las seis en su conjunto, como es norma habitual en nuestra Armada, como las mahonesas.

—Desconocía esa especial regla, señor —contestó el aventurero.

—La primera fue un proyecto del gran ingeniero Romero Landa, porque se construyó a imagen y semejanza de la fragata Nuestra Señora de la Soledad, por él mismo diseñada. Precisamente fue a bordo de dicha fragata donde me desteté en la mar, por ser mi primer embarque de guardiamarina. Pero las cinco fragatas siguientes se echaron a las aguas con ciertas variaciones llevadas a cabo por Julián Retamosa, otro de los mejores ingenieros con que ha contado la Armada en el pasado siglo. Después de la primera, se construyeron la Esmeralda, la Diana, la Venganza, la Ninfa y, por último, en 1797, esa preciosa Proserpina en la que llegué al Río de la Plata y donde viví todo tipo de experiencias, entre otras el apresamiento de este magnífico queche.

La fragata nos mostraba ahora el bauprés limpio. Se observaba en su castillo al personal, preparado para fondear los ferros en cualquier momento, a un cable de distancia de nosotros.

—Acaba de largar las dos anclas en rápida secuencia, señor. Demasiado rápida, quizás —comentó el segundo comandante—. En cuanto remate el borneo^[42], podremos comprobar su nombre en el coronamiento.

—Bueno, espero que recibamos buenas noticias y que ampare correspondencia para los que nos encontramos separados de nuestras familias.

Hace bastantes meses que no sé nada de los míos. Y que desembarque el personal y pertrechos que tanto necesitamos.

En efecto, se trataba de la fragata Venganza, la mahonesa entregada a la Armada en el arsenal de Mahón en el año 1792. Y eran numerosas las novedades que amparaba entre sus cuadernas, las más de ellas con signo muy positivo. Para comenzar por su importancia para mi persona, recibía abundante correspondencia de mi esposa Rosalía, que leí con avidez. Por fortuna, todos los míos se mantenían en Cádiz con salud y buen espíritu, aunque la pobre Rosalía sufría mi ausencia como es habitual en toda esposa de un miembro de la Armada. Releí con especial regusto las anécdotas sobre la vida de mis hijos, así como de los sobrinos y del resto de la familia.

La única bombardera negra y de calibre descomunal la recibí en el último recado, donde se me comunicaba la inesperada muerte de mi cuñada Eugenia, envenenada por la sirvienta que fuera trasladada en la fragata Proserpina desde el Plata hacia la Península. Me impactó tal noticia hasta cuernos alzados porque, en verdad, mucho quería a Eugenia, una extraordinaria mujer que no merecía aquel desastroso final. Pero más sentía la tristeza que cubriría en manto a mi cuñado y gran amigo Santiago. Porque estaba seguro de que se consideraría responsable del suceso, al aparejarlo a su propia historia personal y las relaciones prohibidas.

Decidí escribir con rapidez recado de consolación para Santiago y otro para Rosalía, antes de que la Venganza regresara a Cádiz. Porque según las noticias expuestas por su comandante, el capitán de navío Alarcón, permanecería solamente dos semanas en el fondeadero, siguiendo las órdenes del comandante general de la escuadra. Pero no quedaban ahí las buenas nuevas amparadas, porque a bordo de la fragata arribaba a la plaza una compañía desgajada del regimiento de Castilla y una veintena de hombres de mar. Se trataba de cantidades que se podían considerar como suspiros de alas cortas y que nos hacían despotricar de nuestras autoridades emplazadas en España, pero más vale el centavo que la nada. Por fortuna, eran abundantes los alimentos y el armamento para distribuir, aunque no hicieran callar nuestras protestas.

A bordo de la Venganza llegaba de transporte el capitán de navío don Miguel de la Sierra, para llevar a cabo el relevo del jefe de escuadra Salazar como comandante naval del apostadero. Y no cabía duda de tal dato, porque ya nos informaba Alarcón, que tanto nuestro jefe como el mariscal de campo Elío regresaban hacia España a su bordo. De esta forma, el general Vigodet quedaba al mando de la plaza.

Dos días después del arribo de la fragata con tanta novedad a bordo, me encontraba por la mañana en la cámara relejendo una vez más las notas escritas por Rosalía, esas que nos infunden esperanzas pero, al mismo tiempo, nos emplazan el alma en tristeza. Tanto así que dejé de acudir durante unos días al caserón del Cerrito, con los pensamientos enhebrados en otras direcciones. Fue en aquel momento cuando me llegó el alférez de fragata Tosquilla para ofrecerme un inesperado aviso.

—El mayor general se dirige en una lancha hacia nosotros, señor comandante.

—¿El capitán de fragata Parejo hacia aquí? Debe de ser un error de apreciación por su parte. Seguro que se dirige hacia la fragata Venganza para recibir en orden a su comandante.

—Eso pensaba en un principio, señor. Pero no hay duda de que han aproado hacia nuestro costado de estribor, a la altura del portalón.

Salí a la carrera para recibir a Parejo en el portalón con normas de ordenanza. Y tras ofrecerle los honores que le correspondían, me tomó por el brazo con su habitual confianza y cierta urgencia, al tiempo que dirigía sus pasos hacia popa.

—Debo hablar contigo a solas sin pérdida de tiempo, Beto. En tu cámara si es posible. Se trata de un asunto bastante reservado.

Me tomó por sorpresa el tono grave empleado por quien consideraba como un buen amigo, pero superior en la escala de mando. Aunque se trataba de hombre que se movía por derecho y sin rodeos aparentes, parecían exageradas las prisas impuestas. Y en aquel momento, pensamientos cruzados atravesaron mi cerebro en recorrida de tonos grises. Porque comencé a sospechar que las múltiples visitas giradas de tapado al caserón del Cerrito tuvieran algo que ver con aquella inesperada visita. No obstante, intenté desechar tales ideas, al tiempo que aceleraba el paso para llegar a la cámara y abrir la caja de las sorpresas.

12. Noticias inesperadas

Una vez en la cámara, el capitán de fragata Parejo se dejó caer en el asiento empernado, situado frente a mi mesa, tras depositar en su frontal con dejadez una ligera carpeta, amparada con balduques rojos en cierre. Como de costumbre, se movía con entera libertad en mi presencia. La mutua confianza abierta entre ambos le facultaba para tomar aquella iniciativa. Y como era habitual cuando entraba en temas importantes del servicio, mostraba rasgos de cansancio en su rostro. Aunque mis pensamientos se mantenían en vuelo hacia una determinada dirección, con el caserón del Cerrito bien grabado en imágenes, intenté mostrar un habitual comportamiento.

—Mucho me alegra esta inesperada y agradable visita, señor mayor general de las fuerzas navales de este magnífico apostadero —comentaba en tono de media chanza—. Pero antes de que entres en materias de seriedad, debo ser cortés y ofrecerte lo que más te apetezca. ¿Quieres tomar un café bien cargadito, para descargar pesadillas y desmadres mentales?

—Nada de café, por favor. —Efectuó un gesto de rechazo con sus manos—. No comprendo cómo puedes trasegar tal cantidad de líquido negro y amargo cada día sin pasar uno en blanco. Acabarás con las tripas y la sangre teñidas en prieto. Pero, bueno, también mi educación es de molde, así que, para no desairarte, y aunque sea una hora demasiado temprana, bebería con placer una copa de clarete. Pero de ese que guardas bajo doble cerradura y con destellos de cristal bermejo.

—Aunque, en teoría, no reste a bordo una sola gota de ese especial brebaje que mencionas, haremos una excepción en tu honor. Pero tienes razón al afirmar que se trata de hora demasiado temprana. Bueno, podemos poner de moda en el apostadero la costumbre de hacer las once, como se manejan con toda naturalidad nuestros compatriotas en las ciudades de Tierra Firme.

—Pero ellos lo hacen con aguardiente. Demasiado fuste para entrar en problemas serios.

—Tienes razón. Por cierto, supongo que os mostraréis contentos y agradecidos con los auxilios recibidos desde España en la fragata Venganza.

—Entre tú y yo, y sin que salga de esta cámara, se trata de una verdadera vergüenza. En cuanto a las fuerzas del Ejército, nos refuerzan con una compañía de infantería, bien equipada al menos, y una sección de artilleros con escaso armamento. Por otro lado y a pesar de las súplicas elevadas una y mil veces, nos entregan escasa pólvora y balerío de cuartillo, dos elementos que necesitamos en abundancia. En cuanto a la gente de mar, mejor sería no hablar, para no entrar en deseos de blasfemia. Llegan asignados al apostadero unas pocas manzanas podridas. Vamos, lo peor de cada casa para las Indias, como suele ser la norma habitual y repetida. Menos mal que de alimentos llega bien surtida, con mucha galleta de mar y salazón. Pero cualquier cabeza bien aposentada debe ser consciente de que así no se resuelve ninguno de los problemas que debemos afrontar. En España no parecen comprender una mierda lo que de verdad nos jugamos por estos días en el Río de la Plata.

Mientras Miguelillo servía un café más y la bebida solicitada por el mayor general, mi huésped desataba los balduques de la carpeta, para pasar a inspeccionar unos pliegos que quedaban fuera de mi campo de visión. Se mantenía en silencio, una condición que comenzaba a exasperarme. Y como siempre pequé de insana impaciencia, lo atacé de lleno sin esperar un segundo más, reconcomido por la ansiedad.

—Vamos, Tomás, larga la madeja gruesa de una putañera vez. ¿A qué se debe esta inesperada visita, aparejada de reserva y urgencia? Con un nuevo jefe del apostadero en danza y las novedades amparadas en la fragata Venganza, no creo que dispongas de un solo minuto para moverte en encuentros de mera cortesía. ¿Qué asunto secreto es ese que comentabas?

—Vas a recibir alguna inesperada sorpresa, amigo mío, aunque en su conjunto la maniobra te sea altamente beneficiosa. —Ofrecía una sonrisa, cuyo significado no conseguía descifrar—. Pero si se puede considerar así, es gracias a mi hábil comportamiento y sobresaliente inteligencia.

—Maldita sea la badana roja que te arropa. Me dejas navegando sobre ascuas rojas, condición que poco me agrada. ¿De qué se trata?

—Bien, entremos en faena de una vez porque, como aseguras con razón, el tiempo disponible es escaso. Te comunico con placer que has de llevar a cabo una difícil misión, calificada hasta el momento como muy reservada. Es absolutamente necesario mantener la más alta discreción en este asunto, porque de tal postura depende en alto grado su posible éxito. Hace media hora la ha autorizado el jefe de escuadra Salazar, con el visto bueno de quien será

el próximo comandante naval del apostadero, el capitán de navío don Miguel de la Sierra. Como puedes suponer, su aprobación era estrictamente necesaria porque la emprenderás cuando ya se encuentre al mando.

—Todavía no lo conozco.

—Esta tarde le seréis presentados todos los oficiales, una vez tome el mando ante el gobernador, el general Vigodet, que se mantendrá a la cabeza absoluta de estas tierras. —La expresión de su cara se oscurecía por largo, al nombrar a la más alta autoridad de la plaza—. Como debes saber, tanto Salazar como el general Elío regresan a España en la fragata Venganza, a la que se le han impuesto desde España unas prisas enfermizas. Por lo visto, continuamos con escasas unidades navales a disposición, lo que me ha confirmado de llano su comandante. Nuestros gobernantes deben de haber enloquecido, aunque ese tema sea trigo molido y no merezca más comentarios. Después de las presentaciones de cortesía, una vez a solas con el nuevo comandante naval y conmigo, acompañados por tu segundo y el comandante del bergantín Cisne, volveremos a comentar la operación que has de emprender. Pero De la Sierra desea que te la exponga ahora con detalle, para que llegues a esa reunión con suficientes conocimientos.

—Me parece correcto y acertado. Supongo que deberé navegar hacia el río Negro con las tropas del Ejército, tal y como había previsto el general Vigodet. Y allí, posiblemente, entrar en fuegos contra las fuerzas rebeldes en apoyo de nuestros soldados.

—Nada de eso, amigo mío. Olvida por ahora tu querido río Negro y el traslado de tropas que comentamos en su momento, aunque intentemos por todos los medios que así lo crean nuestros enemigos. Lanzamos ese pájaro hace algunas semanas, para que los rebeldes apuntaran en dicha dirección. Pero en realidad se trata de una misión bastante más complicada y difícil, una operación de castigo en el río Uruguay.

—¿En el Uruguay? —Mi extrañeza era cierta—. Por los cojones del sultán, Tomás, que no es cagada de mosca. Me he estudiado los cursos del Paraná y del Uruguay muy a fondo, con el auxilio del teniente de fragata Quijano, que se los conoce como la palma de su mano. Y en el segundo existen zonas que marcan solamente con una braza^[43] de profundidad. ¿Hasta qué altura he de llegar?

—Deberás alcanzar una posición aproximada entre los riachuelos Mosquitos y Fernández, frente a la punta del Arenal Grande.

—¿Más de treinta millas río adentro? ¿Estás seguro de lo que dices?

—Deberás navegar unas treinta millas río adentro, más o menos. Pero falta un detalle importante. —Ahora Parejo me miraba con seriedad en el semblante—. Deberás..., deberás navegar durante la noche.

—¿Operación nocturna? ¿Piensas que tome el canal del Infierno y el paso de la punta Gorda durante la noche? ¿Deseas contemplar al queche Hiena con la quilla bien clavada en la arena, para que sea asaltado por esos rebeldes sin posibilidad de defensa? Vamos, Tomás, no me vengas con esas bromas.

—Nada de bromas, Beto —Parejo hablaba con seriedad—. El efecto sorpresa se considera como pieza fundamental. Además, no exageres, que también yo me conozco las aguas de ese río al palmo. Tienes a bordo a tu segundo, el mejor piloto del Plata y ríos adyacentes, aunque ahora detente el empleo de teniente de fragata. Se ha hecho otras veces, aunque he de reconocer que nunca con un buque de tu calado, superior al del resto de las unidades. En efecto, en esos puntos que citas, especialmente entre la punta Gorda y el brazo de Gutiérrez, se dispone de una profundidad de 1,6 brazas en la bajamar, dependiendo de la época del año y, en consecuencia, el cauce del río. Por lo tanto, deberás ajustar la derrota para tomarla con la marea alta, tanto a la ida como en el regreso.

—Ya lo suponía. Un detalle que complicará toda la operación. Porque lo acometería con gusto durante el día. Sin embargo, lo encuentro bastante peligroso sin referencias de tierra a la vista.

—Siempre hay referencias, Beto. Como es lógico, no podrás cursar río arriba en noche cerrada y sin tarros de luz en la ribera. En estos días crece la luna, por lo que el próximo jueves sería un momento oportuno, si no rola el viento, condición poco probable. Es urgente atacar esta empresa cuanto antes.

—¿Está de acuerdo el jefe de escuadra Salazar? Me cuesta creerlo con su habitual y excesiva prudencia. Siempre prohíbe tomar el menor riesgo.

—Lo convencí por los beneficios globales que comportaría la operación aunque, en verdad, creo que la acepta porque ya no se encontrará en estas aguas cuando la lleves a cabo, y la badana habrá caído sobre los hombros de su relevo. Y nuestro general Vigodet, que solamente piensa en sus propias fuerzas, también apremia en dicho sentido. Entre los dos riachuelos citados, los rebeldes han establecido un importante centro de aprovisionamiento, eso que llaman como barracones de frontera, estratégicamente situado para apoyar las operaciones en esa zona que podemos considerar como vital para nuestros intereses en estos momentos. Ya sabes que seguimos reculando y lo que puede considerarse como línea de separación pasó del Paraná al Uruguay.

—Eso tengo entendido, aunque se trate de línea en permanente movimiento, con adelantos y retrocesos. Sin contar con que las bolsas se cierran en las dos ciudades principales, sobre todo en Montevideo.

—También Colonia sufre lo suyo. Pero cuando hablas de avances y retrocesos, puedes quedarte con el segundo apartado en solitario, para nuestra desgracia. El caso es que como necesaria protección, así como dominio de bastantes millas en la ribera, los intitulados como patriotas bonaerenses se encuentran instalando una batería formidable entre los riachuelos Mosquitos y Martínez. De todas formas, las fuerzas que han de servir las piezas y defender la posición han sido estacionadas, de momento, cerca del Nancay Chico. Esos cañones, una vez alistados, además de constituir una protección insuperable a su nuevo nudo de abastecimiento, podrían batir todo nuestro frente occidental, lo que nos retranquearía todavía más. La batería se encuentra casi lista, por lo que urge desmontarla y clavar sus cañones. Serás apoyado por el bergantín Cisne.

—¿El buque insignia de Romarate?

—El pobre Jacinto se encuentra rendido en cama con unas tercianas de muerte y se le supone fuera de servicio durante varias semanas, si las supera. Bueno, ya lo ha conseguido en anteriores ocasiones. Esa es la razón de que se pensara en tu barco, además de su excelente batería artillera. El Cisne se mueve bien por los ríos y su nuevo comandante, el teniente de fragata Tomás Sostoa, no solo es un oficial bragado y valiente, sino que se conoce muy bien el Uruguay. Seguirá tus aguas, bajo tu mando. Una vez alcanzado el objetivo, si no has varado en el empeño —Parejo sonreía en chanza, lo que poco me agradaba—, ya te digo que será fundamental tu poderosa artillería, así como las tropas que embarcaréis en ambas unidades. Pocos hombres, pero de garantía.

—Pero si la guarnición se encuentra tan cerca, recibirán apoyo numeroso en escaso tiempo.

—Ahí entra el factor sorpresa tan necesario que te comentaba. Y ahora entramos en la segunda vertiente, que ha de influir lo suficiente. Porque es de la mayor importancia que los rebeldes estimen como muy probable un ataque por el río Negro. Ya te he dicho que lo andamos propalando a los vientos desde hace algunas semanas. Si apareces de improviso y atacas a corta distancia, podrás desmontar esa batería. En caso de que acudan refuerzos, lo harán de forma obligada por la ribera del río y ahí puedes entrar con fuego de metralla, e impedir o retrasar por largo su apoyo. Incluso hacerlos salir de estampida hacia el interior. Sin olvidar las tropas propias que embarcarás para

la operación. Claro que maniobrar en un río no es torta de placer y eleva los problemas. Se trata, sin duda, de una misión bastante complicada para el Hiena, pero no tenemos más remedio que afrontarla.

—Bueno, un poco de riesgo nunca viene mal al cuerpo. La verdad es que me encuentro hartado de sestear o acometer operaciones más propias de damas en cortejo. No obstante, entiendo que, desde este fondeadero, son demasiadas millas para navegar en la noche. Supongo que deberé tomar algún punto intermedio.

—Supones bien. Nadie debe saber que el buque bajo tu mando, formando división con el Cisne, saldrá en dirección al río Uruguay, ni el objetivo final de la empresa. Hasta el momento tan solo es conocido por Vigodet, Salazar, De la Sierra, tú y yo. Es imprescindible mantener el máximo secreto. Ya te digo que los rebeldes están casi convencidos de que vas a transportar dos compañías hacia el río Negro, para tomar el fuerte del Carmen y la ciudad de Viedma, de acuerdo al plan inicial que te adelanté. Incluso hemos observado movimientos en esa dirección, traslados de tropas para reforzar dichas posiciones, lo que nos alivia un tanto. Porque esa guarnición de apoyo a la batería y centro de abastecimiento que has de batir también se verá mermada en sus fuerzas.

—¿De verdad estimas que picarán el anzuelo? Me cuesta creerlo.

—Por supuesto que lo creo. Además, contamos con una última y muy importante carta, en la que desempeñarás un papel fundamental. —De nuevo, no comprendí el significado de la sonrisa que exhibía Parejo—. Todo se acopla en orden a nuestra verdadera empresa porque, de acuerdo a esa operación supuesta hacia el sur, deberías navegar hacia Colonia, para embarcar las tropas estacionadas. Y, en efecto, esa será tu primera etapa. No obstante, desde allí establecerás una derrota hacia la isla de Martín García, que ofrece la entrada al Uruguay, con una distancia por navegar menor de treinta millas. En total, desde Colonia hasta el arroyo Mosquitos, poco más de cincuenta millas. Estamos metidos en pleno invierno, con noches muy largas. Dada la posición de la batería rebelde, si sales de Colonia cuando comienzan a caer las luces y se mantiene este benéfico viento del oeste-sudoeste y fresco de fuerza, puedes alcanzar tu objetivo con las primeras luces del alba o alguna hora después. Se encontrarán con los disparos de nuestros buques cuando comiencen a despertar de sus benditos sueños.

—En el papel todo se dibuja de forma sencilla y con brillantes colores. Pero no olvides que deberé navegar corriente arriba.

—Escasa en estos días de invierno.

—La subida será más sencilla. El regreso se complicara si he de navegar de bolina y con abatimiento, sin contar la corriente a favor que nos puede mudar la proa al gusto del demonio.

—Concuerdo contigo. Conozco todas esas variables de memoria. No olvides que he navegado por ese río muchas veces.

—A bordo de un bergantín de escaso calado.

—Soy consciente de que no es lo mismo si se navega con el queche. Ya te he dicho que se trata de una empresa peligrosa, bastante peligrosa podría asegurar. Incluso sopesamos la posibilidad de enviar alguna de las corbetas, rimbombante nombre para lo que no son más que pótalas^[44] de barriga cardenalicia, aunque con escaso calado. Pero solamente un buque maniobrero como el Hiena y tu notable artillería sería capaz de batir esos muros de fábrica con los que han edificado la batería. Por encima de todo, hay que poner los cojones en la mesa y desmontar esa fortificación.

—Desde luego. No creas que intento evitar el riesgo, ni mucho menos. Me gustan las misiones difíciles. Solamente pienso en voz alta.

—Ya lo sabía. En ningún momento he dudado de tu disposición. Pero todavía me resta en la bolsa una noticia que puede sorprenderte... —Parejo dejó sus palabras en el aire, al tiempo que masajeaba su barbilla como si entrara en dudas.

—Por todos los demonios, Tomás. Parece que hoy te gusta mantener la máxima lentitud en tus razonamientos. Larga la badana de una puta vez.

—Te he hablado de una carta fundamental que guardamos en la cesta y puede ser pieza de primer orden para conseguir el éxito de esta operación. Ahí entras tú en persona. Y para que lo comprendas, debo comentar contigo otro aspecto de la operación más..., más delicado. —El mayor general se movió en el asiento con cierto nerviosismo, al tiempo que apuraba su copa—. Espero que sepas comprender.

—¿Comprender? Por los huevos del general. No comprendo un carajo de nada. Me parece entrever un tono misterioso en tus palabras. De qué se trata.

Tomás me miró fijamente, como si dudara del camino que debía seguir. De nuevo, los pensamientos cerrados regresaron a mi cerebro, temiendo el tema que íbamos a tratar.

—Ya sabes que no soy partidario de rodear la cima sin entrar a fuego. Por tal razón seré directo, como siempre. En la próxima visita que lles a cabo hacia el caserón del Cerrito, deberás decirle a Alicia que el próximo jueves has de hacerte a la mar en dirección a Colonia, para embarcar dos compañías del Ejército y navegar posteriormente hacia el río Negro. Le explicarás, sin

que llegue a sospechar de tus verdaderas intenciones, esa teórica operación contra el fuerte del Carmen y la ciudad de Viedma. Es muy importante que lo expongas como comentarios sin mayor importancia, de esos que se dirigen a la mujer amada en momentos de plena intimidad.

Ahora sí que el silencio clavó espuelas en la cámara. No andaba desencaminado en mis primeras suposiciones, aunque lo que Tomás declaraba me sobrepasaba muy por largo. Si era cierto lo que creía entender, desmontaba algunos de mis supuestos como torrentera sin freno. Me sentí incómodo ante aquella revelación, aunque no porque Parejo estuviera al corriente de mis correrías pasionales. Volví a escuchar su voz, ahora en tono paternal.

—Mira, Beto, ya sabes cómo pienso y poco me importa que te desfogues en el lecho con una mujer como Alicia, aunque las voces santeras te critiquen a muerte. En cierto modo, serás envidiado por muchos, entre los que me encuentro —mostró una pícara sonrisa—, por conseguir los favores de una mujer de bandera, posiblemente la más deseada de esta plaza. Hace bastante tiempo, incluso antes de quedar viuda, que mantenemos vigilancia permanente del caserón del Cerrito y de los movimientos de esa dama. No nos cabe duda de que es una informadora de los rebeldes, por lo que debe ser generosamente recompensada y habrá recibido promesas de futuras riquezas, función acostumbrada de esos secuaces con sus cómplices. He llegado a creer con bastante fundamento que fue la que informó de la acción llevada a cabo por nuestras tropas sobre los cerros de San Juan. De esa forma, además de colaborar con los putos rebeldes, se quitaba de encima a su odiado esposo. Pero eso significa que tiene fundadas esperanzas en un futuro con suficiente fortuna.

Dudé todavía algunos segundos, antes de entrar por sinceros y a carta llana.

—Suponía que estarías al corriente de mis visitas a Alicia, pero no sospechaba de esos movimientos, más propios de espías desalmados. Me dijo que la muerte de su marido no la dejaba en la calle, pero como si hubiera apartado de su fortuna alguna importante cantidad por métodos oscuros. Resulta que, además de sus incomparables encantos, esta zorra es una hija de la gran puta.

—Así es, sin duda alguna. Una maravillosa y deseable hembra, hija del gran putón serrano.

—¿Ha sido grande el escándalo de mis relaciones pecaminosas? No creas que me importa mucho. Se trata de simple curiosidad. Nada siento por Alicia,

salvo un deseo irrefrenable. Me decía que era una suerte que me hubiese escogido para sus asaltos carnales, con los que disfruto a muerte, como podrás comprender. Tan solo me dolía que las voces alcanzaran a tu mujer. Después de todo, Destels era su primo y...

—No te preocupes en ese sentido. Debes tener en cuenta que Rosario es mujer de manga ancha, mucho más de lo que aparenta. Si tiene conocimiento de tus debilidades, pensará que eres un redomado frescales. De todas formas, las mujeres suelen perdonar esos pecados de los hombres alejados de sus familias, siempre que no sea el propio. Pero no lo sentirá por Alicia, más bien al contrario. La odia profundamente porque, en su opinión, hizo un desgraciado a su primo Francisco.

—Bueno, me tranquilizas. Y sabiendo cómo se conduce esta hermosa dama, me siento reconfortado después de todo. Podré seguir gozando de su extraordinario cuerpo, al tiempo que ayudo a la causa.

—Tus aventuras se habían corrido, como suele suceder en plaza cerrada. El escándalo tomaba cuerpo y hasta el jefe de escuadra Salazar me llamó a consulta hace pocos días. Ya sabes que es bastante santurrón, un clásico meapilas, aunque en su juventud ganara buena fama de asaltacamás. Pero ahí entró en juego mi clara inteligencia. Le dije que todo era un plan organizado por la mayoría general para pasarle información falsa a los rebeldes, de la que nos podíamos aprovechar. Tragó el anzuelo, aunque mostrara ciertos reproches de conciencia. Por tales razones, serás considerado un héroe mientras gozas como un sultán de ese maravilloso y sinuoso cuerpo que imagino al detalle. Repito con sinceridad que te envidio. En cuanto a ese posible escándalo, entra dentro de la normalidad en las Indias para hombres alejados de la propia familia. Tormenta de verano que se extingue con facilidad.

Sentí una ráfaga de felicidad difícil de contener. Tomás Parejo no era solamente un buen amigo, sino que me dejaba en una posición privilegiada, que solucionaba todos mis problemas.

—Eres un genio, Tomás, y me rindo ante tu extraordinario cerebro. Deberías ceñir la faja^[45] cuanto antes. Creo que te enviaré una botella de aguardiente esta misma tarde.

—Que sea acompañada de un par de frascas de este extraordinario clarete. Bueno, ahora en serio, es importante que acudas hoy mismo al Cerrito y le expliques a Alicia el plan previsto para el río Negro, con salida definitiva para el próximo jueves.

—Así lo haré, no lo dudes. Y morderá el anzuelo porque soy un gran actor de teatro. En fin, volveré a sacrificarme por la causa y retozaré entre sedas con la dama. Todo sea por la patria, aunque nos exija acciones que nuestra conciencia rechaza.

—Vete al cuerno, culebrón.

Cuando partió Tomás y quedé a solas, me invadió una gran felicidad interior. No me sentía excesivamente preocupado por las aventuras corridas en el caserón del Cerrito, pero acabaría por ser molesto encarar a las doñas montevidéanas, que repudiarían mi conducta con sus habituales lenguas viperinas. La coartada que me ofrecía Parejo era fantástica. En cuanto a la misión que debería encarar en escasos días, comprendía muy bien las dificultades de todo tipo que debería afrontar. No obstante, al mismo tiempo me hacía sentir esa fogosidad que recordaba de otros momentos, antes de entrar en combate desfavorable o en situación de tensión máxima. Pero como nada podía decir o preparar, me tomé el resto de la mañana con calma, en espera de ser presentado al nuevo comandante y conferenciar con él poco después.

* * *

Pocos minutos antes de la hora prevista, me presentaba en el edificio de la comandancia naval, embutido en uniforme grande inmaculado y acompañado por mis oficiales. Ya se encontraban en el salón de recibo bastantes de los destinados en el apostadero, a los que fuimos saludando con la habitual confianza. Dedicué algunas palabras al teniente de fragata Sostoa, con quien debería emprender la ruta del río Uruguay, aunque todavía no se encontrara al tanto de la operación. Y marcaba el reloj las cinco en punto de la tarde cuando hacía su entrada en la sala un capitán de navío, seguido por Tomás Parejo y los dos ayudantes de la mayoría.

Ya deben de saber que una de mis impenitentes manías ha sido siempre la de intentar conocer a una persona con la primera impresión recibida, aun sin haber escuchado siquiera el timbre de su voz. No es conducta recomendable, desde luego, pero jamás pude resistirme a ese análisis inicial, que condicionaba mi conducta en los contactos previos. Por tal razón, debo declarar que aquel capitán de navío de baja estatura, abundante cabellera encanecida, magro de carnes y cara redonda con mofletes sonrosados me tomaba de través, sin pulsar una sola nota de beneficio a su favor. Cuando comenzó a largar sus palabras en habitual arenga, también su tono áspero me

sonaba a falsete con sordina, lo que me hizo entrar en desánimo generalizado y desear firmemente haber marrado de lleno en mis suposiciones.

Tras ser presentado por Tomás Parejo a comandantes y oficiales, De la Sierra se mantuvo parco de palabras y expresiones. Poco después, hacía acto de presencia el jefe de escuadra Salazar, quien, con una alargada sonrisa, pasaba a despedirse de cada uno con frases de aliento y esperanza en el futuro. Al llegar a mi altura, bajó el tono de su voz, al tiempo que me tomaba por el brazo con inesperada confianza.

—Espero que siga cumpliendo su deber en nivel tan alto como hasta ahora, Pignatti. Nunca olvidaremos el apresamiento del queche Hiena, que levantó la moral de esta sufrida plaza en un importante y crucial momento —ahora disminuía todavía más el tono, hasta hacerse casi inaudible—. Y debo agradecerle como se merece la especial..., la especial misión que ha llevado a cabo en los últimos días, aunque sea a costa de sus propios principios morales.

—Lo sufro en mi conciencia con la debida resignación, señor general. Pero, cuando así nos lo exige una misión de la Real Armada, nada hemos de oponer.

—Sois un hombre entero.

Aquellas inesperadas palabras me hicieron reír tripas adentro con inmenso placer. Poco después se deshacía con rapidez la ceremonia, sin el habitual brindis, como si las operaciones de guerra impidieran perder un solo minuto en la necesaria cortesía. A una señal de Parejo y avisado Martín Quijano de que debería mantenerse a mi lado, ordené a los demás oficiales el regreso a bordo mientras me dirigía hacia una puerta lateral que ya había tomado el nuevo comandante. De esta forma, poco después abordábamos la sala de juntas, donde sobre un trípode, se encontraba desplegada una carta general del Río de la Plata, y otra particular que comprendía desde la altura Colonia del Sacramento-Buenos Aires, hasta alcanzar unas cien millas del curso del río Uruguay hacia el norte.

Una vez situados alrededor de la mesa, con rostros especialmente expectantes en Sostoa y Quijano, ajenos al tema que íbamos a tratar, el capitán de navío De la Sierra tomó la palabra.

—Bien, señores, la urgencia para mantener esta reunión se debe a que disponemos de escaso tiempo. El próximo jueves, la división formada por el queche Hiena y el bergantín Cisne, bajo el mando del capitán de fragata Pignatti, deberá emprender una importante y delicada misión. Ahora el mayor general se la expondrá con todo detalle. Posteriormente y dado el preciso

conocimiento que de estas aguas poseen, pasaremos a una consulta con entera libertad para exponer opiniones personales o aclarar alguna duda que les surja.

Parejo tomó la palabra, para pasar a exponer lo que ya conocía con bastante detalle, aunque ahora, a la vista de la carta particular del río Uruguay y siguiendo el puntero de Parejo, parecía más complicada todavía. El capitán de navío De la Sierra lo interrumpió en un par de ocasiones, para repetir algún detalle perfectamente explicado por su subordinado, como si deseara recalcar que mandaba el cotarro con energía. Observaba a ratos los rostros de Quijano y Sostoa, por si expresaban algún sentimiento especial. Sin embargo, seguían las explicaciones sin mostrar sorpresa o preocupación, como si se tratara de una operación habitual y rutinaria. Por fin, una vez finalizada la exposición del mayor general, tomó la palabra el comandante.

—Bien, creo que la operación queda descrita con extremo detalle. Sé que, por primera vez, será utilizado el queche Hiena en operación fluvial y que la navegación pasará por algún momento de apuro si no se consigue coincidir con la marea alta en esa angostura citada de la punta Gorda. También pueden ser atacados por fuerzas rebeldes acopladas a la ribera, aunque no deberían aparecer con número de artillería suficiente. En cuanto a las fuerzas de la guarnición, esperamos que sean escasas en estos días y puedan ser batidas por la artillería de los buques. Pero esas son nuestras misiones habituales y en este caso se considera de vital importancia desmontar la batería enemiga, por lo que asumimos el riesgo. Se considera fundamental acallar esos fuegos. Por favor, ahora pueden expresar sus comentarios.

Quijano miró en mi dirección, como si esperara de forma respetuosa que tomara la iniciativa. Y así lo hice sin dudar.

—Concuerdo con vos, señor, en el alto riesgo que asumimos. Le adelanto que mucho confío en mi segundo comandante, uno de los mejores pilotos del Plata y sus ríos anejos. Si acaso, debe ser él quien efectúe algún comentario particular.

Quedamos en silencio, mientras las miradas se posaban en el oficial citado.

Quijano tomó la palabra con su habitual templanza y parsimonia, solicitando en primer lugar la venia de nuestro nuevo jefe.

—Con vuestro permiso, señor. Para arribar a la angostura que habéis citado con marea alta, deberemos tomar en bajamar el paso de Colonia a la punta de Martín Chico. Necesitaremos suficiente luz para atravesar lo que se denomina como Canal del Infierno, con unos fondos bastante ajustados,

especialmente para el queche Hiena. Posteriormente, si alcanzamos la punta Gorda con marea favorable y, también en este caso, suficiente iluminación, pasaremos sin problemas, siempre que el viento no nos sea contrario y la corriente acoplada en acuerdo a esta época del año. Es de esperar que el soplo se mantenga del tercer cuadrante, aunque su detalle exacto será vital para el tornaviaje.

—Hablaba con el mayor general esta misma tarde —intervino De la Sierra con autoridad— sobre la posibilidad de mostrar un tarro de luz en la punta de Martín Chico y en la punta Gorda, si fuese necesario.

—Para que fuesen de suficiente utilidad, señor —remataba Quijano—, deberían encontrarse encendidos demasiado tiempo y hacerse visibles para los rebeldes. Puede convertirse en acción negativa. El jueves gozaremos de luna casi llena. Sería deseable la presencia de algunas nubes, como sucede en estos momentos, de forma que no la oculten demasiado, pero que tampoco se ofrezca una iluminación excesiva y refleje nuestras siluetas con demasiada claridad.

—Son muchas las variantes que se pueden presentar en cada apartado, por lo que deberé decidir en cada momento lo más apropiado —entraba también con decisión como comandante de la división—. Poco me preocupa la subida Uruguay arriba si llegamos a la angostura con marea alta y disponemos de suficiente iluminación. Sin embargo, más peligroso se presenta el tornaviaje. Para tomar el paso con marea alta de nuevo, deberán transcurrir más de doce horas entre las dos pasadas. Eso significa que dispondremos de unas ocho o nueve horas para desmontar la batería o esperar un periodo igual en esa zona del río, que puede ser excesivo. Y como dice mi segundo, el viento puede hacer inviable el regreso, a no ser que nos dejemos caer corriente a favor a palo seco, con algún foque izado en auxilio de maniobra.

—Estoy de acuerdo con todo lo que dices —afirmó Parejo—. El regreso dependerá ciertamente de más factores todavía, de forma especial la duración del combate, aspecto vital desde cualquier opción. Según se nos asegura, en estos momentos la guarnición de la batería es escasa, por no encontrarse operativa todavía la fortificación y las necesidades de enviar tropas a otros escenarios. No obstante, los barracones de frontera parecen haberse rematado al ciento. Por tal razón, embarcaréis pocos hombres del Ejército en apoyo, pero muy escogidos. Soldados bragados y con experiencia. Es lógico pensar que los rebeldes soliciten refuerzos cuando se vean atacados. Y pueden alcanzar la escena antes de que os sea posible iniciar el tornaviaje, especialmente al queche Hiena. Será el momento en el que los dos buques

deban entrar con fuego de metralla. Pero como dices, en cada momento deberás decidir lo más adecuado, como siempre que se manda en la mar.

—Bueno, siempre sobre las aguas, sean de río o de la mar, pueden aparecer vientos blancos o negros, corrientes a favor o en contra, e inesperados efectos —volvía De la Sierra en tono de cierta prepotencia—. Pero la operación parece factible en su conjunto, sin riesgos excesivos. Y el fruto no solamente es apetecido, sino necesario. ¿Qué opina, comandante Sostoa?

El comandante del Cisne todavía no había abierto la boca para bien o para mal. De escasa edad y despierto de cara, tomó la palabra con soltura.

—Los mayores problemas los sufrirá el Hiena, sin duda. He navegado por el Uruguay en diversas operaciones de guerra. Tan solo en algunas ocasiones, corriente a favor, sufrimos problemas. Pero en estos días mermará la fuerza de las aguas río abajo. Bien es cierto que siempre las cursé con suficiente visibilidad. Por mi parte, estoy de acuerdo en todo lo que han expuesto el teniente de fragata Quijano y su comandante.

—Muy bien. En ese caso, pasado mañana, a la hora que estime oportuna el comandante Pignatti, levarán anclas para navegar en demanda de Colonia del Sacramento. Allí embarcarán los soldados en apoyo. Al día siguiente, si el viento y las condiciones en general le parecen propicios, encararán la operación definitiva. ¿Alguna necesidad de pertrechos?

—En el Hiena, señor, debemos embarcar la pólvora y el balerío que gastamos en el encuentro con los lanchones. De forma especial, un porcentaje mayor de cargas de metralla, dada la misión que debemos cumplir. Se trata de escasa cantidad, pero desearía encarar esta operación con el cargo al ciento y sin mermas.

—También el Cisne sufre de ese inconveniente, señor, pero en cantidad más importante.

—Supongo que no se presentarán problemas para rellenar esos cupos — De la Sierra se dirigía a Parejo con cierta interrogación.

—No, señor. Aunque la pólvora es uno de nuestros principales problemas de abastecimiento. Por tal razón debe convencer al comandante de la fragata Venganza para que desembarque la mitad de su cargo, además de la que embarca de transporte. No se le deben presentar excesivos problemas en el tornaviaje hacia la Península.

—Lo intentaré. Bien, señores, en ese caso, doy por cerrada la junta de guerra. Que la Patrona guíe sus pasos y les conceda vientos propicios. Tan solo deseo que los detalles de la operación se mantengan en el más absoluto

de los secretos, sin excepción alguna. Tan solo los que aquí nos encontramos han de encontrarse al día de esta empresa. Los rebeldes no deben esperar nuestro ataque y esa sorpresa puede ser definitiva.

—Es costumbre habitual en la Armada informar a los oficiales de guerra de las operaciones que se deben realizar, señor —entré con decisión—. Es probable que deban tomar alguna medida especial antes de salir a la mar.

—Esa costumbre queda prohibida para este caso particular —De la Sierra se mostraba cortante y con tono duro—. Pueden exponerles que llevarán a cabo una operación de castigo hacia el río Negro. Cuando abandonen Colonia, será el momento de ponerlos al corriente.

No me gustó el tono ni el contenido de las últimas palabras del capitán de navío, aunque callé de forma respetuosa. De todas formas, la ventaja de todo comandante de buque en la mar es que a bordo ninguna oreja despunta por encima de las suyas. Y pensaba hacer lo que estimara oportuno en cada momento. Pero como todo el pescado estaba cocido, abandonamos la comandancia naval, mientras Parejo se retiraba con su nuevo jefe, que requería su presencia. En aquellos momentos, sentí inmensa lástima por mi amigo Tomás, al pensar que debería lidiar cada día con el nuevo comandante naval.

Una vez a bordo del Hiena, reuní a mis oficiales de guerra en su cámara, incluido el caballero aventurero en quien confiaba plenamente. Sin más preámbulos, aunque con la necesaria advertencia de mantener una absoluta y necesaria discreción, los puse al día de la operación que debíamos realizar en las aguas del río Uruguay. Y para orgullo propio, no ofrecieron gestos de excesiva preocupación o sorpresa, más bien al contrario. Fue Tosquilla quien tomó la palabra con su habitual espíritu.

—Ya era hora, señor, de que echáramos las patas por alto con el queche y podamos emplear nuestra artillería en sangre. Estamos preparados para batir a los rebeldes y desmontar esa batería, así como descabezar el mayor número de tropas.

—¿Qué opina, segundo? —Aunque ya había escuchado sus palabras en la reunión, deseaba que las repitiera ante sus compañeros.

—Lo que expuse en la sala de juntas, señor. La navegación en sí misma no ofrece problemas mayores. Pero es vital tener en cuenta tres factores: viento, visibilidad y horario de mareas. En caso de que suframos baja visibilidad, me preocupa el paso acoderado a la punta de Martín Chico, a la que debemos ceñirnos al máximo, así como el de la punta Gorda. Para el tornaviaje, dependeremos por completo del viento, siempre que logremos

ajustar nuestros movimientos a la pleamar. ¿A que hora piensa llevar las anclas?

—La operación ha sido fijada para pasado mañana. Deberemos fondear cerca de Colonia con las últimas luces de ese mismo día, para el teórico embarque de las dos compañías hacia el río Negro. Pero solamente lo harán unos veinte hombres, que serán los encargados de pasar a tierra para clavar los cañones y batir las fuerzas de tierra con nuestro auxilio. Para cumplir tal horario, deberemos llevar a las dos de la mañana, que el viento sople fresco de fuerza y no role una cuarta más hacia poniente. En caso contrario, toda la operación se retrasaría veinticuatro horas. Deben encontrarse alertadas nuestras fuerzas de tierra, por si fuera necesario su apoyo desde la ribera oriental del Uruguay. Puede darse el caso de que debamos permanecer más horas de las previstas bajo fuego enemigo, en espera de la marea favorable.

—En ese caso, señor, todo preparado para llevar mañana por la noche.

—En efecto. Especial atención durante la mañana a las dotaciones artilleras y su correcta distribución. Quiero los mejores equipos de cañón en la banda de babor, prevista para efectuar la pasada inicial y más importante de fuego, que pienso llevar a cabo a tocapanoles. Si conseguimos el efecto sorpresa, preveo escasa oposición en ese primer intento. Será muy importante el ritmo de fuego y la puntería para desmontar el muro de fábrica. Una vez llevada a cabo la primera virada, pasaremos a actuar con la batería de estribor. Deben encontrarse previstos los apoyos de personal a la banda contraria. Como es lógico, preparados disparos de bala rasa y metralla, por si llegara el caso, muy probable, de batir también a la tropa rebelde.

El aventurero se mantenía en silencio, aunque se percibía cierto brillo en sus ojos, como si por fin pudiera ejercer la función a la que se había presentado de forma voluntaria. Pero ya no quedaba más carne en la bodega y podíamos rematar la reunión. Salvo algunas dudas de orden menor, expuestas por rosquilla y Armentía, poco después daba por finalizada la sesión. Cada uno era consciente de sus obligaciones y estaba seguro de que no fallarían en la ocasión.

No obstante, todavía restaba una función de la mayor importancia, que debería llevar a cabo en solitario. La imagen del caserón del Cerrito se presentó en mi cerebro con especial nitidez, así como los detalles del cuerpo de Alicia, su precioso rostro y la cerrada sonrisa que solía ofrecer. Puedo jurar ante los sagrados libros que mucho me agradaba la misión que debía realizar, como si con ella me liberara de una bolsa largada a la espalda. Y pensaba gozar de ella a tiro de espaldas. Porque holgaría con la maravillosa dama y

disfrutaría de sus favores por el bien de la empresa patria. ¿Qué más se podía pedir?

13. Placer en tierra y mar

Para que todo se abriera por diferentes marcos, aquella noche en la que arribaba al caserón del Cerrito con renovados ánimos y felicidad extendida sin fisuras, fue Alicia en persona quien abrió el portón de la arruinada finca, tras alargada espera. No sé si por eliminar todavía más los preliminares de cortesía o por no esperar a tal hora mi visita, después de varios días de ausencia, vestía una especie de largo peinador sobre un salto de cama de seda, adornado con grandes flores en tonos malvas, que ofrecía especiales sugerencias a los sentidos. Apretaba las escasas prendas con fuerza contra su pecho, ante el viento gélido que penetraba a través de la media abertura, por lo que me hizo penetrar en el zaguán con rapidez. Y una vez echada la tranca, antes de que pudiera emitir una sola palabra, la tomaba por el talle para besarla con el deseo que, en verdad, circulaba por mis venas. Percibía con claridad un intenso temblor en su cuerpo, lo que me hizo abrazarla con más fuerza. Elevó una falsa protesta, al conseguir separarse de mí.

—Llegas tarde, he sufrido varios días tu ausencia sin razón conocida y no me dejas siquiera respirar. Ya me encontraba en mi alcoba, cercana a entrar en sueños, y dudaba en la conveniencia de abrir la puerta. La vieja Teresa duerme y con su sordera es incapaz de escuchar un disparo de cañón a escasos pasos. Por Dios, que estoy aterida de frío.

—Pero sabías quién era y que te calentaría con mis brazos en pocos minutos.

—Vanidoso fanfarrón. —Realizó un mohín de ligero rechazo con su boca—. No sé si debo expulsarte de mi casa ahora mismo.

—Por favor, amor mío, perdona estas alocadas prisas que sufro, pero te añoraba mucho. No he podido acudir a tu lado en varios días porque se prepara una importante misión, en la que tomará parte el buque bajo mi mando. —Sabía que aquellas palabras ofrecían la preciada llave—. Han sido

demasiadas reuniones e interminables preparativos a bordo. Además, llego en son de despedida, porque he de partir sin remedio.

—Para colmo de infortunios, apareces de improviso, entrada la noche y con un lastimero adiós en la boca. Debería arañarte la cara hasta hacerte sangrar —amenazaba con sus uñas entre sonrisas—. Bueno, pasa y caliéntame un poco más.

Ahora era ella la que forzaba un nuevo y apasionado beso, mientras mis manos se deslizaban con entera libertad por todo su cuerpo. De esta forma, nos movimos hacia su alcoba, entre caricias partidas y deseos a medio cruce. Y como si la corneta de la pasión tocara a rebato, la hice mía con desesperación, haciendo brotar sus gemidos en suave gorgoteo conforme la marea subía sin descanso. Una vez superada la cresta, Alicia quedó acurrucada contra mi cuerpo, como si deseara que nuestra unión se mantuviera de forma permanente. Pero si la teoría de Parejo era cierta, debían surgir de su boca ciertos comentarios que, en efecto, no tardaron en llegar.

—¿De verdad tienes que partir? ¿Han llegado a su fin esas semanas de descanso prometidas? Espero que no me dejes sola durante mucho tiempo.

—Pues todo depende de cómo se desarrollen las operaciones de guerra previstas.

Disfrutaba con aquel juego entablado mientras volvía a acariciar su desnudo cuerpo bajo los cobertores. Creo que la especial situación creada aumentaba el placer del contacto.

—¿Cuándo has de partir, amor mío?

—Mañana por la noche. En primer lugar, con dirección a Colonia. Y poco me agrada navegar por el Plata sin suficiente visibilidad. Pero así nos lo exigen las autoridades del Ejército, para cumplir con el programa establecido, así como la máxima discreción. Te juro que estoy harto de tanto secretismo, como si se tratara de la operación final y decisiva en esta penosa guerra. Solo nos encontramos al tanto de la verdadera misión cinco personas. Ni siquiera se me permite comunicarlo a mis oficiales hasta que abandonemos el fondeadero.

—¿Manda ahora el Ejército en la Armada? Os creía más independientes.

—Y lo somos. Pero debemos apoyar a las fuerzas del general Vigodet en esta contienda que mantenemos día a día. Ya te digo que en este caso particular parece que se trata de una operación de gran importancia, por lo que debemos ajustarnos a sus peticiones hasta el Límite de la media pulgada.

—No creo que haya nada más importante que tus visitas a esta casa, mi amor. ¿Por qué has de navegar de noche, con este frío espantoso que se sufre

sobre las aguas? Bueno, si se trata de alcanzar la Colonia de Sacramento solamente, regresarás pronto.

—Por desgracia no será así, querida. La navegación a Colonia es solamente el comienzo, un primer paso de una alargada misión.

—¿Más días todavía? ¿Me abandonarás durante semanas? —Mostraba gestos de rechazo—. ¿Acaso has de visitar nuevamente al señor de Monturbio? Bueno, los aumentos escasean demasiado.

—Nada de eso. En Colonia he de embarcar dos compañías del Ejército con su armamento y transportarlas hasta el río Negro. Y eso supone más bocas para comer y beber. Muchas millas por navegar y con demasiados hombres poco habituados a la mar. No me agradan estas misiones.

—¿Al río Negro? ¿Qué se te ha perdido por esas tierras sureñas?

—Una vez allí, deberé apoyar con nuestra artillería y mis hombres la toma del fuerte del Carmen y la ciudad de Viedma. Dependiendo de la oposición que encontremos, podrá durar más o menos días la función. Pero, según parece, los rebeldes se encuentran poco apercibidos y no esperan un ataque por detrás de sus líneas. Parece ser que la sorpresa obra como factor fundamental. Para mi desgracia, es muy probable que, en dos o tres semanas, no pueda acudir a esta inolvidable cama.

—¿Inolvidable cama dices? —Alicia comenzaba a batir mi boca con sus pequeños besos—. ¿Solamente piensas en dormir? ¿Mi cuerpo no te importa nada?

—¿Tú qué crees?

Volví a besarla con la avidez de quien no posee mujer en varios años. Y no ejercía acción teatral en aquellas embestidas, sino el placer de los sentidos. Había largado los datos exigidos por Parejo con absoluta naturalidad, una acción que aumentaba mi felicidad mientras besaba sus hombros y bajaba la boca hacia su pecho. Porque era fantástico pensar que colaboraba a la causa con aquel ejercicio amoroso, por el que muchos hombres habrían entregado su fortuna. Y creí entrever ciertos signos de satisfacción en sus ojos, que ahora me taladraban con menor intensidad.

—Eso significa que dormiré sola durante demasiados días. No sé si podré resistirlo.

—No queda más remedio.

—Pero no arriesgues demasiado. Que luchen los soldados, mientras tú te mantienes a seguro resguardo. No podrías perderte.

—No me perderás. Soy un hombre de suerte. En caso contrario, no me habrías escogido para amarte. Caerá el fuerte del Carmen y tomaremos la

ciudad de Viedma al tiro, para regresar pronto junto a ti y celebrar el éxito de la empresa... en esta cama.

—No hablemos más de guerras. Hay acciones más importantes en esta vida.

Mientras me besaba con una desbocada pasión, comenzó de nuevo con sus especiales caricias. Y por todos los dioses de la mar que debía sentir en su carne el mismo fuego que me consumía, a no ser que se tratara de una actriz teatral consumada. Porque en aquella ocasión bordeamos los límites, si es que en el ejercicio amoroso se pueden establecer fronteras. Volvimos a quedar exhaustos de cuerpo y alma, desmadejados sobre la cama como dos guiñapos de feria con los miembros entrelazados.

Mientras me vestía, todavía Alicia entró en nuevas preguntas sobre las acciones que debíamos desarrollar en las siguientes jornadas, ahora con más detalle. Y en verdad que llevaba a cabo su trabajo de forma perfecta, o así lo entendí en aquellos instantes. Porque brotaban en el momento oportuno y sin que pareciera interesarle el tema que exponía. Pero ya cuadraban las líneas a la perfección y se abría el momento de la retirada.

—Debo partir sin pérdida de tiempo o regresaré a bordo con el crepúsculo en alto.

—No te vayas mañana, amor mío. Queda conmigo un par de días al menos.

—Ya me gustaría. Pero sabes muy bien que he de cumplir con mi deber. No te preocupes, que pronto estaré de nuevo a tu lado.

—Espero que cumplas tu promesa como fiel caballero. Añoraré en cada momento tus manos, tu boca y..., y todo lo demás. —Mostraba rastros de verdadera tristeza—. Te amo, Beto.

—También yo, querida.

Era la primera vez que le expresaba mi amor de tal forma, aunque ahora mentía sin miedo y con la conciencia tranquila. No estaba seguro de volver a verla de nuevo si llegaba a entender que la había utilizado. Pensé que sería una pena dejar de disfrutar de aquel esplendoroso cuerpo, de una perfección como jamás había conocido. Pero no era momento de entrar en análisis de posibilidades sin cuento. El destino se encargaría de ofrecernos las acciones futuras con mayor o menor favor.

Pisé la cubierta del queche cuando se encontraba cercana a cumplir la guardia de media. Era poco el tiempo del que disponía para dormir y lo necesitaba, que en las jornadas venideras quedaría mi jergón de vacío. Despaché a Miguelillo con rapidez para entrar en sueños lo antes posible. Y

bien que navegué por ellos con el cuerpo de la doña entre nubes blancas y el susurro de su voz como sirena de fondo.

* * *

Tras un día de acoplo y preparación definitiva de buque y hombres con escaso descanso, apenas conseguí dormir un par de horas. Por la tarde había dedicado un esfuerzo final para repasar una y otra vez con el segundo comandante la derrota que deberíamos seguir desde Colonia hasta el punto definitivo en el que entraríamos en acción de guerra. Pero eran tantos y tan variados los factores en danza que más valía dejar de pensar en ellos con excesivo detalle y atacar la faena cuando nos entrara de proa. La suerte y las condiciones meteorológicas serían determinantes en un altísimo porcentaje, pero siempre había sido optimista y no era cosa de caer ahora a la banda contraria.

Recién entrados en el mes de septiembre del año del Señor de 1813, pocos minutos después de que la campana picara la segunda hora de la madrugada, ordené levar las anclas. El bergantín Cisne, fondeado por mi banda de estribor a escasa distancia, ya había largado parte de su aparejo, hasta quedar en facha fuera de fondos y en espera de mis movimientos. El viento se mantenía ahora clavado en el sudoeste, aunque fresquito de fuerza solamente. No obstante, confiaba en que, al separarnos de los rebufos del cerro, aumentara su fuerza, condición imprescindible para cumplir con nuestro horario inicial. Pero bien sabemos en la Armada que toda previsión puede ser deshecha por la mar o el viento con extrema facilidad, una especial condición de las operaciones marítimas, que a nuestros compañeros del Ejército tanto les costaba comprender.

Necesitados de tomar el viento amurados a estribor, nos abrimos con proa al sur-sudeste, hasta quedar al sur de la punta Brava, momento en el que viramos por adelante hasta quedar arrumbados al noroeste cuarta al oeste, en dirección al banco de Ortiz. Era mi intención mantenernos en rasca por el veril^[46] de las tres brazas o, como solían decir los pilotos viejos, verilear por las tres. Y gracias a las características marineras del Hiena no debimos repetir la virada, porque en aquellas semanas de sesteo parecían haberse ablandado los cuerpos de nuestros hombres de mar. Don Agustín debió entrar por varas largas y suficiente energía para pulsar los ánimos en caliente y elevar los espíritus.

Mientras navegábamos casi a un largo con todo el aparejo en alto, el viento se mantenía remiso en su alzada, al tiempo que las luces de la plaza desfilaban como pequeñas estrellas titilantes por la banda de estribor. La luna se abría casi en círculo redondo, con escasas nubes en filtro. De esta forma, nos era posible observar con bastante nitidez el perfil de la línea de costa, aunque en aquellas aguas estuario adentro podíamos calzar rumbos con los ojos en venda. Pero cuando la campana picaba a relevo de alba, comprendí que no podríamos alcanzar Colonia para cubrir los plazos iniciales. Necesitábamos recorrer una distancia cercana a las noventa millas y, si manteníamos un andar medio de tres nudos, arribaríamos a nuestro primer destino entrada la noche en demasía para embarcar las tropas elegidas y acometer la ronda decisiva. Además, de tanto en tanto debíamos apagar alguna vela alta e incluso dos, para no dejar al Cisne retrasado por largo. Bien es cierto que no me preocupaba en exceso tal circunstancia, porque de forma automática pasábamos a retrasar en veinticuatro horas la operación, sin merma alguna en nuestras posibilidades.

Se abrió el crepúsculo de excelente cariz, con cielos casi despejados, buena visibilidad, mar rizada y el viento encastrado en las mismas condiciones, sin elevarse una sola pulgada. Por fortuna, con los rayos del sol comenzó a subir la temperatura, lo que mucho agradecían marineros y grumetes con sus escasas vestimentas, cada uno amparado en prendas tomadas al quite o embridados en desechadas sacas de alimentos. Podíamos observar el Río de la Plata en toda su extensión central, con los bajos marcados por alguna estructura de buques que allí entregaron su alma para siempre, como símbolo de la peligrosa navegación por aguas someras sin perfección cartográfica.

Durante toda la jornada, el viento se mantuvo poco generoso. Tan solo cuando el queche se movía a la altura del banco Chico, comenzó a despuntar el soplo a fresco de fuerza, demasiado tarde para acoplarse a nuestras intenciones iniciales. Al mismo tiempo, tal y como suponíamos, no variaba de dirección una cuarta, entablado en el sudoeste. Así lo comentó el segundo, que parecía expresar mis propios pensamientos.

—Ahora levanta a fresco el maldito soplo. Parece que fondaremos en Colonia sobre las tres o cuatro de la próxima madrugada, señor. Nos ha fallado la primera predicción.

—No se trata de condición irreparable y ya la habíamos previsto. En ese caso, permaneceremos al ancla durante todo el día frente a Colonia y embarcaremos los soldados en la tarde de mañana, pocas horas antes de la

salida definitiva. Sin embargo, me preocupa la escasez de nubes. Con esta visibilidad, la silueta del queche podrá divisarse con demasiada facilidad a lo largo de toda la ribera del Uruguay.

—Por el contrario, se trata de buena condición para navegar con seguridad, señor comandante —argumentó Armentía.

—Tiene razón. En esta putañera vida, cada detalle presenta su grano a favor y en contra. ¿Y nuestro caballero Verdaguer?

—Estoy aquí, señor —oí su recia voz a mi espalda—. Preparado para entrar en acción de sables en cuanto se me ordene.

—Esa me parece buena condición.

—Por cierto, señor, que deseaba elevarle una petición, si a bien lo tiene.

—Adelante con ella, caballero.

—Con su permiso y si le parece adecuado, señor, desearía desembarcar con los soldados que han de atacar la batería por tierra.

—Ya veremos cuántos soldados embarcan y bajo qué mando. No obstante, si necesitan refuerzos y hemos de empeñar algunos de nuestros hombres, como sospecho, marchará al frente de ellos.

—Se lo agradezco, señor.

—El Cisne se retrasa de nuevo, señor —volvió a repetir Tosquilla—. Lo estimaba muy velero cuando navegaba a su bordo, pero el Hiena lo deja de largo.

—Con vientos de escasa fuerza, se demuestra todavía más lo velero que es este buque. Tan solo nos queda por comprobar cómo se comporta con mar alzada en espuma y temporal de orden. Y ahí me entra alguna duda que, sin embargo, puede esperar de momento.

—No nos corren prisas para tales pruebas, señor —comentaba Quijano con guasa—. Tarde o temprano nos agarrará un pampero^[47] de espuelas y el queche deberá beber espuma caliente. Y en los meses de septiembre y octubre aparecen los de peor calaña.

—Esperemos que el Hiena se mantenga fuerte con olas blancas y las encapille con orgullo, aunque sean de proa. Es una incógnita.

Rebajamos aún más el trapo largado. Ya no corrían las prisas y tampoco beneficiaba que el Cisne, un buque muy castigado con operaciones continuas y bastantes años en sus maderas, navegara al límite de sus posibilidades. De esta forma, comenzaron a cerrarse las luces cuando todavía nos restaban poco menos de veinte millas hasta nuestro destino. Y como habíamos previsto, largábamos las anclas entrados en la madrugada frente a la Colonia del Sacramento, este-oeste con la isla de San Gabriel.

Una vez con los ferros bien asegurados, quedamos situados a media milla del extremo meridional del pontón que ofrecía el puerto de Colonia, en cuyo pequeño pantalán deberían barquear las lanchas con los hombres escogidos. Pero como ya la campana marcaba la entrada de la guardia de alba, decidí tomar un descanso. Las próximas noches quedarían en blanco y consideraba necesario emprender el camino definitivo con algunas reservas. No obstante, expuse al alférez de navío Armentía, de guardia en cubierta, las necesarias prevenciones.

—Guardia reforzada, fusileros en cubierta y cuatro cañones por banda preparados para abrir fuego con metralla. Vigilancia especial ante un posible ataque de ranchones. Esos rebeldes saben con certeza que nos encontramos en Colonia y cerca de sus bases.

—La visibilidad con esta luna es muy buena, señor, y no creo que lo intenten en tan desfavorables circunstancias. No obstante, mantendremos mil ojos abiertos a cada banda, por supuesto. Además, esos cabrones no habrán dispuesto de tiempo para preparar el ataque. Hemos salido del apostadero hace pocas horas, sin conocimiento previo de la población.

No podía explicar al oficial que, si las suposiciones del capitán de fragata Parejo sobre los especiales trabajos de Alicia eran ciertas, condición de la que no dudaba, los rebeldes se encontrarían al día de nuestros teóricos proyectos hacia el río Negro. Pero también del embarque previo de las tropas en Colonia, con lo que sabrían con seguridad nuestros movimientos hasta dicha estación. De esta forma y tras un último repaso general al buque y la situación de la guardia, me retiré a mi cámara con el ánimo tranquilo y la tensión a pulso firme.

Aunque lo intenté por pura necesidad, no conseguí dormir sobre el jergón ni siquiera un par de horas. Con sueño de pequeños sorbos, oí picar la campana en las horas quinta y sexta, con las voces habituales del personal de guardia en recorrida de inspección. Poco después decidí levantar el vuelo y salir a cubierta, momento en el que comenzaba a despuntar un nuevo crepúsculo. Se abría a luces el segundo día del mes de septiembre, una jornada que podría quedar grabada por fuegos blancos o aguas sucias en mi carrera como oficial de la Armada. Recordaba las palabras del capitán de navío De la Sierra al asegurar la existencia de ciertos riesgos en la operación que debíamos afrontar, pero en un tono de escasa relevancia, como si se tratara de navegación casi placentera. Parecía olvidar que recorreríamos bastantes millas a escasas varas de una costa enemiga, desde la que podíamos ser batidos hasta con una pequeña ballesta de juguete.

Debo reconocer que, tras las conversaciones mantenidas y el transcurso del tiempo, menos me gustaba el nuevo comandante naval del apostadero. Pero para disgusto generalizado de mis tripas, debería soportar su tono prepotente y forma de encarar las discusiones, que me entraban a látigo por las orejas. Confiaba en mantenerme en la mar el mayor tiempo posible, allí donde sus palabras quedaban escritas sobre las aguas.

Absorto en otros negocios durante todo el día, había olvidado la necesaria alimentación. Comencé a sentir el picor del hambre, por lo que, una vez avisado por Miguelillo, atacé unas tiras de cecina a la brasa con huevos empedrados y bebí varias tazas de café. Y por todos los cristos que me sentí renacer de fuerzas y capaz de batir las murallas de Cartago.

De nuevo en danza por cubierta y al no observar movimiento alguno en el pantalán^[48] de Colonia, me dirigí al segundo con algunas dudas.

—Supongo que no deberemos dar aviso alguno a las autoridades y los soldados se encontrarán a la espera de nuestra presencia.

—Si se sigue la norma llevada a cabo en otros movimientos parecidos, nos visitará el oficial que ha de mandar las tropas. Así podrá establecer la hora del embarque y los detalles de la misión.

—Debemos ajustar el momento apropiado de nuestra salida, segundo. Lo hemos comentado tantas veces que dudo de los detalles finales. ¿A qué hora se producirá la primera pleamar, tras el crepúsculo vespertino?

—Pleamar en alto pocos minutos después de las seis de la mañana, señor. Teniendo en cuenta que nos separan veinticinco millas de la punta de Martín Chico y veinte desde esta a la punta Gorda, los dos pasos más angostos, debemos escoger en cuál de las dos nos jugamos los bigotes con fuego más fuerte.

—Si tomamos la punta Gorda, la más peligrosa, con la marea en toda su cresta, deberíamos pasar por la primera poco después de la medianoche y con la marea bastante baja. ¿Lo entiende como posible?

—Estoy seguro de que disponemos de agua suficiente, señor, pero siempre que podamos cuadrar la costa a la vista. Como dice, temo más el segundo paso y, si lo tomamos con la marea en alto, sufriremos menos en los higadillos. Debemos recordar que veinte millas río arriba a la altura de la pleamar hay que restarle una cuarta parte en esta época del año, con lo que nos quedará una braza más de agua solamente en la punta Gorda. Por otro lado, la punta de Martín Chico se forma como roca elevada y es más visible en la oscuridad durante la noche, si la luna nos concede suficiente gajo.

—Bueno, debemos tener en cuenta la corriente que debe amparar el Uruguay en estos días, desde luego. ¿En verdad cae tanto como se aseguraba en la reunión?

—Será escasa con toda seguridad, señor.

—También nos sería posible encarar el primer paso con la marea bajando y reducir el trapo posteriormente. ¿A qué hora se pone el sol?

—A las cinco y media de la tarde, señor.

—¿Y la luna?

—Su orto^[49] media hora antes. Ya le comenté que, durante el primer paso, se nos ofrecerá en reflejo por detrás de la punta Gorda. Y debemos agradecerlo, porque mucho nos beneficia tal condición.

—De acuerdo. —Mis pensamientos se mantenían en permanente recorrida, mientras preguntaba datos en rutina que ya conocía con detalle—. Bueno, segundo, no mareemos más la puta perdiz, que acabamos comentando una y otra vez la misma copla. Levaremos anclas a las siete de la tarde. Pero como el viento no se mantenga en fresco de fuerza, pagaremos fielato de cañas en punta.

—Debe mantenerse o aumentar, señor, no podemos dudarlo. Nos encontramos en plena amanecida y ya sopla un sudoeste fresco.

—Dios le oiga, segundo.

Aunque me movía por cubierta a paso largo y con observación esporádica hacia el embarcadero de Colonia, hasta bien entrada la mañana no recibí aviso de que una lancha salía del pantalán en nuestra dirección. Y poco después se presentaba ante mí un teniente de infantería, vestido en immaculado y llamativo uniforme. Se trataba de un joven de elevada estatura, fuerte de brazos, muy moreno y con espesos bigotes.

—Quedo a las órdenes del señor comandante del queche Hiena —su vozarrón resonaba a bordo con fuerza—. Se presenta con todo respeto y subordinación ante vos el teniente de la Real Infantería Benjamín Herzog.

—¿Herzog? ¿Cuál es el origen de su apellido, teniente, si no le importa satisfacer mi curiosidad?

—En absoluto, señor comandante. Un antepasado mío, procedente del Palatinado, llegó a España con el séquito del emperador don Carlos y aquí restó por las tierras de Castilla. Desde entonces y por diferentes generaciones, algún miembro de la familia ha pertenecido a los cuadros del Ejército.

—Gracias, teniente. Bien, le supongo al corriente de la operación que hemos de afrontar.

—Nada de eso, señor. Muy secreta ha de ser porque ni siquiera mi coronel se encuentra al corriente. Tan solo ha recibido la orden de que embarque en el buque bajo su mando un teniente con experiencia, al mando de veinte hombres bien bragados, los mejores a disposición. He podido escogerlos sin ninguna cortapisa, lo que pocas veces ocurre. Al suponer que se trata de acción peligrosa, me ofrecí voluntario.

—¿Lleva mucho tiempo por estas tierras?

—Cinco años, señor. He corrido todas las vicisitudes sufridas en el Plata, desde la memorable jornada del 2 de mayo de 1808. En principio me encontraba de guarnición en Buenos Aires, pero cuando salieron a la luz los primeros movimientos de esos endemoniados sin patria, conseguí pasarme a la banda oriental con mis hombres, en una zumaca que arrebatamos a los rebeldes.

—Bien hecho. Pues en ese caso, sígame hasta mi cámara y lo pondré al día con detalle.

Acompañado por el segundo comandante y el alférez de navío Armentía, una vez en mi cámara expuse al teniente con todo detalle la labor que debíamos realizar contra la batería enemiga en el río Uruguay. Y no mostraba el joven rastros de extrañeza o asombro, sino una sonrisa más cercana al placer, como si gustara de la responsabilidad que caía sobre sus hombros. Sus primeras palabras no dejaban lugar a dudas.

—Me parece un plan magnífico y muy positivo, señor. Barreremos esa formidable batería al tiro y las tropas que lleguen en su auxilio. Avisté la fortificación con una sección de reconocimiento la pasada semana y se encontraba todavía en obras, pero alistada con los cañones. Y se trata de buenas piezas de bronce. Sin embargo, se muestran confiados porque mantienen escasas fuerzas de guarnición, seguramente porque no esperan un ataque, imposible desde la ribera oriental. Además, ayer por la tarde se observó movimiento de tropas en repliegue, como si prepararan alguna acción por el interior.

Pensé que podía ser un urgente traslado hacia la ciudad de Viedma, si las noticias de Alicia habían llegado con prontitud, como era de esperar. Y tal condición también beneficiaba a la empresa.

—¿Calcula que le bastará con veinte hombres solamente? Bueno, debe tener en cuenta que será apoyado por nuestra artillería y fusilería, así como las del bergantín Cisne. Incluso pienso desembarcar una sección de nuestros soldados si lo considera necesario. Desde luego, el objetivo principal de nuestra artillería será el de batir los muros de la batería hasta reducirla a

cenizas. Pero sus hombres deberán eliminar a los soldados enemigos allí establecidos, para disminuir sus fuegos contra los buques en lo posible, así como los de la guarnición cercana que aparezcan en auxilio. Todo ello sin olvidar su fin principal e inexcusable: clavar todos los cañones a conciencia.

—¿De cuánto tiempo dispondremos?

—No le puedo responder con detalle porque, de momento, todo queda en el aire. Incluso la posibilidad de alcanzar la batería si las condiciones de aguas y viento no son favorables. La batería ha de ser destruida y, una vez conseguido el fin principal, deberemos tener en cuenta la marea para tomar el paso entre la punta del Carbón y la punta Gorda con agua suficiente.

—Con los veinte hombres seleccionados debería ser suficiente si no han reforzado la guarnición, lo que estimo poco probable. Y si nos apoyan sus hombres, mejor todavía.

—Pues no se hable más. Me alegro de tenerle con nosotros, teniente Herzog.

—También yo de tomar parte en esta operación, señor. ¿A qué hora deberemos embarcar?

—Levaremos anclas a las siete de la tarde. Una vez tomen el almuerzo, lo que deberá producirse en escasos minutos, pueden embarcar. Así dispondrán de algunas horas para acoplarse a bordo.

—Así lo haremos, señor. Y si en nada más requiere mi presencia, debo retirarme con rapidez para tomar las medidas necesarias.

—Proceda como considere oportuno.

—Una pregunta más, si me lo permite, señor —parecía haber olvidado una importante cuestión.

—Pregunte lo que estime conveniente y con toda franqueza, teniente.

—¿Puedo informar a mi coronel con los detalles que me ha expuesto?

—Por supuesto. Pero solamente a él. Dígale de mi parte que el general Vigodet considera de la máxima importancia mantener en sobre cerrado tales detalles, sin posible excusa.

—Desde luego, señor.

Me gustó el valeroso espíritu que mostraba a las claras el teniente Herzog, de esos que se contagian en forma más que positiva. No obstante, debo reconocer que, en aquellos momentos, mis pensamientos se centraban casi por completo en las dos angosturas que debería atravesar con el queche durante la noche. Comenzaba a sentir esa comezón que corre al trote por nuestras venas antes de entrar en acción, cuando deseas encarar el peligro de una vez y abrir fuego sin mayor espera. Y rinde beneficios al cuerpo, porque nos hace

percibir una apagada euforia, pensando en el próximo combate y el peligro que deberíamos afrontar, tanto en navegación como en lances de sangre.

A las dos de la tarde embarcaban los soldados con el teniente Herzog a su frente. Y a primera vista se podía comprobar que no se trataba de milicias o voluntarios sin fuste, sino de veteranos con años de servicio a la espalda. Se acoplaron con nuestros hombres con rapidez y camaradería, esa compenetración entre la Armada y el Ejército que tantas veces ha fallado a lo largo de nuestra historia, con el consiguiente efecto negativo en importantes operaciones. Pero ya la suerte comenzaba a doblarse en una determinada dirección y sin posible vuelta. Tan solo confiaba en que nuestra querida Patrona no se olvidara de sus hijos de mar en aquellos momentos.

14. El río Uruguay

A las cinco de la tarde ordené que el bergantín *Cisne* abandonara el fondeadero y aguardara en facha libre nuestra salida, maniobra que llevó a cabo el teniente de fragata Sostoa con facilidad y rapidez. Poco después de las seis, con los nervios bien templados, comenzamos a levar nuestras anclas. En esta ocasión, prestaba la máxima atención a todos los detalles de a bordo, pitidos del contramaestre, murmullos a coro o blasfemias cerradas, porque no podíamos marrar en ningún aspecto de las maniobras, a las que en otras ocasiones se ofrece escasa importancia. Porque si aparecían problemas con el izado de los ferros y retrasaban en una hora el inicio, tan habitual condición podía trastocar el conjunto a moradas. Pero para tranquilidad del alma, que mucho lo necesitaba, inauguramos la jornada con buen pie y quedamos francos de fondos en un tiempo razonable.

Cuando el soplo nos tomaba los foques en bolsa dura, permití que el *Hiena* arribara^[50] por libre con claridad, para rematar finalmente con la proa al noroeste cuarta al oeste. Y con todo el aparejo largado en escaso tiempo, establecía un rumbo inicial hacia la isla de Martín García, con objeto de compensar el inevitable abatimiento. Las luces caían a gran velocidad y ya los perfiles de la costa principiaban a dibujarse en tonos grises. La luna se alzaba dos cuartas por nuestro través de estribor y comenzaba a elevar su brillo, moteada de forma caprichosa por las nubes en estratos alargados, buena condición si en el momento oportuno no se cerraban en demasía. Y otra condición primordial me preocupaba, porque el viento soplaba fresco de fuerza en el límite del frescachón, lo que me hacía pensar en la conveniencia de apagar^[51] escandalosas y estáis.

Con el aparejo al límite de sus posibilidades y la mirada dirigida de reojo hacia las velas altas, el andar del queche era envidiable, velero al máximo como las nubes blancas. Aunque no podía contemplarlo a plena vista, lo imaginaba desfilando sobre las aguas como delfín en juegos. No obstante,

rogaba a la Patrona para que no se elevara el viento una sola onza, y evitar daños de difícil reparación. Pero era de la máxima importancia alcanzar la punta de Martín Chico y el canal del Infierno cuanto antes, sin rozar la bajamar en su pico. Ya después podría controlar al gusto el aparejo y recortar trapo si era necesario. Por otra parte, no me preocupaba que el Cisne quedara retrasado, condición que se produciría con seguridad. Había establecido con su comandante tal posibilidad, así como el punto de encuentro posterior, una vez avanteada la punta del Carbón.

Dos horas después, metidos en plena oscuridad con la única marca de la luna, calculamos que debíamos de encontrarnos tanto avante con el pequeño arroyo de San Pedro. Me ofrecían mucha confianza los comentarios de Quijano cuando aseguraba puntos de la costa que solamente en su imaginación podía establecer. Tras haber solicitado sonda^[52] continua, en aquel momento oí el grito del marinero de guardia con la sondaleza en la mano, que marcaba una sonda de cuatro brazas^[53], dos más de la grabada en la carta. La marea bajaba en su habitual ritmo, mientras todos los sentidos golpeaban a tono en mi cerebro. Pero no me encontraba nervioso o atacado por la preocupación excesiva. Repetía que la suerte estaba echada sobre las aguas y lo que debía mostrarnos la proa aparecería de una u otra forma.

Debíamos de haber recorrido más de quince millas desde nuestra salida de Colonia cuando don Agustín me avisaba de que el viento se acolchaba de todas las velas^[54] sin peligro. Aunque ya manejaba tal dato en mi cerebro, al escuchar la presión sobre el trapo, agradecí su corroboración. La luna se ofrecía de forma caprichosa, según las nubes mostraban sus deshilachadas madejas bajo el disco de color dorado. Pero ya su brillo entraba en fuerza, aunque todavía no fuéramos capaces de distinguir los dos puntos grabados en la mollera, la isla y la punta, que deberíamos atravesar afirmados al medio, ligeramente caídos a estribor.

El tiempo parecía haberse detenido, aunque la ampolleta girara en cuerdas de orden sin pausa. Debían de estar poco más de dos horas para que la marea alcanzara su punto más bajo, con la sonda marcada firme en tres brazas durante la última vuelta, lo que indicaba que bajo la quilla del Hiena restaba poco más de una braza de agua solamente. Por más que afinaba la vista, nada veía, salvo alguna masa de tonos grises que desaparecía con rapidez como alocado espejismo. Poco después, la luna quedaba libre de embozo durante alargados segundos, suficientes para comprobar la línea de costa a estribor y una pequeña elevación abierta dos cuartas a babor. Estimé que habíamos abatido en exceso, por lo que ordené nueva proa una cuarta a babor.

—Se lo iba a recomendar ahora mismo, señor —hablaba Quijano, pegado a la borda de estribor—. He reconocido la punta Gorda y corremos la derrota prevista ligeramente caídos a estribor. Si le parece bien, caería una cuarta más a babor.

Seguí la recomendación de Quijano sin dudarlo, momento en el que la luna quedaba entoldada por las nubes en alta proporción. Y en la primera ocasión que la sonda marcaba dos brazas y media, una hora antes de entrar en bajamar, se abría la luna de nuevo como majestuoso tarro de luz. Pude observar con claridad el peñasco alzado de la punta y la isla de Martín García por ambas amuras, aunque esta última más alejada. Al tiempo que el marinero cantaba una sonda de dos brazas y media, oí la voz del segundo, ahora con mayor fuerza.

—A babor, señor, un par de cuartas. Nos vencemos demasiado por efecto de la corriente.

—De acuerdo.

Volvimos a enmendar la proa dos cuartas más a babor y poco después, con la punta a golpe de mano corta, un poco más. Por fin, la sonda cantaba las dos cuartas, ese dato clavado en mi cerebro que significaba el límite de seguridad, mientras las rocas Carretas y la esperada punta de Martín Chico desfilaban por nuestro costado de estribor al palmo gordo y lo que parecía elevada velocidad. En lo más hondo de mi alma, con los higadillos en trueno, esperaba no oír el sonido de la quilla desfilando sobre la arena o alguna piedra malparida en corte de aguja. Y una sonrisa debió de abrirse en mi boca cuando volví a oír como canto angelical las tres brazas de agua, cubierta la primera angostura y entrados en la amplia bolsa donde desaguaba de forma generosa el río Paraná. Ahora la voz de Quijano sonaba con melodía más dulce.

—Primer paso cubierto sin novedad, señor. No es de extrañar que los hombres de mar lo hayan bautizado como canal del Infierno.

—Muy adecuado ese nombramiento, sin duda. Supongo que sería llevado a cabo por el mismísimo Satanás. Creo que deberíamos rebajar el trapo si la corriente no se aprecia en exceso.

—Para entrar en la próxima angostura con aguas altas, disponemos de poco más de seis horas. Cuente con que perderemos dos millas en el andar.

—De acuerdo. ¡Don Agustín!

—Mande, señor.

—Carguen escandalosas.

—Quedo enterado, señor comandante.

Un nuevo capricho de la luna y sus variables tapices me concedió la posibilidad de observar el comienzo del delta del río Paraná con sus diferentes bocas, el mayor río de la América meridional después del Amazonas, que con el Uruguay formaba el estuario del Río de la Plata. Ordené establecer las dos anclas sobre bárdenas para su inmediato fondeo, al tiempo que dábamos la lancha al agua en remolque de proa, por si era necesario su concurso. Una vez a flote, dejamos que se acoderara a nuestro costado de estribor sin fuerza de remo. En los cursos fluviales nunca se sabe la sorpresa que puede aparecer por la proa. De tal forma, es buena condición prever un posible fondeo de emergencia, con los dos ferros preparados, a ser posible en juego libre desde la serviola, así como una embarcación menor para enmendar la proa en caso de extrema necesidad. Poco después, don Agustín me ofrecía la novedad con su habitual vozarrón.

—Un ancla alistada por cada banda para el inmediato fondeo, señor. Lancha en el agua, dejándose arrastrar con mollera en la amura de estribor.

—Gracias, nostramo.

—¡Sonda, seis brazas! —gritaba una voz en la oscuridad.

—Hermosa poza, por los cojones del diablo —exclamé eufórico.

—Ya disminuiré a concierto para nuestra desgracia, señor —entonaba el alférez de navío Armentía.

—Por los cojones del bajá mamón, Armentía. No quiero escuchar ni una sola voz agorera a mi alrededor. Esta misión ha de rendir en cuño de gloria, se quiera o no. Por cierto, ¿dónde se mueve nuestro teniente del Ejército? Con esta putorrón oscuridad, no soy capaz de atisbar un mamparo.

—Aquí me encuentro, señor, sin perder detalle —su voz sonaba cercana a mi espalda, en dirección a la timonera. Como tantas veces a lo largo de aquella noche, hablaba con bultos en sombra.

—¿Todo en orden, teniente Herzog?

—En orden y preparados para entrarle a esa batería rebelde con los cuernos por alto, en cuanto lo ordene, señor comandante.

—Así me gusta. Puede comprobar con sus ojos que no es tarea sencilla navegar por estos ríos, en los que te puedes dejar el alma.

—Ya lo veo, señor. Y le juro por las santas ánimas que prefiero recorrerlo por la ribera aunque sea a pie descalzo.

—Podemos rebajar un poco más el trapo, señor —entraba Quijano de nuevo—. La corriente es menor de lo que estimaba y nuestro andar demasiado elevado.

—Esperemos todavía alguna milla, segundo. Siempre estamos a tiempo y la corriente se puede entubar más adelante.

Continuamos nuestra derrota con el ánimo más elevado y sonrisas en los rostros, una vez roto el silencio que se había apoderado del queche como duende maligno en el canal del Infierno. Quijano continuaba pegado a la borda y con la mirada dirigida en firme, aunque ahora cambiaba de banda en ocasiones, intentando reconocer algún punto de la ribera. Un nuevo ramalazo de la luna nos mostraba la boca del Guazú por babor, al tiempo que Quijano me nombraba la pequeña localidad de Las Vacas hacia la banda contraria. Por el contrario, nada se observaba a popa, aunque estaba seguro en mis adentros de que el Cisne navegaba sin novedad. Y como se confirmaba nuestro adelanto en millas, ordené cargar los estáis.

La hora siguiente se cubrió en calma y silencio, con algunos detalles ofrecidos por el segundo comandante, en su continuo y nervioso peregrinar de banda a banda. La luna se mantenía con el foco al capricho, mientras el viento caía a fresco de orden y ya la corriente se dejaba notar en reguero de cintas. Era el momento del cálculo definitivo y de tomar una decisión.

—Segundo, ¿a que distancia nos encontramos de la punta Gorda?

—Unas cinco millas, señor. Recordará que la jodida angostura se cubre desde dicha punta hasta la del Carbón en la banda contraria, a lo largo de tres millas que navegar entre suspiros. Para tomar su punto medio en pleamar picada, creo que llevamos la velocidad apropiada. Tan solo hemos de tener en cuenta el desagüe norte del Paraná, que llaman Brazo de Gutiérrez. Y lo digo porque se encuentra una milla arriba desde la punta Gorda y nos puede vencer la proa a estribor. Menos mal que nos encontramos en un mes de escasa corriente y no forma en la boca su mareta^[55] habitual.

—Señal de que los cielos bendicen nuestra empresa. Porque el viento no se mueve de la marca establecida una sola cuarta arriba o abajo. Y Dios quiera que se mantenga así durante algunas horas más. Por cierto, ¿se avista el Cisne a popa?

—Todavía no, señor —contestó Tosquilla, que trasegaba por turno hacia el coronamiento.

—Bueno, echemos un último rezo a la Patrona y tomemos este nuevo paso con los huevos en alza.

Cuando la luna abrió su disco al copo poco después, me pareció entrever una luz o destello repentino por la amura de estribor, condición inesperada que me alarmó en un principio.

—¡Por mis cojones! ¿Es un tarro de luz lo que brilla por la amura en la banda oriental? ¿Alguna pequeña embarcación?

—No, señor —entraba Quijano con rapidez—. Se trata de La Esmeralda. Bueno, ese nombre se lo otorgó el capitán de fragata Romarate, en una de nuestras subidas hasta la desembocadura del río Gualeguaychu.

—¿La Esmeralda? No he apreciado ese nombre en la carta. Supongo que no se tratará de una piedra preciosa de gran tamaño.

—Por desgracia, no quedan gemas de suficiente valor en este curso. Se trata de una piedra aconchada a la desembocadura del río de Las Víboras. En aquella primera ocasión nos acercamos hasta ella en la lancha del Cisne y descubrimos que, en su parte superior, se forma un plano con diferentes vértices de un material parecido a la pizarra brillante, que refleja la luz del sol en colores verdes y azules. Por eso lo bautizó don Jacinto con ese nombre. Durante la noche, por el contrario, con el reflejo de la luna asemeja un tarro de luz habitual. Eso significa que nos encontramos a tres millas justas de la primera punta.

—Pues buen susto me ha dado esa puta esmeralda. La podían haber embadurnado de costra dura.

—¡Sonda, dos brazas y media!

—Ya comienzan las rebajas en subasta, señor —comentó Quijano con voz alegre—. Pero marcamos la derrota al punto y en horario.

Pocos minutos después, entrábamos en la zona que más debía preocuparnos. Pero es precisamente en esos momentos cuando el hombre de mar clava los pies de firme en cubierta y solamente piensa en vencer los obstáculos que la madre Naturaleza nos impone. Porque mi espíritu se movía en ritmo de confianza, aunque alguna vena hiciera tronar el pulso. Después de todo, suponía un alivio navegar con tanta información cartográfica, levantada con esfuerzo durante muchos años por nuestros oficiales de guerra y pilotos. Era fácil recordar aquellos marinos pioneros, que se aventuraban por mares, estrechos, estuarios y ríos sin conocimiento alguno de sus peligros, esos hombres de la Real Armada que abrieron caminos inexplorados a medio mundo, en ocasiones a costa de su propia vida. Y no debía hablar en pasado, que todavía se encaraban aguas y costas desconocidas.

—La punta Gorda se nos abre una cuarta a estribor, señor —entraba Quijano de firme.

—Caeremos un puño a la banda contraria.

—Mejor dos, señor. Ya veo el movimiento de aguas que produce el brazo de Gutiérrez.

Acabé por enmendar hasta dos cuartas a babor al comprobar que aquel brazo del Paraná largaba sus aguas en mayor cantidad de la prevista. Una parte de mis sentidos me quisieron indicar que tal condición debería elevar la profundidad, lo que fue denegado con rapidez por la voz del encargado de la sonda al vocear con fuerza las dos brazas. Tal condición significaba que bajo nuestra quilla restaba muy poca agua, apenas un tercio de vara^[56]. Se nos abrían a proa tres millas de las que dejan marcas imborrables en el alma, y a por ellas nos lanzamos con las calzas ajustadas en costura fina.

A pesar del peligro en el que nos movíamos, me maravillaba la respuesta del queche al timón, como si se tratara de una pequeña goleta. Porque, con viento fresco y aguas en calma, caía a la banda con un ligero toque de la rueda, condición que ofrecía la necesaria seguridad dentro de los límites impuestos. La luna abría y cerraba, aunque con una periodicidad suficiente para aclarar la derrota. Quijano, que sacaba medio cuerpo por la borda en ocasiones, me indicaba ahora cambios de proa de forma casi continua, incluso a veces sin posibilidad de reacción. Y por todos los dioses de la mar, blancos o negros, que seguía los consejos al punto y en sus brazos entregaba mis intestinos. De esa forma, oí el paso por la punta Gorda, Higuieritas, momento en el que se producía la pleamar y la sonda marcaba dos brazas escasas, Ronda Vázquez, para enfocar con buena iluminación las dos últimas puntas, la del Chaparro a estribor y la del Carbón a babor. Me vi obligado a recortar un poco más de vela, tocando en tientos la cangreja mayor.

Todo en esta vida presenta su remate, aunque a veces signifique la entrada en camposanto enjaretado en madera. Pero en este caso se producía de forma dulce. Porque una hora después, tras pasadas las dos puntas que operaban en tenaza de cangrejo, comprobaba a la vista el ensanche del río y la sonda aumentaba a tono de seda para regusto del alma. Momento dulce en el que la sangre retorna a su circulación normal y se percibe una sensación de felicidad, que no podrá comprender quien no haya sufrido tales experiencias.

Ahora nos quedaban poco más de ocho millas hasta el punto en el que, según nos habían informado, se encontraba la batería rebelde que debíamos tascar al polvo. Y de acuerdo a las previsiones establecidas, cargamos la cangreja mayor, quedando solamente con la mesana y dos foques, en espera de que el bergantín Cisne apareciera por nuestra popa. Restaba poco más de una hora para que el crepúsculo comenzara a alborear, por lo que disponíamos del tiempo justo para alcanzar nuestro destino, sin que las luces mostraran cuadros y perfiles en colores.

El Hiena se encontraba en la situación en la que debíamos concertar movimientos con el bergantín, una vez producido el esperado retraso. Y comencé a sufrir en diferentes tonos, porque ahora llegaba el momento de sopesar posibles problemas sufridos por la pareja. Pero no quisieron los cielos que durara mucho tal situación negativa, porque poco después me informaba el alférez de fragata Tosquilla de la presencia del Cisne a popa y una milla escasa de distancia. Había llegado la hora de prepararse para atacar el momento definitivo, lo que así trasladé al teniente Herzog.

—Supongo que no necesitaré observar los detalles de la batería antes de decidir si necesita refuerzo por parte de mis hombres.

—La verdad, señor, que no es un dato imprescindible en absoluto. Además, ya le digo que la observé hace algunas semanas durante su construcción. Pero, sin duda, cuantos más soldados desembarquen bajo mi mando, mejor para la empresa particular. Según me informaron, en la batería que han bautizado con el nombre de Libertad, deben de encontrarse de forma permanente unos treinta hombres, mientras otros cincuenta más se mantienen en la guarnición establecida poco antes de la altura del Nancay Chico, una milla río arriba. Esta última cifra es variable, según las necesidades de sus operaciones. También depende de que podáis desprenderos de esos hombres o no. Pero con la sorpresa del ataque por tierra y el uso de la artillería de los dos buques, estimo que esos jenizaros del demonio saldrán a la carrera.

—Como prefiero no arriesgar, el caballero aventurero desembarcará con vos, al mando de una docena de nuestros fusileros. Se trata de un hombre valiente.

—Conozco al antiguo teniente Verdaguer, señor, y será un honor que sirva a mis órdenes.

—Pues no se hable más de ese aspecto. Por otra parte, también es importante el cálculo del tiempo. La próxima pleamar se producirá sobre la medianoche. Pero ya no es tan importante para atravesar el paso de las puntas porque la marea a esta altura del río, según he podido comprobar, es de escasa altura. Con luz diurna y las orillas bien a la vista, podemos forzar el paso con cierta seguridad, si no aumenta en exceso la corriente del río. Creo que las últimas horas de luz, con la marea enalzada, sería un momento oportuno.

—Eso quiere decir, señor, que disponemos para el ataque de unas... — Herzog calculaba con los dedos de su mano.

—Unas diez horas, más o menos. En caso contrario, sería conveniente esperar hasta que se abra el crepúsculo de mañana.

—Creo que disponemos de tiempo suficiente para llevar a cabo la empresa, señor.

—Así lo estimo yo también. Un solo dato más. Dada la escasez de pólvora que sufrimos en el apostadero, si conseguimos nuestro objetivo y disponemos de tiempo suficiente, intentaré barquear toda la que dispongan en su polvorín. También, si sus cañones son de bronce y se mantienen en buen estado, podríamos embarcar alguno. Pero sin olvidar que deben ser clavados a justicia los que resten. Bueno, ya le digo que es una acción secundaria, dependiendo del tiempo a disposición y respuestas a nuestro ataque. Por encima de todo, debemos reducir a cenizas esa batería.

—Comprendido, señor.

Mientras largábamos de nuevo el aparejo y aproábamos a rumbo norte, el Cisne llegaba a nuestra altura. Y nos acoplábamos a su andar para mantenernos suficientemente cercanos. El viento se había rendido una cuarta más hacia poniente, aunque no significaba variación notable si no continuaba su role en esa misma dirección. No era necesario indicar nada al teniente de fragata Sostoa, porque ya habíamos planeado en tierra con detalle lo que cada uno debería rendir, aunque le sería necesario mantenerse atento a mis señales. Aproveché la ocasión para hablar con Gonzalo Verdaguer.

—Caballero, ya ha escuchado las palabras del teniente Herzog. Escoja una docena de hombres, los mejores, y desembarque con ellos. Creo que nuestro compañero del Ejército pretende atacar desde dos direcciones distintas, e intentar tomarlos entre dos fuegos. Pero tenga presente en todo momento desde dónde dispararán los buques para mantenerse libre de esas marcaciones. No deseo que nuestras balas o cargas de metralla acaben contra la cara de soldados propios.

—Comprendido, señor.

—Y olvídense de tomar riesgos excesivos, Verdaguer, que poco beneficio producen. Nada ha de demostrar. Espero que me comprenda.

—Perfectamente, señor.

Comenzaba a clarear el crepúsculo a las siete de la mañana cuando nos encontrábamos a una milla escasa de nuestro objetivo. No obstante, aunque observaba con los anteojos en barrido, la escasa iluminación no nos permitía distinguir la batería. La voz de Quijano sonó con su habitual seguridad.

—Tras aquella pequeña restinga de arena que aparece por la amura de babor, señor, debe encontrarse situada la batería, frente al arroyo de la Gracia. Bueno, si son ciertas y exactas las noticias recibidas.

—En ese caso, ha llegado el momento de desembarcar a nuestros hombres sin demora. Avise al Cisne de que nos ponemos en facha hasta que barqueemos al personal. Que se nos acodere su lancha para acelerar la maniobra, como está previsto.

—Muy bien, señor.

Llevamos a cabo el desembarco de los soldados con rapidez. Porque si deseábamos entrar en plena sorpresa, apremiaba el tiempo. Y gocé al comprobar cómo el caballero Verdaguer impartía las instrucciones a nuestros fusileros, que tomaban la lancha con resolución. En escasos minutos se encontraban todos en tierra y tomaban la vereda paralela al río, metidos ribera adentro y desplegados en tres grupos. Una vez con las lanchas amarradas en el agua a sus respectivos buques, volvimos a dar el aparejo, en este caso con el mínimo trapo a disposición. Intentaba que nuestra llegada a la situación de fuego se acomodara en tiempo a la de nuestros hombres, que continuaban su marcha por nuestro través a ritmo de media carrera. Por mi parte, me mantenía con el anteojo en las manos, aunque todavía la restinga y el matorral de palas me impedían cualquier visión.

Por fin, pocos minutos después, como especial aparición, la batería se mostraba ante mis ojos en toda su extensión. Y puedo asegurar que me alarmó en principio su grandiosa estructura. No sé por qué en mis pensamientos se aparecía una fortificación de las clásicas, de esas que en la Armada llamábamos de defensa y movimiento, lo que en nada cuadraba con la realidad. Porque más que batería entraba en calidad de baluarte de entidad o pequeño castillete, con doce bocas en tronera baja con fábrica de fuerza, y ocho más en altura entre merlones de unas dos varas de cuerpo fabricados con ladrillo rojo, con su cañoneras o embrasuras clásicas. Al primer vistazo estimé los calibres de a 24 en la andana baja, y de a 18 en la formada entre merlones, muy superiores a los utilizados normalmente en fortificaciones terrestres. Y para ariscar un poco más la sangre a la mala, en el extremo de un generoso palo ondeaba la bandera rebelde con orgullo, esa bandera que pensaba derribar en escaso tiempo.

Mis intenciones eran ofrecer una pasada a la menor distancia y con el menor trapo desplegado, de forma que pudiera maniobrar con la corriente en contra. Sabía el peligro que corríamos, porque una andanada completa de los dieciocho cañones enemigos podía barrer nuestra cubierta en sangre a borbotones. No obstante, confiaba en el efecto sorpresa y tomarlos sin que llegaran a cubrir los puestos. De esta forma, podría efectuar el mayor daño en nuestra primera ronda de fuego, mientras nuestros soldados les entraban por

las direcciones traseras. En los dos buques el personal había ocupado los puestos de combate en silencio, sin tambores ni señal alguna que pudiera delatar nuestra presencia. Ni siquiera pude ofrecer la clásica arenga que el comandante de todo buque eleva antes de encarar el combate. Pero ya me encontraba en el alcázar con la pistola al cinto y el sable en la mano, entregados por Miguelillo, preparado para entrar en fuegos de sangre en cualquier momento.

Por fortuna, que siempre es razón de necesidad en combate, conforme nos aproximábamos a la muralla artillada de la batería Libertad, no se oía corneta, orden o sonido alguno. Tan favorable condición demostraba que desde el puesto enemigo no nos habían avistado todavía y, desde luego, no esperaban nuestra presencia. Ahora, el pequeño manglar formado en la ribera me impedía observar a nuestros hombres, que debían de encontrarse cerca de su objetivo. El momento definitivo se acercaba paso a paso, mientras el rumor de sangre recorría mi piel desde la cabeza hasta los pies.

Cuadraba nuestro bauprés a unas cuarenta varas de la primera cañonera cuando una corneta rasgaba el silencio que se había impuesto en el río hasta el momento. Sin dudarlo, escasos segundos después caía lo suficiente a estribor, para que todos nuestros cañones entraran en juego de muerte. Inicialmente y conseguida una distancia de tiro muy cercana, se habían cargado las piezas con doble bala rasa. Armentía, como jefe de nuestra batería, había ordenado apuntar a troneras y cañoneras^[57]. Era llegado el momento de la verdad y, tras elevar el sable hacia los cielos, di la orden definitiva, al tiempo que lo bajaba con energía, como si deseara cortar de cuajo algún corazón enemigo.

—¡Fuego!

Como siempre aseguraba mi criado Miguelillo, el rapaz campero compenetrado a la mar, a bordo parecían abrirse los infiernos con el retambo de las piezas artilleras, disparadas a un mismo tiempo. Y coincidía con su opinión, al punto de quedar convencido de que en el día del juicio final se podría escuchar un estrépito parecido al de una andanada disparada desde un navío de tres puentes con sus 112 cañones. Incluso me pareció entrever que el queche se desplazaba ligeramente hacia la banda de sotafuego^[58], por efecto de los disparos. Pero esos pensamientos que recorrían el cerebro a paso de galope tendido eran desplazados por otros mil cuando se entra en combate cercano y las balas, astillazos y metralla vuelan calientes bien cerca de las orejas. Es llegado el momento de elevar el alma y entregarse por completo con la mente fija solamente en la victoria.

15. La batería *Libertad*

Una vez disipada por efecto del viento la nube negra de la pólvora y mientras se observaban movimientos alocados a la carrera en la batería rebelde, podía comprobar que nuestra primera andanada surtía efecto de gozo a la vista. Dos cañones enemigos quedaban destrincados por alto con difícil reposición, al tiempo que generosos trozos de piedra cantera y ladrillo eran despedidos con fuerza en todas direcciones. Y en perfecta conjunción, que elevaba el espíritu hasta las nubes, cuando pocos segundos después el Cisne disparó su batería de babor, con los cañones de movimiento pasados a la banda de barlofuego, se oyeron los tiros de fusilería de nuestros soldados, aunque no pudiéramos distinguir con precisión la dirección desde donde atacaban.

A pesar de la inicial sorpresa, los rebeldes dispusieron algunas de sus piezas con extrema rapidez. Supuse que, con seguridad, se trataba de las que deben ser mantenidas bien cargadas y listas para abrir fuego en permanencia noche y día si los sirvientes se conducen con un mínimo de profesionalidad en el servicio. Y acababa de disparar el Cisne cuando cuatro cañones de la andana baja enemiga mostraban sus lenguas de fuego con retumbo seco aparejado. Y no podía olvidar que esas piezas eran de a 24 libras, un elevado calibre que podía producir mucho daño en hombres, casco y aparejo.

Aunque no era fácil marrar la puntería de los fuegos a aquella mínima distancia, las urgencias de los artilleros pagaban su prenda en beneficio del queche. Por indudable gracia de la Patrona, que entraba a nuestro favor sin dudas, solamente un par de rasas^[59] nos entraban a popa. Y para mayor favor, una de ellas abría lunar de boca en la vela de la cangreja mesana, sin mayor escozor, mientras la segunda, mejor apuntada en cuñas, nos levantaba unas diez varas de la regala cercana al coronamiento. Como era de suponer, el efecto producía un buen número de astillazos que, estaba seguro, encontrarían carne de lamentos en su maléfico vuelo.

Conseguimos disparar la segunda andanada, ahora con bala sencilla, cuando ya desfilábamos al tope y los cañones de proa debían utilizar los espeques en su límite popel. De nuevo volaban piedras y ladrillos, que conformaban los merlones de su estructura alta. Al mismo tiempo, comenzaba a reconocer las construcciones que se mostraban a continuación. Por una parte y retranqueados media milla tierra adentro, emergían un elevado número de barracones de frontera, cercano a la docena. Se trataba de los clásicos depósitos de armas, pertrechos y víveres, lo que indicaba la importancia que al emplazamiento se otorgaba. Y en forma de perfecto triángulo, media milla río arriba y cerca de la orilla, una antigua y modesta casa de labranza había sido ampliada para formar lo que debía de ser el emplazamiento de la guarnición. De momento, solamente se observaban unos pocos hombres que aparecían en la antigua era a medio vestir, desorientados y sin saber a dónde dirigirse, ante el nutrido cañoneo que todo lo envolvía.

Era llegado el momento de la primera decisión, aunque ya la mantenía bien meditada en el cerebro. No podía olvidar que el objetivo principal de la operación se centraba en derribar la batería y clavar sus cañones, por lo que decidí virar con la mayor rapidez. Como ya habíamos cargado las velas altas y la lancha se mantenía con un cable afirmado en su roda en prevención de maniobra, solamente debíamos confiar en que el queche no se desplazara demasiado hacia la punta del Arenal Grande. Con la tensión prendida en mi voz, largué las órdenes esperadas por todos.

—¡Listos para virar, don Agustín!

—Preparados, señor.

—Necesitamos un desplazamiento mínimo. Toda la caña a estribor. Virada en redondo. Foques a la mano.

Al tiempo que el contra maestre marcaba con el silbato las órdenes necesarias, el Hiena metía su proa en caída violenta de forma majestuosa, como una falúa en mar de plata. Aunque el viento había caído alguna pulgada en su fuerza, se mantenía clavado del oeste-sudoeste, con lo que, en escasos segundos, se cobraban las escotas para rendir la proa al límite de la bolina, a suficiente distancia de la orilla opuesta. Por su parte, el Cisne seguía nuestras aguas, aunque se le adivinaban problemas en la maniobra de proa, posiblemente debido al impacto de alguna bala en la zona del bauprés. Me dirigí a Quijano, que en esta ocasión no se separaba de mi posición, habiendo traspasado su responsabilidad en la maniobra de proa al alférez de navío Armentía.

—Segundo, nos costará reponer la distancia perdida. Y al Cisne en mayor medida, especialmente si no puede manejar sus foques en orden.

—En efecto, señor. Podemos abrir fuego a mayor distancia en esta pasada, para cuadrar después como mejor entendamos en la próxima virada. Sufriremos con tanta boca enemiga, superior a lo imaginado.

—Espero que les resten menos piezas en uso. Y que nuestros soldados produzcan las bajas necesarias entre sus artilleros.

Mientras Tosquilla me pasaba la información de batería cargada y lista para abrir fuego, mantenía la proa al límite de la ceñida. De esta forma, dejaba la fortificación enemiga abierta tres cuartas a estribor. Y comenzaba a cuadrar nuestra proa con el primer perfil del semibaluarte septentrional, cuando enmendaba la proa ligeramente a babor y ordenaba abrir fuego una vez más. Pero en este caso y como si se hubieran sincronizado nuestros disparos con los del enemigo, ocho o nueve lenguas de fuego se observaban en la batería. Se trataba del momento en el que es necesario apretar los dientes a la mordaza y clavar los pies en cubierta. Los soldados de Marina, aleccionados al efecto, arengaban con gritos a nuestros artilleros. Al mismo tiempo, impedían con la amenaza de sus fusiles que algún sirviente pudiera aceptar la tentación de salir en carrera hacia las cubiertas bajas y escapar de la sangre que acabaría por surgir a bordo.

Las dos andanadas debieron cruzarse en el aire, hierro de muerte disparado por americanos y europeos, todos españoles, en fraternal combate. Para nuestra fortuna, no parecían los artilleros enemigos muy duchos en la puntería contra buques, con excesiva tendencia al tiro en altura. De esta forma, pudimos observar algún lunar más en las dos cangrejas, aunque también dos rasas se clavaban a la lumbre del agua^[60] con ruido de traspaso. Pero para marcar el linde de las tinieblas, otras dos barrían cubierta en estruendo, levantando un cañón de a 12 por completo, mientras la escotilla de popa volaba en astillas. Supuse que los heridos por los indeseables astillazos aumentarían de forma notable, lo que comenzaba a percibirse con claridad en un rosario de blasfemias, ruegos y lamentos, con urgentes traslados hacia la enfermería.

En esta nueva pasada, a unas doscientas varas de distancia de nuestro objetivo, la segunda andanada quedaba solamente utilizable para los cañones emplazados del combés a popa, al tiempo que el Cisne también entraba en danza con fuego preciso, más sotaventado que el insignia. Con enorme placer pude comprobar que la fortificación comenzaba a mostrar heridas en grano gordo, especialmente en sus troneras y merlones. Por otra parte, el

fuego de fusil alcanzaba su punto máximo, lo que se podía comprobar a la vista en la zona alta, con soldados enemigos apuntando sus armas en dirección hacia el interior. Pero ahora mi preocupación era la siguiente virada con la corriente a favor. Como la distancia a la orilla enemiga era excesiva, me decidí a llevarla a cabo por avance con el auxilio de la lancha y apagado el trapo a ciegas, al quedar el viento a fil de roda.

—¡Virada por avance! ¡Lancha preparada en apoyo! ¡Por todos los cristos que no podemos perder una sola onza de barlovento! ¡Toda a estribor!

No necesitaba muchos segundos don Agustín para entrar en solfa con vozarrón de dementes.

—¡Allá va con Dios! ¡Orza dura! ¡Al viento! ¡Al viento! ¡Lancha en remolque de fuerza!

Los hombres alistados a la boga en la lancha sudaron en verde para amortiguar la arrancada del queche y el efecto de la corriente. Desesperaba por mi parte al comprobar que perdíamos demasiada distancia, aunque el curso del río no ofreciera un reguero excesivo. De esta forma, necesitamos bastantes minutos para comenzar a trepar de nuevo curso arriba. Sentía las tripas en revuelto, al suponer que los hombres de la guarnición entrarían en apoyo de la batería con la mayor rapidez posible, por lo que nuestros soldados necesitarían de inmediato auxilio. Ordené cargar todos los cañones con metralla en corte. Y no era decisión sencilla, porque se basaba en la suposición de que las tropas al mando del teniente Herzog habrían tomado el pulso. Pero no era momento de sopesar las condiciones en demasía.

Cuando el Hiena cruzaba derrota con el Cisne, que comenzaba a caer a estribor para alistar la siguiente pasada, nos separaban todavía unas doscientas varas en altura de la batería enemiga. Fue el momento en el que sentí en mis venas la primera explosión de júbilo. Porque la bandera enemiga que ondeaba orgullosa en el palo del torreón era arriada por uno de los soldados bajo el mando del aventurero. Y sin pérdida de tiempo, el valiente que arriesgaba su pellejo con gallardía, izaba el pabellón de la Real Armada, que comenzaba a flamear como una delicada y maravillosa cometa. La visión era contemplada por nuestros hombres, que gritaban a coro en vivas con entusiasmo. Sin embargo, Tosquilla acudía a ofrecer la novedad bajo cubierta.

—Dos cañones de estribor sin posible reposición de momento, señor. Tres balazos con entrada limpia a la lumbré. Trabajan los carpinteros con los tapabalazos y esperan conseguir cerrar la entrada de agua. Elevado número de heridos.

—Muchas gracias, Tosquilla. ¿Y el aparejo, don Agustín? ¿Ha sufrido mucho?

—Sin novedad de bulto gordo, señor. Parece que esos rebeldes solamente desean apagar nuestras velas a balazos. Poco saben de cómo se debe disparar contra un buque. Bastantes lunares en el trapo, sin mayor importancia. Asimismo, mucha madera suelta en castillo y toldilla, así como algunos cabos de maniobra en corte, que están siendo reemplazados. Pero hasta el momento, nada serio por gracia de los cielos. En cuanto a las bajas, ya nos llegará el rosario más adelante.

—Desde el emplazamiento de la guarnición ha salido una columna a la carrera hacia la batería, señor —informaba Quijano con un tono de voz vacilante—. Con esta proa la derrota es limpia, aunque he sufrido cuando se acercó tanto al arroyo que marca la punta del Carbón.

—También yo, segundo. Creí que no podría conseguirlo nuestra lancha, aunque ya se trate de agua pasada. Bien, parece que la batería se encuentra en nuestras manos con mayor rapidez de la prevista, gracias al valor de los que luchan por tierra. Ahora cargaremos a buche lleno contra las tropas que llegan en auxilio.

Aunque con extrema precaución, pasamos a escasa distancia de la batería, de la que no solo no recibimos disparo alguno, sino efusivas muestras en saludo de nuestros soldados. Creí entender que, atento Herzog a la situación, los había situado para enfrentar la columna que se desplazaba por la ribera hacia ellos. Pero dejaba algunos hombres libres de las armas, que se dedicaban con todo su empeño a desmontar los muros de la fortificación. De nuevo, sentí un inmenso placer al comprobar que las fuerzas de apoyo entraban en gran error al correrse en derecho por el sendero cercano a la orilla y, de esta forma, quedar a tiro limpio y cercano de nuestros buques. Ordené izar señal para el bergantín Cisne, en el sentido de que siguiera nuestras aguas e imitara los fuegos contra las tropas enemigas.

Una vez avanteado el baluarte rebelde, navegando proa al norte cuarta al oeste y viento por el través de babor, nos separaban cien varas escasas de las tropas que llegaban a la carrera, encabezadas por dos oficiales a caballo. Al observar los buques que continuaban su navegación curso arriba, parecieron dudar, momento en el que intentaron variar su marcha hacia dentro, cruzando la maleza alta. Pero era ya demasiado tarde para encontrar la adecuada protección. Una vez a su altura y con el mínimo trapo que contrarrestara el efecto de la corriente, abrimos fuego con todas nuestras piezas.

En esta ocasión, el efecto que se nos ofreció a la vista fue demoledor. Diez cañones que sembraban de metralla la ribera marcaban la muerte en el aire, situación que podíamos observar como espectadores en teatro sin riesgo aparente. Porque aunque algunos soldados enemigos abrieran fuego contra nosotros, se trataba de balas perdidas que tan solo el rebufo de Satanás puede dirigir contra nuestros cuerpos. Los dos caballos que marcaban porte a la cabeza de la línea caían abatidos por los cortadillos de metralla, así como bastantes de los hombres, aunque ya la maleza nos impidiera observar los detalles con claridad. Cargamos con rapidez, prácticamente sin variación en la posición, para disparar una segunda tanda de metralla, ahora en conjunción con el Cisne. Se alcanzó el momento decisivo al comprobar cómo se producía la esperada desbandada de las tropas tierra adentro, decididas a salvar la vida aunque debieran correr a carrera de demonios hasta las puertas del infierno.

Aunque prefería no conocer todavía el número de caídos a bordo, una vez aclarada la situación de maniobra, viramos de nuevo para regresar a la altura de la batería, que ahora se encontraba en nuestro poder sin peligro inmediato. Me decidí a fondear, rascando nuestra quilla la arena, a la altura de la fortificación. Mientras tanto, ordenaba al Cisne mantenerse en movimiento. Debía observar la posible aparición de más soldados en apoyo, aunque no esperara todavía acción en ese aspecto hasta que se recuperaran de la mortífera experiencia anterior. Era el momento de decidir las acciones posteriores y sacar el máximo provecho de nuestro rápido y completo éxito. Me dirigí al joven Tosquilla.

—Tome la lancha y baje a tierra a la mayor velocidad. Hable con el teniente Herzog y que le informe de su situación con detalle.

—Ahora mismo, señor.

Como solía ser habitual en mi comportamiento, sufrí de insana impaciencia en los siguientes minutos, cuando la sangre estancada se deja correr en libertad. Debía jugar con bastantes factores en contra, sin olvidar los tiempos necesarios para garantizar el tornaviaje con seguridad. Pero tampoco podía olvidar la escasez de ciertos elementos en el apostadero y en tal sentido se me había recomendado. Aproveché el momento de respiro para escuchar las novedades de a bordo. Comenzó Quijano con la letanía de cruces.

—Hemos sufrido tres muertos y once heridos, señor. De estos últimos, dos con escasas esperanzas de ver el próximo crepúsculo. Por bendición celestial, ese jovenzuelo sangrador parece bueno en su facultad. Al menos, no se asusta con los brotes de sangre. Ahora mismo se encuentra amputando una

pierna al cabo de cañón Bautista. Según parece, dispone de suficiente láudano y el pobre hombre no sufrirá demasiado.

—Siempre se debe pagar un peaje en rojo por cada victoria —musité para mis adentros con tristeza. Pero cambié el tono para escuchar los restantes detalles—. Continúe con las novedades, Quijano. ¿Daños en casco y aparejo?

—Un verdadero milagro que los artilleros rebeldes fueran tan poco expertos, una vez comprobado el poder de esta batería. No esperábamos tantas bocas a la contra y de tan alto calibre. En caso contrario, podíamos haber sufrido importantes daños. Estimo que no se decidían hacia dónde apuntar, al ser posiblemente la primera vez que disparaban contra un buque en movimiento. Debían estimar que las velas formaban un objetivo principal y, desde luego, un blanco fácil. Bueno, señor, en resumen, bastantes lunares en las cangrejas, que repasarán el maestro velero y sus hombres en cuanto dispongan de tiempo. Los carpinteros tienen bastante trabajo en proa y popa, aunque no se hayan sufrido desperfectos en elementos vitales. Recibimos cuatro disparos a la lumbre con entrada de agua, que han embozado a la brava con los tapabalazos y se deben rematar. Habríamos apostado la vida por este resultado, unos minutos antes del ataque.

—Desde luego.

Me mantuve algún tiempo concentrado en mis tristes pensamientos, sin pronunciar una sola palabra. Intentaba recordar los rostros de los que nos habían abandonado para siempre, un intento que produce profundo dolor cuando no somos capaces de conseguirlo. Por el contrario, se mantenía con claridad en el cerebro la cara del cabo Bautista, un gaditano verdinegro y guasón que tocaba la guitarra y cantaba coplas de chanza en los ratos libres. Mal futuro le aguardaba con una sola pierna, si es que sobrevivía a la terrible experiencia. Por fortuna, se esfumaron con rapidez los cuadros de pena negra al comprobar que el propio teniente Herzog acudía en la lancha para rendir informe de sus acciones. Entendí como muy acertada la decisión, dada la escasa distancia y, de esta forma, apartar de lado voces intermedias. Una vez a mi altura en el alcázar, sonrió al vocear el parte con orgullo.

—Batería enemiga en nuestras manos, señor. Les hemos producido siete muertos y catorce heridos, así como tomado veintidós prisioneros. Cuando se vieron atacados por tres diferentes direcciones, estimaron superiores nuestras fuerzas y se entregaron con rapidez. Gente poco bragada y con escaso espíritu combativo.

—No reste mérito a sus acciones, teniente. ¿Y en nuestras filas?

—Hemos sufrido cuatro bajas mortales y seis heridos, uno de ellos de máxima gravedad. Por cierto, que el caballero Verdaguer se ha portado como un coloso. Fue el primero en entrar en la batería a pecho descubierto. Se encuentra herido.

—¿De gravedad? —me temía una amarga respuesta.

—Un balazo en el muslo derecho. Nada importante si no se complica la herida.

—Me alegro por él. Ese caballero merece algún reconocimiento. Pero entremos en acción, que el tiempo vuela. Que barqueen a los heridos propios y enemigos con rapidez, así como a esos cuatro cadáveres. ¿Se observa movimiento de tropas rebeldes desde su atalaya?

—Los casi cien hombres que acudían en apoyo, posiblemente toda la guarnición, han salido de estampida hacia el interior, tras la masacre producida por los fuegos de los dos buques. Estimo que les ocasionaron con sus descargas más de treinta bajas. No parecían esperar que se les atacara desde el río. Todavía corren en diferentes direcciones. Era acertada la teoría de que habían disminuido sus fuerzas en la guarnición. De momento, nos encontramos a salvo.

—Bien hecho, teniente Herzog. ¿Repasó el polvorín, como le había ordenado?

—Por supuesto, señor. Se encuentra abarrotado de pólvora en jarras y saquetes, así como balerío de todo tipo. Bien abastecido de alimentos, aunque según me ha expuesto uno de los prisioneros tres de los barracones del interior ofrecen buenas perspectivas en ese aspecto. Con su permiso, pienso echar un vistazo a esos depósitos e informarle a continuación.

—Muy bien. —Pensaba de forma rápida—. ¿Cómo se encuentran los cañones de la batería alta?

—En perfecto estado, señor. Ocho piezas de campaña de a 18, inglesas, de bronce y excelente fabricación. Han sufrido más los emplazados en troneras, cuyo traslado sería bastante complicado al encontrarse entre escombros y piedras de regular tamaño.

—Comprendo. Debemos establecer prioridades. En primer lugar, clavar a conciencia los cañones de a 24, que no podremos trasladar de ninguna forma. A continuación, barquear toda la pólvora que sea posible, al tiempo que se reducen a polvo los muros de esa fortificación, si es necesario con cargas de pólvora.

—Es mucha la pólvora a disposición en el polvorín, señor, y podría ser peligroso. Si es necesario recurrir a unas cuantas minas, lo dejaría como

último recurso.

—De acuerdo.

—¿Y las ocho piezas de la andana alta?

—Que desembarque nuestro guardián con los hombres que estime necesarios para intentar su descenso hasta la orilla con aparejos y carga posterior a bordo. Estableceremos una línea para el barqueo de la pólvora y otra para los elementos pesados.

—¿Y los víveres, señor? Recuerde que mucho se sufre en la plaza — preguntaba Quijano, como si fuera capaz de comerse un costillar en aquellos momentos.

—Pues ya veremos, según se desarrollen los acontecimientos y el tiempo que necesitemos para el traslado de los elementos principales. ¿De cuántas horas disponemos para tomar el primer paso del río en condiciones de seguridad?

—Unas siete horas, señor.

—Bien, dejemos la charla y entremos al moro. Utilizaremos las lanchas para el traslado de los cañones y los botes para la pólvora, y distribuiremos la carga entre los dos buques. Una vez rematadas esas faenas, decidiré los siguientes pasos. ¿Ha sufrido daños de importancia el Cisne, segundo?

—Dos muertos y siete heridos. Aparte de algunos daños menores en casco y aparejo, presenta un problema serio con el bauprés en cuelgue.

—¿Reparable en estas horas?

—Pues, la verdad, señor, lo desconozco. Pero a primera vista parece difícil.

—Ordene por señales al Cisne que se abarloe a nosotros y que pase su comandante a mi bordo para informar con detalle.

—Enterado, señor.

Poco después, mientras se comenzaba el barqueo con las embarcaciones menores de los dos buques, el Cisne maniobraba con algunos problemas a la vista, para abarloarse a nuestro costado de estribor. Y era de reconocer la pericia de su comandante para moverse en el río con tales mermas de aparejo, que no eran escasas. Algunos minutos más tarde, aparecía en nuestro alcázar el teniente de fragata Sostoa, con un brazo envarado en cabestrillo.

—¿Habéis sido herido, Sostoa?

—De poca monta, señor. Un rasponazo de astilla en el codo, que me impide el correcto movimiento del brazo. Pero ya me ha curado el sangrador y puedo continuar sin problemas.

—Conozco sus novedades principales, pero quisiera más detalles de su bauprés y posibilidades.

—Ha sido mala suerte, señor. Una putorróna bala de a 24 nos rindió el bauprés por estribor entre las columnas y la trinca de dentro, sobre la cabeza de la capuchina. También pardo el botalón del foque, el pescante de dicha amura, el tajamar por las gruesas de los barbiquejos, la pieza del espaldar, las dos batayolas, las gambotas de proa y medio león^[61], en este caso sin posible reposición porque ya navegaba a favor de la corriente y es posible que aparezca en el apostadero.

—¿Estima que son posibles de reparar las averías en estas siete horas que hemos de aguardar, hasta el momento de comenzar el tornaviaje?

—Creo que sí, señor, aunque se trate de solución de fortuna y sobre palillos. Por todos los diablos del infierno que necesito los foques para tomar el Uruguay corriente abajo con cierta seguridad. Por fortuna, disponemos de buenos carpinteros, especialmente el maestro Cuadrado, capaz de construir un retablo en el espejo de popa con mar gruesa. Pero ya llevamos casi una hora en la faena. Se desguaza el mallete de las columnas y conseguiremos formar al bauprés, que está rendido a tronco, sirviéndose de una rueca con troza de gimelgas con cuatro reatas, colocándole otra rueca sobre ésta con el trozo del botalón que nos quedó a bordo.

—Bien. Ya conoce las prioridades que he establecido. Pero, por encima de cualquier otra opción, prima la seguridad de su buque. Emplee en esa faena todos los hombres que estime oportuno. Y si necesita carpinteros, puedo prestarle alguno porque nuestros desperfectos son de señoras.

—Me aparejo bien con los míos, señor. Menos los carpinteros y algunos hombres para la maniobra, puedo empeñar el resto en el barqueo.

—De acuerdo. Como la corriente no es fuerte, puede quedarse abarloado al *Hiena* o fondear donde estime oportuno.

—Si he de embarcar algún cañón, señor, prefiero fondear a popa del queche. Además, así quedo disponible para utilizar la batería de babor si aparecieran tropas enemigas.

—Tiene razón. Manos a la obra.

Poco después, comprobé cómo el caballero aventurero era ayudado por un soldado para descender a la enfermería. La sangre inundaba su pierna izquierda, que apenas podía apoyar en el suelo. Sin embargo, en su rostro aparecía la más dulce de las sonrisas, sin rastro alguno de dolor. Me dirigí a él.

—¿Cómo se encuentra, caballero?

—Perfectamente, señor. Un raspazo en el muslo sin mayor importancia. Pero no dude en contar conmigo si regresan los malditos, porque puedo caminar y utilizar los brazos con un arma.

—Nada de eso. En primer lugar, lo felicito por su valor al atacar la batería. Me ha expuesto el teniente Herzog todos los detalles. Y lo resaltaré en mi informe como se merece. Pero ahora lo principal es que sea curado en la enfermería.

—No busco recompensas ni felicitaciones, señor. Tan solo cumplir con mi deber para con la patria.

—Lo sé, caballero, lo sé. Pero a cada uno se le debe entregar en esta vida lo que le corresponde. Ahora, olvídense de futuras acciones. Porque esa herida es bastante más que un sencillo raspazo y supongo que ha debido perder mucha sangre. Que lo vea inmediatamente el sangrador y le efectúe la necesaria cura. —Lo miré a los ojos con afecto, antes de rematar mi última frase—. Bien hecho, Gonzalo. Eres un hombre de verdad.

—Muchas gracias, señor.

Por si el combate había sido de escasa mordida, ahora le exigimos a nuestros hombres un esfuerzo tremendo. Debían bogar, cargar en la orilla empantanada bultos de enorme peso y descargar a bordo de los dos buques. Pero todos eran conscientes de lo que suponía cada onza de material que embarcábamos en las dos unidades, pensando en el presente y futuro de la contienda. De esta forma, comenzó a transcurrir el tiempo a cabalgada larga, sin que me apartara una sola pulgada de mi puesto en el alcázar, aunque supiera que la siguiente noche también quedaría en blanco. No obstante, el sentimiento de felicidad se mantenía abierto de cabeza a pies al haber conseguido destruir ese magnífico baluarte que tanto comprometía nuestro futuro, así como haber batido a un buen número de soldados. La reducción de fuerzas en la guarnición me hizo sonreír al pensar que con mi gozo personal en lecho ajeno había contribuido a ello. Jamás un pecado me había comportado tales ventajas.

* * *

El penoso esfuerzo al que sometimos a las dos dotaciones con las operaciones de barqueo se alargó durante horas. Por fortuna, casi todos nuestros hombres comprendieron el compromiso de tomar la mayor parte del material enemigo a disposición, conscientes de las necesidades que se sufrían en el apostadero y como si se tratara de una ocasión que no se volvería a repetir. Con objeto de

aliviar los cuerpos, establecimos turnos para servir un almuerzo reforzado en brasas, así como vino en generosa cantidad, por mucho que rindiéramos las existencias al copo. Pero aunque fuera de forma inconsciente y sentadas las bases de lo más importante, no dejaba de pensar en los barracones donde se anunciaban grandes cantidades de alimentos.

El monto total de lo que embarcamos en las dos unidades se podía considerar como formidable. En primer lugar transbordamos la pólvora en jarras de cobre, en una cantidad que excedía los cuatrocientos quintales. Y como sencilla comparación, deben tener en cuenta que sobrepasaba con mucho el cargo de guerra de un navío de dos puentes y 74 cañones. Todo ello sin olvidar que desechamos la gran cantidad de la estibada en saquitos, preparada para su uso inmediato. En cuanto a la artillería, no solo trasvasamos las ocho piezas de a 18 sino también una de las superiores de a 24. La razón era que, a causa del fuego recibido, una de las piezas mayores había quedado destrincada en su tronera y casi a punto de caer por la pendiente hacia la ribera. De esta forma, fue sencillo embarcarla en la lancha del *Hiena* y su transbordo posterior. El resto de las piezas, dejadas en la batería entre múltiples escombros, recibieron el adecuado tratamiento, incrustando los clavos en sus oídos a macheta y sin posible utilización futura salvo nueva fundición. En cuanto a los prisioneros, todos fueron trasladados al queche. Y como el calabozo a bordo era de muy escasas dimensiones y aquellos soldados no me inspiraban confianza alguna, los dejamos en la segunda cubierta convenientemente maniatados y con la vigilancia de dos de los soldados de Batallones, arma en mano e instrucciones precisas.

Los hombres del teniente Herzog, por su parte, dedicaron sus esfuerzos a arruinar la batería al polvo, una vez aliviada de su artillería. No fue necesario el uso de pequeñas minas, porque las piedras se levantaban con facilidad con la utilización de picas en palanca. Tan solo era necesario dejarlas rodar pendiente abajo, por lo que alcanzaban algunas de ellas las aguas del Uruguay. Una vez conseguida la principal misión y con los cañones y la pólvora a bordo, reuní consejo de oficiales en el alcázar del *Hiena*, con la presencia del comandante y segundo del Cisne. Era necesario tomar una decisión y expuse las posibles condiciones que deberíamos afrontar.

—Bien, señores, en primer lugar debo felicitar a todos por el comportamiento demostrado de capitán a paje de escoba, lo que así expondré en mi informe con las puntuales acciones que destacar, tanto en combate como en los posteriores y agotadores embarques. Ahora solamente se me abre en el horizonte una importante duda. El teniente Herzog ha explorado los

barracones de frontera de los rebeldes y ha comprobado la existencia de una asombrosa cantidad de armamento y, no menos importante, víveres de todo tipo. Pero debemos pensar por encima de todo en la seguridad de nuestras unidades. Por tal razón, comencemos en orden y con sinceridad absoluta. — Me giré hacia el teniente de fragata Quijano—. Segundo, para tomar el paso de la punta Gorda en las mejores condiciones, deberíamos abandonar este fondeadero en un par de horas aproximadamente. ¿Me equivoco?

—En absoluto, señor, y era lo previsto. Pero ahora debe tener en cuenta un factor más, que no valoramos en su momento. Por efecto de la carga almacenada, hemos aumentado algunas pulgadas nuestro calado. Bueno, al *Cisne* le afecta mucho menos ese problema porque dispone de margen suficiente, pero no así al *Hiena*.

—En ese caso, ¿estima que si cargamos una buena cantidad de alimentos, pondríamos en peligro la seguridad del *Hiena* en el paso?

—Bueno, señor, estimo que en total la quilla podría descender un par de pulgadas como máximo. Hay agua suficiente, aunque muy justita, si la tomamos en el momento oportuno. Pero en esta ocasión la dirección del viento supondrá un factor todavía más determinante. Por fortuna, hasta ahora se mantiene del sudoeste, con variación de una o dos cuartas hacia el oeste en algunos momentos y con escasa fuerza. Si, como entiendo, pretende pasar a embarcar víveres en cierta cantidad, son bastantes los factores que se deben tener en cuenta.

—Ya lo suponía —contesté con decisión—. En primer lugar, el evidente agotamiento de nuestros hombres, estragados por el esfuerzo. Sin olvidar que el combate produce una debilidad mental muy importante. No obstante, a la vista de esos hermosos costillares, buena cecina y mejores caldos, se evaporará el cansancio en gran medida. Deberíamos pedirles un esfuerzo extra, sin duda. Pero más me interesa nuestra seguridad. Si no abandonamos el fondeadero en un par de horas, deberíamos esperar a mañana con las primeras luces.

—Así es, señor —insistía Quijano—. Sería necesario tomar el primer paso sobre las ocho de la mañana o pocos minutos más tarde.

—Esa decisión conllevaría un factor añadido que puede ser peligroso. Deberíamos mantenernos en esta posición durante toda la noche. —Manejaba pensamientos ya trillados en mi cerebro—. ¿Qué piensan de la posible reacción de los rebeldes?

—Salieron con mucha decisión y urgencia hacia el interior, después de haber sufrido elevadas pérdidas. —Era el comandante del *Cisne*, quien

parecía pensar en alto—. Como deben estimar nuestras fuerzas del Ejército embarcadas superiores a la realidad, por la rápida rendición de la batería, además del efecto devastador de la artillería de los buques, no emprenderán acción alguna si no reciben refuerzos. Y estos les deberán llegar desde Buenos Aires, que se encuentra a unas veinte leguas aproximadamente. Es de suponer que hayan enviado un emisario informando de la situación creada. Pero con toda lógica, estimarán que, una vez destruida la batería, regresaremos río abajo con rapidez, sin aguantar aquí toda la noche. Suponiendo que les envíen refuerzos con la máxima velocidad, lo que es de poner en duda, necesitarían unas veinte horas en alcanzar esta posición. De todas formas, señor, la situación del *Cisne* es distinta en cuanto a calado, sin olvidar nuestros problemas con el bauprés.

—¿Veinte horas? —preguntó Armentía, con la duda reflejada en su rostro.

—Bueno, se supone que la legua es la distancia que un soldado con buena marcha y sin excesiva carga puede recorrer en una hora.

—Estoy de acuerdo —expuse con decisión—. En ese caso, si aguantamos doce horas más, tan solo sería posible que nos atacaran de nuevo las fuerzas que se replegaron hacia el interior. Y como dice Sostoa, lo estimo bastante improbable tras el varapalo sufrido. Ahora mismo, deben de encontrarse todavía restañando las heridas. Creo que voy a decidir permanecer en el fondeadero doce horas más y proceder a cargar la mayor cantidad de alimentos. No podemos olvidar la situación que se sufre en la plaza. Preferencia máxima a la carne en cualquier modalidad, harina, aceite, salazón de pescado y vino. Bueno, tampoco es de despreciar el aguardiente. —Mostré una sonrisa de complicidad—. También podemos embarcar algunas cajas de esos fusiles norteamericanos, sin estrenar. ¿No es así Herzog?

—En efecto, señor. Unas armas magníficas y con mucha munición. Sería un buen presente para nuestras fuerzas desplegadas en tierra.

—Bien, siempre teniendo en cuenta que no presente demasiada carga. Hay que comprobar como aumenta nuestro calado paso a paso. La avaricia puede romper cualquier saco y mal quedaríamos si varáramos en el primer paso, a disposición de los soldados enemigos. Pero es de la máxima importancia llevar a cabo unos adecuados relevos entre nuestros hombres, no vayan a desfallecer o comiencen a protestar en bocina demasiado larga.

—No olvide, señor, a los prisioneros —intervino Armentía—. Esos malditos son los primeros que debemos utilizar para el traslado, aunque revienten de vísceras. Son más de veinte hombres, fuertes y descansados. Que suden la gota de amparo.

—Una magnífica idea, Armentía, pero con soldados de Marina a la vista y arma cargada. Y a la menor indicación de una posible huida, disparo a la barriga para que queden claras nuestras intenciones.

—No olvide, señor, que la distancia a los barracones es considerable —hablaba el alférez de fragata Matienza, segundo comandante del *Cisne*—. ¿Cómo transportaremos todo ese material hasta aquí?

—Me comentó el teniente Herzog que en los barracones se disponen de carretas y animales suficientes. Y en ese caso, media milla no es un obstáculo grave. Ya les decía que esa estación de aprovisionamiento se encontraba muy a punto. Podemos comprobar una vez más que no les faltan recursos a los rebeldes, con ilimitado crédito de algunas naciones que todos conocemos.

Repasé las miradas de todos los oficiales sin que nadie expresara algún comentario a la contra. Tan solo Quijano se movía con la mirada baja, aunque estaba acostumbrado a su postura. Opté por la decisión final que todos esperaban.

—Bien, decidido. Comenzaremos el traslado lo antes posible. Pero no debemos mantener esta posición de fondeo actual. Por si acaso los rebeldes emprenden algún ataque contra nosotros, el *Hiena* se moverá a la espía^[62] curso arriba unas doscientas varas o poco más, mientras el *Cisne* lo hace en sentido contrario la misma cantidad. De esta forma, mantendremos una buena posición de tiro, con el viento del sudoeste. Si el soplo acaba por rolar de forma que demasiadas piezas entren en sector de fuego cerrado, nos acoderaremos a un anclote para abrir el arco en conveniencia. Por otra parte, los soldados del teniente Herzog mantendrán una vigilancia permanente tierra adentro, escalonada con puestos adelantados, que puedan avisarnos con tiempo suficiente. Una última línea de defensa entre las piedras de la fortificación. Por cierto, Sostoa, ¿cómo marchan sus reparaciones?

—La verdad, señor, que nos viene al pelo este retraso. Se han ralentizado algunas de las reparaciones por la rotura de un aparejo real, que ha producido dos contusionados. Menos mal que nos lo ha prestado el *Hiena* y podemos continuar la faena. Pero estimo que en cuatro o cinco horas quedaremos con la maniobra de proa para navegar con suficientes garantías. Bueno, me refiero al tornaviaje porque deberemos entrar en reparaciones definitivas, una vez alcancemos el apostadero.

—Entendido. Por último, todo el material que no seamos capaces de transportar será dado al fuego, así como los barracones, carretones y animales. Y como despedida final, fuego a toda la pólvora en saquetes.

Dejaremos esta estación barrida y calcinada como la llana. Y no se hable más, manos a la obra.

Disolví el consejo, al tiempo que un sentimiento de felicidad me inundaba de nuevo hasta las plantas. Sabía que exigíamos mucho a las dos dotaciones, pero pensaba repartir vino y aumentos en buena proporción, condición que mucho avispas la sangre y mantiene los músculos en orden. Por mi parte, no me preocupaba un posible ataque, aunque el paso de la punta Gorda se mantenía grabado a fuego en mi cerebro. No obstante, cambié dicha imagen por la del glorioso regreso a Montevideo, con pólvora y alimentos en buena cantidad. Se trataba de mi primera misión de combate como comandante de un buque y no podía pedir más a nuestra Patrona, que había entrado en auxilio como tantas otras veces.

16. Un tornaviaje peligroso

Una vez fondeados los buques en la situación prevista y con soldados emplazados en posiciones de alerta avanzada, cuando todavía la tarde nos concedía suficiente luz, bajé a tierra para rendir visita a los barracones enemigos que tanto nos obsesionaban. Y por las agallas del pez diablo que me sentí impresionado y entristecido al contemplar las posibilidades reales a disposición de las fuerzas rebeldes, un extraordinario despliegue de pertrechos, armamento, víveres y material de campaña, más propio de ejército napoleónico, mientras en el apostadero nos movíamos con elementos de fortuna y escasez de ruina. Un negativo balance, pensando en el futuro de la contienda. Incluso las tres carretas a disposición eran de factura primorosa, con un establo retranqueado tierra adentro, donde seis espléndidas mulas cabañiles tragaban paja a gusto, unos ejemplares más cercanos a los empleados para el paso de ronda, que a los de tiro campero. Y como era un material del que en la plaza de Montevideo se carecía hasta en los más preciados sueños, también ordené embarcarlas en los dos buques. Sabía que bordeaba los límites de seguridad, pero creo que cualquier comandante habría optado por el mismo camino.

La verdad es que sometí a las dotaciones a un trabajo de extenuación final. Por fortuna, casi todos arrimaron los costillares con extrema honradez hasta el último esfuerzo, aunque no faltaran rumores cerrados y alguna protesta alargada, que debió ser aplacada a la brava con mano abierta. Pero como siempre la moscarda acaba por picar en la piel, sufrimos dos bajas que no entraban en nuestra previsión. Un par de grumetes del queche se perdieron entre las tinieblas durante la guardia de media^[63].

Aunque las deserciones se encontraban a la orden del día y se extremaba la vigilancia en tal sentido, me sentí defraudado al comprender que aquellos desalmados preferían buscar fortuna entre los que negaban su propia patria. Y, para mayor escarnio, formaban parte del cupo llegado con la fragata

Proserpina desde España el año anterior. Me recriminé haber bajado la guardia en ese aspecto, aunque ya nada fuera posible remediar.

Para sortear males mayores, cuando ya las luces caían de plano, evitamos el trabajo de los prisioneros fuera del queche. Los trasladamos bajo cubierta, donde siguieron laborando en la estiba y almacenamiento de la carga, sin posibles relevos, bien custodiados por nuestros soldados. Ese grupo intentó plantarse con brazos caídos y elevar sus protestas, por lo que recibieron caricias de culata en las riñonadas hasta colaborar en la faena con más afán todavía. Y fue notable el trabajo rendido por aquellos traidores, lo que se tradujo en cierto alivio para nuestros hombres.

Picaba la campana la primera hora de la guardia de alba^[64] cuando decidimos suspender el traslado de víveres y pertrechos desde los barracones. Estimé que no era posible pedir más a unos brazos que ya pesaban en demasía, ni castigar en exceso a quienes se habían batido en combate de gloria. También se necesitaba tener en cuenta que en el tornaviaje deberían encontrarse gran parte de ellos al punto de mirada y frescos de espíritu, especialmente la dotación de la lancha, de cuya labor dependería la seguridad del *Hiena* en alto grado. Ofrecí una última colación de agradecimiento. Unos costillares a la brasa, ahora rematados con vino por manguera ancha y un fuerte aguardiente, todos los elementos trasegados desde los barracones en benéfica cantidad, antes de concederles unos momentos de descanso.

Aunque no había dormido un solo minuto, ni intentado siquiera a pesar de las protestas de Miguelillo, me encontraba en tono alto, aunque debiera trasegar tazones de café en abundancia. También ayudaba a levantar el espíritu alguna copa de un magnífico aguardiente brasileño, del que los rebeldes disponían en abundancia. Pero ya se acercaba el momento de prepararnos para la suerte final. Y no colaboraba a la paz de mi alma el rostro del segundo comandante, con muescas de abierto desasosiego que podía leer con facilidad.

—Alegre esa cara mortuoria, segundo. ¿Qué le preocupa ahora?

—Ya se lo he comentado un par de veces a lo largo de las últimas horas, señor. No puedo apartar la carga embarcada de mis pensamientos. Comprendo que debemos efectuar un esfuerzo supremo, pensando en las necesidades del apostadero, pero de nada servirá si no somos capaces de arribar a Montevideo.

—No me sea cenizo en estos momentos, por favor, cuando la virada se encuentra cobrada y no presenta retroceso posible. ¿Cuánto calcula que ha aumentado nuestro calado? ¿Unas tres pulgadas?

—Y, posiblemente, lleguemos a cuatro, señor. No me preocupa el canal del Infierno, al que llegaremos con luces suficientes para ajustar la derrota a la Línea. Pero el paso entre la punta del Carbón y la punta Gorda lo tomaremos al límite. Además, nada me gusta comprobar que la corriente del río ha parecido aumentar.

—Bueno, en teoría no debe afectar a la cantidad de agua que sirve la pleamar desde estuario.

—No creo en esas teorías expuestas por el piloto González Soto en sus apuntes sobre los ríos Paraná y Uruguay, señor. He comprobado que cuando la corriente aumenta de grado, los efectos de las mareas disminuyen río adentro de forma notable. No sabría explicarlo con datos teóricos, en los que no siempre creo. Ya sé que el volumen de agua debería mantenerse bajo el curso con independencia, pero le aseguro que lo he sufrido en mis carnes repetidas veces. Y lo que he comprobado con mis ojos, no me lo pueden negar los tratados.

—Bueno, esperemos que la Patrona continúe en su decidido apoyo y nos conceda alguna pulgada de agua, llegado el momento. La Galeona ha de rematar la faena, sin olvidar a sus hijos un solo minuto. De todas formas, en caso de que rasquemos en la arena, aunque Dios no lo quiera, sería preferible hacerlo con la parte de proa de nuestra quilla.

—Desde luego, señor. En ese caso, si el bajo forma pica y no es muy corrido, la corriente laboraría a favor, aunque nos virara la proa en dieciséis cuartas^[65]. Ya me sucedió una vez en el Paraná, a bordo del bergantín *Belén*, y salimos del trance en un par de horas. La mayor parte de los problemas se producen por amontonamientos de la arena en forma puntual, con picos de escasa longitud. Son los menos peligrosos, aunque otros se extienden en alargada distancia.

—No crea que no he tenido en cuenta tales detalles, Quijano. Por esa razón hemos cargado más cantidad en la zona del combés hacia proa. Incluso las mulas bufan bajo el cabrestante, entre los cañones de bronce. Soy consciente de que el queche navegará al límite de su calado y que arriesgamos al copo. Pero aceptemos la situación con los cuernos bien alzados y moral hasta la galleta, porque no podíamos evitarlo.

Martín Quijano se mantuvo en silencio, como si no compartiera mis pensamientos. Pero no era momento de deliberar sobre el sexo de los ángeles, sino de dar la cara avante. Decidí cambiar el tema.

—Parece que el viento se mantiene del oeste-sudoeste y fresco de fuerza.

—Lo tendremos entrándonos de través en los momentos más críticos del paso. No supone la situación más deseada, desde luego, pero tampoco podemos declarar las condiciones como malas. Deberemos cruzar la proa a barlovento unas tres cuartas como mínimo, para compensar el abatimiento. Por tal razón, preferiría que el soplo bajara de fuerza un par de onzas como mínimo, aunque nunca las condiciones se avienen por completo al gusto.

—¿Se ha comprobado que esos putos barracones de los rebeldes han quedado rendidos en cenizas?

—Por supuesto, señor. Han ardidido en llamas, conforme rematábamos lo escogido en cada uno de ellos. La pólvora desechada en la batería, que no se trata de escasa cuerda, ha sido amontonada y se ha preparado una mecha con alargado retardo. Se prenderá en el último momento, cuando hayamos levado las anclas. El petardazo se escuchará en Buenos Aires y acabará por demoler hasta la piedra de menor tamaño.

—Bien, me parece perfecta la labor de Herzog y sus hombres. En ese caso, nada nos resta por encarar en esta posición y debemos prepararnos para el definitivo tornaviaje. Hable con el comandante del *Cisne*. Lo quiero por mi popa, preparado para largarnos un cable si es necesario llegar al remolque de fuerza. También ellos han cargado lo suyo, más que nosotros en proporción al porte, aunque no han de sufrir problemas.

—Desde luego, señor. Su calado ha aumentado de forma notable, pero todavía dispone de suficiente margen. Y, por fortuna, remató la composición del bauprés en fortuna y puede utilizar los foques con suficiente seguridad, lo que supone un alivio en sus maniobras corriente abajo.

—Han trabajado bien en la reparación del bauprés, aunque no pueda aguantar vientos fuertes. Deberá sufrir nuevos trabajos en el apostadero.

—Una vez en la plaza, todo serán glorias —Quijano bajaba el tono de la voz con su habitual optimismo.

Una hora después, con el queche listo de maniobra y chazas, ordené que se comenzara a levar el ancla que todavía se mantenía clavada en la arena. Atento el alférez de navío Armentía a mis órdenes, no exigió premura a los enclavados en las barras del cabrestante. Y cuando ya restaba poco cable en el agua, ordené izar foque y fofoque a medio tinte. De esta forma, cuando poco después el ancla zarpaba^[66] de los fondos, cazábamos los triángulos de proa al tocho para virar en redondo en el menor tiempo posible. Arribaba el queche con agilidad, hasta mostrar la popa al viento y cambiar la mura a estribor, momento en el que izábamos la cangreja mesana con mano blanda. Debíamos comprobar el trapo mínimo necesario para que el Hiena pudiera maniobrar

con cierta preponderancia sobre la corriente. En aquel momento nos encontrábamos ligeramente tendidos a la ribera de levante y a unas diez millas de la punta del Carbón, accidente que ofrecía el inicio de las cinco putorronas millas del paso, ese Rubicón que debíamos atravesar por blancas o moradas.

Mientras Quijano se movía de banda a banda como un espíritu en duendes y musitaba sus recomendaciones, calculé a ojo de bandolera que, una vez establecido el rumbo, con foques y mesana solamente, andábamos las cinco millas^[67] largas. Debí enmendar con rapidez la proa las tres cuartas previstas a barlovento. Porque, en efecto, la corriente era superior a la del día anterior, lo que podía ser una buena o mala noticia, dependiendo del resultado final. Por mi cabeza rondaban uno y mil detalles de todos los colores, con el paso culebrón bien clavado en el centro. Y me reafirmaba en la teoría de que cuanto mayor velocidad bebiera el queche, más fácil sería salir del atolladero, si rascábamos arena fina con la quilla. Por tal razón y en contra de la opinión de Quijano, ordené izar la cangreja mayor hasta la brava. Era consciente de que, con estas condiciones, me jugaba la faena a la cuarta del velón. Pero, fiel a mi costumbre, me repetí que el mundo es un bien más propio de los osados.

Para elevar los espíritus alguna cuarta, la visibilidad era magnífica, cuando el sol comenzaba a mostrar su disco de oro, sin que una sola nube cruzara los cielos. El viento se mantenía del oeste-sudoeste y fresco de fuerza, al tiempo que la humedad y el frío se dejaban sentir hasta el fibrón de los huesos. Pero bien sabe la zorrón y sus crías que me sobraba la camisola más suave del cuerpo y el ánimo se centraba únicamente en la punta del Carbón, cuyo promontorio de arena y retama podía divisar abierto unas dos cuartas a babor. Enmendaba la proa casi de continuo y, en aquellos momentos, tan solo me preocupaban los rebufos malparidos que las ondulaciones en alto de la ribera nos podían ofrecer. Y se trataba de un importante factor, capaz de descalabrar los planes embastados en escasos segundos, si nos atacaba por malas en el momento decisivo.

Enmendé de nuevo el rumbo, cuando nos separaban dos millas solamente del comienzo del paso. El abatimiento era variable por más, un factor que no había considerado en tal medida y me perturbaba. Pero como ha sido mi norma de comportamiento a lo largo de tantos años sobre las aguas, me sentía feliz, templado de nervios y seguro, como si afrontara una más de las navegaciones de cada día en mares con fondos alargados hasta el infierno. Quijano continuaba con su rostro entrado a negras y manos con movimientos

erráticos, aunque de forma inesperada me largó un primer comentario positivo.

—Tomaremos el paso en su mejor momento, señor. La pleamar en el estuario se producirá media hora después de avantear la punta del Carbón.

—Y, desde ahí, cabalgaremos las cinco millas malditas hasta la punta Gorda.

—Una hora de sufrimiento, señor.

—Nada de eso, segundo. Una hora de gloria. ¿No es así, don Agustín? — intentaba animar el ambiente.

—Prefiero decírselo después de avantear la punta Gorda, señor — contestaba el contra maestre con una sonrisa—. De todas formas, en la lancha se encuentran los hombres más fuertes y descansados, con el cabo Martínez a la caña. Una garantía de orden. Si mordemos arena en pico, acabarán por sacarnos del trance con los huevos por alto. Todo sea por ese magnífico aguardiente y las mulas trotonas, que jamás las vi tan bien aumentadas.

—Brindaremos después, no lo dude.

Alcanzamos la punta del Carbón en escaso tiempo, con la proa desplazada a barlovento una cuarta solamente. Fue el momento de sentir el efecto del primer rebufo y meter caña en contra con rapidez, al tiempo que los higadillos se retorcían en cuajo. Ahora nos parecía que los ramajes de la orilla desfilaban a la velocidad del cometa. Y aunque todos los sentidos se abrían de par en par, era el del oído el que se mantenía en alza y con trompetilla incorporada, intentando escuchar el posible y característico sonido que produce la quilla de un buque cuando toca en cama de arena. No obstante, en mi interior agradecía que, con seguridad, no pudiera aparecer piedra alguna en el lecho del río, de esas que abren las tablas de las embarcaciones, de navío a goleta, como cuchillo de matarife.

Nos encontrábamos a mitad del paso cuando en la ribera del Uruguay las dunas se alzaban hasta formar pequeñas crestas, que se nos aparecían como majestuosas montañas. El efecto del viento disminuía, así como la necesidad de compensar el abatimiento. Observamos la pequeña localidad de Higuieritas por la banda de babor, donde pudimos observar una pequeña columna de soldados propios que marchaban en su dirección. Pero ya se acercaba el momento más definitivo, aunque desde la punta del Carbón el peligro nos acechara en todo momento.

—Nos resta solamente una milla para alcanzar la punta Gorda, señor — informaba el segundo, aunque ya podía observar con mis ojos su característico y cuadrado penacho al alza—. Debemos acercarnos lo más

posible al brazo de Gutiérrez. Aunque en esa zona la sonda se ofrezca más variable, la salida de sus aguas puede forzarnos la proa demasiado a babor.

—Bien, un poco más de soplo de nuestra Patrona y reiremos después.

Apenas nos restaba un miserable cuarto de milla para olvidarse del maléfico paso y entrar en la poza de Santa Clara con plena felicidad. Aunque en otras ocasiones una voz en mi interior me avisara de momentos cercanos al peligro, en esta ocasión, enervado por la buena suerte corrida hasta el momento, me tomó la negra por sorpresa. Observaba por el través de estribor las aguas del Paraná, que desembocaban por el brazo de Gutiérrez al Uruguay y que, en efecto, nos rendían a babor hacia la punta Gorda, cuando comencé a escuchar ese maldito silbido que siempre recordaré. Y, como si mis tripas largaran la orden sin consentimiento, escuché mis propias palabras.

—¡Varada! ¡Varada! ¡Escotas prestas al aire! ¡Caña a la vía^[68]! En efecto, el silbido inicial, un sonido suave muy parecido a cuando el aire se escapa de un pellejo hinchado, aumentaba de volumen hasta convertirse en un desgarrado lamento, ese sollozo lastimero que los buques emiten al ser amenazados en su asiento. Al mismo tiempo, el queche disminuía a la vista su marcha. Como había previsto en mis pensamientos para tal situación, el *Hiena* entraba en varada, y comenzó a clavar la proa en la arena ligeramente caído a estribor. De esta forma, una vez sin la acción de las velas y parado en seco, empezaría a bornear por efecto de la corriente si el resto de la quilla quedaba libre. Y sin perder un segundo, daba otra orden, controvertida quizás, que ya rondaba por el cerebro.

—¡Personal a proa a la carrera! ¡Todos los hombres a proa con rapidez!

El contra maestre, que cazó mi intento de maniobra al vuelo, reafirmaba la orden con elevado grito y pitidos de emergencia. Mientras tanto, Quijano me miraba con las dudas en su triste rostro.

—¡Que todos los hombres libres de faena se muevan hacia proa a la carrera!

Con esta medida extrema, intentaba que, una vez clavada la proa en la arena, el resto de la quilla del buque hacia popa pudiera efectuar el borneo en libertad, como si hubiéramos largado una de las anclas para hacer cabeza. Aunque de esta forma, la proa se hundiera todavía más en el lecho, era de suponer que entre el efecto de la corriente y el remolque de la lancha pudiéramos desprendernos río abajo con cierta facilidad. Daba por sentado que se interponía a nuestro avance uno de los picos de arena que llamaban grifos, y no un aplacerado descenso de la sonda, condición que debíamos

comprobar con rapidez para decidir la dirección en la que habría de actuar la lancha.

Por fin, una vez clavados de morro sin remisión, el queche comenzó a bornear con pereza hasta cubrir las dieciséis cuartas con extrema lentitud. Sentí cierto gozo porque había acertado en un principio, sin que la solución se abriera con claridad, al concedernos alguna ventaja teórica. Con el paso de los minutos, el *Hiena* quedaba en una situación muy parecida a la de fondeo, con la proa en dirección hacia el norte y en contra de la corriente, cuyo efecto se mostraba superior al del viento. Nos debían separar del comienzo de la poza unas trescientas varas solamente, lo que me hizo jurar en blasfemia tripas adentro. Era llegado el momento decisivo y a él me decidí sin esperar un segundo más.

—¡Segundo!

—Mande, señor.

Quijano continuaba con el rostro ensombrecido. Su gesto parecía indicar con claridad que ya había avisado del posible suceso. Y aunque me irritó inicialmente, no se lo tomé en cuenta, que otros menesteres más importantes se abrían a proa y en colores negros.

—Que el marinero Pernía se lance al agua. Quiero saber con detalle dónde hemos varado y si disponemos de agua suficiente del través hacia popa.

—Muy bien, señor.

Como nos debíamos de encontrar al final del paso y cercanos a donde ya la profundidad aumentaba de grado, deseaba conocer si las aguas hacia popa nos concedían libertad de movimiento, un conocimiento que podía decantar a favor o en contra el órdago lanzado. Al mismo tiempo, se ordenaba a la lancha tomar el remolque a popa y prepararse para bogar a muerte, con el último suspiro de sus almas si era necesario. Poco después, el valenciano Pernía, el mejor buceador de a bordo, informaba desde la superficie de las aguas al grito.

—Hemos clavado la proa a fondo en un promontorio de arena fina, hasta una cuarta de profundidad. Varados en unas quince varas de eslora. A popa quedamos libres y aumenta la profundidad con rapidez.

La mala suerte se había cebado con nosotros al haber tocado uno de los últimos penachos de arena, posiblemente movidos por las aguas del Paraná. Pero dentro de todo, era una situación favorable, siempre que pudiéramos librar la proa, aunque quince varas de extensión suponían una proporción que nos debía preocupar. Sabía que Quijano pensaba en mí como culpable, al

decidir aumentar el peso de la proa, aunque poco me importaba. Era el momento de cambiar las tornas e intentarlo.

—Bien. Don Agustín, que se mueva todo el personal hacia popa. A ver si levantamos la proa lo suficiente y la lancha puede sacarnos del trance.

—Entendido, señor comandante.

La mayor parte de la dotación, prisioneros incluidos, se movieron hacia la toldilla con rapidez. Una vez con el personal a popa, dimos la orden a la lancha para que bogara con todas sus fuerzas. Y de esa forma, comenzó lo que bien se puede considerar como un suplicio para aquellos hombres estragados por el combate y el barqueo de aumentos. Porque no es lo mismo bogar en aguas libres que con un cable afirmado a popa y sin posible movimiento. Pero ya mis pensamientos volaban por delante.

—Don Agustín, preparados para izar los foques en cuanto libremos la varada, si Dios quiere que así sea. No quiero correr corriente abajo proa a la corriente y sin gobierno una sola vara de distancia, con la isla del Juncal a cuatro o cinco millas.

—Por supuesto, señor. Nos encontramos con la maniobra preparada. Ahora solo nos resta rezar para que la proa libre el compromiso cuanto antes.

Durante los quince primeros e interminables minutos, no se consiguió mover el queche una sola pulgada. Y el esfuerzo de los remeros era tan duro a la vista que, poco después, comenzamos los necesarios relevos con el concurso del bote, que también largaba un remolque para colaborar en la faena.

El tiempo parecía volar en cruces de dolor, mientras el silencio más absoluto se adueñaba del personal a mi alrededor en el alcázar. Era consciente del riesgo que asumíamos porque, en escaso tiempo, comenzaría a bajar la marea del estuario y la proa del queche se clavaría más y más en la arena. No podía mantenerme sin actuar y una luz se hizo en mi cerebro, al haber olvidado un detalle importante.

—Armentía, ¿por dónde cojones se mueve el *Cisne*, que dejé de verlo hace bastante tiempo? Ya debería encontrarse a nuestra altura.

—Tuvo problemas con el izado de las anclas, señor, y perdió más de media hora. Pero hace algunos minutos avanteó la punta del Carbón. Dos millas más y llegará a nuestra altura.

—En ese caso, icen señal para el *Cisne*. Que reduzca trapo al mínimo y se abarloe^[69] a nuestro costado, proa con popa.

—¿Preparamos un cable de remolque para que lo intente el *Cisne*, señor?
—preguntaba el segundo comandante con voz casi inaudible.

—Por los cojones de Satanás, segundo. Hable más fuerte, que no nos encontramos en la intimidad de la cámara. —Comenzaba a cargarme la pasividad de Quijano ante los momentos difíciles—. ¡Don Agustín!

—Mande, señor.

—Preparen un cable, el que se encuentre en mejor estado de vida. Y que se afirme en popa al cepo de remolque y a las bitas de las aletas por doble o triple seno. Ordenaré al Cisne que, una vez abarloado a nuestro costado y con el cable firme a su bordo, se deje caer río abajo con todo el aparejo e intente sacarnos de la virada a tirón de muerte.

—¿Al tirón, señor? —Quijano parecía desaprobar mis intenciones—. Puede partir el cable o llevarse en prenda alguna de...

—¡Que se lleve a todas las putas del universo si es necesario, cojones! —contesté ahora en tono alzado—. Prefiero que del tirón nos desemperne el cepo de remolque o las dos bitas de las aletas a quedar clavado en la arena y con la marea bajando. Porque si no salimos con rapidez de la varada, deberemos esperar doce horas más para un nuevo intento.

De nuevo se instaló el silencio en el alcázar, mientras comprobábamos la imposibilidad que nos ofrecía el esfuerzo de los remeros. Por fin, mientras la impaciencia me comía las tripas, el bergantín Cisne llegaba a nuestra altura y se abarloaba con esfuerzo a nuestro costado de estribor. Porque, aun sin aparejo, su andar a favor de la corriente era notable. No venía mal el esfuerzo porque el empuje, al quedar parado en seco con amarras, laboraba a favor del Hiena. Me dirigí al costado, donde ya se había movido el comandante Sostoa.

—Siento que haya varado, señor. ¿No consigue sacarlo el remolque de la lancha?

—Hasta ahora no y pienso que si dejamos correr el tiempo, nadie será capaz de conseguirlo. No debemos perder un solo segundo, Sostoa. Le vamos a dar un cable con bastante cantidad, que trincaremos en el cepo de popa. Cuando se lo ordene, sepárese de nuestro costado, ices todo el aparejo y déjese caer a favor de la corriente a la mayor velocidad. Afirme el cabo en su popa en cepo, bitas, cornamusas y todo elemento que le sea posible. No quiero el remolque habitual de comienzo lento, sino un tirón de muerte, aunque en el socollazo desempernemos la santabárbara. Y, al mismo tiempo, que su lancha colabore también en el esfuerzo.

—Comprendo, señor. Puede ser peligroso y que nos salte algún bao, donde se refuerzan las bitas y el cepo. Pero puede ser la única solución.

—Asumo la responsabilidad, Sostoa.

—Y yo también, señor. Comprendo que es necesario. Como dice, si dejamos correr media hora más en esta situación, el *Hiena* quedará clavado a fondo y deberá esperar más de doce horas hasta la siguiente pleamar. Así que vamos a la faena en cuanto lo desee.

—Gracias, Sostoa.

Era un buen profesional el teniente de fragata Sostoa, además de decidido y valiente. Comprendió con rapidez tanto la maniobra que le exigía como las circunstancias que me apremiaban. Porque ya la situación corría a moradas y la preocupación se asentaba en pernos. Por mi cabeza comenzaban a rondar pensamientos de miseria, al reprenderme que hubiera atacado la situación con alguna ligereza o demasiada fe en mis posibilidades. De esta forma, una vez entregado el cable de remolque con suficiente margen en distancia, el *Cisne* quedó a la espera de mi decisión. Y tras hacer el signo de la cruz con la vista perdida río abajo, di la orden definitiva, el comienzo de una maniobra que podía rematarse con nefastas consecuencias.

El *Cisne* se separó con picas y bicheros todo lo que le fue posible, momento en el que desplegó los foques para que su proa cayera a estribor. Y apenas había cubierto un giro de seis o siete cuartas cuando largaba todo el aparejo con extraordinaria rapidez. De esta forma, todavía con el cable de remolque a flote y sin tensión sobre las aguas tomaba visible arrancada con la corriente a favor. Poco a poco, el cable comenzaba a levantarse sobre la superficie, con lo que el momento del tirón definitivo se acercaba. Ordené que las dos lanchas y el bote comenzaran la boga a muerte, cuando en las galeras se da la voz tan temida por la chusma^[70] de ¡ropas fuera! Elevé un rezo silencioso, al comprobar que se acercaba la última posibilidad de que el queche quedara ubre de la varada.

Cuando el cable de remolque se tensaba con fuerza a la vista, al punto de reducir su mena con claridad hasta parecer un ligero cabo de labor, se producía el tirón definitivo que esperábamos. Aunque se tratara de situación peligrosa, porque el cable podía faltar y arrollar en su latigazo de respuesta a cualquier cuerpo humano, me mantenía en la toldilla a la espera de los acontecimientos. Por fin, la socollada^[71] se dejaba sentir en todo el buque con fuerza, al punto de necesitar asirme a la borda para no caer. Y como primer resultado a la vista, el cepo de remolque saltaba con levantamiento de las maderas de su asiento. Sufrí al pensar que el mismo camino podían seguir las bitas de las amuras, pero la de estribor, primera en sufrir el esfuerzo, se doblaba a vencimiento, aunque soportaba el tirón.

Me encontraba tan pendiente del resultado a popa que había dejado de observar las referencias a tierra. Pero fue el alférez de fragata Tosquilla quien elevó las primeras palabras de júbilo.

—¡Libramos la popa! ¡El buque se mueve hacia popa, señor!

En efecto, el *Hiena* se había corrido hacia popa con una especie de salto, como coza de corbeta con mar de proa, o así me lo parecía. Pero era alargada la distancia que debía recorrer y dicho movimiento tenía que continuar. Por desgracia, parecía que volvíamos a quedar sin movimiento, mientras el contraataca arengaba a los sufridos remeros, que largaban por su boca hasta la última gota de su sangre. Y dudaba del resultado, cuando pude escuchar el maravilloso silbido. La pregunta me salió del alma a borbotones.

—¿Nos movemos de nuevo?

—Casi lo hemos librado, señor —afirmaba el contraataca, sin perder la vista de las aguas cercanas a la lumbre, donde, en efecto, se formaba un ligero remolino—. El cable de remolque continua bien tensado y las lanchas bogan a muerte.

Por fin se produjo el milagro. Y por la salud de mi alma que como tal lo entendí en aquellos momentos sin dudarlo. Poco a poco y con el silbido entrado en música celestial de fondo, el lento movimiento continuaba. Y todos parecían ayudar a bordo con ejercicios nerviosos de manos o pies. Un par de minutos después la proa quedaba ubre, momento en el que izábamos los focos con extrema alegría y el *Hiena* comenzaba a arribar como galga despierta. Ordené al *Cisne* largar el cable de remolque, que cobrábamos a bordo con rapidez, mientras recuperábamos la derrota a favor de la corriente y entrábamos en la poza de Santa Clara, divino paraje que jamás olvidaría. Pero no estaba ganado el combate todavía, por lo que debíamos mantener el pulso en altura.

—¡Segundo! ¿Distancia a la isla del Juncal?

—Tres millas, señor. Puede aproar al medio, entre ella y la desembocadura del Paraná Guazú. Y desde el corte, proa bien pegada a la isla de Solís, porque a estribor marca la carta media braza solamente.

—Desde luego.

Una vez recuperada la posición y el *Cisne* con su lancha abarloada por estribor, retomamos la navegación. Habíamos cruzado el Rubicón de esteras, porque el canal del Infierno, entrado en luces, no nos preocupaba demasiado, aunque también presentara sus respetos. De esta forma, pasamos a escasa distancia de las islas del Juncal, Solís y las Dos Hermanas, cuando ya podíamos observar por la amura de babor la punta de Martín Chico, con sus

rocas Carretas en faldas, y la isla de Martín García a la banda contraria. Aproé al centro, ligeramente caído a babor, para tomar el Canal del Infierno y salir por fin al estuario del Plata, a poco más de veinticinco millas de la Colonia del Sacramento, donde debíamos desembarcar las tropas y las bajas habidas en el combate.

Una vez a la altura de la punta Parada y con las aguas del Plata a la vista en toda su extensión, pude relajar los sentidos. Y adivinó Miguelillo mis más perentorias necesidades, al acercarme una taza bien rellena de aguardiente, que trasegué con extremo y merecido placer. Ahora Quijano se me acercó con una sonrisa en su rostro y voz recobrada.

—Debo reconocerle, señor, que lo he pasado bastante mal. Creía que nos sucedería como a la goleta *Inmaculada*, que hace más de veinte años quedó varada en esa zona para siempre.

—Segundo, en esos momentos de trance es cuando el oficial ha de demostrar más serenidad y ánimo, cualidades que han de observar los subordinados. —Mi voz era de clara reconvención, al encontrarnos a solas cerca de la timonera—. Espero que en la próxima ocasión comprometida que atravesemos demuestre más ánimo.

—Por supuesto, señor.

El viento parecía rolar con claridad hacia el sudoeste y con trazas de continuar su cambio hacia el sur. Se mantenía en fresco de fuerza, aunque algunas rachas se elevaran a la estadía del frescachón. Por tal razón, quedamos con mayores y foques solamente, mientras dejaba que el viento bendijera mi rostro. De nuevo la sensación de placer se anidaba en los cuencos, esa que aparece tras reñido combate, bien sea contra el enemigo o contra las aguas. Había sufrido una mala experiencia, pero ya quedaba pasada a popa, como esas aguas que corren en burbujas para no regresar jamás.

17. Luces y sombras

Una vez atravesado sin mayores problemas el canal del Infierno y con la proa libre de malas trazas, aproamos por derecho hacia el puerto de Colonia, nuestro inmediato destino. Allí pensaba desembarcar las tropas del teniente Herzog, así como los cuerpos de los caídos en el combate y heridos de mayor gravedad. Habíamos superado la misión impuesta con creces, muy por encima de todo lo planeado y esperaba entrar en cantos de gloria en el apostadero. Como resumen final, batería aniquilada, importante armamento embarcado y víveres a rellenar bodegas. Tan extraordinaria situación me hacía flotar sobre madejas de seda, un sentimiento en el que la satisfacción del deber cumplido se ve multiplicada por el importante detalle de haber sido quien mandara el conjunto de tropas y buques empeñados en las acciones.

Pero el estuario del Plata es siempre traicionero sin avisos, por lo que no debíamos apartar los ojos de la proa una sola cuarta, preparados para gobernar en orden y evitar los muchos bajos que se nos presentaban. Especial resguardo concedimos al de Santa Ana, con una braza solamente de agua en aquellos momentos de bajamar, donde tantos buques habían dejado sus esqueletos como testigos de lo que la navegación por aguas someras y desconocidas puede ofrecer al navegante. Pero no se habían cerrado las sorpresas del día, aunque la mayor parte de la dotación pensara solamente en celebraciones y el prometido rancho extraordinario. Porque nada más avanzar el escollo de la Santa y encontrarnos tanto avante^[72] con la barra^[73] del río Ombú de San Juan, el vigiador gritaba a pulmón desde la cresta del palo trinquete.

—¡Vela por la amura de estribor! ¡Dos palos!

La emoción sufrida en las últimas horas, con varada de proa y navegación por pasos angostos, nos había hecho olvidar el importante aspecto de que nos encontrábamos en situación de guerra y que, en cualquier momento, podíamos enfrenar un buque en poder de los rebeldes. La voz del vigiador

me hizo regresar a la normalidad a golpe de maza. Y pude comprobar con mis propios ojos, a través del anteojo, la figura de lo que se asemejaba en firme a un bergantín de guerra. Tal detalle significaba a las claras que la rutina nos había apartado del correcto funcionamiento a bordo.

—Segundo, esa vela debía haber sido avistada por el vigiador bastante antes de que pudiéramos reconocerla desde el alcázar. Por los huevos de mis antepasados, no quiero que se baje la guardia una sola pulgada. Que se le anote el correctivo pertinente. Estamos en guerra y no debemos olvidar un solo minuto tal situación.

—Han sido muchas las emociones sufridas a bordo en las últimas horas, señor, y hasta cierto punto...

—Ni emociones ni pijadas de monja —el tono de mi voz no dejaba lugar a dudas, ni contemplaciones de bolsa blanda—. Cada uno debe cumplir al límite o lo sentirá en sus carnes.

—Parece un bergantín de guerra, señor —intervino Armentía, que barría la línea del horizonte con su largomira sin pausa—. Pero no distingo con claridad el pabellón.

—No debe de ser nuestro.

Aunque entrados en la tarde la visibilidad era buena, el cielo se había cubierto en manto gris y amenazaba con chubascos de gota fina. Pero tampoco podía declarar con seguridad los colores izados en el pico de la cangreja, por más que apretara el anteojo contra mi cara. Por fortuna, el vigiador entraba en danza de orden, por encontrarse en posición ventajosa.

—¡El buque muestra pabellón de la república de Buenos Aires!

—¡Qué república ni qué cojones! Que ese grumete no vuelva a nombrar tal pabellón, que no existe —declaré con autoridad y voz agria—. Debe denominarse como pabellón rebelde o pirata.

—Parece encontrarse a unas tres millas de distancia, señor —comentó Armentía.

—Y mantiene su proa al sudeste, señor.

No lo dudé un segundo porque ya masajeaba escenas de guerra en el cerebro. Y de nuevo, preso de la agitación en venas, lancé las órdenes con rapidez.

—¡Tosquilla! Señal al *Cisne*. Que progrese con independencia, de acuerdo al plan previsto, y fondee frente a Colonia a levante de la isla de San Gabriel. ¡Don Agustín! ¡Virada por avante! ¡Segundo! Quiero quedar al límite de la bolina para verilear por las tres brazas. ¿Es posible?

—Muy justo nos llega el viento, señor. Pero podemos intentarlo.

—Quiero cerrarle el paso a ese puto bergantín si decide, como estimo sin dudarle, arrumbar en vuelta hacia Buenos Aires.

—Quedo enterado, señor.

Como si el comandante del buque rebelde hubiera escuchado mis palabras, al tiempo que el *Cisne* continuaba su navegación proa al sudeste cuarta al leste y el *Hiena* orzaba con alegría para amurarnos por fin a babor, en el límite máximo de la ceñida, el bergantín también viraba su bordo para quedar con la proa hacia el noroeste, rumbo de aproximación a su puerto madre, a través de las aguas que se denominaban como Gran Rada de Buenos Aires. Y para descabalgár mis mayores esperanzas, demostraba ser bastante velero, condición que nunca gusta comprobar en buques enemigos.

—Parece que ese condenado culebrón navega con soltura. ¿Habían visto esa silueta con anterioridad? —preguntaba a los vientos.

—No, señor —respondía Quijano con rapidez—. Parece un bergantín con tablas muy nuevas y excelente aparejo. Y por desgracia, bastante velero. Además, muestra la borda muy elevada. Debe de navegar sin carga alguna, lo que aligera sus alas un par de millas.

—Puede tratarse de ese bergantín *Nancy* que, según nos informaron, han adquirido los rebeldes recientemente, señor —entraba Armentía con su buen juicio habitual—. Fue observado por primera vez desde la corbeta *Paloma*, unas dos o tres semanas atrás, cuando probaba el aparejo por el banco de Ortiz.

—¡Malditos sean esos rebeldes y las putas crías que los aumentan de forma interesada! Este bergantín corre la milla a tranco largo y con espuma. No va a ser fácil cerrarle la proa.

—Vamos muy pesados, señor, y perdemos bastante en el andar —Quijano entraba con su habitual fatalismo—. Además, con nuestra situación bajo cubierta, mulas, cañones, toneles y mil pertrechos, no nos será fácil entrar en combate. Parece que ese bergantín monta quince cañones, al menos.

—No creo que ninguna de sus piezas supere las seis libras —respondí de forma desabrida—. Es un buen bocado y una obligación intentar pasarlo bajo los ojos. ¡Quiero más trapo, don Agustín!

—Acabamos de izar los estáis y las escandalosas con algún riesgo a la vista en estas últimas, señor. El sudoeste fresco levanta algunas rachas de frescachón. Para mayor seguridad, deberíamos apagarlas.

—No se arría una sola vela, aunque salten las relingas hacia el infierno. ¿Cómo se muestra la sonda, segundo? ¿Alcanzamos el linde deseado?

—Dos brazas y media solamente en estos momentos, señor. Nos falta una cuarta de la proa a babor para poder tomar el veril de las tres brazas con seguridad.

—Seguiremos con esta proa. Siempre hay más agua de la que marcan los pilotos y cartógrafos en las cartas. Especialmente estos últimos se curan en salud. Que la corneta toque la llamada a zafarrancho y prevención para el combate. A ver si esos feriantes entran con los nervios a la mala.

Aunque pensaba intentarlo hasta las últimas consecuencias, pronto comprobé que se trataba de misión casi imposible. El bergantín se dirigía en vuelo hacia su concha y, en cuanto entrara en distancia segura, nos recibirían las baterías del castillo de Buenos Aires y las instaladas hacia el sur, en la punta que forma el Riachuelo. Pero era de necesidad intentarlo y que esos rebeldes comprendieran que no se les ofrecería cuartel ni misa de cuerpos en ninguna ocasión.

Con los rumbos convergentes de ambas unidades, redujimos la distancia a la milla y media. Soñaba con que la separación bajara de la milla para disparar, aunque mis balas les llegaran en un segundo rebote y sin posibilidad de hacer daño en su estructura. Pero si la dotación era de corazones blandos y se la apretaba en pernos, podían entrar al desmadre. Se trataba de nuestra única posibilidad y a ella me dispuse, deseando largar hasta las mantas y pañoletas de los oficiales para ganar alguna pulgada en el andar del *Hiena*. De todas formas, una vez recibida por el segundo la novedad de que todo el buque se encontraba listo para el combate, ordené cargar a la batería de babor con bala rasa.

Cuando el *Nancy* entraba en las cinco millas de la ciudad de Buenos Aires, nuestro *Hiena* debía de rondar la milla escasa al buque enemigo. Y para colmar los males a la cara, si deseaba largarle una andanada completa, debía caer ligeramente a estribor para abrir arco a la batería y, en consecuencia, perder distancia. Pero cuando ya el bergantín se encontraba cerca de su seguridad definitiva y la distancia al queche se reducía sobre la media milla larga, me preparé para demostrar que los buques de la Real Armada nunca rehusaban el combate.

—Caeremos a babor unas tres cuartas o poco más, hasta que toda la batería de babor entre en tiro. Que los cabos de cañón calcen las cuñas en elevación para conseguir un primer rebote claro.

—Batería de babor lista para hacer fuego, señor —comentó Armentía con satisfacción.

—Pues vayamos allá.

Levanté mi sable hacia los cielos con orgullo, mientras el Hiena establecía la nueva proa. Y poco después lo bajaba al tajo, cuando estimé que ocupábamos la posición adecuada.

—¡Fuego!

La andanada, en efecto, quedaba corta, pero entendí que algunas de las rasas alcanzarían el casco del bergantín, posiblemente sin producir los deseados agujeros y astillazos. No obstante, algún rebelde sentiría dolor en los higadillos al escuchar el sonido bronco que producen los impactos. Pero ya cargábamos con rapidez, al tiempo que retomaba la proa de aproximación, tras comprobar que habíamos perdido unas varas de distancia preciosas. Y una vez recibida de Tosquilla la novedad de batería cargada, disparamos una nueva andanada, una acción simbólica con escaso efecto.

El bergantín entraba en distancia de seguridad propia, momento en el que los cañones del castillo de Buenos Aires, espectadores de la caza hasta el momento, comprendían que debían aclarar su disposición y preparación para el combate. Abrían fuego cinco piezas, con sonido apagado en la distancia. Como era de esperar, también se trataba de una simple demostración y alarde guerrero, porque los piques de sus disparos se marcaban bastante cortos y tres o cuatro cuartas desplazados en deriva. Y por aquello del honor propio y el símbolo de la osadía, continué avante como si despreciara los malparidos cañones enemigos que, sin embargo, podían dañarnos en un disparo de fortuna. No obstante, cuando divisamos dos elevados piques a escasa distancia por nuestro costado de estribor, decidí llegado el momento de pasar a la cordura. Sin dudarlo, ordené virar en redondo y mostrarles la popa.

Mientras todavía se escuchaba el retumbo de los cañones enemigos y los piques se alejaban por nuestra estela, di las órdenes que todos esperaban.

—Se acabó la función, señores. Segundo, proa a Colonia en una dulce empopada, que ya hemos demostrado por hoy todo lo que era necesario.

Aunque no se tratara de pecado propio, sentí cierto resquemor al comprobar que el bergantín se nos escapaba. No dejaba de pensar que, si el avistamiento se hubiera producido unas veinte millas estuario afuera solamente, podíamos haber cobrado una excelente presa, aunque para ello hubiera debido lanzar al agua los cañones de bronce y alguna mula trastera. Pero tampoco me podía quejar de la suerte, tras haberla recibido a chorros en el curso del río Uruguay, sin olvidar el combate y apresamiento de tan valiosa carga. Decidí que era llegado el momento de tomar algún bocado, trasegar vino y calmar los untes, aunque la felicidad quedara embromada ligeramente por el último encuentro.

* * *

Con las luces cayendo a plano, fondeamos en Colonia a escasa distancia del Cisne, que ya barqueaba soldados y heridos a tierra con la ayuda de dos lanchones del puerto. Y a tal cometido me uní con rapidez para intentar quedar libre de compromisos y poder continuar derrota a Montevideo en las primeras horas de la mañana siguiente. Por último, recibía al teniente Herzog en el alcázar, que deseaba despedirse con cierta tristeza en su rostro.

—Puede estar seguro de que siento abandonar el queche *Hiena*, señor comandante. Ha sido un honor y un placer servir bajo sus órdenes en combate. Nunca olvidaré esta experiencia de guerra a bordo de un buque de la Real Armada, que hemos saldado de forma tan positiva para nuestras armas.

—También para mí ha sido una gran satisfacción tenerle a bordo, teniente. Y quiero felicitarlo una vez más, así como a todos sus hombres. Haré constar en mi informe como se merece su valor y esforzada colaboración para barrer esa batería enemiga. Su concurso ha sido extraordinario y mucho habríamos sufrido a bordo si no hubieran actuado con tal eficacia y rapidez.

—Muchas gracias, señor.

Una vez desembarcado el personal del Ejército, así como los fallecidos y heridos graves de ambas fuerzas, comprobé que un bergantín mercante español enmendaba el fondeadero. Por fin, después de trasegar alargada maniobra, quedaba situado en nuestras cercanías, tras ofrecernos un respetuoso saludo.

—¿De dónde sale este bergantín? —pregunté con interés—. Son pocos los mercantes españoles que se avistan por estas aguas, y menos todavía fondeados tan cerca de la costa rebelde.

—Se trata del bergantín mercante *Joven Francisco*, señor —contestó Quijano—. Es una silueta habitual en las aguas del Río de la Plata. Disponía de su base en el puerto de Buenos Aires cuando comenzó el conflicto. Pero su dueño, Ramón Colomer, se adhirió a nuestra causa sin dudarlo. Suele comerciar con los puertos del Brasil y es de los pocos que nos abastecen, aunque se le deba bastante caudal por los alimentos y pertrechos transportados al apostadero. El patrón, don Sinforoso Bellones, también es un verdadero patriota. Y como el amo parece disponer de buenos recursos, confía en recibir algún día los fletes. Es raro que fondee en Colonia, porque poco fía en los rebeldes. Debe encontrarse seguro con los dos buques de la Armada junto a él.

—En ese caso, envíele una frasca de vino de mi parte. Y si necesita algún auxilio de maniobra, que lo comunique sin falta.

—Muy bien, señor. Lo agradecerá.

Dudaba en dirigirme a la cámara y descansar algunas horas, un sueño que necesitaba porque ya los ojos pesaban en rojo más de lo debido. Pero poco me agradó observar al personal en indolente movimiento, lo que entendí por inadmisibles relajación. Sin dudar, llamé a mis oficiales a consulta.

—Señores, no creo necesario recordarles que el *Hiena* es una presa muy codiciada por esos independentistas del demonio. Soy consciente de que el personal se encuentra rendido y necesita un merecido descanso. Pero debemos mantener la guardia reforzada y con fusileros en cubierta, así como cuatro cañones por banda cargados con metralla, listos para abrir fuego. En el apostadero les ofreceremos el desahogo que se han ganado a pulso.

—Es difícil que esos rebeldes puedan planear un ataque al queche en tan escaso tiempo, señor —intervino Quijano—. Nadie en Buenos Aires podría esperar nuestro fondeo frente a Colonia. Además, aunque ahora mismo la luna se encuentre tapada por las nubes, puede abrirse la luz en cualquier momento.

—No estoy de acuerdo con su opinión, segundo. Las noticias de lo ocurrido Uruguay arriba habrán llegado a los mandos rebeldes. Ahora se encontrarán en situación de ofuscación y agravio, dispuestos a todo para vengar su fracaso. El golpe y las pérdidas han sido muy importantes. Mientras relamen sus heridas, ampliarán las ganas de golpearnos como sea, aunque asuman demasiados riesgos. Parece lógico pensar que desembarcaríamos las fuerzas del Ejército en este puerto. Además, poco esfuerzo y planificación se necesita para cubrir las veinticinco millas que nos separan de la banda contraria. Es relativamente sencillo atacar con lanchones y escapar con rapidez si se tornan a moradas. En cuanto a la luz de la luna, esas nubes de rumazón espesa no desaparecerán en algunas horas. Así que nada de relajaciones ni medias guardias. Ya descansará el personal a pierna suelta en el apostadero.

Aunque todos asintieron con escasa convicción, no dudaba de que había tomado el camino adecuado. Más vale prever millas adelante que llorar después los resultados negativos y sin posible solución. De todas formas, me preocupaba ese especial sentimiento que suele generalizarse entre los miembros de la dotación tras haber sufrido un positivo combate y superados los momentos de máximo peligro, con lo que parece haberse rematado la faena de forma definitiva.

No obstante, atacé los alimentos preparados por Miguelillo con extrema avidez. Porque una vez alistado a la mesa, comí y bebí como un náufrago solitario, recogido tras varias semanas de ayuno. Además, no eran de despreciar aquellas costillas de ternero adobadas a la brasa y un vino magnífico preñado en garrafas, que hacía las delicias de mi paladar.

Aunque tras la colación me sentí invadido por vapores voluptuosos, que me rendirían en cualquier posición segundos después, pedí a Miguelillo un tazón de café para soltar las legañas del cerebro. No podía pedir atención máxima a mis hombres, y lanzarme por mi cuenta a los sueños tan deseados durante alargadas horas. Por tal razón, poco después, tazón en mano, salía a cubierta. Comprobé que el alférez de navío Benigno Armentía cubría la guardia de cubierta.

—Sin novedad, señor comandante. Fondeados en la poceta sin movimiento ni peligro a la vista. Con la entrada en tinieblas, ha caído el viento casi a la llana. Mantenemos guardia reforzada en cubierta, fusileros alistados y cañones listos para abrir fuego.

—Gracias, Armentía.

—Le envié recado al bergantín mercante por medio del bote, señor.

—¿En qué sentido?

—Observé un tarro de luz potente bajo cubierta y, poco después, destellos en el castillo, posiblemente por marineros que tomaban tabaco al humo. Le envié aviso al patrón, recordándole la necesidad de no mostrar iluminación alguna, ante la posibilidad de recibir algún ataque. Pidió disculpas y aseguró que tomaría las medidas oportunas para que no se repitiera.

—Bien hecho.

Me dediqué a pasear por la cubierta con los pensamientos en libertad. Debía encontrarme satisfecho y contento por los resultados cobrados en los días anteriores. Sin embargo, percibía cierta desazón en la boca del estómago, como si un duende avisara de que la mano negra nos acechaba entre las tinieblas. Porque la oscuridad era absoluta, con el cielo cargado en nubes compactas, que cerraban el foco de la luna al ciento. Tan solo en dirección a la población de Colonia se observaba el titileo de algunas luces, aunque descendían conforme atravesábamos las horas.

Si ya el espíritu se manejaba en ronda, para rematar el cuadro a la mala, poco después comenzaba a caer una lluvia fina pero persistente, aumentando la sensación de frío que tanto hace sufrir a las dotaciones. Observé a banda y banda, intentando descubrir la presencia de los dos bergantines, que con el queche formaban un perfecto triángulo. El *Joven Francisco* había largado sus

dos ferros al norte, más cerca de Colonia, igual que el *Cisne* hacia el sur, mientras el *Hiena* se retranqueaba ligeramente en dirección sudoeste. Sin haberlo planificado previamente, habíamos ocupado una posición de fondeo ideal para prestarnos apoyo mutuo, en caso de recibir algún ataque inesperado.

Comenzaron a pasar las horas, al tiempo que mi mente se despejaba como por encanto, aunque no dejara de disponer de un tazón de café en la mano. En esta ocasión alegraba la negra bebida con un generoso chorro de aguardiente, condición muy utilizada en las Indias, especialmente en algunas localidades de Tierra Firme^[74]. Sorprendido, oí picar una campana en la lejanía, sonido que parecía provenir del bergantín mercante. Apreté los puños, indignado. Porque en las instrucciones dictadas para el buque mercante, además de la prohibición de mostrar tarros de luz, se había acordado no efectuar ruido alguno a bordo, incluyendo entre ellos los piques de la campana que tanta distancia alcanzan. Pero debía comprender que son muy distintas las condiciones de vida en tales buques, donde la disciplina se ejerce con guante suave. Pensé en avisarlo de nuevo por medio del bote, aunque tampoco podríamos mantener un barqueo casi permanente ante cualquier infracción de las normas.

En mi permanente paseo circulé por segunda vez cerca de la timonera. Entre las sombras descubrí la figura del pilotín, un joven moreno llamado Andrés Falquillo. Y debía reconocer que mucho se afanaba por acrecentar los conocimientos propios de su oficio y, de esa forma, poder acceder al siguiente escalón en su especialidad.

—¿En que hora nos encontramos, Falquillo?

—Sin novedad, señor comandante. Perdonadme, pero con esta oscuridad no había reparado en su presencia. Hace pocos minutos debíamos haber picado la segunda hora del nuevo día.

—Supongo que habrá aprendido mucho en esta comisión por aguas fluviales comprometidas. Dispone de un buen maestro.

—Así es, señor. El segundo comandante se las sabe todas. Creo que pronto podré presentarme para la adjudicación en la Escuela de Pilotos. Bueno, si algún día consigo regresar a Cádiz.

—Regresaremos todos más pronto que tarde, y podrá cursar en la escuela.

—Ya me gustaría, señor.

Continué mi personal e interminable ronda, accediendo a la toldilla, donde creí entender que la lluvia arreciaba, lo que me hizo ceñir el casacón con fuerza contra el pecho. No obstante y por más que intentara derivar mis

pensamientos en otras direcciones, la moscarda se mantenía al amparo de la piel. Y no es buena señal que quien manda a bordo sufra aquel ronroneo de estrías en los adentros. Porque según esa ley de mar nunca escrita todo comandante escucha el latigazo de una vela pocos segundos antes de rifarse. Y es capaz de percibir el olor a sangre y pólvora antes de entrar en combate. Aunque muchos nieguen que tales predicciones sean posibles, normalmente pocos hombres de mar las desprecian.

Apoyaba las manos sobre la borda, sintiendo un profundo cansancio cuando escuché los primeros disparos. En un principio, pensé que podía tratarse de una jugarreta del cerebro, estragado por el cansancio y la falta de sueño, pero pronto comprendí que el característico sonido llegaba desde la dirección en que se encontraba el bergantín mercante. Corrí hacia el alcázar en el momento que Armentía acudía hacia mí.

—Se oyen disparos en la dirección del joven Francisco, señor.

—Ya los oí. Que la corneta toque a generala y zafarrancho de combate a pleno pulmón y sin pausa, hasta que se le ordene. Esta noche costará despertar a algunos hombres, tras el esfuerzo. A ver si somos capaces de descubrir lo que sucede.

—Quedo enterado, señor.

Pocos minutos después, el personal salía de la cubierta baja a la carrera para ocupar sus puestos. Muchos de ellos gateaban con los ojos casi cerrados, todavía con la mente en sueños. Habíamos oído una nueva ráfaga de disparos y ahora determinamos que, con seguridad, procedían desde el norte, y que coincidían con la posición del buque mercante. Me dirigí hacia los oficiales, aunque no pudiera distinguirlos en la oscuridad.

—Suponiendo que se trata de un ataque rebelde por medio de lanchones, que es lo más probable, estos se aproximarían desde la isla de los Hornos hacia el sur.

Y en ese caso, toparían en primer lugar con el *Joven Francisco*. También es posible que las luces mostradas o los piques de su campana hayan dirigido el ataque hacia ellos.

Y muy probablemente, los enemigos estimen que se trata del *Hiena*, dada la escasa o casi nula visibilidad. No podemos perder tiempo. Debemos auxiliarlos. Quiero que embarquen doce fusileros en la lancha y se dirijan al mercante por su popa. ¡Don Agustín! Levantar las anclas a la mayor rapidez. Y si alguna se atasca, picar el cable y dejar su chicote en corchadas^[75]. Tosquilla, avise por medio del bote al *Cisne*. Que leve sus anclas inmediatamente y se encuentre preparado para colaborar con nosotros. Y que

muestre luces suficientes, que nada hemos de esconder ahora. Por nuestra parte, dar mecha a los tarros de luz de situación para guiarlo. Todas las piezas de la batería cargadas con saquete de metralla.

Las condiciones no eran las más idóneas. Con nuestros hombres a medio despertar, las tinieblas establecidas a tenazón y la lluvia empapando los cuerpos helados, no era cuestión sencilla arrancar la máquina de guerra. No obstante, cuando ya los disparos se generalizaban a bordo del bergantín y se podían oír gritos desgarrados y órdenes a la voz, levábamos las anclas a pitido de urgencia. Estimé que los rebeldes debían de haber abordado el mercante y se harían dueños de él en escasos minutos. También pensé que, en buena lógica, picarían los cables de las anclas para acelerar la maniobra y, de esa forma, tomar el buque en presa. Y tal condición no la podía permitir, aunque debiera echar los fuegos por la boca como dragón herido.

A pesar de mis negras predicciones, conseguimos quedar libres de ferros en un tiempo milagroso. Por fortuna, las luces en el *Joven Francisco* se generalizaban, lo que nos ofrecía una visión bastante aproximada de sus movimientos. Y como había supuesto, intentaban largar el aparejo para salir en escape. Pero no debían de cooperar mucho los marineros de a bordo, o los asaltantes mostraban escasos conocimientos de mar. Las órdenes de todo upo y en contradicción se escuchaban con claridad, lo que significaba que la confusión se había instalado en el buque. Y tal condición representaba nuestra mejor posibilidad.

Por fin, en un tiempo escaso, aunque me pareciera eterno, recibía la información de que las dos anclas habían zarpado, cuando el mercante comenzaba a moverse con claridad. El viento había rolado ligeramente, hasta quedar claro de poniente y con escasa alzada. Como no deseaba entrar con mi bauprés sobre el del *Joven Francisco*, que podía desarbolarnos a los dos en un abrir y cerrar de ojos, ordené virar en redondo aunque me acercara demasiado al Cisne, cuyas luces observaba sin movimiento. Esperaba que Sostoa imitara mi maniobra. No obstante, debía de haberse retrasado en la leva, porque, cuando ya el *Hiena* tomaba pulso avante, sotaventeamos hacia él con riesgo. Comprobé cómo nuestro palo de proa rondaba su coronamiento a tan escasa distancia que mi piel llegaba a tomar movimiento propio.

Una vez libre del posible abordaje con el *Cisne*, me centré en el *Joven Francisco*, que navegaba lentamente hacia el norte con las dos cangrejas como todo aparejo. Con claridad intentaba ganar suficiente barlovento, para franquear a continuación al nordeste. Pero ahí le ganábamos el pulso en todo su arco. Porque el *Hiena*, con su proa franca hacia el norte, bebía las aguas

con todo el trapo largado a los cielos. Y no debimos esperar mucho tiempo para comprobar a la vista que cerrábamos distancias con rapidez.

Poco antes de llegar a la altura del *Joven Francisco*, descubrimos dos lanchones por nuestro costado de estribor, posiblemente una parte de los atacantes. Y sin dudarlo, les entré al látigo de Satanás con la batería de esa banda, tras ordenar apuntar al grano sobre ellos en depresión y unas cincuenta varas de distancia.

—¡Fuego!

Despertó la noche con el retumbo del cañón. Y debió de ser tan fuerte el efecto que incluso el mercante pareció detener su recorrido. Los lanchones enemigos debieron quedar podridos en astillas, mientras aproaba sin dudarlo contra el *Joven Francisco*, dispuesto a abordarlo.

—¡Arpeos^[76] de abordaje a la mano y listos para ser lanzados! ¡Quiero parar el bergantín en seco contra nuestro costado de babor! Preparados para saltar sobre él en cuanto nos sea posible. ¡Y todos gritando a pulmón como bucaneros de raza!

Por fin, cuadramos costado contra costado, momento en el que se lanzaban los arpeos, que nos amarraban de firme al bergantín. Y sin necesidad de orden posterior, pude distinguir al joven alférez de fragata Tosquilla, que saltaba la borda con el sable en la mano y el alma templada a sangre. El griterío se hizo impresionante, mientras las armas blancas, especialmente chuzos y hachuelas de abordaje, rifaban carne enemiga. Y embelesado en el espectáculo, me llegó la voz del segundo.

—Deberíamos caer a babor, señor, o vararemos con la isla de los Hornos.

—No es momento de pensar siquiera en ello, segundo. Además, se trata de misión imposible si el *Joven Francisco* no colabora en la empresa. Compruebe que se han cargado todas las velas y las anclas se encuentran listas para su fondeo.

—Muy bien, señor.

La lucha se alargaba demasiado. Deseaba que se rindieran los rebeldes cuanto antes y pasar a maniobrar con orden. Y ya dudaba del estado de la acción y me preparaba para abordar el bergantín con pistolón y sable en las manos cuando el bulto negro del *Cisne* entraba por la banda contraria. Como por encanto, cesaban los disparos aislados y decrecía el griterío. Según me contaron después, los rebeldes que se mantenían con vida transbordaron a un lanchón, intentando salvar sus vidas. Y en la confusión creada lo consiguieron algunos, que debieron bogar a la desesperada.

Pero como no todo suele entrar a favor, gritaban nuestros hombres el éxito del abordaje, cuando el *Joven Francisco* tocaba piedra en la parte occidental de la isla de los Hornos, como predijera Quijano.

—No lo comprendo, segundo. ¿Cómo puede varar el bergantín y nosotros mantenernos sin problemas?

—Porque esas piedras se deslizan con rapidez a los fondos. Y en la posición que ocupamos, el bergantín se encuentra más cercano.

—En ese caso, deberíamos largar los arpeos y separarnos cuanto antes.

Conseguimos separarnos del *Joven Francisco* forzando velas al cuartel, sin haber sufrido daño alguno en la obra viva^[77] del queche. Y como era de ley, tanto el *Cisne* como nosotros le ofrecimos un cable para intentar sacarlo de la varada. Por fortuna, había tocado en la piedra malparida muy de refilón y resultó sencillo separarlo con rapidez, con cables afirmados en proa y popa para que la piedra no rasgara sus tablas. No obstante, había sufrido una vía de agua de escaso tamaño, que pudieron taponar sus carpinteros con suficiente rapidez.

Una vez separados a prudente distancia, nuestras lanchas se dedicaron a rescatar a los náufragos que pedían auxilio. Y no todos eran enemigos, porque algún marinero del buque mercante había sido despedido hacia el agua en la lucha. Y ya comenzaba a clarear el crepúsculo cuando efectuábamos el negro recuento a bordo del *Hiena*. Y por todos los cristos, que me sentía desfallecer y debí cargar una vez más la mano en el café.

—Nos ha sonreído la suerte por troneras, señor. Cinco heridos solamente entre nuestros hombres y ninguno de extrema gravedad —informaba Quijano con su habitual placidez—. El *Cisne* sin novedad porque, en verdad, no llegó a entrar en combate de manos. Por el contrario, en el *Joven Francisco* han perdido a siete hombres y otros cinco con heridas de diverso tipo. Las pérdidas entre los rebeldes deben de haber sido elevadas. El alférez de navío Armentía interrogó a uno de los que sacamos del agua, que le ofreció interesantes detalles. —Dirigió la mirada hacia el mencionado oficial, que se dispuso a continuar con la información.

—Eran tres los lanchones que atacaron y, como suponíamos, desde el norte. En la oscuridad estimaron que el *Joven Francisco* era el deseado queche *Hiena*. Cuando se dieron cuenta de su error, era demasiado tarde e intentaron tomarlo en presa. Embarcaban veinte fusileros en cada lanchón, con ocho hombres para la boga. Dos lanchones fueron destruidos por nuestra artillería. Uno consiguió escapar. Pero hemos hecho doce prisioneros. Según comenta el que interrogué, la operación se encontraba bajo el mando del

teniente de los Dragones de la patria, así me lo especificó, don José Caparros. Y como segundo don José Culta.

—No consienta que nadie repita eso de los Dragones de la patria. La única patria es España.

—Por supuesto, señor. Así se lo he especificado y se ha excusado con el miedo en su rostro. Ese soldado es un cobardón de mierda.

—Bien. ¿Y el Joven Francisco? ¿Hace mucha agua? ¿Necesita ayuda?

—Parece que no, señor. La vía de agua es de escasa importancia y la han taponado a conciencia. Solamente nos pidieron una madeja de estopa para encastrar mejor el tapón. En cuanto les sea posible, darán la quilla en una playa para remendar las costuras.

—Muy bien. En ese caso y como nada nos queda por rematar en Colonia, procederemos en demanda del apostadero. ¿Qué piensa hacer el bergantín?

—Seguirá nuestras aguas sin dudar. Si no abandonó ayer el fondeadero de Colonia, fue porque observó nuestra arribada y consideró que se encontraba en la mayor seguridad. Mal día para ampararse en los buques de la Armada.

—Desde luego. Mala suerte en generosa cantidad. Bien, que siga nuestras aguas y que el *Cisne* navegue a su popa, por si aumenta la vía de agua o le aparecen otros problemas. Segundo, todo el aparejo arriba y proa hacia Montevideo. En cuanto amanezca dormiré un par de horas. Nada debe saltar a la contra. Bastantes sorpresas llevamos en esta singladura.

—Desde luego, señor. Se le ve cansado. Hace bastantes días que no duerme.

—Así es.

Me mantuve en cubierta hasta que amaneció un día sucio y de mal cariz, con cielos tomados en rumazón, mar de cabrillas y un viento de poniente elevado a frescachón, con malas trazas en su cola. Y era tan profundo mi agotamiento, que tan solo pedí a los cielos un par de horas sin mar a la cara ni rebeldes entrando en escena. De esta forma, me retiré a la cámara, donde tomé el jergón al bulto, como fallecido al que se le cierran los ojos de forma definitiva.

18. Disciplina en trance

La entrada en la plaza de Montevideo bajo los rayos del sol aquella maravillosa mañana del mes de septiembre, en la que la simple observación del paisaje denotaba la cercanía de la primavera, no fue tan clamorosa como en otras ocasiones anteriores. Recordé con cierto desánimo los aplausos y arremolinamiento de personas en el puerto tras la toma del queche *Hiena* en el río Negro, o la arribada tras el combate en el Paraná, con tres unidades rebeldes apresadas. Pero comprendí que se trataba de condición normal, porque las noticias del combate en las aguas del Uruguay no podían haber llegado a la plaza, y los buques en la distancia no presentaban muestra alguna en cascos o aparejos que provocaran admiración o euforia. No obstante, cuando tanto el bergantín *Cisne* como nosotros, una vez solicitado el pertinente auxilio de lanchones al apostadero, comenzamos a barquear hacia tierra una llamativa y vistosa cantidad de alimentos, pertrechos, cañones, pólvora y toneles de vino, los curiosos comenzaron a acercarse hasta los muelles en cantidad respetable y con signos de admiración en sus rostros.

Por mi parte y tras pasar aviso al comandante del *Cisne* para que me acompañara sin demora, tomamos la lancha en dirección a la escala real del puerto montevideano. A continuación, a pie y en compañía de un par de soldados de Marina, nos dirigimos hacia la comandancia naval. Como es habitual y ordenado, debíamos ofrecer la preceptiva novedad a nuestro jefe, el capitán de navío don Miguel de la Sierra. Y si, como norma general, la simple observación de su figura, acompañada de ademanes tan poco efusivos, torcía mi voluntad a la banda siniestra, en esta ocasión debí masajear con fuerza mano contra mano y respirar hasta los fondos para no demostrar a las claras mis muy negativos sentimientos.

El comandante naval permitió que expusiera con todo pormenor las novedades sufridas en los últimos días, sin interrumpirme en ningún momento o petición de algún detalle concreto. Y si esperaba alguna sonrisa o efusiva

felicitación por lo que consideraba como una operación en la que no solo habíamos cumplido los objetivos deseados, sino acrecentados hasta límites extremos, andaba muy desencaminado. Porque nuestro comandante torcía el gesto en signo de evidente desencanto, al tiempo que tamborileaba con sus dedos sobre el tapete de forma nerviosa. A continuación, desgranaba lo que parecían pensamientos lúgubres, más propios de operación de armas fracasada en bastos.

—Han sufrido demasiadas pérdidas y son, precisamente, las vidas humanas lo que no podemos reponer, especialmente las de gente de mar. Por otra parte, no sé de dónde sacaremos caudales y material para llevar a cabo las necesarias reparaciones en el *Cisne*. Más problemas para cargar en la bolsa.

Sentí cómo mi respiración se agitaba y las tripas se cruzaban al compás. No estaba dispuesto a permitir una crítica tan despiadada e injusta, por lo que entré a fuego graneado con varas negras. Respondí con rapidez y un tono de voz que bordeaba los límites permitidos, mientras la sangre entraba en hervor.

—No habríamos recibido pérdida alguna, señor, si nos hubiéramos mantenido en el fondeadero junto a la plaza con plena comodidad. Por el contrario, las pérdidas se habrían multiplicado, tanto en hombres como en daños a los cascos y aparejos de los buques, si los que atacaban por tierra no hubieran conseguido un éxito tan rápido. Algo que ya previmos en la reunión mantenida bajo su dirección. Sin olvidar que la información recibida sobre la batería no era correcta en cuanto a su fortaleza y armamento. No obstante, hemos cumplido el objetivo deseado, reduciéndola a polvo. Para desmontar una batería de fábrica, es necesario disparar a escasas varas, dentro de lo que un curso fluvial permite. Y encarando una andanada de cañones de a 24 a esa distancia, lo normal sería haber sufrido daños mucho mayores y más bajas a bordo de los buques. Por otra parte, también hemos acopiado una cantidad de armamento y alimentos como no podíamos siquiera soñar, especialmente en el apartado de la pólvora, tan importante para mantener la contienda. Al menos, los que reparen el bergantín podrán comer en abundancia. De todas formas, es posible que tengáis razón, señor, y hubiera sido más provechoso restar aquí mano sobre mano, como el resto de los buques de la flotilla.

De la Sierra me miró con un rictus de desesperación en la boca y los ojos abiertos a fuego, como si le hubiera lanzado la mayor de las ofensas o guante de cuero contra el rostro. Apretó los puños hasta dejarlos en blanco mientras, por el contrario, en mi cara aparecía la mejor y más suave de las sonrisas. La tensión era evidente y en el ambiente se respiraban brasas de tea, mientras

Sostoa dirigía la mirada hacia la ventana, como si considerara que sobraba en la estancia. Por fin, el comandante tomó aire antes de contestar.

—No sé si os apercibís, comandante Pignatti, que bordeáis la impertinencia.

—Con el debido respeto, señor, creo que os equivocáis al ciento en la ocasión. En todos mis años de servicio en la Real Armada, jamás he sido amonestado por tal conducta, más bien al contrario. Me considero un caballero y como tal procedo en cuantas ocasiones se presentan, sin posible excepción.

—¿Qué pretendíais? ¿Acaso una clamorosa felicitación por haber derribado unos sencillos muros de fábrica y sufrir la pérdida de demasiados hombres? —ahora don Miguel de la Sierra mostraba una sonrisa burlesca y prepotente, mientras entonaba en falsa chanza.

—En absoluto, señor comandante. Como debe saber, jamás un oficial de la Real Armada cumple con su deber en busca de honores o recompensas. Tan solo pretendo cumplir con lo que se especifica en las Reales Ordenanzas, en cuanto al comandante de un buque en la mar, día a día. Ya le digo que tiene razón. Nada negativo nos habría sucedido si, al observar esos sencillitos muros de fábrica con 12 cañones de a 24 libras solamente y 8 más de a 18, bien abastecida de pólvora y balerío, y con numerosos soldados para su debida protección, hubiera ordenado virar en rondo a la división y mostrado la popa para regresar al apostadero. Pero siempre estamos prestos a aprender cada lección, y ya sé cómo debo proceder en la siguiente ocasión.

Ahora sí que podía haber traspasado el linde de la cortesía y del respeto debido al superior jerárquico. Pero poco me importaba lo que pudiera suceder porque, en aquellos momentos, tan solo deseaba tomar al pájaro culebrón que se situaba frente a mí, y retorcer su gaznate con mis manos hasta que clamara piedad. Una nube roja parecía haberse detenido sobre mis ojos y no era sencillo apartarla. Pero creí entrever que no era suficientemente bravío el contrincante como para entrar en mayores demandas. Podía avanzar con garfios de fuego o retranquearse a la blanda, y se decidió por la segunda solución. Mirando hacia el suelo, el comandante naval emitió unas secas palabras.

—Pueden retirarse. Usted, comandante Pignatti, informe al mayor general de las operaciones con detalle sin pérdida de tiempo. Y piense bien sus palabras en el futuro antes de pronunciarlas.

Me giré con rapidez para abandonar la estancia, como si no hubiera escuchado sus últimas palabras, mientras Sostoa balbuceaba una frase de

despedida. Y con humo en brote por los oídos, me dirigí hacia el despacho del mayor general, donde penetraba a tirón de espuelas. Al verme, el capitán de fragata Parejo abría los brazos en claros signos de alegría.

—¡Bienvenido a casa! Mi más sincera y gloriosa enhorabuena, Beto. Menudo cargamento le has apresado a esos patrioterros de los cojones. Seguro que... —Se detuvo al comprobar mi estado de ánimo, con nerviosos movimientos de brazos—. ¿Qué te sucede? ¿Acaso has cruzado derrota con Satanás?

—¿Con Satanás? Al menos el diablo tiene los huevos mejor plantados que algunos mandos de la Armada. ¡Por todas las zorronas que fornican a la moneda! ¡Seremos barridos por esos rebeldes del tres al cuarto más pronto que tarde y de forma merecida! ¡Así se abran...!

—Calma, Beto, o sufrirás un ataque de perlesía severa. Por tus palabras deduzco que has mantenido una agradable y entretenida conversación con nuestro comandante naval —Tomás sonreía, divertido.

—No lo tomes a guasa, Tomás, que la canción suena por alto y es capaz de batir la sangre al brote. Si ese mequetrefe hubiera mantenido los huevos en su sitio, debía haberme enviado a prisión en castillo por insubordinación. ¿Que si he mantenido conversación con nuestro comandante, dices? Aunque sea difícil de creer, he sido criticado severamente por las pérdidas sufridas en la operación fluvial y los daños recibidos en el bauprés del Cisne. Me habría gustado verlo bajando el río con la borda pegada al agua, o recibiendo una andanada de a 24 a la cara. Y hasta se permitió catalogarme de impertinente. Por la puta ciega que desearía tomarlo por donde debe mostrar sus cojones de pajarillo y retorcerle...

—Vamos, Beto, toma asiento y deja correr la sangre al pulso lento. No merece la pena arriesgar la salud por quien no lo merece. Y poco has de explicarme sobre nuestro jefe, a quien debo tratar todos los días y con demasiada frecuencia para el bien de mi alma. Con decirte que echo de menos al jefe de escuadra Salazar, puedes comprenderlo con rapidez. Has cumplido con tu deber por encima, muy por encima de lo exigido, y solamente ese detalle has de tener en cuenta. Que ladren los galgos a la liebre que no han de apresar. El material que has desembarcado es extraordinario, especialmente los muchos quintales de pólvora, que nos alivian por alto de la extrema necesidad, y fabulosos cañones para el Ejército. Todo ello sin hablar de esos toneles de vino, que me han hecho bailar la lengua en la boca cuando los observaba desde la ventana. Espero que hayas reservado a bordo alguna generosa partida. —Guiñó su ojo en secreta connivencia, intentando levantar

mi alicaído espíritu—. Vamos, ahora cuéntame los detalles de tus andanzas por el Uruguay.

Poco a poco conseguí rebajar los tintes y narrar a Tomás los pormenores de las operaciones acometidas. Al mismo tiempo, le expuse con detalle la cantidad de los alimentos y armamento acopiado, así como la destrucción del remanente que no pudimos embarcar y el fuego prendido en los barracones de depósito. El mayor general frotaba sus manos con regocijo.

—Algo similar suponía y me reafirmo en la merecida enhorabuena, aunque algunas mentes estrechas ignoren la realidad. Parece que esos rebeldes continúan encariñados con el queche y lo quieren tomar a la brava como sea. Son dos los intentos llevados a cabo hasta el momento, con escasa separación en tiempo entre ellos. Tal consideración indica que lo repetirán siempre que les sea posible. Nunca han operado con tanto riesgo, señal de que su moral se eleva poco a poco. Todavía les duele el vergonzoso apresamiento del *Hiena*. Deberás mantener los ojos bien abiertos, aunque te encuentres fondeado frente a la comandancia naval del apostadero.

—Ya lo tengo presente en mis pensamientos. Por otra parte, parece que los bonaerenses han aumentado sus fuerzas navales.

—Las han aumentado y las engrosarán más todavía con el transcurrir del tiempo. Ese bergantín del que me hablas es, en efecto, el *Nancy*, al parecer adquirido en los Estados americanos del Norte, con porte de 15 cañones y una dotación de 130 hombres. Como de costumbre, los más de ellos son personajes recogidos en las tabernas del Caribe, ingleses desertados de la *Royal Navy* y muchos más de mil nacionalidades. Pero con un denominador común que no debemos olvidar. Se trata de gente de mar con costras verdes en las manos. Tan solo necesitan ser mandados por una cabeza inteligente, una severa disciplina y ofrecer generosas mesadas para que arriesguen el pellejo. El *Nancy* se encuentra mandado por un tal Richard Leech. Como de costumbre, un verdadero patriota bonaerense.

—Ya veo que sigue funcionando al gusto el servicio de información. Debes de tenerlos repartidos hasta en la boca del infierno.

—Esos rebeldes son capaces de contarte la vida propia y la ajena, hasta la más impudorosa intimidad, a cambio de unas pocas monedas. Parece ser que se trata del único aspecto de la guerra que mejora. Según se comenta, van a nombrar teniente coronel y jefe de la escuadra bonaerense a William Brown, con el cargo anejo de comodoro. Y este personaje presiona ante lo que denominan como Concejo de Estado, para que le adquieran una buena fragata en la que izar su insignia, con promesa de recibirla en propiedad si triunfa en

su cometido. Es la táctica más utilizada por los independentistas, esa de ofrecer fabulosas recompensas a los que colaboren con su patriótica causa, como llaman con probada indulgencia a su oprobioso movimiento. Españoles traidores que contratan a cualquier persona, sea de donde sea, con tal de conseguir sus propósitos.

—¿William Brown? He oído ese nombre anteriormente, pero no recuerdo dónde.

—Seguro que lo habrás leído en la lista de los que se dedicaban al contrabando de armas en los últimos años por el Plata.

—Un inglés más.

—No exactamente. Dicen que nació en Irlanda y presume de acendrado catolicismo, aunque muchos utilizan tal estrategia para entrar por buenos ojos a los rebeldes. Pasó muy joven a los Estados americanos del Norte con su padre. Mucho se especula sobre su vida, aunque casi todo queda ceñido en la nebulosa. No obstante, parece probado que ha navegado muchos miles de millas y se trata de un hombre de mar con suficiente experiencia. Además, con verdadero valor en los combates. Al menos, eso asegura un marinero que sirvió bajo sus órdenes y ahora lucha a nuestro lado. Se confirma que también sirvió en la *Royal Navy*, bien sea de forma voluntaria o no. Cuando comenzó nuestra guerra contra el francés, arribó a estas aguas a bordo del navío *Belmond*, y se afincó en Montevideo. Se dedicaba al comercio, lícito o no, por medio de su fragata *Jane*. Al comprobar la revolucionaria semana de mayo, se unió a la causa de esos desalmados, pensando sin duda en un prometedor futuro. Y comenzó a operar contra nuestras fuerzas y en apoyo de los rebeldes, con algunos éxitos que le otorgaron excesiva fama. Apresó una goleta y una balandra mercantes, que voltejaban por el estuario. También fue quien mandaba las fuerzas rebeldes en el primer ataque que sufriste en el Hiena. Parece comprobado que es quien recomienda al Concejo bonaerense la línea que seguir y recalca mucho la imprescindible necesidad de contar con una escuadra para echar a los realistas del Plata. Y en eso he de concederle razón.

—Eso lo vemos todos, menos..., menos alguna cabeza parda y con sesos de mono mandril.

—En efecto. Y si esa fragata alcanza el Río de la Plata, puede presentar un efecto devastador. Según me ha asegurado..., bueno, un informador de toda garantía, se trata de una fragata de 36 cañones, bastante velera y con una dotación que supera por largo los 300 hombres. Y como estos malditos disponen de crédito sin límite, encontrarán suficientes bucaneros para cubrir

esa necesidad de hombres de mar en sus buques. Parece que pagan soldadas más propias de escribano real.

—Así se confundan todos ellos en las brasas del infierno con sus putas acoderadas.

—¿De verdad no has sufrido daños de importancia en el queche? A mí puedes contarme la verdad.

—Te juro, Tomás, que jamás mentiría al mando en ese aspecto, aunque se trate de un saltimbanqui de feria. Sufrimos maderas sueltas, que se están reparando sin excesivos problemas. El *Hiena* se encuentra listo para salir a la mar en misión de guerra, siempre que me consigas los relevos a las bajas habidas. Y con víveres para tres meses. Como puedes comprender, hemos cubierto las necesidades de los dos buques, antes de proceder al desembarco.

—Eso significa que dispones de víveres para cuatro meses por lo menos —acalló mis protestas con la mano, mientras reía, divertido—. No te culpo, Beto, porque yo habría hecho lo mismo en tu caso y, además, es lo realmente ordenado. Pero te preguntaba por tus daños, porque debes encarar una importante y peligrosa misión.

—¿Peligrosa misión? Parece que he entrado en actividad permanente. Y conste que mucho me alegro. Pero debes de equivocarte. No creo que un riesgo de calibre alto sea aceptado por nuestro brioso comandante de Marina del apostadero. Y si tal acción se me ordena, le exigiré explicaciones y daños que puedo asumir.

—Olvídate de ese nefasto personaje y piensa solamente en nuestra misión final que es, sin duda, ganar esta guerra. Don Miguel de la Sierra acepta todo lo que le propongo. Claro que, en bastantes ocasiones, se lo presento con diferentes colores y no siempre reales. Pero a estas alturas, poco o nada me importa bordear la mentira con un superior como el que sufrimos, sin arrancada avante y plomos en las bolsas —ahora Tomás empleaba un tono despectivo—. Si le mostrara siempre la verdad, quedaría pensando en qué decidir durante semanas. Ya me sorprendió que aprobara la operación en las aguas del Uruguay, aunque no sea capaz de comprender el significado de tu hazaña. Si los rebeldes se hacen fuertes en los afluentes de ese río, acabaremos por perder la isla de Martín García, que supone la puerta del Uruguay y cabeza imprescindible para las operaciones de tierra en la Banda Oriental.

—Bueno, ataquemos el grano de tamaño sin perder tiempo. ¿De qué misión se trata?

—Muy sencillo. Impedir que esa fragata, adquirida según parece a los británicos a través de un intermediario establecido en la isla Trinidad, alcance estas aguas. Eso nada más. —Tomás sonreía—. Centra tus pensamientos en un solo detalle, Beto. No podemos permitir que los rebeldes ejerzan superioridad en el Plata, lo que significaría nuestra sentencia de muerte.

—Tienes razón sobrada. ¿Se encuentra la fragata en la isla Trinidad?

—Esa información hemos recibido. Pero no sabemos cuándo iniciará su derrota hacia aquí, si es que no lo ha hecho ya. Incluso es posible que haya entrado de noche en el estuario y la mantengan oculta en alguna bocana. Por tal razón, una vez que te encuentres en aguas libres, deberás progresar por nuestra costa hacia el norte, y seguir aguas brasileñas arriba. El límite lo puedes establecer tú mismo. Por ejemplo, unas doscientas millas por encima del marco de dominio portugués o hasta el morro de Santa Marta. Pero es posible que en el camino recibas información de algún buque sobre la fragata, por lo que puedes operar con absoluta independencia y según tu propio criterio.

—¿Sabemos cómo la denominan?

—No. Pero es un dato poco importante porque, una vez recibida, la rebautizarán a su gusto.

—Muy bien. Debo declarar que me atrae esta misión. De esa forma, puedo abandonar el apostadero y apartar visiones poco agradables. Pero ahora hágame con sinceridad. ¿Qué piensas que puede hacer el queche *Hiena*, con sus 20 cañones de mediano y pequeño calibre, contra una fragata de 36 piezas y, posiblemente, algunas de a 24? En primer lugar, necesitaría disponer del doble de hombres en mi dotación, que es la cifra adecuada a su porte. Si hasta la de ese bergantín *Nancy* es superior en hombres a la del queche. Y en caso de entrarle en fuegos, necesitaría el apoyo de otro buque, como el *Cisne*, si no quiero salir chamuscado y camino de los fondos.

—No disponemos de ningún buque con capacidad de operar en mar abierto con ciertas garantías. El bergantín *Belén* queda como insignia de Romarate para sus operaciones en aguas interiores, acciones que domina y resulta bastante rentable. Podría acompañarte el *Cisne* si no debiera entrar en dique. Además, poco apoyo te ofrecería con su escasa artillería.

—En ese caso, si avisto la fragata, ¿le entro con los cuernos por alto? Me barrerían como al polvo del cementerio. Habría que buscar la forma de...

—De disponer de alguna posibilidad.

—¿Un milagro, quizás?

—Te hablo en serio, Beto.

—Ya lo sé, Tomás. Debes tener en cuenta que todavía me escuecen las palabras de ese culebrón malnacido. La única ventaja a favor del *Hiena* es su velocidad y capacidad de maniobra. No creo que esa fragata, por velera que sea, pueda darme alcance ni en sueños, ni cuadrar en barlovento como nosotros, tras una virada por delante. Otro factor que debemos tener en cuenta es su dotación. Si deciden aproar hacia el Plata sin la tripulación al completo y con hombres de escasa preparación, sin haberse hecho a sus maderas, es posible que dispusiéramos de alguna posibilidad. Porque no es lo mismo navegar al comercio que hacerlo pensando en batir a sangre al enemigo. No obstante y a la contra, con que sean capaces de hacer fuego con toda la batería y mediana puntería, me desarbolaría con facilidad. Tan solo dispongo de una verdadera oportunidad y esta se presentaría en un ataque por su popa. Ofender y retirarme, especialmente durante la noche. Pero si es capaz de abrir arcos con rapidez, me separaría caliente.

—Esa es la táctica que pensaba recomendarte, posiblemente porque sea la única a disposición. Ya sé que se trata de operación muy difícil y dependerá en mucho de la habilidad del mando y oficiales en esa fragata, que normalmente y en sus primeras semanas de servicio mercenario no suelen arriesgar el bigote. Pero se trata de un factor que no podrás reconocer a primera vista y, cuando lo compruebes, puede ser demasiado tarde. No intento que arriesgues sin necesidad, por supuesto. Ninguna ventaja conseguiríamos si perdemos el *Hiena* y esa fragata llega al Plata en cumbre de gloria. Como dices, la única táctica posible es ofender y escurrir el bulto, si se presenta la oportunidad. Y si consigues que te dé la popa y no logra entrar en el Plata, mejor que mejor.

—¿Cuánto tiempo habré de mantener la patrulla? Debemos tener en cuenta que esa fragata puede esperar semanas o meses hasta decidir encarar la definitiva derrota al Plata. Pero también puede separarse de la costa brasileña una distancia desconocida, y arribar a estas aguas desde el sudeste sin que haya sido avistada, normalmente por la noche.

—Estoy de acuerdo con todas tus opiniones. En cuanto a la duración de la patrulla, tú mismo puedes decidirlo. Así podrás comprobar cómo se comporta el *Hiena* con mar fuerte si te sopla algún pampero de gaitas. Pero estimo que un mes o mes y medio sería suficiente.

—De acuerdo. ¿Cuándo debo salir a la mar?

—Descansa una semana por lo menos. Rellena la aguada y remata esos pequeños desperfectos en la estructura de tu queche. Una vez a punto,

procedes a la formal despedida de tu buen amigo el capitán de navío De la Sierra y sales aguas afuera.

—No me vengas con esa vaina, Tomás, que solo de pensarlo sufro ronchas en la piel.

—Bueno, cambiando el tema por otro más interesante, espero que me envíes alguna frasca de vino o aguardiente, que cada día escasea más en la plaza.

—Depende de cómo te portes, especialmente en las bajas que has de cubrir en el queche.

—Aunque proteste a fondo Sostoa, te embarcaré personal del *Cisne*. Es la única solución a la mano, con la excusa de que ha de entrar en obras. La gente de mar que arribó al Plata a bordo de la fragata *Venganza* nos ha complicado mucho la vida.

—¿Por qué? ¿Abundante personal presidiario?

—Nada de eso. El personal no era como para abrir cuentas de gloria, pero el verdadero problema lo sufrimos cuando apareció un brote de escorbuto entre ellos, del que no habíamos sido informados. Bueno, es posible que no lo detectaran a bordo de la *Venganza* y también ellos lo sufran en estos días. Se propagó con rapidez y mantiene el hospital con los únicos hombres de mar de los que podíamos disponer. Un verdadero desastre porque ya han caído bastantes. Esperemos que se recuperen lo antes posible, porque no nos queda ningún sitio de donde sacarlos y los necesitamos. Recuerda que disponemos de muy pocos alimentos de salud, y sin ellos poco o nada se puede hacer contra la peste de la mar.

—Bueno, aunque pocos, embarqué algunos alimentos frescos de los barracones rebeldes. Por desgracia, concedí mayor importancia a la carne, el trigo y la salazón.

—Es lógico. Cualquier comandante habría hecho lo mismo. No podías estar al día de ese detalle. ¿Alguna otra noticia interesante? ¿Los hombres se portaron bien en general?

—Ninguna queja de los hombres de mar, a los que sometimos a un terrible esfuerzo durante el combate, la carga posterior y la salida de nuestra varada. Por otro lado, son dignos de felicitación el teniente Herzog y el aventurero Verdaguer. Gonzalo mostró su valor hasta la galleta. Arriesgó el pellejo para acelerar la toma de la batería, pues fue el primero que puso el pie en ella. En cuanto al teniente, un hombre entero y con valor en las uñas. También sus soldados de batieron a muerte y nos salvaron de sufrir más bajas.

—Sería oportuno concederle una felicitación oficial en pliego al aventurero Verdaguer.

—No busca eso. Parece querer demostrar que no es un cobarde, como ha sido tachado por algunos imbéciles. Pero estoy de acuerdo en que se le debe ofrecer un reconocimiento oficial.

—Me encargaré de ello. Por cierto, Beto, has de conocer una triste noticia. —Como Tomás sonreía, supuse que entraba en una nueva broma—. Parece que tu buena amiga ha caído en desgracia.

—¿Buena amiga? —Dudé durante algunos segundos, hasta comprender por dónde disparaba Tomás—. Ya caigo, culebrón. Seguro que te refieres a Alicia.

—En efecto. Me refiero a esa hembra de majestuoso cuerpo, que conoces al detalle, para envidia de otros cristianos.

—¿La habéis apresado?

—¿Apresar a una dama? ¿Te has vuelto loco? Todo lo contrario. Tras tu salida hacia el Uruguay, debió de entender que las noticias que podía ofrecer a los rebeldes eran de importancia, por lo que pasó a la banda contraria. No podemos negar que se trata de una señora con arrancada de león. Marchó en carruaje a Colonia y desde allí consiguió pasar a Buenos Aires. Pero aunque no conozco los detalles, debió de salirle mal la jugada. Supongo que ofrecería la información, que consiguió un inesperado movimiento de tropas rebeldes hacia el río Negro. Y cuando los patriotas comprendieron que habían sido burlados, la apartaron del camino. Por lo visto, se le han cortado las generosas recompensas.

—Pues si te soy sincero, siento que haya sufrido por mi culpa, aunque lo merezca. Suponía que ya no la encontraría en Montevideo.

—No te aconsejo que acudas por el caserón del Cerrito. Esta mujer es capaz de esperarte con un mosquetón enjaretado al hombro.

—¿Qué será de ella? ¿Pasa hambre?

—Vamos, Beto, debes ser realista. Una mujer con sus atributos nunca sufrirá penalidades. Si lanza el anzuelo con caña corta en la adecuada dirección, dispondrá de peces en escaso tiempo.

—Es posible que lleve a cabo un paseo por el caserón del Cerrito y, de esa forma, recordar pasados y gozosos tiempos.

—No te lo recomiendo si aprecias en algo tu vida. Alicia no es mujer de las que se ablandan. Y en esa casa disponen de armas de caza. Su padre era de los buenos con la escopeta.

Mientras Tomás reía con fuerza, mis pensamientos giraban en rondo y sospesaban las posibilidades. Pero pronto se evaporaron cuando decidimos observar en la carta las derrotas que podía cubrir en mi próxima empresa, esa de intentar localizar una nave en la mar infinita.

Las dos visitas giradas a la comandancia naval me dejaron un regusto amargo. En primer lugar, era incapaz de desterrar del cerebro mi encuentro con el capitán de navío De la Sierra, una conducta en el mando que no podía comprender ni tolerar. Y peor todavía, pensar que seguiría bajo las órdenes de tan nefasto personaje durante un tiempo indefinido. Por fortuna, el mayor general había levantado mi ánimo, tanto por sus palabras y comprensión, como por esa nueva misión que me lanzaba a mar abierta y libre, a suficientes millas de distancia del apostadero. Porque sobre las aguas, solamente Dios se encontraba por encima de mí y tal situación se presentaba como el paraíso celestial en aquellos momentos.

También recalaron mis pensamientos en la dama del Cerrito y sus posibles circunstancias personales, bastante negativas según la información recibida. Desaprobaba la traidora inclinación de Alicia, sin duda, aunque siempre se deban tener en cuenta las circunstancias personales de cada ser humano al enjuiciar sus actos. No se podía exigir a una dama la necesidad patriótica de un soldado, aunque algunas hembras de raza la hubieran ofrecido a chorros a lo largo de la Historia, casos excepcionales que confirmaban la regla firme. Llegué a la conclusión de que Alicia era una pobre mujer, desesperada por no conseguir lo que, para ella, conformaba el anhelo primigenio y definitivo de su vida: alcanzar una posición económica que la alejara de la pobreza o de una situación social en la que no pudiera despuntar por encima del pueblo. Pero, al mismo tiempo, sentía lástima y pesar por haber influido de forma directa y negativa en su penoso estado actual. Y aunque no quisiera declararlo a voces, la visión de su maravilloso cuerpo tendido sobre la cama sin ropaje alguno, los detalles de su carne, que había repasado una y otra vez al detalle de mis manos y mi boca, abanicaban el cerebro con trazas de pasión acelerada.

Rumié uno y mil pensamientos en claro desasosiego durante el resto de la mañana, como si un duende, sierra en mano, reconcomiera mis entrañas en dentelladas cortas sin descanso. Y comprobaba que era la pasión y el más puro deseo carnal lo que me movía como alma en pena sobre la cubierta del queche. Mis oficiales entendían que debía de haber recibido noticias inciertas durante mi visita a los mandos del apostadero, incapaces de comprender por dónde se desenrollaba la madeja de mi desarbollo mental.

Aunque confiaba en que una siesta reparadora devolviera a mi cuerpo el necesario remanso, se trataba de una empresa de muy difícil alcance. Tras refrescar la cara y pasear por la cubierta durante algunos minutos, sin rodeos y a las claras comprendí que deseaba el cuerpo de Alicia con desmesurada pasión, como si el regreso a la normalidad y el descanso del guerrero propiciara aquella agitación de los sentidos en un único y definido camino. Y como era habitual en mi comportamiento, sin dudarle un segundo más solicité el carruaje de la mayoría para recorrer algunas calles de la plaza. Pero no crean que intentaba mentirme, porque era consciente del objetivo final que quería cumplir.

No era apropiado acudir a la casa de una dama bien entrada la tarde y sin aviso previo, pero ya lo había ejercido en ocasiones anteriores. No obstante, recordé las palabras de Tomás al aventurar que la hembra en cuestión podía esperarme con un mosquete apuntado al pecho, o una daga embozada entre sedas para abrir mi carne en sangre. Pero cuando el cuerpo solicita metralla a escasa distancia, apenas se perciben las dificultades o peligros que se pueden embocar. De esta forma, avisado de que el carruaje se encontraba preparado junto a la escala real, salté a la lancha con decisión y sin dudas abiertas en el cerebro. Y si pensaba en un posible paseo por las calles de la plaza, se descabalgó tan estúpida idea cuando el cochero, Colange, ese viejo marinero de rostro entrado en mil rayas oscuras, me preguntaba con cierta retranca.

—¿Al caserón del Cerrito, señor?

—Desde luego, Colange, y clavando espuelas de fuego aunque revienten los animales.

—Pues si no se desarbola esta vetusta balandra, señor comandante, llegaremos a puerto en un periquete, para que pueda descansar como merece de las acciones de guerra.

Las certeras y chanceras palabras de Colange me hicieron sonreír, aunque se mantuvieran los nervios en apremio. En esta ocasión, apenas presté atención a las calles de la ciudad, ni a sus parques o bellos paisajes. Aunque mantenía los ojos abiertos, no distinguían ningún detalle concreto de todo lo que desfilaba a través de la ventanilla. Por el contrario, mi cerebro se movía en una sola dirección, pensando en los posibles argumentos que podía ofrecer a la dama, una vez llegado a su altura y contemplados aquellos ojos capaces de arrebatarse la voluntad a cualquier hombre. A pesar del frío que se introducía por las mil grietas del carruaje, de nuevo unas gotas de hirviente sudor resbalaban por mi espalda, produciendo una incómoda sensación. Y una vez

más creí escuchar el susurro de su voz, el canto apagado de la sirena en cruce de destinos e irremisible atracción.

El carruaje disminuía su marcha poco a poco, antes de que Colange forzara con sus riendas un giro hacia la izquierda, para atravesar el conocido portón de hierro, que se mantenía en las mismas y penosas condiciones de herrumbre y marcas de guillotina. Y ya con la visión en foco firme, descubrí los perfiles de la vieja edificación y esa antigua rotonda, en la que solamente pastaban retamas secas y alguna flor ceniza que intentaba sobrevivir al desierto. Una vez detenidos los animales, no dudaba como en alguna ocasión anterior, sino que me lanzaba sin posible freno hacia el viejo portón. Golpeé la aldaba en forma de león con fuerza, como si deseara declarar que acudía con llaves en mano y sin vacilaciones abiertas, una situación solamente deseada.

Esperaba que la vieja sirvienta arrastrara sus pasos hasta la entrada. Por el contrario, el silencio era absoluto, razón por la que me sorprendió escuchar de improviso el sonido de la aldaba y la apertura rápida del portón. Y allí estaba ella, los ojos sobre mis ojos con claro gesto de incompreensión, como si se tratara de la última visita que podía esperar. Y aunque mi decisión era fuerte, quedé parado como estatua de sal y sin palabras que ofrecer.

Alicia se mostraba de forma indolente, con un vestido casero de faldón negro en tablas y camisa blanca con flores a medio pespunte. Remataba el cuadro con una gruesa toquilla de lana gris, que apretaba con fuerza contra su pecho. Los segundos pasaban y tan solo las miradas jugaban la partida en silencio. Intentaba enhebrar una frase apropiada, aunque no conseguía encontrarla por mucho que buceara en aguas de reclamo. Por fin, fue ella quien lanzó el primer dardo, sin abrir su boca más que en un pliegue con evidentes rastros de desprecio.

—Ya veo que continuáis con la inapropiada costumbre de acudir en visita sin la oportuna petición de recibo, comandante Pignatti.

Volví a dudar sobre el camino que debía seguir. Podía alegar desconocimiento absoluto del viraje que había dado su vida o entrar por sinceros desde el primer momento. Incluso llegué a pensar en la necesidad de una urgente y silenciosa retirada. Sin embargo, la simple visión de su rostro y su cuerpo me ofrecieron unas fuerzas de las que parecía carecer.

—¿Qué sucede, Alicia? ¿Acaso me habéis olvidado? —me arrepentí de las palabras lanzadas, que encontré estúpidas conforme abandonaban mi boca.

—Me desconcertáis, Beto. No sé si catalogaros como un hombre desvergonzado, un caradura de espíritu ramplón o un bellaco de faldas

blancas. También es posible que se os pueda achacar el conjunto de tan indecorosos atributos a un mismo tiempo.

Aunque Alicia intentara escupir sus insultos a la cara con premeditado desprecio, una voz en mi interior me decía que la dama forzaba un camino que no sentía realmente en sus adentros. Y animado por aquellos aires, intenté mostrar una media sonrisa.

—¿No me invitas a entrar? ¿Tan bajo he caído en tu personal consideración?

Ahora era ella quien parecía asombrada ante mis palabras. Y debía de pensar en nuevos insultos, mientras recogía los pliegues de su faldón con puños cerrados. Por fin, tomó el cierre del portón en su mano izquierda, antes de utilizar un tono de voz con cierta suavidad.

—No sé si estáis loco o sois un verdadero enajenado, incapaz de comprender la realidad. Pero en honor a nuestras..., a nuestras anteriores relaciones, os permitiré pasar. Pero ya os anuncio que deberéis permanecer escaso tiempo. Estoy muy cansada y deseo dormir.

En aquel momento, comprendí que había ganado la primera escaramuza, esa que suele anunciar el resultado de la batalla final, mientras admiraba la hermosura de su rostro, sin aderezo ni retoque alguno. Supuse que debía de encontrarse muy sola y que, después de todo, una conversación con quien había propiciado su ruina podía componer un ejercicio divertido.

Sin pronunciar una palabra más, y una vez entrado en el zaguán, Alicia cerraba con fuerza el portón sin admitir mi ayuda. A continuación, se giraba con rapidez y dirigía sus pasos a la ligera por el conjunto de pasillos sin fin, hasta arribar al amplio y conocido salón, donde la chimenea se mantenía con leña escasa y brasas cercanas a su extinción. La humedad se dejaba sentir en el cuerpo con fuerza, lo que me hizo frotar las manos con energía entre sí. Me temí que, entrada en pobreza absoluta, ni siquiera dispusiera de leña suficiente para calentar la vivienda. Aunque me daba la espalda, Alicia pareció adivinar mis pensamientos, al tiempo que rebaja el tratamiento.

—Si encuentras gélido el ambiente, lo que es muy posible, carga la chimenea. Hay troncos más que suficientes tras ese arruinado biombo. A veces, prefiero pasar frío a estropear mis manos.

Hice lo que me ordenaba, mientras ella tomaba asiento en su habitual y gastado sillón, frente al fuego. Y una vez rematada la faena, también yo me asenté enfrentado a ella. Alicia me miraba de forma inexpresiva, como si todavía no comprendiera el motivo de mi visita. Y fiel a su costumbre, no se fajó por las ramas.

—¿A qué vienes, Beto? Debes saber perfectamente que por tu culpa me veo en una...

—Lo sé perfectamente, aunque he tenido conocimiento de tu... de tu especial situación hoy mismo. Pero aunque te cueste creerlo, puedes estar segura de que, en la última visita, desconocía la realidad de lo que se tramaba —mentía con aplomo y sin titubeo alguno—. Jugaron conmigo al igual que contigo, aunque, desde luego, tú hayas sido la más perjudicada. Fue una sorpresa para mí cuando, llegado a la Colonia de Sacramento, me informaron de la operación que debía llevar a cabo por las aguas del río Uruguay y se cancelaba la del río Negro. Se trataba de una operación muy secreta, de la que solamente se encontraban informados el general Vigodet y el comandante naval.

Alicia me miró a los ojos con detenimiento. Por mi parte no dejaba de observar los movimientos de su boca, que deseaba besar con apremiante pasión. Efectuó un mohín de incompreensión, que la hacía más atractiva todavía. Por fin, como si se cansara de pensar, movió sus manos para dejarlas caer sobre el faldón en signo de impotencia.

—Debes de estar loco. Pero me gustaría creerte. Has provocado mi ruina.

—Soy consciente de ello. Pero debes comprender que tus acciones no eran muy patrióticas.

—¿Patrióticas? Por favor, Beto. ¿A qué patria te refieres? Nada he recibido de ella, sea cual fuere. Pienso en mí solamente porque así debo conducirme si no quiero acabar como doña Carmelita, vendiendo mi propia carne en la alcoba cada día. De todas formas, esta guerra la tenéis perdida sin remisión una vez España se olvidó de sus tierras en el Plata. En Buenos Aires se encuentra todo lo que se pueda desear y viven con prosperidad, mientras aquí escasea hasta el aire para respirar y acabaréis sitiados a muerte en la plaza. Y cuando lleguen esos buques que han encargado los señores de la banda contraria y os puedan batir en el mar, se habrá acabado la presencia de España en estas tierras para siempre.

—¿Han encargado buques?

—No hagas labores de espionaje conmigo. Tiene gracia. —Ahora sonreía con rostro de felicidad—. La verdad es que si supiera más, te lo diría. Creo que ahora mismo odio más a los patriotas que a los realistas, aunque me importe un rábano quién gane finalmente esta estúpida contienda. De esos barcos solamente pude escuchar que algunos han llegado y otros se esperan, para daros el mazazo definitivo. Pero bueno, no creas que he perdido mis modales. Siento no poder ofrecerte un vaso de vino porque no dispongo...

—No necesito vino. Me preguntaste el porqué de mi visita. Con toda sinceridad, he venido para amarte una vez más. Jamás una mujer me ha atraído como tú, Alicia. Y por todos los diablos que no dejo de pensar en tu cuerpo y añoro por largo tus caricias.

—Eres un osado muy poco caballeroso. —De nuevo ofrecía una amplia sonrisa, con lo que pude admirar sus labios carnosos, con el superior elevado en cresta—. Pero debo reconocer que entras directo al trapo. También yo seré sincera. No puedo perder tiempo contigo, querido. Eres un hombre casado y sin fortuna suficiente para mantener a una mujer como yo. Debo buscar una solución a mi vida y solamente se me abre un camino.

—¿Un solo camino?

—Por supuesto. Buscaré algún hombre entrado en años, que todavía se deje atacar por las pasiones, esas que arrasan la voluntad a cierta edad, en la que se pueden disfrutar los últimos estertores del fuego. Sabes que soy concienzuda cuando deseo alcanzar una meta y poco o nada me importan las opiniones de los demás. Tengo una lista de ricos y viudos hacendados, que pueden caer en mis redes. Y a tal actividad me dedicaré a conciencia a partir de la semana que viene.

—También tú hablas con claridad, querida. Aunque no sea un hombre rico, puedo ayudarte si pasas por un momento de penalidad.

—De nada me servirían las limosnas, aunque agradezca tu disposición. Dispongo de suficiente capital para sobrevivir hasta alcanzar mi deseado objetivo. El problema es que mi vieja dueña se encuentra bastante enferma y no dispongo de servicio para adquirir alimentos. Pero ya lo he concertado con un viejo criado de la familia, que he contratado.

Se hizo un espeso silencio, mientras nos mirábamos directamente a la cara. Quería abrazarla y besar todo su cuerpo en aquel mismo momento, sobre el piso o entre las brasas del fuego. Me encontraba preñado de deseo hasta la cresta, como si me hubiese atacado esa pasión juvenil y primeriza que se siente a temprana edad. Sin embargo, no sabía si Alicia jugaba conmigo o marcaba el cierre definitivo de aquella visita, lo que me dejaría entrado en las mismas ascuas del infierno. Debía comprobarlo todo en mi mirada, porque entre sonrisas lanzó unas certeras palabras.

—Mucho me deseas. ¿No es así?

—Como jamás te he deseado. Es posible que estimara perdidas mis esperanzas y, al verte de nuevo, se haya acrecentado la atracción que ejerces en mí. Pero si lo estimas conveniente, me retiraré.

—Sería lo más apropiado.

Alicia abandonó su asiento, haciendo un claro gesto de dirigirse a la puerta. Una profunda desazón se apoderó de mí, como si hubiera fracasado en un ataque en el que podía obtener un rico botín. De esta forma, seguí sus pasos hasta el zaguán, donde la humedad y el frío se sentían con mayor intensidad. Se giró hacia mí con la mano sobre el picaporte.

—Hace un frío espantoso. Seguro que el fuego de mi alcoba se ha apagado hace horas y debe reinar la más gélida humedad. Por Dios, que no me siento con fuerzas ni ganas para prenderlo.

Me mantuve en silencio, sin saber interpretar exactamente sus palabras.

—Mira, Beto, creo que me tendiste una mala celada aquella última noche, al informarme de forma consciente de esos falsos movimientos de tropas hacia el río Negro. Pero no creas que me produce resentimiento recordarlo. Comprendo que te vieras obligado a ello porque es tu profesión. Debo reconocer que aunque de forma interesada gocé de tus caricias en muchas ocasiones. Es más, jamás pensé que se pudiera disfrutar tanto en brazos de un hombre. Al tiempo que conseguía generosas recompensas, saboreé cada minuto que pasé contigo en esta alcoba. Por desgracia, perdí el botín final, pero también yo mantengo magníficos recuerdos de nuestras noches de acalorada pasión. Y, la verdad..., no deseo entrar en la cama con frío y soledad en estos momentos.

Sin esperar un segundo más, la tomé por el talle y la apreté contra mí, besando su boca como enfermo desesperado que busca la única senda de curación. Alicia respondió con la misma pasión, comenzando una lenta deriva entre caricias desesperadas hacia su dormitorio, donde ya llegamos con los fuegos en chispa. Más que desnudarnos, arrancamos las prendas sin misericordia, como si jamás volviésemos a necesitarlas. Y de esta forma comenzó una noche que jamás podré olvidar, el ejercicio del deseo carnal y animal en su más pura expresión, en la que ambos gemimos de placer durante horas.

Rendida con la cabeza sobre mi pecho, olvidado el frío y la humedad de la estancia, escuché sus palabras emitidas con voz queda.

—Sabes que se trata de nuestra definitiva despedida, de los últimos besos.

—Lo sé por desgracia, querida. Es una pena, pero lo comprendo.

—No volverás por esta casa. Puede que nos veamos de nuevo en algún acto oficial o social, por necesidad de puesto o estado. Y aunque nuestra relación es prenda corrida por la plaza, fingiremos como hace la mitad de la humanidad. Debo emprender el camino de nuevo y sin volver a errar.

—Espero que lo consigas, si ello te hace alcanzar la felicidad.

—No estoy segura de que pueda llamarse felicidad, pero es lo más cercano que puede aparecer a la altura de mi mano. Y a pesar de todos los obstáculos, lo conseguiré, Beto, no lo dudes.

Volvimos a besarnos, ahora con pasión dulce y relajada. Y bajando la pendiente, como si fuera misión imposible detener el deseo, entramos de nuevo en el fragor de la batalla. Así continuamos hasta alcanzar una vez más el resplandor de las estrellas.

19. Rumbos de componente norte

Durante las jornadas que siguieron a la gozosa e inolvidable experiencia vivida en el caserón del Cerrito, se remansaron las aguas de mi espíritu al ras y con doble vuelta. Parecía haber coronado la cresta más elevada del monte y divisado la mar infinita en el lejano horizonte, una visión que me devolvía la paz interior. Y como el acuerdo cerrado con la incomparable dama no admitía retorno posible, conseguí desechar otros pensamientos y dedicarme en cuerpo y alma a la empresa que se abría por nuestra proa. Aunque era consciente de las escasas posibilidades que se le abrían al queche *Hiena* de impedir la llegada al Río de la Plata a la fragata rebelde, una operación utópica con escasos visos de glorioso remate, siempre en la mar y en la guerra debemos apurar las posibilidades propias, hasta el límite y alguna milla más allá.

El *Hiena* se remataba al primor de maderas en pocos días. El maestro carpintero y sus ayudantes llevaron a cabo un excelente trabajo, hasta hacer desaparecer como por encanto las escasas heridas que mostraba el queche. Tan solo los veleros debieron entrar a racimo de costura. Porque eran numerosos los lunares sufridos en el trapo que se debían recomponer, desgajado por las balas enemigas, especialmente en ambas cangrejas. De esta forma y de acuerdo con las instrucciones recibidas del mayor general, cuatro días después, rellenos de aguada y con víveres de orden para tres meses largos, una impensable condición en aquellos días, le ofrecía el preceptivo listo para salir a la mar.

Bien sabe Dios y su corte celestial que el momento más temido se acercaba de forma inexorable. Porque, como era obligado sin posible excusa y de orden, debía encarar la formal despedida con el comandante de marina del apostadero, una espina que trasegar por garganta estrecha con aparejado dolor. Y aunque esperaba encarar un rostro cejijunto en el mando y ademanes de látigo por troneras, quedé asombrado al comprobar la aparición de una bondadosa sonrisa en el rostro de don Miguel de la Sierra. Pero bien sabía que

el zorro entra en el corral con susurros de cariño para morder tripa adentro al menor despiste. No obstante, para bendición y tranquilidad de mi alma, la sesión se desarrolló sin voces turbias y con extrema rapidez. Tan solo al final y cuando ya me despedía, el gallo chingero mostraba la mueca de la verdad, para dictar sus últimas palabras.

—No arriesgue una mota más allá de lo conveniente, Pignatti. Pero no emplee su rasero de medida, sino el mío. Recuerde que su buque es, de momento, el arma más poderosa con que contamos en el apostadero, y su pérdida conllevaría graves e irreparables problemas. Es necesario pensar siempre en el bien general de la causa, y dejar de lado los protagonismos personales.

Me debatí durante escasos segundos en la duda, de nuevo con la sangre caliente en alza. No sabía si entrarle al puto culebrón a capa cerrada y manos abiertas, o sonreír en falso y cubrir el pliego a la blanda. Imaginé el queche en la mar y a suficientes millas del apostadero, una magnífica visión que hizo remansar las aguas. Por tal razón, me limité a contestar con voz de ganga y falsa sonrisa añadida.

—Le comprendo perfectamente, señor.

—Mucho me alegro de que entre en orden. Que nuestra Señora del Rosario le acompañe y goce en la mar de la necesaria suerte.

—No se preocupe, señor. Intentaré impedir que esa fragata alcance el Río de la Plata sin exponer el queche *Hiena* a sus fuegos y regresaré al apostadero sin una sola astilla en alza.

Aunque el tono de mi voz bordeaba la chanza de bobos, para bien de mi alma no pareció advertirlo don Miguel de la Sierra, que me ofrecía en última señal una leve inclinación de cabeza. Y para mis adentros pensaba que el jefe del apostadero debía de haber entrado en delirio más propio de enajenados, o sus prendas guerreras se acolchaban poco a poco en bolsa vacía. Porque hasta el día de la fecha, no sabía de ningún hombre de mar que pudiera diseñar alguna fantástica teoría para impedir el paso a una fragata de 36 cañones sin exponer el buque propio, armado solamente con dieciocho bocas de fuego y de menor calibre. Pero poco o nada me importaban aquellos detalles, que volaban entre cuernos con rapidez. Porque una vez en la mar, yo y solamente yo decidiría rumbo, aparejo, momento de entrar en fuegos con evidente riesgo o arrumbar en forzosa retirada, mientras quien me hablaba quedaría a muchas leguas de distancia.

Como la comisión de mar se presentaba sin límite de tiempo y todos los detalles, incluida derrota, a mi personal decisión, una vez a bordo del queche,

sentí una inmensa oleada de felicidad. Porque esa es, después de todo, la gran satisfacción y grandeza que se produce en el alma de todo comandante en la mar día a día y minuto a minuto. Saberse muy cerca de las estrellas y sin cuerpo humano o alma divina capaz de emborronar su carta náutica personal. Tan solo el dios Neptuno, según las viejas creencias de los nostramos, podía hacerme entrar en los fondos o prenderme del meridiano sin posible escape. Y aunque admitía tales creencias a bordo sin rechistar, pero no las compartía en grano, sería el capitán de fragata Pignatti quien decidiría en todo momento el cómo, el dónde y el cuándo.

Aunque el capitán de navío De la Sierra imprimía en todas sus órdenes un secretismo desaforado y absurdo, reuní a mis oficiales en la tarde anterior a nuestra salida a la mar, una vez enviado a la mayoría general nuestro estado de fuerza^[78], con las variaciones apropiadas a la baja en cuanto a pólvora y alimentos embarcados. En pocas palabras, expuse a mis hombres el motivo y objetivo final de nuestra comisión de mar. Y si por una parte el segundo acaparaba rostro de cierta preocupación, tanto Armentía, como Tosquilla y el aventurero mostraban gestos ansiosos de entrar a por uvas contra los rebeldes y sus dotaciones ensambladas con bucaneros, corsarios y piratas de innoble procedencia.

—Hay un detalle, señor, que no acabo de comprender. ¿Qué se espera de nosotros en concreto? —preguntaba Quijano con su lógica habitual.

—Pues queda claro como el paso del sol por la meridiana en día sin nubes, segundo. Debemos evitar que esa putorróna fragata llegue a puerto enemigo, si conseguimos avistarla. Ya sé lo que piensa. Me dirá, con bastante razón, que el *Hiena* no puede combatir contra una batería de 36 piezas en ningún momento con posibilidades de éxito. Sin embargo, el mayor y primer problema que debemos encarar será encontrar la pieza en mar abierta.

—Una mar muy amplia, si su comandante procede con un poco de sabiduría.

—Desde luego. Son mil las posibilidades y es de suponer que, entrado en la oscuridad, no muestre un miserable tarro de luz. Si yo fuera el comandante de ese buque, me separaría de la costa un buen número de millas, y progresaría hacia el sur hasta atravesar por largo el paralelo del Plata. Y posteriormente, entraría durante la noche con rumbos del tercer cuadrante, bien pegado a su costa. Pero si en benéfica casualidad llegáramos a dar con ella, deberemos emplear toda nuestra imaginación y destreza marinera para disponer de alguna posibilidad de éxito. Siempre, desde luego, que ellos no jueguen sus bazas con un mínimo de sentido común, en cuyo caso acabarán

por arribar a su destino. En fin, una operación casi imposible, aunque debamos intentarlo al menos y, sin duda, arriesgar hasta la corona de la galleta, por mucho que otras voces indiquen lo contrario.

—Partimos en la jugada con una sólida ventaja, señor. Esa fragata nunca dará alcance al *Hiena*, por mucho que lo intente —expuso Tosquilla con su habitual euforia guerrera—. Si conseguimos cuadrar rizos a su alrededor, las noches se le harán muy largas.

—Estoy totalmente de acuerdo en ese punto —remaché con una sonrisa de connivencia—. Noches largas y culebras hacia su coronamiento. Nuestra única posibilidad.

—Debemos intentar dañar su timón con tiros cercanos desde su popa, señor. Sería fantástico conseguir que la fragata quedara sin gobierno y a nuestra merced. Incluso podríamos propiciar su rendición y tomarlos en presa. ¿Se imagina entrar en el apostadero con una fragata en doble pabellón^[79]? —Armentía dejaba volar sus sueños, entrado en cantos de sirena.

—Y si le entramos al abordaje durante la noche, señor comandante, jamás podrían vencernos —el aventurero hablaba con la emoción prendida en el rostro—. Si su dotación nos triplica en número, deberemos llevarnos a sangre y por delante a tres enemigos por barba. Lo conseguiríamos. Su espíritu de lucha no es comparable al nuestro, ni por la guinda. En cuanto sientan disparos calientes cerca de las orejas y observen sangre por la cubierta, arriarán su pabellón.

—Les agradezco como se merece su espíritu, señores. Pero nada podremos decidir hasta que llegue el momento, si es que conseguimos alcanzar la deseada situación. Entramos a juego en una ruleta de fortuna y solamente los cielos pueden decidir. De momento, preparen el buque para salir a la mar mañana con las primeras luces. Después, ya se abrirá la pota por su aire sobre las aguas y decidiremos lo que sea menester.

Entrados en el decimosegundo día de septiembre del año del Señor de 1813, cobramos los cables de las anclas para abandonar el fondeadero de Cruces, frente al apostadero. Y como en la mar es primordial comenzar una nueva etapa con el manto a favor, los ferros alcanzaron su estiba sin una voz a la contra y largábamos el aparejo a tientos con objeto de separarnos de la costa hacia el sudeste. Para bendición general, había amanecido un día magnífico, sin una sola nube de marca en el cielo, frío a la baja, visibilidad de largo, marejada suelta y un poniente frescachón que nos hacía volar estuario afuera, como si los ángeles cobraran del remolque en guirnaldas.

Una vez tanto avante con la punta Brava y separados de la costa en prevención unas cinco millas, arrumbamos al levante puro en gloriosa empopada. Era mi intención cruzar entre la isla Flores y el banco Inglés, derrota que nos concedería camino hacia mar abierta sin tribulaciones de derrota estrecha, una condición deseada de capitán a paje de escoba. El viento se mantenía de poniente, aunque mostrara trazas de retornar al clásico sudoeste. Tan solo su fuerza nos hizo mantener las velas altas a resguardo, que no era cuestión de arriesgar una mota en campo propio. Elevé los habituales rezos en sordina a la Patrona, para que se mantuviera el soplo en las mismas o parecidas cuerdas el mayor tiempo posible, al menos hasta enroscar la punta del Este y el cabo Santa María.

Navegamos en dulce durante casi todo el día, sin avistamientos de sorpresa ni novedad alguna que trastocara la bendita rutina de a bordo. Tan solo a la altura de la laguna del Potrero, con el sol en declive y el Hiena a siete millas de la punta del Este, avistamos una pequeña zumaca pegada a tierra, que costaneaba por dentro de la isla Gorriti. Y como no era de llamar la atención su porte ni su posible carga, acabamos por doblar el cabo que ofrece el pico de tenaza septentrional al Plata, con rumbo leste cuarta al nordeste, para pasar entre la famosa punta y la isla de Lobos. Era el momento de comenzar la subida en latitud, aunque todavía la costa se tendiera hacia el nordeste. Y como entrábamos en tinieblas, abrimos dos cuartas a estribor para no apretar la derrota al cabo de Santa María.

Durante la noche, el viento cayó a fuerza de todas las velas y clara tendencia al sudoeste, aunque mantuvimos el aparejo sin cambios. Ordenamos apagar hasta las mechas del cerebro y no mostrar una mínima iluminación, por si cantaba la sirena a favor. En realidad, no nos obligaba la misión a mantener velocidad alguna, ni nos sentíamos constreñidos por el tiempo en corrida. Sin embargo, reforzamos la guardia de vigiadores, bien despiertos y con ojos en plato para intentar descubrir algún tarro de luz por el horizonte.

Se abrió un nuevo día a la vista de la punta del Polonio, al que concedimos el necesario resguardo, a causa del bajo del mismo nombre que se abre en vientre hacia el sudeste, así como la piedra Negra a levante. Era llegado el momento de decidir el camino que debíamos seguir, que nos permitiera poder cruzar derrota a distancia de avistamiento con la fragata de los sueños o de las pesadillas, que todo entraba en la saca del Señor. Mantenía mi teoría de que, con toda lógica, el comandante rebelde evitaría ceñirse a la costa. Era de tener en cuenta que podría ser avistado desde tierra por ojos ajenos que corrieran la noticia, o buques que costanearan al palmo. Por tal

razón, cruzado el paralelo del primer marco del dominio español^[80], abrí derrota a estribor con claridad, hasta quedar con la proa arrumbada al nordeste. Y de nuevo entrábamos en dulce empopada, por haberse entablado el viento de forma definitiva en sudoeste y frescachón al alza.

Comenzaron a transcurrir los días a tranco lento, de esos en los que la meridiana marca una extraña parada, sin noticia ni avistamiento que nos hiciera abordar medida forzosa alguna. Retomamos, con escaso aprecio del personal, los ejercicios doctrinales de mar y guerra, con especial énfasis a los segundos y prácticas de los fusileros. Como para beneficio propio disponíamos de pólvora en suficiente cantidad, hicimos fuego real sobre cajas enramadas, incluso una andanada completa. En general, estaba contento con los hombres de mar, sin lanzar cohetes de feria, aunque no dispusiéramos de un solo relevo. Y se trataba de condición importante que tener en cuenta cuando, durante el combate, se sufren pérdidas en mayor o menor cantidad.

Por fortuna, el mayor general se había comportado como un verdadero amigo, cubriéndonos las bajas sufridas en el Uruguay con personal avezado del Cisne, lo que habría elevado las protestas del teniente de fragata Sostoa hasta las nubes. Pero en el aspecto de los artilleros se abría un lunar de muy difícil solución. Era prácticamente imposible cubrir la batería a las dos bandas por falta de manos. Intenté conseguir que, al menos, una de las andanas quedase alistada con lo mejor de la casa. Como no era de esperar un combate a dos fuegos, podríamos atravesar la cresta sin mayores problemas, aunque todavía el ritmo de disparo fuera considerablemente bajo y la utilización de cuñas y espeques muy mejorable.

Para variar proas y que el personal de maniobra mantuviera la sangre avivada y en circulación permanente, una vez alejado de la costa por más de las sesenta millas comencé a zigzaguear al gusto y sin medida cuadrada. Era consciente de que solamente un golpe de fortuna me haría avistar a la fragata rebelde, con demasiadas posibilidades a la contra en tantas millas por cubrir. Por otra parte, intentaba evitar que la rutina a bordo, esa situación que tanto se desea en los momentos comprometidos, no rebajara los tintes al extremo, condición que reblandece las manos en exceso.

Una vez alcanzado el paralelo correspondiente al morro de Santa Marta, por encima de los veintinueve grados de latitud, decidí continuar navegando con proas del primer cuadrante y avance medio del nordeste. Llegué a pensar en la posibilidad de alcanzar el cabo Frío y repasar la bahía de Río de Janeiro, esa maravilla de la naturaleza que había reconocido con extremo placer a bordo de la fragata Proserpina. Pero sin razón a favor o en contra, metido mar

adentro ochenta millas y en los veintiséis grados de latitud, viramos en rondo para comenzar a navegar de bolina y ajustar las muras a ambas bandas con insistencia. El viento del sudoeste se mantenía en cuerdas de beatitud, variando solamente entre fresco y frescachón, con lo que ya todos estimaban que la gran señora no era capaz de abrir sus fauces por aquellas aguas. Un error, sin duda, que pronto podrían comprobar.

Habíamos superado los veinte días de mar desde nuestra salida de Montevideo, sin que hubiésemos avistado una sola vela en el horizonte, ni siquiera un maldito falucho pesquero o alguna pequeña balandra de cabotaje. Y forzaba a la mala tal condición, porque algún buque podía ofrecernos información de interés sobre la fragata, un avistamiento fácil de recordar. La dotación se mantenía al gusto de corte, con buenos alimentos, vino que comenzaba a entrar en agrios, y escaso trabajo. Los domingos cubríamos las necesidades religiosas con lecturas de precepto por mi parte y toda la dotación formada en cubierta desde el alcázar hacia proa. Y tras repetir la ceremonia por tercera vez, comencé a pensar que acabaría entrado en religión si no se decidían a embarcarme el capellán que correspondía en normas.

Todo en esta vida presenta un comienzo y un final, se quiera o no, condición imprescindible para poder atravesar el huerto de nuestra existencia con algún chile de fuego entre los dientes. Siempre hemos comentado que la mar es caprichosa y voluble como zorróna de corte, engolfada en sedas. Y como decía el contramaestre, la bola negra acabaría por abatirse sobre nuestras cabezas, tarde o temprano. Por mi parte, no deseaba un temporal de barbas blancas, porque nadie sobre las aguas gusta de entrar en danza de costados sin freno. Pero todavía mantenía la incógnita de cómo se comportaría el queche con olas de orden, al ser un buque que, en mi opinión, presentaba escasa fortaleza de picos.

Entrados en la primera semana de octubre, con cielo cargado en rumazón negra y viento frescachón del sudoeste, la señora de las aguas, en conjunción con su inseparable dios Eolo, decidieron enmendar las cuerdas y entrar a por el *Hiena* con varas recias. Con suavidad pero sin pausa, el viento comenzó a entrar en ráfagas de cascarrón^[81], para elevarse horas después a ventarrón sin fisuras. Al mismo tiempo, la marejada gruesa nos ofrecía por primera vez ampollas blancas de cierto respeto. No obstante y en esta particular estadía, con las cangrejas tomadas en su segunda faja^[82], las ráfagas variaban en intensidad, como si ofrecieran un resquicio de esperanza al haber alcanzado su límite. Por aquellos momentos, el queche se movía con acierto y orgullo, aunque las olas que tomaba por la amura le hicieran arribar en exceso y al

golpe de maza, lo que obligaba a una fuerte metida de timón a la contra y continuo trabajo de los timoneles. Y como sobre las aguas siempre debemos encontrarnos preparados para encarar lo malo y un poco peor, don Agustín se abrió por sus habituales veredas de luces.

—Por mi alma pecadora, señor, que entraremos en capa recia más pronto que tarde.

—Eso parece, nostramo. Entendí que habíamos alcanzado el tope hace escasas horas, pero poco me gusta el color de esas nubes espesas, que se amorriñan por la amura de estribor.

—La capa se encuentra preparada, señor, para cuando lo ordene. Y se trata de triángulos espesos, que no han catado el viento todavía. Por fin podremos comprobar cómo se porta nuestro querido queche en tal circunstancia. —Golpeaba las maderas de la cubierta con el pie, como si se tratara de una potranca primeriza.

—A la capa nos alistaremos si el viento crece una pulgada más, circunstancia muy posible. Y tampoco yo estoy muy seguro del *Hiena* en este trance.

Mientras don Agustín utilizaba el pito para llamar a uno de sus hombres de confianza, comprobé la presencia del aventurero acodado en la borda. Don Gonzalo no dejaba de observar con cierta admiración las olas que batían el queche con furia. Pero para ser un hombre sin experiencia tic mar, no mostraba su rostro preocupación sino, más bien, curiosidad.

—Creo que va a vivir su primer temporal de orden, caballero Verdaguer.

—Así es, señor. ¿No nos encontramos todavía en fuerte temporal? Porque las olas son tremendas y es admirable comprobar que las superamos.

—Andamos muy cerca del temporal abierto. Aunque todo en la vida es variable, de acuerdo a quien efectúa la medida. Este viento podemos catalogarlo como ventarrón. Pero en cuanto aumente su fuerza un poco más y las olas eleven sus crestas por encima de nuestras cabezas, habremos entrado en un verdadero temporal. A partir de ahí, las escalas sobran, porque tan solo se piensa en sobrevivir y ganarle la partida a la señora.

—Ya le he escuchado en dos o tres ocasiones hablar con el contramaestre sobre la capa, señor. Supongo que de ahí proviene la palabra capear, que también se utiliza en tierra para eludir un compromiso desagradable.

—En efecto. Entrados en temporal, tan solo nos resta correr o ponerse a la capa, además de comenzar a rezar todas las oraciones conocidas.

—Perdone mi ignorancia, señor, pero ¿cómo se lleva a cabo realmente esa faena de capear?

—No tiene obligación de conocer al punto las actividades de la mar. Y es bueno que desee aprenderlas. Debe tener en cuenta, caballero, que el mayor peligro para un buque es que la mar rompa con fuerza de cien mulas sobre el costado o su aparejo, porque puede producir vías importantes de agua o desmantelarnos de algún palo. Y no se puede figurar de lo que es capaz una ola montañosa, al chocar contra las maderas de cualquier embarcación, ya sea pequeña balandra o navío de tres puentes. Y porque las catedrales no pueden navegar, que también la señora podría tragárselas en una de sus dentelladas. No estime que exagero una mota. Debe creer en mis palabras sin dudarlo, que son tan ciertas como la vida y la muerte.

—Creo punto por punto todo lo que dice, señor. Puede estar seguro.

—También es peligroso que la popa se levante en exceso y el barco pueda hocicar en demasía, hasta introducirse en las aguas como el delfín y sin posible parada hasta el hogar del dios Neptuno. Pero básicamente, entendemos como capear al hecho de poner el buque a la capa. Para ello, debe disponerse el aparejo de forma que no avanteemos y, de esta forma, más bien tomemos una fuerte abatida. El fin es conseguir que se forme un remanso en la mar a barlovento e impedir que las olas puedan romper contra nosotros. Que las montañas de agua con espuma pierdan suficiente fuerza en ese remanso y lleguen con menor bravía hasta el casco y la estructura. ¿Me comprende?

—Creo que sí, señor. Pero ¿cómo se ha de situar el aparejo para conseguir tan benéfica situación?

—Para conseguir una capa efectiva, debemos encontrar una situación de equilibrio con las velas, de forma que manteniendo la caña a la vía no avance la embarcación o lo haga en muy escasa proporción. Como es lógico, el buque abatiría por efecto del viento, fin perseguido. Una vez conseguido este equilibrio, que mucho depende de cada aparejo particular, si el buque parte rápidamente al puño^[83], lo que comprobaremos fácilmente al observar que, a causa de la velocidad tomada, los golpes de la mar nos entran con evidente peligro por la proa, deberemos acortar vela a popa o aumentarla a proa. Tal efecto puede conseguirse lascando suavemente la escota del triángulo de capa o cazando la trinetilla, esa vela triangular también llamada foque último o, según los viejos nostramos, malos vientos. De esta forma, conseguiríamos evitar que el buque orce al salto, lo que nos produciría demasiada velocidad avante. Si, por el contrario, el buque tiende a arribar, es decir, a que su proa caiga en dirección contraria al viento, con lo que tomaría arrancada en escaso tiempo, efectuaremos la maniobra inversa, disminuyendo vela a proa y

aumentándola a popa. —Como el rostro de don Gonzalo parecía enturbiarse por momentos, debí preguntarle—: ¿Va entendiendo mis explicaciones, caballero?

—Más o menos, señor. Me he perdido un poco en los detalles, pero creo que comprendo el sentido general de la maniobra.

—Bien. Si conseguimos alcanzar esa posición de equilibrio que le comentaba, el buque avanzará por corto, al tiempo que abate y evita los recios golpes de mar, o una elevada proporción de ellos. Pero a medida que su proa caiga a barlovento por efecto del avance, las velas recibirán menos viento y disminuirá su andar. Tal estado, unido al efecto de la mar sobre la amura de barlovento, llegará a detenerlo por completo e incluso a navegar hacia atrás. Pero en cuanto comience dicho movimiento, por efecto del abatimiento arribará, es decir, meterá su proa hacia sotavento.

Y al gozar las velas de más viento, el buque parará y comenzará de nuevo a avanzar con suavidad, con lo que se repetirá una y otra vez el ciclo de maniobra descrito. Mantenido el buque entre avante y atrás, apenas se moverá de su posición, aunque puede abatir muchas millas. Por tal razón, cuando entramos en capa, no deseamos costa o piedras a sotavento, para disponer de cancha suficiente. Porque se puede llegar a mantener esa situación de capa durante bastantes días, demasiados días a veces.

Y creo que eso es todo.

—Aunque parezca operación sencilla al escucharle, creo que se trata de demasiada carga mental para asimilarlo al golpe, señor. —El aventurero sonreía, al tiempo que el *Hiena* tomaba una ola de respeto por la amura de estribor, que lo forzaba a empernarse con fuerza para no salir despedido—. De esa forma, cada buque tomará la capa de acuerdo a su aparejo particular.

—En efecto. Dependiendo de que disponga de aparejo de cruz, es decir, con velas cuadradas o redondas, o aparejo de cuchillo como el nuestro, con cangrejas como mayores y gavias, se empleará de forma distinta. Se puede capear con la mayor sola, solamente con la gavia, con las mayores solas, con trinquete y cangrejas, con trinquete gavia y cangreja, con trinetilla, gavia y cangreja, y muchas otras modalidades. Pero también es posible capear con triángulos de capa, e incluso capear a palo seco o a la bretona.

—¿A palo seco? Según tengo entendido, eso significa sin velas.

—Así es. Se utiliza cuando el temporal es tan recio que el buque no soporta ninguna vela en alto. En ese caso, que solamente he vivido una vez para la paz de mi alma, se bracea el aparejo de forma que el viento obre sobre él de forma semejante a las velas. En buques de cruz y tres palos, el trinquete

se mantiene en cruz y los dos palos de popa a barlovento. Para enmendar la proa, suele utilizarse un ancla flotante o de pallete, aunque con tales temporales acaba por partir su cable tarde o temprano.

—Debe de ser impresionante sufrir algún temporal de ese orden, señor.

—Y que lo diga, caballero. Es cuando todo hombre de mar recuerda las oraciones aprendidas en su niñez. Pero no se crea que con ponerse a la capa todo el campo ha sido labrado. Hay que mantener mil ojos en las treinta dos cuartas, que la mar es imprevisible y jamás se comporta de la misma forma. En ocasiones se llegan a cargar los masteleros para disminuir la presión. Otra precaución es calar el botalón del petifoque y hasta del foque. Pero también dar aparejos reales a los palos y estáis, sin olvidar templar a fondo los obenques. El timón debe mantenerse trincado a la vía, con cuñas y aparejos supletorios si hiciera falta.

—¿Y las velas?

—Si es necesario, se pasan drizas a las mayores, escotas y amuras dobles. El fin es que no se desfalden y lleguen a rifarse. Debemos reforzar todo cabo de labor que palmee al cuero, en natural prevención. Y como aspecto primero y fundamental, contar con un buen contramaestre y hombres de mar capaces de jugarse el pellejo palos arriba. Pero son una y mil las precauciones a tomar en el buque. De forma primordial, que todo a bordo se encuentre bien trincado, especialmente los cañones a la bretona y doble forro. Porque un cañón en vida suelta por la cubierta es más peligroso que las balas rojas del inglés. También se dan las barloas de seguridad de proa a popa, unos cables para que el personal se afirme a ellos cuando se vea obligado a circular por la cubierta alta. De esta forma, podrá moverse con ciertas garantías de no ser lanzado hacia los infiernos.

—¿Y si de pronto aparece algún obstáculo? Supongo que no se podrá gobernar.

—Así perdimos la corbeta *Mosca*, por aparecer las islas Berlingas cuando padecíamos un temporal de faldas y no poder gobernarlas al gusto. Si la fuerza del viento y la mar son tan fuertes que no permiten aguantarse a la capa, o, como dice, aparece un obstáculo en el camino a sotavento, deberemos romper la capa y pasar a correrla. Para ello, arribaremos con rapidez, a fin de atravesar el buque a la mar durante el menor tiempo posible, y evitar que los grandes bandazos den con él a muerte. En el momento que se observen los tres golpes de mar de ordenanza, cargaremos el triángulo de popa, orden de caña en arribada y largado de un foque de fuerza. Pero, bueno, ya entro en

demasiadas teorías que luego en la realidad pueden tomarse de una y mil formas diferentes, según el ojo marintero de cada uno.

—Nunca imaginé que fuera tan complicada la vida en la mar, especialmente cuando la situación empeora de tal forma y la pericia en las maniobras conforman el ciento que puede salvarte la vida.

—Pues así es, caballero, si queremos ganarle la partida a la mar, aunque no siempre se consiga.

—Imagino lo que debe ser combatir en tales circunstancias, otro factor más que tener en cuenta. —Hizo un gesto instintivo de peligro—. La verdad es que se trata de misión más sencilla guerrear en tierra.

—Bueno, cada una tiene su aquel.

A pesar de la conversación, no apartaba una pulgada los ojos de la mar, del queche y del viento. Porque ya el temporal del sudoeste, un recio pampero, se ofrecía a fondo y con todo su abanico. Entramos en situación de capa con rapidez y, al mismo tiempo, con las dudas bien metidas en la sesera. Por fortuna, los triángulos se izaban al tacho en escasos minutos y pude observar que mantenían el pico por debajo de la altura normal en otros buques. Era llegado el momento de comprobar cómo se portaba el queche con la señora entrada a uñas.

El temporal subió de grado y comenzamos a sufrir. El *Hiena* lanzaba sus lastimeros gemidos al viento de forma periódica, esos lamentos con sordina que mucho dañan el alma de todo hombre de mar, que ame sus tablas propias. No obstante, tomaba las olas con orgullo, aunque, a veces en los machetazos, metiera demasiada estructura bajo las aguas. Y es en esos momentos cuando las vibraciones del buque te hacen dudar de que llegue a recuperar su posición antes de sufrir un nuevo y definitivo embate. Pero más me preocupaban los balances, el punto que estimaba de mayor fragilidad en el queche. Porque algunos eran de tal orden que aun amarrado con pernos a muerte creías llegado el momento de saltar. Una vez reforzados obenques y estáis, no dejaba de elevar la mirada a las galletas, especialmente al palo mayor que vibraba en exceso. Pero no quedaba más que atender a todos los puntos y aguardar; sobrevivir y mantenerse a flote hasta que la señora decidiera aquietar sus faldones.

Entramos en la primera noche, con las olas en racimos de espuma sobre nuestras cabezas. Apagados los fogones, se distribuía rancho en frío cuando era posible, aunque algunos cuerpos no aguantaran un solo gramo de galleta en tales circunstancias. Miguelillo se fajaba con su habitual maestría para hacerme llegar algún trozo de queso, cecina o vino, alimentos que tomaba al

salto y con agua salada en muchas ocasiones. Creo que debía cuadrar el relevo de la guardia de media cuando dos olas seguidas con escaso intervalo nos entraban a borbotón de espuma y tal potencia que estime a punto de rendir alguno de los palos. Es la única ventaja que la noche ofrece, esa de no ver los posibles males o destrozos, y poder meter la cabeza en madriguera propia.

Amaneció un día de espantoso cariz, con cielos sucios, mar que arbolaba por encima de los palos, viento en ráfagas de muerte y con el *Hiena* a bufido permanente. Aunque por fin consideraba al queche capaz de aguantar aquel temporal, me temía que, en cualquier momento, alguna ola putorróna nos abriera una vía de agua o desarbolara algún palo sin remedio. No obstante, nuestro buque tomaba las olas con aires de desprecio, largando el agua a proa como dama que mueve la cabeza en plena lluvia. El segundo mostraba rostro de grave preocupación, aunque era hombre acostumbrado a los mil huracanes.

—Segundo, por fortuna disponemos de millas suficientes a sotavento para mantenernos en esta situación durante días. Es la ventaja de los pamperos, que soplan desde tierra.

—Bueno, señor, prefiero no abatir demasiadas millas. Eso significaría un alargado sufrimiento, que podría rendir al queche hasta quedar de rodillas. Pero, como dice, debemos abatir bastante hacia el nordeste, con alguna cuarta tendida al leste. Es posible que hayamos superado las cien millas a tierra.

—¿Qué piensa del *Hiena* metido en temporal, don Agustín? —me dirigía al contra maestre, que no dejaba de mirar hacia los palos.

—Pues si le soy completamente sincero, señor, este queche se comporta mucho mejor de lo que esperaba. Sin embargo, me preocupan los palos, especialmente el mayor. Ni siquiera con obenques reforzados parece cuadrar en plena seguridad.

—También a mi me preocupa, aunque ya lleva bastantes horas de lucha sin ceder.

—Por desgracia, no parece que el temporal apunte a ceder, más bien al contrario.

Fuimos interrumpidos de repente. Aunque el viento bramaba contra las velas y se hacía muy difícil escuchar las voces de a bordo, llegamos a oír un lejano grito. Se trataba del vigiador, amarrado con doble guía en la cofa del palo trinquete.

—¡Un bulto por la amura de babor!

—¿Un bulto? ¿Qué carajo querrá decir el vigiador con esa palabra? —preguntó Quijano con desgana.

—Supongo que ni siquiera puede distinguir si se trata de un buque o una ballena, señor segundo. La espuma que se lleva el viento disminuye bastante la visibilidad —afirmó el contramaestre.

Aunque dirigiámos la mirada en la dirección señalada con anteojos a la mano, no éramos capaces de distinguir bulto alguno entre ola y ola, único momento en el que nos era posible intentar manejar instrumentos. Sin embargo, poco después se oía otra vez la voz desde las alturas.

—¡Una vela! ¡Seis cuartas a estribor!

Sonreí al recordar las palabras del aventurero sobre la guerra en la mar y su posible comparación con la terrestre. De todas formas, se trataba de un inoportuno momento para descubrir la presencia en el horizonte de un buque cuando, precisamente, ocupábamos todas nuestras fuerzas e imaginación en intentar vencer a la mar, sacar al queche *Hiena* de la estacada. Y como es fácil de prever, también especulé con la posibilidad de que se tratara de la fragata rebelde, que buscábamos con ahínco desde varias semanas atrás. Se podría producir en maléfica conjunción, mar de olas montañosas y guerra en un mismo escenario, aunque también era posible que se tratara de un buque mercante o propio. Pero bien sabe Dios que, en aquellos momentos, poco me preocupaba el avistamiento. Porque, en verdad, el queche *Hiena* era incapaz de maniobrar una sola cuarta a la banda por fuera de la necesidad de mantener con el timón la imprescindible capa.

20. El caballero Verdaguer

Mientras desde el alcázar intentábamos descubrir el tipo de barco que había sido cantado por el vigiador de guardia, la mar continuaba con su chorreo de espuma y olas preñadas de muerte en odiosa secuencia. Comprendía que todos a bordo pensarán en la posibilidad de que el bulto gris, abierto casi por el través de estribor, se transformara definitivamente en un buque de tres palos y treinta y seis cañones, una fragata de segunda clase que se acoplara a las características esperadas. Sin embargo, no era el momento de centrar miras y preocupaciones en aquella dirección, sino en la mar y sus consecuencias, que podían arrastrarnos hasta los confines más negros del universo. Por tal razón grité a pulmón.

—¡Señores! ¡Por los huevos de la bicha maldita y sus crías rebeldes! ¡Olvídense del puto avistamiento y mantengan toda su atención hacia la mar y al queche! De nada sirve ahora prender los ojos a lo que no sea nuestra propia seguridad y maniobra.

Hizo efecto inmediato mi agria protesta, con lo que la banda de avistamiento regresó a la normalidad, entendiendo como tal dedicarnos por entero a los efectos a bordo del poderoso temporal, que intentaba morder las tablas al extremo. Porque la mar y el viento no decrecían una mota, y sufría al pensar en un posible desarbolar de palos, que nos rindiera en estado de bandolas^[84] y tornaviaje a la plaza con el rabo entre las piernas. Encapillamos una nueva ola por estribor, que nos hizo apretar las manos a los pernos con desesperación y lanzar oración de urgencia.

Quedamos sumidos en espuma sucia, al tiempo que las vibraciones y lamentos del queche parecían querer deshacer nuestro aparejo. Una vez con la visión recobrada, comprobé que la capa se mantenía en orden y los palos en altura con orgullo. En fin, un trago más de saliva espesa y a esperar la siguiente.

El vigiador del palo trinquete se mantenía en absoluto silencio, sin ofrecer dato alguno que ampliara la información inicial sobre el buque avistado. Pero se trataba de situación normal, porque desconocíamos si el abatimiento de la capa nos acercaba o alejaba de él. Pensé que se encontraría atravesando una situación similar a la nuestra, con lo que no debería variar mucho la distancia. Sin embargo y de forma regular, también dirigía la mirada en su dirección, siendo capaz de atisbar solamente una masa gris y reducida en el horizonte, cuando la altura de la mar y su movimiento lo permitía.

De esta forma, atravesamos el resto de la jornada, con ataques de olas periódicas capaces de desmontar un cañón de a 36. Y acabé por aceptar mentalmente que el *Hiena* aguantaba la mar como un jabato, aunque debiera mantener la capa sin orzar más de dos o tres cuartas, una vez establecido en posición. Porque era en esos casos, precisamente, cuando partía el puño, el momento en el que las vibraciones de proa aumentaban en exceso. Tal decisión obligaba a una especial atención de los timoneles, con gritos destemplados en su contra si dejaban de mirar a proa un solo segundo, lo que me hizo disminuir su tiempo de guardia a la rueda y aumentar los relevos.

Se abatió al golpe una segunda noche de tensión, cuerpo mojado en permanencia a pesar de casacones y secadas, frío intenso y vigilancia con mil ojos en negro. Intentamos que el personal comiera galleta y queso, aunque muchos desechaban cualquier alimento. Y como ya la situación extrema se alargaba demasiado, comenzaron a aparecer los daños, esos repiquetes insalvables en tales situaciones, y no referidos a las bordadas cortas precisamente. Un cañón, por fortuna de los de escaso calibre amparados en el castillo, rompía las trincas dobles y salía en peligrosa libertad. Actuó el guardián en orden y con rapidez, aunque fueran necesarios ocho hombres para conseguir afirmarlo de fortuna contra el propio palo trinquete. Pero el accidente se cobraba su inexorable tributo. Dos grumetes quedaban maltrechos y contusionados con huesos rotos a la vista, uno de ellos en mayor gravedad y fractura abierta. Y para rematar la mala, cuando en la guardia de alba comenzaban a aparecer las luces lechosas, un soldado de Marina era barrido a proa por una ola preñada en ampolla, perdiéndose en las aguas con un grito desgarrador en petición de ayuda, un auxilio que jamás le alcanzaría.

De esta forma, tras conocer que se trataba del soldado Mario Mendía y rezar un ligero responso por su alma, se abrió el crepúsculo en las mismas condiciones. Como decía uno de los timoneles a su compañero, parecía llevar toda una vida metido en aquel maldito temporal, cuando el cansancio físico y mental comienza a borrar del cerebro cualquier visión positiva. Sin embargo,

debió de ser en aquellos momentos cuando me pareció percibir un leve cambio en la dirección del viento, condición inesperada y poco habitual, una vez metidos en jarana de olas blancas. Y como si leyera mis propios pensamientos, don Agustín elevaba su predicción a mi lado.

—Creo que atisbo un rastro de ligera esperanza, señor. Parece que el viento tiende sus garfios a poniente. Y si el role continúa alguna cuarta más en dicha dirección, será señal de que comienza el final de este pampero criado entre ubres negras.

—Estoy de acuerdo, nostramo. Parece extraño este inesperado role.

—Así suelen rendir los pamperos en latitudes altas, señor. Y me juego la única camisola a cargo a que no he de marrar una mota en mis palabras.

En efecto, un par de horas después comenzaba a descender la fuerza del viento, al tiempo que entraba en el último cuadrante. Y como por orden conjunta de todos los santos a favor, el noroeste cuadraba en cascarrón a la baja, al tiempo que las olas se ceñían en gris con escasa espuma por sus crestas. No las tenía todavía muy claras en el cerebro, pero cuando comprendí que el camino se encontraba marcado a favor, hice la señal prevista al contramaestre para apagar la capa. Y escasos minutos después, largábamos cangrejas y foques con renovado espíritu. Al mismo tiempo, el queche arribaba bajo mi orden, hasta quedar a un largo, proa a la última dirección del buque avistado, que todavía se mantenía en tonos borrosos. Pero como todo llega en esta vida del Señor, pocos segundos después, la recia voz del vigiador se escuchaba con más claridad.

—¡Buque de dos palos, una cuarta a estribor! ¡Navega proa al sudoeste!

Descubrí cierta decepción en los rostros de los que se encontraban a mi alrededor. Si la información del vigiador era correcta, no se trataba de esa fragata que reclamábamos con pasión y, posiblemente, demasiadas expectativas. También yo sentí tristeza y desencanto, como si me hubieran arrebatado de forma inesperada un triunfo que ya batía en las manos, por mucho que se tratara tan solo de una fantasía deseada.

Después de todo y con los pensamientos en frío, podía ser una bendición no tener que especular con las escasas posibilidades a la mano, para interceptar la derrota de la fragata en su presumible camino hacia el Río de la Plata, una acción de difícil o imposible solución. Como los rumbos de ambos buques convergían, ahora cerrábamos la distancia entre ambos con rapidez. Y a ello cooperaba decidido el *Hiena*, que navegaba a pulmón con el aparejo completo sin velas altas, bajo un viento frescachón y noble. Una hora

después, divisábamos con cierta claridad la estructura del buque perseguido. Fue el segundo comandante el primero en aventurar.

—Un bergantín de elevado porte y cargado hasta la coronilla, señor. Bastante mal lo ha debido de pasar durante el temporal. Y no ha querido lanzar por la borda ni un mínimo sello de lacre. Estos malditos mercenarios prefieren morir en las aguas a perder una sola moneda de su cargamento.

—Pues juraría que se trata del *Blue Ribbon*, señor, el más asiduo colaborador de los rebeldes —intervino Armentía con tristeza—. Y como bien dice el segundo comandante, cargado hasta la misma galleta. Recordará que ya lo avistamos en la primera comisión hacia La Aguada. Ahora regresa con una nueva y poderosa carga.

—Armas, pertrechos y alimentos en generosa cantidad para esa chusma miserable de Buenos Aires —remataba Quijano en tono lastimero—. Una pena que el temporal no lo haya echado a los fondos.

—¿Le observáis el pabellón? —pregunté, mientras el cerebro se afanaba en encontrar la imposible solución.

—Todavía no, señor. Pero izará el británico en cuanto nos acerquemos un poco más.

—Pues en este caso, llevaremos a cabo el derecho de inspección, tanto de su carga como de los puertos de inicio y final marcados en su travesía.

—No le gustará nada a la fragata inglesa, señor, cuando se lo comenten —apuntó Armentía.

—Me importa un cebollino de mierda que le plazca o no a ese empingorotado comandante britano. Tenemos todo el derecho a inspeccionar. Si embarca armamento y asegura, como es de presumir, que se dirige hacia las islas británicas del mar del Sur, le daremos conserva para evitar que entre en el Plata.

—Puede protestar, señor, asegurando que en Buenos Aires solamente piensa desembarcar alimentos —intervino el joven Tosquilla.

—Tiene razón. En ese caso, será necesario prevenirle de que se comprobará su carga a la salida.

—A no ser que se lo impida la fragata *Nereus*, señor, como suele ser su actitud habitual. Por esa razón se mantiene en las aguas del Plata esa vieja zorróna de las islas británicas.

—¿Es eso posible? ¿A tal punto alcanza la mezquindad de los ingleses? —preguntó el aventurero, que desconocía el sistema empleado a diario por nuestros presuntos aliados en aquellas aguas.

—Eso y mucho más —contestó Armentía con rapidez—. Sin el apoyo continuo de los que mucho desean la independencia de nuestras provincias americanas, sean aliados o no, esta guerra habría durado un santiamén. Solamente con el bloqueo a su puerto, habrían cambiado los rostros.

—¿Y no hay forma de evitar que este buque llegue hasta Buenos Aires con tan preciada carga? —insistía Verdaguer con cierta inocencia.

—Si desde el mismísimo Consejo de Regencia se insiste de forma rotunda, en esa orden de quedar sin calzas ante los deseos britanos, que alcanzan cotas de máxima desvergüenza, poco podemos hacer.

A mis oficiales les amparaba toda la razón en sus penosos comentarios y desesperaba por ello. El aventurero movía la cabeza hacia ambos lados en sentido pesar, todavía incapaz de comprender la situación. Bien sabe el Dios Todopoderoso que sentía enormes deseos de enviar al bergantín hasta los fondos del abismo. Y a ser posible, con un par de andanadas a corta distancia y sin previo aviso, como solían conducirse los británicos contra nosotros en las muchas guerras mantenidas. Pero tal hecho supondría un problema en la coalición internacional, que acarrearía la pérdida de mi mando de forma inmediata, con secuelas poco agradables para mi carrera en la Real Armada. Y por todos los cristos que no deseaba ofrecerle ese placer al capitán de navío De la Sierra. De todas formas, decidí que podía amargarle la vida a su capitán algunas horas al menos, por mucho que protestaran.

—¡Tosquilla! Preparado para embarcar en la lancha con ocho soldados. Llevará a cabo la inspección de carga y documentos del bergantín si se confirma que se trata del *Blue Ribbon*.

—Ya no hay duda de que se trata de ese maldito bergantín, señor —confirmaba Quijano con el antejo prendido, cuando ya nos separaban solamente unas dos millas—. Supongo que seguirá el capitán Robert Howard al mando, un personaje chulesco y odioso como pocos. Para colmo de desesperación, se burla de nosotros a la cara y sin tapujos.

—Por la salud de mi alma que no le permitiré tal conducta, pueden estar seguros. Además, le solicitaré información sobre la fragata que perseguimos.

—No espere que se la ofrezca de manera desinteresada —aseguró Quijano.

—Esos perros son capaces de todo por unas monedas. Y a veces debemos pagarle de la misma forma.

El viento se entablaba en frescachón del noroeste, con visos de caer todavía más en su fuerza. Y ya nos aproximábamos al costado del *Blue Ribbon* cuando ordené izar la señal para que facheara^[85] y se preparase para

recibir la visita de inspección. Fue el momento en el que don Gonzalo Verdaguer entró en extraña petición.

—¿Puedo hablar con vos en privado durante un par de segundos, señor? Ya sé que no es momento oportuno, pero puede resultar importante.

—Desde luego, caballero.

Nos apartamos hasta la timonera para quedar en solitario y a salvo de oídos indiscretos, momento en el que el aventurero me ofreció una sorpresa.

—No sé si es posible lo que pienso en estos momentos, señor. Quizás se trate de una locura. Pero nada perdemos con intentarlo.

—¿A qué se refiere, caballero?

—¿A bordo del bergantín mercante y por debajo del odioso capitán Howard se encuentra algún oficial, o es el único a bordo con cierta jerarquía?

—Los barcos mercantes de este porte emplean solamente un capitán y un primer oficial o piloto. Este último cumple el cometido de segundo en todos los aspectos. Al mismo tiempo, es el único en quien el capitán deposita, a veces, su confianza.

Quedó pensativo don Gonzalo, como si dudara de sus propios pensamientos. Sin embargo, pareció animarse en escaso tiempo.

—¿Son codiciosos esos pilotos?

—¿Codiciosos dice? —Debí reprimir una sonora carcajada, ante lo que consideraba como púber candidez del aventurero—. Llamar codiciosos a esa pandilla de piratas contrabandistas ofendería a la realidad. No creo que exista una palabra en nuestra rica lengua castellana que se acomode por completo a la maldad, avidez y voracidad de tales sujetos, ya sean capitanes o pilotos, poco cercanos al ser humano. Son capaces de vender a su madre por unas monedas, o matar al mejor amigo por la espalda, si es que disponen de alguno.

—En ese caso, señor, creo que equivocaría la táctica si se enfrenta al capitán que, según parece, mantiene todos los triunfos en su mano.

—Al menos podré desahogarme ante él. Y no es pequeño el beneficio.

—Beneficio moral, señor —Verdaguer hablaba con mucha seguridad—. Pero esa ingente cantidad de armamento, pertrechos y alimentos llegarán a los rebeldes. Creo que podríamos intentar otro camino si lo considera oportuno y no es peligroso.

—Pues ya me explicará esa vereda alternativa, caballero, que pueda evitar el desembarco en Buenos Aires de toda su carga.

El aventurero miró a su alrededor, como si se dispusiera a exponer comentarios de extrema gravedad y máximo secreto. Y conforme desgranaba

lo que entendía como plan alternativo, que ofreciera alguna posibilidad de evitar la llegada de la carga a nuestros enemigos, comprendí que aquel joven era un hombre de cuerpo entero y privilegiada cabeza. Porque aunque lo hubiera improvisado en escasos segundos, podía ser considerado como de real posibilidad y con escaso riesgo para mí como comandante del *Hiena*.

Sin perder un segundo, reuní a mis oficiales. Por fortuna, llegaba a tiempo para evitar que se izara la señal en la que se especificaba la inmediata inspección del bergantín. Les expuse con la necesaria discreción el plan embastado por Verdaguer, que fue recibido con sonrisas, entusiasmo y movimientos afirmativos de cabeza. Por fin, todos coincidieron en que se trataba de una magnífica oportunidad y con posible éxito, que se debía intentar. Y como era necesario, ordené que no se tomara acta del Consejo celebrado, bajo mi entera responsabilidad.

* * *

Una vez a escasa distancia del *Blue Ribbon*, ordené izar la señal para que facheara. Y si, en un principio, había decidido que todos los cañones de la banda de babor entraran en batería y se escuchara con claridad la orden de cargarlos, de acuerdo al nuevo plan se mantuvieron con las troneras cerradas y sin amenaza a la vista. Pronto descubrí la presencia del capitán, reconocido por Quijano como Robert Howard, junto a la timonera, momento en el que el muy cojonero se destocaba con una sonrisa burlona en su boca. Y amarrando los sentimientos por corto en mi estómago, contesté con toda cordialidad por mi parte. Comenzó a transcurrir el tiempo sin que el bergantín tocara el aparejo, en acuerdo con nuestras intenciones. Y si tal postura se radicalizaba con empeñamiento, podría imposibilitar nuestro plan. Sin embargo y por fortuna, poco después largaba las escotas de las cangrejas, trasmochando los foques hasta quedar con escasa arrancada. Me dirigí hacia Tosquilla.

—Tome la lancha con el aventurero y un par de soldados solamente. De acuerdo a nuestras intenciones, comuníquese al capitán Howard con la mayor cordialidad que me gustaría recibirlo a bordo del queche *Hiena*, con objeto de tratar un asunto beneficioso para ambos. Don Gonzalo quedará a bordo de su buque en señal de mutua confianza.

—Muy bien, señor.

Tosquilla no dudó un segundo y salió disparado hacia la lancha en compañía del caballero Verdaguer, que había mudado vestimenta con sus mejores galas. Y en escasos minutos embarcaban con la compañía de dos

soldados de Marina. Atravesaban la distancia a fuerza de remo hasta alcanzar la posición en la que les habían lanzado una escala de gato desde el bergantín, por la que treparon nuestros hombres sin dudarlo. Como nos encontrábamos a veinte varas escasas de distancia, pude comprobar cómo charlaba mi oficial con el capitán, un cuarentón rubio de generosa alzada y fortachón, calzado con una impecable casaca, aderezada con extrañas divisas. Se extendía la conversación, con lo que pasé a dudar de que aquel canalla bravucón se decidiera a aceptar mi más que generosa invitación que, en normas de cortesía, no podía ni siquiera pensar en rechazar.

Se alargaba demasiado lo que más parecía un forcejeo comercial. Y poco me gustaban los aspavientos del achulado bujarrón en presencia de un alférez de fragata de la Real Armada, ante quien debía mostrar modales mucho más exquisitos. Pero como era momento de tragar escarcha sin mostrar los verdaderos sentimientos, mantuve rostro de concordia sin rebufos a la vista. Y como premio, pareció decidirse. El capitán desaparecía hacia su cámara, mientras Tosquilla quedaba en el alcázar en soledad y el aventurero charlaba animadamente con quien parecía ser el piloto, persona entrada en años, demasiados quizás para mantenerse en tan dura tarea. Por fin, el capitán se mostraba de nuevo en el alcázar, ahora engalanado con casaca nueva y preparado para asistir a recepción en palacio real. Tras dirigir algunas palabras al piloto, se giraba hacia mi oficial, ahora con muestras de correctas maneras en su comportamiento.

Mientras el británico tomaba nuestra lancha en compañía de Tosquilla y los dos soldados, Verdaguer quedaba en el bergantín como se había ofrecido. El aventurero mantenía su animada charla con el piloto. Y para traspasar los límites del raciocinio y las normas, una vez instruido mi criado Miguelillo de algunos detalles, me dirigía en persona hacia el combés. Allí, donde se había instalado el portalón, pensaba recibirlo con extrema deferencia, en lugar de esperarlo en el alcázar.

Debía de medir las dos varas aquel mamón de lupanar, con espesa melena rubia, poderosos brazos y rostro con trazas de lejana nobleza. Y no le faltaba agilidad al atacar los escalones al salto. De esta forma, pisaba nuestra cubierta con rapidez. Me adelanté hacia él con una alargada sonrisa en el rostro.

—Sea cordialmente bienvenido al queche *Hiena* de la Real Armada, capitán...

—Howard, Robert Howard, capitán del bergantín mercante británico *Blue Ribbon*. Es un placer ser recibido por vos, comandante...

—Capitán de fragata Adalberto Pignatti. Pero, por favor, el placer es mío.

Nos estrechamos la mano con entera confianza, al tiempo que le indicaba con el brazo la dirección hacia popa. Y me dirigí por derecho hacia mi cámara, donde le ofrecí asiento en el sofá empernado a popa.

—Le agradezco que haya accedido a mi petición, capitán. Y posiblemente le haya parecido extraña. —Me abría en sonrisas de confianza—. Pero antes de entrar en detalles, desearía mantener la habitual cortesía española. ¿Desea tomar un clarete fresco? ¿O prefiere quizás alguna bebida más fuerte?

—Un clarete sería perfecto, muchas gracias. Pero, dígame, comandante. ¿Qué importante asunto es ese, que puede beneficiarnos a ambos? Debe perdonar mi franqueza, pero soy impaciente y curioso por naturaleza.

—Bueno, capitán, todos en la mar somos hermanos. Y en su caso, con pabellón británico, entramos en concierto de aliados que luchan hombro con hombro contra los franceses. Siempre he mantenido la opinión de que tanto los dedicados al comercio como los que empleamos nuestra vida en defensa de los intereses nacionales partimos de la misma base, como es mantenerse la mayor parte de la vida en la mar, ese medio que nos une. ¿Sois británico?

—De Gales para ser exacto. —Parecía relajarse y abandonar las iniciales dudas, al tiempo que atacaba su copa de clarete con cierta avidez.

—No conozco esa zona de las islas británicas. Bueno, tan solo pasé algunas semanas en los alrededores de Porsmouth. Pero eran otros tiempos, cuando guerreábamos entre nuestros dos países. Por cierto, ¿de dónde procedéis en esta travesía, si le place comunicarlo?

—De la isla Trinidad. Me dirijo con alimentos para el Plata y otra carga para las islas británicas del mar del Sur —contestó con excesiva rapidez lo que parecía un cuento repetido una y mil veces.

Se hizo un silencio no deseado por mi parte. Pero no era cuestión sencilla entrarle dientes adentro a aquel hombre, que se mostraba muy despierto de mente y con una mirada capaz de leer mis más íntimos pensamientos. No esperó un segundo más para regresar al asunto que le interesaba.

—Bien, comandante Pignatti, entremos a la diana si le parece bien. ¿Qué desea de mí?

—Verá, capitán Howard, le seré sincero hasta la galleta. Abandoné la plaza de Montevideo hace casi un mes, con la única misión de encontrar a una fragata adquirida por los rebeldes de Buenos Aires e intentar evitar su arribo al Río de la Plata. Al comprobar que se trataba de un bergantín británico, nación aliada, y como ya suponía, al comprobar vuestro rumbo, que procedéis del norte, pensé en la posibilidad de que la hubieseis avistado a lo largo de

vuestra derrota, o escuchado alguna noticia sobre ella en los puertos caribeños. Como puede comprender, sería de gran importancia para mí.

—¿Ese es el asunto de mutuo beneficio que me comentaba su oficial como especial confidencia, comandante? —Ahora exhibía una sonrisa burlona y de profunda decepción—. Poco saco yo de ese negocio.

—Bueno, capitán, le repito que somos aliados en esta empresa de derrotar a los franceses. Tal fin beneficia a su patria y a la mía.

—Verá, comandante, también yo le seré sincero. Aunque británico, poco o nada me interesa esta guerra. Pero debo comentarle que tal situación de conflicto casi generalizado siempre es buena para el comercio, si se es lo suficientemente inteligente y arriesgado.

—Entiendo perfectamente lo que quiere decir, capitán. —Ofrecí un gesto de suma candidez—. Bueno, nada malo nos acaecerá por haberlo intentado. De todas formas, ya le digo que me gusta conocer y relacionarme con los que considero compañeros de oficio y vida, aunque se empleen en derroteros diferentes.

Mientras Miguelillo rellenaba por segunda vez su copa, el capitán Howard adoptaba una postura de expectación, como si esperara que ampliara o definiera mi postura. Y al comprobar que no ofrecía una vara más en mi parla, decidió sincerarse.

—Bueno, la verdad es que he recibido en los últimos meses bastantes datos sobre esa fragata que tanto le preocupa, comandante. Y muy interesantes, por cierto. Pero entiendo que si pasara a informarle con pelos y señales, merecería algún generoso detalle por su parte. ¿No le parece?

En aquellos momentos deseé golpear al britano y tomarlo por el cuello con cabo recio, para colgarlo a continuación desde el pico de la cangreja. Pero no era momento para tirar por la borda y en escasos segundos el fin perseguido. Por tal razón, exhibí una sonrisa de comprensión.

—Suponía que el hecho de cooperar con sus aliados, capitán, le reportaría una elevada satisfacción personal. No obstante, como agradecimiento por su colaboración le enviaría un tonelete de un aguardiente extraordinario, como jamás ha probado.

—Dispongo a bordo del mejor ron caribeño, mi bebida favorita. Siempre he escuchado que los oficiales de la Real Armada son demasiado estrictos en sus normas de conducta y ahora lo compruebo. De todas formas y como no siempre fui tratado con tanta cortesía por algunos de sus compatriotas, se lo agradezco. Hablando a las claras, por cien escudos de oro solamente, sería capaz de recordar hasta el último detalle sobre esa fragata.

—Una desorbitada cantidad, sin duda. Como debe saber, en el apostadero nos encontramos bajo mínimos. Sin embargo, estoy dispuesto a asumir una deuda personal con vos, de esos cien escudos en oro.

—¿Una deuda personal? —Se encontraba cercano a la risa, como si hubiera escuchado una increíble barbaridad—. Por favor, capitán.

—Espero que no dude de mi compromiso. —Ahora exhibí seriedad—. Jamás dejé de pagar una deuda en mis años de vida, puede estar seguro.

—No lo pongo en duda, comandante. Pero no lo veo fácil de realizar. ¿Cómo y cuándo cobraría?

—Dispongo de letras de cambio que puedo hacer efectivas en Montevideo. A partir de ahora le daré conserva al bergantín bajo su mando hasta la arribada al Plata. Y mientras desembarca los alimentos, le haré llegar la cantidad.

—Contemplo una mejor solución. Como el queche bajo su mando es mucho más veloz que mi bergantín, especialmente tan cargado como navego...

El capitán Howard se detuvo unos momentos, como si hubiera entrado en falsa confidencia. Aproveché para dulcificar todavía más el ambiente.

—No comprendo cómo no ha largado parte de su carga a la mar. Debió de asumir un elevado riesgo y sufrir momentos de duro trance durante el temporal.

—Puede asegurarlo. Y a punto estuve de largar unos pesados cañones..., de los que transporto para el mar del Sur, desde luego. Por fortuna, superamos el peor momento. No me gusta perder una sola bolsa de mi carga. Pero, como le decía, puede adelantarse hacia el Plata y preparar la bolsa. De esa forma, cuando fondee frente a Buenos Aires, me hará entrega de su obsequio y le ofreceré toda la información sobre la fragata *Hércules*.

—¿Ya la han bautizado? Me gustaría aceptar su sugerencia, capitán, pero no es posible. No crea que desconfío de vos, nada más lejos de mi ánimo. La bolsa con las monedas se la haría llegar en una pequeña lancha con un hombre de mi confianza, al ser imposible realizarlo en persona. Pero los datos sobre la fragata prefiero recibirlos cara a cara. Puedo preguntarle algún detalle, que desconoce quién le llevará el presente.

De nuevo, Howard se dedicó a pensar, mientras acariciaba sus labios con el dedo índice de su mano derecha. Remató la copa, antes de decidirse.

—De acuerdo, comandante. No crea que he dudado un solo momento de que cumpliré su palabra, como todo hidalgo español —el tono de su voz

sonaba a falsete de traficante de feria—. Y para comenzar le aseguraré que ha emprendido una misión imposible.

—¿Imposible? ¿Acaso la fragata tardará demasiado tiempo en iniciar su travesía hacia el Plata?

—Nada de eso. La fragata *Hércules* se encuentra desde hace más de dos meses bien varada en el riachuelo de la Boca, convenientemente enmascarada y por fuera de miradas interesadas. El problema es que le falta armamento en condiciones. Y como desean que sea la pieza que pueda desequilibrar el ámbito naval en el Plata, no quieren armarla con cualquier pieza artillera. Por ejemplo, esos cañones de bronce de a 18 que transporto hacia las islas británicas, serían perfectos para cubrir tal empresa. Pagarían un altísimo precio por ellos.

Me dejó estupefacto la osadía de aquel bellaco. Declaraba con tono chulesco y sin embozo alguno que transportaba armamento vital para el buque rebelde, lo que podía propiciar nuestra ruina en el escenario platense. Volví a desear acabar con él de un tiro en el pecho, lo que merecía todo pirata y contrabandista sin mediar juicio alguno. Contuve la rifada de nervios y cambié el gesto de odio por beatífica sonrisa.

—Sois muy sincero, capitán.

—Ya que estoy colaborando con vos, lo estimo necesario. Os movéis por patriotismo, comandante, mientras yo lo hago por una buena cantidad de monedas. Ese irlandés llamado William Brown, contratado en Buenos Aires por los patriotas, es quien lleva personalmente el alistamiento de la fragata. Ha conseguido reclutar suficientes hombres para marinarla con eficacia, incluso artilleros ingleses de las islas caribeñas, desertados con elevado riesgo por una generosa cantidad. En estos momentos, necesitan un juego de velas de respeto, los cañones indicados y algunos detalles más de escasa importancia. Siento comunicarle que, en mi opinión, también sincera, los españoles acabarán por ser expulsados del Plata.

—Según tengo entendido, la fragata *Hércules* es del porte de 36 cañones.

—Así es. Pero en lugar de emplear calibres de a 12 y a 6, como correspondería a una fragata de esa clase, lo hará con una batería de a 18 y otras piezas de menor calibre en alcázar y castillo, sin olvidar cuatro carronadas. Como su zona de operaciones se considera cercana en estos momentos, la han aligerado mucho de víveres, aguada y otros elementos. Aunque no alcance la fantástica velocidad del queche bajo su mando, que es velero como ninguno, si llega a distancia de tiro, barrería este buque en un abrir y cerrar de ojos.

La sangre comenzaba a hervir en mis venas, porque entendía que le sobraba razón al malparido contrabandista. Y ahora me ratificaba en la decisión tomada, sin dudarle una mota. Pero debía continuar con la función y obtener la máxima información.

—¿De qué dotación dispone?

—Unos 320 hombres, dada la artillería que piensan utilizar. Y debe recordar que los cañones ingleses se encuentran muy por encima de los españoles, especialmente si son de bronce. Consiguen disparar las balas a una velocidad casi doble que la de ustedes, con lo que es mayor su poder de destrucción. El aparejo es el clásico de fragata, sin variación alguna. No es nueva, desde luego. Inicialmente se trataba de una fragata holandesa de 30 cañones. Vendida posteriormente a una compañía de Boston, navegó unos cuatro años dedicada al comercio. Finalmente, acabó por ser adquirida para la república de Buenos Aires por un banquero de Boston. Recibió una excelente carena, así como un cuidado acondicionamiento para la nueva artillería. Brown ha conseguido que sus jefes no le nieguen nada. Y William, a quien conozco, no es un principiante, sino un hombre de mar aguerrido, valiente y con mucha pericia marinera. Ha decidido afincarse en Buenos Aires como nueva patria. Y no es de extrañar, de acuerdo a las promesas que le han hecho para el futuro, comenzando por adquirir para sí mismo la fragata.

De nuevo se hizo el silencio. Cada nueva información que aquel despreciable villano lanzaba parecía clavarse en mi pecho como daga afilada. Y esperaba que continuara con su penosa información cuando decidió dar por concluida la charla.

—Y eso es todo, comandante. Creo que no hay más información disponible. Podrá regresar con noticias de envidia al apostadero. Si no fuera por mi información, habrían tardado en descubrir la situación de la fragata *Hércules* hasta que se encontrara lista para salir a la mar. Deberían llevar a cabo un ataque nocturno para destruirla antes de que se encuentre operativa, o intentarlo al menos. Sería una operación arriesgada y casi suicida, desde luego, pero ahí se juegan el futuro.

—Tiene razón.

Como no restaban preguntas en mi cerebro, también yo aligeré el final de la velada. Y despedí a mi huésped con renovadas muestras de cortesía, hasta embarcar en nuestra lancha con destino a su buque. Como despedida, me recordó la necesidad de recibir los cien escudos, con una velada amenaza que no llegué a comprender.

Una vez en el alcázar, aunque Quijano y Armentía me miraban con curiosidad en espera de noticias, nada dije. Por el contrario, me dediqué a observar el desembarco del capitán Howard, así como el regreso de Tosquilla y Verdaguer a nuestro bordo. Por fin, aparecieron ambos ante mí. Aunque deseaba otra información con más urgencia, pregunté primero al joven oficial.

—Desembuche, Tosquilla. ¿Observaron algún detalle notable de la carga?

—En la cubierta alta, aunque se encontraran tapados con hules, aparecían hermosos cañones de bronce de a 18. Creo que el caballero Verdaguer sabe más.

—En efecto, señor. Dieciséis cañones de a 18 libras. Bronce y de la mejor calidad. Mucha pólvora inglesa en jarras de cobre. Fusiles con su munición y pertrechos diversos. Bueno, sin olvidar una encomiable cantidad de alimentos.

—Me esperaba algo así. En cuanto a mi conversación con ese maldito capitán, resulta que la fragata *Hércules* se encuentra varada en el riachuelo de la Boca, a falta de ese armamento que transporta el *Blue Ribbon*. Arribó al Plata hace casi dos meses. Un fallo de nuestros informadores, sin duda. Así que podemos regresar a Montevideo.

Evitando los comentarios de los oficiales, tomé al aventurero por el brazo con inquietud, para apartarlo en la timonera. Me movía un interés muy especial, al punto de sentir nervios profundos. Solamente necesité dirigirle una mirada, para que me respondiera con rapidez. Y como esbozaba una alargada sonrisa, comenzó a tranquilizarse la riada interior en mi pecho.

—Todo ha salido a la perfección, señor. Creo que podremos comprobar el éxito de nuestro plan, si los cielos no nos niegan este merecido premio.

—Mucho me alegro, caballero. Que nuestra Señora del Rosario se acuerde de sus hijos más queridos, cuando tanto la necesitan. Pero le doy mi enhorabuena, Gonzalo. —Apreté su hombro con confianza—. Sea como sea que ruede el ovillo, habéis cumplido hasta la galleta.

—Muchas gracias, señor comandante.

Me retiré hasta la toldilla con pensamientos dulces y amargos embolsados en la misma jareta. Y no me creía capaz de esperar las horas necesarias hasta comprobar si el plan atacado surtiría el oportuno efecto. Pero fiel a mi optimismo natural, imaginé en mi cerebro el más deseado de los paisajes, al tiempo que asestaba a Howard la estocada de muerte.

21. Los cielos en apoyo de la causa

Mientras mis hombres izaban a bordo la lancha utilizada previamente en el barqueo de personal, sin apremios ni mayores exigencias por parte del contramaestre, el bergantín *Blue Ribbon* se olvidaba por completo del queche *Hiena* y arrumbaba con todo el aparejo largado en demanda del cabo Santa María, puerta de entrada al Río de la Plata. Es bien sabido que, en los negocios del comercio marítimo, cada día de exceso en la navegación supone jornadas de más, con bocas por alimentar, cobro retardado y monedas perdidas. Pero en poco me incomodaba aquella decisión del capitán Howard, porque en mucho se alineaba con nuestro plan trazado. No obstante, algunos de los hombres en el *Hiena* contemplaban su borda cercana al agua con tristeza y muda desesperación, un sentimiento repetido en el tiempo sin posible solución.

De acuerdo con la información facilitada por el pilotín Falquilla, un joven despierto e inteligente en el que cada día confiaba más, en aquellos momentos nos separaban poco más de setecientas millas del cabo de Santa María. Y si el viento se mantenía del noroeste y frescachón o fresco de fuerza, condiciones que todos habrían signado con decisión, podíamos conjeturar que, navegando con el sople de través y proa del sudoeste, necesitaríamos una semana larga para alcanzar la puerta rioplatense. Se trataba de un tornaviaje que podía ser considerado como amargo o agridulce, dependiendo de cómo se desarrollaran las circunstancias futuras, en las que tantas esperanzas habíamos depositado. Porque, después de todo y entrado en verdades, el fin principal de la misión no se había conseguido. Bien es cierto que se trataba de misión imposible, una vez al corriente de que la fragata de nuestras pesadillas se encontraba a buen resguardo en su madriguera desde bastante tiempo atrás.

Como, de acuerdo al plan previsto, necesitaba algunas horas de margen y, de esa forma, avanzar al bergantín bucanero más adelante y en determinadas condiciones, intenté ralentizar la maniobra a bordo del *Hiena* con cualquier

estratagema. Y aunque el contraemaestre no comprendiera mis palabras en un principio, insistí con firmeza.

—No achuche a los hombres en demasía, don Agustín. Necesitan un poco de descanso, tras las muchas horas sufridas bajo el temporal, y ninguna circunstancia nos apremia. Hoy deberíamos conceder un rancho extraordinario, para que recuperen las fuerzas perdidas en el combate marineró. Por desgracia, a la llegada a la plaza tan solo podremos aportar la información recibida sobre la fragata. Y en poco se diferenciará hacerlo algunas horas antes o después.

—Lo que digáis, señor.

—Por cierto, nostramo, me gustaría que un par de hombres, por medio del bote, echaran un vistazo a la pala del timón y su engarce.

—¿Se refiere a inspeccionar el timón, señor? —preguntaba el contraemaestre con mil dudas reflejadas en su rostro—. No sabía que...

Necesitaba que don Agustín, uno de mis hombres de máxima confianza, se mantuviera al tanto de nuestras intenciones. Para conseguir tal propósito, intenté apartarlo del alcázar con la excusa de revisar los vertellos, que formaban el racamento de la cangreja mesana, recién repasados en el apostadero. Una vez en la toldilla y con la necesaria intimidad, le expuse lo que, hasta el momento, solamente conocían mis oficiales de guerra y el aventurero. Al buen hombre se le abrió la boca en sonrisa sin límite. Y como era de la mayor necesidad, le exigí absoluta discreción y permanente secreto de por vida, condición que comprendió al instante.

—Me parece una idea magnífica, señor. Y no se preocupe una mota por mi discreción. Comprendo bien lo que se juega en este negocio y no he de fallarle una sola pulgada. Puede estar seguro de que mi boca permanecerá cerrada hasta la tumba.

—Muchas gracias, nostramo. No dudo de su postura. Ahora comprenderá que desee perder un par de horas en esta situación.

—Desde luego, señor. Solo tiene que avisarme, cuando así lo desee y estime oportuno, para que regresemos a la normalidad.

Cuando reanudamos la navegación con todo el aparejo arriba, menos las delicadas escandalosas, ya el *Blue Ribbon* se había perdido por el sudoeste. No era mala la visibilidad reinante, pero una fina lluvia, que había comenzado a despuntar minutos atrás, desfiguraba los perfiles en el horizonte, condición que poco me preocupaba. Y cuando, algunas horas después, las luces comenzaban a decaer a pulso firme, volvió a aparecer la silueta del bergantín

culebrón un par de cuartas a estribor, lo que indicaba que había preferido cerrar distancias a la costa y ganar barlovento con vistas al futuro.

Cuando el crepúsculo se hacía amo y señor de los cielos, el *Blue Ribbon* se situaba por nuestra amura de estribor y tres millas largas de distancia. Como el queche se mantenía a superior velocidad, calculé mentalmente que, en tres o cuatro horas, cerca de la medianoche, nos encontraríamos a su altura. Todo se acoplaba al plan en molde llano, si los dioses o las brujas del mar Belgún no dictaban ningún factor a la contra. Por tal razón, en el alcázar se mantenían mis oficiales y el caballero Verdaguer con visos de cierta impaciencia en los rostros, sin apartar la vista del bergantín una sola pulgada. Y no me parecía buena condición esa de mostrar tan a las claras sus sentimientos, por lo que debí entrar en coplas de relleno y compás.

—Bien, señores, no se entristezcan tanto por no haber encontrado a la fragata *Hércules*. Si se atiende a la verdad la información proporcionada por ese maldito capitán Howard, nada nos era posible encontrar por estas benditas aguas.

—No creo que ese bujarrón de huevos podridos haya mentido una sola palabra, señor —apuntaba el segundo comandante—. Cuando los bucaneros de su calaña huelen el sabor de las monedas de oro en la distancia, se les abre la memoria como por encanto y acaban por recordar hasta las primeras letras aprendidas en su niñez. No se jugará la recompensa prometida.

—Tampoco yo lo pongo en duda, segundo. En cuanto al futuro de la fragata *Hércules*, una vez en la plaza propondré al mayor general alguna acción nocturna y por sorpresa para intentar destruirla.

—Si le conceden tanta importancia a ese buque, señor, se encontrará vigilada con cien ojos y muy protegida con baterías instaladas en tierra —dijo Armentía con tristeza—. Una fragata con tal porte puede ser decisiva en las aguas del estuario.

—Pero no en los ríos —el joven Tosquilla mostraba alguna línea de esperanza.

—La rutina es mala y a ella acaban por amoldarse todos, aunque defiendas la santa catedral —insistí—. Pero ya veremos qué opina el capitán de navío De la Sierra sobre ese intento que cifra mis esperanzas. Regresando a nuestro último incidente, es una verdadera lástima que el *Blue Ribbon* alcance el puerto de Buenos Aires con ese importante cargamento. Especialmente con los cañones de bronce destinados para la fragata *Hércules* —lancé una señal difícil de interpretar para quien no se encontrara al tanto de la situación. Intentaba que nuestra conversación mostrara normalidad absoluta

para oídos ajenos. Y lo comprendieron mis hombres, porque hasta el aventurero entró en danza.

—No deberíamos consentir tales actuaciones, señor. Es terrible mantenerse con las manos entrelazadas, mientras observamos el penoso contrabando que tanto nos ofende. No podemos continuar soportando estas penosas y arbitrarias condiciones, a no ser que demos por perdida la guerra contra los sediciosos.

—Le sobra razón, caballero. Pero así se encuentra servida la menestra y será difícil voltearla a nuestro favor.

—Tiene razón el comandante —intervino Quijano—. Las órdenes nos deberían llegar desde muy arriba.

Nos mantuvimos en conversaciones intrascendentes. Y para que no se cortara la norma una mota, acudí con toda naturalidad a mi cámara, donde Miguelillo me sirvió la cena. Recordé que se trataba de la primera comida caliente que tomaba en algunos días, una repetida sensación que mucho agrada a los sentidos. De esta forma ataqué una menestra reforzada de tocino y medio costillar con dientes afilados, mientras trasegaba a la rápida una frasca de vino espeso. Pero como mis tripas también eran recorridas por enanos en danza de aquelarre, pronto regresé al alcázar, donde los tres oficiales y el aventurero se mantenían en falsa conversación.

Dirigí la vista hacia el bergantín con absoluta normalidad, ayudado por un magnífico antejo que recibiera en regalo de mi cuñado, Santiago de Leñanza. Comprobé que sus luces de situación y alguna otra dispersa a bordo bajo cubierta se distinguían con claridad. En aquellos momentos lo marcaba por nuestro través de estribor, dos cuartas a proa y un par de millas de distancia. El viento había descendido a fresco de fuerza, sin variar una sola cuarta de dirección, situación que no afectaba a la empresa. No obstante, decidí largar las escandalosas, para cuajar la rueda. Y como si los dioses de la mar desearan escarchar de cristales mi espíritu, la campana del *Hiena* picaba a medianoche y el oportuno relevo de la guardia. Entrábamos en el momento definitivo, o así lo deseaba con toda la fuerza del alma.

En aquellos momentos, mis oficiales, incapaces de mantener la serenidad unos minutos más, dirigían de forma nerviosa sus anteojos hacia las luces que ya se mostraban por el través de estribor con mayor claridad, en ese lento desfile del bergantín hacia nuestra popa. Por fortuna, la oscuridad de la noche impedía reconocer sus caras, que podía imaginar a la perfección. Y como si también yo intentara ganar alguna cuarta de barlovento, mantenía la distancia con el *Blue Ribbon* al cerrar ligeramente el rumbo. Al tiempo que la

visibilidad aumentaba, las nubes parecían evaporarse poco a poco, lo que permitía que la luna, con su gajo rojizo abierto en cuarto creciente, mostrara detalles de la mar y de la sombra que navegaba por nuestra banda de estribor.

Entrado en nervios difíciles de aplacar y consciente de lo que nos jugábamos en aquel envite, escuché picar la media hora posterior a la entrada en el nuevo día. Apenas sin decidirlo, una oración se elevó de mi pecho hacia la Patrona, que no podía abandonarnos en la ocasión. Comprobé que el aventurero se encontraba a mi lado, dirigiendo la vista hacia estribor. Entrado en dudas, no pude dejar de elevar la pregunta que rondaba por mi cerebro.

—Don Gonzalo, supongo que..., ¿cree posible que se...? —dejé la pregunta en suspenso, al comprender que podía entrar en palabras inconvenientes.

—Con absoluta sinceridad, señor comandante, no dudo un ápice del éxito de nuestro plan. Y no lo estimo como un estado de optimismo injustificado. A pesar de esta seguridad, la bicha no cesa de triturar mis entrañas. Creo que acabaré por desfallecer, si esta situación se mantiene algunos minutos más y...

No pudo don Gonzalo rematar la frase comenzada. Porque en aquel preciso momento, la mar y el cielo se iluminaban por artes malignas o celestiales, como si el más poderoso sol hiciera su inesperada aparición en la noche. Al tiempo que un formidable trueno se extendía en el ambiente, más propio de mil andanadas simultáneas con piezas de a 36, desde el bergantín saltaban haces de luces en llamas de diferentes colores hacia los cielos. El conjunto, plagado después de pequeñas y sordas explosiones, se asemejaba a un fantástico espectáculo de fuegos artificiales, a los que tan aficionados eran en la Corte. A bordo del queche, todos salían a cubierta para contemplar, asombrados, la silueta del *Blue Ribbon*, que comenzaba a arder desde su proa, mientras nuevas explosiones, ahora de menor cuantía, resonaban sin freno. Y como si se tratara de la acción del dedo superior, en escasos minutos las llamas comenzaban a lamer la cangreja y el palo mesana hacia su galleta, mientras se generalizaba el fuego por toda la eslora. No lo dudé un momento.

—¡Toda la caña a estribor! ¡Proa al bergantín! Debemos auxiliar a esos desgraciados. Les debe haber volado la santabárbara. ¡Preparen lancha, bote y cabos salvavidas para ser largados desde la borda!

Los que, hasta el momento, se mantenían asombrados y en profundo silencio, como privilegiados espectadores del siniestro y dantesco espectáculo que les ofrecían, se dirigieron con rapidez hacia sus puestos. Porque una vez

lanzada mi orden en grito, era repetida con insistentes pitadas por contra maestre y guardián. Don Agustín se acercó hacia mí.

—Un desastroso accidente, señor. Nadie se mueve seguro en la mar. Con rumbo de aproximación directa, estimo que alcanzaremos el límite de la bolina por un par de cuartas —apuntaba el contra maestre, fingiendo una profunda agitación y preocupación.

—Es igual, nostramo. Proa directa al bergantín de momento. Ya viraremos con posterioridad, si lo consideramos necesario. Y como primera medida, apaguemos estáis y escandalosas. Todos preparados para recoger a los posibles supervivientes.

—¡Algunos hombres comienzan a lanzarse al agua, señor! —comentaba Armentía—. Parece ser que los situados del combés hacia proa se han visto cortados. Pero han podido dar la lancha y otros embarcan en ella con rapidez. Como no agilicen la maniobra, les alcanzarán las llamas sin remedio.

Aunque creí vivir el suceso con extrema lentitud, puedo asegurar que todo se desarrolló en escasos minutos, esos que separan la vida de la muerte en la mar. Porque ya el bergantín era batido por llamas de altura de proa a popa, cuando una nueva y tremenda explosión hacía que volaran maderas prendidas en fuego y cuerpos de hombres en demoníaco batiburrillo.

—Esa ha debido ser la santabárbara, por su situación a bordo —clamaba Tosquilla—. Las primeras explosiones se debían a la pólvora embarcada de transporte, una peligrosa experiencia.

Todo hombre de mar es consciente de que a nada se teme tanto sobre las aguas como a un incendio de grado, especialmente durante la noche. Se trata de una ley marinera irrefutable, porque las llamas prendidas en las tablas propias encogen el corazón del marinero más bragado, hasta paralizar sus brazos y su cerebro. Acaba por creer que se encuentra ante las mismas brasas del infierno, en el que va a penetrar en pocos minutos con los pies por delante y el alma perdida. Ya les expuse con anterioridad la opinión del teniente general Escaño sobre los incendios en la mar, plasmada en sus escritos sobre la vida a bordo, una verdad irrefutable aunque parezca exageración de viejo lobo de mar.

Cuando el queche alcanzaba las inmediaciones del bergantín, cargamos el aparejo a la voz, dejando dos focos alzados a proa para la necesaria maniobra. En aquel momento, el *Blue Ribbon* apenas mostraba la borda en el límite de su flotación y unas pocas llamas esparcidas en una vasta extensión de la superficie de la mar. Y acababa por entrar en las profundidades poco después sin mayor ruido, alzando su popa a los cielos en postrera exaltación,

como si se rindiera de forma definitiva y deseara iniciar en silencio el camino hacia los reinos del dios Neptuno. Tras prenderse la lancha en su maniobra de arriado, el bote de escasas dimensiones había conseguido separarse del barco y dos pares de remos bogaban hacia fuera a la mayor velocidad posible. Pero también se observaban brazos en desesperado movimiento sobre las aguas, elevando gritos de auxilio. Y como es de ley en la mar, nuestras embarcaciones comenzaron a tomar a todos aquellos que podían, al tiempo que la afortunada embarcación bucanera se acoderaba a nuestro costado. Era grande mi impaciencia por comprobar quién se había salvado, y si entre ellos se encontraban el capitán Howard y su piloto.

Con escasa alegría, comprobé que el maldito capitán era uno de los que habían sobrevivido. Y poco después acudía ante mí, en compañía del piloto, personaje de hombros cargados y mechones blancos. Ambos mostraban rostros cercanos a la lógica desesperación. Los recibí en el alcázar con muestras de extremo dolor, un esfuerzo que no fue fácil realizar.

—Siento mucho ofrecerle la bienvenida a bordo en esta ocasión, tras el penoso accidente sufrido en su bergantín, capitán. Gracias a que perdimos algunas horas por una pequeña avería en el timón, todavía lo manteníamos a la vista, con lo que hemos podido recoger algunos de sus hombres. Por desgracia, serán muchos los que quedarán para siempre en estas aguas.

—Le agradezco sus palabras de obligada condolencia, aunque no las crea en absoluto. Estoy seguro de que batirá palmas en su interior, al comprobar que se perdía la valiosa carga del *Blue Ribbon* —bufó Howard con escasa cortesía y tono avinagrado, mientras masajeaba con fuerza su cabellera.

—Le admito esas indecorosas palabras y el tono empleado, capitán, porque entiendo que ha debido sufrir un fuerte choque emocional —dije con seriedad y energía, gozando de la situación por troneras—. Pero a bordo del buque bajo mi mando, no le consiento una más sin la debida cortesía. Y en ningún momento debería olvidar que nos deben la vida.

—Lo he perdido todo, hasta la última moneda de mi fortuna. —Restregaba sus manos con evidente desesperación, como si no hubiese escuchado mis palabras—. ¿Cómo ha podido suceder algo así? Parece imposible. Debieron reventar las jarras de pólvora almacenadas a proa. Algún estúpido, que espero haya sucumbido entre las llamas con extremo dolor, habrá sido el culpable. Así se pudra su alma en el infierno por los siglos de los siglos.

—Nada es posible hacer ahora para remediarlo, capitán. Poco ganará pensando en tales términos —expuso de forma sumisa y complaciente el

piloto del bergantín—. La mala suerte se ha cebado en el *Blue Ribbon*.

—¡Calla la boca, inútil de mierda! —El capitán se dirigía a su subordinado con el más absoluto de los desprecios—. Era tu obligación comprobar que, en las zonas peligrosas, no se encendiera tarro de luz alguno. Debería estrangularte ahora mismo.

—A bordo del *Blue Ribbon* era su piloto, capitán, pero ese buque ya no existe y no tengo por qué seguir aguantando sus permanentes impertinencias y groserías. —Se rebelaba el piloto con decisión, como si hubiera esperado mucho tiempo para reaccionar de aquella forma—. No le consiento que me hable en ese tono.

—Admitirás lo que yo ordene, malparido bastardo. Y acabaré por estrangularte.

No se trataba de vanas amenazas. Porque el capitán Howard se lanzaba hacia su teórico hombre de confianza con intención de prenderlo por la garganta y, estoy seguro, acabar con su vida. Por fortuna para la integridad del experimentado piloto, mis hombres intervinieron con rapidez para separarlo de su presa. Ahora me dirigí a él con tono autoritario.

—Si mantiene esa postura, capitán Howard, me veré obligado a ponerle grillos^[86]. Le ordeno que se comporte de forma correcta.

—¿De forma correcta, dice? —Su rostro parecía despedir las mismas llamas que habían acabado con su buque—. Deje la putona cortesía para otros escenarios más palaciegos. Lo que no debe olvidar en ningún momento es la deuda contraída conmigo.

—¡Segundo! —Ahora no lo dudé y ejercí con decisión—. Grillos para el capitán Howard. Y que sea bajado al calabozo de forma inmediata.

Forcejeó el capitán con todo su poder, que no era poco en aquel monstruo de la naturaleza. Y una vez bien engrilletado y tomado a ambas bandas por los soldados de Marina, me acerqué a él.

—No piense en cobrar una sola moneda, capitán. Estableceré el costo total de su salvamento y el de sus hombres, más el alojamiento y la necesaria alimentación hasta que llegemos a Montevideo, en cien escudos de oro. Así que considere saldada la deuda. Y tiene suerte, porque a los piratas deberíamos colgarlos por el cuello sin necesidad de juicio —disfrutaba al escupirle aquellas palabras y comprobar cómo perdía el dominio de sus acciones.

—No sois más que un puto bastardo y un ladrón sin palabra, comandante de este queche de mierda. No me extraña su conducta, por ser un oficial de

esa condenada Real Armada, que acabará por ser expulsada de este continente para siempre.

—¡Segundo! Que el amanuense tome nota de las palabras pronunciadas por el capitán Howard con exactitud. En su momento será juzgado por ofensas a la Real Armada y a la Corona. Una vez en el calabozo, debe sufrir racionamiento severo a galleta y agua. Y si continúa en su indecorosa postura, le daremos cañón en su justa medida, como merece tal conducta.

Todavía rezongaba a la baja aquel culebrón, mientras era conducido cubierta abajo. Por otra parte, podía constatar que había disfrutado como pocas veces en mi vida al ordenar el encierro de quien tanto daño nos produjera en los últimos años. Y como mi conducta no había traspasado ninguna norma establecida, esperaba que fuera condenado y que lo sucedido se corriera entre otros buques dedicados al contrabando de armas. Por el contrario, el piloto se mostró sumiso y en orden, como era de esperar. Se le ofreció un digno alojamiento y libertad de movimientos a bordo. Era lo menos que podíamos hacer.

* * *

Como si la mar y los cielos quisieran certificar la bondad de nuestra actuación, el día siguiente de la pérdida del bergantín pirata se abrió de extraordinario cariz. Las nubes se habían evaporado, el viento se mantenía fresco del nordeste y la mar apenas mostraba cabrillas. Tan solo una marea del sudoeste, todavía de alzada respetuosa, manejaba al queche con movimientos de orden. Y para colmar el vaso a la gloria, la visibilidad se ofrecía infinita. Estas condiciones me encontré cuando salí a cubierta, después de haber dormido cuatro horas como un sultán, tras varias noches pasadas en vela y con sudores.

—Sin novedad en la guardia, señor comandante. —Entraba Armentía por ordenanza y con el rostro aderezado de alegría—. Mantenemos el rumbo ordenado y todo el aparejo largado a los cielos. Mar y viento en cuerdas, este último sin role y fresco de fuerza. Durante la última hora, marcamos con la corredera^[87] las cinco millas.

—Muchas gracias. Un día magnífico en todos los sentidos. —Concedí una sonrisa de satisfacción—. ¿Alguna noticia del capitán ariscado? ¿Continúa gritando ese bucanero del demonio?

—Se calmó al ras como la mar. Elevó protestas al recibir galleta y agua, pero la tomó con diligencia, ante la amenaza de ser retiradas.

—Bien que me gustaría colgarlo del pico en ceremonia sabatina. Salvará el pellejo por la cercanía del apostadero, aunque espero que sea juzgado con severidad. ¿Cuántos hombres recogimos en total?

—Cuarenta, si contamos al capitán y al piloto, señor. Once de ellos con quemaduras de mayor o menor gravedad. Están siendo tratados por el sangrador.

—Si le suponemos al bergantín una dotación por encima de los cien...

—Me comunicó el piloto que, de capitán a paje, se encontraban ochenta y dos hombres a bordo, señor. Ya sabe que esos buques intentan embarcar el menor número de marineros posible, aunque se jueguen el pellejo. No desean pagar una moneda de más.

—En ese caso, perdieron la vida cuarenta y dos. Un elevado tributo.

—No olvide que se trata de cuarenta y dos miserables piratas, señor, contrabandistas sin alma que laboraban día a día en contra de los intereses de España. No merecían más que acabar colgados por el cuello del pico de la cangreja mesana.

—Estoy de acuerdo con sus palabras, Armentía. No crea que me apenan esas pérdidas una mota. Solamente debemos pensar en la guerra que mantenemos y debemos ganar al precio que sea.

—Desde luego, señor.

Con una sensación de felicidad difícil de comparar, comencé con mi paseo habitual, hasta alcanzar el coronamiento. Y allí mismo se encontraba el aventurero, con la mirada perdida en esas aguas que se pierden a popa y que jamás volveremos a surcar. Escuchó mis pasos y se giró con rapidez.

—Buenos días, señor comandante.

—Buenos días, caballero. Y en este caso no se trata de una cortesía obligada. Una magnífica jornada se nos abre por la proa y feliz navegación hacia nuestro fondeadero.

—Así es, señor.

—Supongo que se encuentra satisfecho tras el afortunado suceso. La verdad, don Gonzalo, que mucho debemos agradecerle, aunque jamás llegue a recibir una mínima recompensa por ello. Su extraordinaria y muy meritoria acción quedará sumida en el mayor de los secretos para siempre.

—Le aseguro que nada me importa ese detalle, señor. Estoy feliz porque he cumplido con mi deber y hemos conseguido eliminar un peligro inminente. Pero también vos trabajasteis a favor del plan embastado en su justa medida. Alargar la conversación con el capitán Howard y conseguirme suficiente tiempo para charlar con el piloto, hasta convencerlo, fue muy importante.

—Le seré sincero, don Gonzalo. Depositaba muy escasas esperanzas en que consiguiera el fin perseguido. No es fácil que un piloto acceda a destruir su propio buque, por mucha plata que se le ofrezca. Debisteis ser muy persuasivo.

—Vos mismo, señor, me previnisteis con razón sobre la codicia de estos desalmados bucaneros, que solo por el ruido de las monedas se mueven. No obstante, es cierto que la suerte se rindió a nuestro favor en todos los detalles e hicieron posible el éxito definitivo. En primer lugar, este hombre se encuentra al final de su carrera en la mar. Y, como aspecto principal, aparece su acendrado odio por el capitán Howard, al punto de consumirlo como la peor de las enfermedades. Mucho ha debido sufrir de ese tirano durante los cinco últimos años, sabiendo que ya no encontraría otro buque donde embarcar. Pero no lo estime como un santurrón de monasterio, ni mucho menos. Porque también él actúa con severo despotismo con sus hombres y es poco querido. De todas formas, no fue sencillo llegar a un acuerdo sobre el monto a pagarle.

—Esas trescientas monedas de oro conforman un buen retiro, tras una alargada vida en la mar. Y no sé de dónde las sacaremos.

—Bueno, señor, la verdad es que no le prometí trescientos escudos de oro —ahora el aventurero dirigía la mirada hacia la cubierta.

—¿No se lo prometió? Vamos, don Gonzalo, cuénteme la verdad.

—Cuando le ofrecí esa cifra, de acuerdo con su consejo, alegó que no era suficiente. Insistió en que correría un grave peligro. Aunque llevara a cabo su acción de incendiar la zona de proa donde se encontraban estibadas las jarras de pólvora en la medianoche, cuando se cambia la guardia y todos duermen, podía ser descubierto. Y en ese caso, el capitán le habría dado muerte sin dudar, que así es la ley de la mar. Pero también era peligroso salvarse del incendio, aunque se mantuviera alerta y comenzara a dar la lancha y el bote con las primeras explosiones. Entendí que no era momento de echarse atrás y subí hasta las quinientas monedas.

—¿Quinientos escudos de oro? Por todos las almas del cementerio cristiano. ¿Se ha vuelto loco? ¿Cómo vamos a pagar esa cantidad?

—Se trata de un problema mío, señor. Yo lo solucionaré.

—De eso nada. La acción que hemos impedido vale mucho más. Pero, la verdad, no sé de dónde podremos sacar esa fabulosa cantidad. Dispongo de unas letras de cambio a mi favor, entregadas por mi cuñado antes de partir hacia España, por si me aparecía algún apuro extremo. Pero no creo que me alcancen.

—No se preocupe, señor. Tengo la solución muy meditada.

—¿Solución? ¿De qué solución habla?

—He sido yo quien se ha metido en el embrollo, y de él debo salir por mis propios medios. Tras pensar mucho en ello, he decidido que la solución más lógica es no pagarle un solo centavo.

—¿No pagarle? Pero se comprometió a ello. Puede ser bastante peligroso.

—Perdone que le lleve la contraria, señor. Pero si lo piensa detenidamente, ¿con quién me he comprometido en realidad? Con un pirata, un bastardo bucanero que se salta la ley día a día. Por sus muchos delitos debería perder la vida, que así lo marcan nuestras leyes sin dudarlo. Si no colgamos a todos esos contrabandistas rescatados de las aguas, es por la presión que ejercen los británicos. De esa forma, creo que un caballero nada le debe a una persona que se encuentra permanentemente fuera de la ley y actúa en contra de nuestros intereses nacionales. Va bien pagado con salvar la vida, y agradecido debe quedar por las atenciones dispensadas a bordo.

Quedé sopesando las palabras del aventurero, que parecía muy convencido de su teoría. Y no le faltaba razón, desde luego. También era necesario recordar que jamás conseguiríamos esos quinientos escudos, ni en rogativa especial a los cielos.

—Debo reconocer que me agrada esa teoría. ¿Cuándo le dijo que debería pagarle?

—En principio, cuando conseguí convencerlo a bordo del bergantín, le hablé en su nombre, señor, para conceder más fuerza y seguridad a la deuda. Pero esta misma mañana he conversado con él un buen rato en el castillo y le he asegurado que todo fue cosa mía, sin consultar a nadie. Por tal razón debía mantener el secreto. Comenzó a protestar, pero le hice ver que soy un caballero acaudalado y poco me importan esos quinientos escudos. Asumí la deuda como mía. Por fin, acordamos que deberá acudir a mi residencia en la noche del siguiente día a nuestra arribada a Montevideo, para recibir las monedas.

—El día siguiente a nuestra arribada. ¿Y qué piensa hacer? —pregunté de forma mecánica, aunque ya suponía la respuesta—. No debe confiar una mota en esa gentuza, con sangre verde como las víboras.

—Quede tranquilo, señor. Jamás confío en quien no debo. Sencillamente, le diré que es un pirata del demonio y que no pienso pagarle una sola onza. Si se pone gallito y entra en amenazas, acabaré con él. Soy diestro con sable y pistola.

—Le veo muy decidido.

—Debemos serlo con quien ataca a nuestra patria, señor. —Ahora don Gonzalo enhebraba una media sonrisa—. No me supone remordimiento alguno engañar a un bucanero o acabar con su vida.

—La muerte del piloto puede conseguir que algunos lleguen a pensar lo que no nos conviene.

—En este caso particular no lo creo, señor. Se trata de un hombre solitario. Puede estar seguro de que nadie encontrará su cadáver en lugar que pueda relacionarme. Además, tan solo haré justicia.

—Muestro mi acuerdo. Por cierto, ¿cómo se llama este sujeto? ¿Cuál es su verdadera nacionalidad, si se lo ha podido entresacar? Son bastante reacios a explicar su verdadera identidad y procedencia.

—Creo que fue sincero, señor. Su nombre es Paul Desquert. Aunque de descendencia francesa y oriundo de la Luisiana, posee la nacionalidad de esos nuevos Estados americanos del Norte. Poseía una goleta abanderada en Boston, pero la perdió hace poco más de cinco años en un temporal cerca del cabo de Hornos. Precisamente fue salvado por una fragata de la Real Armada. Y en agradecimiento, se ha dedicado a contrabandear contra nosotros desde entonces, una vez contratado por el capitán Howard. No debe preocuparnos este cerdo.

De nuevo intenté pensar en las mil rifadas que se podían desprender de aquel nuevo plan. Pero de todas formas, me admiraba la decisión de don Gonzalo. Y gracias a ella habíamos rendido un extraordinario servicio a España. Porque no dejaba de pensar que la escasez de un buen armamento podía retrasar la entrada en servicio de la fragata Hércules y concedernos alguna oportunidad para destruirla.

—No quiero que corráis peligro alguno, caballero. No me lo perdonaría.

—No correré peligro alguno, señor. Déjelo todo de mi cuenta y olvídese de ese bucanero del tres al cuarto para siempre. No merece la pena. Piense solamente en lo que hemos conseguido, aunque, como decís, no podamos propagarlo a los vientos. Será un magnífico secreto, a guardar en nuestros corazones.

Sin macerar la carne un segundo más, le tendí la mano a aquel valiente. Y mientras se la estrechaba con fuerza, le expuse mis verdaderos sentimientos.

—Sois un hombre de verdad, don Gonzalo, y es mucho lo que se os debe agradecer.

—Soy yo quien os agradece muy por alto la oportunidad de redimirme y haber cumplido con nuestra patria. Mucho he disfrutado a bordo y mucho he aprendido de vos, señor comandante. Siempre recordaré estos días embarcado

en el queche *Hiena*, como el máspreciado de los tesoros. Creo que todo hombre debería pasar algunos meses en la mar para comprender en su justa medida la vida que abordamos, a veces de forma insensata. No se si me comprende, pero así lo pienso sinceramente.

—Lo comprendo muy bien, caballero. Y ahora, de hombre a hombre, muchas gracias.

Me retiré un poco emocionado por las palabras y el tono utilizado por el aventurero. Y sin desearlo, la figura de Alicia se abrió paso en mi cerebro con claridad. Llegué al convencimiento de que el mayor error cometido por aquella mujer había sido el de despreciar el amor de don Gonzalo, que habría entregado la vida por ella. Pero pronto mis pensamientos regresaron a la mar y al futuro, aunque se presentara un tanto incierto. Y aunque intentaba desecharlo en todo momento, también aparecieron en mi cerebro las figuras de mi mujer y mi hijo Francisco, a quienes no veía desde demasiados meses atrás. Porque para bien o para mal, todavía la fecha del regreso se encontraba escrita sobre las aguas con papel y plumilla corta. Pero así era la mar y la vida escogida. Por último, elevé la mirada para comprobar las velas del queche, ese buque que mandaba con orgullo, momento en el que se disiparon todas las dudas.

22. Horizontes tomados

Bien entrada la mañana del decimoséptimo día del mes de octubre, largamos las anclas en la poza de las agujas, nuestro fondeadero habitual frente a la plaza de Montevideo. El tornaviaje se alargó algunos días más de los previstos, porque el viento había raleado en exceso, incluso con roles perniciosos hacia el oeste, que nos obligaron a forzar algunas bordadas de estremera. La última de ellas y con ciertas dificultades en la maniobra de los focos, de punta y engolfados casi al paio en el Río de la Plata, para entrar en el apostadero desde el sur. Sin embargo, el soplo nunca había sobrepasado la estadía del frescachón y pudimos navegar con todo el aparejo en un elevado porcentaje de la derrota.

Aunque apenas sobrepasábamos las cinco semanas desde nuestra partida, creí entrever un nuevo aspecto general en el apostadero naval y sus alrededores. Es posible que la próxima entrada en la primavera ofreciera fragancias no percibidas hasta entonces, colores intensos y un espíritu renovador en la bella capital, aunque permaneciera azotada por la guerra y la mísera carencia. Al mismo tiempo, desesperaba por la obligación de ceñirnos en permanencia a la banda oriental, como si en la occidental se emplazara la más peligrosa de las pestes. Y eran grandes los deseos que abanicaba en mi cerebro de pasear por la incomparable ciudad bonaerense, la perla del Plata, aunque solamente la conociera a través de imágenes o por citas y comentarios de algunos amigos.

El capitán Howard, bucanero mayor del reino, se había amoldado por fin con la necesaria sumisión a su nuevo estado, privado de libertad y movimientos. Aunque, al tercer día de su forzado confinamiento en el pequeño calabozo, había protestado con energía por su severo racionamiento y exigido ser recibido de inmediato por el señor comandante, el guardián a cargo, don Pedro Mendoza, de acuerdo con mis instrucciones le ofreció en adecuada respuesta un rebencazo de fuste en los lomos y ayuno completo

durante una jornada. Como era de esperar, al día siguiente se mostraba manso cual cordero listo para el degüello, y atacó con avidez su galleta de mar con la jarra de agua asignada. Y según me explicaron, el muy bastardo parecía tomar las mejores viandas nunca trasegadas por su miserable garganta. Tras una semana en las mismas condiciones, autoricé a que se le ofreciera el rancho diario de a bordo, exento de vino, sin abandonar los grillos en ningún momento.

Aunque el sentimiento de felicidad se mantenía grabado bien dentro en los fondos de mi alma, la simple visión en la distancia del edificio de la comandancia naval me dejó un regusto amargo en los bajos. Porque tras más de un mes aparejado en la mar como dios y señor, disfrutando de esa libertad infinita que todo oficial de guerra de la Real Armada anhela y desea en la mar, debía sufrir la oportuna entrevista con el comandante naval del apostadero, el inefable don Luis de la Sierra. Y bien sabe Dios que intentaba evitar la simple visión de aquella mosca cojonera, amparada en casaca de capitán de navío. Tal situación me revertiría a lo que entendía como penosa esclavitud y retención permanente de mis verdaderas opiniones, una situación que acabaría por reventar la granada más pronto que tarde y con malas consecuencias para mi alma.

Gracias a los dioses de la mar y como debía encontrarme lanzado con las estrellas a favor por aquellos días, poco después de establecer a bordo la situación de permanente fondeo, se acercaba un bote de servicio a nuestro costado. Poco después, el alférez de fragata Tosquilla me entregaba un sencillo recado doblado a cuartos, signado por el capitán de fragata Parejo, en el que me rogaba comparecer en la mayoría general en la primera ocasión posible, por ausencia del comandante naval. Y como era de esperar, recibí la noticia con euforia contenida y extremo placer. Tan solo me cumplía la duda, de hacia dónde podía haber dirigido sus pasos la máxima Autoridad Naval del apostadero. Porque no era don Luis de la Sierra hombre que demostrara inquietudes en tal sentido, hasta el momento.

Entrado en un arrebatado de majestuoso optimismo, llegué a pensar que mi culebrón particular podía haber partido hacia España de forma definitiva en algún buque enviado desde Cádiz. Incluso imaginaba a la fragata *Proserpina* en mi cerebro con claridad, arribada a la plaza en mi ausencia con esos refuerzos que se solicitaban una y otra vez a las autoridades de la Península, sin adecuada respuesta. Pero también podía ser a causa de grave enfermedad, al aparentar debilidad física y escasa fortaleza. Me recriminé tales pensamientos, que nunca se debe uno alegrar del mal ajeno. No obstante y

rebajando la mecha, unas tercianas de escasa monta podrían solucionar muchos de los problemas embastados en el apostadero.

Me presenté en la estancia de trabajo del mayor general, mi buen amigo Tomás Parejo, una hora después de nuestro fondeo. Recorrí la distancia desde la escala real hasta la comandancia naval con pies ligeros, una situación que no recordaba haber gozado en bastantes meses. Y como de costumbre, Tomás se encontraba sumido entre una interminable montaña de pliegos, capaces de alumbrar la más generosa de las chimeneas, y con protestas en murmullo. Levantó la cabeza al reconocermme, exhibiendo una sonrisa de placer.

—¡Por todos los cristos! ¡Bienvenido seas a la plaza montevideana, amigo mío! Ya era hora de que recibiera alguna visita interesante a lo largo de esta insulsa y aburrida semana que expira. No soporto un minuto más el tedio que nos invade. Vamos, Beto, toma asiento y cuéntame alguna noticia atractiva, aunque debas inventarla con tu inagotable imaginación. —Tomás parecía de excelente humor, mientras cerraba legajos y los apartaba con desdén a un extremo de su mesa—. La lectura de tanto pliego acabará por volverme loco. Creo que, en la próxima comisión, nuestro jefe debería autorizarme a embarcar en tu compañía y aspirar un poco de aroma salado.

—No exageres tanto. Estoy convencido de que no podrías pasar ni un solo día separado de don Luis de la Sierra, ese hombre que inspira todos tus pensamientos.

—Espero que, muy pronto, un par de tiburones devoren tus huevos, mientras el queche *Hiena* se hunde hasta el fondo del infierno.

—Vaya un amistoso y honorable recibimiento. Deberías saber, que el queche bajo mi mando es un buque indestructible.

—Vamos, deja las bobadas a un lado y cuéntame algo interesante.

—En primer lugar, muestro mi más extraordinario pesar por no poder dar la preceptiva novedad al capitán de navío De la Sierra. Espero que no se encuentre enfermo de gravedad.

—Eso quisieras tú, maldito culebrón. —Tomás reía a gusto—. Pero no nos caerá esa breva en la cesta. Se ha visto obligado a acompañar al general Vigodet hasta la colonia de Sacramento. Según parece, desean insuflar nuevos ánimos a los que por allí luchan. Y falta les hace, desde luego. Porque si nuestros soldados flaquean demasiado por aquellos lindes, o aumentan las deserciones, acabaremos bloqueados a muerte entre las murallas de la plaza y deberemos comer ratas.

—Ya las comí de guardiamarina y no saben nada mal, si les añades unos ajos en la sartén. En fin, espero que esa pareja de enfajados no sufra incidente

negativo alguno en su recorrido. Bueno, ahora hablando en serio, no hemos topado con la fragata durante nuestra navegación, bastantes millas al norte del morro de Santa Marta. Pero se trataba de misión imposible. La fragata *Hércules* se encuentra en el Río de la Plata desde el pasado mes de enero. Parece que, en esta ocasión, han fracasado tus prestigiosos informadores.

—Estoy al tanto y con detalle. Hace pocos días me informaron de que la mantienen a buen resguardo y varada sin problemas en el riachuelo de la Boca. Por desgracia o por fortuna para ti, tuve conocimiento de tales hechos cuando ya navegabas por libre a muchas millas del apostadero.

—Como dices, la fragata se encuentra convenientemente enmascarada con aparejos amadrinados, costras falsas y por fuera de miradas interesadas. Además, supongo que se encontrará bien defendida.

—Así es. Han instalado dos poderosas baterías a banda y banda de la entrada del riachuelo de la Boca en fuego de enfilada. Y para rematar su defensa, han acoderado una pórtala de través ante ella, a la que han instalado artillería gruesa en su banda de fuera. Por cierto —Tomás mostraba rostro de extrañeza—, ¿cómo sabes tú lo de la fragata? ¿Y de dónde sacas esos detalles, como el nombre de *Hércules*, desconocido para mí?

—Porque mantuve una interesante conversación con un bujarrón malencarado y ramplón llamado Robert Howard, capitán del bergantín mercante con bandera británica de conveniencia y claramente contrabandista, *Blue Ribbon*. Un hijo de puta sin posible enmienda.

—¿Del *Blue Ribbon*? Así le caigan a ese buque diez rayos en la mar y alguno alcance su santabárbara. Esos bribones no cesan en su abastecimiento de armas y pertrechos a los rebeldes. Pero ahí se encuentra la fragata *Nereus* de Su Majestad británica, para recibirlo como si se tratara de una embarcación de la *Royal Navy*. Malditos sean todos esos hijos de la gran ramera. Y englobo en el cupo tanto a los del bergantín como a los de esa putorrón fragata.

—Ya veo que los amas con sincera emoción. Pero puedes quedar tranquilo. Ese *Blue Ribbon* no volverá a transportar material alguno para los sediciosos, puedes jurarlo por la salud de tu alma eterna. Se fue a los fondos con un buen número de cañones de bronce de a 24 libras y en flor de cuño, destinados precisamente a formar la batería de la fragata *Hércules*.

—¿Se fue a los fondos ese puto bergantín? Santo Dios, Beto, ¿qué has hecho? —Tomás me miraba con honda preocupación—. Por la salud de mis hijos, que tanto quiero. Espero que no hayas cometido una barbaridad. Te

conozco y sé de lo que eres capaz. Siento pavor en estos momentos. ¿Murió su capitán?

—Nada de eso, lo mantengo bien enjaulado en el calabozo del *Hiena*. Y la primera semana severamente racionado a galleta marinera y agua. Un espectáculo maravilloso.

—¡Por todos los santos que en el cielo anidan! —Ahora Tomás mesaba sus cabellos con agitación extrema—. Te has jugado la carrera, Beto, así de sencillo. No sé como podré sacarte de esta, si es que aparece salida. La prepotencia británica aumenta cada día, ahora que, según parece, ese Wellington ha sido nombrado jefe de los Ejércitos que, en la Península, combaten al francés. Nos tienen bien cogidos por los huevos.

—Calma las aguas, que no es preocupante la situación. No existe ningún peligro para mi persona ni para las relaciones con los putos britanos, amigo mío. El bergantín *Blue Ribbon* entró en llamas al explotarle el cargamento de pólvora que pensaba entregar a la fragata *Hércules*. Y también acabó saltando por los aires su propia santabárbara, como deseabas.

—¿Un incendio a bordo? Suen a gloria, desde luego, aunque cueste creerlo como cierto. ¿No apareció alguna intercesión de tu mano pecadora?

—Nadie podría asegurarlo, puedes estar seguro. No es posible que aparezca ni la más mínima sospecha que nos involucre en tan desagradable y doloroso incidente marítimo. Es más, recogí un buen número de naufragos, cuarenta hombres a los que salvé la vida con arrojo y peligro para el queche, por lo que me deben estar agradecidos.

—Tus palabras me producen verdadero desasosiego, incluso pánico. —Tomás mantenía el rostro con el miedo reflejado a las claras—. Pero no lo comprendo. Si salvaste un buen número de vidas, ¿cómo acabó Howard con grilletes y racionamiento?

—Por ofender de palabra a la Real Armada y, por lo tanto, a la Corona. Si me permites que cierre tu despacho y prometes guardar silencio absoluto de lo que vas a escuchar durante el resto de tus días, te lo contaré paso a paso y con todo detalle.

—Vamos, cierra la jodida puerta de una vez y desembucha hasta la última gota, que no aguanto más. Preveo una negra rumazón por el horizonte, que nos escaldará hasta las suelas.

—Nada de nubes negras, sino un cielo azul con visibilidad de cientos. Escucha con atención y no me interrumpas.

Una vez a solas y sin oídos indiscretos a nuestro alrededor, expuse al mayor general todo lo acaecido desde que abandonáramos Montevideo cinco

semanas atrás. Los gestos de su cara variaban como los compases de un violín, de la máxima preocupación hasta la sonrisa abierta, sin olvidar algún batido de palmas en júbilo. Cuando rematé la narración, quedé en silencio, esperando su reacción aunque, en verdad, no la temía.

—Creo tus palabras porque te conozco a fondo y sé que nunca mientes. Has apostado muy fuerte, amigo mío. Pero si sales bien de esta, lo que es muy probable, juro por Santa Úrsula que lo celebraremos como se merece. Mira que hemos pensado en todas las posibilidades que se nos podían presentar para acabar con ese barco. Y la has encontrado en la primera ocasión.

—No es mérito mío, Tomás. Te repito que la idea se le ocurrió al aventurero, que es un hombre de planta a galleta, más listo que un águila culebrera. No podrá ser recompensado jamás por esta acción, pero merecería algún reconocimiento.

—Debes exponer en el informe su extraordinaria actuación durante el temporal y en la maniobra para recoger los naufragos, en la que expuso su propia vida por salvar a esos hombres de la mar entre las llamas.

—Es buena idea. Así lo haré.

—Pero volviendo al tema del incendio, me preocupa ese piloto. Puede acabar hablando demasiado y la situación se tornaría peligrosa por ambas bandas. El comandante de la fragata *Nereus* creará todo lo que represente un mal para nosotros.

—Esta noche acudirá a casa de don Gonzalo y ahí se acabará su historia.

—Prefiero no saber los detalles, pero disfrutaría si apareciera su cuerpo sin vida en el arrabal de Montevideo, por donde pululan ramerías y desfalcadores de faltriqueras con facas de a dos palmos.

—No pienses en ello. Confío plenamente en el aventurero, que sabe bien lo que nos jugamos en la empresa. Y, desde luego, esos cañones no llegarán a su destino, ni el resto de tan generosa carga. Mucho arriesgó el capitán Howard durante el pampero que sufrimos para mantener a bordo hasta el último grano de pólvora. Pero de nada le sirvió, y fue ese material, precisamente, el que llevó a su buque hasta los infiernos. No puedes imaginar qué visión más maravillosa, contemplarlo entre llamas y explosiones, hasta su final hundimiento.

—Un éxito colosal. Espero que todos sepan mantener la lengua cerrada hasta la muerte.

—Confío a carta blanca en los cinco hombres que se encuentran al tanto del meollo. Me siento feliz, aunque supongo que otro buque relevará al *Blue Ribbon* y esa fragata acabará alistada en dulce con los mejores cañones y

pertrechos de cuna. Disponemos de poco tiempo para actuar, posiblemente un par de meses.

—¿Para actuar? ¿Qué quieres decir? —ahora Parejo mostraba signos de extrañeza.

—Es de todo punto necesario impedir que esa fragata llegue a abandonar el riachuelo de La Boca en perfectas condiciones de mar y guerra. Bien marinada, nos pasaría con barbas por encima de la galleta. Podríamos llevar a cabo un ataque nocturno y acabar con ella. Lo considero de todo punto necesario.

—Tienes toda la razón, aunque se trate de una acción casi suicida, que tan solo retrasaría el resultado final. —Tomás presentaba ahora una estampa de abatimiento y tristeza, algo inusual en él—. Aunque no lo declare jamás en público ni en privado, salvo excepciones, estimo que la suerte parece echada a negras sobre el tapete del Río de la Plata si no recibimos abundantes refuerzos en escaso tiempo.

—¿Por qué dices eso? ¿Dónde quedó tu espíritu de combate? Ya sabemos que los rebeldes incrementarán sus fuerzas navales poco a poco, a no ser que acabemos con ellas conforme vayan apareciendo. No se nos presenta otra solución. Por tal razón, expongo la imperiosa necesidad de acabar con la fragata *Hércules*.

—Estoy de acuerdo contigo, Beto, y así se lo exponremos mañana mismo al capitán de navío De la Sierra. Pero no solo debemos pensar en esa fragata, aunque sea el más poderoso de los refuerzos. Según mis informadores, también se encuentran en el riachuelo de La Boca dos corbetas capaces de montar más de veinte cañones. He calculado que, en unos meses, si continúan llegando buques mercantes con cañones, pólvora, balerío, fusiles y pertrechos, ese William Brown tendrá a su disposición una fragata de 36 cañones, dos o tres corbetas de 22, un bergantín de 15, dos goletas de 17, una balandra muy armada y algunas otras unidades menores. Y todas ellas con el necesario personal, promesas de generosas mesadas y botín final por un triunfo definitivo.

—Nada sabía de las corbetas. Ese bastardo de Howard se guardó la información. Bueno, se rumoreaba su próxima adquisición, pero no que ya se encontraran en estas aguas. ¡Por todos los demonios y sus crías britanas! ¿Han conseguido mandos competentes para todos ellos? ¿Y dotaciones?

—Por si quieres escucharlo con tus propios oídos —Tomás buscó en su mesa, hasta encontrar un pliego doblado—, los apellidos de los comandantes de esos buques, según me han informado con detalle, son Baxter, Rusell,

King, Lamarca, Leech, Hubac, Mac Dougall y otros hijos de puta tan argentinos como ellos. Sin olvidar al que manda la escuadra, ese cabronazo irlandés llamado Brown. Y ya no nos vale decir que esos piratas saldrán con el rabo entre las piernas a los primeros disparos. Brown está consiguiendo adiestrarlos convenientemente y forzándolos a una severa disciplina a bordo. Si consigue sus propósitos, nuestra presencia en el Río de la Plata toca a su fin, por mucho que nos duela. La única solución es que nos envíen desde España un par de fragatas bien alistadas y cargar contra ellos.

—Una solución que, con entera sinceridad, ni siquiera esperamos.

—Así es para nuestra desgracia. En España permanecen ciegos y sordos. Solamente piensan en la guerra contra el francés, que parece correr muy a favor. Según las últimas noticias, llegadas por tierra, pronto se sentará en el trono don Fernando VII. Por desgracia, puede ser demasiado tarde. Además, nuestro principal problema no es el escaso número de buques a disposición, y me refiero a unidades en situación de verdadero desempeño. El problema vital es el del personal. Murieron demasiados por el escorbuto, además de los que, por los fríos del invierno, acabaron en el hospital con el pecho a cuadros. Y una docena larga que desertaron del *Cisne* durante sus obras de reparación. Apenas disponemos de marineros y artilleros para dos o tres unidades. Deberé quitarte algunos para la división de Romarate, aunque tus protestas alcancen el cielo. ¿De dónde sacaremos el personal mínimo necesario? ¿Los hombres del campo tal vez? ¿O embarcamos amanuenses y escribanos con sangre floja?

—Mal me pintas la situación.

—Es la real que atravesamos, y la peor postura es cerrar los ojos, como parece ser el camino tomado por algunos. Por tal razón, es posible que aciertes de lleno y que la única solución a la vista sea un ataque desesperado contra el riachuelo de La Boca e intentar poner en fuegos todas esas unidades antes de que se encuentren alistadas. Aunque perdamos en la empresa muchos hombres. Ya veremos lo que opina nuestro jefe aunque, en verdad, dudo mucho que nos apoye en esta empresa.

—¿Cómo va a negar la única alternativa que se nos ofrece? Sería un suicidio. En ese caso, más vale aparejar los baúles y salir hacia la Península.

—Ya sabes que la frase favorita de nuestro jefe, repetida una y mil veces, es la de no asumir riesgos innecesarios, que solamente nos debilitarían. Como si la guerra en la mar se pudiera enfrentar sin el peligro de salir chamuscado de barbas o muerto en cubierta. Te juro que, a veces, estimo que este hombre

parece pertenecer a otra institución, a pesar de haber navegado y entrado en combate.

—Debemos intentarlo al menos. No podemos quedar mano sobre mano y observar el desastre final.

—Desde luego. Hablaré con Romarate, que también acaba de regresar de una incursión por los arroyos. Se mostrará de acuerdo con nosotros. Puede ser un apoyo fundamental, porque su ascendencia sobre De la Sierra es grande. No sé por qué, pero lo respeta mucho.

—¿Cómo anda Jacinto? ¿Se encuentra bien de sus periódicas tercianas?

—Se ha recuperado de forma rápida e inesperada. Bueno, es fuerte como un toro y en vez de ungüentos y pomadas, bebe aguardiente. Asegura que es la mejor poción a tomar en enfermedad y es posible que tenga razón. Preguntó por ti para felicitarte por tu acción en el Uruguay, pero ya habías salido en busca de la fragata. También me apoyó ante De la Sierra cuando recomendé a nuestro jefe que te propusiera para el ascenso a capitán de navío, tras el éxito conseguido contra la batería enemiga en el río Uruguay.

—Desconocía ese detalle, que te agradezco. Supongo que se negaría.

—Bueno, como tantas otras veces, aseguró que lo pensaría detenidamente. —Parejo realizó un gesto de incompreensión—. Es un hombre de decisiones muy meditadas y extremada lentitud.

—Pues si nos apoya Romarate, es posible que el jefe se decida por la acción.

—No estoy seguro. —Tomás parecía perderse en sus pensamientos—. Debemos presentarlo con ciertas expectativas de triunfo y sin que parezca una acción a una sola carta, lo que no es más que la pura realidad. De la Sierra y el general Vigodet llegarán a la plaza esta misma noche, si no surge ningún contratiempo. Mañana, a primera hora, despacharé con él. Pediré a Romarate que acuda a esa misma hora. Es bastante habitual que discutamos los dos al tiempo con De la Sierra. Por tal razón, debes llegar a las nueve en punto. Romarate argumentará que desea escuchar lo sucedido con el bergantín maldito. De esa forma, tras narrarle tu comisión y el incendio del *Blue Ribbon*, le expondremos en conjunto la necesidad de atacar con todo, hasta la última camisola disponible.

—Me parece una idea magnífica que puede ofrecer un buen resultado. En ese caso, a la hora fijada estaré aquí, preparado para entrar a fuego.

—¿Has sufrido algún problema en el queche? ¿Necesitas algo, de lo que pueda servirte?

—El *Hiena* se ha comportado como un verdadero buque de raza. Sufrimos un pampero de cuerdas altas a la altura del morro de Santa Marta, capaz de descabalar al Cid Campeador. Y lo soportó a luces. Quizás se le pueda considerar un poco flojo de extremos, pero no se le debe exigir una onza más. Lo considero hábil para navegar en todo tipo de mar, aunque entrado en olas altas, su artillería se vea con escasa disposición. Y en cuanto a víveres, todavía dispongo para casi dos meses, y solo a ti lo diría.

—Muy bien. Es la primera buena noticia que recibo en varias semanas. Descansa y prepara tu narración para mañana. No dudes una sola palabra al exponer el incendio del bergantín o nuestro querido jefe entrará en desconfianza y convulsiones profundas. Que no pueda atisbar, ni de lejos, la intervención de tu mano pecadora en los hechos.

—Soy un buen actor de teatro. Por cierto, ¿se mantiene todo en orden por esta bendita plaza? ¿No se ha recibido correo de España?

—Nada de correo y escasas noticias, siempre llegadas por los caminos de tierra. La familia bien y mis cuñados a cargo, como puedes imaginar. — Volvió a realizar el gesto habitual de repulsa, cuando hablaba de los hermanos de su mujer—. Y tu damisela, desaparecida.

—¿Qué damisela? ¿Te refieres a Alicia? Bueno, lo esperaba. Ya te expuse que nos despedimos de forma definitiva. Estaba decidida a salir a la caza y compromiso con un hacendado rico.

—Pues en esa tarea debe moverse. Abandonó el caserón del Cerrito y no se la ha vuelto a ver por la plaza, para desgracia de los que gozábamos con la simple observación. Habrá cazado su presa, estoy seguro.

—También yo.

—Pues ya sabes, si necesitas desfogarte por esas vertientes, solamente te queda el recurso de doña Carmelita. Pero no sé si te recibirá, tras haberle fallado en la primera cita.

—Creo que me recibirá.

Abandoné la mayoría general con el ánimo abatido hasta alcanzar las profundidades más abismales. Incluso llegué a pensar que los gobernantes de España habían decidido abandonar nuestras provincias del sur americano a su propia suerte. Y si el Río de la Plata caía, el reguero se propagaría como la pólvora en curso. No era posible que una mente lúcida pensara en abandonar nuestro imperio ultramarino de un plumazo. Pero es verdad de ley que sin una poderosa Armada, el destino se escribía por aquellas vertientes negras, que nos dejarían a los pies de los caballos en el mundo entero. Con tales pensamientos alcancé la cubierta del *Hiena*. Y como lo necesitaba a fondo,

tras un ligero almuerzo, quedé dormido como la sirena roja de las playas. Era mejor no pensar de momento y atacar las páginas de la vida conforme se fueran desgranando, una a una.

Quince minutos antes de la hora marcada por el capitán de fragata Parejo, vestido con el mejor uniforme grande a disposición, tomé la lancha del *Hiena* para dirigirme a tierra. Aunque era domingo, me llamó la atención la escasez de gente que deambulaba por la zona cercana al puerto, una condición poco habitual. En escasos minutos alcanzamos la escala real, por la que trepé con rapidez para pisar tierra. Siguiendo el conocido camino, me dirigí hacia el noble edificio de proporciones regulares que se observaba a escasas varas del muelle, con la bandera de la Real Armada flameando desde la balconada central. Aunque presentaba menor tamaño y grandeza de la supuesta a la jefatura de un importante apostadero, se acoplaba a una comandancia en las Indias.

Atravesé el portón, donde rendían guardia varios soldados de Marina, que me reconocieron de ocasiones anteriores. Sin dudarlo, me dirigí escaleras arriba, para continuar por un alargado pasillo y encarar, por fin, esa especie de despacho un tanto destartado donde el alférez de navío Julián Malgraf, secretario del comandante naval, tomaba asiento tras una alargada mesa. Le había tomado verdadero afecto a aquel oficial, avejentado por más y recuperado para el servicio por su personal amistad con el anterior comandante, el jefe de escuadra Salazar. Me dirigí a él con la confianza habitual.

—¿Cómo siguen esos achaques, Malgraf? Le veo tristón y preocupado. ¿No le queda aguardiente en casa?

—No le había oído, señor comandante. —Abandonó su asiento, para saludarme en cortesía—. Quedo a vuestras órdenes, como siempre. En cuanto a los achaques, de mal en peor. Hay días en los que la reuma apenas me permite dar unos pasos. Y para mi desgracia, ni una sola gota de aguardiente a disposición.

—Debemos remediar esa situación. Le enviaré alguna frasca a su posada.

—Mucho se lo agradezco, señor. No obstante, creo que ha llegado el momento del adiós definitivo.

No quise entrar en más detalles, porque era bien sabido que desde la partida de su amigo y el necesario relevo, había perdido en mucho su ánimo de servicio.

Según se comentaba y estimaba cierto por mi parte, el capitán de navío De la Sierra no lo trataba con el respeto que un anciano oficial, regresado al

servicio solamente por amor a la patria, merecía.

—¿Quién se encuentra con el comandante?

—Llegó a despachar el mayor general y, al mismo tiempo, se presentó el capitán de navío don Jacinto de Romarate. Deben andar los dos en peticiónalzada de varas, según he podido olisquear. Y el capitán de fragata Parejo me avisó de su pronta llegada y la necesidad de que lo anunciara al comandante, aunque se encontraran despachando con él.

—Así es necesario.

—Y lo haré aunque me cueste alguna frase dura y en tono desabrido. La verdad es que ya estoy acostumbrado. Bueno, que les vaya bien en su plan.

—¿Qué plan?

—Comandante, son muchos los quinquenios de servicio a la espalda. Esto presenta todos los síntomas de encerrona y propósito de conseguir autorización especial, que el capitán de navío De la Sierra negaría normalmente. Me huele a acción de armas con aparejado peligro.

—Sois más listo de lo que muchos piensan —golpeé su hombro con afecto.

—Los quinquenios, señor.

Cuando Julián abrió la puerta de la sala de trabajo con la necesaria petición, se produjo un grito autoritario del comandante naval del apostadero, como era de esperar. Pude escuchar con claridad la conversación entablada a continuación.

—¡Acaso no comprueba con sus ojos que me encuentro despachando, Malgraf! ¿Cuántas veces he de decirle que no quiero ser molestado en estos momentos?

—Verá, señor comandante, se trata del capitán de fragata Pignatti que...

—¿Pignatti? —Preguntó Romarate con rapidez, como si se tratara de una noticia inesperada—. Me gustaría escuchar de su boca los acontecimientos sufridos por ese maldito bergantín *Blue Ribbon*.

—¿Acontecimientos? ¿De que habla, Romarate?

—Ese putaño bergantín contrabandista se incendió y, según parece, el comandante del *Hiena* recogió a los supervivientes. Demasiado bondadoso, porque yo los habría dejado chamuscarse sin piedad. Al menos no sufriremos más de su contrabando.

—¿Se incendió el *Blue Ribbon*? —El rostro del comandante era de manifiesta preocupación—. ¿Por qué no me ha contado nada, Parejo?

—Pensaba hacerlo ahora mismo, señor. Pero debemos congratularnos porque ese maldito se haya marchado a los infiernos.

—¿No ha intervenido en esa pérdida la mano del comandante Pignatti? No me fío una mota de su excesivo ánimo guerrero.

—No es mala condición el ánimo guerrero en un oficial de guerra de la Real Armada, señor —entró Romarate con voz firme y sonrisa terciada—, más bien sería de preocupar la postura contraria.

—Hasta cierto punto.

—Si me lo permite, señor —insistía Romarate—, desearía escuchar de su boca lo sucedido.

—Bien. —No parecía muy convencido De la Sierra, que acabó por dirigirse a su ayudante—. Julián, diga al comandante del queche *Hiena* que pase.

Por fin, a una señal con ojo cerrado de Malgraf, penetré en la sala que tan bien conocía.

—Quedo a las órdenes del señor comandante. Regresa el queche *Hiena* sin novedad a bordo. No hemos podido dar con la fragata rebelde...

—Deje lo de la fragata de momento porque nos encontramos al día de su situación. —De la Sierra se mantenía nervioso y con evidente impaciencia—. ¿Qué ha sucedido con ese bergantín que navegaba con pabellón británico?

—¿Se refiere al *Blue Ribbon*, señor? Ese buque pirata ardió como una tea en verano, hasta caer a los fondos. Le aseguro que se trataba de una visión gloriosa.

—Vamos, Pignatti, déjese de historias y cuénteme con detalle lo sucedido.

Narré con entusiasmo, disfrutando palabra a palabra, todo lo acaecido desde que el *Hiena* abandonara el apostadero. Y conforme desgranaba los acontecimientos sobre el incendio del *Blue Ribbon* y el posterior rescate de los supervivientes, el rostro de nuestro jefe pasaba por los mil y un colores, entre los que predominaban la sorpresa y la desconfianza. Rematé con los datos adquiridos sobre la fragata, que no parecieron interesarle.

—De ese modo, señor, podemos certificar que la fragata *Hércules*, de 36 cañones y en fase de armamento, se encuentra varada en el riachuelo de la Boca.

—Deje esa fragata rebelde de una puñetera vez. —Movié su mano, como si intentara apartar un pesado moscardón de su cara—. Volvamos a lo que me interesa, Pignatti, el bergantín *Blue Ribbon*. Espero que no haya tenido nada que ver con ese extraño y beneficioso incendio. Ya conoce las precisas instrucciones del Gobierno de la Regencia, transmitidas por el gobernador general.

—Supongo, señor, que no dudará de la palabra de un oficial de la Real Armada bajo sus órdenes. —Como otras veces, mis actuaciones teatrales eran soberbias, disfrutando del momento—. Mucho me ofende lo que considero como sospecha sobre mi informe.

—Ni sospechas ni mandangas, Pignatti. Sé muy bien lo que hizo su cuñado y no lo consentiría en una unidad bajo mi mando.

—Le repito, señor, por si no lo ha escuchado bien, que tan solo me limité a socorrer a los náufragos, como es ley de obligado cumplimiento en la mar.

—Y aparece en Montevideo con el capitán de un buque británico encerrado en el calabozo, con grillos y racionado.

—El capitán de un buque contrabandista con pabellón de conveniencia fue amonestado dos veces por mi persona, ante los insultos que elevaba hacia la Armada y, por lo tanto, a la Corona. Al insistir en su postura, no tuve más remedio que aplicar las ordenanzas, lo que vos mismo y cualquier comandante habría hecho. Además, hice que el amanuense tomara nota exacta de sus insultos a mi persona y a la Real Armada, para proceder a incoar el necesario expediente, que traspasaré a la mayoría general.

—Desde luego —afirmó Romarate—. Yo me habría conducido en la misma línea. Incluso podía haber sido juzgado en la mar y ahorcado de inmediato.

—No exagere, por favor. —Comprobé que Parejo tenía razón al observar que el capitán de navío De la Sierra mantenía con Romarate una especial deferencia. Y no solo por su condición de equivalente empleo y comandante de la división naval, sino por conocer su forma de actuar por derecho, a la brava y muy independiente—. Aunque nos deban agradecer el haber salvado a bastantes miembros de su dotación, estoy convencido de que surgirán problemas con la conducta demostrada contra el capitán. En pocas horas acudirá el comandante de la fragata *Nereus* a pedir explicaciones.

—Pues deberá responderle con energía, señor, que ese contrabandista cabrón será juzgado por sus ofensas a la Real Armada y a la Corona. —Romarate no bajaba el tono de su voz una pulgada—. Precisamente, los britanos son más duros que nosotros en ese particular aspecto. Podemos imaginar lo que habría hecho el comandante de la *Nereus* si un capitán español contrabandista hubiese proferido tales expresiones en su presencia. Habría pasado a los infiernos en escasos minutos.

—Bueno, ya veré cómo resuelvo este incidente. Pignatti, envíe a ese capitán Howard a la prisión de la plaza sin dilación.

—Como ordene, señor.

—Aprovechando que nos encontramos presentes los tres oficiales más antiguos del apostadero, señor —Jacinto Romarate se lanzaba de acuerdo al plan previsto—, sería conveniente abordar una operación que estimo urgente y necesaria.

—¿A que operación se refiere?

—En el riachuelo de la Boca se encuentra la fragata *Hércules*, así como las dos corbetas adquiridas hace dos meses, las *Belfast* y *Agreable*, ambas de 22 cañones, convenientemente camufladas. También estas últimas se mantienen a la espera de armamento, aunque parece ser que sus dotaciones han sido completadas. Si aguardamos pacientemente a que salgan a la mar en perfectas condiciones de mar y guerra, más la corbeta *Zephyr*, de 18 piezas, y el resto de sus fuerzas navales, podemos darnos por perdidos. De forma especial, esa fragata puede arrasarse al *Hiena*, que es nuestra mejor posibilidad. Por tal razón y si queremos sobrevivir en estas aguas, debemos atacarlos cuanto antes en su madriguera.

—¿Atacarlos? Creo que desconoce cómo han aumentado las defensas y protegido esas unidades en el riachuelo de la Boca. Han emplazado cañones de grueso calibre en tierra y a bordo de pontones. Sería una locura.

—Con todo el respeto debido, señor —dije para aumentar la presión—, estimo que la locura sería concederles más tiempo y que consigan alistarlas. Por supuesto que se tratará de una operación de muy alto riesgo, pero nos encontramos a la desesperada. Esa operación supone la única alternativa para sobrevivir. Si nos atacan dentro de algunos meses con todas sus fuerzas, nos destruirán y se harán con la plaza de Montevideo. Más vale arriesgar ahora que disponemos de alguna posibilidad de éxito. Ellos disponen de cañones, pero nosotros también. Sin olvidar que debemos sumar nuestro valor y que contaríamos con el efecto sorpresa.

—Estoy plenamente de acuerdo con el comandante del *Hiena* y el capitán de navío Romarate, señor —afirmó el mayor general, mientras De la Sierra parecía empequeñecerse poco a poco—. Considero necesario y urgente atacar el riachuelo de la Boca en una operación nocturna con todo lo disponible. Propongo un ataque masivo con nuestros buques, apoyados por lanchones con soldados a bordo, que desembarcarían en la ribera norte sin ser avistados. Debemos destruir la fragata y las corbetas, dándolas al fuego, aunque perdamos hombres y alguna unidad.

—Cada día escucho que hablan de la insufrible escasez de personal —respondía De la Sierra a la contra—. Parece que ahora no importa ese aspecto.

—Importa muchísimo, señor —dijo Romarate—. Si consideramos una acción de combate en mar abierta, disponemos de gente de mar y guerra para dotar a un par de buques solamente. Pero para la acción que proponemos, puede ser suficiente.

—Se olvidan de que también nosotros aumentaremos las fuerzas de mar. He pensado en armar las fragatas mercantes *Mercedes* y *Neptuno*. Al mismo tiempo, alistaré las corbetas *Mercurio* y *Paloma*, así como alguna balandra del comercio, lugres y goletas. Podemos formar una buena división naval, capaz de oponerse a los rebeldes.

—Cómo puede decir eso, señor. —A Romarate se le encendían los ojos en rojo—. Esas dos fragatas apenas son capaces de navegar, así como las pótalas *Mercurio* y *Paloma*. ¿Las cree capaces de entrar en combate? ¿Y de dónde sacará marineros y artilleros para sus dotaciones?

—Hay mucho voluntario en la plaza, deseoso de luchar por su patria.

—¿Acaso se refiere a labradores, comerciantes y demás gente? ¿Piensa formar unas dotaciones con esos hombres para entrar en combate contra marinos y artilleros de verdad?

El capitán de navío De la Sierra pareció dudar en llamar la atención a Romarate, que expresaba sus pensamientos de forma poco respetuosa. Pero no se atrevió. Por el contrario, dejó pasar la marea.

—Bueno, ya lo pensaré. Además, una operación de esa envergadura debería contar con el beneplácito del general Vigodet, por supuesto.

—Se trata de una operación puramente naval, señor —argumentó Romarate.

—Pero se trata del gobernador general, que deberá proporcionarnos los hombres a embarcar en los lanchones. Les repito que lo pensaré. —Ahora el comandante naval elevaba el tono de su voz—. Y ya le haré llegar al mayor general mi decisión.

Con claridad, De la Sierra intentaba dar por finalizada la discusión y quedar en soledad. Para Parejo y para mí era una suerte la presencia de Romarate, porque, en caso contrario, habríamos sido despéchelos de su presencia con cajas destempladas y su habitual «cortesía». De esta forma, Parejo comenzaba a despedirse cuando de nuevo aparecía Malgraf en la puerta, con la cara torcida y en espera de un nuevo grito.

—Perdone que le interrumpa de nuevo, señor comandante, pero me ordenó que si aparecía el capitán de navío Strange, comandante de la fragata *Nereus*, lo avisara de inmediato aunque se encontrara despachando.

—Querrá decir el capitán de fragata Peter Strange, Malgraf.

—He dicho lo correcto, señor. Ha debido ascender, porque muestra las vueltas correspondientes a ese nuevo empleo.

—El comandante de la fragata *Nereus* solicita ser recibido. —Se dirigió hacia nosotros, tras golpear suavemente con los dedos en la mesa y mover la cabeza, pesaroso, de banda a banda—. ¿Qué os había dicho? Ya viene a preguntar y protestar por el asunto del bergantín. Y, como de costumbre, sin la formal y necesaria petición de recibo.

—En ese caso, señor, no debéis recibirlo. Hay que exigir el cumplimiento de las normas de cortesía, aunque sean britanos. Julián puede indicarle que no disponéis de tiempo en esta mañana —afirmó Romarate con decisión—. No obstante, debéis estar equivocado en cuanto al motivo de su visita. Supongo que acudirá para agradecer que un buque de la Real Armada se haya arriesgado para recoger cuarenta vidas de las aguas, que habrían perecido sin su desinteresado concurso.

—No lo creo.

Adentras De la Sierra parecía pensar, entró de nuevo Romarate en vereda.

—Si quiere, señor, puede recibirlo ante nuestra presencia. Alegue que se encontraba despachando asuntos importantes, por no haberse cursado la necesaria petición de recibo, pero que no deseaba hacerle esperar. Así el comandante Strange podrá agradecer directamente la acción al capitán de fragata Pignatti. Y al mismo tiempo, os veréis más arropado.

Volvió a dudar De la Sierra. Con toda lógica, debería haberse sentido ofendido por el consejo de Romarate y decidir que abandonáramos la estancia a la carrera. Sin embargo, parecía pensar los posibles pasos a seguir. Por fin, y con toda lógica, tomó su decisión.

—No sería oportuno. Como ya hemos hablado de todo lo necesario, les ruego que abandonen esta sala. ¡Julián! Haga pasar al comandante de la fragata *Nereus*, una vez hayan salido mis oficiales.

—Ahora mismo, señor.

Sin pronunciar una palabra más, nos retiramos hacia la puerta. Una vez atravesada, comprobamos la presencia de un capitán de navío británico, alto y espigado, con larga melena rubia en ondas, que mostraba una sonrisa con signos de evidente prepotencia, o así lo entendí. Para mí no se trataba más que de un cabrón con pintas rojas, a quien no había concedido saludo en la mar en ninguna ocasión. Era la única forma que me asistía para protestar por su permanente auxilio a los buques contrabandistas. No pensaba cometer descortesía alguna en el antedespacho del comandante naval, por supuesto, aunque tampoco entrarle por cuerdas de sonrisa. Romarate lo saludó con

sequedad y una leve inclinación de cabeza. Por su parte, Parejo se acercaba hacia él para estrechar su mano y entrar en conversación poco después.

—Me alegro de verle de nuevo, *captain*^[88] Strange. Le felicito efusivamente por su merecido ascenso.

—Muchas gracias.

—Aprovechando la ocasión, a ver si podemos mantener de una vez esa reunión prometida hace dos o tres meses. Debemos establecer alguna norma para impedir que continúe la llegada de buques con contrabando de armas para los rebeldes revolucionarios. Nos afecta de forma extraordinariamente negativa.

—Todos ellos enarbolando pabellón británico.

Pronuncié aquellas palabras a cierta distancia, pero con fuerza suficiente para que pudieran ser escuchadas por todos. Era consciente de que bordeaba los lindes con evidente peligro, pero en aquel momento poco me importaba. El británico mostró una cínica y alargada sonrisa, antes de contestar.

—Esas acusaciones, que así las considero, deben ser probadas, comandante...

—Capitán de fragata Adalberto Pignatti, comandante del queche *Hiena* de la Real Armada. Y es fácil demostrar mi aseveración. Cuando recogí de las aguas a los supervivientes del *Blue Ribbon*, que habrían perdido la vida sin mi acción, el piloto me indicó que portaban cañones, pertrechos y pólvora para una fragata que acababan de adquirir los rebeldes. También me aseguró que, mostrando pabellón británico, no serían molestados por los buques de la Real Armada ni por la fragata de la *Royal Navy*. Este hombre se encontraba al corriente de la verdadera situación que sufrimos. Buques contrabandistas que utilizan el pabellón de una nación aliada de España, como es el Reino de la Gran Bretaña, y que operan con entera libertad en contra de nuestros intereses.

Utilizaba la figura del piloto porque estaba seguro de que jamás podría negar tales acusaciones.

—Tan solo intentamos proteger el lícito comercio de buques británicos.

—Hermosas palabras, sin duda, de nuestros fieles aliados.

El tono de mi voz y el gesto de mi cara no dejaban lugar a dudas, por lo que Romarate comenzó a arrastrarme con su brazo hacia fuera. Y fue acertada la maniobra, porque en aquellos momentos deseaba cruzar guantes con aquel bastardo mamón, y clavarle un sable en su podrido pecho al alba del día siguiente. Minutos después, Parejo se reunía con nosotros en el cuerpo de guardia y, sin perder un segundo, se dirigía a mí.

—Eres más peligroso que una bala al rojo, Beto. Menos mal que no te ha escuchado nuestro querido jefe, porque podía haber tomado alguna decisión poco favorable a tus intereses.

—Que se jodan todos. —El ritmo de la sangre por mis venas no había decrecido una pulgada—. Creo que alguien debería decirle a la cara y con detalle a ese rubianco, hijo de la más tirada puta del puerto de Porstmouth, lo que de verdad sentimos a causa de su denigrante política. Y lamento que no haya tenido huevos suficientes para contestar como debía, y haber aparejado una ceremonia al alba entre caballeros. Bueno, se trata de misión imposible, porque ese bastardo no debe conocer el significado de tan digna palabra.

—Acorta la vela, Aquiles —comentaba Romarate entre risas—. Te has arriesgado mucho, pero no creo que ese cobardón diga nada al capitán de navío De la Sierra. Le preguntaré solamente por lo sucedido con el *Blue Ribbon* y exigirá la puesta en libertad del capitán, que debe ser amigo personal.

—Pues en cuanto llegue al *Hiena*, enviaré todos los heridos a la fragata *Nereus*, mientras expulso a los demás hacia la plaza. Pero el bucanero de los cojones se mantendrá engrilletado en el calabozo, hasta que se me ordene por escrito lo contrario. Como esos piratas del demonio son considerados como británicos en el uso del lícito comercio, que los curen.

—Creo que deberías traspasar a los más graves hacia el hospital de guerra —afirmó Parejo.

—Nada de eso, Tomás —insistí con firmeza—. Que los curen sus compatriotas. Y si no disponen de medios suficientes, que lo soliciten por escrito a la comandancia naval.

Sin más charla, nos separamos. Tanto Tomás como Jacinto parecían de excelente humor, al comprobar cómo mi indignación se elevaba hasta la galleta. Pero en verdad que me escocían muy hondo las palabras del jodido britano, como si me hubieran aplicado un hierro al rojo en mis partes pudendas o vergonzosas. Mientras tomaba la lancha, tan solo pensaba en el hundimiento de la fragata *Nereus* y en el rostro del rubio mamón al ser devorado por cangrejos de gigantescas pinzas. Se trataba, sin duda, de un hermoso cuadro.

23. A verlas venir

No exagero una mota si les aseguro que los meses posteriores a mi regreso al apostadero, con la inmensa alegría que suponía el secreto incendio provocado en el bergantín contrabandista, fueron los peores y más tristes que he sufrido a lo largo de mi carrera en la Real Armada. Y no son pocas las experiencias amargas atravesadas durante tantos años de servicio en esa querida institución, cuya ruina progresiva viví con gran tristeza y dolor del alma. Como decía un viejo general de mar, en los asuntos del servicio a la patria no hay nada peor que la desesperanza y la sumisa contemplación del desmoronamiento total de la moral, los armamentos y los valores propios. Porque en esta vida supone un mayor peligro para el bien común quien contempla el avance de la gangrena por todo el cuerpo sin actuar en consecuencia, que quien se lanza en busca de la solución, aunque yerre de parte a parte. Pero había que tragar el sapo verderón por boquera estrecha y dar todo el aparejo avante, aunque la moscarda negra entrara en picado sobre la herida una y otra vez.

Tras la reunión mantenida con el comandante naval del apostadero y los planes engarzados con entusiasmo en compañía del jefe de la división naval, Jacinto de Romarate, y el mayor general, Tomás Parejo, esperaba que entráramos en acción más pronto que tarde. Y ganas le teníamos a ese riachuelo de la Boca que centraba todos mis pensamientos. Porque allí se preparaban los rebeldes con ahínco y moral en alto, sabiamente dirigidos por el comodoro Brown y el Secretario de Estado a cargo del armamento naval de la naciente república, un traidor llamado Carlos Calvo, financiados por el no menos traidor encargado de la Hacienda, el catalán don Juan Larrea.

Sabíamos que el capitán de navío De la Sierra meditaría las posibilidades una y otra vez con su habitual lentitud, incluso que las comentaría con el general Vigodet, un personaje de tan escasa visión estratégica y nula capacidad de comprender el aspecto eminentemente naval del escenario

bélico abierto en el Río de la Plata. No obstante, confiábamos en que las comprenderían como único camino que se nos abría por la proa. Porque el hecho de quedar cruzados de manos y continuar con las simples operaciones de requisita, transporte, apoyo y castigo por las aguas someras en litigio, significaría lisa y llanamente el suicidio del guerrero que espera a pie y con absurda estoicidad la lanzada definitiva en el pecho por parte del enemigo.

La primera señal negativa la viví en primera persona y con escaso tiempo de margen. Porque el mismo día de la visita girada a la comandancia naval, a las pocas horas de mi regreso al Hiena, recibía orden escrita de libertar de inmediato a los náufragos del *Blue Ribbon* apresados. Y significaba un absurdo dictamen, porque tales sujetos no se encontraban detenidos, ni se había producido apresamiento alguno. Parecían olvidar que se trataba de náufragos salvados por nuestros hombres de la muerte segura en la mar. Pero también se me indicaba el inminente traslado del capitán Howard a las dependencias de la prisión municipal, con escolta de las milicias.

Si en esta segunda decisión creía ver la alargada mano del comandante británico y el resultado de la conversación mantenida con nuestro jefe, se refrendó la sospecha con extrema rapidez en inadmisibles vergüenzas. Porque tuve conocimiento de que, en la mañana del día siguiente, el maldito bucanero que mancillara con sus palabras el honor de la Real Armada paseaba sus reales por las calles de la plaza en plena libertad. El mayor general me comentó que ambas decisiones habían sido tomadas y dictadas a la letra en persona por el capitán de navío De la Sierra, ante lo que nada pudo oponer. A continuación y por propia iniciativa, barqueaba los heridos del *Blue Ribbon* hacia la fragata *Nereus*, añadiendo recado personal para el capitán de navío Strange, en el que indicaba: entrega de los heridos británicos, salvados de las aguas y tratados hasta el momento en la enfermería del queche *Hiena* de la Real Armada. Y como era de esperar, ni siquiera recibí un aviso de mínimo reconocimiento por el malparido comandante.

Hasta las fechas navideñas de aquel año de 1813, que expiraba sin una mínima visión de color positivo en el futuro, esperamos la orden definitiva del capitán de navío De la Sierra para dar avance con la empresa anunciada contra las unidades varadas en la Boca. Y como no solo no se producía indicación alguna, sino que tampoco se nos llamaba a consulta para discutir algún plan de acción posible, tanto Romarate como Parejo y yo lo discutimos a bordo de mi buque. Además de preparar la acción con cierto detalle y visos de posible éxito, no exento de abundante sangre, ordenamos el plan a seguir. Decidimos que cada uno por separado, comenzando por el mayor general, que

despachaba a diario con el comandante naval, insistiríamos y le preguntaríamos sobre la posible misión a cumplir. Y pensábamos enfatizar hasta alcanzar los cuernos quemados, su tremenda importancia e imprescindible necesidad.

Puedo declarar en funesto resumen que nada conseguimos de nuestras autoridades. De la Sierra se escudó en la alarmante carestía de personal de mar, un monto general en constante disminución, así como en la decisión del general Vigodet de evitar una acción que podía considerarse como definitiva y con clara incertidumbre en su final resultado. Como si en la guerra solo se debiera combatir, cuando se encontrara asegurada la victoria. Respondíamos que, en efecto, la penuria de gente de mar presentaba una condición muy negativa que sería muy difícil revertir, pero que era posible unificar a todos los hombres disponibles de la Armada en el bergantín Belén, habitual insignia del capitán de navío Romarate, y el queche Hiena de mi mando, dos unidades en perfectas condiciones de desempeño, para proceder al ataque con apoyo de lanchones y soldados embarcados. No surtieron efecto alguno nuestros esfuerzos, ciegos y sordos quienes más responsabilidad ejercían en el asunto.

En mi interior y conociendo a los dos principales personajes principales de la historia, llegué a la conclusión de que ninguno de ellos deseaba lanzar el envite. Por el contrario, consideraban más oportuno no arriesgar, para quedar rezagados y verlas venir con el trasero pegado en el sillón. Tal decisión significaba un absurdo suicidio o quedar a la espera del milagro que, como norma habitual, no llega a producirse. Un gran error, teniendo en cuenta las noticias de los informadores en el sentido de que las unidades patriotas llevaban a buen ritmo su alistamiento, tras haber recibido dos nuevas unidades contrabandistas cargadas hasta la borda con el imprescindible armamento. Eso que el capitán de navío Strange denominaba, con serena desfachatez y escasa vergüenza, el lícito comercio marítimo de sus compatriotas.

Para aumentar el propio desasosiego, una voz en mi interior anunciaba que, tarde o temprano, llegaríamos a un duelo definitivo en la mar contra la escuadra rebelde donde, sencillamente, nos jugaríamos a una sola carta la presencia española en el Río de la Plata. Y sería en ese momento cuando, de verdad, se comprobaría a las claras la tremenda escasez de ese personal de mar al que se aludía como factor principal para impedir la única acción naval con posibilidades. Se trataba de un asunto vital para España. Porque el resultado de lo que sucediera en aquel particular escenario repercutiría de forma global en el resto del continente. Y como el tiempo transcurría en

contra de nuestros intereses, si no actuábamos lo antes posible con iniciativa, valor y sorpresa, con el paso de los meses lo haría el enemigo, una vez decidiera llegado su momento y con las necesarias ventajas.

De esta forma, entramos en un periodo de máxima ineficacia y con el ánimo en claro declive. Sin olvidar la rémora que representaba a bordo del *Hiena* el necesario desembarco de unos quince hombres para nutrir otras unidades cuyas dotaciones quedaban sin manos de sal. Tal circunstancia producía la inevitable desmoralización del resto de la tripulación y guarnición, al comprobar que aquella inexcusable medida nos conducía a una más que precaria situación. Porque tales vacantes eran cubiertas por personal de tierra sin ninguna preparación ni hábito a la mar. Incluso a veces, aunque sea triste consignarlo, con escaso o nulo ardor combativo.

Salvo algún traslado ligero de tropas por las riberas del Plata y una incursión de Jacinto Romarate con el bergantín *Belén* y el falucho *San Martín* en busca de la pólvora que comenzaba a escasear de forma alarmante, a causa de las exigencias de los buques y de las tropas en lucha por tierra, apenas aparecieron noticias de alguna envergadura en las siguientes semanas. Al mismo tiempo, el jefe de la división continuaba su insistente labor de contactos personales, para que algunos hacendados provistos de generosas rentas, pronunciados a favor de la revolución independentista en los primeros días de forma obligada, se pasaran a apoyar la causa realista, auxiliándonos con pólvora y alimentos. Y lo consiguió Romarate en no pocas ocasiones con su particular verborrea, no exenta de amenazas. Pero decía que no se presentaron acciones de importancia, con la excepción de una que, para nuestra desgracia, cerca estuvo una vez más de producir un desastre colosal a bordo del queche *Hiena* bajo mi mando.

Entrados en el mes de diciembre y cercanas ya las fechas entrañables de las Navidades, cuando más se añora a la propia familia y el regusto de la soledad desaparece como por encanto, el *Hiena* sufrió su tercer intento de captura por parte de las fuerzas patriotas. No se había rebajado la vigilancia un tiento, puedo jurarlo, aunque la situación de escasez en el personal se evidenciaba a bordo. Además, y como un factor a tener en cuenta, el hecho de encontrarnos fondeados en el emplazamiento de mayor seguridad y protección, a escasas varas del puerto de Montevideo, redundaba de forma negativa en la necesaria alerta y permanente vigilancia.

De nuevo la fortuna y el favor de la Patrona se aliaron con el queche de la suerte, como era denominado nuestro buque por los rebeldes, esa presa largamente perseguida desde que les fuera arrebatada en el río Negro. En la

noche del día 19, un domingo de calor y sofoco extremos, sin una gota de viento y con la luna en menguante de cuajo mínimo, el *Hiena* fue atacado por cinco lanchones a un tiempo, bajo el mando del norteamericano Benjamin Seaver, comandante de la goleta Julieta. Se trataba de una audaz acción, llevada a cabo por hombres decididos ante el premio ofrecido por el recién nacido Gobierno. Tan solo habían cometido un grave error, al embarcar demasiados soldados en cada embarcación, un número tan elevado que ralentizó demasiado las operaciones de traslado desde la ribera opuesta, así como el propio alistamiento a bordo y futuras maniobras.

La suerte, que la disfrutamos por arrobos en merecida bendición, llegó a causa de un nuevo error de los patriotas. Porque uno de los lanchones, metidos en la oscuridad de la noche, se había adelantado demasiado respecto a sus compañeros, sin seguir la orden del necesario agrupamiento. De esta forma, alcanzó el costado del queche *Hiena* con bastante antelación a los demás. Y como no parecían sujetar los nervios a la cintura, llevó a cabo una cerrada descarga de sus fusileros que poco daño supuso. No obstante, alarmó a nuestros hombres y complicó al tiempo el previsto abordaje del conjunto enemigo por las dos bandas.

Reaccionó con extrema rapidez el alférez de navío Armentía, de guardia en cubierta. Mientras se picaba la campana en arrebatos de acción, ordenó a los artilleros de guardia abrir fuego en diferentes marcaciones con puntería de suposición y cargas de granada. Aquí apareció la mano de la Patrona con claridad, porque uno de los disparos entraba de lleno en enfilada contra el segundo de los lanchones, produciendo terrible mortandad y la habitual desmoralización general ante los lamentos de los heridos. Cuando ya las embarcaciones, con excesivas urgencias y tensión abierta, alcanzaban su posición prevista e intentaban lanzar los arpeos contra la borda del *Hiena*, a bordo se les esperaba con suficiente personal y armas en la mano.

El abordaje fue rechazado con autoridad, aunque perdieran la vida cinco de nuestros hombres y otros nueve quedarán heridos de bala mosquetera con cierta gravedad. Porque el tiro de fusilería llegó a generalizarse como combate cuerpo a cuerpo, y solo el auxilio de nuestra artillería, más por el trueno del cañón que por su posible acierto, les hizo desistir y salir en retirada a la máxima velocidad. Y ahí les alcanzó su peor momento, al ser batidos por nuestros fusileros y, ahora sí, con suficiente precisión de los escasos artilleros. Se tomaron más de veinte prisioneros con vida, recogiendo un número similar de cadáveres de la superficie de las aguas.

Aunque se celebró a bordo la victoria con vítores elevados y el necesario orgullo, y así me fue repetido en expresa felicitación por el mayor general al día siguiente, cuando acudí a informar de las acciones no mostraba por mi parte gestos de la debida satisfacción. Porque la tarta del personal seguía decreciendo a la vista y sin posibilidades de reposición. Así se lo expuse a Tomás.

—Si continuamos con esta desastrosa política de dejación y absurda espera, entraremos bastante pronto en el principio del fin. Dentro de unos pocos meses, no quedará a bordo de nuestros buques hombre capaz de maniobrar o disparar un mosquete.

—Comprendo muy bien por qué lo dices. Hasta dentro de una o dos semanas no podré embarcarte ningún hombre. Y lo que te llegará será...

—Ya sé el tipo de personal que embarcará en el *Hiena*. Aunque ya lo sabes, te recuerdo que en estos momentos mi dotación se compone solamente de 150 hombres, treinta menos que cuando salí a la mar en la primera comisión. Sin olvidar que más de una veintena no sirven absolutamente para nada, como no sea ayudar en los fogones e incordiar con sus permanentes preguntas. Y en cuanto salgamos a la mar, quedarán fritos por el mareo.

—Qué me vas a decir. —Tomas abrió las manos en evidente señal de impotencia—. Incluso llegará el momento de que ni siquiera dispongamos de labradores para embarcar en las unidades de la división. Por el contrario, en los buques rebeldes se mantiene la bandera de enganche bien en alto, con llegada de extranjeros listos para cobrar excelentes mesadas. La goleta que arribó a la plaza la semana pasada desde España, con destino hacia el puerto de El Callao, aseguró que se preparaba en Cádiz una fragata con abundante gente de mar, aumentos y pólvora para su inmediato envío a esta plaza. Pero ya no creo nada, porque se trata del mismo mensaje recibido hace tres meses, sin efectos visibles hasta ahora. Para mí que en la Península se encuentran más preocupados con las acciones en tierra por los virreinos de Nueva España y Perú, que por la presencia naval en el Plata. Una vez más, olvidan que todo ha de llegar por la mar y que, si no la dominas, quedaran nuestros virreinos a cero de hombres y pertrechos. Pero, bueno, se trata de grano molido en maligna repetición.

—Estoy de acuerdo.

—Para colmo, el comandante de la goleta intentaba hacer víveres en esta plaza. Ni siquiera parecen estar al día de nuestra angustiosa situación o no les importa. Me indignó y la pagué con ese joven teniente de fragata, que no tenía culpa de nada.

—¿Y qué hiciste?

—Rellenarle la aguada y exponerle con escasa gentileza las existencias reales de lo que disponemos para toda la plaza. Si su situación era alarmante y no le alcanzaba para llegar a los puertos del Perú, debía regresar a Río de Janeiro y comprarlos allí.

—Te veo más apagado que otros días.

—No recibo una sola noticia que pueda alentar mi ánimo por alto. Romarate me pedía hace pocos días de forma angustiada pólvora, y tan solo le puede servir la mitad de las existencias embarcadas en el bergantín *Cisne*. ¡No queda pólvora para los buques! ¿Cómo podremos hacer la guerra en tales condiciones?

—No comprendo los pensamientos que deben abanicar las cabezas de nuestros dos grandes jefes. Por cierto, ¿qué le sucede al *Cisne*? Creía que se encontraba definitivamente operativo y listo para desempeñar comisión.

—También nosotros opinábamos así. Pero salió a la mar un par de días para comprobar las obras efectuadas y regresó con nuevos problemas en la maniobra de proa, especialmente la dificultad en aculebrar los estáis de fuerza. Y, por desgracia, no disponemos de suficiente cabuyería para guarnir y reponer. Por esa razón lo hemos dejado con media dotación y escasa pólvora, hasta que pueda navegar con seguridad.

—Pues también el *Hiena* gastó pólvora anoche, que debe ser embarcada. Y puedes estar seguro de que la consumimos a la onza y como oro en paño. Como decía el general Barceló, hay que ahorrar la pólvora del rey.

—Podemos aplicar esa vieja sentencia con decisión y por pura necesidad. Bueno, de todas formas, Romarate ha salido a la mar para intentar acopiar pólvora y alimentos de los rebeldes, por esos arroyos que tan bien conoce, como tantas otras veces. Pero si llega a entrar en un combate alargado, no sé cómo rematará la faena con tan escasa pólvora a bordo de sus buques. No recuerdo que tal escasez haya sido sufrida por buques de la Armada en los últimos cien años.

—Tampoco yo recuerdo una situación de tal penuria. Bien, subiré al piso noble para dar la novedad a nuestro comandante del ataque recibido.

—No le hables de la escasez que sufrimos en todo y tus necesidades. Parece ser que hoy se mueve con las piernas de vuelta y humor negro.

—Pues tendrá que oírme bien clarito, aunque no le guste. Ya está bien de tratar con paños calientes a este inútil. Que tome la decisión necesaria para trastocar este estado de cosas. Y si no la encuentra o se cree incapaz, que sea relevado del mando.

—Allá tú.

Tenía razón el mayor general. Porque el capitán de navío De la Sierra, tras ofrecerme una sencilla y parca felicitación, apenas me permitió exponer las imperiosas necesidades que sufríamos en el *Hiena*. No obstante, y entre sus protestas, se las comenté una a una y con insistencia de cuajo. Como era de esperar en su persona, entró en vena gruesa sin perder un segundo.

—Estoy hasta la galleta de escuchar una y otra vez tantas lamentaciones, Pignatti. ¿Cree que no me encuentro al tanto de todo lo que sucede en esta plaza? Hasta que no lleguen los anunciados refuerzos de España, nada podemos hacer.

—¿Y si nos atacan los rebeldes con los fuerzas disponibles, que aumentan cada día, señor? Parece ser que la fragata *Hércules* y las tres goletas se encuentran listas para entrar en acción.

—No lo creo. Pero si así fuera, combatiríamos con honor. Esos piratas no luchan por un ideal.

Comprendí que, una vez más, deseaba engañarse a sí mismo, mantener los ojos cerrados ante lo que se le venía encima. Y era de tal magnitud la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros, que no podía comprender aquella postura suicida. Pero nada más le comenté, desencantado de todo y de todos. Regresé al *Hiena* y almorcé con una generosa frasca de vino, intentando olvidar la verdadera situación que vivíamos.

* * *

Atravesamos las jornadas navideñas sin mayores incidentes que merezcan ser narrados; momentos de alegría y festividad, mientras aparecían otros con escenas y pensamientos más tristes, así como recuerdos trazados a muchas millas de distancia. Pocos días antes de la señalada fecha de la Natividad del Señor, salí a la mar con la misión de interceptar un transporte de víveres por vía marítima entre diferentes puntos de la banda occidental. Pero nada pude hacer porque no conseguí localizar las zumacas señaladas y, una vez más, los informadores parecían haberse equivocado. Tampoco Romarate había conseguido material de importancia en su correría por el río Uruguay, con lo que la escasez en la plaza se hacía angustiosa por momentos. Por fortuna, y para paliar la carestía en semanas tan especiales, se consiguió recibir un generoso cargamento de alimentos desde el Brasil, gracias a las gestiones personales llevadas a cabo por don Martín Bermúdez, rico y patriota hacendado con tierras y ganado en la frontera norte.

Como era de esperar, fui invitado por la familia Parejo en los días más señalados, cuya posada se había convertido en mi segunda residencia. Y poco pude aportar de mi propia cosecha, porque a bordo también comenzaban a sufrirse las carencias más alarmantes. No obstante y por primera vez, los hermanos de Rosario, buenos cazadores, suministraron carne en cantidad apreciable, aunque Tomás protestara por la cantidad de bocas que aportaban sus familiares políticos. Celebramos la festividad y acudimos a la misa del gallo, donde saludamos a la práctica totalidad de nuestros amigos y compañeros.

Entrados en el año del Señor de 1814, en el que tan escasas esperanzas de futuro depositábamos, se me ordenó salir a la mar y dirigirme en demanda de la zona costera alrededor del puerto de Buenos Aires, lo que se denominaba como la Gran Rada. El comandante del falucho *Fama* había informado de la presencia de la fragata *Hércules* y la corbeta *Belfast* navegando en dominio aparente por aquellas aguas. La misión claramente expuesta era la de comprobar las cualidades de dichas unidades a la vista y operar sin exponer de forma absurda mi unidad en ningún momento, según las palabras dictadas por el comandante naval. Pero como ya sus habituales recomendaciones entraban y salían de mis oídos por libre y sin dejar marca alguna, afirmé en respetuoso acuerdo pensando, no obstante, actuar según mi propio criterio.

Salimos a la mar mediado el primer mes del año con el *Hiena* en condiciones muy mejorables, sin duda. Porque si la dotación alcanzaba solamente los 165 hombres, disponía de víveres para cuatro semanas y el cargo de pólvora se había reducido casi a la mitad. Sin embargo, pensaba entrar en jarana de luces, si la ocasión se presentaba a favor. Navegamos las cien millas necesarias para alcanzar la Gran Rada bonaerense con viento del sudeste y fuerza de todas las velas, mientras una mar de damas se mantenía a favor de los nuevos hombres de seco embarcados y el sol apretaba en brasas. A mediodía de la siguiente singladura divisamos la gran ciudad rebelde, sin avistamientos de importancia. Ordené arrumbar hacia el riachuelo de la Boca, por si descubría algún dato de interés o me entraba a tiro alguna pieza despistada. Bien es cierto que no dispondría de ocasión, si eran ciertas las informaciones que aseguraban el alistamiento definitivo de la fragata y las tres corbetas.

Me mantenía durante un par de horas con proa al sudoeste cuarta al oeste, alcanzadas las cinco millas a la entrada del riachuelo de la Boca, cuando el vigiador cantó el primer avistamiento. Y no sentí sobresalto alguno en la ocasión, como si mi corazón esperara dicha voz de un momento a otro.

—¡Una vela, cinco cuartas a estribor!

Sin dudarlo, ordené arribar con caña fuerte a estribor, hasta dejar la marcación del avistamiento abierta un par de cuartas por babor. De esta forma, pensaba mantenerme a barlovento y por fuera de piedras, con lo que podría elegir el camino a seguir, llegado el momento. Como es fácil suponer, me tranquilizaba la seguridad de que el queche dispusiera de mayor andar que los posibles buques enemigos. Por tal razón, tampoco me produjeron zozobra mental los datos que fue desgranando el marinero izado en el trinquete.

—¡Buque de tres palos! ¡Aparejo de fragata! ¡Porte de 30 a 40 piezas! ¡Cae a babor con proa al leste! ¡Portas abiertas!

Supuse con un sentimiento de cierta felicidad en recorrido de venas, que se trataba de la fragata *Hércules*. Y disfrutaba con tal posibilidad porque, de una vez por todas, podría comprobar en persona las características de ese buque del que tanto comentábamos sin haberlo visto jamás. Es mejor conocer al enemigo con detalle, que mantenerse a la espera con noticias de terceros. Sin embargo, menos me gustaron las siguientes afirmaciones del vigiador.

—¡Dos velas más por su popa! ¡Con tres palos las dos! ¡Aparejos de fragata!

También supuse que se trataría de dos de las tres corbetas que los rebeldes mantenían en desempeño, con un porte aproximado de 22 cañones. Pero lo que me preocupó en carnes fue el hecho de comprobar que, tras una ligera caída a babor, la fragata hacia por mí sin dudarlo. Y se trataba de la primera ocasión en que alguna unidad rebelde parecía desafiar al *Hiena* sin rebozo. Don Agustín murmuró a mi lado entre dientes.

—No son nada torpes esos hombres embarcados en la fragata, señor. Han virado por avante sin pérdida y con agilidad de manos.

—Eso mismo pensaba en estos momentos, nostramo. Y poco me agrada ese detalle marinero. Como se nos anunciaba, se trata de una fragata de 36 cañones, sin obuses. Y seguro que la batería corrida se encuentra formada por piezas de a 24. Pero no estimo que pueda andar la milla al galope por la forma de su estructura, demasiado panzuda. Inicialmente debía de ser una fragata del comercio, acoplada a las necesidades de esa Marina republicana de los demonios. Pero fue restaurada para su nuevo fin con bastante éxito y acierto, porque su batería parece haber sido corrida en origen. Vamos, que se trata de un hueso duro de pelar, a no ser que quede varada contra las piedras o en un bajo desconocido.

—Tiene razón, señor. La batería parece completa con piezas de a 24 — dijo el segundo comandante, sin apartar el antejo de su rostro una pulgada—.

Pero no son de bronce, como los cañones que se fueron a los fondos con el *Blue Ribbon*. Y ya los emplazados en el castillo, alcázar y toldilla aparecen, como es lógico, en severa disminución. Sin embargo, no exhiben carronada^[89] alguna como se nos anunciaba, una pequeña ventaja a nuestro favor.

—De todas formas, una andanada completa a escasa distancia con rasas de a 24, nos puede hacer sufrir en carnes. Si no apareciera con las dos corbetas a popa, intentaría ganarle la popa y jugar un rato, para comprobar su capacidad de maniobra.

La derrota del buque enemigo me forzó a caer a estribor, hasta virar en redondo y pasar el viento a la banda contraria. Con esta maniobra podía dejar a la fragata por la amura de babor y mantenerme en prenda a barlovento. Mientras tanto, las dos corbetas, panzonas y de escaso andar para buques de su clase, caían en sentido contrario a la fragata en un intento de tomarme a las bandas, como si fuéramos carroña torpona del primer día. Pero pude comprobar que la *Hércules* bolineaba bastante en su linde, más de lo que se podía prever con su estructura. Por fortuna, ya no me quedaba duda de que la avanzaríamos en un par de millas^[90] como mínimo, al igual que a las dos corbetas.

Acabamos las dos unidades con proa a la colonia de Sacramento, cerrando distancias entre ambas. No tenía un plan definido, aunque deseaba comprobar más detalles de su estructura y del funcionamiento de su dotación. Quijano, con su rostro serio habitual, entró en preguntas. Debía temer alguna reacción alocada en mi persona.

—¿Qué piensa hacer, señor?

—Pues, con sinceridad, segundo, todavía no lo sé. Podría evitarla fácilmente si cruzo el veril de las dos brazas y entro en el banco Grande de Ortiz, porque la fragata debe calar tres o cuatro pies más que nosotros. Pero quiero comprobar si, llegados a distancia de fuego, sus artilleros se mueven con calidad y ritmo.

No ofreció Quijano una cara de felicidad, como si me creyera un suicida. Y no era esa mi intención, desde luego. Cuando nos separaban dos millas aproximadamente, orcé en ligero, ahora con proa al banco de Pescadores. Y para mostrar que también nosotros templábamos gaitas en orden, me dirigí al nostramo.

—Don Agustín, vamos a virar por avante. Por todos los cristos, que no podemos ofrecer la blanda en esta ocasión. Dedique el mejor personal a la maniobra.

—No se preocupe, señor. Disponemos de suficientes manos para no mostrar nuestro verdadero estado.

Pocos minutos después, orzaba el *Hiena* para virar por avante. Y conseguimos cruzar el viento sin tropiezos gruesos a la vista, para quedar ahora con proa a punta Lara. Y en escasos segundos, nos imitaba la fragata, pero en este caso con pérdida visible, aunque aceptable. A bordo ordené zafarrancho y prevención para el combate, situación que se cubrió en excesivo tiempo y con rebenques en vuelo. Permití que la *Hércules* se acercara hasta la milla de distancia, momento en el que, de forma visible, preparaba su artillería para el combate. Mientras en el alcázar todos mis hombres se mantenían en silencio absoluto, se escuchó el primer retumbo de cañón, un solo disparo del buque enemigo cuyo pique quedó corto en distancia y por la proa. Siguió en escaso tiempo un segundo disparo, corto también pero centrado en marcación.

—Esos cabrones comprueban la puntería con movimientos de espeques y cañas^[91] —dije entre sonrisas—. No es mal sistema. Alguno de esos piratas debe tener conocimientos de artillería.

—Si continúa cerrando distancias, señor, nos pueden alcanzar con algún rebote. —Era Quijano, con sus habituales y pesimistas advertencias—. Al menos, las corbetas pierden distancia con claridad.

—Dejemos que gasten un poco más de pólvora. Largar escandalosas.

Mantuvimos la distancia, acortando y aumentando vela, mientras la fragata continuaba con sus ejercicios artilleros. Y fue una experiencia poco agradable, porque pudimos comprobar que habían mejorado mucho en aquel importante aspecto de la guerra naval. Debía de ser cierta la información de que el comodoro Brown llevaba a cabo duros adiestramientos con sus dotaciones y empleaba artilleros desertados de la *Royal Navy*, lo que podía redundar en negativo para nosotros. Dos horas después, silenciada su batería y entrados en el canal del Sur, orcé para quedar al límite de la bolina, intentando comprobar hasta qué punto sería capaz de hacerlo la fragata. Y, como suponía, debió mantenerse de una a dos cuartas a sotavento de nuestra proa, un detalle que elevaba el ánimo.

Una de las corbetas, con rumbo cruzado hacia levante, quedó expuesta a que le endosara con cierta facilidad una andanada completa de enfilada^[92]. Y bien saben los infiernos que lo deseaba en las venas como el agua de mayo para los campos. Pero era absurdo exponernos a un tiro de gracia que nos impidiera navegar al límite y quedar a merced de los tres lobos. Por tal razón, tomé el viento de nuevo amulado a babor, proa a la salida del estuario,

movimiento que volvió a imitar la putorróna fragata, en acción de perro de presa.

Como no era momento de malgastar pólvora y con las viradas las corbetas se agrupaban poco a poco a su buque insignia, decidí dar por finalizado el juego de guerra y largarles aguas del timón^[93]. Con todo el aparejo arriba, arrumbé hacia la plaza de Montevideo, una vez conseguido el fin perseguido. No obstante, cuando atravesamos el punto de mínima distancia a la fragata y efectuaban un nuevo disparo ligeramente corto, intenté comprobar a la vista los oficiales emplazados en el alcázar. Intentaba descubrir el rostro de William Brown, aunque no llegara a precisarlo con detalle. Pensé en mis adentros que ese era el hombre de mar con quien deberíamos enfrentarnos tarde o temprano. Y mucho dependería de su ojo marinero y decisión el resultado final del encuentro entre las dos divisiones navales presentes en el Río de la Plata.

24. Reflexiones y amenazas

Fondeé de nuevo frente a la plaza de Montevideo, cuando ya caían las luces a plomo y todo se envolvía bajo el manto gris. En esta ocasión enmendé ligeramente la situación respecto a ocasiones anteriores. Intentaba largar los ferros más cerca y bajo protección directa de la poderosa batería de San Fernando, que podía cubrirme de los fuegos enemigos. Y no crean que pensaba solamente en la posibilidad de sufrir un nuevo ataque nocturno contra el queche en base a la utilización de lanchones, sino a que la fuerza naval a disposición del comodoro Brown ejerciera su dominio en acción arriesgada contra las unidades amparadas frente a la plaza. Y pueden estar seguros de que, en su caso, habría llevado a cabo una acción similar sin dudarle un segundo.

Para desgracia de mis hombres, en la nueva situación de fondeo se sufría una ausencia de viento casi absoluto por efecto de los morros. Y tal condición nos hacía sentir un calor de esteras, con lo que ni las mangueras de ventilación impulsaban una gota de aire hacia la cubierta inferior. Y en esta situación redoblamos la guardia nocturna, como era de ley, que nunca son pocas las precauciones y ya estaba más que demostrada la extrema querencia de los rebeldes contra mi buque.

En las primeras horas de la siguiente jornada, acudí a la Comandancia para rendir informe sobre la comisión impuesta. En primer lugar y con pocas palabras, expuse al capitán de navío De la Sierra la realidad sobre la fuerza naval de los patriotas y las características particulares de sus unidades, especialmente de la fragata *Hércules*, donde el pirata Brown desplegaba con orgullo su insignia de comodoro. Y le expuse mi temor ante lo que entendía como un peligro inminente, si los patriotas, con suficiente agresividad, se dispusieran a llevar a cabo un ataque generalizado y definitivo, lo que era factible sin excesivos riesgos. Pero también le comenté que el tiempo

continuaba corriendo a favor del enemigo y podrían intentar un bloqueo por mar y tierra, hasta conseguir la asfixia total de nuestra población y fuerzas.

Aunque sea difícil de creer, no pareció muy convencido el comandante naval del apostadero. Incluso creí entrever en los gestos de su cara algunos rastros de escepticismo, como si mis palabras saltaran de mi boca preñadas de exageración y pesimismo. Y me entró su postura tan a la mala que, como otras veces en los últimos meses, decidí despedirme sin insistir en mis penosas consideraciones sobre el próximo futuro. Por desgracia, nuestro jefe adoptaba la absurda y peligrosa postura que muestra a las claras el sabio refrán castellano: Ojos que no ven, corazón que no siente. Pero esos ojos acabarían por ver en directo y con colores rojos de sangre la dura realidad, mientras su corazón acabaría encogido a grietas de dolor. Porque los famosos y esperados refuerzos no aparecían y, como aseguraba el mayor general, ni esperaba recibirlos antes de un posible desastre final.

Con el ánimo caído hasta la sentina, pasé al despacho de Tomás Parejo para exponerle mi conversación con nuestro jefe. Y tampoco se alarmó una mota ante su incomprensible reacción porque se trataba de un viejo sombrero, desteñido por el paso del tiempo.

—Su postura es suicida, sin resquicio posible —exclamé a solas con Tomás en su sala de trabajo—. ¿Qué espera? ¿Un milagro santero?

—Pues un conjunto de esperanzas que solamente él o cualquier otro enajenado puede entrever en el próximo futuro. Por una parte, todas las mañanas sube hasta el torreón con su antejo para otear el horizonte en busca de esa puta fragata con refuerzos que jamás aparece. Pero también está convencido de que los intentos de Jacinto Romarate para convencer a los hacendados y que se pasen a nuestra causa, acabarán por ofrecernos el apetecido resultado. No comprende que esos hombres se mueven como el péndulo bajo la presión de cada día y dicen lo que cada uno desea escuchar. Bueno, también es cierto que se encuentra muy presionado por el general Vigodet. Pero le faltan agallas suficientes para exponerle a las claras que él es el comandante naval del apostadero y quien debe tomar las decisiones en cuanto al mando y conducción de la guerra naval. Desde luego, siempre que no se muevan en contra del plan general.

—No se atreverá jamás.

—En efecto —el mayor general asintió con desgana—. Pero, explícamelo bien y con detalles, Beto. ¿Tan superior encuentras a esa fragata?

—Vamos a ver, Tomás. La *Hércules* dispondría de escasas posibilidades en un combate corrido contra cualquier fragata de la Armada, aunque se

tratara de una de inferior clase. De eso estoy convencido, siempre que la nuestra se encuentre dotada de una tripulación medianamente adiestrada. No es muy velera, pero tampoco lo necesita en este preciso escenario del Plata. Dispone de 36 piezas y, según pude deducir, sus artilleros exhiben suficiente conocimiento. También emplea marineros experimentados. Con solo observar una de sus viradas por avante, quedaba demostrada dicha cualidad. Este William Brown debe ser un hombre inteligente, arriesgado, con buen ojo marinero y decisión. Estoy seguro de que ha debido aplicar normas de conducta a bordo de sus buques como una verdadera Marina y no permite que nadie se salga de la vara.

—¿Crees que soportaría un ataque de tu buque y los dos bergantines bajo el mando de Romarate?

—Si permaneciera en solitario la fragata *Hércules*, la arrasáramos en sangre, sin duda. Pero no se comportará el comodoro Brown de forma tan estúpida, estoy seguro. Hace dos días navegaba con buena escolta de esas dos corbetas, unos buques lentos pero con más de veinte cañones cada uno. Y también marinados en normas. Pero no olvides que les queda otra más y un par de bergantines, así como goletas, balandras y algún falucho. En conjunto, no podríamos con ellos ni alumbrados por las almas benditas.

—Bueno, ya sabes la teoría del general Vigodet, que acabará convenciendo a nuestro jefe, como en tantas otras ocasiones. Alega que la solución es alistar en desempeño de guerra a las dos fragatas mercantes y las dos corbetas. Tal postura representa la negativa lectura de que el conjunto se compare con la fuerza naval enemiga. Parece que el general Vigodet asegura que si ellos tienen una fragata y tres corbetas, nosotros disponemos de dos fragatas y dos corbetas. La clásica comparación de quien nada comprende de la guerra en la mar. Y, para colmo, discute sobre tales temas como si se tratara de un experto.

—¿Pero este hombre es idiota de marca, o alguna herida de guerra lo dejó con tales deficiencias mentales? —No pude dejar de elevar la voz con acritud y desprecio—. Parece olvidar que las fragatas mercantes *Mercedes* y *Neptuno* son dos carracas de tablas viejas a las que se intenta armar con elementos de fortuna. Creo que dispondrán de 16 y 24 cañones, respectivamente, si es que dichas piezas de calibres menores pueden ser alistadas con un mínimo de garantía. Y las dos corbetas, *Mercurio* y *Paloma*, dos pótalas de mierda sin posibilidades de bolinear una sola cuarta. Esas cuatro unidades necesitan un mínimo de setecientos u ochocientos hombres para sacarles algún rendimiento. ¿De dónde sacarán esos marineros y artilleros, si no

conseguimos los cincuenta imprescindibles de cada día? ¿Y quién las mandará? ¿Viejos pilotos graduados de alférez de fragata? ¿Y de dónde sacaremos la pólvora y el balerío necesarios para un solo combate? Por todos los cojones turcos, que no comprendo cómo pueden trazar esperanzas de victoria con esas vacas. Sin olvidar que la fuerza naval rebelde seguirá creciendo, mientras nosotros caeremos día tras día a peor, si no llegan esos refuerzos en los que nadie cree.

—Se habla de que se ha firmado un tratado entre nuestro señor don Fernando y Bonaparte. Si fuera cierto podría liberar muchas unidades.

—¿Un tratado bilateral con Bonaparte? ¿Qué dicen los ingleses y el resto de aliados, si no han sido consultados? Sería muy peligroso que los británicos se entablaran a la contra, sin rebozo, y enviaran alguna unidad en apoyo de los patriotas.

—No creo que se llegue a esa peligrosa postura, ni mucho menos. Pero sí puede ser el fin de la guerra en la Península.

—En ese caso, en primer lugar enviarán buques y soldados al Caribe, para auxiliar a las fuerzas que luchan en Nueva España y Tierra Firme. Después pasarán a apoyar a los del virreinato del Perú. Y el Río de la Plata quedará para la última ocasión, cuando ya nos hayan barrido del mapa. Pero lo primero que debemos preguntar a Vigodet es de dónde va a sacar las dotaciones necesarias para esos nuevos buques.

—Según tengo entendido, y me avergüenza decirlo, se ha ofrecido a llevar a cabo levas de fuerza por tierra adentro. Un maravilloso conjunto formado entre guadañeros, vagos y maleantes. También ha ofrecido el concurso de soldados de milicias y miñones catalanes.

—¡Por todas las putas que nutren los burdeles de la corte! —Mi indignación subía enteros poco a poco—. Supongo que a ese descerebrado se le habrá contestado como corresponde. ¿Marineros de leva en estos días y en este particular escenario? Hace muchos años que no llevamos a cabo leva alguna en los puertos. Imagina lo que significaría meter los vagos de tierra adentro en esos buques de tablas medio podridas. Aunque sea triste reconocerlo, acabaremos sitiados en escaso tiempo por mar, el último recurso que nos quedaba. Si yo fuera el comodoro Brown, lo llevaría a cabo en un santiamén.

—También Romarate y yo pensamos de esa forma. Y cuando estemos bloqueados hasta las cejas, Vigodet dirá que los miembros de la Armada no nos atrevemos a salir a la mar. La misma canción de otras veces, y nuestra Marina quedará a los pies de los caballos. Hace falta un comandante naval

con los huevos bien puestos, que ladre la verdad por alto y sin tapujos. Debería decirle tres o cuatro palabras gruesas a ese general del Ejército, que nada sabe de las cosas de la mar.

—¡Qué barbaridad!

—Estoy convencido de que el capitán de navío De la Sierra opina como nosotros. Pero no se atreve a cantarle las cuarenta a Vigodet, en un equivocado ejercicio de la disciplina. De todas formas, hemos de prepararnos para lo peor. Creo que deberíamos mantener una reunión, Romarate, tú y yo, para analizar las posibles soluciones, si es que existe alguna.

—La única salida que veo factible y a la mano es la de llevar a cabo un ataque nocturno contra esos desalmados y jugarnos los bigotes con alguna posibilidad de éxito. Tan solo la sorpresa y el valor extremo pueden compensar el desequilibrio de fuerzas.

—Estoy de acuerdo contigo. Y dejamos pasar una excelente oportunidad cuando esos buques se encontraban en alistamiento. Pero de nada sirve lamentarse de acciones pasadas. Lo discutiremos y hablaremos de nuevo con nuestro jefe.

—Será como hacerlo con una pared despintada. No entrará en razones.

—Joder, Beto, seamos optimistas. Porque en caso contrario...

—Puedes decirlo sin avergonzarte, Tomás. En caso contrario, se acabará la presencia española en el Río de la Plata.

—¡Malditas sean las putas de barriga y sus placentas! —Tomás golpeó la mesa con su puño—. Por Dios, Beto, que nadie nos oiga o seremos considerados derrotistas.

—Me importa un carajo.

Una vez más, regresé a mi barco con el rabo entre las piernas y la moral rendida en tablas. Y la imaginación volaba millas adelante, hasta mostrar unos perfiles más negros que el alma de Satanás. Preveía un final de mi mando a bordo del *Hiena*, marcado en desdoro y rendición, lo que más debe ofender a todo oficial de guerra de la Real Armada. Porque no existe derrota dulce, aunque se intente justificarla con mil razones. Se quiera o no, siempre seguirá siendo una derrota y llevará amparado el arriado de la bandera por la que juramos luchar, hasta derramar la última gota de nuestra sangre.

Decidí que no podíamos cejar en el empeño. Por tal razón, dos días después me reuní con Romarate y Parejo para analizar de nuevo una situación que, en mi opinión, no debía presentar duda alguna a cualquier mente medianamente despierta.

Por desgracia, hasta el rumboso y optimista Romarate, hombre de combate diario y espíritu elevado sin tregua, mostraba el rostro en grises, dudando del futuro. Sin embargo, se ofreció a pronunciar una especie de ultimátum al capitán de navío De la Sierra, exponiéndole lo que ya debería saber y la necesidad de arriesgar hasta la última madera a disposición, mientras presentara alguna ventaja a favor. Le pregunté sobre sus acciones de intentar convencer a hacendados y comerciantes, para dejar la causa patriota y unirse a la nuestra.

—Estas acciones no conseguirán cambiar el curso de la guerra una mínima vara, ni mucho menos. Tan solo retrasar el desenlace final, si no varían mucho las circunstancias y nuestro Gobierno decide apostar por mantenerse en estas tierras. Aunque algunos prebostes adinerados mientan cuando discuto con ellos por temor a mis armas, al menos pagan de forma religiosa como carreta en fielato. Pero no tiene futuro esa política, aunque nos salve del hambre por algunos meses. La presión de los patriotas sobre esos hombres es mucho mayor que la nuestra y ganan posiciones día a día. Como dices tú, Beto, lo más preocupante es la posibilidad de que la Marina rebelde ejerza el bloqueo por mar, una vez que por tierra ya lo han conseguido. Y se encuentran en disposición de conseguirlo. El colapso de la plaza sería inmediato y la misma población nos enviará al infierno si no disponen de comida, ropa y leña para calentarse en el próximo invierno.

Ese era, sin duda, el peligro que todos temíamos. Pero parecíamos ser los únicos que nos atrevíamos a comentarlo, como si se tratara de alta traición augurar el próximo futuro que deberíamos encarar. Además, Jacinto nos ofreció alguna información complementaria.

—En mi última salida al Plata, una semana atrás, recogí de la mar a tres marineros cuyo pesquero había zozobrado. Como era de esperar, se reconocieron realistas sin posible merma en sus sentimientos. Me explicaron con todo detalle los armamentos de las nuevas unidades rebeldes. Coinciden con tus observaciones al punto, Beto. Pero en cuanto a las corbetas, me aclararon con exactitud que la llamada *Zephyr* porta dieciocho cañones, mientras que la *Belfast* y la *Agreeable* lo aumentan hasta 22. Y como calibres más utilizados, con piezas de a 18.

—No es moscarda de alas cortas. Y las supongo con mandos y dotaciones al completo.

—Dotaciones bien rellenas al ciento y con gente de mar experimentada. En cuanto a sus comandantes, la mayor parte son extranjeros de fortuna, desde luego, aunque hombres con suficientes hábitos y días de mar. Bueno, la

verdad es que con plata suficiente y escasos escrúpulos, se pueden conseguir buenos buques y dotaciones competentes, aunque conformen un grupo de almas entradas en miseria y sujetos sin moral, que solamente buscan dinero y placer. Se advierte con claridad al comprobar los nombres de los mandos de esa Marina republicana: Brown, Seaver, Rusell, Baxter, Lamarca, Leech, King, Hubac, Ferreri, Clark, Mac Dougall y otros perros de la misma ralea.

—Un generoso conjunto de patriotas rioplatenses —dije con tono de sorna.

—Ni uno solo de esos hombres ha nacido en estas benditas tierras. Y para colmo, son considerados de forma interesada como los generosos y esforzados patriotas que luchan por la libertad y por la naciente República Argentina. Así las ratas se comen sus huevos y les contagien la peste.

—Bien, rematemos esta reunión con alguna esperanza ceñida al horizonte o nos dejaremos caer de picado hasta los fondos. ¿Hablarás con el comandante naval? —Parejo preguntaba a Romarate con decisión y seriedad—. Después de todo, eres capitán de navío como él.

—Ascendido a capitán de navío, pero todavía sin la necesaria efectividad del empleo, que debe dictar la Dirección General de la Armada. Pero es igual. Convencer a De la Sierra será una operación difícil, solamente posible con el apoyo de la Patrona y todos los dioses de la mar en benéfica conjunción. Parece difícil creer cómo ha cambiado este hombre en los últimos años. Lo conocí cuando era teniente de navío y os puedo jurar que se trataba de otra persona.

—Por desgracia, de nada nos sirven sus antiguos merecimientos. Inténtalo al menos —insistió Parejo—. La negativa se encuentra en la bolsa.

—No te preocupes, que ahora mismo subo para hablar con él. Ya sabes que poco me importa cantarle las cuarenta y cinco más, ni le consiento esos desplantes habituales en voz alzada. Pero a continuación saldrá corriendo a solicitar permiso al general Vigodet, que lo negará de forma tajante. Y De la Sierra buscará el razonamiento para ofrecer un poco de racionalidad a dicha negativa. Está en sus manos, aunque sea difícil aceptarlo. Así de claro. Pero, bueno, animen esas caras. Nada perdemos intentándolo una vez más.

Aunque las dudas se mantenían a coro en mis pensamientos, centré todas las esperanzas en la fortaleza de espíritu y poder de convicción de ese gran hombre que era Jacinto Romarate. No obstante, cuando me dirigía en lento paseo hacia la escala real y enhebraba en el cerebro posibilidades de gloria, la realidad se abría en verdades de forma paulatina, exponiendo cuadros de escasa gloria. De esta forma y en contra de mi habitual optimismo, se fueron

diluyendo poco a poco las ilusiones. Creo que aquel fue el momento en el que comprendí que la suerte estaba lanzada en negro y nadie sería capaz de torcerla en vuelta hacia paisajes blancos.

* * *

De nada sirvieron lo que considerábamos como nuestros últimos intentos para lanzar una operación desesperada e intentar aniquilar las fuerzas patriotas. Y como si nada hubiera cambiado en el escenario rioplatense, tras varias semanas de inadmisibles relajación, se planeó una nueva acción de Romarate en incursión por los arroyos del río Uruguay. En esta ocasión debía establecer contacto con don Fernando Ortoques, para que firmara a nuestro favor y pudiera suministrarnos pólvora, galleta y carne, elementos que ya necesitábamos de forma casi desesperada. Jacinto se dispuso a ella con su sempiterna gallardía, pero debió esperar a que se llevaran a cabo algunas pequeñas obras en el bergantín *Belén* de su insignia, una unidad muy castigada y sin descanso en los últimos años.

Por otra parte, también De la Sierra planeó una nueva operación para el queche *Hiena*. Supuse que intentaba mostrar actividad naval y, de esa forma, cerrar nuestras bocas con argamasa de espuma y buenas palabras. En este caso debía, por fin, navegar hacia el río Negro e intentar descalabrar la ciudad de Viedma, uno de los centros de avituallamiento de los rebeldes por la zona sur. Según las informaciones recibidas, las posiciones meridionales habían sido desatendidas para apoyar los frentes del Plata en lo que se suponía como una acción de bloqueo definitiva. Deberían embarcar en el queche cien soldados en apoyo, necesarios para tomar la ciudad caída al bando realista y patriota de forma periódica, según las amenazas presentes a la vista.

Todas las previsiones, en especial las acciones dictadas en pliego para el queche *Hiena*, se vinieron abajo cuando en la segunda quincena de febrero, en una mañana espléndida y preñada de cielos azules, apareció frente a la plaza de Montevideo una fuerza naval con la fragata *Hércules* a su frente. La división estaba compuesta por la insignia del comodoro Brown, seguido por las tres corbetas, el bergantín *Nancy*, la goleta *Julieta* y la balandra *Tortuga*. Entre todas ellas montaban 150 cañones, de los cuales veintidós con un calibre de a 24 libras. Aunque no llegaron a entrar a distancia de tiro, las baterías en defensa de la plaza abrieron fuego, una estúpida demostración guerrera que a nadie engañaba y que solamente conseguía disminuir los escasos quintales de pólvora a disposición.

La división naval del apostadero, presente en aquel momento, se encontraba formada por el queche *Hiena*, los bergantines *Belén*, insignia del jefe de la división, capitán de navío Romarate, y *Cisne*, este último reparado pero todavía con deficiencias de maniobra. Por último, la balandra *Corsario* de ocho cañones. En situación de armamento se mantenían las fragatas mercantes *Mercedes* y *Neptuno*, así como las dos pótalas denominadas como corbetas, *Mercurio* y *Paloma*. Los buques en disposición de navegar, siguiendo la señal del Belén, ordenamos situación de zafarrancho y prevención para el combate, comenzando a levar las anclas. En escaso tiempo, tanto el *Hiena* como el *Belén* quedábamos en facha, libres y listos para salir adelante, por si acaso el comodoro Brown decidía un ataque definitivo. Pero no era tonto el irlandés que, tras ofrecer cuatro pasadas a diferentes distancias, tomó rumbo en vuelta hacia el interior del estuario.

Comprendimos perfectamente las intenciones del comodoro bucanero. Venía a decirnos con meridiana claridad que las tornas habían cambiado en dieciséis cuartas, y que a partir de ahora serían ellos quienes comenzarían a ejercer dominio por aquellas aguas. Y para desgracia mayor, no solo lo advertimos nosotros a bordo de los diferentes buques, sino también el personal civil de la población que se congregaba cerca de los muelles, con los rostros lastrados en muda expresión de pesimismo. Porque era bastante desmoralizador observar aquella fuerza naval con sus cañones dirigidos hacia la plaza y el pabellón rebelde enarbolado en sus drizas. Y más todavía si se comparaba con las unidades propias a disposición.

A pesar de sufrir esta penosa demostración, no se tomó ninguna acción desesperada por nuestros mandos, aunque desesperada fuera en verdad la situación que debíamos abordar a partir de aquel momento. No obstante, nos encontrábamos serenos y decididos a dar el do de pecho a batientes. Porque en caso de llegar a una acción definitiva, el *Hiena* y los dos bergantines serían capaces de repartir estopa dura, aunque cayeran la mayor parte de sus hombres en cubierta bañados en sangre.

La demostración naval, más parecida a una parada real, comenzó a repetirse de forma casi cotidiana, con el efecto desmoralizador que se puede suponer para las dotaciones y población. Tan solo en una ocasión respondimos a la afrenta, aunque se nos hubiera prohibido de forma expresa. Pero era necesario demostrar que la Real Armada no se cebaba en mantener los pies afirmados en seguro. Tuvo lugar en la última semana del mes de febrero. En esta ocasión, tras la fragata *Hércules* desfilaban, en una formación parecida a una línea de combate, las tres corbetas solamente. La última de

ellas, la *Zephyr*, quedaba algo descolgada por su menor andar. Y como me mantenía con las anclas a bordo y en facha, comprendí que se me presentaba una buena ocasión.

Sin dudarlo ni pensar en posibles consideraciones negativas, ordené dar todo el aparejo y, con el viento de levante a favor, salí al galope para cortar la popa de la última corbeta. Porque tal y como se expone en las Reales Ordenanzas, el comandante de todo buque en la mar debe presentar iniciativa propia. Creo que el comandante King, al mando de la corbeta, comprendió tarde mis intenciones o no se la esperaban en ninguna forma. Y estas no eran otras que situarme por su popa a escasa distancia y lanzarle una andanada caliente en enfilada.

Cuando la *Zephyr* comprobó que cerraba distancia sobre ella con gran velocidad, dudó demasiado tiempo en continuar tras la popa de la *Belfast* u operar con independencia. Mientras la fragata viraba por avante y era imitada por las dos siguientes, la *Zephyr* caía tímidamente a estribor para obstaculizar mi maniobra. Pero no parecía conocer las posibilidades de ceñida en mi buque porque, cobrando escotas al tachón, llegué a ocupar distancia de quinientas varas, momento en el que la corbeta abrió fuego con sus cañones situados más a popa y arco de fuego desfasado. Quedé por fin en rumbo de bolina máximo, cuando alcanzaba su popa. Y de acuerdo con las instrucciones dictadas a Armentía, los cañones de estribor comenzaron a disparar por puntería propia y escogiendo cada cabo de cañón el momento deseado y óptimo.

Largamos la andanada completa, cuando ya la fragata *Hércules* se aproaba hacia nosotros. Viramos por avante como lagartijas de charco, para regresar con todo el aparejo hacia nuestra posición inicial al abrigo de las baterías de tierra. Y con extremo placer comprobábamos que muchas de nuestras balas rasas, disparadas a trescientas varas escasas, le entraban a popa con descalabro del coronamiento, cristaleras, y maderas sueltas al aire. Quijano creyó observar también daños en la botavara del mesana, aunque ninguna se cebara en la pala del timón como pretendíamos. Por nuestra parte, no recibimos un solo rasguño. Y, con extrema rapidez, gané distancia a los perseguidores.

Una vez en facha junto al *Belén*, Romarate nos felicitaba con vivas a través de la dorada bocina, mientras los miembros de su dotación jaleaban y palmeaban las maderas por el éxito de nuestra acción. Bien es cierto que solamente se trataba de una demostración, que comprendieran aquellos jenizaros del demonio que también nuestros buques estaban dispuestos a dar la cara con pólvora y balas. Y para aquellos gestos el queche *Hiena* era el

buque ideal, la unidad que podía ofenderles y salir a la carrera con todo su trapo largado a los vientos. Pero de poco servía para eliminar lo que ya considerábamos como un bloqueo marítimo en toda regla.

Nada me comentó el comandante naval sobre la acción llevada a cabo contra la corbeta rebelde. Por informaciones recibidas días después, tuvimos conocimiento de que a bordo de la corbeta *Zephyr* habían sufrido ocho heridos y solo uno de gravedad por astillazo en el vientre. Pero poco o nada me importaba el silencio de nuestro jefe, porque ya nos encontrábamos en distintas esferas, como si perteneciéramos a diferentes instituciones.

Para lavar la cara, se autorizó por fin a Romarate que, con su escasa división de buques ligeros, llevara a cabo la acción prevista en el río Uruguay, concretamente en el arroyo de la China y su posible entrevista con el señor Ortoques. Por otro lado, la operación del *Hiena* en el río Negro se retrasaba una y otra vez por falta de los soldados necesarios. Porque no era fácil arrebatarnos de sus posiciones en tierra, una situación muy comprometida y a la vista del enemigo. De esta forma, en la noche del día 6 de marzo, abandonó Romarate su posición de fondeo frente a la plaza de Montevideo. Y decidido a romper el bloqueo, progresó hacia dentro del estuario. De esta forma, ahí quedé a bordo del *Hiena* mano sobre mano y con los grillos en recorrida de nervios sin descanso.

Por desgracia, la situación en Montevideo se complicaba por momentos y en cueros de guardia. Bloqueada la plaza por mar y tierra, y privada la numerosa población de las mínimas necesidades de alimentos, comenzó a alzarse el clamor del pueblo, como jamás se había producido. Y tomó la voz el propio Ayuntamiento, aunque se tratara de un asunto en el que no debiera intervenir. En un execrable escrito, dirigido al capitán general don Gaspar Vigodet, aquel grupo de estúpidos y cómodos mamporreros de ideas cambiantes, solicitaban acciones inmediatas a los buques de la Real Armada. Aseguraban, en pleno desconocimiento de la realidad, que nuestras fuerzas navales eran superiores a las rebeldes y exigían, que así se expresaban con inimaginable descaro, que nuestros buques salieran a combatir al enemigo por exigirle el honor de las armas católicas, así como los intereses generales del pueblo y del Estado.

Aquel mequetrefe de escaso cerebro argumentaba también que, aun en el caso de que nuestras fuerzas se mostraran inferiores en número o capacidad, se debían empeñar en la necesaria acción de armas. Para colmo y como instructivo ejemplo, citaban diferentes ejemplos de nuestra historia en los que situaciones parecidas se habían solventado en base al ardor guerrero y

valentía de los hombres de mar. Ofrecían todo número de voluntarios que se necesitaran a bordo de los buques. Por supuesto, pensando en la imprescindible leva de vagos y maleantes, así como personal del campo sin instrucción militar o naval alguna, mientras las autoridades civiles se mantenían a seguro resguardo.

Cuando cayó en mis manos aquel insultante mensaje, ofrecido por Tomás Parejo en su sala de trabajo, sentí correr un resquemor de fuego por las venas. Me encontraba dispuesto a masacrar con mis manos a aquel conjunto de montevideanos de mirada estrecha, para salir a la mar a continuación e intentar batir a la fragata Hércules, aunque pereciéramos a bordo del queche todos en la acción. Y es de reconocer que en este caso particular, el capitán de navío De la Sierra argumentó ante el general Vigodet a la contra, exponiendo la realidad de la situación y lo absurdo de salir a la mar contra fuerzas tan superiores. Pero como era de esperar, el capitán general se posicionaba en su banda política y no consideraba las palabras insultantes del Ayuntamiento como merecedoras de inmediata reprobación. Más bien al contrario, entendía que se debía actuar en la línea expuesta por aquellos villanos. Merecía este general una adecuada respuesta que, por desgracia, no se atrevió a elevar quien a ello se debía.

Así se encontraba trazado nuestro futuro, entendiendo como tal lo que sucedería en pocos días o semanas. Y para sorpresa de tirios y troyanos, el general Vigodet ordenaba por escrito al capitán de navío De la Sierra prepararse para salir a la mar con toda la fuerza naval a disposición en cuanto regresara Romarate de su incursión en el río Uruguay. Y nuestro comandante naval, en dejación absoluta de su deber como mando naval, aceptaba una orden que no debía haber sido siquiera formulada.

Pintaban bastos de manga por las aguas del estuario rioplatense y más negros que el betún. Un tanto desesperado por tanta indignidad, me refugié a bordo del *Hiena* y ordené preparar el buque para salir a la mar. Al mismo tiempo, solicitaba al apostadero de forma urgente pólvora, balerío, alimentos y aguada. Porque esperaba que el general Vigodet no nos enviara al martirio sin suficiente armamento y con los estómagos vacíos. Pero en aquellos momentos todo era posible, incluso la mayor de las locuras. Porque así entendía unas acciones que podrían decantar el triunfo definitivo a favor de los que deseaban expulsar a los españoles de sus intereses históricos en las tierras aledañas al Río de la Plata. Aunque se tratara de una exposición muy triste y lamentable, un conjunto de españoles americanos deseaban lo peor

para sus hermanos de sangre. Y todo ello por un conjunto de aspiraciones y ambiciones personales de escasa o nula dignidad.

25. El arroyo de la China

La situación se hacía más complicada y difícil en la ciudad de Montevideo conforme avanzaban los días, uno a uno. Y lo sufríamos los miembros de la Real Armada carnes adentro de forma muy especial y con vergüenza aparejada. Porque se nos achacaba, precisamente a nosotros, que jugándonos el pellejo a diario intentábamos paliar el hambre y la escasez de los productos más necesarios en la plaza, la situación de bloqueo que se padecía. Incluso con algunos pasquines en los que se nos reprochaba escaso valor para aniquilar a la escuadra enemiga.

El pueblo montevideano había olvidado en escaso tiempo las victorias en el río Negro con el apresamiento del queche *Hiena*; en el Paraná, donde se tomaron tres buques enemigos, y en el Uruguay, destruyendo la batería rebelde. Y en todas las acciones mencionadas, con abundante requisa de alimentos, pertrechos y armas. Sin olvidar las operaciones permanentes de la división naval ligera de Romarate por arroyos y costas, que conseguían los únicos alimentos y pertrechos de guerra disponibles en las últimas semanas. Y todo ello sin contar con unidades adecuadas ni suficientes hombres y armamento a bordo de los buques.

El capitán de navío De la Sierra aseguraba que aquellos movimientos populares se encontraban propiciados por agentes pagados desde Buenos Aires, para minar la moral de la ciudad. Pero no comulgaba yo con aquella teoría, al observar con detalle a los que se manifestaban frente a la Comandancia con gritos desgarrados. Más bien adivinaba otros motivos escandalosamente torticeros, en beneficio de intereses propios, dignos de vergüenza.

Pero ya la situación se encontraba marcada en negro y sin posible retorno. De acuerdo a la orden dictada por el capitán general don Gaspar Vigodet, corroborada con febril entusiasmo por el presidente del Cabildo y gobernador político de la ciudad, así como por sus colegas municipales y generales, el

sumiso comandante naval intentaba alistar el mayor número posible de buques para enfrentarse al enemigo. Según sus propias palabras, se disponía a cumplir con lo que estimaba como su indeclinable deber, en cuanto regresara el capitán de navío Romarate de su última incursión por los arroyos. Quien ejercía el mando naval del apostadero se dejaba influir directamente en su misión sin apenas alzar el labio a la contra.

Es cierto que, una vez separada la división ligera del resto de la fuerza, Brown había tomado la iniciativa y, en la práctica, Montevideo había quedado bloqueada también por mar. Pero la solución no era plantar la cara para que fuésemos abofeteados y perder el último recurso a disposición. Si se confiaba en la llegada de refuerzos desde la Península, más vaha reservar las fuerzas navales, adiestrar al personal y acometer operaciones nocturnas de castigo. En aquellos momentos recordaba con detalle las palabras del general Escaño antes del penoso combate del cabo Trafalgar, cuando aseguraba que salir a la mar para sufrir una derrota segura no era patriotismo sino estupidez sin límite. La triste historia que se repetía de forma machacona. Porque es imposible en esta vida adornar los templos sin imágenes. Y digo esto porque asistí en persona al alistamiento de la fragata mercante *Mercedes*, unas escenas que me adelantaron el resultado final de aquella empresa.

Una mañana, ventosa y fresca por primera vez en muchas jornadas, entrados en la última semana del mes de marzo, el mayor general me pidió que lo acompañara para comprobar el alistamiento de las nuevas unidades. Nos trasladamos al fondeadero del Charco, a poniente de la plaza, donde se encontraban las dos fragatas del comercio adquiridas con promesas de futuro, así como nuestras dos corbetas-pótalas, un bergantín mercante y una goleta del mismo desempeño. Y para comenzar, abordamos la fragata *Mercedes*, un buque panzudo de maderas viejas, aparejo en tintes, cabuyería al límite y el estado habitual de todo buque dedicado al comercio, que se mantiene durante algunos años sin cometidos en la mar.

Fuimos recibidos por quien había sido nombrado su comandante, un piloto graduado de teniente de fragata, Manuel de Clemente, con demasiados quinquenios de servicio a sus espaldas. Y solo con observar los gestos de su rostro, se podían adivinar sus pensamientos más íntimos al detalle. Tomás le preguntó con rapidez.

—¿Cómo marcha su alistamiento, Clemente?

—Con que eche un ligero vistazo a su alrededor, lo comprenderá fácilmente, señor comandante.

—Vamos, Clemente, que nos conocemos de muchos años. Entre en detalles con la necesaria confianza. No llevo de inspección, sino para conocer el estado real de las unidades en alistamiento.

—Pues si quiere la verdad absoluta, señor, comenzaré por las características del buque, aunque entre en ellas con meras suposiciones. —El comandante utilizaba un lenguaje llano y sin variación en su tono—. Esta fragata mercante no aguantaría un temporal de escasa rosca sin caer a los fondos, se lo aseguro. Los palos apenas soportarían una capa mediana. Bien es cierto que la acción que se avecina debe solucionarse en el estuario, con aguas suaves. Sin embargo, nadie debe esperar que la Mercedes pueda seguir a los demás buques ni gobernar con esmero.

—¿Por qué habla de suposiciones? —entré al no comprender sus palabras.

—Pues verá, señor, aunque parezca difícil de creer, no he podido salir a la mar con ella y opinar con suficientes conocimientos. Pero estoy convencido de que es lenta por más, su obra viva necesita una carena de rizos porque las algas que arrastra asemejan alfombras de puntas gruesas deshilachadas. Los masteleros también ofrecen poca seguridad, así como las obencaduras. Se le han montado 16 cañones, todos de a 18 y muy gastados, sin chilleras ni aparejos gruesos. Han sido instalados en cubierta como se ha podido, que ya es suficiente. Y antes de que el personal se haga a su puesto, se nos embarcan aumentos entregados por el Ayuntamiento, especialmente galleta y pólvora traída de los frentes de tierra sin la necesaria protección. Pero lo peor no es eso, se lo aseguro, lo peor...

—¿Se refiere al personal? —preguntó Parejo para acelerar la lentitud de nuestro interlocutor.

—Jamás pensé, señor, que pudiera cubrir la dotación de un buque de la Real Armada con este conjunto macero que ha sido embarcado casi a la fuerza, de acuerdo al bando pronunciado por el Ayuntamiento. —Hizo un gesto en abanico para señalar al grupo heterogéneo de hombres que se veía en cubierta, vestido cada uno a su aire y en mezcolanza de géneros—. Una agrupación de guadañeros, artesanos, mancebos de pulperías y tiendas, pero especialmente de vagos, truhanes y tahúres que nos llegan encordados cada noche, tras las levas llevadas a cabo por las patrullas. Ese es el verdadero estado de la fragata *Mercedes* de la Real Armada, para salir a combatir contra el enemigo. Pero como somos defensores de la fe católica, no se nos negará el necesario e imprescindible milagro.

Sus palabras nos dejaron sin aliento. Y era tranquilo aquel hombre cincuentón, que exhibía una sonrisa de infinita pesadumbre en la boca. Su

figura y gestos se acoplaban al ciento con el condenado que se encuentra en su última noche de vida, y se apresta a ella con asumida resignación. Intenté elevar un poco el ánimo, entrado en sonrisas de connivencia.

—¿No dispone de gente de mar, aunque se trate de pescadores, paleros de zumacas u otra especie? Porque debe ser empresa ardua meter en vereda a esos hombres que ha nombrado para la maniobra.

—¿Empresa ardua, señor? —Ahora mostró una sonrisa de benevolencia—. No le falta razón. Para dirigir las maniobras dispongo solamente de un guardián en función de primer contramaestre, regresado al servicio tras diez años de pastoreo campero, así como cuatro pescadores en función de cabos de mar. Y como no era posible que aprendiesen los nombres marineros de los elementos a bordo, Don Felipe, el guardián, ha ideado un extraño y novedoso sistema que puede funcionar. Le ha asignado a los diferentes cabos de labor correspondientes a cada vela, palo, mastelero, obencadura, etc., una carta de la baraja de naipes.

—¿Una carta de la baraja? —preguntó Parejo, realmente extrañado—. No le comprendo.

—Muy sencillo, señor. Se asegura un naipe de la baraja en cada uno de los cabos u otros elementos en los que han de trabajar. De esa forma, el instructor ordena con voz recia: Al as de copas, al siete de oros, al caballo de bastos, a la sota de espadas, y así sucesivamente. De esta forma, al escuchar las diferentes cartas, estos tahúres de lupanar deben correr a los respectivos palos, velas, cabos de labor, etc. Las cartas de la baraja las dominan muy bien.

Quedamos con el ánimo en suspenso una vez más. Y no solamente por lo que significaba aquel extraordinario sistema de instrucción marinera, sino porque el comandante del buque acababa por reconocerlo como normal y necesario. Parejo continuó con sus preguntas, ahora en tono rebajado de muescas.

—¿Y los artilleros?

—Hombres del Ejército y las milicias. Hemos nombrado un cabo de cañón por cada pieza, así como los sirvientes necesarios. Se hacen ejercicios, aunque no podamos disparar algún cañón, desde luego.

—Contésteme con sinceridad, por favor. ¿Podrá salir a la mar cuando se ordene?

—Por supuesto, señor. —Clemente volvía a sonreír—. No puedo salir a la mar en pruebas, pero abandonaremos el muelle al recibir la orden pertinente. Sin embargo, no requieran a esta fragata, por llamar al buque de alguna forma, que ocupe un puesto definido en formación de marcha o línea de

combate. Navegaremos en la dirección ordenada, más o menos. Dispongo de un solo timonel de garantía, pero no podrá permanecer de guardia permanente. Y en caso de recibir señales, pediría que fuesen a la voz con bocina, por favor. No disponemos de banderas para ese efecto, ni cuaderno para descifrar sus significados.

—Hemos escrito un código de fácil manejo con quince señales solamente. Se le entregará el pliego con sus sencillos significados.

—Una magnífica idea, señor. Los memorizaré para no perder demasiado tiempo.

Quedamos en silencio, sin saber qué decir u obrar. Me maravillaba el estoicismo que presentaba aquel hombre ante las órdenes recibidas, dispuesto a salir a la mar en terribles condiciones. Y no se trataba de navegar con sencillez en demanda de algún puerto, sino para entrar en combate el mismo día de su bautizo de mar. Me dije que poco podía protestar yo ante aquel horizonte. Porque el *Hiena* merecía parabienes y cuadro de honor, en comparación con aquella carraca de pioneros. Rematamos la conversación, que poco sentido presentaba. Y como afectuosa despedida, le ofrecí mi mano.

—Le deseo buena suerte, comandante.

—Prefiero un milagro, señor. Con la suerte solamente no conseguiremos el éxito esperado, aunque nos llueva a chorros.

Abandonamos la fragata *Mercedes* con el pesimismo encastrado en los higadillos. Habíamos escuchado noticias en aquella dirección, pero no podía creer que la infamia alcanzara tal punto. Esas eran las armas que el pueblo nos entregaba para vencer a los rebeldes, llegando a comparar aquella unidad con la fragata *Hércules*. Una vez en la sala de trabajo de Tomás, en la mayoría general, me dejé reventar.

—¡Por todos los cristos, Tomás! ¿Cómo va a salir esa fragata en tales condiciones a la mar? ¡Y para entrar en combate contra unidades preparadas! ¿Crees que podrá efectuar un solo disparo antes de quedar varada contra las piedras o desarbolada de sus palos? No se puede enviar a esos hombres al matadero.

—¿Qué no se pueden enviar? —emitió una risa nerviosa y opaca—. Pues se enviarán, tanto los de la fragata *Mercedes* como de las demás que se encuentran en alistamiento. No será la primera vez que así se ordena a un buque de la Armada. Y como la mala suerte nos persigue, más marineros de los pocos hábiles siguen contagiándose del puto escorbuto que nos trajeron las tropas de España.

—Son muchos los que ya han caído.

—Y más que caerán antes de salir a combatir con el enemigo. Se le ha explicado al general Vigodet la realidad y se mantiene en sus trece. Quien no ha salido a la mar, cree que con hombres y cañones amontonados en la cubierta de un buque se puede hacer la guerra. No comprenden absolutamente nada de lo que ocurre en la mar, porque nunca la probaron. Por esa razón debe ser siempre un mando naval quien ordene las operaciones sobre las aguas. En esta ocasión, es el populacho el que ha decidido dónde y cuándo entrar en combate. Porque las voces del pueblo son defendidas por Cabildo y Ayuntamiento, y a estos geniales próceres los aplaude el general Vigodet, arrugado de espíritu ante las posibles consecuencias. Y como el comandante naval no se niega en redondo, como sería su obligación, nos encontramos en esta situación. Espero que el número de barcos confunda al comodoro Brown, aunque se trate de condición difícil, porque conoce al dedillo lo que se cocina cada día en esta plaza. Al menos, el queche *Hiena* y el bergantín *Belén*, apoyados por el *Cisne*, pueden dar batalla.

—¿Contra la división de Brown?

—Me refiero a intentar apresarles la fragata, con su efecto desmoralizador consiguiente. O, al menos, enviarla a los fondos. Nuestra única oportunidad sería conseguir un ataque simultáneo del *Hiena* y del *Belén* contra la *Hércules*. Sois más veleros que ella y podéis llegar a tomarla por ambas bandas.

—Para conseguir ese fin, sería necesario que William Brown perdiera la cabeza. Y no creo que sea tan estúpido. Ese irlandés nos dejará navegar hasta que este racimo de buques, mal dotados y con escasa capacidad de maniobra, queden dispersados por efecto del viento y la corriente. Y después será cosa sencilla irnos rematando uno a uno con evidente superioridad. Con el *Hiena* se les complicará la maniobra porque es muy velero, aunque si he de entrar por fuegos cortos, puedo acabar entubado. Deberíamos mantenernos en bloque y sin separaciones. Pero ahí se centra el meollo de la cuestión. ¿Podrán esos buques mercantes, como la *Mercedes*, maniobrar en conjunto con tan especial dotación? ¿Te imaginas virar de bordo, aunque sea en redondo, pidiendo a un marinero que cobre del caballo de copas?

—No podrán mantenerse en grupo, sin duda.

—En ese caso, tiene toda razón el comandante de la *Mercedes*. Necesitamos un milagro santero y de escala máxima.

—No es noticia nueva para mí, aunque la visión de la realidad sea todavía más dura. Hablaré de nuevo con De la Sierra. Pero me huelo que de nada servirá. De todas formas, intentaré forzar una reunión con el general Vigodet,

el comandante naval y los comandantes de los buques. Que el capitán general asuma su propia responsabilidad al enfrentarse a la triste verdad y con detalle, aunque le supongo al día de ella y solo piense en mantener su culo a salvo.

—No lo mantendrá a salvo, aunque poco me importe ese detalle particular. Eso es lo más incomprensible de su actitud. Si perdemos ese combate, que lo perderemos, la caída de Montevideo será cosa de días, de muy pocos días. Siento dolor de solo pensarlo. Pero es el fruto de tantos meses de desidia y falta de atención. No podrán quejarse de que no lo hemos repetido una y mil veces, hasta ser calificados de derrotistas.

—Tienes razón.

—Por cierto, ¿no se sabe nada de Romarate? Son ya demasiados los días transcurridos desde que abandonó la plaza.

—Pues así es. Entramos en los últimos días de marzo y no ha enviado algún mensaje, como es habitual en él. Pero volverá, porque es capaz de burlar a cualquier buque por esas aguas con un palmo de fondo.

—Estoy de acuerdo. No es fácil tomarle la espalda a Jacinto.

—Por supuesto.

En aquellos momentos, como si los cielos hubieran escuchado nuestras últimas palabras al detalle, se oyeron dos golpes en la puerta, en solicitud de permiso. Poco después, aparecía el rostro del amanuense Benítez, persona de máxima confianza de Parejo, que se movía con evidente nerviosismo.

—Señor comandante, acaba de llegar el alférez de fragata Mollino, comandante del falucho *Sebeyro*. Desea hablar urgentemente con vos.

—¿El comandante del *Sebeyro*? —Parejo saltó de la silla, nervioso—. Uno de los buques ligeros de Romarate. Que pase inmediatamente.

Nada bueno presagiaban aquellas palabras y el rostro compungido del amanuense, que debía haber escuchado las primeras nuevas. Y como era de esperar, los cormoranes negros comenzaron a revolotear por mi mente, preparado para la peor de las noticias. Pero no dispuse de mucho tiempo porque, pocos segundos después, aparecía un piloto de poco más de treinta años, graduado de alférez de fragata, cuya cara recordaba de alguna ocasión anterior. Se le veía cansado y con el uniforme en reliquias, aunque bien plantado y con aspecto orgulloso. Se dirigió a Parejo de forma respetuosa.

—Quedo a las órdenes del señor comandante. Alférez de fragata... —Vamos, Mollino, que nos conocemos de muchos años. ¿Qué ha sucedido? ¿Nos trae algún mensaje del capitán de navío Romarate? Pero, por favor, tome asiento, que le veo un tanto desmejorado de fuerzas. Supongo que conocerá al capitán de fragata Pignatti, comandante del *Hiena*.

—En efecto, señor.

Una vez finalizadas las formalidades de rigor y sentado Mollino con evidente placer en uno de los dos butacones enfrentados a la mesa, entró Parejo en preguntas de látigo.

—Vamos, desembuche de una vez. ¿Ha ocurrido algún desastre?

—Ningún desastre, señor, más bien al contrario, aunque hayamos quedado copados por falta de pólvora. Pero será mejor que comience desde el principio, para que pueda comprenderlo.

—Desde luego.

—Cuando abandonamos en la noche el fondeadero de la plaza, abrió surcos el bergantín *Belén* con la insignia del jefe de la división. A popa seguíamos aguas los faluchos *San Martín* y *Sebeyro* de mi mando, así como la balandra *Aranzazu* y zumaca *Potrona*. Nos dirigimos estuario adentro, de acuerdo con el plan de rematar travesía en el arroyo de la China. Se nos hizo larga y pesada la navegación, porque a la altura de la punta del Sauce quedamos sin una gota de viento. Como es fácil imaginar, navegábamos con mil ojos a las bandas, porque esperábamos que la división del pirata Brown apareciera el cualquier momento. Pero nos encontrábamos tranquilos porque podíamos andar alguna milla más que ese conjunto de buques, ralentizados por las corbetas. Por fin, tres días después avistamos la isla de Martín García. Y en ese mismo momento, bien entrada la tarde, divisamos la división rebelde.

—¿Todos sus buques? ¿Hicieron por ustedes? —Parejo apremiaba con excesiva pasión.

—La división rebelde se encontraba compuesta por la fragata *Hércules*, una corbeta, el bergantín *Nancy*, dos goletas y dos balandras. Y como navegaban en demanda de nuestros buques, una vez fondeados junto a la isla, embocados al canal del Infierno, el jefe de la división, con su habitual habilidad, desembarcó cuatro de los cañones de mi falucho y se compuso a la brava una batería en la playa orientada al sudeste. Además, fue cubierta con enramada de tufos playeros, para que no fuera divisada con facilidad en la distancia. —Se mostraba orgulloso de la maniobra de su jefe—. Ya le digo que don Jacinto se las sabe todas.

—Supongo que pensaban disparar a muerte contra la puta fragata.

—Así es, señor. Con las primeras horas del día 10, la división de Brown se encontraba a unas cinco millas al sur, con proa al canal del Infierno. Pero debían dudar de los pasos a seguir, porque tontonearon con diferentes rumbos

hasta bien entrada la tarde. Y nos traían locos en la espera, con la lógica desesperación del capitán de navío Romarate.

—Lo supongo.

—Por fin, la presencia cercana de nuestros cinco buques, fondeados a la ligera y listos para dar la vela, hizo que se cebara en demasía. Creo que el comodoro Brown no estimó la diferencia de calado entre su fragata y el bergantín *Belén* que, como saben, es casi plano de fondos. Comenzamos a cañonearnos a las seis de la tarde, momento en el que la batería apartó las ramas y también se empeñó a muerte contra la fragata que abría surcos y lucía la insignia del comodoro. Muchos se sorprendieron a bordo de la *Hércules*, al ser batidos desde dos direcciones, con lo que su comandante intentó virar demasiado tarde, de forma que, milagrosamente para nosotros, varó de proa en la misma playa, a tiro de pistola de la batería, que disparaba sin cesar metralla y bala.

—Bien hecho, joder —exclamó Parejo, sin poder resistirse un segundo más.

—Por fortuna para nuestras armas, la escabechina fue tremenda. Según uno de los prisioneros que tomamos más tarde, se produjeron en la cubierta de la fragata unos sesenta muertos y más de cuarenta heridos.

—¡Ole y avante con los cojones de don Jacinto de Romarate! —exclamé con incontenible euforia—. ¿No cayó Brown para rematar la faena en gloria?

—Por desgracia, salió el muy mamón de la prueba sin un solo rasguño. Pero entre las bajas se encontraban el comandante de la fragata, Benjamín Seaver, el mayor Smith y el oficial Stacy.

—Preclaros patriotas argentinos.

—Eso comentamos a bordo, señor. Los fuegos que recibimos se producían a demasiada distancia, con lo que las bajas y daños entre nuestros buques fueron mínimos. Se hizo la noche y cesaron los disparos, preparando buques y batería para la jornada siguiente. Nuestro comandante ordenó variar las posiciones de fondeo más hacia el sur para acortar distancias, manteniendo la batería en su misma posición. Pero ahí nos llegó una sorpresa del maldito Brown, que no es cojo ni tuerto ese cabrón.

—¿Qué hizo? —preguntó Parejo con cierto temor en sus palabras.

—Durante la noche y entrada la pleamar, consiguió librar el buque de la varada en arena. Y sin perder tiempo, se atracó a la costa en la cara norte de la isla, poniendo en tierra una compañía de dragones. Intentaba tomar la batería por su espalda al día siguiente. Como nuestra posición se situaba en la parte contraria de la isla, no advertimos sus movimientos, ni siquiera los

sospechamos. Cuando escuchamos los disparos con las primeras luces, era demasiado tarde para recoger la batería. Además, los siete buques enemigos navegaban en nuestra dirección, ahora tomando el canal del Infierno con cierta seguridad. Don Jacinto ordenó embarcar a los que disparaban desde la playa con toda rapidez.

—¿Qué hicieron a continuación?

—Pues, en verdad, lo único que nos quedaba por hacer. Ya sabe que nuestra defensa ha sido siempre las aguas someras. Don Jacinto, una vez cobradas las anclas con rapidez, ordenó aproar hacia el arroyo de la China, con muy escasa agua en esta época del año. Y por todos los demonios que nuestro jefe es único en meter su buque por aquellos charcos con una cuarta de agua en fondo. La fragata y la corbeta cesaron en su persecución, y solamente los cinco buques restantes continuaron hasta la boca del arroyo, sin atreverse a meter una vara más de su proa hacia dentro. Fue muy dura la navegación, con el viento caído de nuevo y necesidad de remolque o a la espía. Nuestros hombres acabaron reventados.

Mollino se detuvo, como si el cansancio le impidiera continuar la narración. Pero no estaba dispuesto el mayor general a quedar en ascuas.

—Por los huevos negros del sultán, Mollino, no se detenga. ¿Qué sucedió a continuación? ¿Acaso trabaron un nuevo combate?

—En principio quedamos acoderados en conveniencia y con placidez una milla arroyo de la China hacia dentro, a escasas varas de la localidad del mismo nombre. Como el enemigo no parecía mostrar intenciones de progresar y se nos hizo la noche, aprovechó la ocasión don Jacinto para enviar parlamento al señor don Fernando Ortoques, que era una de las misiones encomendadas. Pasó a tierra cuando se le permitió, que esos pájaros desconfían de su sombra. Y por fin consiguió entrevistarse con él. En primer lugar le pidió pólvora con urgencia porque, en verdad, andábamos al límite, como puede imaginar. Tras las pertinentes discusiones, Ortoques se ofreció a firmar acuerdo con las autoridades de Montevideo y entregarnos en cuanto fuera posible pólvora, galleta y carne. Pero justo en aquel momento, las unidades rebeldes, tras sondear a conciencia y penetrar entre las islas, comenzaron a avanzar a la espía, hasta alcanzar una buena posición de tiro.

—¿Con el capitán de navío Romarate en tierra?

—Se le envió aviso en cuanto comenzamos a comprobar las maniobras de los rebeldes y regresó a tiempo de observar sus últimas maniobras. Como nuestros buques se encontraban acoderados en barbata, gracias al buen juicio del comandante del *Belén*, teniente de fragata Ignacio Reguera, podíamos

entrar en fuegos todos al tiempo, mientras ellos se cegaban a veces. Y rompimos a cañonazos a mediodía, cuando lo estimamos aconsejable, después de que ellos nos cañonearan sin éxito. Ventajas de disponer de municiones en abundancia, que esos rebeldes no pasan apuros de ningún tipo. Se generalizó el fuego con bastante sangre en las cubiertas. Pero desesperábamos al comprobar que la pólvora disminuía de forma alarmante, al punto de que el falucho bajo mi mando y la balandra *Aránzazu* debiéramos entregar al *Belén* nuestras pobres y escasas existencias. Pero es cierto que los seis cañones de a 18 del *Belén* estragaban las maderas contrarias con mucho acierto de sus artilleros, dirigidos por don Jacinto en persona.

—Este Romarate es un hombre como la copa de un pino —volví a exclamar en júbilo.

—Llegó el momento decisivo. Mientras realizábamos los últimos disparos disponibles, por gracia de los cielos ocurrió el inesperado milagro, que así podemos catalogarlo, aunque colaboráramos en él de forma decidida.

—¿Qué sucedió? —Tomás restregaba sus manos sin freno—. Por favor, Mollino, entre al trapo con más rapidez y no me haga esas pausas interminables.

—Perdone, señor, pero ya sabe que soy tardón. Pues cerca de las tres y media de la tarde, cuando ya sudábamos tinta roja y la pólvora tocaba a su fin, se sucedieron dos hechos extraordinarios. En primer lugar, la goleta *Concepción*, donde izaba su insignia el norteamericano Thomas Nother, varó en la orilla oriental. Y todos a una barrimos su cubierta, especialmente con nuestros fusileros desembarcados y corridos en su dirección. Allí quedó la goleta destrozada y con gran parte de su dotación perdida, contándose entre ellos su comandante. Pero media hora después se apareció la Patrona de nuevo. La balandra de 12 cañones llamada *Carmen*, aunque sea más conocida como la *Sapo*, varó también frente al bergantín de nuestro jefe. Por lo que se ve, estos comandantes extranjeros son poco expertos en el pilotaje de sus buques por los arroyos de esta zona. Y ahora llega la buena. Porque uno de los últimos disparos de a 18 del *Belén* impactó a bujarrón en la balandra enemiga. Creo que alcanzó la santabárbara o un depósito adicional de pólvora, porque en escasos segundos se produjo una terrible explosión, haciendo volar sus maderas por el aire. Debieron perecer todos sus hombres, con su comandante, Samuel Spiro, a la cabeza. Pero este accidente debió aterrar en cueros a los buques rebeldes, que salieron dando toda la vela posible hacia fuera del arroyo.

—¿Los persiguieron?

—No podíamos hacerlo, señor. Al *Belén* le quedaba pólvora para seis disparos solamente. Acabó haciendo fuego con sus cañones de uno en uno, para que no comprendieran nuestra penuria. Y el resto de los buques ligeros quedábamos a cero. Una verdadera lástima, porque podíamos haber rematado la faena y acabar con todos, que ya tenían el miedo bien metido en la sangre.

—¡Por todas las zorras del puerto! —Parejo gritaba como si hubiera sido atacado por demencial locura—. Ya lo decía yo. No se puede salir a la mar sin el cargo completo de pólvora. Maldita sea la estampa del...

—De todas formas, señor, llevamos a cabo una exploración hacia fuera del arroyo y comprobamos que los cuatro barcos se mantenían en su boca. De esta forma, el capitán de navío Romarate ha quedado bloqueado. Solicita pólvora con extrema urgencia, para batir a esos desalmados si le es posible y poder regresar a esta plaza. Porque el señor Ortoques se la ha prometido, pero no sabemos si cumplirá en verdad su promesa y cuándo la llevará a cabo. Como mi falucho es el más velero, me destacó hacia Montevideo para exponerles esa urgente petición. En la noche abandoné el arroyo, aunque debiera pasar a escasas varas de una goleta, y me dirigí hacia aquí. Con escaso viento, he sufrido bastante porque dejé parte de mis hombres para reforzar el *Belén*. En aguas claras aguardaban la fragata *Hércules* y una corbeta, aunque estimo que para bloquear el arroyo de la China dejarán a los cuatro buques ligeros empeñados. Y gracias a que desconocen nuestra situación de pólvora, porque en caso contrario entrarían a muerte por la división. Hemos tenido cinco muertos y veinte heridos, entre ellos el comandante del *Aránzazu*. Por parte enemiga lo desconocemos, pero debieron sufrir pérdidas muy elevadas.

Se hizo el silencio a muerte. Mis pensamientos navegaban en rondo, alegres y entristecidos al tiempo. Porque Romarate había conseguido un éxito grandioso, pero ahora quedaba separado de nosotros si no éramos capaces de hacerle llegar pólvora para sus buques. Y se trataba de una situación muy difícil, al encontrarse metido en terreno enemigo o de escasa fiabilidad, como la de Ortoques. Parejo debía mantener parecidas elucubraciones, porque volvió a preguntar.

—¿Cree que ese Fernando Ortoques le entregará la pólvora?

—La verdad, señor, no lo sé ni puedo aventurarlo. El capitán de navío Romarate confía en él, dentro de ciertos límites, que esos pájaros vuelan en la dirección más conveniente a sus intereses. Pero como ese señor no disponía de pólvora en su base, debía conseguirla en otro lugar y se necesita el

adecuado transporte. No sabemos cuándo se producirá esa entrega. Sin olvidar el aspecto de los alimentos, que cuadran muy a la baja.

—¡Miserias y miserias más propias de zorras en cuarto oscuro! —Parejo se rebullía en su asiento, mientras golpeaba su mesa con puño cerrado, haciendo saltar plumas y pliegos—. Un poco más de pólvora y podía haber rematado las acciones en nueva gloria.

—¿Piensa enviarle la pólvora, señor? Si lo estima conveniente, yo mismo en mi falucho podría...

—La pólvora que puede embarcar en su falucho no solucionaría mucho el problema, Mollino. Además, disponemos de la cantidad bastante justita para la acción que se prevé en escaso tiempo. Lo comunicaré al comandante naval. A ver si es posible que, por parte del Ejército, se la trasladen hasta el arroyo de la China, aunque no creo que lo acepten. También podríamos embarcarla en el bergantín *Cisne*, la balandra *Corsario*, el falucho *Fama* y el suyo, convoyados por el queche *Hiena*.

—Me parece una idea perfecta —entré con entusiasmo—. La fragata *Hércules* cala dos o tres pies más que yo y podría adentrarme más adentro.

—Me parece bien. Debo hablar ahora mismo con el comandante naval, que a su vez solicitara la puta venia del general. Ya veremos cómo se resuelve la puchera. Pero ahora, Mollino, debe descansar y dormir, que mucho lo necesita. De nada servirá si no se encuentra en buenas condiciones.

—Se lo agradezco, señor, y cumpliré esa orden a rajatabla. —Sonreía de placer adelantado—. La verdad es que sería capaz de dormir cuarenta horas seguidas o alguna más. Pero ya sabe que me tiene a su disposición para regresar al arroyo en cualquier momento.

—Ya lo sé.

Una vez a solas, Tomás Parejo me miró con una extraña expresión en su rostro, mezcla de gravedad y pesimismo. Se mantenía en silencio, como alma paralizada en penas. Sabía lo que pensaba, así que me adelanté.

—Es imposible que se nieguen a autorizar esa operación de auxilio. Ni lo pienses por un solo momento, Tomás. ¿Se atreverá De la Sierra a dejar a Romarate perdido a su suerte en el arroyo de la China? En ese caso, deberíamos recordarle quién ha sido el verdadero culpable de su situación. Fue él, precisamente, quien dio esa estúpida orden de enviar a su división ligera a la mar con medio cargo de pólvora a bordo.

—Cantos de sirena que le entrarán en su cabeza hueca como pijadas de monja, Beto. No me juego una sola moneda de cobre por la respuesta. Como debíamos salir a la mar en cuanto regresara Romarate y la división de Brown

apareciera en el horizonte, no creo que el general Vigodet acepte enviar tres o cuatro unidades en esa misión. Es más, no me extrañaría que nos ordenara salir a la mar con las unidades actuales a disposición para enfrentar a los buques rebeldes sin la llegada del *Belén* y su compañía.

—¿Salir a combatir contra los buques de Brown sin Romarate y sus unidades? No lo creo. Si ya consideraba la misión como casi imposible, en ese caso sería un verdadero suicidio.

—Ya lo sé, Beto. No solo se trata de un suicidio, sino de una clamorosa estupidez sin sentido ni provecho alguno. Pero ya veremos cómo se deshoja la margarita. En cuanto sepa algo, me acercaré al *Hiena* para desahogar penas en tu compañía.

—Joder, amigo mío, levanta el ánimo.

Como única respuesta, Tomás Parejo movió la cabeza de forma pesarosa hacia ambos lados, al tiempo que abandonaba su despacho con lentitud para visitar al comandante naval. Pero se movía con especial dejadez, como alma enajenada en duendes. Por mi parte, quedé rendido de antemano. Bien sabe Dios que tampoco yo confiaba una onza en la posible reacción de nuestros jefes. Y de pronto, como por arte del Maligno, todo se tiñó en negro, como si los infiernos me rodearan sin posible salida. No sé por qué, la imagen de Rosalía y mis hijos apareció con especial nitidez, al tiempo que una enorme tristeza me hacía sangrar por dentro. Pensé en la Real Armada y en mi familia, las dos únicas fuentes que, de verdad, importaban en mi vida.

26. Consejo de guerra

Como Tomás Parejo y yo nos temíamos en el fondo de nuestra alma, fue denegada sin contemplaciones ni posterior análisis la operación para auxiliar con pólvora y alimentos al capitán de navío Jacinto de Romarate, y navegar en tornaviaje a la plaza con el conjunto de buques. Aunque inicialmente el comandante naval pareció comprenderla como posible y necesaria, se negó en redondo el general Vigodet, al punto de convencer a nuestro jefe con pasmosa facilidad. Y no solamente consideraban absurda nuestra propuesta, sino que forzaban a salir a la mar al resto de buques, en la primera ocasión que la escuadra del comodoro William Brown apareciera frente al apostadero.

Todos hemos sufrido en nuestra carrera militar, bien sea en la Armada o en el Ejército, ocasiones en las que estimamos la opinión de nuestros jefes como equivocada al ciento. No obstante, en las más de las veces podemos atisbar entre velos las razones superiores que obligan a tomar tal decisión. Como es imprescindible y salvo clamorosas excepciones, se impone la disciplina y obediencia debida sin posible falla, base angular de toda fuerza armada. Pero en esta ocasión se presentaba tan manifiesto el error y lo que entendíamos como desastrosa e irreparable consecuencia final, que no éramos capaces de vislumbrar una razón medianamente sensata para lo que considerábamos como el mayor error de toda la guerra contra los sediciosos.

El mando decidía jugarlo todo a una carta claramente perdedora, cuando la situación de bloqueo se podía alargar por semanas o meses, en espera de refuerzos, recuperar los buques de Romarate y continuar intentando escarceos con unidades veleras para conseguir los necesarios alimentos o batir a unidades enemigas en favorables condiciones. Una vez más, en mis pensamientos ponderaba el paralelismo que podía aparecer entre las figuras del teniente general Gravina, al tomar la absurda decisión de salir a la mar, para sufrir lo que se conoció como combate naval del cabo Trafalgar, y aquella del capitán de navío De la Sierra, forzado por el general Vigodet. Y

en ambas recordaba las palabras del general Escaño antes de abandonar Cádiz, cuando aseguraba que solamente se debe entablar combate con el enemigo cuando exista alguna posibilidad de éxito.

Tomás desesperaba ante lo que consideraba un nuevo, monstruoso y definitivo error, acabando por entrar en súplicas más propias de pecador. Incluso yo me jugué una aclaración negativa en la hoja de servicios al insistir ante el comandante naval con los garfios en la garganta, y rozar por las claras la raya límite que marcan la subordinación y el respeto debidos. No saben quienes no lo hayan padecido la impotencia que se sufre cuando comprendes que una decisión manifiestamente errónea puede producir un cataclismo de orden nacional y quien posee la potestad de evitarlo cierra sus ojos por falta del necesario coraje profesional.

Creo que pocas veces en mi vida como oficial de guerra de la Armada deseé tomar por el cuello a un superior y zarandearlo hasta que su corazón entrara en la debida vibración. Porque la ausencia de la división ligera de Romarate incidía en un doble y negativo factor. En primer lugar, nuestra fuerza naval se reducía en cinco unidades, especialmente en la del bergantín *Belén*, rápido y maniobrero, sin olvidar sus cañones de a 18. Pero al mismo tiempo, echaríamos en falta el arrojo y decisión del jefe de la división, cuya sola presencia y visión de su insignia achicaba los ánimos del enemigo. La utilización conjunta del queche *Hiena* y el bergantín *Belén* podía forzar a la fragata *Hércules* a maniobras no deseadas, por tratarse de unidades más veloces y con evidente peligro si le entraban por las dos amuras al tiempo con los arpeos de fuego en la boca.

Tanto el general Vigodet como, posteriormente, el capitán de navío De la Sierra, en repetición de bola lisonjera, calificaron el intento de auxiliar a Romarate como una innecesaria y arriesgada operación, sin positivo rédito a la vista para las armas propias. Asimismo, aseguraban que durante la navegación hacia el arroyo de la China y el necesario regreso, dejaríamos la plaza con escasa defensa, que ofreceríamos prendas al enemigo sin contraprestación posible, al tiempo que la división ligera no aportaría unidades importantes. Por todos los cristos sumidos en dolor que era necesario escuchar las razones expuestas más de una vez para comprender que tales afirmaciones brotaban de las bocas de un enfajado^[94] general del Ejército y un capitán de navío de la Real Armada con un mínimo de inteligencia.

En respuesta clara y contundente a tales falacias, que así las consideraba sin dudarle una mota, podía asegurar lo contrario, sin entrar en una mínima

falsedad. Porque no era arriesgada en exceso la operación, ni mucho menos, pero sí necesaria. Y no solo no ofrecía prendas blandas al enemigo, sino que la presencia de Romarate con su bergantín y faluchos de apoyo podíamos considerarla como tremendamente importante. Y la plaza, de momento, podía sostenerse en defensa con las baterías enclavadas en los puntos más importantes. Pero así se encontraban trazadas las cartas del destino y debíamos alentar con suficiente espíritu el envite definitivo y ordenado. Porque una vez entrados en el mes de mayo, en cualquier momento se podía presentar el momento decisivo y culminante de la historia en aquellas aguas donde tantos españoles habían perdido la vida a lo largo de tres siglos.

Sencillamente, en una opinión que fue catalogada como derrotista y perniciosa para la moral patria, me expresaba a las claras afirmando sin rebozo alguno que a causa de aquella locura planeada y aceptada por mentes incompetentes, podía arrancar la existencia del territorio del Plata como una nación independiente. Puede parecer una exagerada barbaridad tal sentencia, pero así lo sentía en el alma, así como otros muchos que preferían mantener la boca callada en falso. Y si se producía la derrota, presentaría un triunfo magnificado por los corifeos habituales, que empañan la verdad histórica con subterfugios patrioterros. Y acabarían por proclamar la gloria de esa incipiente Marina, fundada y alentada por el catalán don Juan Larrea, que tanto daño hizo a su patria y a sus hermanos españoles.

Por suerte para la naciente Marina argentina, la decisión de Larrea, al pronunciarse por quién debía mandar la escuadra rebelde, recayó en William Brown, una decisión que se mantuvo en el aire hasta el último momento. Y aseguro tal detalle porque los dos competidores para el cargo, Benjamín Franklin Seaver, protegido por el todopoderoso banquero White, y el corsario francés Estanislao Courrande no alcanzaban una media línea en comparación con el irlandés. Larrea convenció a sus compañeros para decretar un acuerdo de Estado en el sentido expuesto, basándose en que los marinos ingleses reclutados para este servicio se encontraban en mayoría inmensa sobre el resto de los hombres de mar de fortuna, que formaban las dotaciones de su escuadra, un conjunto que pertenecían a once naciones distintas. Sin duda, una Marina formada por grandes patriotas argentinos.

La división naval del apostadero pasaba a ser llamada de forma oficial, a partir de entonces, como escuadra del apostadero naval de Montevideo, en rimbombante apelación. Y de acuerdo a la teórica orden del general Vigodet, dictada en realidad por el presidente del Cabildo y sus impenitentes corifeos, y aceptada de forma indigna por el capitán de navío De la Sierra, el conjunto

de buques continuaba embarcando víveres y armamento, alistándose para su próximo destino. Porque parece difícil o imposible de creer que a un mando naval oficialmente nombrado se le exija por autoridades ajenas al medio marino cómo, cuándo y dónde ha de combatir contra el enemigo. Tanto Tomás como yo pensamos proponer de forma oficial que el general Vigodet embarcara en el buque insignia con gallardete desplegado al viento. De esa forma, ya que se consideraba tan experto en la guerra naval, podría ofrecer las últimas lecciones tácticas, así como explicarnos en profundidad las razones exactas que le habían llevado a considerar a nuestra escuadra como muy superior en comparación con las unidades de Brown.

No se remataban en ese punto las continuas desesperanzas de los oficiales de la Armada. Para alarmante sorpresa de todo hombre a bordo, de la noche a la mañana aparecía pólvora en abundancia como por arte de magia, lo que nos desesperaba por troneras. Parejo elevaba la voz en grito y pedía explicaciones a De la Sierra, que callaba en silenciosa vergüenza. Porque no podíamos dejar de pensar en la cantidad de pólvora entrega al capitán de navío Romarate para llevar a cabo una importante misión de guerra, mientras en los almacenes del Ejército se amontonaba el producto con generosidad. Y no hablo de oídas, porque se pudo demostrar al comprobar cómo llegaban a bordo de los buques las relucientes jarras de cobre.

Por su parte, el indigno Ayuntamiento echó el resto, o así lo anunció a bombo y platillo. Y como alegaban en voces corridas, no solo en alimentos, sino en bandos públicos ejecutivos, en los que se conminaba a las gentes de mar seleccionadas para ocupar sus puestos a bordo, entre las edades comprendidas de dieciséis a cincuenta años, bajo graves penas por incumplimiento. No debemos olvidar a quienes se catalogaba como gente de mar, una realidad fantasmagórica que se podía comprobar en pocos minutos, tras girar un ligero paseo por las unidades de aquella poderosa escuadra.

Llegaba un momento considerado como muy importante. Porque en los buques de nuestra escuadra, una vez armados en precario siete mercantes, se debían nombrar los comandantes respectivos. Y se trataba de una misión fundamental. Porque esos oficiales, sable en mano, serían los encargados de arengar a la dotación y animarla a combatir, hasta entregar la vida sobre la cubierta si fuese necesario. Deberían mostrarse en el alcázar de forma permanente y con peligro añadido, impidiendo por la fuerza que alguno de sus hombres abandone su puesto de combate, si fuese necesario con un tiro en la barriga. Pero también son los comandantes de los buques quienes deben ordenar las maniobras precisas para poder alcanzar posiciones ventajosas de

disparo, así como salir del peligro si van a ser tomados entre dos fuegos. Y para colmar las sorpresas de los últimos días, que no eran pocas, la elección recaía en un piloto graduado de teniente de fragata, tres oficiales del Ejército y tres capitanes o patrones de la Marina mercante, ante la falta de otros oficiales de la Armada.

Estimamos tal decisión como un nuevo error. Habría sido preferible dislocar a los oficiales de la Armada entre los diferentes buques. Porque considerábamos más importante que un alférez de fragata se encontrara al mando, que un capitán del Ejército, por mucho valor y empeño que demostrara. Tampoco se tuvo en cuenta la nueva protesta. Creo que el general Vigodet consideraba a un buque como una batería armada, con la pequeña diferencia de que se movía a flote en la mar.

La lista de los buques de la escuadra a disposición se veía encabezada por el queche *Hiena*, insignia del jefe de la escuadra, con sus 18 piezas artilleras. A continuación aparecían dos fragatas de nombre, las *Mercedes* y *Neptuno*, con 16 y 24 cañones. Continuando con la benemérita serie era necesario nombrar las dos pótalas alistadas como corbetas, *Mercurio* y *Paloma*, con 32 y 18 piezas. Por último contábamos con los bergantines *Cisne* y *San José*, de 10 y 18 cañones, la balandra *Corsario* y el lugre *San Carlos*, de 8, y la goleta *María*, de 4. Y para aumentar el número pero sin valor cierto en combate, cerraban la lista el falucho *Fama*, la goleta *Catalana* y la balandra de diez remos *Podrida*, todos ellos con un solo cañón a su bordo.

La última unidad nombrada, la balandra *Podrida*, con remos y vela latina, se encontraba patroneada por un personaje famoso y muy conocido en la plaza, Pepe el Mahonés. Se trataba de viejo hombre de mar, cojo y tuerto a consecuencia de graves heridas producidas en jaraneo de tabernas, que no en golpes de mar u olas montañosas. No obstante, era persona muy querida en la plaza y dada al chispo día a día, aunque hombre de mar enterizo, con brazos reventados en musgo. No debemos olvidar que las siete unidades mercantes alistadas, así como las dos corbetas-pótalas, presentaban cañones, madera, jarcias y velas, sin una mínima posibilidad de soportar un combate de algas en aguas someras.

Al analizar de forma ligera y por encima el conjunto de unidades que componían la nueva escuadra, así como sus particulares dotaciones, puede comprenderse con facilidad mi estado de ánimo. Porque juro por los demonios más negros que todavía no creía como cierto que con ese conjunto de maderas podridas por la broma y dotaciones de tabernas intentáramos combatir contra buques armados correctamente y medianamente marinados.

No solo lo consideraba como una absurda utopía, sino como un suicidio que entregaría a los rebeldes la llave de la capital montevideana. Pero donde ordena el comandante, no rechista grumete ni paje. Tan solo en el fondo de mi alma esperaba que surgiera el milagro y aparecieran en el horizonte los buques de la división ligera, con la insignia del capitán de navío Romarate ondeando en la galleta del bergantín *Belén*.

* * *

En las primeras horas de la mañana del cinco de mayo, recibí urgente aviso de la comandancia naval. Debía presentarme a mediodía en la Sala del Consejo para llevar a cabo una reunión de todos los comandantes nombrados para tomar parte en lo que ya se denominaba, por adelantado, como glorioso combate naval. Pero no contentos con tan patriótico apelativo, las voces del pueblo y aquellas interesadas en su propalación añadían que durante la próxima jornada se rematarían en sangre las últimas esperanzas de los rebeldes patriotas. Y aunque se tratara de condición normal y obligada que se tomara aquella medida de reunir a los comandantes de las unidades antes de abandonar el fondeadero para combatir al enemigo, me extrañó de entrada.

Bien es cierto que todo lo divino y humano en aquella salida a la mar presentaba focos cercanos al absurdo y el ridículo. Porque no me imaginaba en consejo de guerra preparativo de una operación naval de aquella envergadura, sentado junto a oficiales del Ejército y capitanes o patrones de la Marina mercante, en función de comandantes de unidades armadas para el combate naval. Porque en puridad marinera, más talentos presentaban los contramaestres y guardianes para dirigir una unidad en la mar, que la mayor parte de los convocados.

A la hora señalada, me presenté con el uniforme grande reglamentario en la Sala del Consejo. Y por primera vez, desde que tomara el mando del queche *Hiena* dos años atrás, se encontraba nutrida la estancia y con sonoros murmullos en corro. Destacaban por largo los uniformes de los oficiales del Ejército y las casacas azules avejentadas de los capitanes mercantes. Y como anécdota graciosa del día, Pepe el Mahonés se presentaba con esclavina larga de color incierto, botas altas de marineo, aspecto de no haberse acostado todavía y un rojo subido en el rostro. La verdad es que nadie podía situarse a su lado con cierta seguridad. Porque los vapores del aguardiente que soplaban contra las caras contrarias eran capaces de emborrachar a las almas más sobrias.

Entró por fin en la sala el capitán de fragata Tomás Parejo, solicitando atención para el capitán de navío De la Sierra. Todos se pusieron en pie con el debido respeto, menos el Mahonés que parecía admirar los mosaicos del techo con la mirada medio perdida. El comandante naval del apostadero se situaba con rapidez en un ligero atril, tras el que aparecía una carta con los perfiles del estuario del Río de la Plata. Se le notaba nervioso, como si no supiera cómo encarar aquella reunión tan atípica. Y en mis adentros pensé que debía de sufrir vergüenza al acometer aquella alocada empresa que tan funestas consecuencias podía presentar. No obstante, tomó la palabra con su habitual decisión.

—Buenas tardes, señores. Les supongo al día, por los documentos oficiales que han recibido y las órdenes directas de mi mayor general, de la importante empresa que hemos de afrontar de aquí a pocos días. Habrán observado cómo la fuerza naval bajo el mando de ese contrabandista irlandés, titulado como comodoro de la escuadra rebelde, navega frente al apostadero a distancia de seguridad para no entrar en arco de fuego de nuestras baterías instaladas en tierra. No podemos aceptar tan vergonzante desafío sin responder como es debido. Dicha fuerza está compuesta, en cuanto a sus unidades de porte alto, por la fragata *Hércules*, de 36 cañones, las corbetas *Belfast* y *Agreable*, de 22, y la corbeta *Zephyr* de 18. El grupo de buques en apoyo queda formado por el bergantín *Nancy*, de 15 piezas, las zumacas *Santísima Trinidad* e *Itati*, de 14 y 10 respectivamente, las goletas *Julieta* y *Fortuna*, de 17, y la balandra *Tortuga*, también con 17 cañones. Por último, el pequeño falucho *San Luis*, con 3. Por desgracia, no podremos contar en la ocasión con los buques que, bajo el mando del capitán de navío Romarate, se encuentran en operaciones de guerra por los arroyos del Uruguay. Pero disponemos de suficientes bocas de fuego, para acallar las de los rebeldes.

Pareció tomarse un ligero descanso, mientras abordaba un nuevo pliego de su estrecho legajo, amparado con balduques azules. Por mi parte, quedaba sorprendido al comprobar cómo el comandante naval tergiversaba los términos reales con extrema placidez, al notificar la situación de Romarate. Quería evitar, sin duda, la desmoralización que produciría conocer la verdad, y el éxito que suponía para los buques patriotas haber conseguido apartar a tan brillante jefe y sus unidades del estuario. Tampoco habría sido muy positivo informar de las causas que habían propiciado tamaño fiasco, unos pocos saquetes de pólvora tan solo. De la Sierra, tras intentar apartar una molesta moscarda de su cara con la mano, continuó con voz grave.

—Se me ha ordenado por el capitán general don Gaspar y Vigodet batir a la escuadra rebelde con los trece buques a nuestra disposición. Ya sé que se trata de un conjunto heterogéneo de unidades navales, demasiado heterogéneo, quizás, siete de ellas buques mercantes alistados con premura en guerra y, en general, con dotaciones poco preparadas. No obstante, deberán suplir con su valor, entusiasmo y patriotismo la escasa formación marinera adquirida. Pero no nos queda más remedio que aceptar el desafío por el bien de la patria.

De la Sierra dio una ligera mirada en círculo, como si deseara comprobar la atención de los presentes, antes e continuar.

—Estimo como unidades de fuerza en nuestra escuadra al queche *Hiena*, al bergantín *Cisne*, así como a las corbetas *Mercurio* y *Paloma*. A pesar de su tamaño y porte, las fragatas *Mercedes* y *Neptuno* se limitarán a acciones artilleras y utilización de su nutrida fusilería en combate cercano, convenientemente protegidas por las anteriores. Mientras tanto, el resto de unidades ligeras se dedicarán a un apoyo cercano, de cualquier embarcación que se encuentre en apuro.

Conforme De la Sierra desgranaba sus frases, la sangre comenzaba a borbollar por mis venas. Porque era impensable catalogar aquellos dos pontones como fragatas de apoyo, así como estimar a las dos pótalas como corbetas de fuerza. Como un ejemplo más, era conocido por todos que la corbeta *Paloma* semejaba una balsa con malísimas condiciones marineras, que la hacían prácticamente ingobernable. Pero respiré hasta llegar al límite, intentando calmar el ritmo del corazón.

—Estimo como objetivo principal intentar ofender y desarbolar a la fragata *Hércules*. Estoy convencido de que si consiguiéramos desarbolar o rendir dicha unidad, el resto escaparía con toda la vela a disposición. Esa misión queda encomendada de frente al queche *Hiena* y al bergantín *Cisne*, con el apoyo que los demás puedan concederles. Sería ideal mantener la escuadra unida y compacta, capaz de prestarse apoyo mutuo, uno de los aspectos más importantes de la guerra naval. Y no será sencillo porque algunas unidades basan su ventaja en la velocidad, como es el caso del queche. Pero deberán en todo momento mantenerse alerta a las señales del *Hiena*, y cumplir las órdenes que se dicten en base a ese sencillo y manejable código de señales que se les ha entregado.

Comenzaba a maliciarme la peor de las noticias, al escuchar que el *Hiena* debería comandar y coordinar las acciones. Y la bomba cojonera se abatió sobre mi alma, al escuchar las siguientes palabras.

—Izaré mi insignia a bordo del queche *Hiena* que, de esa forma, pasa a ser la capitana de la escuadra. Aunque mi mayor general, el capitán de fragata Parejo, con su habitual amor al servicio, me ha mostrado su deseo de embarcar al mando de alguna unidad, se lo he denegado. En todo caso, embarcaría junto a mí en el *Hiena*, pero estimo que algún mando suficientemente caracterizado debe quedar en el apostadero. A su cargo dejo la toma de las decisiones necesarias, en permanente contacto con los jefes del Ejército, para coordinar los posibles fuegos de las baterías emplazadas en tierra y cumplir el apoyo a nuestra escuadra si fuera necesario.

Parejo y yo nos miramos con la mayor de las tristezas reflejadas en nuestros rostros. Bien sabe Dios que no pude recibir más amarga y desconsolada noticia, al comprobar que la mosca cojonera embarcaría en mi buque con el pico por alto. Tal visión me hizo carraspear y hasta quedar en absoluto silencio, privado de la imprescindible vitalidad. Pueden creerme si les aseguro que para nada contaba la necesidad imperiosa de cederle mi camarote y correr lonas con mis oficiales hacia popa, así como arrancar en su cámara. Porque más hondo dolía pensar siquiera en su permanente presencia a mi lado en el alcázar, y quedar sometido a sus disparatadas órdenes. Sin olvidar su desabrida actitud ante el inferior en las cuestiones del servicio. Perdía la libertad en el momento más inoportuno y sin solución posible a la vista, un cuadro que me ofendía como bala mosquetera en el pecho. Pero ya continuaba el jefe de la escuadra realista, como sería llamado desde aquel día.

—Comprendo que alguno de los mandos nombrados para la jornada se encuentren con escasa formación marinera y algunas lagunas en cuanto a las correctas maniobras que deberán llevar a cabo para cumplir las órdenes que se dicten. En ese aspecto, serán asesorados por personal de la Armada nombrado para tal fin, especialmente contra maestres y guardianes de reconocida experiencia, o maestres de maniobra de los buques mercantes.

De nuevo faltaba a la verdad don Miguel de la Sierra de forma clamorosa. Porque no podía creer aquellas palabras que pronunciaba sin mover un músculo de su cara. El número de contra maestres con suficiente experiencia en el apostadero se podía contar con los dedos de una mano, y los dos mejores se encontraban junto a Romarate, con sus buques bloqueados en el arroyo de la China. Pero no parecía importar la realidad sino pasar aquel trago a cualquier precio, como si lo que nos restaba por la proa fuese un besamanos sin mayor importancia. En aquellos momentos deseaba abandonar la Sala del Consejo y dejar de escuchar aquella sarta de estupideces que, sin embargo,

parecía animar a los presentes. Por fortuna, estimé que nuestro jefe se decidía por cerrar la sesión.

—Bien, señores comandantes, creo que ya he abordado los puntos principales del consejo. Si sufren de alguna dificultad o vacilación importante, no duden en elevarla ahora mismo. Sin embargo, para cuestiones de mero procedimiento, mi mayor general, el capitán de fragata Parejo, queda a su disposición.

Si el capitán de navío De la Sierra creía que ya había superado la cresta negra y quedaba aliviado de mayor responsabilidad, marraba de banda a banda. No pensaba elevar por mi parte pregunta alguna, porque podía entrar en nerviosa efervescencia y acabar en rifada de bulto. Y el final podía presentarse con el peor de los carices, apartado del mando y ajustado a un futuro consejo de guerra particular. Por tal razón, decidí no abrir mi boca una sola pulgada. Sin embargo, el capitán de dragones Francisco Chavarri, nombrado comandante del bergantín mercante San José, alzó su mano.

—Desearía comentarle una de mis principales dudas, señor comandante.

—Adelante, capitán.

—Verá, señor, si, una vez entrados en combate nos vemos rodeados por embarcaciones enemigas, ¿qué deberíamos hacer?

—La primera y principal norma de la guerra en la mar, en batalla entre escuadras, es la de intentar combatir al enemigo en superioridad y, por el contrario, evitar la condición que ha expuesto. Por tal razón, les expuse la necesidad de navegar en formación compacta y, de esa forma, poder prestar apoyo a quien pueda sufrir esa negativa circunstancia. Son tres las formaciones que se ordenan en el código de señales. Básicamente, dos órdenes de marcha y una línea de combate en los buques de fuerza, con apoyo paralelo del resto de las unidades. Intentaremos que las unidades de fuerza y las fragatas mercantes no se separen excesiva distancia. Y los buques veleros podrán acudir allí donde se les necesite, de acuerdo a su propio criterio o cuando se les ordene directamente por señales.

No parecía el capitán muy convencido con aquella explicación. Sin embargo, en vez de profundizar en ella, saltó a un nuevo tema.

—¿Y si somos abordados, señor?

—¿Abordados? No le comprendo, capitán.

—Bueno, quiero decir que si chocamos barco con barco e intentan saltar a nuestra cubierta, entraremos como en guerra de trincheras.

—Bueno, depende de la relación de fuerzas. Si el buque que los aborda es muy superior en número de hombres o fusilería, deberán cortar los arpeos a la

mayor rapidez e intentar separarse con la mayor vela posible. Por el contrario, si estiman que pueden vencer, luchen cuerpo a cuerpo. Es importante situar a los fusileros en cubierta y jarcias, de forma que puedan ofender al máximo.

—¿Qué son los arpeos, señor? Perdone mi insistencia pero algunas de esas palabrejas...

La situación habría sido catalogada como cómica, si no presentara amadrinada una profunda tristeza. Conocía personalmente a aquel capitán, con merecida fama de arrojado y valiente, pero que no tenía obligación alguna de conocer los detalles más insignificantes de la guerra en la mar. De la Sierra pareció enrojecer ligeramente, antes de mostrar una sonrisa de complicidad e intentar una respuesta que fuera comprendida.

—No se disculpe, capitán. Se entiende por arpeo a un instrumento de hierro con cuatro garfios o ganchos a modo de garabatos, utilizados al extremo de un cabo para aferrarse una embarcación a otra. Se lanzan con vuelta corrida a escasa distancia. Normalmente, cuando se prevé que se acerca dicha situación, se nombran algunos hombres para que, armados de hachuelas, corten los cabos.

—Comprendo, señor, muchas gracias.

Se disponía el jefe de nuestra escuadra a cerrar con rapidez una sesión que comenzaba a degenerar en coro juvenil, cuando se elevó una nueva mano, ahora la de un capitán artillero desconocido para mí.

—Cuando era teniente, señor, tuve el honor de embarcar en Cádiz a bordo de una lancha cañonera. Allí era sencilla la puntería, con una sola pieza de a 24. Pero si aumentan las olas y el buque se balancea demasiado, ¿en qué momento hemos de hacer fuego?

—Normalmente, si se llega a esa situación y no se estima conveniente hacer fuego con la batería por andanadas, se puede delegar en cada cabo de cañón para que se efectúe el disparo a la espera, cuando el buque pase por la horizontal. Pero no creo que suframos esa condición en estos días, con el viento fresquito del sudeste y una mar casi en plata.

Prevenido ya de las manos alzadas, nuestro jefe decidió apresurarse para clausurar aquel esperpéntico consejo de comandantes.

—Bien, señores, doy por finalizado el Consejo. Si tienen más preguntas de índole menor, les sugiero que las dirijan a mi mayor general, que aquí queda para responderlas. Muchas gracias por su dedicación y patriotismo. Estoy convencido de que darán todo y un poco más en la jornada decisiva para el futuro de nuestra patria. Deberán ofrecer ejemplo a sus hombres y evitar el arriado de nuestra gloriosa bandera sin haber efectuado la máxima

resistencia. Y si, como espero, rendimos sus unidades, recuerden que es de españoles mostrar caballerosidad y benevolencia con el vencido. Y creo que eso es todo. Que nuestra Señora del Rosario les acompañe en la empresa.

Desapareció De la Sierra con extrema rapidez, como si deseara escapar del fuego. Una vez a solas, se generalizaron las conversaciones particulares, así como algunas historias en chanza que elevaban el volumen de las risas. Como se ofreció un refrigerio, todos se lanzaron a la frasca de clarete que relucía sobre una mesa. Y el primero en alcanzarla fue Pepe el Mahonés, que se sirvió una jarra hasta el borde, para engatillarla como si se tratara del agua para el naufrago. Con objeto de mantener cierto orden, Tomás Parejo tomó el lugar del comandante naval tras el atril. Y debió elevar la voz para ser escuchado y obedecido.

—Señores, por favor, tomen asiento. Todavía nos resta algún paño por cortar. Como ha dicho el capitán de navío De la Sierra, estoy a su disposición por si albergan alguna duda.

Con rapidez, movió su mano con insistencia un capitán mercante, hombre entrado en años a quien todos llamaban el Brules.

—Mantengo pocas dudas en la cabeza, señor. Pero he comprobado desde escasa distancia la fragata *Hércules*. Se trata de unidad poderosa y, la peor de las noticias, correctamente marinada. A pesar de las palabras expuesta por el señor jefe de la escuadra, no creo que pueda ser batida por ninguna unidad de nuestra escuadra.

—Bueno... —Tomás carraspeaba para encontrar una posible respuesta—. Todo en esta vida es...

No quise escuchar una palabra más. Tras efectuar una significativa señal con la mano al mayor general, abandonaba mi silla y, a continuación, la Sala del Consejo. Y como perseguido por el fuego del infierno, me dirigí a tranco largo hacia mi buque. Una vez a bordo y en previsión del cercano futuro, mudé mis pertenencias y ordené alistar mi cámara para el jefe de aquella descabellada escuadra. Miguelillo protestaba a tono, sin comprender que alguien pudiera expulsarme de lo que consideraba como el sanctasanctórum del buque.

—No lo comprendo en absoluto, señor. ¿Cómo el comandante de un buque, el dios todopoderoso a bordo, ha de abandonar su cámara? Ni con la visita de las sagradas ánimas.

—Es necesario, rapaz, por mucho que nos duela. Espero que se alargue dicha situación lo menos posible. Y habrá que comprobar si nos embarca

acompañado de criados particulares. En caso contrario, deberás atenderlo con la mayor solicitud.

—Por lo que más quiera, señor, no me exija esa diligencia, más propia de horrorosa penitencia. He de permanecer a vuestro lado en todo momento. Así me lo explicó Okumé.

—Ha cambiado la torta y no sabes cómo.

El resto del día lo sufrí con los peores pensamientos y una desmoralización absoluta de cuerpo y alma. No obstante, podría contar años más tarde a mis descendientes aquella especial y única sesión a la que había asistido, una experiencia que, estaba seguro, jamás se había producido en una comandancia de la Armada. Pero así nos habían trazado el futuro y deberíamos correr el temporal mental, antes de entrar en un sacrificio absurdo y penoso. Intentaba imaginar aquel conjunto de buques en la mar, intentando maniobrar para oponer resistencia al enemigo, y no era capaz de conseguirlo. Frases como al siete de espadas, los arpeos de abordaje y otras parecidas se agolpaban en mi cabeza con brochas del color más oscuro. En pocos días, saldría a la mar una escuadra de la Real Armada dispuesta a luchar por la permanencia de España en el Río de la Plata. Y la piel se me abría en estrías al visualizar el cuadro en el cerebro.

27. Combate naval de Montevideo

El día 9 de mayo del año del señor de 1814, las unidades que formaban la escuadra naval del apostadero, bajo el mando del capitán de navío De la Sierra, recibían la orden de quedar listas para salir a la mar, a la señal de la capitana. Y dos días después, una vez disipada la borra matinal, podíamos comprobar cómo la escuadra enemiga desfilaba con orgullo ante la ciudad en orden de marcha, con todos sus aparejos largados y en dirección al levante. Se agitaban pensamientos y dudas a bordo del insignia, al punto de decidirse el comandante de la escuadra por una salida inmediata.

Aquella orden dictada por el general Vigodet de acometer la acción en cuanto el comodoro Brown apareciera por el horizonte era absurda por más. Todos sabíamos que la plaza montevideana se encontraba de hecho bloqueada por tierra y por mar, aunque la escuadra del comodoro Brown se dejara ver de forma aleatoria y al gusto del irlandés. Lo importante era que, en el último mes, solamente dos pequeñas goletas mercantes habían entrado en la plaza con alimentos del Brasil, de noche y con la suficiente habilidad. Pero también podíamos considerar como cierto que no disponían los rebeldes revolucionarios de capacidad suficiente para afrontar un bloqueo total y permanente, ni por número de unidades ni por el escenario geográfico en el que se situaba. De hecho, nadie dudaba de que el *Hiena* fuera capaz de romper el bloqueo cuando se lo propusiera, en base a su agilidad de maniobra y velocidad.

En la mañana de aquel día de mayo, se ordenó a todas las unidades prepararse para abandonar el fondeadero, una orden que se canceló pocos minutos después al comprobar que los buques enemigos continuaban su marcha hasta perderse por el sudeste. Para mi desgracia personal y la de mis hombres, el capitán de navío De la Sierra había embarcado el día 9 en el *Hiena*, acompañado por el primer y único ayudante de la mayoría general, teniente de fragata Alonso, en funciones que no se habían concretado. Al

menos, el comandante del apostadero me había agradecido con su habitual sequedad el hecho de cederle mi cámara. Y para bien de Miguelillo, se veía acompañado de dos criados particulares.

Mucho me extrañó comprobar el elevado equipaje que hizo embarcar el comandante naval del apostadero, como si se dispusiera a llevar a cabo la circunnavegación del globo. Y en mayor proporción si teníamos en cuenta que se encontraba en Montevideo sin familia y sin menajes propios. Pero no comprendí entonces que De la Sierra era precavido en sus asuntos personales hasta el extremo, y no dejaba apéndice sin tener en cuenta. Cuando en la mañana del 11 de mayo se canceló la salida a la mar, el comandante nos ordenó a su ayudante y a mi acudir a su cámara, como si se tratara de un pequeño Consejo deliberativo. En previsión de que así fuera, le sugerí la presencia de mi segundo, dados sus profundos conocimientos sobre las aguas del estuario. Lo aceptó sin mostrarse plenamente convencido. Por fin, una vez alrededor de la mesa empernada, tomó la palabra mientras repasaba con la mirada una carta náutica en la que aparecía el puerto de Montevideo y los accesos al mismo.

—En muy pocos días deberemos afrontar el momento decisivo. Porque el comodoro Wilham Brown regresará más pronto que tarde a estas puertas.

—Si me lo permite, señor —entré en tono de plena subordinación, pero con mi habitual decisión—, la verdad es que desde el 20 de abril estamos bloqueados y alguna unidad de la escuadra revolucionaria se mantiene a la vista de forma permanente, en especial las más veleras. En cuanto salgamos a la mar, aparecerá el comodoro Brown con sus fuerzas. Este irlandés comprende que se le ofrece la gran oportunidad de conseguir el éxito en el combate y, de esa forma, propiciar la rendición definitiva de la plaza. Porque sin fuerza naval a disposición, el general Vigodet arriará los pendones. Tan solo podemos elegir el día de la acción y la zona aproximada del combate. De todas formas, no debemos ser nosotros quienes actuemos con innecesarias urgencias. A ellos corresponde la iniciativa. Cada día que pasan en la mar, les cuesta esfuerzo y plata. Por nuestra parte, si el objetivo es, como estimo, llegar al encuentro decisivo y derrotar con claridad al enemigo, condición harto difícil, debemos plantear el combate lo más cercano posible a Montevideo. Lo digo por si nos fuera dada la oportunidad de recibir apoyo de nuestras baterías de tierra.

—Continuáis con ese inquebrantable espíritu derrotista, Pignatti. —De nuevo el comandante de la escuadra trituraba sus palabras en un tono ligeramente ofensivo, lo que me hizo cerrar los puños con fuerza—. Nadie

habla de la rendición de Montevideo, ni se nos aparece de lejos tal situación en el pensamiento. Para que tan nefasta condición llegara a suceder, deberían derrotarnos en toda línea. Y por mi parte, no lo preveo.

En mis tripas luchaba por contenerme o saltarle a los ojos, al escuchar aquellas hermosas pero absurdas y falsas palabras. ¿A quién pensaba engañar? Porque todos los presentes conocíamos la verdad al detalle. Por tal razón, decidí no responder. Entró de nuevo, con intento de llana cooperación.

—¿Qué táctica estiman ustedes que llevará a cabo el comodoro Brown?

—Utilizar la tremenda heterogeneidad y escaso adiestramiento de nuestras fuerzas, señor, así como el efecto de las corrientes y del escaso viento que sopla en estos días, para que las unidades realistas se dispersen lo suficiente.

—Me sorprendió la decisión y aparente seguridad con la que hablaba mi segundo—. Una vez producida esta situación, Brown intentará combatir en superioridad. Y estimo que lo conseguirá sin mayores problemas. Sus unidades se encuentran mejor marinadas y sin rémoras de maniobra por desastroso estado de los aparejos, como algunas de las nuestras. Si salimos a la mar en las condiciones actuales, con viento flojo del sudeste, nos concederá espacio suficiente para observar cómo queda nuestra formación algunas horas después.

—Ya expliqué en el consejo que debemos mantener nuestra escuadra agrupada. —De la Sierra no parecía muy contento ante las palabras de Quijano—. No obstante, si se produce esa situación que pronostica, el *Hiena* puede producirles mucho daño.

—El *Hiena* es el más velero de todos los buques, señor. Nadie duda de tal condición —insistía Quijano en un apartado de la guerra naval, en el que lo consideraba profano. Aquel hombre era una caja de sorpresas—. Pero si el queche intenta atacar alguna unidad enemiga dispersa, quedarán nuestras fragatas y corbetas sin protección. El grupo formado por la fragata *Hércules* y las tres corbetas podría castigar al resto de nuestra escuadra y reducirlas en astillas.

—Estoy de acuerdo con las palabras del segundo. —De nuevo me apresté al combate mental—. Entiendo que el *Hiena* debe quedar para acudir allí donde peligren nuestras unidades.

—Bueno —no parecía mostrar su acuerdo el comandante naval—, no tiene por qué ser así. Si la fragata *Hércules* se despistara una sola milla, podríamos atacarla con el *Hiena* y el *Cisne*.

—Si el comodoro Brown pierde la cabeza y no desea ganar el combate, es posible que se produzca tan ventajosa situación —me costaba ofrecer un tono

de voz normal.

—William Brown no es tonto sino un hombre de mar con suficiente experiencia —sentenció el segundo.

Continuamos con absurdas vueltas en rondo sobre la bola, hasta rematar aquella reunión sin concretar ningún punto de mediano interés. Pero la conclusión más triste se presentaba al comprobar que todavía no sabíamos con una mínima claridad cuál era el plan de acción que se mantenía en la cabeza de nuestro jefe. El ayudante Alonso, un talludo piloto graduado de teniente de fragata, apenas abrió la boca, conector de que no podía opinar a la contra de su jefe, o así estimaba la lealtad hacia el mando. Echaba en falta la presencia de Tomás Parejo que, en norma de ley y como mayor general, debía acompañar a quien se había nombrado jefe de escuadra. Incluso en mi más escondido rincón del alma, todavía soñaba con que De la Sierra lo hubiera nombrado para tal puesto. La verdad es que la historia de los hechos podía variar en mucho con Tomás a la cabeza de la fuerza. Pero todos los detalles, incluida la ausencia de Jacinto de Romarate, parecían conjugarse en contra de las fuerzas navales de Su Católica Majestad.

Al siguiente día de la abortada salida a la mar, tan solo se avistó en el horizonte la goleta Julieta, clásica embarcación britana de líneas muy finas y velera como los pájaros. Se encontraba mandada por el capitán William Mac Dougall, hombre valiente aunque, según noticias recibidas, demasiado arriesgado y deseoso de gloria personal. Desfiló hasta pasar de la plaza a escasa distancia, momento en el que abrió fuego sobre ella la batería de levante. Pero con toda tranquilidad, cayó a estribor para salir de bolina con rumbo leste.

Una hora después, el capitán de navío De la Sierra, acompañado por su ayudante, solicitaba la lancha para visitar y recorrer algunas unidades que, aunque listas en teoría para salir a la mar, continuaban con su acelerado adiestramiento, basado en las cartas de la baraja. Y quedé sumido en la más placentera gloria de los cielos, al verme libre de su molesta presencia, aunque se tratara de una efímera ausencia.

Regresó el jefe de la escuadra a bordo del *Hiena* bien entrada la tarde. Y no mostraba rostro de luces el muy culebrón, sino ceño fruncido al martillo y cierre de manos en movimientos cercanos a la convulsión. Estimé, sin dudar, que no había sido muy positiva la visita a las fragatas y corbetas, como no podía ser de otra forma. Y como los duendes negros me pinchaban sin cesar, le entré en respetuosa pregunta, con el tono de voz más dulce que pude enhebrar, mientras lo acompañaba por la cubierta hacia su cámara.

—¿Mejora el alistamiento de los buques, señor?

—Desde luego —contestó en chorro de voz cercano al ladrido, sin dirigir la mirada hacia mí.

—Me alegro, señor. Se trata de buena y saludable condición, para encarar la importante jornada que se avecina. Por cierto, que es verdaderamente novedoso el sistema de adiestramiento en maniobra que llevan a cabo algunos buques con las cartas de la baraja. Parece muy adecuado para hombres que no han salido a la mar un solo día de su vida. Podíamos publicarlo para nuestras escuelas de maniobra.

—¿Cartas de la baraja? ¿Qué nueva tontería es esa, Pignatti?

Le expliqué con detalle lo que observáramos Parejo y yo en la fragata *Mercedes*. Y su rostro se teñía en colores, conforme desgranaba aquella información, al tiempo que me dirigía una mirada de odio feroz, una expresión que ya había observado en ocasiones anteriores. Y no solo no me respondió, sino que aceleró el paso hasta quedar encerrado en su aposento. Era consciente de que bordeaba el estallido final, pero también de que tal situación acabaría por saltar en campanillas tarde o temprano.

En la tarde del día trece, el ayudante me transmitió una orden de su jefe. Debíamos izar inmediatamente señal por banderas, para que todos los buques de la escuadra prepararan sus unidades. Saldríamos a la mar en las primeras horas del día siguiente. Creí necesario recomendarle otro camino a seguir.

—Sería oportuno, Alonso, que se enviara una orden por escrito a todos los comandantes por medio del bote de servicio. La señal del código entregado a los buques es muy escueta, y nada en concreto especifica. Se debería aportar algún dato sobre el orden de salida y formación a adoptar, una vez libres de aguas sucias. Tenga en cuenta que algunos comandantes no son muy duchos en la materia.

Dudaba el apocado oficial, que debía moverse con el espanto ante la simple posibilidad de recomendar a su jefe algún paso a tomar, lo que entraba en una de las principales misiones de su puesto.

—No sé si debo, señor. Ya sabéis que el comandante no es muy propenso a cambiar sus opiniones. Y si le digo que habéis sido vos quien...

—No me nombréis siquiera porque vuestro jefe sería capaz de daros cañón. —Aunque la situación se presentaba en tristeza, llegué a sonreír por la salida del oficial—. Hacedlo como una opinión vuestra. En estos momentos, sois su mayor general en la mar y máximo consejero.

Tras no pocas dudas, regresó junto al comandante de la escuadra, aunque los nervios se percibían en sus movimientos. Y para asombro de muchos,

regresó con una sonrisa en el rostro.

—Se muestra de acuerdo, señor. Ya hemos redactado la instrucción. Deberá entregarse en mano a todos los comandantes.

Leí la nota con interés. En ella se ordenaba cobrar cables para quedar con una sola ancla y cobrada en rizo. Listos para salir a la mar a las ocho de la mañana. El orden de salida sería el natural^[95], adoptándose la formación de marcha número 1 al quedar en franquía.

Tras ordenar a mis oficiales las medidas necesarias para cumplimentar la orden, que en poco variaba nuestra situación actual, así como exponerles la necesidad de ofrecer una generosa colación vespertina y otra similar al despertar a toda la dotación, comprendí que ahora sí que estaba la suerte largada sobre las aguas.

No es necesario insistir de nuevo en la diferente calidad de los hombres o los buques que deberían enfrentarse en la próxima jornada. Pero quiero recordar aquí las palabras del comodoro William Brown, interceptadas por nuestros informadores, en las que exponía su «plena satisfacción de enfrentar el próximo combate contra una escuadra provista con muy escasos oficiales de mar, así como con dotaciones de pulperos y vagos adiestrados en la maniobra en base al conocimiento de los naipes de la baraja», según sus propias palabras.

La peregrina idea sobre el uso de los naipes de la baraja para aclarar los diferentes aspectos de la maniobra se había convertido en una triste y vergonzante anécdota, corrida de norte a sur por el Plata. Pero también añadía el marino irlandés, con una sinceridad a obviar en las futuras informaciones, que «su superioridad no solamente se debía a las mejores características de sus buques, dotaciones más expertas, mandos adecuados y artillería de superior calibre y calidad, sino que los hombres llamados a combatir por la revolución, no obstante ser nacidos en naciones y climas diversos, se encontraban bajo una sola bandera, a cuya sombra los había congregado su profesión, y a los que la vida en común durante un alargado tiempo no tardó en hacerlos amigos, y hasta hermanos, esa confraternidad del peligro que estrecha tanto los vínculos del compañerismo». Asimismo, sospechando Brown que el enemigo no tardaría en hacerse a la mar con objeto de aventurar un encuentro que podía ser obstinado, embarcó numerosos piquetes de los cuerpos de French y de Soler para reforzar sus guarniciones, y encontrarse preparado para ofrecer o recibir un abordaje.

Por mi parte, en aquellos momentos, como un último y desesperado pensamiento, soñaba con que la división de Romarate apareciera por el

horizonte si habían conseguido la pólvora necesaria para abandonar el arroyo de la China. Pero sabía que se trataba de un deseo inalcanzable y me dispuse a la pronta acción sumido en el desánimo y la tristeza más profunda.

* * *

Comenzaba a clarear el crepúsculo del día 14 de mayo, una fecha a recordar durante toda mi vida, cuando salí a cubierta. Miguelillo me entregaba una segunda taza de café, sin necesidad de pronunciar una sola palabra. Y lo saboreaba con placer apoyado en la borda, mientras mis pensamientos volaban en mil direcciones. Entraba en el día señalado, que tan importante papel podía jugar en la historia de nuestra patria, una condición que algunos parecían no comprender, o se mentían a sí mismos en el peor ejercicio de la responsabilidad. La escuadra española del apostadero de Montevideo, bajo el mando de su comandante naval, capitán de navío De la Sierra, con 155 cañones y 1.180 hombres, se decidía a combatir a la revolucionaria o, como últimamente se autodenominaban, escuadra de las Provincias Unidas del Río de la Plata, con 154 cañones y 1.321 hombres. El buque insignia, queche *Hiena*, disponía de 18 cañones y 180 hombres, mientras que el enemigo izaba enseña propia en la fragata *Hércules*, con 305 hombres y 36 cañones de superior calibre.

Aunque esperábamos la orden de abandonar el fondeadero en cualquier momento, debimos aguantar dos largas horas de espera con el ancla de leva a punto de zarpar y el aparejo abrigado bajo manos. Por fortuna, el viento apenas se alzaba en vagajillo de postas, mientras la corriente no demandaba una onza de los buques en el fondeadero. El capitán de navío De la Sierra se movía anteojito en mano por la toldilla, como si esperara una señal divina para decidir el comienzo de la jornada. Por fin, se dirigía a su ayudante, que nos comunicaba la llegada del momento esperado. Se izaba la señal número dos, por la que todos los buques debían seguir aguas a la capitana, de acuerdo al orden de marcha estipulado.

Acabamos de cobrar el ancla, para comenzar la salida a continuación sin vuelta posible. Tras puntear con los focos en orden de proa, largamos todo el aparejo para tomar en bolsa hasta el último suspiro del soplo, que se mantenía en mínimos.

Poco después, aproábamos al sur-sudoeste para quedar en franquía cuanto antes. Y como si se tratara de una conjunción programada por el propio destino, cuando el *Hiena* quedaba libre de fondos y piedras negras, se

divisaba la escuadra enemiga al sur y unas siete millas de distancia, con proa dirigida hacia la plaza y nuestra escuadra.

Por gracias de los cielos, los buques abandonaron el fondeadero sin problemas añadidos. Y no crean que dejé un solo segundo de supervisarlos con el antejo, al sospechar que, en cualquier momento, podía saltar la liebre y acontecer una catástrofe. A popa del *Hiena* navegaban en línea de fila las dos fragatas armadas y las dos corbetas, cada una a dos cables^[96] de distancia, mientras el resto de las unidades lo hacía en dos columnas centradas a babor y estribor, con las mismas separaciones de fila y columna. De esta forma, el *Cisne* quedaba situado en su cabeza de babor, por nuestra aleta, dispuesto a entrar con el *Hiena* en faena particular, si así lo decidía el mando. Bueno, más correcto y exacto sería decir que se trataba de la teórica formación ordenada. Porque las distancias variaban en demasía conforme progresaba el tiempo. Y mucho debimos recortar vela a bordo del queche para que la *Mercedes* pudiera seguir a su matalote^[97] de proa en distancia cercana a la ordenada, con ese vaivén incomprensible de su andar, producido seguramente por un aparejo conducido a barbas podridas.

La distancia entre las dos escuadras disminuía lentamente. Brown había elegido formación de línea para los cuatro buques de fuerza, mientras el resto parecía navegar a su propio criterio, aunque sin separarse demasiado de la capitana. Dos horas después de la salida y para mi sorpresa, De la Sierra ordenaba caer a levante en virada por avante. Y por todos los cristos que jamás se me habría ocurrido tal medida. Porque la virada por avante, una maniobra complicada para buques poco marineros o con malas dotaciones, se ralentizó hasta el máximo extremo. Por fortuna, se había ordenado que botes y lanchas se mantuvieran en remolque y preparados para el auxilio. Porque sin su concurso, bastantes unidades habrían continuado durante horas con el intento de virada, especialmente las dos fragatas que no llegaban a alcanzar el viento a fil de roda.

Si, antes de la virada, la formación se mantenía sobre plumas ligeras, tras la maniobra se desplegó en un arco de tres millas. Además, el viento se mantenía en fresquito bajo, con lo que la corriente, que Quijano estimaba de dos a tres nudos, afectaba en mucho a los buques de porte. El comodoro Brown reaccionaba con rapidez en el mismo sentido, con lo que ahora las dos escuadras navegaban en paralelo a unas cuatro millas de distancia. Y mucho me dolió comprobar sus maniobras, que dejaban en mantillas a la escuadra realista. Pero la fragata *Hércules* parecía andar más viva de manos que las corbetas, con lo que se había separado a proa una distancia aproximada de

milla y media. Se nos presentaba el momento que debíamos aprovechar si, como había repetido nuestro jefe, tal era su idea. Y como se mantenía sumido en ocultos pensamientos, sin pronunciar una sola palabra, le entré en demanda.

—Podíamos caer con el *Cisne* hacia la fragata *Hércules* e intentar entrarle a dos fuegos, señor. Creo que ése era su plan.

—En efecto. Pero las corbetas acudirán en su socorro con rapidez.

—Nadie lo pone en duda, señor. Pero si no lo intentamos ahora, puede que no dispongamos de una nueva oportunidad.

Se mantuvo De la Sierra en absoluto silencio, como si dudara de los pasos a seguir, una constante invariable en su proceder. Y conste que no entendía yo como buena medida entrarle a la *Hércules* a muerte y por derecho, porque una andanada de sus cañones de a 24 nos podía rascar los bigotes al raso y desplumarnos. Pero, para mi sorpresa, pareció decidirse.

—Icen señal para la escuadra. Que todos los buques se agrupen junto a la *Mercedes* mientras intentamos batir a la fragata *Hércules* entre el *Hiena* y el *Cisne*. Ordene a este último que nos siga aguas, cerrando distancias con la mayor diligencia.

—Recuerde que somos más rápidos que él, señor. Podemos ordenarle que se destaque, mientras nosotros...

—No discuta mis órdenes, Pignatti.

De nuevo debí aferrar con garfios los deseos más imperiosos de mi alma, para mantener el necesario equilibrio mental. No podía comprender aquellas salidas en tono de víboras que tanto ensombrecen el trabajo común. De esta forma, ordené caer a estribor para aproar a la fragata *Hércules*, con intención de cortarle la proa, apagando las velas altas a tercios.

Como ya mis hombres habían ocupado los puestos de combate, tan solo me restaba dirigirles la palabra con la bocina. Se la ofrecí en necesaria deferencia al jefe de la escuadra, que denegó con un movimiento de cabeza. Tras la llamada de la corneta en atención general, alzado en el último peldaño de la escala de la toldilla, les hablé sobre el valor y el honor, así como de la importancia que para la patria podía presentar aquel combate. A continuación, y entrado en necesidad de hablar con quien considerara una persona normal, me dirigí al alférez de navío Armentía, como responsable de la artillería.

—Armentía, dependemos al ciento de la buena utilización de nuestros cañones. No podemos marrar un solo disparo. Ordene cargar de inmediato a las dos bandas. Todos con doble bala rasa.

—¿Ninguna carga de metralla, señor? —El joven oficial se extrañaba, al escuchar mi orden—. ¿Piensa abrir fuego por largo?

—Nos doblan en número de hombres y poco conseguiríamos con restarle algunos brazos en cubierta. Nuestra única oportunidad para dejarlos fuera de combate o con uso limitado consiste en desarbolarlos de algún palo. Pienso entrarle a tocapienoles^[98] y, aunque mucho duela, con el peligro de recibir cargas de metralla calientes a la jeta. A partir de la primera andanada, emplearemos media de rasa y media de metralla. Pero la primera será la fundamental. Quiero que todas las piezas apunten a la parte baja del mesana, si entramos en corrida. Y que no escurra el bulto ningún sirviente o acabarán con un disparo a reventar ojos en sangre. —Me giré hacia la izquierda, para continuar detallando las órdenes—. Tosquilla, repita una vez más las instrucciones a los fusileros. Ya que no luchamos contra caballeros sino contra contrabandistas y pendencieros, que apunten bien a las casacas. Especialmente contra el comodoro Brown, si son capaces de distinguir a un hombre enjuto y con barba canosa en el alcázar.

—Quedo enterado, señor comandante —repitieron ambos oficiales, antes de salir a la carrera.

Cerrábamos distancias con lentitud. Me temía que la fragata acortara vela para propiciar la llegada de sus corbetas en apoyo. Sin embargo, de momento se mantenía a rumbo y con todo el aparejo largado. El *Cisne* quedaba rezagado y dudaba de la oportunidad en recortar todavía más mi andar. No fue necesario decidir, porque apareció la culebra roja con la solución.

—Acorte vela de una vez, Pignatti, o entraremos en combate solitario. No es esa la táctica que habíamos planeado.

—Caeré a estribor para tomarle a la fragata la banda más lejana, señor. De esa forma, el *Cisne* necesitará recorrer una distancia menor para alcanzar su posición de disparo. Es muy posible que sincronicemos.

En aquel momento, Miguelillo llegaba hasta mí con las armas reglamentarias. Colgaba el sable del tahalí, mientras enfajaba la pistola en orden, un recuerdo del general Escaño. Al joven le brillaban los ojos por la emoción, como otras veces antes de entrar en combate. Y bien que recordaba haber caído al agua en dos ocasiones y recuperado la vida cuando la creía perdida. Con una juvenil sonrisa, dijo unas pocas palabras.

—Mucha suerte, señor. Acabe con esos rebeldes sin patria en un santiamén.

—Lo haremos, Miguelillo.

Poco después, nos tomaba por sorpresa la maniobra que llevaba a cabo la fragata enemiga. La *Hércules* caía a babor con fuerza de timón, para quedar aproada en firme contra nosotros. Mientras se ordenaba al resto de nuestra escuadra arrumbar al leste, *Hiena* y *Cisne* se dirigían a su destino con fuego en los ojos. Y, sin dudarlo, enmendé nuestra proa para ajustarla contra el bauprés enemigo, como si deseáramos clavarle nuestro pico cual espolón de galera. Por desgracia, el *Cisne* renqueaba un tanto, al no poder ejercer la máxima presión en sus foques. Recorté vela ligeramente, aunque me mantenía avanzado. Consideraba errónea la maniobra de Brown y no podíamos desperdiciar la ocasión que nos ofrecía, aunque fuera consciente del riesgo que asumíamos.

Se acababa de repartir a nuestros hombres la cazoleta de vino avivado con aguardiente, cuando entrábamos en la milla de distancia, ese momento en el que los corazones vibran al copo y se perciben sentimientos de todo tipo. Observaba los rostros de quienes se aprestaban a morir en pocos minutos, gestos de tensión controlada, odio feroz, movimientos nerviosos y miedo en su más clara expresión. Incluso algunos dirigían la mirada hacia el resguardo más cercano, deseo que se eliminaba al observar a los soldados de Marina con el fusil en la mano tras ellos. Ahora se agigantaba por momentos la proa de la fragata enemiga, en la que lucía, esbelto, un mascarón en lo alto del tajamar, bajo el bauprés, que representaba al hijo de Júpiter y Alcmena. De la Sierra entró con total inoportunidad y tono agrio.

—Sepárese algo más de la fragata, Pignatti. Si le entra a tan corta distancia, acabará por barrernos la cubierta con su metralla. Y acorte vela para que el *Cisne* entre al tiempo.

No podía aguantar más aquella presión. Lo miré fijamente a la cara, tragando saliva espesa a montonera. Y por fin me decidí por el envite en alto y a cara destapada. No podía consentir que se dudara de mi maniobra y mi capacidad en cada momento.

—Como comandante del queche *Hiena*, señor, he recibido vuestra orden de acometer y combatir al buque insignia enemigo. Y voy a cumplir la orden como mejor estimo, de acuerdo a las características de mi buque. Entraré a tocapiños y, por supuesto, es muy posible que su primera andanada barra nuestra cubierta en sangre, condición indispensable ante la diferencia de armamento. Pero si no arriesgamos en la ocasión, acabarán por rematarnos poco a poco. No creo que dispongamos de otra oportunidad como esta. Intentaré desarbolarlo. Y si el *Cisne* le entra algo más tarde, mejor para no

cubrir arcos de tiro peligrosos. Supongo que la fragata caerá a una banda y, posiblemente a babor.

Esperaba cualquier posible reacción, incluso que me arrebatara el mando allí mismo y nombrara a Quijano como comandante. Pero ya la sangre había alcanzado la galleta y no era posible mirar atrás. De la Sierra, tras dirigirme una mirada preñada de odio, tomó su anteojo sin emitir una sola palabra. Sabía que, en sus adentros, pensaba en diferentes salidas aunque, dubitativo y premioso como siempre, no se atrevió a ninguna.

Como era de esperar ante la situación impuesta, el comandante de la fragata cayó a babor con fuerza. Y como ya andaba preparado en mi fuero interno, imitaba su maniobra con la misma rapidez, que en esa faceta no nos montaba una pulgada. También arribaba el *Cisne* sin necesidad de señal, para seguir ahora mis aguas en persecución de la *Hércules*, porque ahora quedábamos los tres buques a rumbo oeste, un par de cuartas el sur, navegando a un largo y amurados a babor. La ocasión no se presentaba tan propicia, porque la maniobra del rebelde facilitaba la llegada en apoyo de sus tres corbetas. Pero todavía estimaba que disponíamos de suficiente tiempo para entrarle a fuego.

Media hora después, el penol de nuestro bauprés se acercaba de forma inexorable a la popa de la fragata. Y como habría sido absurdo mantener aquella proa y quedar durante demasiado tiempo bajo su fuego de metralla, de forma inesperada ordené caer a babor, al tiempo que ordenaba abrir fuego por escalones.

—Armentía, abran fuego contra su popa conforme quede en posición de tiro cada cañón. Que apunten hacia el palo de mesana en su tronco.

—Quedo enterado, señor.

Por fortuna, no era la fragata *Hércules* un navío con cañones de guardatimón^[99] que nos pudieran ofender a la cara al cortar su popa. Pero no era tonto quien mandaba el buque, porque cuando los primeros cañones de nuestra banda de estribor comenzaban a escupir fuego en lenta secuencia, la fragata caía a babor. Fue el momento de lanzar el resto de nuestra andanada contra el palo mesana, implorando a los cielos para que alguna rasa le entrara a muerte. Pero no siempre los cielos actúan a favor de las armas que defienden su fe, porque nuestras balas apenas rascaron pasamanos y maderas sueltas, con un impacto certero en el cangrejo de enganche, que no ofrecía problemas en su reparación.

Y como era de esperar, respondió la *Hércules* con toda su fuerza. Para fortuna del queche *Hiena*, se adelantó el rebelde unos segundos de oro.

Porque no esperó a que cuadraran las bandas en paralelo, sino formando todavía un ángulo de proa abierto. No obstante, la andanada de metralla oscureció la visión. Y debía haberla cargado en trueno aquel mamporrero, porque se le vio escorar a estribor y sacar una traca del agua. Pero la suerte negada por los dioses en nuestros disparos, nos la concedió ahora la Patrona a chorros. La andanada había sido terrible, posiblemente con carga reforzada. No obstante, aunque esperara un cúmulo de gritos y lamentos, apenas unos seis o siete hombres cayeron en cubierta con sangre a la vista. Y en cuanto al aparejo, solamente un lunar grande en el estáis de corona y cortadillos clavados en las maderas. No escuchaba las palabras del jefe de escuadra, pero si pude distinguir las de mi segundo, que entraba en aviso de urgencia.

—Una de las corbetas enemigas, señor, se nos acerca por la amura de babor.

—Gracias, segundo.

Me encontraba tan pendiente de la fragata *Hércules* y sus movimientos, que había olvidado la presencia de las restantes unidades. Mientras escuchaba los disparos del Cisne, comprendí que no podía dejarme tomar por las dos bandas, o el *Hiena* sufriría un castigo insoportable. Por tal razón, mientras Armentía ordenaba hacer fuego de nuevo, bala rasa contra los palos, ordenaba caer a babor para librarme de la segunda amenaza.

Salimos del atolladero con suerte, porque la proa de la corbeta llegó a rascar tan cerca de mi costado de estribor, que se vio forzada a caer a la banda contraria con pala fuerte para evitar el abordaje. Y podíamos agradecer su maniobra, porque un abordaje en aquellos momentos entre ambos buques habría supuesto el fin de mi buque. Aliviado de esta forma, continué la orzada de mampara mientras la corbeta nos disparaba una andanada en pleno giro y con puntería casi imposible. Tan solo una de sus balas nos impactó a la lumbre, a la altura del combés, sin mayores daños.

Nos separamos con rapidez, momento en el que observé cómo el alférez de fragata Tosquilla era transportado entre dos hombres con el dolor reflejado en su rostro. La parte derecha de su camisola mostraba un rojo vivo. Mientras me temía lo peor, me acerqué a ellos.

—¿Le han herido?

—Un poco de metralla en el costado, sin mayor importancia, señor.

Hablaba con esfuerzo. Le abrí la casaca con rapidez, para comprobar el foco de sangre en su costado. Un cortadillo de metralla le había entrado casi en la cintura, sin salida. Le entregué mi pañoleta, para que la apretara contra

el brote de sangre. No debía ser muy peligroso, pero urgí a los dos grumetes con grito.

—Llévenlo rápidamente a la enfermería. Que el sangrador lo cure con preferencia.

Salían a la carrera escotilla abajo, con gestos de dolor en el joven alférez de fragata. Y al mismo tiempo, para bordar la espina a la negra, escuchaba las palabras en alto del jefe de la escuadra.

—¡Pignatti! Diríjase inmediatamente hacia el norte para reunimos con el resto de la escuadra. Largue todo el aparejo. Ya se ha agrupado la fragata con sus corbetas en apoyo y no podemos repetir esta experiencia tan poco exitosa y afortunada.

—Enterado, señor.

De nuevo deseé que una gran ola se llevara el cuerpo de aquel botarate entre sus bigotes blancos, para sepultarlo en la concha de Neptuno para la eternidad. Pero ahora tenía razón y, sin responder, ordené arrumbar al nordeste, en demanda de nuestros buques.

En aquel primer encuentro entre ambas escuadras, tan solo se llevó a cabo una acción digna de mención. Y deben tener en cuenta que, cuando les exponga algunos detalles de otras unidades, tales afirmaciones se basan en noticias recibidas con posterioridad, porque el resto de la escuadra había quedado al norte y unas cinco millas, con difícil visualización por nuestra parte. Pero fue muy comentada la singular acción de Pepe el Mahonés. Cuando la escuadra intentaba agruparse para esperar a las dos unidades empeñadas en combate, la balandra *Potrera* quedaba descolgada por razones desconocidas. El viejo patrón observó que la unidad de menor porte de la escuadra enemiga, el falucho *San Luis*, se había corrido con independencia por la costa, al observar dos pequeñas zumacas de cabotaje, con alimentos para la plaza.

El falucho rebelde se dirigió hacia ellas y las apresó sin dificultad, a la altura de la Estanzuela. Pero se encontraba ojo avizor el marino chispero, que sin solicitar permiso de nadie, se dirigió hacia él. Y por la escasez de viento, hizo bogar a sus hombres a ritmo de ropas fuera^[100]. Una vez a su altura, entrado en abordaje con chuzos y puñales, su aspecto debió parecer tan bravío y sanguinario que los 25 hombres del falucho, incluido su capitán, se lanzaron al agua para ganar la costa a nado, sin intentar utilizar los tres cañones a disposición. Se salvaron todos ellos, a excepción del comandante que, herido por cuchillada directa del Mahonés, perecía en las aguas. Y sin pensarlo dos veces, el patrón de cara enrojecida tomaba con rapidez las presas y arrumbaba

con ellas hacia Montevideo, donde entraba entre vítores y alabanzas en grito, porque toda la población seguía el combate desde las azoteas de las casas, como espectadores de función teatral. Debió estimar el patrón de la *Potróna* que ya había colaborado lo suficiente en aquella jornada de sangre, al haber apresado a un falucho y represar dos zumacas bien cargadas. Y entre el clamor de sus paisanos, pasó directamente del fondeadero a un bodegón conocido, donde comenzó a celebrar su hazaña de guerra con aguardiente.

Cuando alcanzamos la posición de la fragata *Mercedes*, el resto de las unidades se encontraba demasiado desperdigado, al este del puerto del Buceo y de tres a cuatro millas. Volvimos a izar la señal número 4, para que intentaran cerrar distancias a la mayor brevedad. El viento continuaba del sudeste y muy flojo de fuerza. Al mismo tiempo, crecía la marea, y algunos de nuestros buques sentían el efecto de la corriente en demasía. Por tal razón, ambas escuadras, como si hubiesen recibido una orden superior y simultánea, fondearon con escaso margen de tiempo. La propia a cinco millas al sudeste del puerto del Buceo, mientras la rebelde quedaba situada al sur y una legua de distancia de nuestros buques, también con los ferros clavados en los fondos. Pensaba para mí que debíamos haber aprovechado aquellos momentos de calma para agrupar definitivamente a la escuadra, que todavía se mantenía demasiado dispersa. Pero callé como enfermo envuelto en vendas y nada dije a quien mandaba.

Aprovechamos la tranquilidad para comprobar que apenas habíamos sufrido daños, salvo algunas maderas sueltas a proa y la campana descolgada en corte. En cuanto al personal, cinco heridos leves y dos con necesidad de pasar a la enfermería, entre ellos el alférez de fragata Tosquilla, aunque ninguno con peligro de perder la vida, salvo complicaciones.

Como disponía de cierto tiempo y deseaba abandonar el alcázar, bajé hasta la enfermería para consolar a los heridos. Allí se encontraba Tosquilla sobre la mesa del cirujano, o del estudiante aplicado en tales materias. Plácido hurgaba con utensilios de su especialidad sobre la herida, mientras la sangre manaba como riera. El joven oficial mordía el cuero sin emitir un solo quejido. No obstante, el fuerte dolor se apreciaba en su cara. Pregunté al sangrador.

—¿Cómo evoluciona?

—Muy bien, señor. Es un hombre fuerte. Le ha impactado un cortadillo de metralla por encima de la cintura, en su parte derecha. Poco profundo porque debió entrarle un rebote de mala fortuna. Acabo de extraerlo y debo rematar

la costura. No peligrará su vida, si no aparecen miasmas inconvenientes. Pero ha perdido bastante sangre y deberá reposar varios días.

—No se preocupe, Tosquilla, que anda en muy buenas manos.

—Ya lo sé, señor.

Tan solo peligraba la vida de un soldado de Batallones, con cinta de metralla marcada en el pecho. El resto, por gracia de la Patrona, viviría y podría contar a sus descendientes aquella desigual lucha. Después de ofrecerles algunas palabras de ánimo, regresé a cubierta. Se había jugado la primera etapa del combate naval de Montevideo, llamado por los rebeldes en el futuro como del Buceo, aunque solamente hubiéramos tomado parte cuatro buques, salvo la especial hazaña de Pepe el Mahonés, más bien cómica y poco adecuada a una escuadra de orden. Y podíamos pregonar muy en alto nuestra inmensa fortuna, por las especiales condiciones en las que la fragata *Hércules* disparaba su primera y terrorífica andanada de a 24 contra nosotros.

Sentía una profunda tristeza al comprobar que, por más que exprimiera el cerebro a fondo una y otra vez, no atisbaba camino cierto para entrarle a la fragata *Hércules* con algunas posibilidades de victoria. Tan solo un inesperado ataque durante la noche podría ofrecernos alguna esperanza. Porque resaltaba como gota amarga que sus artilleros trabajaban con eficacia y confianza, al haber recargado la batería en un tiempo ligeramente inferior al del *Hiena* y con piezas de mayor calibre.

Volví a pensar en mi dorado sueño, que otro oficial más competente y arriesgado se encontrara al mando de la escuadra. Porque la presencia del comandante naval a mi lado en el alcázar pesaba en el alma como pecado capital y lastraba hasta los más íntimos pensamientos. Pero no podíamos rendir el corazón una sola décima, que jugábamos mucho en el envite.

28. Una señal inoportuna

Nos mantuvimos fondeados con las dos anclas en siete brazas de profundidad hasta las ocho de la tarde, momento en el que zarpamos para aproar al leste puro, con las mismas condiciones de viento y mar. No podía explicarme en aquellos momentos si consideraba la decisión tomada como buena o mala, ni siquiera el plan de acción previsto o los movimientos futuros aproximados. Porque nuestro comandante en jefe apenas abría la boca, salvo para lanzar órdenes concretas de rumbo y aparejo en escasos monosílabos. Se trataba, sin duda, de una situación anómala por más. Todo debía andar bien prensado en su cabeza, sin comunicar a nadie un solo detalle, ni siquiera al único oficial de su mayoría general o al comandante de la nave capitana.

A pesar de las favorables circunstancias ambientales y de forma difícil de comprender, durante las horas de fondeo la fragata *Neptuno* y el bergantín *San José* habían garreado^[101], posiblemente por efecto de la corriente entrante al estuario, porque el soplo andaba en mínimos. Y eran considerables las millas corridas con el ancla a empellones sobre el fondo, sin que nadie a bordo hubiera reparado en tan peligrosa condición. Comprobé en la distancia con el anteojo, barullo de gentes en sus castillos, como si celebraran el paso del Ecuador. Aunque a algunos les pareciese a la vista una situación chistosa, se trataba de un cuadro verdaderamente penoso y poco edificante para un buque empeñado en acción de guerra. Porque me preguntaba una y otra vez, ¿qué harían aquellos hombres entrados en combate y con necesidad de maniobras urgentes? Más valía no buscar respuestas.

La escuadra enemiga siguió nuestros movimientos, sin decidirse a variar una cuarta de su proa hacia el norte. De esta forma, durante toda la noche nos mantuvimos navegando con el mismo rumbo, ambas escuadras a una legua de distancia y a la vista, gracias a que, en casi todos los buques, se mostraba algún tarro de luz a pesar de la prohibición. Tan solo el *Hiena* se encontraba

autorizado a mostrar la luz de tope. Aunque no fuese conveniente, debíamos pensar en el resto de buques y la necesidad de que siguieran nuestras aguas.

Comenzó a amanecer el día 15 en las mismas condiciones atravesadas durante la jornada anterior. El viento se mantenía fresquito del sudeste, así como una marea larga con escasa alzada. El capitán de navío De la Sierra apenas se dejó ver en cubierta durante un par de ocasiones, enclaustrado casi toda la noche en su cámara. Su única orden antes de retirarse fue la de mantener rumbo al leste sin variación. Estimé que, en aquellas circunstancias, tal decisión podía desperdigar todavía más al resto de las unidades. Y aunque me ordenara mantener el aparejo completo con excepción de las escandalosas, rebajé vela por mi cuenta, al pensar que nos separaríamos demasiado de nuestros compañeros. Pero para mi sorpresa y la de los oficiales, continuaba sin mencionar una sola palabra sobre sus intenciones de futuro. Las dos escuadras parecían observarse con especial prevención. Y en los adentros, me costaba comprender que el comodoro Brown no cerrara distancias sobre nosotros y se dispusiera a ofrecernos la puntilla final.

En la nueva amanecida, ambas escuadras se situaban de forma terca en las mismas posiciones relativas. No obstante y como preveía, el *Hiena* se había adelantado al resto de los buques unas tres millas hacia levante. Incluso se habían producido claros demasiado evidentes y harto peligrosos con una escuadra enfrentada a escasas millas. Se ofrecía al enemigo la oportunidad de atacar en franca superioridad sin mayor esfuerzo, aunque tampoco parecían decantarse por esa favorable solución. Cuando la campana picaba el cambio de la guardia de alba, apareció nuestro jefe en el alcázar. Solo respondió a los saludos matinales de mis oficiales con entrecortados monosílabos y rostro ceñudo. En ese momento, las naves enemigas parecían enmendar el rumbo con dirección a nuestra escuadra. Entendí que no podíamos continuar en aquella situación de ignorancia absoluta a bordo de la nave capitana, por lo que, haciendo de tripas corazón, me dirigí hacia él con la necesaria decisión.

—La escuadra se encuentra muy separada, señor. Y algunos buques se han descolgado demasiada distancia a popa. Si le parece bien, podríamos virar hacia poniente para agruparnos.

—Nada de eso. Continúe a rumbo leste hasta que le ordene en contra.

—Perdone que insista, señor, pero si alguna unidad de las que ofrecen dificultad de maniobra se descuelga una milla más, puede ser tomada con facilidad por el enemigo, que acaba de enmendar su rumbo hacia nosotros. Parece que ellos intentan atacar y nosotros huir. Bueno, yo haría lo mismo en su caso, porque la superioridad de esa fragata es manifiesta.

De la Sierra volvió a mirarme con reconcentrado odio, como si tuviera frente a él a su peor enemigo. Tan solo me contestó unas pocas palabras.

—Acompáñeme a mi cámara, Pignatti.

Aunque sería normal pensar que el jefe de la escuadra intentaba discutir con el único oficial experimentado de a bordo la situación actual y posibles movimientos, estaba seguro de que la concha se abriría por la banda contraria. Y no necesitó mucho tiempo el culebrón para entrar en vereda, una vez alcanzada su cámara. De pie y apoyado en la mesa, largó la primera andanada.

—Mire, Pignatti, no aguanto una más de sus impertinencias, muy cercanas a la desobediencia e insubordinación. Y ya sabe lo que nuestras ordenanzas especifican como castigo para tales acciones en combate. Ayer transigí con su conducta de evidente desacato, porque nos encontrábamos en plena acción y podía ser peor el remedio que la enfermedad. Pero como entienda que vuelve a caer en la misma falta, le obligaré a entregar el mando del queche de forma inmediata al teniente de fragata Quijano y le haré arrestar. Le exijo que no vuelva a ponderar mis órdenes ni a trastocarlas una coma.

Creo que, en aquellos momentos, la sangre se encontraba a punto de brotar a chorros por los poros de mi piel. En triste semejanza, recordaba los problemas sufridos por el tío de mi cuñado, el brigadier Santiago Cisneros, a bordo del navío *Purísima Concepción* durante el combate del cabo San Vicente, cuando como comandante del buque le exigía a su general, el conde Morales de los Ríos, regresar para combatir al enemigo. Y no podía dejar en absoluto que aquel apocado jefe me pisoteara de palabra y con amenazas sin razón, un personaje deleznable que solo se atrevía a bravuconear contra sus subordinados.

—Con todo el respeto debido, señor comandante, debo aclararle que en ningún momento he caído en la falta de insubordinación ni lanzado impertinencias hacia su persona. Tampoco he ponderado ni trastocado sus órdenes. Y a lo largo de toda mi carrera en la Real Armada, jamás debieron llamarme la atención por tal falta sino, más bien, al contrario. Es deber de todo subordinado exponer a sus jefes las propias opiniones. Y en este caso, como comandante de la capitana y sin mayoría general a su disposición, esa obligación adquiere mayor relevancia todavía. Estimo que debería conocer su plan de acción, aunque se tratara en datos generales. Es norma habitual en nuestra Armada que quien manda escuadra los explique a sus más directos subordinados. El hecho de que le exponga mi opinión sobre lo que considero

como excesiva separación de nuestras unidades y el riesgo que ello conlleva no es impertinencia en absoluto, sino lealtad con el mando.

—La percepción que administra sobre tales conceptos son erróneos y no pienso discutirlos. Le conmino a que se limite a obedecer mis órdenes, que esa es su mayor obligación.

—Quedo enterado, señor comandante. —Aferraba los puños hasta sentir dolor—. Mantendré el queche *Hiena* a rumbo leste y con aparejo completo, menos las escandalosas. ¿Ordena algo más?

—Nada, de momento. Y le repito que cesará en el mando si comete una nueva falta.

—Quedo enterado, señor.

—Puede retirarse.

Regresé al alcázar con la cresta alzada en pico de fuego. Y debieron comprenderlo mis oficiales, que evitaron mi mirada. Tan solo unos minutos después, cuando las aguas comenzaban a calmarse en mis entrañas, intentó Quijano una aproximación.

—¿Cuáles son las intenciones, señor? La escuadra enemiga intenta cerrar distancias. Por fortuna, el viento se mantiene casi a cero y progresan poco. Pero si no reducimos vela y...

—Comprendo perfectamente la situación, segundo. —Creo que la expresión de mi rostro debía explicar mis palabras con claridad—. Pero nada puedo concretarle sobre nuestras acciones futuras porque, sencillamente, no tengo la menor idea. La orden del jefe de escuadra es continuar a rumbo leste y sin tocar el aparejo.

—Entendido, señor.

Sentía un poco de vergüenza propia al comprender que la escuadra enemiga era la que, en verdad, intentaba trabar combate, mientras que la nuestra navegaba sin pausa hacia levante, como si intentara evitarlo. Y ya debíamos encontrarnos a la altura de la isla Rasa, a unas 35 millas de Montevideo, con nuestras unidades en un arco superior a las cinco millas. ¿Para qué habíamos salido a la mar? ¿No consideraban nuestras fuerzas superiores al enemigo? ¿Por qué entonces aquel rumbo de escapada? ¿Y hacia dónde? Se trataba de preguntas sin posible respuesta. Y para aumentar la tristeza, entendía que ni siquiera el propio jefe de escuadra había tomado una decisión o elaborado un mínimo plan para enfrentar la situación. Incluso pensando en una posible y vergonzosa retirada hacia el apostadero, con la maniobra actual dejábamos que el comodoro Brown se interpusiera en dicha derrota.

Por su parte, la escuadra rebelde formaba una línea de fila en cuña, con su proa hacia nosotros, aproximadamente a rumbo nordeste cuarta al leste. La encabezaba la fragata *Hércules* que, por su mayor andar, distanciaba a las dos corbetas más lentas, aunque el resto de sus unidades cerraran los huecos con la necesaria corrección. Entendía que se podía intentar algún gesto honorable por nuestra parte, incluso dividir las fuerzas. No obstante, contaba mucho en negro y a la contra pensar en las posibles reacciones de algunas de nuestras unidades, entradas en un inevitable combate. También debía de comprenderlo así De la Sierra, aunque no se hubiera atrevido a señalarlo ante el general Vigodet en su momento, como habría sido su obligación.

A mediodía, el viento cayó a cero, una encalmada de lomos duros poco deseada, triste momento en el que las velas llamaban al suspiro. Y si ya la moral se encontraba a la baja, tal situación la hacía decrecer un escalón más. Se dejaba notar la acción de la corriente, que nos arrastraba a todos hacia poniente, especialmente a nuestros buques, más cercanos a la costa. Por fin, la escuadra de Brown no parecía dispuesta a perder su oportunidad y decidió que los botes y lanchas remolcaran a sus buques, intentando alcanzar nuestra posición. El marino irlandés debía haber comprobado la realidad de nuestra escuadra y sus verdaderas posibilidades. Y comprendida la maniobra por nuestro jefe, también ordenó el mismo sistema de remolque. Por fortuna, se trataba de la señal número 15, última del pequeño código elaborado.

Poco duró el esfuerzo del enemigo, que a las dos de la tarde se decidía por un nuevo fondeo, al comprobar que perdía más distancia de la que ganaba con aquel terrible esfuerzo de sus hombres. Al mismo tiempo, era fácil deducir que la corriente obraba a su favor, arrastrando nuestra escuadra hacia poniente. Y una vez más, sus movimientos eran imitados por el capitán de navío De la Sierra, que ordenaba el inmediato fondeo al sur de la punta Negra y diez millas de distancia, en doce brazas de profundidad. Aprovechamos el descanso para reparar de nuevo el desperfecto del estáis, que se había abierto en cruz. También visité a los heridos, para comprobar que, con la excepción de un marinero entrado en sus últimos momentos, el resto de los heridos sanaba a la vista, con el alférez de fragata Tosquilla a la cabeza.

—Ya me encuentro muy bien, señor —exponía el joven oficial con voz débil—. Puedo acudir al alcázar sin problemas.

—De eso nada, Tosquilla. Asegura don Plácido que ni siquiera podrías mantenerte en pie unos segundos. Cúrate sin prisas, que los malos humores aparecen como enviados por Satanás.

De nuevo en cubierta, decidí ofrecer almuerzo caliente a la dotación, en previsión de que se regresara al rancho frío ante la posibilidad de combate cercano. La situación era desesperante sin posible mengua. Nos manteníamos mano sobre mano y sin la menor noticia de nuestros futuros movimientos. Preguntado una vez más el ayudante del jefe de escuadra, movía la cabeza hacia ambos lados en absoluta ignorancia. Comencé a pensar que tales proyectos no existían ni en la cabeza de nuestro silencioso comandante en jefe.

A partir de las cuatro de la tarde, el viento comenzó a llamar del leste, para acabar entablado en fresco de fuerza y del nordeste. Dos horas más tarde, De la Sierra ordenaba levar y arrumbar a poniente. Aquel cambio de 180 grados me sumió en la más dura perplejidad. Porque si se pretendía regresar a Montevideo, con aquel rumbo podía Brown interceptarnos con facilidad. Por su parte, el comodoro también había levado las anclas y enmendado la proa hacia el norte-nordeste, un rumbo con clara intención de cortar la proa de los buques más adelantados. Al menos, pensé que, con aquel rumbo, conseguiría formar a la escuadra en un orden más compacto.

Comenzaban a caer las luces cuando el jefe de la escuadra ordenó una nueva virada de dieciséis cuartas^[102], para rematar en rumbo leste. Aquí ya se rompieron los pocos esquemas que podía mantener en mi cerebro. Porque era imposible comprender aquellos cambios tan bruscos, sin ningún sentido aparente. Y al tiempo que envergábamos la señal para que el resto de las unidades siguieran nuestras aguas, como ya las luces dejaban de iluminar a tope, me acerqué al teniente de navío Alonso.

—Mire, Alonso, debe apuntar a su jefe que la iluminación es escasa, con lo que algunas unidades pueden no apreciar la señal ordenada. Hágalo como cosa suya, desde luego. También debe ser consciente de que es muy posible que algunos buques, como las fragatas mercantes, no sean capaces de bolinear lo suficiente para seguirnos al rumbo ordenado.

Aunque fuera vergonzoso utilizar aquel medio para recomendar al mando, lo llevó a cabo el ayudante, aunque lo dudara durante algunos segundos. Sin embargo, no solo no varió De la Sierra su idea primigenia una cuarta, sino que ordenó largar todo el aparejo. De esa forma, con viento de todas las velas y el queche bebiendo millas por gargüero, podíamos suponer que nos separaríamos más y más de las unidades de nuestra escuadra. Y todo ello si había sido comprendida la señal de banderas en la distancia y con escasa visibilidad, lo que ponía seriamente en duda, con el peligro añadido de que tal efecto no podría ser comprobado hasta la mañana siguiente. Me comencé a

temer lo peor, un runruneo de tripas que apuntaban a una dirección difícil de creer. Porque si se confirmaban mis sospechas, debería actuar de nuevo cara a cara, con el peligro de acabar en arresto y sin mando. El futuro cercano se presentaba oscuro como gruta de aguas turbias.

* * *

Amaneció el día 16 de un cariz magnífico con cielos despejados, viento del norte-nordeste y fresco de fuerza, mar rizada y el queche Hiena batiendo el soplo como potranca en libertad. No cesaba de dirigir mi anteojo hacia poniente, intentando distinguir el perfil de alguna de nuestras unidades, sin conseguirlo. Y cuando aclaraba la neblina baja y el sol aparecía con fuerza, comprobé que ninguna vela se divisaba en la dirección señalada. Y se trataba de lógica consecuencia, porque el queche debía haber navegado un elevado número de millas durante la noche. Pero me extrañaba que ni siquiera el bergantín *Cisne* se dejara ver en la distancia. No dejaba de pensar en la terrible posibilidad de que la escuadra no hubiera avistado o comprendido la señal de virada en dieciséis cuartas.

Esperaba que cuando el capitán de navío De la Sierra apareciera en el alcázar, ordenaría una virada completa para regresar hacia nuestros buques. Pero la sorpresa se nos apareció del tamaño de una catedral, al comprobar cómo dirigía su anteojo hacia poniente y lo guardaba sin pronunciar una sola palabra. Me hervía la sangre, mientras pensaba sin cesar en lo que podría maquinarse aquel cerebro desgastado o entrado en locura. Y así me mantuve durante dos horas, con el corazón pulsando al galope y un masajeo continuo de mis manos, mientras recorría la toldilla a tranco largo. Y cuando ya me encontraba a punto de reventar las venas, dirigí mis pasos hacia él con decisión y rabia contenida. Sabía lo que me jugaba, por lo que entré en sumiso todo de voz.

—Estimo, señor, que hemos avanteado al resto de la escuadra una distancia excesiva, posiblemente cercana a las diez millas. Nos encontramos al sur de la punta del Este, saliendo del estuario.

En esta ocasión, De la Sierra me miró a la cara como a un subordinado ignorante al que se debe aleccionar con infinita paciencia. Y de nuevo me largó las palabras escuchadas el día anterior, aunque en un tono completamente distinto.

—Por favor, Pignatti, acompáñeme a mi cámara.

De nuevo aparecieron las dudas en mi cerebro. Entendía que no había entrado en impertinencia sino solamente en obligada información, una acción habitual del subordinado con el mando. Pero con aquel personaje se descuadraban todas las lecciones aprendidas. Y aunque su tono fuera agradable y obsequioso, no sabía qué pensar cuanto entrábamos en su cámara y, para mi sorpresa, me hacía sentar frente a él.

—Hay veces en la vida del militar, Pignatti, que las instrucciones recibidas del mando son de una tremenda importancia y desconocidas para el subordinado, por lo que no llega a comprender las acciones ordenadas. Ese es su caso actual, porque no se encuentra al día de las instrucciones recibidas.

—Si no se me comunican dichas instrucciones en su momento, señor, no puedo comprender tales órdenes. Con absoluta sinceridad, debo declararle que es la primera vez que entro en situación de combate sin disponer de ninguna información sobre los planes del mando, a pesar de ser el comandante del buque insignia.

—No tengo obligación de ofrecerle explicaciones. Se trata de una prerrogativa del mando. Pero lo haré en esta particular ocasión para no provocar una de sus habituales y negativas reacciones.

Quedó en suspenso, mientras me ofrecía una sonrisa por primera vez en muchas semanas. Y no me gustaba una mota la moscarda en vuelo, porque ya mis pensamientos volaban en derrota funesta. Continuó con el mismo tono obsequioso y paternal.

—El combate contra la escuadra de Brown está perdido. No puede cabernos una mínima duda. Bueno, era de esperar, al comparar ambas escuadras.

Recibí un mazazo de martinete en el pecho. Y no porque me anunciara una derrota que esperaba desde el momento en que se decidió la absurda formación de aquella escuadra de nombre, sino porque lo reconociera con tal facilidad en aquellos momentos, cuando la solución era difícil o imposible. No pude reprimir una pregunta.

—Estoy de acuerdo con sus palabras, señor. Sabíamos que solo con un milagro podríamos superar a esa fragata y las tres corbetas. Pero, en ese caso, ¿por qué salimos a la mar? No lo comprendo.

—Porque así me fue ordenado con toda claridad por el capitán general, nuestro mando superior. Y como debe saber, los subordinados debemos obedecer por encima de todo. El general Vigodet me expuso con claridad que si, una vez en la mar, se confirmaba la superioridad de la escuadra

revolucionaria, debía llevar a cabo una misión alternativa de la máxima importancia para la nación.

—¿Una misión más importante? Sigo sin comprender una sola palabra, señor.

—Cuando tuvo lugar el alzamiento revolucionario del 25 de mayo de 1809, la inoperante y absurda actuación del teniente general Hidalgo de Cisneros posibilitó que fuera expulsado de Buenos Aires hacia España. Por fortuna, su acción más meritoria, la única quizás, fue que, al tener conocimiento de los planes embastados por esos degenerados patriotas, sacara de Buenos Aires el tesoro real de la Troya del Plata y lo dejara en manos del capitán general de Montevideo.

—¿El tesoro real de la Troya del Plata? —No estaba seguro de creer sus palabras—. Desconozco la existencia de tales caudales. ¿A qué tesoro se refiere, señor, si me es dado conocerlo?

—Nadie sabe con exactitud lo que contienen esas quince cajas precintadas con sellos reales de plomo y lacre. Se trata de una antigua institución y un secreto proyecto. Antes de quedar bloqueados por tierra, el general Vigodet actuó con sumo acierto y trasladó dicho tesoro a un lugar de absoluta confianza. Es nuestra obligación transportarlo hacia España.

Ahora se abrían los cielos con claridad en mi cerebro y comprendía todas las maniobras llevadas a cabo hasta el momento. Había sido engañado hasta alcanzar una situación sin posible retorno. Pero de nuevo la sangre se alzaba en ampollas por mis venas, ante lo que entendía como futuras medidas.

—¿Dónde se encuentra ese desconocido tesoro, señor? Aunque no suele comentar con sus subordinados las acciones a realizar, si hemos de navegar hacia su depósito, deberé conocer la situación. A no ser, claro, que piense ordenar el rumbo al timonel directamente —Empleaba un tono de claro escepticismo.

—Esas cajas se encuentran cerca de La Aguada, en la hacienda del señor don Enrique Monturbio, un patriota como ya no quedan en estas tierras.

—¿En la hacienda Los Llanos se ha depositado ese desconocido y fabuloso tesoro?

—En efecto, aunque no he sido yo quien lo haya catalogado de fabuloso. Ya le digo que hasta el general Vigodet desconoce su exacto contenido. —El tono en la voz del capitán de navío De la Sierra se agriaba por momentos, al comprobar los gesto de mi cara—. Si regresamos al Plata, solo conseguiremos que, además de perder los otros buques, los rebeldes apresen al queche *Hiena*. Y necesitamos un buque muy velero para transportar el tesoro con total

seguridad a España. El queche es la unidad más adecuada y así se había previsto desde que sufrimos el bloqueo. Esos caudales se necesitan para mantener la guerra contra el francés.

—Pero si se comenta que ya ha firmado su majestad don Fernando un acuerdo con Bonaparte, señor. Ha cesado la guerra con Francia.

—No lo crea. Continúan las escaramuzas y es intención de Su Majestad progresar hacia Francia, para perseguir a los gabachos y tomarles el Rosellón.

Todas aquellas noticias me sonaban a cantos de sirena celestiales y oprobiosa vergüenza sin posible límite. Debía de sufrir una espantosa pesadilla, porque no podía ser cierto lo que escuchaba. A no ser que la Armada se dispusiera a recibir una vergüenza mayor, si cabe, que la del 14 de febrero^[103]. Me resultaba imposible mantener la calma ni aceptar aquellos hechos sin rechistar.

—No puede ser, señor. ¿Piensa dejar a nuestra escuadra perdida en el Plata a su propia suerte? ¿Así de sencillo? ¿Qué cada uno de los buques combata contra el enemigo a su aire y sin un mando que los dirija? ¿Y el buque insignia desaparecido?

—En primer lugar, Pignatti, no emplee ese tono de voz conmigo o deberé tomar medidas que no deseo. —Su rostro regresaba a su acritud habitual—. Ya le he dicho que el combate está perdido. Al comprobar que el queche *Hiena* no se encuentra a la vista, nuestros buques se rendirán con rapidez. A continuación, el general Vigodet enviará parlamento al comodoro Brown, proponiendo armisticio, durante el que se tratarán las condiciones de entrega de la plaza, siempre que sean honrosas, por supuesto.

—¿Condiciones honrosas ha dicho, señor? Jamás aparece la honra ni el honor en la derrota, cuando no se ha esforzado hasta el límite la lucha y la resistencia. —Era consciente de que elevaba la voz demasiado y navegaba por vereda peligrosa—. Se podían haber negociado esas condiciones sin ordenar a los buques salir a la mar. Se habrían evitado un buen número de bajas que, lo quiera o no, se producirán, comenzando por el marinero que se encuentra en la enfermería a punto de entregar el alma a Dios por nada. Y para cumplir esa extraña misión, que aduce como de vital importancia, podía haber salido el *Hiena* y navegar con todo el aparejo en dirección a la hacienda de Los Llanos, sin que nadie fuera capaz de apresarlos. Por el contrario, dentro de pocas horas, cuando se rindan las unidades de la escuadra tras combatir como es su obligación, el comodoro Brown se dirigirá a Montevideo. Y el general Vigodet tragará con las condiciones que le imponga el Gobierno de Buenos Aires.

—Cálmese, Pignatti, y no se interne en terreno peligroso, del que le costará salir —también De la Sierra elevaba la voz.

—No me importa moverme en arenas movedizas, señor. Si ahora callara, me sentiría cómplice de esta deplorable y vergonzosa acción durante toda mi vida. Porque no debe olvidar que, como jefe de la escuadra, es su obligación permanecer al lado de sus hombres. Y en caso contrario, considerarán tal acción como una traición.

—¡Basta ya! ¡No admito que me insulte! —Al capitán de navío De la Sierra le temblaban las manos, al tiempo que las venas de su garganta florecían en un rojo peligroso—. Debería someterle de inmediato a consejo de guerra y mandarlo fusilar.

—Puede hacerlo ahora mismo, si lo estima oportuno, señor. Moriría con la conciencia muy alta al haber cumplido con mi deber. Por el contrario, no tranquilizará la suya con esa acción.

Se levantó de un salto y me temí que entrara a fuerza de brazos contra mí. Por el contrario, se giró contra la balconada, con la respiración en un brete. Tan solo podía observar su espalda, que se agitaba como todo su cuerpo. Me temí lo peor en aquellos momentos, incluso la posibilidad de perder la vida ante un piquete de ejecución. Pero también a mí me hervían los pensamientos, al comprender aquella maniobra vergonzosa a la que me veía obligado. Como no reaccionaba, abandoné el asiento para salir de la cámara. Sin embargo, en ese momento se giró hacia mí. Con enorme sorpresa, comprobé que le había cambiado el rostro, como si hubiera regresado a la normalidad.

—Tiene suerte de mis buenos sentimientos, Pignatti. Otro comandante le habría sometido a consejo de guerra de forma inmediata. Y como mínimo, le obligaría a entregar el mando y mantenerse arrestado. Pero no lo haré. Comprendo sus sentimientos, aunque se encuentre equivocado. Tampoco soy estúpido y, con Tosquilla en la enfermería, le necesito. Armentía es demasiado joven y Quijano un inútil para el mando. Nos quedan muchos miles de millas por la proa. Pero debo asegurarle que, en estos momentos de obcecación que sufre, todavía no ha comprendido la importancia de la misión impuesta. A veces, en la guerra, se entrega un buque para poder ganar un combate, aunque suponga un sacrificio con muchas vidas perdidas. Se lo diré solamente una vez, y espero que recobre la cordura. En caso contrario, actuaré en consecuencia. Le ordeno que aproe en demanda de La Aguada, donde debemos cargar el Tesoro de la Ceca del Plata.

—Nos someterán a consejo de guerra cuando llegemos a España. Y espero declarar para que sea condenado.

—No sea estúpido. —Ahora hablaba con un tono más propio de un villano, con sonrisa burlona añadida—. Siempre se somete a consejo de guerra a los jefes y comandantes, cuando se pierde buque o batalla. Se trata de norma impuesta en las Reales Ordenanzas. He sufrido más de uno en mi carrera. Pero mis argumentos son irrefutables, porque cumplo a rajatabla las órdenes recibidas de un superior. Y ese no es su caso. No creo que recuerde alguna ocasión en la que se haya condenado a un oficial en Consejo por haber adoptado tal postura.

Me imaginé que rodaba sin control hacia el abismo más negro con la moral hundida, una sensación que jamás había sufrido. No podía imaginar siquiera que un capitán de navío de la Real Armada obedeciera una orden de un general del Ejército que llevaba aparejada la traición a sus hombres, al total de una escuadra bajo su mando. Comprendí que si no me enfrentaba al piquete de fusilamiento, se debía únicamente a que aquel cabrón con plumas me necesitaba para regresar a España. Se evaporaban poco a poco los pensamientos, como si flotara en una nube negra sin rumbo. Desde que sentara plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, nunca me habían enseñado a adoptar una posición tan negativa, ni acoplarme a una vergüenza tan deshonrosa. Pero comprendía que el jefe disponía de la sartén por el mango y que todos lo obedecerían a bordo. Porque, aunque pueda parecer disparate absoluto, llegué a pensar en incapacitarlo y rebelarme contra aquel desafuero. Y para colmo, De la Sierra tenía razón. Porque los Consejos de Guerra en nuestra Armada marcaban el linde de lo deshonroso, con una blandura y un falso corporativismo digno de vergüenza. Arrié el pabellón de la causa en mi alma, incapaz de luchar un segundo más. Con la tristeza marcada en el corazón y sin pronunciar una sola palabra, abandoné la cámara sin mirarlo a la cara ni ofrecerle la debida despedida de cortesía.

29. Hacienda Los Llanos

Cuando regresé al alcázar, no pude enfrentar la mirada de mis oficiales, reconcomido por un sentimiento de vergüenza y oprobio absolutos, como si en la frente llevara marcado uno de esos tatuajes polinesios en el que se leyera con letras de molde: «Traición». Decidí trepar por la escala de acceso a la toldilla para quedar en soledad. Una vez apoyado en la borda sobre el coronamiento, observaba las aguas que surgían de nuestra popa con pensamientos preñados en mezcla de buitres y desoladora tristeza. Por último, giré la vista hacia poniente. Y puedo jurar por la salud de mi alma pecadora que creí ver en la distancia a los buques de nuestra escuadra luchando a muerte contra los rebeldes extranjeros.

Se arriaría la bandera de España en pocos días, un tenebroso carpetazo a nuestra presencia en aquel maravilloso estuario, donde tanta sangre española se había derramado durante siglos. Y se trataba de la sangre de nuestros antepasados, tanto de los realistas como de los patriotas, que se movían con falsos sentimientos y mucho protagonismo personal. Aunque muchos lo negaran, no enfrentábamos una guerra entre argentinos y españoles, sino de españoles americanos y españoles de España, una cruenta guerra civil entre hermanos.

No sé el tiempo que transcurrió en aquellas condiciones de abatimiento cercano a la enajenación, pero me pareció un mundo infinito. Sin esperarlo, las imágenes de mi mujer y de mis hijos se aparecieron con especial nitidez en el cerebro. El de Rosalía parecía pedirme que regresara a casa, que no saltara en locura y dejara correr las aguas. Pero no creía posible recuperarme jamás de aquella vergüenza en la que, aunque de forma pasiva, había tomado parte. No obstante, y como único pensamiento a favor, pensaba elevar la palabra en el consejo de guerra y clamar por que se ejerciera justicia.

Por fin, cercanos a la meridiana, se acercó hasta mí el segundo comandante con extrema prudencia. No parecía atreverse a elevar la pregunta.

Pero le respondí antes de que pudiera hacerlo.

—Aproe de momento hacia el cabo Santa María y la punta del Polonio, Quijano.

—¿Hacia el cabo Santa María, señor? Pero...

—Nada más puedo decirle y mucho lo siento, segundo. No obstante, debe saber que estoy muy orgulloso del comportamiento de mis hombres. Pero ahora debemos navegar en demanda de La Aguada.

—¿La Aguada? ¿A la hacienda de don Enrique Monturbio, señor?

—En efecto.

—¿Y la escuadra?

—Parece ser que se trata de órdenes superiores. —Debí esforzarme porque apenas salían las palabras de mi boca—. Solamente puedo decirle que...

—Lo comprendo muy bien, señor. En ocasiones no se comprenden las órdenes que recibimos, pero es nuestro deber aceptarlas y obedecerlas. ¿Puedo saber los pasos que daremos a continuación?

Dudé en principio si debía declarar la verdad. Y aunque De la Sierra me hubiera ordenado mantener secreto absoluto, no estaba dispuesto a cumplir dicha orden, solamente en lo relativo al tesoro. Aquel hombre no lo merecía.

—Desde La Aguada seguiremos derrota directa hacia España. No puedo explicarle más por haber recibido una orden muy estricta en tal sentido, aunque eso no significa que muestre mi acuerdo. Se trata de una misión importante...

—Lo comprendo, señor.

—Pues yo no, segundo. ¿Qué será de la escuadra? —Parecía hablar con mis tripas, ensimismado en una derrota absoluta—. No puedo comprenderlo y le hablo con una sinceridad que debería evitar. Pero cambiando de tema, ¿son muchos los hombres con familia en el apostadero?

—Con familia unos pocos, señor. Dos oficiales de mar solamente. Ya sabe que, en mi caso, me encuentro casado y con cinco hijos a cargo. Mi mujer nació aquí, al igual que sus padres y abuelos, una tierra que consideran como propia. Pero por difícil que sea de creer, dejará de ser española, aunque se encuentre poblada y dirigida por españoles. Me produce una sensación de vacío tal posibilidad. En fin, espero que mi familia sobreviva al caos que pueda producirse.

—No creo que se produzca caos ni movimientos peligrosos, una vez los revolucionarios icen su bandera en el apostadero. —Lo miré a los ojos con gravedad—. ¿Prefiere quedar en estas tierras y pasarse a los patriotas? En

secreto le autorizaría a desembarcar en La Aguada, aunque a todos los efectos quedaría como desertor.

—Eso nunca, señor. Supongo que Montevideo se rendirá y el capitán general conseguirá que se trasladen nuestras familias a la Península.

—No sé qué podrá conseguir ese general. Pero es posible que, en algunos meses, regresemos a estas aguas con algunos navíos y fragatas para recuperar el terreno perdido. La situación en el virreinato del Perú es favorable y también se pueden recibir auxilios por tierra, una vez pacificado. En fin, nadie conoce el futuro con precisión. Pero le agradezco su patriotismo.

—Así ha de ser, señor.

—Pues ya sabe, avíseme cuando recalemos en la punta del Palomar, cerca de La Aguada. Nos deben faltar solamente unas sesenta millas. Me encontraré en la cámara de oficiales.

—Entendido, señor —Quijano parecía dudar en elevar una nueva pregunta.

—¿Algo más, segundo?

—Perdone que le moleste en estos momentos, señor. Pero si hemos de navegar hacia España, será necesario hacer víveres en La Aguada. Tan solo disponemos para un par de semanas y en regular estado. Y ya que la navegación se va a alargar mucho, deberíamos rellenar aguada hasta las cintas. Espero que el señor de Monturbio pueda repetir una vez más su generosidad, como en ocasiones anteriores. Y también podremos proceder a la caza de cerditos y a la pesca en el fondeadero.

—Prepárelo todo como en la ocasión anterior, en cuanto a la partida de caza, aunque el pobre Tosquilla no pueda asistir. Que tome el mando de esa encomienda don Gonzalo, el aventurero, que es un excelente cazador. Y en cuanto a la pesca, lo dejo bajo su control.

—Enterado, señor.

Quedé de nuevo en la deseada soledad. No podía dejar de pensar en lo que estaría sucediendo estuario adentro, con nuestros buques desordenados y el enemigo dispuesto a ofrecer el mordisco final. Como supe meses después, se completó el desastre previsto a lo largo del día 16, una fecha que debería quedar marcada a fuego en nuestra historia. Y puedo comentarles algunos detalles aislados que, todavía hoy, me retuercen el corazón.

Cuando amaneció el día 16, el comodoro Brown, una vez avistada la escuadra, decidió aproar hacia ella para combatirla en superioridad, dada la separación existente entre nuestras unidades. Los buques de la Armada habían aproado a poniente en un principio, para cambiar a las diez hacia levante,

como si se encontrarán huérfanos de madre y en busca del queche *Hiena*, La caza principal la llevaron a cabo con decisión la fragata *Hércules* y las corbetas *Belfast* y *Zephir*.

La corbeta *Paloma*, desastrosa pókala incapaz de gobernar a las tres cuartas, fue abarloada por la corbeta *Zephir*. El alférez de navío Toribio Pasalagua, indignado por la cobardía de los pulperos que formaban su dotación y abandonaban los puestos de combate al primer disparo, pedía a gritos, arma en mano, que no se rindieran sin haber resistido lo que el honor exige. Pero fue imposible, porque solamente llegó a disparar media andanada, abandonadas las piezas por sus sirvientes. Y cuando la lancha del buque rebelde se acercaba para tomarlo en presa, el capitán de la *Albuhera*, Mariano Maturana, que se encontraba a la bandera, antes de arriarla, ofuscado por la vergüenza y el despecho, disparó un pistoletazo sobre la embarcación del apresador, hiriendo a un marinero. Fue acción peligrosa y fuera de toda ley de mar, con posibles y graves represalias que, sin embargo, no se llegaron a tomar.

La fragata *Hércules* se enfrentó a un grupo formado por el bergantín *Cisne*, balandra *Castro* y goleta *María*. Escasa carnaza para su poderosa batería de a 24. Consiguió tomar a la última con rapidez y escasa oposición, mientras los otros dos buques, intentando no ser apresados por el enemigo, se aterraban hacia la falda del Cerro para refugiarse sus dotaciones en el castillo de la cumbre. Pero sabiamente, el comandante del bergantín, teniente de fragata Sostoa, dejó preparada a bordo de su buque una carga con el resto de la pólvora y mecha alargada de retardo. Observados los dos buques contra la costa por un oficial rebelde del campo sitiador, el teniente Rafael Méndez, se dirigió al galope con 24 dragones de la patria. Pero, en cuanto abordaron el *Cisne*, no comprendieron la peligrosa situación que encaraban. Poco después hacía explosión la mina preparada. Solamente llegaron a salvar la vida, con graves heridas, cuatro soldados y el oficial.

El bergantín *San José* y la corbeta *Neptuno* también fueron atacados por la fragata *Hércules*, unidad sin posible respuesta dado su poderoso armamento y elevada dotación de fusileros. Tan solo la corbeta efectuó el disparo de una andanada. Pero al recibir la metralla de los cañones de la *Hércules*, ambas unidades arriaron el pabellón con numerosas bajas a bordo. El resto de la escuadra, sin nadie que las dirigiera ni mando a la vista, aproó hacia Montevideo sin dudarle con la máxima vela, entrada ya la noche. Y consiguieron alcanzarlo cuando ya dos corbetas les bebían la estela.

Como era de esperar, la derrota fue absoluta. Y como suele suceder en todo combate, se ofrecieron actos particulares de intenso sacrificio y heroísmo que, en verdad, no merecíamos. Como uno más de los ejemplos, el alférez de fragata Pedro Tamboril, a bordo del bergantín San José, se resistió al arriado de la bandera que se le ordenaba. Y aferrado a ella disparaba su pistola, hasta el momento de ser abatido por un disparo de fusil a corta distancia. Tan solo el *Hiena* había escapado, una acción que fue reprobada una y mil veces por los que sobrevivieron, como era de esperar y con toda razón. El éxito de Brown se apareció incontestable. Y al aludir en sus partes de guerra a que había combatido contra escuadra superior, la opinión vertida por el propio general Vigodet y el presidente del Cabildo le hizo quedar cubierto por una aureola extraordinaria, escasamente merecida si se advierten sus dudas y retardos en proceder al ataque definitivo. En conjunto, la escuadra rebelde consiguió apresar cuatro buques e incendiar dos. Como botín final de aquel día, nos tomaron 89 cañones, 104 quintales de pólvora, 250 fusiles y elevada cantidad de otras armas portátiles. Asimismo, rindieron a 37 oficiales de diferentes armas y 380 hombres de mar y tropa.

Por fortuna, conocí estos lamentables detalles meses después, aunque se trataba de escenas fáciles de imaginar. Allí debía haberse encontrado el queche *Hiena*, junto a sus subordinados, derramando sangre con sus hermanos y compañeros. Habría acabado rendido, apresado, incendiado o hundido, sin duda, pero, al menos, podría haber producido daños considerables y suficientes bajas en el enemigo, aunque cayeran en su cubierta muchos de sus hombres. Y lo más importante, con la frente en alto y el honor a salvo, una condición que siempre nos había servido de guía inmóvil. ¿Qué podríamos decir a los familiares de los caídos, aparte de avergonzarnos ante su presencia? Porque era terrible que el buque insignia y responsable de sus buques los hubiera abandonado en pleno combate, aunque el jodido tesoro de la Ceca ofreciera las piedras más valiosas del mundo o millones de pesos en quintal. El honor debe situarse por encima de los bienes materiales porque, después de todo, son las almas patriotas las que velan día a día por la independencia de la patria.

Pensaba recluirme en la cámara de oficiales y no salir a cubierta, a no ser que la navegación ofreciera situaciones peligrosas que exigieran mi presencia. Porque había decidido no volver a dirigir la palabra a quien, en mi opinión, no merecía mostrar la casaca de la Real Armada sobre sus hombros. En aquellos momentos, el fusilamiento amenazado por el innombrable se aparecía como la solución ideal y más gallarda. Pero de nuevo los rostros de Rosalía y los niños

entraron en escena, con profundo dolor amadrinado en costras. Me dejé caer en una butaca y cerré los ojos. Deseaba divisar la bahía de Cádiz y olvidarlo todo, si tal condición era posible.

* * *

La navegación hasta la localidad de La Aguada, aunque con escasa distancia a navegar, se alargó durante cuatro interminables singladuras. Poco después de aproar al nordeste en demanda de la punta del Polonio, el viento se acostó a lumbreras, como si el mismísimo dios Eolo quisiera rendir tributo a los españoles caídos en el Plata y ofrecernos el merecido castigo. Y en esa situación, con mar en plata y velas a la plomada, debimos aguantar más de dos jornadas completas, con desesperación de pajes y oficiales. Tan solo presentó la favorable condición de comprobar que algunos toneletes de agua se empañaban demasiado en musgo, con sabor de excrementos. Debíamos rellenar al completo, si no queríamos sufrir calenturas pútridas, esos miasmas que, a lo largo de nuestra historia, habían llegado a diezmar dotaciones completas en nuestros buques. Por fortuna, el líquido de La Aguada era reconocido como excelente, cumpliendo la veracidad de su nombre, y ordené la limpieza general con vinagre de toneles, toneletes, cuarterolas y pipas sin excepción.

Por fin, el viento comenzó a elevarse, hasta alcanzar la estadía de fresco y entablado del sudeste, que nos abanicaba con gusto en nuestra dirección. Pero nada veía porque apenas había abandonado la cámara de oficiales, donde dormitaba en el sillón con los codos apoyados en la mesa. Miguelillo, que conocía mis más íntimos pensamientos sin necesidad de pronunciar una palabra, me servía los alimentos escogidos en silencio. Pero apenas los probaba, como si el estómago se hubiera preñado al copo de algas amargas.

En la mañana del día 21, llegó el segundo a la cámara para informarme.

—Acabamos de recalar en la punta del Palomar, a unas cuatro millas, señor.

—¿Dónde largamos las anclas en la última ocasión, que ofrecía un magnífico tenedero? Tenga en cuenta que deberemos mantenernos fondeados durante algunos días, antes de la partida definitiva.

—En la anterior comisión a La Aguada fondeamos poco antes del Castillo Chico, ajustado a la punta de la Coronilla. En efecto, se trata de un excelente tenedero con una sonda de cuatro brazas, siempre que el sudeste no se alce en crestas blancas. De todas formas, siempre se dispone de salida franca.

Además, es zona excelente para largar redes o guías porque abunda el pescado de calidad, que mucho gusta a nuestros hombres.

—Pues aproemos hacia allí.

De pronto, me sentí agitado de nervios. Deseaba rematar aquella extraña comisión y atacar rumbo hacia España, como urgido por una prisa enfermiza. Ordené aproar al fondeadero elegido previamente, en el que largamos dos ferros con escaso intervalo, para quedar anclados en seguro con una profundidad de cuatro brazas bajo la quilla en bajar y un fondo algo que bien retiene las uñas. Avisé al ayudante para que informara al capitán de navío De la Sierra de la situación, aunque debiera haberlo hecho en persona. Pero estaba convencido de que no protestaría el muy culebrón, por miedo a mi posible reacción. Y poco después, como si las intenciones de nuestro jefe fueran las de mantenerse en su cámara, nos envió aviso por medio del teniente de navío Alonso.

—Dice el capitán de navío De la Sierra que envíe aviso a la hacienda de Los Llanos por medio de un oficial. Deberá explicar al señor de Monturbio, de su parte, que nos encontramos fondeados y a la espera del ajustado cargamento.

Me dirigí a Armentía, que se encontraba a mi lado en el alcázar y había escuchado las palabras.

—Armentía, debe partir cuanto antes en dirección a la hacienda de don Enrique. Ya sabe lo que debe decirle. Pero, además, explíquele que necesitamos de forma urgente víveres de todo tipo para una larga navegación. Él lo comprenderá perfectamente.

No podía explicar más, aunque estaba seguro de que nuestros hombres debían de sospechar algo parecido.

—Así lo haré, señor. Tomaré una montura en La Retamera, si le parece bien.

—Por supuesto. Pero acelere la marcha y no pierda tiempo en cumplidos.

—En pocas horas estaré de vuelta.

Partió Armentía en la lancha hacia la antigua cortijada venida a menos que llamaban La Retamera. Se trataba del edificio primitivo y único de la localidad. Esperaba que mantuvieran la generosa costumbre de no cobrar un solo peso por los servicios, gracias a la generosidad del dueño, don Arquímedes, un patriota leal que vivía en soledad con sus dos hijas. Sabía que sus tres varones andaban enlistados con las milicias realistas y, posiblemente, alguno de ellos habría embarcado en la escuadra. E imploraba en mis adentros

para que no tuviera conocimiento todavía de los acontecimientos sufridos en el Plata y la acción llevada a cabo por el queche *Hiena*.

Porque, en tal caso, nos despediría con perdigonadas en los costillares, con toda la razón de su parte. Necesitábamos de su colaboración para rellenar la aguada con suficientes garantías. Antes de partir, también el aventurero llegó hasta mí.

—Espero regresar con buena caza, señor.

—Y en la mayor cantidad posible.

—Así lo haré, señor. —Miró hacia la cubierta don Gonzalo. Conocía sus pensamientos y esperaba la pregunta—. Tengo entendido que llevaremos a cabo una alargada travesía. Supongo que no podemos tener conocimiento exacto de los detalles...

—Contésteme con sinceridad, caballero. ¿Se siente muy apegado a estas tierras?

—Para nada, señor.

—¿No le gustaría hacer carrera en la Armada? Informaré convenientemente para que pueda sentar plaza como guardiarnarina.

—Comprendo, señor, y se lo agradezco como merece. Si me lo permite, debería pensarlo con detenimiento. También dispongo de parientes bien situados en la Corte y..., bueno, no quiero decir que suponga que deberemos aproar hacia...

—No se preocupe, caballero. A estas alturas de la narración, los detalles sobran por las bandas. Que tenga buena caza.

—Gracias, señor.

Salió don Gonzalo con la vista perdida. Y no podía explicar el por qué y el cómo, pero era inteligente y acabaría por suponerlo. Ya hablaría con él a fondo, llegado el momento.

Por fortuna, el viejo dueño de la cortijada se acopló a nuestras peticiones sin sospechar nada. Y mientras el aventurero salía en partida de caza con los mejores fusileros, Quijano ordenaba limpiar los contenedores de agua y proceder a su relleno. Al mismo tiempo, el contramaestre se dedicaba a establecer los turnos de pesca, así como las perchas para su secado.

Nuevamente en soledad, me dediqué a pasear por la cubierta mientras evocaba la anterior estancia en La Aguada. Qué diferencia. Por entonces mantenía el espíritu en alto y las esperanzas depositadas en nuestra misión. Cómo pueden cambiar la vida y los sentimientos de un plumazo, hasta volver la vida en rosca. Pero ya había asimilado el futuro con la necesaria resignación, y durante los días pasados me había dedicado a redactar el parte

de guerra correspondiente a los hechos acaecidos desde que el queche *Hiena* abandonara la plaza de Montevideo. Y por todos los duendes que no dejaba al aire un solo comentario, ni mis impresiones exactas sobre el comportamiento de cada hombre a bordo. Sin olvidar a quien mandaba la escuadra, desde luego, un aspecto que cobraba especial relevancia en el parte.

Regresó Armentía en tiempo récord. Mucho debía haber fustigado los cueros de su animal para conseguir aquella cabalgada, como oficial de órdenes en plena batalla. Y llegó hasta mi altura con paso largo. Supuse que era portador de interesantes noticias.

—Poco tiempo ha necesitado para alcanzar esa hacienda de Los Llanos.

—He galopado a muerte, señor. Hablé con don Enrique. Prepararán los víveres para su inmediato traslado. Le avisé de que necesitamos cantidad y lo comprendió perfectamente. Me ha comunicado que se encuentra rendido por un ataque de gota, lo que pude comprobar con mis ojos, y no le es posible acercarse hasta aquí. Pero requiere la presencia del capitán de navío De la Sierra y la suya por cuestión de la máxima importancia.

—¿Mi presencia? Es imposible. No debo abandonar mi buque.

—Eso me ha comunicado don Enrique, señor.

—¿Por qué? —buscaba una razón para no acompañar al innombrable.

—No lo sé, señor.

—Debería aceptar la propuesta, señor —intervino Quijano con extrema afabilidad—. Casi siempre, los comandantes han girado visita a la hacienda de Los Llanos en sus navegaciones a La Aguada, en señal de reconocimiento ante la generosidad de este caballero. Puede marchar tranquilo, que aquí quedo yo. No han de cambiar las condiciones de mar y viento en algunos días, a no ser que vuelva a caer el soplo a cero.

Dudaba del camino a seguir. Pero, en verdad, me espantaba la idea de cabalgar en compañía del maldito culebrón hasta la hacienda. Por otro lado, no deseaba que toda la información sobre el famoso tesoro quedara en una sola mano, por lo que decidí efectuar el trayecto. Al mismo tiempo y por si fuera necesario, insistiría sobre la necesidad de los víveres en cantidad suficiente para las miles de millas que debíamos navegar.

El teniente de navío Alonso fue el encargado de pasar la información a su jefe. La respuesta no se hizo esperar. Ordenó que prepararan las monturas para una hora después. Y aunque habíamos cruzado la meridiana dos horas antes y no parecía conveniente arrancar tan tarde, nada opuse. Nos acompañaría un soldado de Marina que había trabajado en la hacienda para abrir

brecha, así como una docena de hombres con armamento para la necesaria protección.

Alcanzamos la hacienda de los Llanos cuando comenzaba a caer el sol a plomada. Y desde el portón amparado en mojones más propios de lindes fronterizos, nos esperaban tres hombres armados que, tras identificarnos, ejercieron de escolta ampliada por las tierras del señor de Monturbio, una hacienda sin límites a la vista. Necesitamos recorrer una legua más para atisbar la presencia de un palacio campero de piedra clara y dos torreones en los laterales. Se trataba de una estampa fantasmagórica, como si en aquel llano sin fin una impresionante edificación hubiera sido depositada por un grupo de ángeles alocados.

No nos dirigimos la palabra a lo largo de las más de cinco leguas que debimos recorrer sobre excelentes monturas puestas a nuestra disposición por don Aguinaldo. El simpático y generoso vejete nos solicitaba de forma continua noticias sobre la guerra, una cuestión que evitamos con cortesía. Incluso obviaba mirarlo a la cara por la repulsión y vergüenza que me hacía sentir la posible conversación. Además, poco me agradaba haber iniciado aquella visita con el sol en caída. Porque suponía que, dada la hora, deberíamos dormir en la hacienda. Y sentía ciertos remordimientos por mantenerme alejado tanto tiempo de mi buque.

Don Enrique nos recibió junto al portón labrado, que se abría tras las columnas de un porche circundado por elevadas enredaderas de campanillas. Se mantenía en pie sin visible dificultad, aunque se apoyara en un cayado de generosas proporciones. Y no parecía afectado en gravedad por la enfermedad el sesentón campero. Mostraba la misma fortaleza y corpulencia que le recordaba y, si cabe, con un rostro más juvenil, aunque se viera afectado por ese mal que aparece inexorablemente a cierta edad. Impresionaba la enormidad de su cabeza redonda y unas manos grandes y fuertes, capaces de tomar la cintura de cualquier matrona. Su cabello, enhebrado en abundantes madejas, cuajaba en blanco de nieve, mientras los mostachos se abrían en guías horizontales con espesa largura. También permanecía inalterable su rostro bonachón, sin rastro alguno de doblez o maldad. Y vestía en las mismas condiciones que le recordaba de cuando me había visitado a bordo del *Hiena* el año anterior, con una chupa campera de piel de las que llamaban chombas, así como unas calzas amplias en bulto. Abrió los brazos para fundirse en un abrazo con mi jefe. A continuación hacía lo mismo conmigo, como si me dispensara un profundo y especial afecto.

—Bienvenidos sean a la hacienda de Los Llanos, señores. Debo disculparme por no haberles visitado en La Aguada, como les había prometido en Montevideo. Pero esta gota me mantiene preso en la hacienda, aunque ya haya pasado lo peor. Bueno, no perdamos tiempo y pasemos adentro.

—¿Necesita ayuda, señor? —pregunté al comprobar su inestable movimiento.

—Muchas gracias, comandante, pero ya puedo moverme sin extremo dolor, siempre que no se me exija una carrera. —Reía de excelente humor—. Supongo que no despreciarán un clarete fresquito, de mi mejor cosecha.

Atravesamos diversos pasillos y estancias de aquella inmensa fortaleza hasta alcanzar un recogido saloncito. El anfitrión tomó asiento en un cómodo butacón, al tiempo que nos indicaba con el cayado los dos enfrentados a él. Y una vez con la copa de clarete en la mano, que entraba por la garganta en coro de ángeles, ordenó al servicio que nos dejaran en soledad. No necesitó de un segundo más para entrar en noticias.

—Les supongo al tanto de que la triste derrota en el Plata ha sido absoluta. Así revienten esos desalmados con pujos violentos y descargas de evacuación sin tregua. Envié emisarios para que me trajeran noticias a la carrera. En fin, no debemos sorprendernos. Deberían ajusticiar a más de un político español por habernos abandonado a nuestra propia suerte.

—Se ha concedido prioridad a la guerra contra el francés —emitió De la Sierra en voz baja.

—Nada de guerra contra el francés, amigo mío. Debemos ser sinceros y admitirlo. En el mes de diciembre del año pasado, firmó don Fernando VII el llamado como Tratado de Valençay con el emperador de los franceses, por el que se le reconocía rey de España. Como es lógico pensar, no lo hacía por gusto ese botarate corso, sino porque no le quedaba más remedio, de acuerdo a la marcha de la guerra en España y en Europa. Y parece que no ha gustado tal tratado a nuestros aliados, porque ni siquiera se les consultó. No obstante, aduce su majestad católica que la primera razón era la de abandonar la prisión y que no pensaba cumplir ninguno de los puntos signados con Bonaparte.

—No me importa que se engañe al francés. Ellos lo han hecho en mil ocasiones con nosotros durante todo un siglo. Además, el tratado se firmaba con nuestro señor entre barrotes —De la Sierra enfatizaba sus palabras.

—Estoy plenamente de acuerdo. Pero por tal razón y en conocimiento de que el Plata se encontraba sumido en sus últimas posibilidades, debían comprender la extrema necesidad de enviar algún navío y fragatas con

suficientes refuerzos. Bueno, de nada sirve lamentarse ahora. Espero que pronto lleguen buques de fuerza con tropas para restablecer el orden perdido en estos territorios. A ello contribuirá el cargamento que han de transportar hacia España.

—¿Tan importante es ese tesoro real de la Ceca del Plata? —pregunté, interesado.

—Pues, con toda sinceridad, nadie lo sabe, a excepción de los virreyes. Diecisiete cajas de gran tamaño, precintadas en ley. Murió el pobre Liniers y aquel marañoso de Hidalgo de Cisneros se llevó la información a España. Es difícil de creer que no se haya enviado por él en estos últimos años, con la grave situación económica que sufría el Consejo de Regencia. Es posible que no se lo hayan comentado y desconociesen su existencia. Pero es de patriotas entregarlo a nuestro señor y, gracias a las previsiones tomadas, así será. Si les parece bien, mañana, poco antes de que salga el sol, enviaré un par de carretas cerradas con el cargamento hacia La Aguada. Como espero que acepten mi pobre casa para dormir, a su escolta añadiré algunos hombres míos de toda confianza.

—No deseamos molestarlo, don Enrique —expreso De la Sierra en falsete.

—Por favor, nada de molestias. Me conceden un alto honor. Es muy tarde y por esos caminos pululan bastantes desertores en grupos, como los bandoleros de las Andalucías.

—¿Se han cerrado las conversaciones entre el general Vigodet y el Gobierno patriota? —pregunté sin excesiva confianza.

—Tan solo sé que el general Vigodet envió con rapidez parlamento al comodoro Brown, que ya se enseñoreaba del puerto y amenazaba con bombardear la plaza, sin que nuestras baterías hicieran un solo disparo. Le proponía armisticio, durante el que deberían tratarse las condiciones de entrega. Creo que ya se han abierto esas conversaciones. Pero me temo que deba aceptar cualquier propuesta y que sea engañado. Porque nada fío en ese Gobierno formado por traficantes y asaltadores.

Se hizo el silencio. Por mi parte, pugnaba por mantener la mayor cordialidad y no mostrarme a la contra. Nada conseguiría en aquel escenario y habría entrado en impensable descortesía con un anfitrión que, sin duda, había colaborado de forma desinteresada con la causa realista y cuyo nuevo auxilio necesitábamos para alcanzar puerto español. Como nadie parecía con la necesidad de exponer algún tema de conversación, pregunté a don Enrique

sobre sus hijas, aquella pareja de mujeres desgarbadas y feas como urracas despavoridas, aunque de gran simpatía, que habían visitado mi buque.

—¿Se encuentran bien sus hijas Gabrielita y Consuelo? Todavía recuerdo sus cantos y chanzas de coro, que tanto nos divertieron a bordo del *Hiena*.

El rostro de don Enrique se ensombreció en mortaja al instante, como si le hubieran nombrado al más odiado de los enemigos. Comprendí que algún asunto familiar no marcaba el camino correcto. Y pensaba excusarme, cuando entró en explicaciones.

—Verá, comandante, debo decir con extremo dolor, que ya no tengo hijas —le costaba pronunciar aquellas duras palabras—. Se marcharon a Brasil y allí viven como reinas, gracias a las rentas que les correspondían de la fortuna de su madre, que en paz descansa. Y bien sabe Dios que, en caso contrario, deberían pedir limosna, porque no les ofrecería una simple migaja de mi mano. Y no verán ni un solo maravedí de mi fortuna, puedo jurarlo ante el sagrario.

Nos mantuvimos en silencio ante aquella repentina declaración, que hizo arrepentirme del camino tomado. Y así pensaba expresarme, cuando se lanzó de nuevo en explicaciones.

—No crea que me importa atacar este doloroso tema. He mantenido la viudedad más de veinte años, un periodo de tiempo en el que solamente viví por y para mis hijas. Pero no es difícil comprender la dureza que ataca al hombre en soledad cuando esta se alarga durante quinquenios. Por desgracia, en demasiadas ocasiones los hijos solamente piensan en el propio beneficio y no en las necesidades de sus padres, que también las sufren. Hace dos meses visité la hacienda de una prima mía, viuda, Ana María Encalada. Y en su compañía pasaba unos días una parienta lejana de especial belleza, que ya conocía de mis viajes a Montevideo. Pero en esta ocasión caí como conejo en lazo corredizo y, debo reconocerlo, con inmenso placer. Se la presenté a mis egoístas hijas que, sin mediar conocimiento o trato alguno con la dama, me lanzaron el guante a la cara. Me llamaron viejo verderón y otras lindezas parecidas, antes de soltarme a la cara que debía escoger entre ellas y la señora de mis sueños. No lo pensé un segundo y las animé a que abandonaran la hacienda al día siguiente, si ese era su deseo. Y las muy rufianas lucieron los cofres y partieron a la carrera sin despedirse siquiera. Se han instalado en Río de Janeiro, buscando algún varón que las lleve al altar en base a su fortuna, que no por sus delicadas prendas personales. Así revienten en el caldero de Satanás.

—En ese caso... —titubeaba De la Sierra—, ¿ha contraído matrimonio?

—En efecto y con extremo gozo. Llevamos a cabo la ceremonia de los esponsales en la capilla de esta hacienda con la más absoluta intimidad. Por tal razón, no creo que la noticia alcanzara Montevideo, una plaza sitiada por mar y tierra. Puedo jurarles que me he convertido en otro hombre y recobrado las fuerzas de la juventud, si tal condición es posible. Y por todos los santos que espero y deseo tener un hijo a quien legar toda mi fortuna. No se extrañen, que las fuerzas todavía me lanzan en batalla de flores. —Ahora reía mientras guiñaba un ojo en señal de complicidad—. Aunque creo haber sido un hombre leal y honrado durante toda mi vida, no estoy seguro de merecer este último regalo de los cielos a mi edad, pero no he de despreciarlo.

—¿Piensa continuar viviendo en estas tierras? ¿No peligra su situación con el nuevo Gobierno de las Provincias Unidas? —Preguntaba, interesado—. Su generosidad para con la causa realista ha sido llamativa y debe ser conocida por todos.

—A esa gentuza le faltan huevos en tamaño y color para tocar una de mis vacas. No se atreverían a pisar esta hacienda sin mi permiso. Desean pacificar el antiguo virreinato sin violencias. Bastantes problemas se les presentan con las distintas facciones en alza, que continuarán en guerra civil hasta desangrar estas hermosas y ricas tierras. Ya veremos si esas Provincias Unidas continúan unidas mucho tiempo, lo que mucho dudo. Tal desunión será un factor positivo para que recuperemos el poder en nombre de su majestad católica cuanto antes. Además, como son peloteros acanallados, las diferentes partidas me alaban sin cuento y desean mi apoyo. Los Llanos puede producir carne y grano para casi todos.

—Aunque peque de pedigüño en permanente repetición, debo declararle que le necesitamos de nuevo, don Enrique —entraba De la Sierra con voz apagada—. Ya sabe que debemos recorrer muchas millas para alcanzar España. Y si los vientos no nos favorecen, nadie sabe cuándo remataremos la travesía. Como la precariedad de alimentos en la Plaza era casi absoluta, las dotaciones de los buques salieron al combate con víveres para dos semanas solamente. Sin su colaboración, no nos sería posible...

—Por favor, señores, no se preocupen en absoluto. —Realizó un gesto de autoridad con su mano, para eliminar las posibles dudas—. Ya me lo comentó el oficial enviado en su nombre y le ofrecí la habitual colaboración de esta hacienda, que pueden considerar como suya. Mañana mismo les enviaré en las carretas todo lo necesario. Creo que víveres para tres meses es la necesidad de todo buque que sale a la mar. ¿Acierto?

—Así es, pero no necesitamos...

—No se hable más. Con el valioso cargamento que transportan a bordo, no debemos arriesgar una onza. La última cosecha se presentó magnífica y abunda de todo, incluso de vino y aguardiente.

—Me he tomado una pequeña libertad, don Enrique, que espero encuentre adecuada y en orden —dije sin prevención alguna—. Al igual que en la última visita a esta hacienda, he enviado una partida de caza por sus tierras del nordeste.

—Me parece perfecto. Esos cochinitos ofrecen buen sabor y carne en abundancia. Cacén lo que estimen oportuno. Bueno, ahora que hemos rematado los temas reservados en conveniencia, creo que es llegada la hora de presentarles a mi esposa. Me enorgullece hacerlo, pueden estar seguros. ¡Manuel!

Don Enrique gritaba en dirección a uno de los pasillos. Y no debimos esperar más que unos pocos segundos, hasta que escuchamos pasos apresurados y, poco después, la aparición de un viejo sirviente.

—¿Me ha llamado, señor?

—Avisa a la señora de que, si le es posible, la esperamos en el saloncito de lectura. Debo presentarles a estos señores.

—Enseguida, señor.

Quedamos a la espera para conocer a la nueva señora de Los Llanos, con la curiosidad encastrada a fuerza en los adentros. No obstante, el duende negro me soplabá de lejos una copla escuchada con anterioridad. Y como una fantástica revelación, la segunda esposa de don Enrique de Monturbio, el más rico hacendado del Plata, aparecía bajo el dintel de la puerta, mientras el rostro de su esposo irradiaba orgullo y pasión.

30. Despedida y tornaviaje

No me sorprendió demasiado observar la presencia de Alicia en la puerta del saloncito, como si, en el fondo de mi alma, esperase su aparición de un momento a otro. Sonreía de forma picara y mimosa, como niña que ha sido sorprendida en juegos prohibidos y cifra en su candidez las probabilidades de salir de la prueba sin castigo. No obstante, estaba convencido de que disfrutaba con aquella escena, esa provocación que forzaba en su cara un gesto de incomparable atractivo. Y por encima de todo, refulgía en rayos su arrebatadora belleza. En este caso, su seductora hermosura se veía aumentada y realizada, si cabe, por un vestido negro con encajes a la persa y generoso escote, moño inverso con tufos en caída y un collar de esmeraldas con *pendentif* en abrochadura de la pieza de mayor tamaño, un conjunto más propio de una reina. Y por Satanás encumbrado que parecía detentar tal privilegio por derecho propio.

No obstante, en esos momentos recordé con detalle la conversación mantenida con don Enrique Monturbio a bordo del Hiena meses atrás, cuando me comentaba la desgracia amorosa sufrida por el aventurero Verdaguer, hijo de un gran amigo suyo. Dedicaba palabras de muy negativa estima y escasa alabanza hacia la dama que ahora acaparaba sus pensamientos noche y día. No podía desechar del cerebro aquellas frases dictadas con oprobio y desprecio por el hacendado: «... esa mujer de arrebatadores encantos será la perdición de todo aquel que entre sus redes quede amparado... esa mujer es el demonio embozado... mujer que solamente busca la fortuna en el hombre, suele acabar perdida en el reguero sin remedio. Y si a esta de la que hablamos le falla el blanco, buscará nuevos horizontes de riqueza con rapidez». Reconocí una vez más que los encantos de una real hembra hacen olvidar determinados prejuicios, cuando los poderes de la carne entran en tenaza de los propios sentimientos.

Los tres hombres permanecimos en silencio mientras observábamos aquel incomparable cuadro. El marido, orgulloso de su mujer hasta el rizo más alto, entró en explicaciones.

—Bueno, creo innecesario presentarles a Alicia, porque la conocerían de cuando se encontraba casada con el capitán Destels. Ha sido un emparejamiento entre viudos, que no soportan la soledad. ¿Verdad, querida? Pero especialmente para mí, supone un regalo llegado de los cielos.

—Me alegro mucho de volver a verla, señora de Monturbio.

El capitán de navío De la Sierra pronunciaba sus palabras con nerviosismo y un ligero carraspeo. Estaba seguro de que sus pensamientos se centraban en mi posible reacción ante la presencia de Alicia, por mantenerse al tanto de los íntimos contactos mantenidos con la dama. Por mi parte, enhebré una inocente sonrisa, al tiempo que besaba su mano, tendida al desmayo.

—Me alegro de coincidir con vos de nuevo, señora. La verdad es que estaba a punto de cometer una imperdonable indiscreción y llamarla señora viuda de Destels. Le ofrezco mi más sincera enhorabuena por su matrimonio con tan extraordinario hombre.

—Nada de eso —comentó Monturbio entre risas—. Yo soy el afortunado.

—Sois, como siempre, un perfecto caballero, comandante Pignatti. —De nuevo el susurro de la sirena entraba en celestial caricia por mis oídos—. La vida, que tantos azotes me ofreció durante años, ha querido entrar en merecida compensación por fin y permitirme encontrar al hombre más bueno y bondadoso con el que nunca soñé.

—Estoy de acuerdo con vos, señora.

La conversación se normalizó, con el matrimonio Monturbio entrado en el clásico ritual de tiernas miradas y bromas de requiebro, como dos jóvenes en gozo de amor primerizo. De la Sierra callaba, oportunidad que aproveché con rapidez para enhebrar chanzas y recuerdos, dentro de lo que la situación permitía. Poco después, siguiendo a la señora, pasábamos a un espléndido comedor, donde los anfitriones nos ofrecían una cena con los más selectos manjares que se podían imaginar, aunque nos encontráramos a muchas leguas de cualquier rincón civilizado. Alicia se mostraba como la gran dama que domina su papel a la perfección, mientras el rostro de su esposo babeaba en orgullo.

Pensé, con enorme alegría, que Alicia había conseguido su deseada meta, contraer nupcias con un rico hacendado que le permitiera disfrutar de esa vida que, en su opinión, merecía desde el nacimiento. Y no se debe criticar a quien arrostra la vida con la cara por delante. Porque incluso Enrique de Monturbio,

que nada tenía de tonto, debía de suponer la verdad. Pero son muchas las ocasiones en la vida en las que un factor compensa a otro y, en este caso, quedaba demostrado por largo.

Tras regresar al saloncito y continuar la amena charla mientras bebíamos un magnífico aguardiente, fue Alicia la que decidió entrar en recomendaciones de mujer dedicada a la salud del amado esposo.

—Si por mi fuera, señores, continuaría esta amena y divertida charla hasta altas horas de la madrugada, aunque ya la copa de aguardiente me alcance los ojos. —Exhibió la más encantadora de sus sonrisas, al tiempo que tomaba una de las manos de Monturbio con exquisito cariño—. Pero el cirujano que visita a mi querido esposo le ha prescrito descanso para recuperarse de esa enfermedad que, por gracia de Dios, parece remitir. —Se dirigió hacia él, mientras palmeaba suavemente su mano—. Es muy tarde, esposo mío. Deberíamos retirarnos.

—¿Saben ustedes lo que más me impactó de los muchos dones y virtudes recibidos del cielo por mi querida esposa? Pues aunque no lo crean, el tono de su voz. Tal y como ha expresado mi necesidad de descanso, no creo que ningún hombre pudiera oponerse.

Asentí en mis adentros por la frase dictada por don Enrique, en la que concordaba sin posible error.

—También nosotros necesitamos reposo, don Enrique —era De la Sierra quien contestaba en obligada cortesía—. Mañana será un día muy largo y trabajoso para todos. Pero le repito que no deseáramos ocasionarles molestia alguna. Podríamos salir ahora mismo hacia La Aguada sin mayores contratiempos ni...

—¿A estas horas? —Alicia mostraba rostro de verdadero espanto—. Pecaríamos de profunda enemistad si consintiéramos tamaña locura. No deben exponerse sin necesidad. Ya se encuentran preparados los dormitorios para su descanso. Si algo sobra en este palacio, son estancias para invitados. Y las órdenes de mi esposo no se discuten en esta hacienda.

—Les repito que nadie puede negarse a las directrices de Alicia. —Monturbio volvía a sonreír con infantil alegría—. Así que ya saben. No les queda más opción que obedecer. Encontrarán ropa de dormir y útiles de aseo en sus dormitorios. Mañana, tras un adecuado desayuno, podrán salir hacia el queche *Hiena*, ese precioso buque cuya captura tanto celebramos. Daré las instrucciones para que todo se encuentre preparado.

Una vez más agradecemos los detalles del matrimonio, mientras dos criados nos acompañaban al piso superior. Por causa de la enfermedad y con

objeto de evitar la elevada escalera, uno de los salones de la planta baja había sido acondicionado como dormitorio del hacendado. Y sin mayor espera, me desvestí para comprobar que el cansancio me rendía por momentos. Y entré en sueños sin intermedio alguno ni pensamientos de colores negros, esos que mostraban de forma insistente los buques en el Plata durante el combate. Bien es cierto que el aguardiente también fomentaba la favorable situación, hasta dejarme entregado en nubes blancas.

* * *

Aunque había entrado en sueños con un sentimiento de felicidad, las pesadillas regresaron una vez más en cabalgada de espuelas, clavando picas a las bandas. De nuevo aparecían las imágenes del bergantín *Cisne* y las monstruosas pórtalas nominadas como corbetas de guerra, mientras eran atacadas a corta distancia con los cañones de a 24 de la fragata *Hércules*. Podía comprobar con precisión cómo las balas de metralla barrían las cubiertas de los buques desaparejados, con hombres en cubierta en último suspiro y la sangre corriendo en riera hasta salir por los imbornales^[104]. Sin embargo, desperté de repente, como si un golpe de mar hubiese barrido contra el buque. Y pronto escuché con claridad un ruido suave, como un pliego de tela en contacto con otro. Agudicé el oído y pronto comprendí con claridad el motivo que me había hecho escapar de las penosas imágenes.

La oscuridad era completa, pero sabía que Alicia se encontraba en el dormitorio. Olía los rastros de esa piel que tan bien conocía. Y era tal la seguridad de mis sentidos, que emití unas palabras en suave susurro de forma automática.

—Por Dios, Alicia, no deberías estar aquí. ¿Te has vuelto loca?

—Perdona, querido, pero jamás me he sentido más cuerda en toda la vida. Creía que dormías con tu habitual pesadez de sueños.

—Tu esposo puede despertar en cualquier momento y alarmarse. ¿No imaginas el escándalo que se produciría, si te encontraran en esta habitación? ¿Cómo puedes arriesgar lo que tanto esfuerzo te ha costado?

Ahora observaba con cierta claridad su silueta junto a mi lecho. Se movía entre sonidos de sedas, lo que facultaba con facilidad mi imaginación. Poco después, el colchón se hundía en su extremo de fuera. Y en verdad que me sentía alarmado, por lo que aquella escena podía significar y el terrible mal que nos acarrearía. Insistí, aunque era consciente de la inutilidad de mis protestas.

—Alicia, por lo que más quieras. Mañana debemos llevar a cabo una operación muy importante. Y para la posterior navegación basta España, dependemos en alto grado del auxilio de tu esposo. Es una locura...

Alicia posó una de sus manos sobre mi boca con suavidad, para apagar las palabras. El inolvidable susurro volvió a sonar cerca de mis oídos.

—Ya sé que debéis embarcar unas cajas con valioso cargamento. Intenté enterarme de su contenido, pero fue imposible. Esos sellos con los que se encuentran precintadas son indestructibles, sin dejar marcas a la vista.

—Te creo capaz de vaciar una de ellas en beneficio propio. —Ahora sonreía—. Seguro que sueñas por un bocado de ese tamaño.

—No te quepa duda, querido.

—Te repito que cometes una locura al acudir a mi alcoba.

—Por favor, Beto, no me creas tan estúpida. Todo lo he preparado yo, mi amante favorito. Enrique ya puede moverse con cierta libertad y deseaba partir hacia La Aguada en cuanto le notificaran el fondeo del queche. Pero se lo prohibí e hice enviar el recado para forzar vuestra visita. No hay peligro, porque mi esposo duerme como un oso en invierno y ronca a chorro hasta las ocho de la mañana. Además, mi dormitorio se mantiene en este piso, y no se alarmaría de mi ausencia. Tan solo quería despedirme de ti, y ahora de forma definitiva.

—Estás casada con un hombre muy bueno y bondadoso. No conseguirás que...

Noté su completa desnudez bajo las sábanas, en roce con el mío. Al mismo tiempo, tomaba mis manos y me hacía recorrer su cuerpo con ellas, esas curvas que tantas veces había acariciado y besado hasta llevarme al linde extremo del placer. Intentaba protestar pero selló mis labios con los suyos. Debió notar que no reaccionaba como en otras ocasiones, porque el susurro volvió a sonar.

—¿Qué te sucede, querido? Te he visto con mal aspecto esta noche. Debes haber sufrido bastante durante los últimos meses.

—No te falta razón. Si quieres saber la verdad, ahora mismo no sé qué hago en esta casa, ni en mi buque como comandante, ni siquiera en la vida. Todo se encuentra cerrado en negro y no estoy seguro de que algún día consiga ver de nuevo la luz.

—Pobre Beto. Mucho te han golpeado los últimos acontecimientos. Lo siento en el alma. Hemos saboreado momentos extraordinarios, difíciles de olvidar. Ya sabes que ningún hombre me ha hecho disfrutar como tú.

—Eso es pasado sin posible retorno. Nos despedimos para siempre.

—Ya lo sé. Tan solo deseo un último encuentro, precisamente porque no volveremos a vernos jamás. Soy y seré una mujer dedicada en cuerpo y alma a mi esposo. Pero solamente te pido que me permitas entregarme a ti una vez más, una última vez.

Intentaba protestar de nuevo, pero Alicia era una mujer maestra entre los expertos. Bien es cierto, que tampoco mis reparos se elevaron con fuerza. Sus besos comenzaron a enroscar mi boca, como serpiente de cascabel en anuncio de celo, al tiempo que sus manos, multiplicadas en número, acariciaban mi piel sin dejar poro al aire. La incontenible marea comenzó a subir las aguas, aunque mi cuerpo reaccionara desaliñado y a destiempo. No obstante, alcanzamos la pleamar sin mayor esfuerzo, aunque aquella experiencia me dejara un regusto amargo en el alma y un intenso cansancio en el cuerpo. Esperaba sus protestas, porque no era Alicia una mujer de las que se conforma con restos. Sin embargo, parecía feliz.

—Siento no haberme comportado con...

—Ha sido maravilloso, Beto, y me has hecho inmensamente feliz. Puedo jurarlo en palabra de ley ante los fuegos del infierno.

—Allí nos veremos.

—Nada de eso. En los infiernos acaban los estúpidos solamente.

—¿A qué vienen estas acaloradas peticiones? ¿Qué sucede? ¿No te contenta en la cama tu nuevo esposo? Quizás sea demasiado mayor para tus exigencias.

—Te equivocas de parte a parte, amigo mío. Enrique me satisface en el dormitorio como no puedes imaginar. Aunque haya cumplido los sesenta años, parece un joven fogoso sin posible término. Y no te exagero una mota. Desde que nos casamos, no ha fallado en mi lecho una sola noche. Quiere un hijo a toda costa, con una desenfundada pasión. Pero por desgracia no ha sido posible hasta ahora. Espero que tu ayuda sea estimable. Según mi doncella, que es experta en tales cuestiones, me encuentro en momento de fertilidad. Y debo aprovechar la ocasión.

—¿Qué quieres decir? Creo que ahora lo comprendo perfectamente. Por esa razón nos has hecho venir. Deseas quedar preñada a toda costa y me has utilizado con ese propósito. Como de costumbre, lo planificas todo al detalle. ¿Tanto deseas un hijo? ¿Aunque no sea de tu esposo? Debes haber perdido el juicio.

—Nada de eso, querido. Si quedara embarazada, lo que mucho deseo, nunca podríamos conocer la verdadera paternidad. Y lo más probable es que hubiera sido engendrado por mi esposo, que no cesa en sus diarias

embestidas. Pero si mostrara alguno de tus rasgos, nadie sería capaz de imaginarlo siquiera. Eres un hombre fuerte, joven, guapo y decidido. No me importaría que se pareciera a ti. Después de todo, sería un hermoso recuerdo. Y no debe importarte. No pensabas en el peligro de dejarme preñada cuando retozabas conmigo en el caserón del Cerrito.

—Desde luego, querida, eres fría y calculadora como meretriz de corte.

—Es posible. Pero debes saber que la semana siguiente a nuestra boda testó mi esposo en Montevideo. No debí investigar porque Enrique es hombre de ley y me lo mostró el mismo día. Las cláusulas quedaban escritas con meridiana claridad. Si le alcanzaba la muerte sin haber tenido un hijo de mi parte, todos sus bienes se repartirán en tres lotes, que se entregarían a sus dos odiosas y horrorosas hijas, y a su desconsolada mujer. Pero si ha nacido niño o niña de nuestra unión, todo será para mí. Como no quedaba embarazada, cuando tuve conocimiento de vuestra llegada a la localidad de La Aguada, decidí que no podía desperdiciar tan favorable ocasión.

—No te detienes ante nada. Por todos los dioses de la mar que eres mujer sin conciencia ni principios.

—Vamos, Beto, la conciencia y los principios te llevan a la ruina. Y no exageres. Eres hombre casado y no te remordió la conciencia al gozar de mi cuerpo durante muchos meses. Sabes que no puedo cometer ningún error más en mi vida.

Alicia abandonaba el lecho como si hubiera conseguido la alcanzada meta y debiera retirarse sin pérdida de tiempo, lo que era cierto. Por último, se inclinó para depositar un ligero beso sobre mis labios.

—Siento perder tus caricias, Beto, aunque hoy hayas flojeado ligeramente. No volveremos a vernos nunca más. Espero que me recuerdes con cariño o que añores mi cuerpo alguna vez.

—Recordaré tu cuerpo.

A continuación, con el mismo sigilo utilizado a la entrada, Alicia desaparecía para siempre. Quedé con pensamientos revueltos, aunque no extrañado. Porque si alguien conocía a fondo a esa extraordinaria e inteligente mujer era Adalberto Pignatti. Después de todo, no se trataba más que de una última y gozosa despedida. Y si gracias a mi apoyo con el acto amoroso, se solucionaba su vida para siempre, tampoco debía denostarlo con fuego. Una sonrisa se instaló en mi boca por primera vez en varios días, mientras entraba en sueños de nuevo, recordando los detalles del cuerpo de Alicia, al punto de deseársela de nuevo, ahora con mayor fuerza. Pero no debía estirar el cable con amadrinado peligro.

* * *

En las primeras horas de la siguiente mañana, nos despedimos del matrimonio Monturbio. Con gran sorpresa por mi parte, Alicia se había despertado para acompañarnos en el almuerzo temprano. Por fin, entramos en emotivos agradecimientos y promesas de futuros contactos con la pareja, esas formalidades que, aunque sentidas, pocas veces se cumplen en la vida para los que revoloteamos sobre las aguas de forma continua. Alicia se mostraba tan solícita y amorosa con su esposo como siempre. Y ninguna señal especial apareció en su rostro cuando besé su mano en final despedida.

Con la doble escolta y las carretas preparadas, partimos hacia La Aguada, donde llegamos a mediodía. Y de nuevo, no cambiamos una sola palabra en el alargado trayecto, ni siquiera cuando los animales embarrancaban alguna rueda en el fango y era preciso que los escoltas entraran a la tira. Por fortuna, el *Hiena* se mostraba a luces sin problemas y mucho disfruté al pisar su cubierta. El segundo comandante me ofreció la preceptiva novedad.

—Ningún problema a bordo, señor. No han variado las condiciones de viento y mar una pulgada. Rellenamos la aguada con líquido de toda garantía. Tan solo nos encontramos a la espera de la partida de caza. Por lo visto, abundaban por más esos cerditos y enviaron un emisario para recoger más cartuchos, así como avisarnos de que llegarían esta tarde.

—Pues don Enrique nos envía alimentos para tres meses, como mínimo. Y como despedida especial, de una calidad extraordinaria. Se ha mostrado extraordinariamente generoso. Incluso añade elevada cantidad de vino y aguardiente.

—Una más que agradable noticia, señor.

—No sé qué habríamos hecho sin su concurso. Por cierto, segundo, que se dedique especial cuidado a las diecisiete cajas precintadas. Que se estiben en el lugar más seguro y apropiado del barco, con vigilancia armada de confianza durante las veinticuatro horas del día. No podemos fallar en un asunto de tal importancia.

—Por supuesto, señor. Bien, en estas condiciones, llevaremos a cabo un tornaviaje feliz. —Se arrepintió de sus palabras, al comprobar el gesto de mi cara—. Bueno, quiero decir que las malas son menos duras con costillares tiernos y aguardiente en abundancia.

—Tiene razón. ¿Y la pesca?

—Abundante y de calidad, como siempre. Además, el alférez de fragata Tosquilla ha sido trasladado a su jergón. Evoluciona muy bien y en pocos días

podrá dar sus primeros pasos. Aunque me ha insistido en montar su guardia, lo he negado.

—Bien hecho.

—Con su permiso, señor, creo que el pilotín podría cumplir la tercera guardia. Ya se encuentra muy hecho y es persona de confianza.

—Estoy de acuerdo. Pero asígnele la guardia de alba, que es cuando suelo despertar, si la mar me concede alguna hora de descanso.

—Muy bien, señor.

Regresó la partida de caza con abundantísima carne, tanto de los pequeños cerdos salvajes como otros animales de buena mordida. En cuanto a la sorpresiva boda del hacendado, poco me preocupaba y comenzaba a quedar en el olvido. No obstante, llamé al aventurero para hablar con él. Lo había dudado, pero estimaba que debía ponerlo al corriente de los hechos.

—¿Me ha llamado, señor comandante?

—En efecto, don Gonzalo. Quería decirle que anoche dormimos en la hacienda de don Enrique de Monturbio. Y nos sorprendió comprobar que había contraído matrimonio. No puede creer quien es su segunda esposa.

—Pues si lo dice con esa sonrisa en la cara, supongo que se tratará de Alicia, nuestra conocida viuda de Destels.

—Caramba, qué rápido en reaccionar. Pues así es. Parece que lo encuentra natural.

—Estaba convencido de que una situación parecida sería su fin. Lo veo bien para los dos. Don Enrique gozará de hembra joven y hermosa, mientras ella consigue la posición económica que anhela.

—Tiene razón, En este caso, ambos han alcanzado la felicidad, aunque sea por diferentes caminos.

Me retiré a la cámara de oficiales, extrañando la mía propia. Todavía restaba un largo recorrido hasta que el queche quedara sin putorronas moscardas a bordo. Pero mejor no pensarlo y dejar correr la mar, ese medio que todo acaba por solucionar en la vida de los hombres.

* * *

Abandonamos el fondeadero de La Aguada en las primeras horas de la mañana siguiente. Y sin necesidad de nueva orden, aproamos hacia levante. Aunque la navegación de altura no era el punto fuerte de Quijano, podía confiar en sus aptitudes. Cansado de todo y de todos, no le transmití especiales recomendaciones para cruzar el ecuador y atravesar la zona de los

Alisios y de las calmas. Las urgencias en arribar a España habían desaparecido de mi alma y no deseaba nada en especial. Mi única obsesión era mantener la mente en blanco y no pensar en determinadas escenas. Decidí que el aguardiente sería un magnífico remedio.

La navegación desde La Aguada hasta España se ajustó casi por completo a las indicaciones que se exponen en los tratados de ciencia marítima. Porque tanto los Alisios y sus direcciones, como las zonas de encalmada se presentaron con exactitud, de acuerdo a las recomendaciones mostradas en los trabajos de don Vicente Tofiño, nuestro eminente cartógrafo. Como única condición negativa, debo declarar que las encalmadas se produjeron en indeseable cantidad, y no solo en la separación de los Alisios del norte y del sur. También sufrimos flojedad de los vientos como norma general, favorables o no. Por tal razón, necesitamos más de tres meses para aparecer ante la bahía gaditana, lo que realizamos sin novedad gracias al apoyo de Nuestra Señora del Rosario, el segundo día del mes de septiembre del año del señor de 1814. Se cumplían casi tres años de ausencia de mi hogar, un periodo de tiempo que ahora se me presentaba en el cerebro como un ligero suspiro.

A pesar de tan alargados meses sobre las aguas, podíamos considerar la navegación desde las Indias como galana de altura. Y aunque pueda parecer fantástica condición, no divisamos una sola vela en el horizonte hasta acercarnos al estrecho de Gibraltar. Y para el bien de muchos, no sufrimos un solo temporal de barbas, porque el viento apenas subió de cascarrón en molde durante un número escaso de singladuras. Un tornaviaje más propio de señoras en trance.

A pesar de mi inanición, que tanto preocupaba a Miguelillo, la visión de la bahía gaditana, aquel pedazo de mar encastrado en el extremo meridional de la Península entre dedos mágicos de agua, me hizo vibrar por primera vez. Como si se tratara de un nuevo descubrimiento, comprendí que frente a mí, a escasa distancia, se encontraba el palacio de la calle de la Amargura, donde mi familia seguiría rezando por la ventura de mi persona. Y fue el rostro de Rosalía lo que me hizo empañar los ojos en aguas, aunque en esta ocasión se tratara de añoranza familiar y verdadera alegría.

Como alcanzamos el arsenal en la tarde de un domingo, el capitán de navío De la Sierra, por primera vez desde que abandonáramos tierra americana, me enviaba recado por medio de su ayudante, en el sentido de que hasta la mañana siguiente no deberíamos presentarnos ante el comandante general de la escuadra para notificar nuestra llegada y los acontecimientos

sufridos en el Río de la Plata. Añadía, además, que pensaba desembarcar sus pertenencias aquel mismo día, una noticia que añadió peso a mi alegría. Indicaba, por último, la necesidad de mantener estrecha vigilancia sobre el famoso tesoro, obligación que ya había traspasado a mi segundo.

No necesité más recomendaciones para salir a la carrera con dirección a Cádiz en uno de los carruajes de servicio. Y cuando embocaba de frente la calle de la Amargura y divisaba el palacete familiar, el corazón me palpitaba a ritmo de bombardas. Pero mayor fue la alegría al comprender que nadie me esperaba, y Rosalía comenzaba a llorar al comprobar mi inesperada presencia. En escasos segundos me veía abrazado por todos; esposa, hijos, sobrinos, la prima Cristina y María Antonia. Esos son los momentos que ofrecen la gloriosa recompensa, aunque hayamos dejado tiras del alma por mares y tierras lejanas. Durante muchos minutos, se evaporaron los miasmas de la cabeza y solamente el amor y el cariño me envolvieron en un manto de infinita felicidad.

Epílogo histórico

Como en anteriores volúmenes de esta colección, en los que mis personajes de ficción ocupaban determinados puestos de relevante importancia y suplantaban a los verdaderos protagonistas, debo aclarar la realidad. Pero también exponer las consecuencias finales de la narración en un plano puramente histórico, un ejercicio al que me suelen alentar los lectores.

Durante el combate naval de Montevideo, también llamado del Buceo por los rioplatenses, el queche *Hiena* se encontraba mandado por el teniente de navío Tomás Quijano, oficial afincado en el apostadero y con alargada experiencia en aquellas aguas. Se trata, sin duda, de un desastroso episodio en nuestra historia naval y en la de España, porque significó el fin de la presencia hispana en aquel maravilloso escenario del Río de la Plata. No obstante, fueron muchos los factores negativos, incluso grotescos y desatinados, ajenos por completo a la Armada, que impidieron una estampa más airosa de nuestras unidades, tanto en su ejecutoria individual como de la escuadra en su conjunto.

Es de todo punto incomprensible que salieran a la mar algunos buques mercantes armados con extrema urgencia, mandados por oficiales del Ejército o capitanes de la Marina mercante sin experiencia en la guerra naval, y con dotaciones tomadas en las tabernas de Montevideo un par de semanas antes del combate. Y ya saben que no suelo minimizar nuestros propios errores. Como norma inmutable en mi colección de novela histórica naval, intento mostrar la realidad histórica, aunque a veces sea en extremo penosa para nuestras armas, como sucedió en los combates de San Vicente, Finisterre o Trafalgar.

También es inadmisibles, desde cualquier punto de vista, que una escuadra se haga a la mar para enfrentar al enemigo en situación de clara inferioridad de forma obligada, por simples presiones de un ignorante Cabildo u órdenes de un general del Ejército, que en poco o nada conocían las circunstancias de

la guerra en la mar. Pero para nuestra desgracia, tan negativa condición se ha repetido en el tiempo, como podremos comprobar en próximos volúmenes. Parece que somos muy dados a repetir los errores trazados en nuestra historia una y otra vez.

Sin embargo, tampoco debemos ser tan negativos como se expone en la mayor parte de los tratados que documentan la historia general de España. Parece que solamente se aborda la parte naval en esos momentos de dolorosa derrota, cuando la Real Armada se encontraba bajo mínimos, sin buques y sin presupuesto, normalmente debido a la escasa o nula visión de nuestros políticos. De ahí que muchos lectores enamorados de las obras históricas, en el aspecto marítimo lean únicamente derrotas y penosas actuaciones. Olvidan o desconocen que si se mantuvo casi intacto nuestro imperio ultramarino durante más de tres siglos fue gracias a la callada y muchas veces heroica labor protagonizada por los hombres de la Armada. Y es necesario señalar que tan exhaustiva dedicación se llevaba a cabo con pagas atrasadas durante meses, sin el necesario apoyo institucional y con la sola recompensa de la satisfacción personal del deber cumplido para con su patria. Tales conceptos pueden considerarse hoy en día como pasados de moda e incluso irrisorios, un tremendo error que nada positivo puede acarrear en el futuro.

Como era obligatorio, una vez conocidos los hechos del combate naval de Montevideo, se formó la competente causa al capitán de navío don Miguel de la Sierra, así como a los comandantes de los buques que arriaron el pabellón o se perdieron en la mar. Sin aceptar los apoyos que se le ofrecieron, quien enarbolará la insignia de comandante de aquella penosa escuadra llevó a cabo su propia defensa ante el consejo de guerra celebrado en la capitanía general de la isla de León el 15 de abril de 1818. Podemos comprobar, que la lentitud de la justicia española es un mal endémico que nos ataca de lejos.

Presidió el consejo el jefe de escuadra don Miguel Gastón, siendo los componentes del tribunal los brigadieres Rafael Maestre, Santiago Irisarri, Joaquín Castañeda, Ramón Herrera, Martín Iriarte y, por parte del ministerio fiscal, Fermín Esterripa. Como fue norma habitual en la Armada, que tantos males amadrinó en su estela durante siglos, el juicio unánime, conforme con la conclusión del fiscal, fue considerar justificado el proceder del encausado en el infeliz hecho de la derrota. Posteriormente, su majestad don Fernando VII, conformándose con el parecer del Supremo Consejo de la Guerra, por Real orden de 15 de octubre de 1818 «lo declaró libre de todo cargo y que la instrucción del significado proceso no dañase a su buena opinión, fama y memoria...». Estoy convencido de que, si unos hechos

similares hubiesen tenido lugar en la Marina británica, el citado jefe habría sido fusilado en el buque insignia de la escuadra de manera fulminante, con esa severa y necesaria disciplina empleada en la Royal Navy, de la que nadie podía ni debía escapar.

Tras producirse la derrota en el combate naval, el general Vigodet envió urgente parlamento al comodoro Brown, proponiendo el necesario armisticio, durante el que se deberían tratar las condiciones legales de entrega, siempre que fueran honrosas. A todos los efectos, don Carlos María de Alvear, capitán de carabineros reales elevado a general del Ejército sitiador de la plaza, fue nombrado para llevar a cabo tales conversaciones en nombre del Gobierno de Buenos Aires. Por desgracia, se trataba de un deleznable personaje sin patria ni honor, llegado a Buenos Aires desde España en el año 1812 en compañía de otros oficiales españoles.

Las conversaciones para la capitulación de la plaza concluyeron el 20 de junio. Y los principales artículos signados fueron los siguientes:

- *Entrega de la plaza, en calidad de depósito, por el rey don Fernando VII.*
- *Salida de las guarniciones de mar y tierra con armas propias y ropas para dirigirse a la Península. En este artículo se incluían los buques de la Armada que tomaron parte en el combate.*
- *Obligación de facilitar víveres a la división ligera del capitán de navío Jacinto Romarate para que evacuara también el Río de la Plata.*
- *No se arbolaría en la plaza, una vez evacuada y bajo ningún motivo, otra bandera que no fuese la nacional (de España).*
- *El convenio se haría extensivo en todas sus partes al establecimiento del Carmen en el río Negro, en la costa de la Patagonia, como también a la zumaca Carlota, bajo el mando del alférez de fragata Pablo Guillén.*

Una vez alcanzado el acuerdo bajo tales condiciones, exigidas por don Gaspar Vigodet, el general Carlos María de Alvear, caudillo de los republicanos, escribía bajo cada una de las peticiones, de su puño y letra, la palabra concedido. Y en consecuencia, se verificaba la entrega de la plaza montevideana el día 22, saliendo la tropa española con los honores de guerra para acampar en el Arroyo Seco, mientras los buques se preparaban para abandonar aquel Río de la Plata que consideraban como solar propio.

Sin embargo, solamente tres días después y bajo absurdo pretexto de disidencias internas aparecidas con los partidarios de Artigas, cayó de nuevo Alvear sobre la ciudad por sorpresa. De forma inmediata desarmaba a los

capitulados, los declaraba prisioneros de guerra y se apoderaba de todos los buques de la Armada fondeados frente a la plaza. El general Vigodet y su estado mayor eran enviados a Río de Janeiro en uno de los buques del comodoro Brown con demasiadas prisas, en lugar de quedar con sus hombres para verificar la ejecución de las condiciones firmadas. Pero para mayor escarnio de ese capitán español, los soldados eran distribuidos a la fuerza entre los batallones del Ejército patriota y los buques retenidos como de buena presa. Una humillante ignominia difícil de creer en un oficial, pero cierta sin posible duda.

En conjunto, con esa maniobra de Alvear quedaban en poder de los separatistas 3.154 soldados del Ejército peninsular, 2.186 de la milicia, 176 cañones de bronce y 159 de hierro. En el aspecto puramente naval, usurpaba de la forma más denigrante la escuadra española empleada en el combate, excepto el queche Hiena, con 210 piezas de artillería, la división ligera de Romarate y el material de guerra almacenado en los depósitos.

El general Vigodet, cómodamente aposentado cual monseñor de capa en Brasil, protestó airadamente ante el Gobierno de Buenos Aires por la absoluta falta de cumplimiento de los artículos firmados en ley de guerra. Preguntado Alvear por sus autoridades, negó el infame oficial la existencia de la capitulación. Alegaba, por fuera de toda honradez militar, que las condiciones negociadas no eran más que un ardid para apresurar la caída de una plaza que se encontraba preparada para rendirse en cualquier momento. Y con incomparable desfachatez, aseguraba que su rúbrica personal en cada una de las condiciones de capitulación, bajo la palabra concedido, indicaban, cuando más, una opinión particular a sus deseos.

Olvidaba el capitán, elevado al generalato en veloz y deshonrosa cabalgada, desde luego, que el Gobierno de Buenos Aires lo había facultado para aquellas conversaciones no a título particular sino con oficial nombramiento. Cabe tan solo recordar que Alvear, miembro de una ilustre y distinguida familia española, al arribar a Buenos Aires en 1812 fundó en compañía del capitán José de San Martín y del teniente de Marina Matías Zapiola, la logia masónica denominada Lautaro, que se convirtió rápidamente en el centro de poder oculto de los revolucionarios, superior al del propio Gobierno y donde se tomaban las decisiones más importantes del movimiento separatista. Se trataba de tres oficiales españoles que habían jurado lealtad al rey y a la bandera española poco tiempo atrás, juramento quebrado en base a dudosos pensamientos políticos y, más importante, a la obtención de claros beneficios personales en su carrera militar y política.

Don Jacinto de Romarate consiguió abandonar la plaza de Montevideo a bordo de un buque mercante con destino a España. Una vez arribado al puerto de Cádiz, se le concedió la efectividad del grado de capitán de navío, así como la graduación de brigadier. Alcanzó el cargo de ministro de Marina en 1822.

En cuanto al tesoro real, presuntamente sacado de la Troya del Plata y enviado a bordo del queche Hiena hacia España, se trata de una extraña y, en mi opinión, novelesca información. Porque así como muchos historiadores argentinos a los que he accedido lo declaran como circunstancia cierta sin posible titubeo, ninguno lo documenta con una mínima seriedad y rigor. Y es extremadamente raro que no aparezca tal noticia en ningún documento español de la época, ni siquiera en el historial del queche Hiena. Por otra parte, el hecho de que lo haya entroncado con la poco airosa escapada del queche del Río de la Plata, ha sido fruto de mi imaginación, para acomodar el relato histórico a la ficción novelesca.

Lo ocurrido realmente al queche Hiena durante el combate naval de Montevideo queda inmerso entre nubes y sin concretar en partes o providencias de justicia. Porque en la defensa que ejerce el capitán de navío De la Sierra en el consejo de guerra al que ha sido sometido, tan solo comenta que una orden suya para navegar hacia levante no fue comprendida por el resto de la escuadra y quedó muy descolgado de ella. Entiendo como absurda y difícil de creer tal consideración. Porque en tal caso, como comandante en jefe debería haber regresado junto a los buques de su escuadra, al comprobar que la señal no había sido bien interpretada con aquel sencillito código, escrito a la rápida para los no iniciados en la guerra naval y con palabras comprensibles para el hombre de la calle. Pero insisto en que el corporativismo entre los miembros de la Armada, al aclarar conductas poco honrosas, fue nefasto, al no aplicar los castigos necesarios a quienes no cumplían con su deber.

Cuando el queche Hiena escapó del Plata, se dirigió hacia Río de Janeiro para rellenar víveres, casi inexistentes a bordo. Y desde allí aproó a España, llegando a Cádiz el 2 de septiembre de 1814, momento en el que se incorporaba al servicio activo. Y aunque en su historial aparecen escasos detalles de sus movimientos posteriores, lo encontramos operando en aguas caribeñas en el verano de 1820, mandado por el capitán de navío Javier Latorre. Lleva a cabo misiones de transporte y castigo en las costas de Tierra Firme. Al año siguiente, embarca en el queche el general español del Ejército

Mourgeon, que es trasladado a Curaçao y Puerto Chagres. En esta comisión, el Hiena se encuentra bajo el mando del capitán de fragata Benito Larraigada.

El queche Hiena se traslada posteriormente para operar en el océano Pacífico, todavía llamado por entonces como mar del Sur. Dependía de la Comandancia General de Quito, como buque de estación y servicio en aquellas aguas. Pero ya debía navegar un tanto renqueante de maderas porque, en dicho puerto, era desarmado seis meses después. Su airoso casco pasaba a la venta para su utilización como leña. Se trata, sin duda, de un triste fin al que se veían abocados la mayor parte de los buques en aquella época, por mucha historia que abarcaran en sus cuadernas.

Una alargada e interesante vida marinera, la de aquel queche hermoso y velero como pocos, desconocida por casi todos los españoles. Un buque mercante francés, adquirido por los independentistas bonaerenses para luchar contra su Madre patria. Apresado en el río Negro por cinco valientes marineros españoles, mandados por el cabo de mar José González, exhibe episodios de gloria en sus tablas, aunque su actuación durante el mes de mayo de 1814 pueda haber empañado su trayectoria. Pero nos quedan muchas dudas sobre lo que realmente sucedió aquel día, aunque sea nuestra obligación conjeturar los acontecimientos más posibles y esos son los que relato en esta obra.

Como tantas veces he repetido en anteriores obras de esta colección, nuestra historia naval se encuentra plagada de hechos memorables y heroicos difíciles de creer, desconocidos en un elevadísimo porcentaje por los españoles de a pie. Pero no me refiero solamente a combates navales de altura, que se dilucidaban en escasas horas con mayor o menor fortuna, así como menor trascendencia a la concedida. Quiero incidir en el trabajo del día a día, llevado a cabo en mil diferentes escenarios del mundo, al tiempo que se sufrían penosas y extremas situaciones. Y de esa forma nos convertimos en la primera potencia del orbe, aunque muy pocos españoles sean conscientes de tan honorable condición, de la que deberían sentirse orgullosos. Expongo, una vez más, que si fuimos capaces de descubrir, poblar y conquistar medio mundo, así como mantener el fabuloso imperio ultramarino durante más de tres siglos, se debió al diario sacrificio de los hombres de la Real Armada. Y son esas pequeñas acciones de incomparable heroísmo las que se mantienen en el olvido más profundo, en un país como España en el que lo naval apenas interesa. Una injusta situación, sin duda. Olvidan que es a causa de lo naval, precisamente, que nuestra lengua sea hablada en tantas partes del mundo y nuestra cultura extendida por los cinco continentes.

Rindamos el merecido homenaje a esos numerosos héroes anónimos que tantas veces remataron su azarosa vida entre las infinitas aguas. Para su fortuna, en ese especial camposanto donde descansaron para siempre no necesitan homenajes de flores, aunque sí un mínimo recuerdo.

Luis Delgado Bañón
Cartagena, 14 de julio de 2009

Notas

[1] Se entiende como *navegar en conserva* cuando uno o más buques lo hacen en compañía de otros que le ofrecen la necesaria protección. <<

[2] Oficiales del Cuerpo General de la Armada. <<

[3] Los tres palos de un buque se denominan, de proa a popa: trinquete, mayor y mesana. Cuando solamente utilizan dos, suelen ser mayor y trinquete. Y se entiende como mesanilla un palo a popa de menor tamaño al habitual. <<

[4] Ciñendo el viento. <<

[5] En la Armada se denominaba tripulación o equipaje a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de guarnición se reservaba para la tropa embarcada. El conjunto de las dos, más la chusma o grupo de remeros en el caso de las galeras, constituía la dotación. <<

[6] Proporción entre su eslora (longitud de proa a popa) y su manga (anchura de babor a estribor). <<

[7] 45 y 8,5 metros. <<

[8] Se denomina como *porte* el número de cañones que monta un buque de guerra. También se entiende por tal acepción, en general, el tamaño o capacidad de una embarcación. <<

[9] Dimensión en altura de los palos. <<

[10] Palo grueso, horizontal o algo inclinado, que sobresale de la proa como lanzadera. <<

[11] Se entienden por foques, como denominación general, a todas las velas triangulares que se amuran en el palo bauprés y sus botalones. Dependiendo de su situación, reciben el nombre de foque o maraguto, fofoque, contrafoque, petifoque, etc. <<

[12] Se refiere a capear un temporal. <<

[13] Denominación general de toda vela de cuchillo, que se enverga en un estái o en el nervio que aparece al intento por debajo. <<

[14] Por aquellos años, en la construcción de buques se utilizaba como unidad de medida el pie de Burgos, equivalente a 0,278 metros. En este caso, el calado medio del *Hiena* era de tres metros. <<

[15] Hoy en día conocido como puerto del Buceo, donde se asienta el puerto deportivo de Montevideo. <<

[16] El calibre de los cañones se medía por el peso en libras de la bala rasa que disparaban. En este caso, 18 libras. <<

[17] En las navegaciones, intervalo de veinticuatro horas que, ordinariamente, comienza a contarse al comenzar un nuevo día. <<

[18] Nombre que se aplicaba a una clase de contra maestres, inferior a la de primeros y segundos, la cual se subdividía del mismo modo. Acabaron por ser refundidos y asimilados como terceros contra maestres, dentro de los oficiales de mar. <<

[19] Lo que hoy en día sería el Jefe del Estado mayor. <<

[20] Infantería de marina. <<

[21] Documento en el que se indicaba para cada buque en una fecha determinada su dotación, dimensiones y estiba, artillería y armamento portátil, anclas, anclotes, cables y calabrotes, velamen, víveres y aguada, así como las observaciones especiales que estime su comandante. <<

[22] El bizcocho de mar o galleta se elaboraba con harina más o menos blanca, amasada con agua y un poco de levadura. Una vez cocida se retiraba del fuego y se enfriaba poco a poco, dándole calor a tientos hasta que quedara seca, sin miga, dura y frágil. Pesaba unas 18 onzas y tenía forma de bollo semiesférico. Su duración era extraordinaria, pues llegaba a sobrepasar los dos años a bordo. <<

[23] Los primeros descubridores denominaron como Tierra Firme a la parte del continente meridional de América bañado por el mar de las Antillas, en oposición a las islas de este mar. Se empleó durante varios siglos y aún hoy no se halla del todo en desuso para designar la costa de la Venezuela actual.
<<

[24] Pequeñas goletas utilizadas en el tráfico marítimo fluvial. <<

[25] Joven que embarcaba en los bajeles de guerra como aspirante o meritorio, para optar al primer grado en el servicio de la Armada. No gozaba de sueldo ni uniforme, pero sí de alguna gratificación para la mesa. Debía alternar con los guardiamarinas. También ocupaban tales puestos algunos oficiales con negativo comportamiento o escaso valor demostrado ante el enemigo, por lo que se dedicaban a servir como aventureros por un periodo más o menos largo, hasta que su valerosa conducta en la vida exigente de patrulla y combate los redimiera de sus penas. <<

[26] Se denomina como *capa*, *capear*, *en capa* o *a la capa* cuando se dispone el aparejo de forma que el buque ande poco o retroceda lo inevitable. Si es por causa de temporal, se utilizan velas recias o apropiadas en altura y situación. <<

[27] Tratamiento que se daba a bordo a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se encuentra en vigor en la Escuela Naval Militar para los caballeros alumnos. <<

[28] Lo que hoy en día se denomina en la Armada como *babor y estribor de guardia*. Y tal voz procede de cuando a bordo se disponía al personal en las guardias de babor y estribor. <<

[29] La escala de los vientos en esos años corría de menor a mayor fuerza, por *calma muerta* o *chicha*, *vagajillo*, *ventolina* o *fresquito*, *fresco* (de todas las velas), *frescachón* (sin juanetes), *cascarrón* (rizos a las gavias), *ventarrón* (solo mayor y trinquete) y *temporal* (trinquete y capa). <<

[30] Deshacer las vueltas dadas con los mojeles al virador y al cable del ancla en los puntos que van llegando al cabestrante, así como volver a darlas en los que van entrando en el escobén. <<

[31] Voz con la que se indica que las anclas han salido a la superficie sin enganches ni obstáculos. <<

[32] Meter el timón para que el buque caiga hacia barlovento (banda por la que se recibe el viento). La acción contraria, caer hacia sotavento, se define como *arribar*. <<

[33] Ceñir el viento. <<

[34] Braza, medida de longitud utilizada en la mar para expresar profundidades, equivalente a dos varas o a 1,67 metros. <<

[35] Camino que recorre el buque, ya sea por uno o varios rumbos, para trasladarse de un puerto o de un punto geográfico a otro. <<

[36] Se entendía a bordo como *dar cañón* a la pena de azotes, porque normalmente estos, atizados con rebenque o mojel del menor grosor, se aplicaban al penado de bruces, amarrado a una pieza artillera en el alcázar. <<

[37] Los sábados, una vez finalizado el baldeo general y los ejercicios doctrinales, formaba toda la dotación a la meridiana en las inmediaciones del alcázar. Los oficiales se alineaban en grande con el comandante a la cabeza. Era el momento de proceder a ejecutar las penas y castigos impuestos durante la semana, exponer las felicitaciones del mando, así como dar lectura a los artículos de las Reales Ordenanzas asociados a los hechos mencionados. <<

[38] Nombre que se da a cualquiera de los 32 rumbos o vientos de la rosa náutica, así como al ángulo que media entre uno y otro rumbo. Por tal razón, una cuarta equivalía a $11^{\circ}, 25$. En aquellos años, los timoneles ajustaban los rumbos a la cuarta solamente, así como las marcaciones o demoras. <<

[39] Garrotín de madera o caña en cuyo extremo se empleaba la mecha encendida para dar fuego, desde cierta distancia, a las piezas artilleras. <<

[40] Pequeñas goletas utilizadas en el tráfico marítimo fluvial. <<

[41] Palanca de madera, redonda por una extremidad y cuadrada por la otra, que utilizaban los artilleros para mover el cañón en puntería horizontal. Para ajustar la puntería en altura se usaban las cuñas de elevación. <<

[42] Se entiende por *bornear* el efecto de girar el buque sobre los cables de las anclas una vez fondeado, por efecto del viento, marea o corriente. <<

[43] Medida de longitud utilizada normalmente en la mar, equivalente a dos varas o 1,67 metros. <<

[44] Calificativo que se otorga a las embarcaciones muy pesadas. Y de escaso andar, también llamadas *porrón*, *roncero* o *ruerno*. <<

[45] Se refiere a la faja de general, que se comenzaba a utilizar en el empleo de jefe de escuadra, siguiente al de brigadier. <<

[46] Línea marcada en las cartas náuticas, que mantienen una misma profundidad de las aguas. También se conocía antiguamente por *veril* a la orilla o borde de un bajo. Y *verilear* a mantenerse en un veril determinado. <<

[47] Vientos que soplan desde el sudoeste de la llanura pampeana y llegan a alcanzar mares arboladas. <<

[48] Muelle estrecho, abierto a dos bandas, normalmente de madera. <<

[49] Salida o aparición del solo o cualquier astro por el horizonte. <<

[50] Se entiende por arribar meter el timón del buque para que la proa gire hacia sotavento. La acción contraria, llevar la proa hacia el viento, se conoce por orzar. <<

[51] Se entiende por apagar una vela a que toda o parte de ella deje de actuar bajo el viento, cerrándola con los cabos destinados al efecto. <<

[52] Voz de petición para que se sonde, es decir, que se mida la profundidad y naturaleza del fondo. Se lleva a cabo por medio de la sondaleza, cordel en cuyo extremo se amarra el escandallo o plomada cónica que la hace descender a través de las aguas. También la voz de sonda responde a la profundidad. <<

[53] Aproximadamente 6,7 metros. <<

[54] Al viento fresco se le denominaba también como *de todas las velas* o *de juanetes*. <<

[55] Oleaje que se forma cuando comienza a levantarse la mar. <<

[56] Equivalente a 0,34 metros. <<

[57] Espacio situado entre los merlones de las baterías donde se instalan las piezas artilleras. También se las conoce como *embrasuras*. <<

[58] Al igual que *barlovento* y *sotavento* indican los costados del buque por donde llega el viento y su contraria, por extensión se entiende a bordo como *botafuego* y *sotafuego* a las bandas por donde se dispara la artillería y su contraria. <<

[59] Se refiere a las balas rasas, redondas y de 24 libras de peso. <<

[60] *A la lumbre o a la lumbre del agua* debe entenderse como en la línea de flotación. <<

[61] A diferencia de otras Marinas, en los buques de la Real Armada, salvo excepciones mínimas, se presentaba siempre a proa, bajo el bauprés, la figura de un león rampante como símbolo de las armas nacionales. En caso de que no se utilizara dicha figura, recibía el nombre de *mascarón de proa* o *figurón*.
<<

[62] Se entiende como *espiar* o *navegar a la espía* cuando se hace caminar una embarcación cobrando de ella por la *espía* (cabo o cable), que se ha dado de antemano. También se conocía por *atoar* o *atoarse*. <<

[63] Guardia que corresponde de 00.00 a 04.00 horas. <<

[64] Las cinco de la mañana. <<

[65] 180 grados. <<

[66] Cuando desde la proa se da la voz de *¡zarpó!* Ha de entenderse que el ancla se ha desprendido del fondo. <<

[67] Debe entenderse como cinco nudos, es decir, cinco millas a la hora. <<

[68] Mover la rueda del gobierno hasta que la pala del timón quede al centro, sin acción. Para ello, los marineros a la rueda debían alcanzar una marca que llevaba engrapada con bandas de bronce. <<

[69] Se entiende por *abarloarse* situarse al costado de otro buque o del muelle.

<<

[70] Conjunto de galeotes (esclavos, forzados y bagarinos) que formaba el conjunto de remeros en una galera. <<

[71] Se entiende por *socollada* o *socollazo* el estirón violento que recibe un cabo o un aparejo. <<

[72] Un buque se encuentra *tanto avante* con cualquier objeto o punto determinado en su navegación cuando se halla en la perpendicular dirigida desde este al rumbo que se sigue. <<

[73] Bancos de arena, a veces intercalados con piedras, que se extienden en la boca o entrada de los ríos y rías haciendo peligrosa su navegación. También se conocía como *broa*, *pasa* y *bajo fondo*. <<

[74] Los primeros descubridores denominaron como Tierra Firme a la parte del continente meridional de América bañada por el mar de las Antillas, en oposición a las islas de este mar. Se empleó durante varios siglos, y aún hoy no se halla del todo en desuso, para designar la costa de la Venezuela actual.
<<

[75] Cuando se debía levar un ancla en emergencia, se llegaba a picar el cable. Con objeto de dejarla situada, se asía por seno su parte unida al ancla con corchos, que quedaban a flote. De esta forma, posteriormente podía ser rescatada el ancla y ajustado el cable. <<

[76] Se entiende por *arpeo* un instrumento de hierro con cuatro garfios o ganchos a modo de garabatos, utilizados al extremo de un cabo para aferrarse una embarcación a otra. <<

[77] Se denomina *obra viva* a la parte del costado del buque que queda en contacto con el agua. <<

[78] Documento en el que se indica para cada buque en una fecha determinada su dotación, dimensiones y estiba, artillería y armamento portátil, anclas, anclotes, cables y calabotes, velamen, víveres y aguada, así como las observaciones especiales que estime su comandante. <<

[79] Cuando se apresaba un buque en la mar, sobre el pabellón de su nacionalidad se envergaba el de la nación correspondiente a la unidad que la tomaba en presa. <<

[80] Entre el primer marco del dominio español y el primer marco del dominio portugués en la costa sudamericana, se abría una distancia de cincuenta millas, que en la costa formaba el albardón de Juana María. <<

[81] La escala de los vientos en esos años corría de menos a más por *calmería*, *calma muerta* o *chicha*, *vagajillo*, *ventolina*, *fresco* (de todas las velas), *frescachón* (sin juanetes), *cascarrón* (rizos a las gavias), *ventarrón* (solo mayor y trinquete) y *temporal* (trinquete y capa). <<

[82] Se refiere a tomar la segunda fila o faja de rizos, para disminuir la superficie vélica y la presión del viento sobre los palos. <<

[83] Se entiende como *partir al puño* cuando el buque arranca de repente y forma violenta hacia barlovento. También se denomina como tal a un buque con tendencia a orzar, es decir, a que su proa caiga hacia barlovento. <<

[84] Se entiende por *bandola* la nueva armazón de arboladura y aparejo provisional, que se forma por recurso con mastelero u otra pieza equivalente cuando se ha desarbolado de alguno de los palos principales. Esta maniobra se denomina *armar bandolas*; y *navegar en bandolas* es llevarla a cabo en esta disposición. <<

[85] Se entiende por *fachear* a poner la embarcación *en facha*, braceando unas velas en contra de otras si se dispone de más de un palo, o largando escotas para disminuir la marcha o hacerla detener. <<

[86] Se entendía por *grillos* el conjunto de dos grilletes con un perno común que se colocaban en los tobillos de los presos. <<

[87] Aparato para medir de forma manual la velocidad del buque. <<

[88] Capitán de navío. <<

[89] Cañón corto, de poco peso y mucho calibre, montado sobre corredera y en un eje que gira verticalmente para conseguir la puntería. En combates a corta distancia, sus cargas de metralla producían efectos devastadores en las cubiertas enemigas. <<

[90] Debe entenderse como dos nudos, es decir, dos millas a la hora. <<

[91] Con los espeques, palancas de madera, los artilleros variaban la puntería del cañón en deriva, mientras que con las cuñas lo hacían en distancia. <<

[92] Se entiende por *tiro de enfilada* cuando toda la batería de un costado abre fuego contra otra unidad que se presenta perpendicular a ella, sin poder hacer uso más que de los cañones de mira o guardatimón. <<

[93] El surco o señal que deja en el agua el buque navegando se denomina estela, aguaje o aguas del timón. <<

[94] Se refiere a la faja que incorporaban en sus uniformes, a partir de los empleos de mariscal de campo y de jefe de escuadra en la Armada. <<

[95] De acuerdo a la numeración aplicada a cada buque de la escuadra. <<

[96] Medida de longitud utilizada habitualmente en la mar, equivalente a la décima parte de una milla o 185 metros. <<

[97] Buque anterior y posterior a cada uno de los que forman una columna, los cuales se denominan matalote de proa y de popa respectivamente. <<

[98] Se denominaba combate a *tocapenoles* cuando los buques se encontraban a tan corta distancia que se tocaban los extremos de las vergas (penoles) entre sí. También se aplicaba para expresar un combate a muy poca distancia. <<

[99] A las piezas que asomaban sus bocas por las portas abiertas en el espejo de popa se las denominaba cañones de *guardatimón*. <<

[100] Se daba en las galeras la voz de *¡ropas fuera!* cuando se exigía a los galeotes de la chusma la mayor fuerza y rapidez en la boga. <<

[101] Se dice que un buque *garrea* cuando el cepo o las uñas del ancla no se agarran o se desprenden del fondo, con lo que el buque se desliza arrastrándola con él, sin conseguir el fin perseguido de mantenerse en un punto firme. <<

[102] Se entiende por *cuarta* cada uno de los 32 *rumbos* o *vientos* en que se divide la rosa náutica. Por lo tanto, las dieciséis cuartas de cambio de rumbo equivalen a 180 grados. <<

[103] El 14 de febrero de 1787 tuvo lugar el combate de San Vicente entre la escuadra española bajo el mando del teniente general don José de Córdoba y la inglesa del almirante inglés Jervis. Se trata, sin duda, de la derrota más humillante sufrida por nuestra Armada a lo largo de su historia. Por tal razón, la *jornada del 14 de febrero* se comentaba como un ejemplo vergonzoso para cualquier acción naval. <<

[104] Agujeros formados en los trancaniles para dar salida a las aguas que se acumulan en las cubiertas, especialmente a causa de los golpes de mar. <<